

Federico Axat

BENJAMIN

ePUB

Ben tiene nueve años, está furioso con su madre y fantasea con la idea de marcharse de casa. Agobiado, se escabulle en la oscuridad del desván: un sitio prohibido e inexplorado que ha caído en desuso hace años. Tras una búsqueda exhaustiva en los inmensos bosques de Carnival Falls, es considerado oficialmente un niño perdido, y a medida que los días pasan, su familia empieza a aceptar lo inevitable. Ben ha muerto. Sin embargo él está allí, sobre sus cabezas. A través de diminutos orificios es capaz de espiarlos, escuchar sus conversaciones íntimas, descubrir sus secretos más terribles y presenciar cómo, lenta pero decididamente, sus vidas se reanudan… sin él.

OceanofPDF.com



eBooks con estilo

Federico Axat

Benjamín

ePUB v1.0

AlexAinhoa 26.01.13

más libros en epubgratis.me

OceanofPDF.com

Título original: *Benjamín*
© Federico Axat, 2010
Portada © Charles Gullung/Getty Images

Editor original: AlexAinhoa (v1.0)
ePub base v2.1

OceanofPDF.com

A mis padres,
Luz L. Di Pirro
y Raúl E. Axat

OceanofPDF.com

Primera parte: Ben

OceanofPDF.com

Capítulo 1: Viaje nocturno

OceanofPDF.com

1

Viernes, 20 de julio, 2001

Era la segunda vez que Ben viajaba en el viejo Chevrolet de su abuelo. El trayecto hasta su casa podía llevarles veinticinco minutos, o quizás más; suficiente para sentirse aterrado.

Emergiendo del asiento delantero, sus abuelos eran dos siluetas oscuras balanceándose rítmicamente en una coreografía hipnótica. La de Ralph, armonizando con el tamaño del coche: una espalda inmensa de hombros rectos, el cuello estirado y la cabeza casi tocando el techo. Las líneas que definían la versión plana de su cuerpo eran rígidas, y aunque Ben no podía ver su rostro, sabía que su expresión era fría como el agua estancada en un pozo profundo. El cuerpo de Debbie, en cambio, asomaba tímidamente por encima del asiento de una sola pieza. Su cabeza estaba delimitada por cabellos electrizados que adquirían una tonalidad azulada en presencia de la escasa luz de las farolas en el exterior.

Ben se sintió agradecido de poder entretenerse con detalles que no le interesaban particularmente, pero que constituían una manera efectiva de consumir el tiempo. El espacio interior del coche siempre lo había maravillado; sin embargo, era ahora la atmósfera allí dentro la que captó su atención. No era precisamente desagradable, pensó, sino el resultado de años de corrosión de la carrocería y el cuero gastado de los tapizados. Por debajo de éstos había un olor ligeramente rancio —algo enmohecido que

Ben no supo identificar— aunque supuso que las manchas color café en la tela que recubría el techo podían ser las responsables.

El Chevrolet viró hacia la izquierda. La silueta de Ralph se inclinó hacia Debbie y luego se enderezó. Ben albergó la ilusión de ver la calle Madison y luego la entrada particular de su casa, pero no ocurrió ni lo uno ni lo otro. Ni siquiera reconoció el sitio en que se hallaban. Hasta ese momento había encontrado formas efectivas de no pensar en *ya sabía quién*, pero no sabía por cuánto tiempo más podría hacerlo. Con el rabillo de su ojo izquierdo podía advertir el constante movimiento basculante que tanto temía.

Adelante atrás adelante atrás adelante atrás adelante atrás.

Se volvió. No supo exactamente por qué. La visión de Marcia, con su espalda curvada y el cabello corto y acampanado pegado a la cabeza, hizo que de inmediato volviera la vista al asiento delantero. ¡Su tía seguía allí, lógicamente! ¡No tenía sentido echar un vistazo cada cinco minutos para cerciorarse de algo tan obvio!

Interpuso su mochila de pana entre su cuerpo y el de su tía autista, y se dijo que hasta ese momento había mantenido la mente alejada de Marcia, y que no había ninguna razón para que tal cosa cambiara. Se obligó a observar por la ventanilla.

Los sentimientos hacia Marcia lo avergonzaban y apesadumbraban profundamente. Si bien había esperado que con el transcurso del tiempo se desvanecieran, lo cierto es que tal cosa no había ocurrido ni siquiera en una medida ínfima. No tenía sentido engañarse. Las explicaciones acerca del autismo fueron adquiriendo para él mayor sentido a medida que crecía, e incluso Robert, su padre, le había hablado muchas veces de lo especial que era su hermana mayor y de cómo a veces percibía el mundo de un modo *diferente*. Sin embargo, ninguna de sus explicaciones habían hecho que Ben dejara de sentir temor cuando estaba cerca de Marcia. Tenerla en su proximidad era suficiente para que sus conocimientos de libro desaparecieran en un abrir y cerrar de ojos, y renaciera un miedo visceral e inexplicable. Él sabía cómo reaccionaba ella ante la cosa más insignificante; sólo pensar en ello era suficiente para que un sudor frío le surcara la frente. Era como caminar a tientas en una habitación repleta de gases inflamables,

en la que basta el más mínimo tropiezo para que la atmósfera apacible sea reemplazada por la más virulenta de las explosiones.

Ni siquiera algo tan simple como mirarla a los ojos era sencillo; aunque Marcia no fijaba la vista en los rostros de las personas. Nunca. Se limitaba a dejar vagar la mirada a su alrededor, sin detenerse en nada en particular. Sus ojos eran dos esferas gigantes y celestes, guardianes de una nariz minúscula que marcaba el nacimiento de dos líneas que se extendían hasta las comisuras de sus finos labios. Los años habían hecho que una cantidad considerable de arrugas parcelaran su rostro, convirtiéndolo gradualmente en el de *E.T.*

Ben era probablemente el único niño del mundo que no sentía demasiada simpatía por el extraterrestre de Spielberg.

Pero pensar en Marcia no ayudaba en absoluto. Apenas habían recorrido un par de manzanas y Ben sentía que la atmósfera dentro del coche se tornaba opresiva. Decidió que debía concentrar su atención en *cualquier otra cosa,* y las manchas color café en el techo fueron las primeras que acudieron a su mente. Alzó la vista, y fue entonces cuando Marcia gritó por primera vez. Fue un grito desgarrador, que hizo que Ben diera un respingo y que su corazón iniciara una serie de espasmos violentos.

Había oído a su tía proferir gritos anteriormente, pero lo imprevisto de éste hizo que instintivamente se aferrara a la portezuela del Chevrolet como si quisiera fusionarse con ella. No pudo evitar volverse, para descubrir el cuello de Marcia convertido en un conjunto de cuerdas tensas. El grito se había apagado, pero el eco aún reverberaba dentro de su cabeza.

Su tía dejó de balancearse. Una pésima señal.

La silueta de Debbie se alzó por encima del asiento, y al volverse se dibujó en su rostro una expresión de preocupación. Se inclinó en dirección a Marcia lo máximo que pudo —que no fue mucho— y extendió sus brazos delgados hasta enlazar con uno de ellos el cuello de su hija, para con la mano libre acariciar su rostro. Los ojos de Marcia viajaron perdidos otra vez. Su respiración se regularizó, y lo mismo ocurrió con la de Ben, que lentamente soltó la portezuela.

Debbie volvió a su posición anterior al cabo de un par de minutos, y Marcia retomó su balanceo característico. Ralph siguió conduciendo sin inmutarse, como si nada hubiese ocurrido.

Ben no tenía idea de qué le había hecho a Marcia gritar de semejante forma. Su padre solía decir que había algo en la interfaz entre Marcia y el mundo que no funcionaba correctamente. Su tía podía reaccionar como lo acababa de hacer por una simple flor o la textura del objeto más normal del mundo. Aquel alarido podría haber sido la reacción *lógica* ante un insecto o un vehículo que los sobrepasara con sus luces traseras encendidas. Quién sabe.

Debbie habló con voz suave desde el asiento delantero:

—Ben, coloca la mochila a tus pies, por favor. Quizás sea la pana la que incomoda a Marcia.

Ben se apresuró a hacerlo. Sabía que ciertas texturas podían inquietar a su tía de un modo misterioso. Interponer la mochila entre ellos había sido una total estupidez. En silencio, la ocultó entre sus piernas.

Pero lo cierto es que o bien la mochila no había sido la causante del ataque de Marcia, o el hecho de tenerla alejada no sirvió de mucho, porque apenas habían transcurrido unos minutos cuando Ben sintió una mano arácnida aferrándose a su brazo izquierdo. Otra vez su corazón se aceleró y tuvo que hacer acopio de valor para volverse…

Cuando vio a su tía, fue él quien estuvo a punto de gritar.

Los ojos de Marcia estaban fijos en los suyos: dos círculos inmóviles como nunca antes los había visto.

E.T.… teléfono… casa.

Tiró de su brazo con violencia, arrancándolo de la mano prensil de su tía.

No podía moverse. La inusitada actitud hizo que sus articulaciones se congelaran. Ella había dejado de balancearse, lo cual, sumado a la quietud de sus ojos, la hizo parecer por un instante… *normal.*

Ben permaneció expectante, como un animal agazapado a la espera de la partida de algún predador. Marcia finalmente retrocedió…, sus ojos regresaron a su habitual actitud viajera y reapareció el vaivén característico.

Esto tenía que haber sido suficiente para que Ben se tranquilizara, pero no fue así. Demasiados sobresaltos juntos. Ni siquiera el hecho de apartar la vista le parecía ahora una buena idea. No señor. Si aquella mano iba a posarse de nuevo sobre su brazo…, prefería verla.

Mantuvo la vista fija en el asiento delantero, resignado, pero atento a lo que sucedía a su lado.

Fue al cabo de unos minutos cuando Marcia arremetió con su segunda batería de gritos.

Esta vez, Ben sintió pánico y, de nuevo, la necesidad de aferrarse a la portezuela, pero también lo embargó la sensación de haber alcanzado cierto límite interior de tolerancia. Mientras los gritos de Marcia brotaban de lo más profundo de sus entrañas hasta niveles ensordecedores, repasó los incidentes del día, y cada uno de sus pensamientos fue subrayado por aquellos chillidos agudos e inhumanos.

Debbie se volvió otra vez, pero en esta ocasión sus intentos por calmar a su hija no resultaron efectivos. Fueron segundos que a Ben se le antojaron eternos. El episodio adquirió las características de un sueño en el que el tiempo se estira infinitamente. La silueta de Ralph, enorme y negra, ajena; Debbie procurando tranquilizar a Marcia pero sin éxito. Era imposible saber qué pasaba por la cabeza de su tía, pensó Ben, pero debía de ser algo horrible para ella.

Por primera vez, Ralph pareció hacerse eco de la situación. Volvió su rostro imperceptiblemente hacia la derecha, todavía sin apartar la atención de la carretera. El ángulo en el que se encontraba permitió a Ben advertir la tez bronceada y curtida de su abuelo, y el modo en que decenas de arrugas nacieron en su entrecejo y se extendieron por su frente como fuegos de artificio. Debbie también advirtió que su marido la observaba, lo que provocó que de inmediato sus movimientos se volvieran torpes y un evidente nerviosismo se apoderara de ella.

Las cosas estaban a punto de empeorar, pensó Ben con resignación. Él podía sentirse incómodo ante la presencia de Marcia —podía incluso sentirse aterrado cuando ella gritaba—, pero tratándose de su abuelo todo era mucho peor. El miedo que Ben sentía por Ralph, para empezar, tenía

una cualidad inexplicable. Su abuelo no era autista ni tenía problemas para comprender el mundo. Ralph Green era *cuerdo;* y el miedo reverencial que Ben sentía por él se debía a una mezcla de experiencias diversas. Incluso un niño de nueve años era capaz de advertir el poco interés que Ralph sentía por su único nieto. Sin embargo, habían sido las reacciones de otras personas, como Debbie o Robert, las que habían sido determinantes a la hora de hacerse una idea completa del tipo de persona que era su abuelo; un individuo irascible y violento, taciturno e intolerante hasta el hartazgo. Todo aquel que se acercaba a él podía dar por sentado que sus actos estaban siendo escrutados de cerca.

Ralph no aceptaba que las cosas no se hicieran a su modo.

Fue entonces cuando el Chevrolet se detuvo con una sacudida. Debbie instantáneamente se replegó, apartando sus manos del rostro de Marcia, que seguía lanzando chillidos agudos. Todo su cuerpo estaba en ebullición, como un cohete a punto de despegar.

Ralph se volvió, y su rostro tenía el aspecto cansado de alguien que no ha dormido en días. Debbie abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo; en su lugar dirigió una mirada rápida a Ben, dio media vuelta y permaneció en silencio, con la vista fija en el frente. Ralph se irguió por encima del asiento delantero y su cabeza tocó el techo del Chevrolet. Ben tembló ante aquella montaña humana que eclipsaba la luz de una farola que se filtraba por el parabrisas delantero.

Ralph lanzó dos golpes fulminantes en dirección a Marcia.

El primero la alcanzó en la sien derecha e hizo que su cabello se revolviera. El segundo impactó de lleno en su rostro, produciendo un chasquido seco y aterrador, como el de una rama al quebrarse.

Más tarde, Ben reconocería que fue en ese instante cuando ciertas determinaciones tomaron forma dentro de su cabeza. Era cierto que se sentía aterrado cuando su tía gritaba, y que apenas podía mantener la compostura cuando estaba cerca de ella, pero se odiaba por ello. A su modo, la amaba. No había en ella un solo gramo de maldad. Ni uno solo. No podía imaginar una sola razón que justificara el modo en que Ralph se había comportado. Difícilmente podría quitarse de la cabeza la imagen del

rostro de Marcia al recibir el segundo golpe, deformándose ante la presión implacable de la manaza de su padre.

Cuando Marcia dejó de gritar, probablemente a causa de la conmoción, el silencio fue sepulcral. Ralph adoptó nuevamente su posición de conductor, como una serpiente que ha surgido de su cueva a la velocidad de un rayo para capturar su cena y regresa a ella victoriosa.

Debbie sollozaba cuando el Chevrolet rugió y se puso en movimiento otra vez.

Ben, que definitivamente creyó haber sobrepasado cierto límite interior, se recostó en su asiento y dejó caer la cabeza de lado, mientras lágrimas tibias humedecían sus mejillas.

Incapaz de hacer otra cosa, repasó los incidentes de ese día…

OceanofPDF.com

2

Avanzaba sacudiendo una revista enrollada, blandiéndola como una espada.

¿Cuál era el propósito de llevarla consigo?

Desde que salió de su casa, entrecerrando los ojos para atenuar el sol de la tarde, no había hecho otra cosa que agitar la revista hacia ambos lados. Era lo que cabría esperarse de un niño de su edad: con pantalones cortos y una camiseta de *La guerra de las galaxias,* caminando con paso alegre y despreocupado, como quien va silbando una canción. Sólo que él no sabía silbar. Ben no desentonaba en absoluto en Carnival Falls, una ciudad pequeña cuyo nombre aparecía en el mapa con trazo ligeramente más grueso que el resto de los pueblecitos cercanos, pero sólo lo suficiente como para que sus habitantes se desplazaran con indiferencia; los hombres arrastrando los pies y las mujeres empujando los carros de la compra con pesadez. ¿A quién le importaba la revista?

A nadie.

Si necesitaba una revista, o lo que fuera, para sentirse un poco mejor, estaba bien que la llevara consigo, y si agitarla como la jodida espada de Damocles lo ayudaba, también estaba bien. A la mierda la voz de su conciencia y su regimiento de reproches. La conocía de sobra. Sabía que podía iniciar su ataque con algo simple como una revista, pero ése sería el inicio, claro… La voz no era estúpida. Si le largaba el rollo de lleno y le decía las cosas importantes de buenas a primeras, él la alejaría y se negaría a seguir hablando con ella. La vocecita traicionera prefería, en cambio,

iniciar un diálogo casual, como una vecina a la que nos encontramos fuera de casa, con la barbilla sobre una escoba, sin planes aparentes salvo esperarnos para lanzar sus dardos envenenados. *Oiga, vecino, hermoso día, ¿verdad? A propósito, se me ha ocurrido en este instante que las ramas de su árbol invaden mi propiedad, ¿lo había notado?*

Pero no hemos aclarado el asunto de la revista. No del todo.

(A veces la vocecita era insistente).

En términos bélicos, traer la revista consigo no había sido más que un acto de rebeldía frente a una derrota evidente. En términos de Ben Green, una simple estupidez.

Todo empezó cuando su madre se presentó en el jardín trasero un par de horas después del almuerzo. Ben advirtió una sombra sobre el bate de béisbol que se proponía limpiar, y al alzar la vista, allí estaba Danna, con su brazo extendido y una sonrisa.

—Doce dólares —anunció—. El señor Patterson sabe lo que tiene que entregarte.

Sin decir nada, Ben apartó el bate y cogió el dinero. ¿Había fantaseado con que su madre olvidaría a Patterson? En realidad, no. Sabía lo importante que era para sus padres (y en especial para Danna) el viaje a Pleasant Bay que tenían planeado para el día siguiente, pero eso no lo convertía en algo *milagroso*. Danna no olvidaba las cosas fácilmente, en especial si éstas tenían la facultad de importunar a sus hijos. En el fondo, Ben no había dado mayor crédito a la idea de pasar la tarde en el jardín trasero de su casa, limpiando su bate especial sin molestar a nadie ni ser molestado.

Se puso en pie sin ocultar su enojo y caminó hacia el frente de la casa por el sendero lateral. Procuró desplazarse con indiferencia, pero sus movimientos fueron enérgicos. Dejó el bate abandonado detrás de sí, lo cual normalmente hubiera originado un concierto de reproches a cargo de su madre, quien sin embargo esta vez no dijo nada. Lo siguió de cerca, eso sí, sin dejar de sonreír. Aunque no la veía, Ben sabía que así era.

—¿Adónde vas, jovencito? —disparó ella mientras él se alejaba con el andar decidido del soldadito más insignificante del mundo.

Ben se volvió.

—¡Debo buscar algo! —rugió—. ¿Es que acaso no puedo?

—Sí puedes. Lo que no puedes es hablarle así a tu madre.

Ben apenas escuchó las últimas palabras, pero las hubiera adivinado en menos de tres intentos. Se marchó, y la revista fue lo primero que encontró en su habitación: un ejemplar de *Spiderman*. Al salir por el sendero del frente sintió los ojos de Danna siguiéndolo, y ya no se preocupó por ocultar su malestar. Antes de girar al final del sendero, dio con la revista dos golpecitos al buzón de la correspondencia en su versión particular de: *Hago lo que quiero*.

No pasó mucho tiempo hasta que sintió deseos de deshacerse de la revista. Al fin y al cabo había cumplido su propósito, ¿no? Una papelera desfiló a su lado y Ben se acercó, pero en el último momento decidió que aquel ejemplar le había costado suficiente dinero para sacrificarlo sin pensárselo dos veces. Además, tenía cosas más importantes en que pensar, y Patterson era sólo el preámbulo de todas ellas.

¿Y si tenía la suerte de que Patterson no estuviera en su casa?

En la media docena de veces anteriores en que lo había visitado, nunca había visto a nadie más que a él. Se había hecho a la idea de que vivía solo, y sabía que no tendría esta vez la suerte de descubrir que vivía con alguien más; por ejemplo, su madre, una anciana amable amante del chocolate caliente y de contar historias. No señor. Era preferible pensar que todo sería como había sido siempre. Encuentros casi calcados. Patterson abriría la puerta principal al instante, como si lo hubiese estado esperando justo detrás. Luego lo invitaría a pasar; él trataría de negarse, pero el hombre entraría en la casa sin escucharlo, con sus pantalones cortos azules y su abdomen del tamaño de una bola de demolición. *Adelante, niño, ¿o piensas quedarte ahí para siempre?*

No tenía sentido fantasear con ancianitas amables. Sería así porque…

Porque así era siempre.

Y porque ella lo sabe.

Ben asesinó a un enemigo imaginario mediante una doble estocada con su espada de papel. Una mujer de unos cincuenta años lo miró con

desaprobación y negó con la cabeza en dirección al cielo.

Otro enemigo. ¡Cuidado!

Muerto.

Ella lo sabe.

¡Claro que su madre lo sabía! No se necesitaba ser un genio para darse cuenta de que Danna sabía que a él no le agradaba el señor Patterson. Probablemente ella sentía la misma repulsión hacia él, de modo que al enviar a Ben a recoger las benditas pinturas mataba dos pájaros de un tiro, ¿no?

Y a propósito del señor Patterson, parecía sentir una simpatía especial por su madre, ¿verdad? ¿Por qué si no le vendería esas pinturas a menor precio? A fin de cuentas era el dueño de la única tienda en el centro comercial, no tenía por qué hacerlo. Danna le había explicado a Ben más de una vez que el señor Patterson tenía la amabilidad de guardar para ella ciertos materiales con pequeños defectos, como pinturas, pinceles y esas cosas. Pero aun suponiendo que eso fuera cierto, suponiendo que al sapo repugnante de Patterson le daba de buenas a primeras por la caridad, ¿por qué no le entregaba los materiales a Danna en la propia tienda? Ben se lo había preguntado a su madre, y ella había permanecido en silencio un rato para luego soltarle un rollo acerca de que probablemente el hombre no querría establecer diferencias con el resto de sus clientes y bla, bla, bla.

Lo cierto es que Ben no le había contado a su madre lo aterradora que le resultaba la experiencia. ¿Pero acaso hacía falta? Ella lo sabía de todas maneras. No tenía sentido decir nada; en cierto modo no había nada que decir. El hombre no le había hecho nada durante los encuentros anteriores…, ni siquiera lo había tocado. Y bien sabía Ben que éstas serían las primeras preguntas que Danna le formularía, para luego concluir que su hijo estaba exagerando. Entonces sería peor. Las visitas a casa de Patterson se harían más frecuentes.

Esa tarde, cuando le tendió los doce dólares, Danna sabía perfectamente lo que hacía. *Sabía* que la experiencia lo aterrorizaba. Quizás no tenía idea de cuánto, pero no importaba mucho. Y Ben, a decir verdad, lo había estado

esperando. Ben conocía la razón por la que su madre había escogido aquel momento preciso, después del almuerzo.

Algunas horas antes, se había acercado a Danna para pedirle autorización para asistir a la fiesta de Will Sbarge, un niño que no era precisamente su mejor amigo, pero cuya casa era del tamaño del *Titanic*.

—Es la tercera vez que me vienes con eso, Ben. —El tono de Danna fue inflexible—. Sabes que tu padre y yo viajaremos mañana temprano. Debemos hacer los preparativos y no podemos estar pendientes de ti.

Ben insistió, pero supo que había sido un error volver sobre el tema. Un error cuya consecuencia llegaría pocas horas después.

Doce dólares. El señor Patterson sabe lo que tiene que entregarte.

OceanofPDF.com

3

Sí, el señor Patterson sabía lo que tenía que entregarle, pero se las arreglaba para que no estuviera a mano cuando Ben llegaba. De ese modo podía invitarlo a pasar y sumergirse en su casa antes de que él pudiera negarse.

La versión de Patterson de ese día llevaba sus clásicos pantalones cortos azules, visibles parcialmente bajo el adiposo torso desnudo. Al ver a Ben de pie en el umbral, sonrió con su sonrisa de cerdo, masajeándose el lateral de la panza, cerca del sitio en que una cicatriz horrible lo recorría hasta perderse en su espalda. La idea de que el hombre se alimentaba por ahí ya no le resultaba en absoluto novedosa. Lo había asaltado la primera vez que vio el cuerpo blanquecino de Patterson y a su amiga inseparable *la cicatriz*, rodeada de puntos semejantes a dientes puntiagudos. Incluso un par de veces había soñado que durante alguno de sus encuentros la cicatriz se abría y una lengua rechoncha relamía el cuerpo grasiento del hombre, todo sin que Patterson dejara de reír y de sacudir sus tetas gelatinosas.

El detalle distintivo en esta ocasión no fue la cicatriz, sino el hecho de que Patterson lo recibiera fumando. No sabía que el hombre fumara, aunque debió haberlo supuesto… Tenía el cigarrillo colocado en el centro de la boca y no a los lados, rodeado por sus labios en forma de morcilla circular. Patterson masticaba el humo mientras la punta enardecida de su cigarrillo oscilaba, y pequeñas nubecillas emergían por las ventanas ensanchadas de su nariz. Sus ojos, que en cierta medida eran lo peor, se abrían como platos con cada calada. Ni siquiera pestañeaba.

¡Qué ojos más grandes tienes…!

—¡Son para verte mejor! —graznó Patterson.

Ben retrocedió, aturdido. La revista de *Spiderman* estuvo a punto de deslizarse de su mano.

—Oye, niño, ¿qué ocurre? ¿Tanto alboroto por invitarte a pasar?

Al hablar, el cigarrillo dejó de oscilar en su boca y describió enredados garabatos. Sus labios se movieron desparejos (como si eructara) para luego volver a abrazar el filtro igual que antes.

Como si besara…

Mierda.

No querías pensarlo, ¿verdad?

¡COMO SI PATTERSON BESARA!

Después de invitarlo a entrar, Patterson dio media vuelta y avanzó por la casa farfullando cosas incomprensibles. Probablemente le decía que ya conocía el camino o algo así. Ben permaneció de pie en el umbral, observando cómo la boca cosida en la espalda se empequeñecía mientras el hombre se alejaba y atravesaba una puerta en el extremo opuesto de la sala. Alimentando la idea de que cuanto más tiempo permaneciera allí menos pasaría dentro de la casa, Ben finalmente siguió los pasos de Patterson. Conocía el camino. Más allá de la puerta lo esperaba un oscuro pasillo en L, que desembocaba en dos nuevas puertas. Ben no sabía adónde conducía la primera, aunque suponía que a un sótano o algo así. La segunda servía de acceso a un gran espacio al que Patterson denominaba «el almacén».

El almacén constituía en realidad una construcción con entrada por el lado opuesto de la manzana. Ben lo había comprobado en sus visitas anteriores y supuso que el hombre había construido por su cuenta el acceso independiente desde su casa. No se lo había preguntado y no lo haría. Desde la casa se accedía a una especie de sector privado, delimitado por un tabique de madera de unos dos metros de alto. El techo, sin embargo, era mucho más alto; Ben no podía calcular cuánto.

—Aguárdame aquí —chilló Patterson.

¡Como si hiciera falta que se lo dijera! Ben había esperado allí las otras veces mientras Patterson pasaba al otro lado del tabique de madera y

buscaba el material en el almacén, fuera de su vista. A su derecha, un segundo tabique formaba una T con el primero, dejando espacio suficiente para acceder a lo que parecía ser la oficina de Patterson, o quizás su taller. En el extremo opuesto podía verse parcialmente un escritorio y a veces parte del respaldo de una silla. Ese día la silla no estaba a la vista, aunque sí desde luego la pared trasera. Pero Ben no deseaba detenerse en ella.

La pared trasera era la que Patterson destinaba para sus pósteres de mujeres.

La primera vez que los vio, Ben desvió la vista de inmediato, diciéndose que no era correcto meter las narices en asuntos ajenos. ¿Pero acaso Patterson no le pedía que permaneciera *específicamente* allí? Claro que sí. Aquella vez se permitió echar una segunda mirada, y la imagen se grabó a fuego en su cabeza.

Ben había visto en su vida apenas media docena de fotografías de mujeres desnudas, excluyendo las que aparecían en los textos educativos. Si además tenemos en cuenta que la mitad de ellas había sido gracias a los vestigios arrugados de una revista que Chad Davis, un niño que vivía a tres casas de distancia de la suya, había encontrado en la papelera de su hermano mayor, realmente no era mucho el historial al que podía echar mano a la hora de hacer valoraciones. Sin embargo, Ben sí sabía algunas cosas; y una de ellas era que las mujeres tenían vello en la entrepierna. Esto lo sabía además porque había visto a su madre desnuda una vez, y era un detalle que no había pasado por alto. No obstante, la muchacha del póster no tenía ni rastro de vello. Para Ben, que aún no estaba seguro de si los bebés se hacían por *detrás* o por *delante,* la visión de aquellas dos porciones de carne apretadas resultó una verdadera revelación.

El pecho de la muchacha era casi liso, y en esta materia no se necesitaba contar con un gran bagaje fotográfico para saber que no siempre era así. Tenía el cabello recogido a los lados en dos coletas y extendía una paleta en dirección a la cámara. Ben calculó que la muchacha no era mucho mayor que Andrea, su hermana.

En las siguientes visitas las cosas no cambiaron sustancialmente. Salvo el póster. Éste era diferente cada vez; y si bien aquél era en apariencia el

sitio privado de Patterson, probablemente su oficina, Ben sabía que no era arbitrario que lo hiciera esperar precisamente allí. No había elegido el umbral de la puerta, o la sala, sino ese sitio, desde donde no hacía falta más que torcer la cabeza para ver el póster.

Que el señor Patterson se toma la molestia de cambiar en cada ocasión, no olvidemos ese detalle.

Pero esta vez no miraría. Tenía la vista fija en el panel divisorio de madera y allí la dejaría. Podía escuchar ruidos provenientes del otro lado, pero tampoco quería concentrarse en ellos. Había llegado a la conclusión hacía tiempo de que Patterson tenía el material para su madre preparado, y que era probable que estuviera justo del otro lado del panel, provocando sonidos a propósito y burlándose de él. Constituía la alternativa menos perversa respecto a las actividades secretas de Patterson, y lo cierto es que convenía aferrarse a ella.

No miraría.

Sigue las vetas de la madera. Hay formas ocultas. ¡Mira! Allí está Woody, de *Toy Story*.

¡Ése no es Woody, por Dios!

Bueno, un hombre alto al menos.

Tampoco. No se parece a nada… salvo a un moco estirado.

Sigue las vetas. ¡Mira allí, en la unión de los paneles! Esa veta, ligera, luego esa mancha oscura. ¡Un globo!

O una paleta.

No debía mirar el póster… bajo ningún concepto.

Giró la cabeza imperceptiblemente.

El póster, en efecto, había cambiado.

Ben sintió un escalofrío y las piernas aflojarse bajo su peso. No se obligó a apartar los ojos porque sabía que no podría hacerlo. Esta vez se trataba de una niña de su edad. La niña no sonreía, su expresión era soñadora. Estaba sentada en un tronco caído, probablemente en un bosque, con las piernas abiertas y estrujando un oso de felpa bajo su brazo derecho. El motivo del póster hubiese sido bonito para un calendario, de no haber sido por dos cosas. La primera era que la niña estaba completamente

desnuda. La segunda era el mensaje impreso en la parte superior en letras grotescas y coloridas.

OceanofPDF.com

4

En cierta ocasión, Ben había visto en la televisión una demostración con fichas de dominó. Un grupo de suecos se había propuesto batir la marca mundial de cantidad de fichas y había dispuesto miles de ellas, que formarían imágenes al caer, cruzarían pequeños puentes, etcétera. Tras la preparación y posterior ejecución de la prueba, Ben recordaba haber sido asaltado por una pregunta: ¿qué ocurriría si alguna de las fichas caía por accidente antes de que estuviera todo listo? ¿Podía un error minúsculo como éste echarlo todo a perder? Cuando le formuló la pregunta a Robert, él le respondió que seguramente los hombres a cargo de la demostración habrían colocado barreras protectoras, de manera que si ocurría un fallo de ese tipo, sólo deberían volver a colocar las fichas en un sector determinado. Para Ben la respuesta fue reveladora, y el concepto de *la barrera protectora*, más aún.

La idea resultaba apropiada para describir los acontecimientos de la tarde. Había sido él quien había insistido en asistir a la fiesta de Will. La ficha inicial. Y lo había hecho aun sabiendo que tal cosa acarrearía la caída de la ficha siguiente, y posteriormente de las restantes. ¿Por qué no había dispuesto él una barrera protectora?

La respuesta era simple: había sido estúpido.

Al volver de la casa de Patterson entró en la sala con la revista en una mano y el paquete con las pinturas en la otra. Encontró allí a Robert, al que saludó sin detenerse. Durante el viaje de regreso había decidido qué haría, y

era conveniente que su padre estuviera en casa, pero primero debía entregar a Danna el envío de Patterson. Giró a la izquierda y recorrió el pasillo que servía de acceso a las habitaciones; la de su hermana y la suya a la izquierda, y el estudio de Danna a la derecha. Al final estaba el baño y, junto a éste, la habitación de sus padres.

Encontró a Danna en su habitación, de pie frente a la cama de dos plazas, doblando su vestido azul. Ben observó la operación sin decir nada; luego habló:

—Mamá, tengo el paquete del señor Patterson. —De pie en el umbral de la puerta, alzó el envoltorio.

—Déjalo en el estudio. Gracias —respondió Danna sin volverse.

Ben desanduvo el camino por el pasillo y abrió la puerta del estudio, que por lo general permanecía cerrada. Distribuidas en una serie de estanterías, estaban las pinturas y demás utensilios. En la pared opuesta a la entrada, bajo la ventana con vistas al jardín trasero, vio la mesa semicircular que constituía uno de los sitios de lectura predilectos de su madre. Fue allí donde depositó el paquete. Tras alejarse un par de pasos lo contempló y no pudo evitar sentirse irritado. Sus padres se irían de viaje al día siguiente y sabía que el maldito paquete permanecería allí durante días, tal como él lo acababa de dejar.

Resignado, dio media vuelta y regresó a la sala. Sabía que tenía algunas horas de luz para encargarse de su bate, pero antes tenía algo de que ocuparse. Robert advirtió su presencia y bajó el periódico para observarlo. Leía el *Carnival News*. Robert decía que, a pesar de que el periódico tenía sus propios correctores, él, como era el director, tenía la obligación de revisar todas las ediciones de principio a fin.

—¿Qué traes ahí?

Robert llevaba sus gafas de ver de cerca.

—Nada. Una revista.

—¿Quieres decirme algo?

Robert dejó el periódico sobre la mesa.

—Sí. Hoy es la fiesta en casa de Will Sbarge. ¿Recuerdas que os hablé de ella?

—Lo recuerdo. —La transformación en los ojos de Robert empezó en ese instante. Ben lo notó de inmediato—. También recuerdo que tu madre ya ha hablado de eso contigo.

—Sí, lo sé, pero es que… estarán todos mis amigos. He preparado mi mochila con algo de música para llevar… Ya conoces la casa de Will.

Los ojos de Robert permanecieron muy quietos, dilatándose mientras ese vacío característico se apoderaba de su mirada. Ben conocía la expresión de sobra, la había visto cuando su padre discutía con Danna y también en otras ocasiones. Claro que *discutir* quizás no era la palabra adecuada; uno esperaría cierto intercambio de opiniones en una discusión, y ése no era precisamente el *modus operandi* de Danna Green.

—¿Puedes hablar con ella? —suplicó.

—Ben, si tu madre ha dicho…

—¡Ya sé lo que ha dicho! Pero no tiene sentido. —A Ben no le importó que su madre pudiera oírlo desde la habitación—. No tenéis que preocuparos por mí. Los padres de algún niño pueden recogerme y traerme de regreso. Puedo arreglarlo.

—Ben… —Robert dejó la frase en suspenso. Luego negó con la cabeza y retomó la lectura del periódico local.

Ben sonrió. Su padre hablaría con Danna e intercedería por él. Sabía lo difícil que era para Robert hacer semejante cosa, pero su padre lo quería lo suficiente para enfrentarse con su esposa si esto era necesario. Ben no albergaba grandes esperanzas en cuanto a revertir la negativa de su madre, pero al menos lo habría intentado.

Regresó al jardín trasero, por primera (y única) vez en ese día y se sintió reconfortado. No encontró su bate, pero sí a Rosalía, la mujer que se encargaba de los quehaceres domésticos.

—Hola, Ben —le dijo la mujer mientras colgaba ropa en la cuerda.

—Hola. ¿Ha visto mi bate?

—Sí. Lo he puesto en el cobertizo. A tu madre no le gustaría encontrarlo por aquí.

—¡Gracias!

Dio media vuelta y se dirigió al pequeño cobertizo en el lateral de la casa, junto al garaje. Abrió la puerta de madera y allí vio su bicicleta, sus bates y sus guantes viejos.

Encontró el bate especial apoyado en una de las paredes. Lo recogió, y regresó al jardín trasero.

OceanofPDF.com

5

Las fichas de dominó caen unas sobre otras, sin interrupción. Cada una arrastra a la siguiente…, resulta inevitable.

¡Y aquí no colocamos barreras protectoras!

Cuando Danna se aproximó a Ben, sentado en el patio trasero con su bate en el regazo, él supo lo que ocurriría: alzaría su rostro y ella le tendería tres billetes. Doce dólares, le diría, y luego agregaría que Patterson sabía lo que debía entregarle. Ben tomaría el dinero sin decir nada e iría en busca de una revista. Un ejemplar de *Spiderman*. Luego caminaría las siete manzanas que separaban la casa de Patterson de la suya, agobiado por el calor de la tarde. Patterson lo recibiría con un cigarrillo envuelto en sus gruesos labios y lo conduciría hasta su almacén. Allí lo esperaría, evitando en todo momento mirar hacia la *oficina* de Patterson…

¿Acaso no sabía lo que vería?

¿Quieres ser mi osito?

Regresaría a casa y hablaría con su padre. Le pediría que intercediera con Danna respecto a la fiesta de Will Sbarge, aunque sabía que nunca asistiría. No lo haría porque más tarde, en el jardín trasero, aún con los recuerdos de la visita a Patterson en su mente, la sombra de Danna se proyectaría sobre él y le tendería otra vez los doce dólares cerrando así un ciclo infinito del que no podría salir jamás.

Danna se acercó.

¿Cuántas veces había pasado ya por eso?

Alzó la vista y fue un alivio descubrir que su madre no le tendía los doce dólares. De hecho tenía los brazos en jarras. En cierto sentido fue un alivio descubrir que su fantasía cíclica no había sido más que eso.

—He hablado con tu padre —dijo Danna.

Ben la observó sin decir nada. Lo que ella añadió a continuación lo dejó atónito. De las mil frases que su cerebro había ensayado en esos segundos, ninguna se aproximaba a la que escuchó de boca de Danna.

—Veo que tienes mucho interés en acudir a la dichosa fiesta de tu amigo… Tu padre te llevará.

Ben se sintió aturdido.

—Gracias —respondió sin ser demasiado consciente.

¿Eso era todo? ¿Robert había hablado con Danna y ella aceptaba las cosas así, sin más? Si tal cosa era posible, entonces cabría esperar que en ese preciso instante el cielo se abriera y surgiera un culo gigante lanzando ventosidades entonando la Quinta sinfonía de Beethoven. Algo no iba bien.

—¿Vas a llevar a casa de Will la mochila que he visto en tu habitación? —continuó Danna.

¿Qué diablos tenía que ver la mochila?

—Sí. Andrea me ha prestado algunos discos.

—Supongo que Will no tiene suficientes.

Ben se sentía caminando desnudo en medio de un desierto sin límites. Un desierto minado, presto a explotar en cuanto su pie se apoyara en el lugar equivocado. Conocía a su madre, y sabía que no existía la posibilidad de que accediera con semejante facilidad a que asistiera a la fiesta de Will. De hecho, no era posible que accediera con esa facilidad a *NADA*.

—Me ha pedido que lleve algo de música —explicó Ben, y como si lo siguiente constituyera una explicación, agregó—: Él no tiene hermanos de la edad de Andrea.

—Pon atención en traer todo lo que llevas.

Ben encontró súbitamente la explicación al asunto: ésa no era su madre. Unos extraterrestres habían aterrizado delante de la casa, capturado a la verdadera y enviado a una réplica. Sólo que por error habían enviado a una versión benévola, que le permitía ir a la fiesta de Will Sbarge e incluso

llevar la mochila con los discos de Andrea. Seguramente la alienígena le diría a continuación que le entregaría también un talismán interplanetario para que Amy Kite lo besara esa noche. ¡Grandioso!

—Sólo aférralo fuerte. Ella simplemente se acercará y hará lo que tú quieras…

—¿De veras?

—Claro que sí.

—¡Gracias, señora cósmica!

Ben supo que debía decir algo, aunque su cabeza estaba ocupada con fantasías espaciales y no fue gran cosa lo que logró articular. Habló despacio, dudando de cada palabra a medida que la pronunciaba.

—Puedo dejar la mochila en casa —dijo—. No es tan necesaria.

—No hace falta —replicó el alienígena—. Ya la has preparado, ¿no?

La has preparado como si dieras por sentado que irías.

—Sí —dijo Ben en un tono apenas audible.

Danna hizo otra pausa premeditada y sonrió. Luego dijo:

—Pues que te diviertas en la fiesta…

Su sonrisa se ensanchó. Ben sintió un creciente terror por lo que su madre diría a continuación. La conocía. Conocía esa pausa… y también la sonrisa.

—Sabes que nosotros no podremos ir a recogerte —dijo Danna—. Tus abuelos lo harán.

Ben sintió que su corazón se detenía y luego se encogía al tamaño de una aceituna. Allí estaba, señoras y señores, la dichosa explicación. Nada de seres de otros planetas, no señor, para qué irse al espacio estelar a buscar una razón que estaba en la tierra misma.

Tus abuelos lo harán.

Cuando Danna se marchó, Ben se quedó solo. Sin embargo, se sintió observado. De un momento a otro los árboles echarían a andar, se acercarían y lo señalarían con sus ramas huesudas, riéndose. La ropa en la cuerda cobraría vida y también se burlaría de él, encerrando cuerpos invisibles y chorreantes. Todo a su alrededor se alzaría como la comedia musical más disparatada del mundo; incluso su bate de béisbol dispondría

mágicamente de piernas para moverse y brazos para señalarlo. ¿Había sido tan estúpido para creer que, si Robert intercedía, su madre lo dejaría ir a la fiesta así, sin más? Es sencillo hablar cuando se han consumado los hechos, pero ahora le parecía que aquella idea ganaría con facilidad el concurso *Señorita Idea Ingenua*.

Estúpido. Estúpido. ¡ESTÚPIDO!

Se imaginó la conversación entre Robert y Danna; él avanzando en terreno enemigo, sabiendo que cometía un error; un soldado heroico aferrando la fotografía de su hijo. Su estúpido hijo Ben. Estúpido e ingenuo. Danna seguramente accedería de inmediato. Pobre estúpido e ingenuo Ben, claro que tenía derecho a ir a su fiesta. Ben, el niño estúpido e ingenuo, podía creer incluso que un extraterrestre haría que Amy Kite lo besara esa noche; podía creer de hecho *cualquier cosa*.

Robert, ve y habla con tus padres. Diles que deben ir a la fiesta a buscar a Ben. Y diles otra cosa…, que no olviden llevar a Marcia con ellos. Es importante que ella los acompañe.

Cada pieza arrastra a la siguiente.

Tus abuelos lo harán.

OceanofPDF.com

6

La casa dormía. Ben estaba de pie en el baño, frente al espejo oval. Vio reflejada apenas parte de su torso desnudo. No era alto para su edad; otros niños de nueve años lo aventajan en media cabeza.

La última ficha de dominó en pie.

Intentó sonreír, pero no logró más que esbozar una mueca desganada.

La visita a casa de Patterson había sido un pésimo comienzo del día. Tenía que reconocer que las confrontaciones con Danna, si bien no eran nuevas, seguían perturbándolo enormemente. Creía haberse acostumbrado a cómo era su madre, pero al parecer no lo suficiente para aceptarlo, al menos de momento. La fiesta de Will no había sido gran cosa después de todo. Amy Kite no había ido, y ni siquiera Lisa De Luca, su mejor amiga, había sabido explicar la razón. Además, saber que sus abuelos irían a recogerlo hizo que Ben no pudiera pensar en otra cosa mientras permaneció en casa de su amigo. Ahora, mientras repasaba los sucesos del día, incluido el viaje de regreso a casa y el incidente entre Ralph y Marcia, se preguntó si había valido la pena oponerse a la voluntad de Danna.

Había una cuestión que daba vueltas en su cabeza como un insecto. En ocasiones odiaba a su madre. Ocasiones como la de ese día, cuando ella buscaba la manera de salirse con la suya a cualquier precio. ¿Pero qué ocurría el resto del tiempo? Ben no era un niño que sintiera odio por las personas, excepto por su madre. No podía ser juzgado por lo que pudiera sentir en un arrebato de furia; como cuando un adulto reacciona

irracionalmente ante una situación extrema. Era lo que se conocía como *emoción violenta*. Incluso Ben sabía esto. Sin embargo, habían pasado unas horas desde el viaje en el Chevrolet de Ralph —había logrado tomar distancia de los acontecimientos del día—. ¿Entonces por qué los sentimientos hacia su madre no desaparecían? ¿Significaba que la odiaba *siempre?* ¿Que la odiaba por ser orgullosa y poner sus intereses por encima de los demás, en especial cuando dentro de *los demás* estaban sus propios hijos?

Dio media vuelta y caminó en dirección al retrete. Se inclinó y vio su rostro reflejado en el agua acumulada en el fondo. Se bajó el pantalón del pijama y permaneció allí de pie, pero no logró que cayera ni una mísera gota de orina para desdibujar su rostro líquido.

No podía odiarla. Era inadmisible.

Volvió a subirse los pantalones y se sentó en el retrete. Siguió con la mirada los encuentros de los azulejos en la pared.

Fue entonces cuando supo que debía hacer algo; hablar con alguien. Podría despertar a Andrea e intentar hablar con ella, se dijo, pero descartó la idea. Andrea no lo entendería, o eso creyó en ese momento. El nombre que surgió en su cabeza fue el de Mike Dawson. Mike era su padrino, y además de conocer a Robert desde la infancia, había estado siempre cerca de la familia. Mike lo entendería. Con Mike podría hablar abiertamente de lo que sentía por su madre.

Por primera vez sintió que sus planes eran los correctos. Además podría ponerlos en práctica en ese momento. Podría tomar su bicicleta e ir a ver a Mike. Conocía el camino a la perfección, y en menos de diez minutos podría estar en su casa. Era de noche, cierto, y si su madre descubría que se había marchado a esas horas le esperaría un castigo inimaginable. Pero no estaba dispuesto a pensar las cosas en función de su madre. No esta noche.

OceanofPDF.com

7

El baño era amplio. Las paredes estaban revestidas de azulejos hasta media altura y el resto, pintadas de color celeste. Los azulejos mostraban hilos delgados formando mapas; eran grandes y antiguos. Ben no se había detenido a pensar en ello, pero se trataba de los originales de la casa, al igual que la bañera: una gigantesca pieza que presidía el extremo opuesto a la entrada. Una curiosidad respecto a ésta era que tenía patas de bronce. La barra de la cortina, en forma de U, estaba suspendida del techo con soportes especiales y la rodeaba casi por completo.

El espejo oval sobre el lavabo había sido colocado recientemente. Ben recordaba el espejo anterior, un modelo de tres hojas con bisagras, de esos en los que podías verte de perfil, pero no sabía qué había sido de él. Sí recordaba, en cambio, que las dos lámparas sobre el espejo, cuyas tulipas se asemejan a los pétalos de una flor, habían estado ahí desde que tenía uso de razón.

Junto al retrete había un aro dorado que servía de soporte para una toalla pequeña. Ben tomó el extremo de la toalla, tiró de ella y la soltó, provocando que el soporte se balanceara. Pensó en lo familiar que le resultaba estar sentado allí, pero al mismo tiempo se sintió fascinado por ciertos detalles que ahora veía, por alguna razón, de un modo diferente. Las tuberías de la ducha, por ejemplo, eran de bronce y estaban colocadas fuera de las paredes, lo cual no era algo común. Había recibido tantas advertencias en cuanto al peligro de quemarse con la tubería del agua

caliente que había condicionado su existencia a *algo peligroso*. El armazón de acero sobre el que estaban montadas estaba sujeto a la pared, y de los extremos salientes colgaban un cepillo de mango largo y un gorro de baño. Nunca se le había ocurrido treparse a esa estructura, pero pensó que podría hacerlo si quisiera.

Dirigió la vista hacia la puerta de entrada. El marco poseía una moldura de yeso de dos pequeños escalones, idéntica a la de la confluencia entre las paredes y el techo. Como si hiciera falta corroborarlo, alzó la cabeza y las recorrió con la mirada.

Debió protegerse de la luz proveniente de las lámparas anteponiendo una de sus manos entre éstas y su rostro. Sus ojos verdes se concentraron en la entrada al desván: un sitio del que sabía muy poco y que también venía de la mano con su propio rótulo mental; el de *terminantemente prohibido*. Advirtió, quizás por primera vez, que el boquete rectangular que servía de acceso, similar en cuanto a tamaño al espejo sobre el lavabo, estaba delimitado por un bisel de aspecto diferente al del marco de la puerta, o la unión entre las paredes y el techo. Presentaba cantos redondeados y no afilados, y en cada uno de los dos minúsculos escalones había formas talladas que Ben no alcanzó a distinguir con claridad, pero que supuso que podrían ser flores. Le resultó extraño no haber reparado antes en ellas.

El acceso estaba protegido por una placa de vidrio esmerilada sujeta por ganchos suspendidos desde el techo. Si bien daba la sensación de ser negra, no era más que una ilusión generada por la oscuridad del otro lado.

¿Qué era exactamente lo que sabía del desván?

Era como un ojo. Un ojo que lo observaba todo…

No gran cosa. Al igual que las tuberías de la ducha, era algo que había visto desde que nació y nunca se había detenido demasiado en ello. Recordaba haber hablado con Robert una sola vez al respecto, pero no si había sido su padre o él quien había iniciado la conversación. Sabía que originalmente aquella entrada había sido prevista como una claraboya, pero nada más.

Se preguntó cómo sería el desván, qué tamaño tendría. Y lo más importante: ¿cómo sería estar allí arriba?

¿Era ésta la razón por la que estaba en el baño?

Debía reconocer que no era la primera vez que el desván despertaba su curiosidad.

Lo has tenido toda la vida sobre tu cabeza y no lo conoces, ¿no es algo increíble?

Ben recorrió el revestimiento de azulejos como si allí lo esperara una respuesta. Sabía que esto no constituía más que un modo de ganar tiempo mientras seguía sentado en el retrete. Si se escondía en el desván hasta el día siguiente, pensó con lógica perversidad, sus padres no podrían embarcar en el avión que los llevaría a Pleasant Bay. No podrían marcharse si él no estaba en casa. Danna probablemente insistiría en hacerlo, alegando que Ben habría ido al bosque y que regresaría de un momento a otro, pero Robert se opondría terminantemente. Deberían cancelar el viaje. Ben podría bajar del desván más tarde y decir que en efecto había pasado la mañana en el bosque, o en casa de su amigo Tom. Probablemente le esperaría un castigo que ni siquiera podía imaginar en este momento, pero ¿qué importancia tendría?

Danna no haría el viaje que había planeado durante semanas.

OceanofPDF.com

8

Los soportes metálicos en ele mantenían la placa de vidrio suspendida justo debajo del boquete, pero no impedirían su deslizamiento lateral. No debía ocasionar problemas. El primer inconveniente que Ben veía consistía en la altura a la que estaba colocada. Aun de pie en el lavabo, no lograría que sus antebrazos traspasaran el boquete que servía de acceso al desván, y así darse el impulso necesario para ascender. Creía que lo máximo que podría lograr era asirse con las manos a los laterales, pero ¿qué haría después? Podía intentar colgarse, agarrado con sus manos a los lados largos, y balancearse hasta colocar sus pies en uno de los extremos. Sopesó la idea, pero la descartó; no podría balancearse lo suficiente teniendo el espejo detrás, y la idea de romperlo de una patada le resultó abrumadora. Y no precisamente por el mito.

¿Hablamos de mito? El siguiente constituye un mito grandioso: cuando estés colgado del techo, algo atraerá a Danna. Puede que uno de esos ruidos que hacen las casas por las noches o las ganas de hacerse una paja nocturna, o lo que sea. Y entonces abrirá la puerta del baño repentinamente y no habrá ninguna explicación satisfactoria para encontrar a su hijo pequeño colgando como un fideo gigante en mitad del techo.

Tendría que apagar la luz… Imaginar a Danna en el umbral de la puerta le hizo comprender que no podría dejarla encendida. Debería subir a tientas.

Si ella la encontraba encendida por la mañana, o incluso si alguien se presentaba por la noche, descubrirían su escondite.

Observó las lámparas sobre el espejo.

Había una posibilidad.

Si se asía al boquete de cara al espejo, y no de espaldas, podría sujetar sus pies en las lámparas y tendría así un apoyo para impulsarse hacia arriba. No sería necesario gran cosa; apenas lo suficiente para colocar los antebrazos uno a cada lado. Luego sería sencillo.

La posibilidad cierta de conseguirlo lo sumió en un estado de excitación. Fue suficiente para que una serie de preguntas surgieran en su mente al unísono. ¿Qué ocurriría si lo lograba? ¿Qué diría más tarde al regresar a casa así sin más?

Porque piensas regresar, ¿verdad?

La pregunta esencial era si estaba preparado para las represalias de Danna. Normalmente constituían el primer condicionante a la hora de tomar una decisión. Pero no esta vez. Ben se sorprendió pensando que no le importaban demasiado.

Se puso en pie y trepó al lavabo sin dificultad. Sus pies descalzos se afirmaron a los laterales fríos de la loza. En efecto, al ponerse en pie pudo tocar la placa de vidrio. Apoyó las manos en el centro, y con suma lentitud las elevó hasta desplazar la placa. Tal como había supuesto, cedió con facilidad, y con cuidado la fue deslizando hacia un lado. Cuando hubo terminado, la introdujo por el boquete y la dejó a un costado.

Lo recibió una negrura impenetrable.

Descendió del lavabo y caminó en dirección al interruptor de la luz. Antes de accionarlo se volvió hacia el acceso al desván, ahora sin la placa de vidrio, y procuró memorizar la distancia entre éste y la lámpara. Cuando se sintió conforme, apagó la luz y esperó a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Transcurrieron unos segundos en los que de pie y muy quieto observó con horror que no se dibujaba ningún contorno ante sus ojos ciegos. La oscuridad era total.

Pensó en ir al garaje en busca de una linterna, pero la idea de deambular por la casa estando la placa fuera de su sitio le resultó inaceptable. Además,

sabía que si no lo hacía *ahora mismo,* se echaría atrás, así sin más. Avanzó dos pasos hasta que sus manos tantearon el lavabo, al que volvió a subirse. Giró sobre sí y se colocó de cara al espejo, sólo que, lógicamente, éste había dejado de existir para él.

Estiró los brazos hasta aferrarse a los laterales del boquete. Sus dedos encerraron dos vigas de madera que supuso que lo soportarían sin problemas, pero igualmente probó a colgarse parcialmente antes de despegar los pies del lavabo.

Resistieron.

Completó la operación más rápido de lo que había esperado, lo cual posiblemente constituyó una gran ventaja. Primero se dejó caer sostenido únicamente por sus brazos, y al mismo tiempo estiró sus piernas hacia delante, hasta la pared. Luego deslizó los pies con precaución hasta que se apoyaron con firmeza en los soportes de las lámparas.

Se imaginó en aquella posición estrambótica. Si las lámparas le transmitían una descarga eléctrica, la caída desde esa altura no sería nada agradable. Si no moría electrocutado, el suelo de baldosas se encargaría de partir su cráneo como un coco de palmera que aterriza sobre una piedra angulosa. Recordó que estaba en contacto con madera, lo cual creía que lo protegía de la electricidad, pero era algo que no sabía con certeza. Debía darse prisa. Valiéndose del apoyo de sus piernas, colocó el antebrazo izquierdo sobre la viga, y luego repitió la operación con el derecho. Se tomó tres segundos para descansar. Su cabeza estaba íntegramente dentro del desván.

El resto fue sencillo. Se impulsó con las piernas e introdujo el torso en el hueco. Colocó una de sus rodillas sobre la viga de madera y pronto se encontró sentado en el desván. Volvió a colocar la placa de vidrio en su sitio y eso lo tranquilizó.

No tardó en darse cuenta de que, a medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, el desván iba dibujándose en desvaídas líneas grises. Se preguntó cómo podía ser posible tal cosa, puesto que allí no había luces y fuera era de noche, pero no encontró una explicación.

Otro aspecto que notó de inmediato fue que la temperatura era más alta que en la casa, a lo que sí le encontró sentido.

Permaneció un rato sentado; lo suficiente para que el desván se revelara ante sí y pudiera llegar a las primeras conclusiones de su viaje nocturno. La primera y más abrumadora fue que aquel sitio era mucho más grande de lo que había imaginado. Abarcaba las tres habitaciones de la planta baja, el pasillo y el baño. La falta de divisiones hacía que la sensación de amplitud se intensificara. Un resplandor en el extremo opuesto atrajo su atención, aunque no hizo planes inmediatos para dirigirse hacia allí.

El suelo era de madera, y Ben sabía muy bien que debajo de éste había tirantes principales que le servirían de soporte a la hora de desplazarse allí arriba. No supo determinar a simple vista si la estructura de madera secundaria tenía el espesor suficiente para soportar su peso, pero tampoco se tomaría la molestia de averiguarlo. Bastaría con desplazarse por los tirantes principales y asunto resuelto.

La estructura sobre su cabeza no difería de la que lo sostenía; también presentaba vigas en sentido transversal, separadas más o menos un metro, siguiendo la caída del tejado. Ben estimó que casi podría ponerse en pie en la parte más alta, aunque en el sitio más bajo la altura era de apenas medio metro. Se preguntó cuál sería el propósito de un lugar desaprovechado como aquél. Aunque sabía que la pendiente de los tejados servía para que la nieve no se acumulara, no podía imaginar la razón por la que existía en este caso una estructura debajo. La realidad es que ni el propio Robert, que había vivido toda su vida en aquella casa, primero con sus padres, y luego con su propia familia cuando Ralph y Debbie decidieron regalársela, sabía la razón.

Ben se levantó, pero no se irguió completamente. Alzó los brazos para localizar el techo inclinado y evitar golpearse la cabeza. Se desplazó hacia la derecha unos tres metros, sobre lo que constituía la habitación de sus padres. Seguía advirtiendo el mismo fulgor en el otro extremo, sobre lo que estimó que sería la habitación de Andrea.

Avanzó a cuatro patas, procurando apoyar las rodillas y las manos en los tirantes principales. Cuando consideró que estaba sobre su habitación, alzó

la vista y escudriñó los alrededores. A la derecha advirtió una sombra ligeramente más oscura que el resto, de forma cuadrada, que captó inmediatamente su atención. La observó durante un rato, inmóvil, sin estar seguro de lo que era.

Al volverse hacia delante, claramente distinguió cierta luminiscencia flotando como bruma. Desde donde estaba podía incluso advertir ínfimos y tenues haces luminosos provenientes del suelo, en ubicaciones que le resultaron arbitrarias. Aún debía acercarse unos cuatro metros para estar seguro de lo que veía, de modo que agachó la cabeza y siguió avanzando.

Cuando se adentró en lo que constituía la parte superior de la habitación de Andrea, Ben avanzó más lentamente, desplazando sus manos y piernas con concienzuda concentración. Debía verificar que la madera soportara su peso, pero sobre todo no quería hacer ruido.

Fue entonces cuando se topó con dos ojos que lo observaban. Dos monedas brillantes a centímetros de su rostro, justo debajo de él.

Estuvo a punto de gritar. Sus brazos se aflojaron. Al perder el apoyo poco faltó para que su cuerpo se desplomara… *sobre aquellos ojos.* Se afirmó en el último momento, respirando agitado. Cuando se concentró en el suelo del desván, advirtió que los ojos que creía haber visto no eran más que dos orificios pequeños. La luz proveniente de abajo los hacía resplandecer, y la imaginación de Ben había hecho de las suyas para proyectar en los orificios los ojos celestes de…

Marcia, por supuesto.

Alzó la vista y advirtió otros orificios similares desperdigados por aquella zona, que eran sin duda los responsables del fulgor que había visto. Aún respiraba con dificultad, y su ritmo cardiaco no se había regularizado por completo, pero lentamente se fue tranquilizando al comprender que la luz de la habitación de su hermana debía de estar encendida. Nada de ojos observándolo. Sólo orificios en la madera. Ben supuso que debían de haber sido causados por insectos, o quizás sólo el simple paso del tiempo. Algunos eran alargados; otros círculos perfectos.

¿Por qué su hermana tenía la luz encendida?

Se acercó a un orificio cuyo diámetro era considerablemente mayor al de los anteriores. Se inclinó sobre él, y recorrió el contorno con su dedo índice, sólo para convencerse de que podría introducirlo si quería. Colocó su ojo izquierdo a un centímetro del orificio y observó…

Vio la puerta de acceso a la habitación de Andrea. Lo abrumó la sensación de observar la habitación de su hermana desde semejante perspectiva. No era mucho lo que podía apreciar desde esa ubicación específica, pero algo llamó su atención en la puerta, más concretamente en la parte de abajo. Era una pequeña alfombra circular que Ben no reconoció, y que su hermana había colocado de manera tal que una de las mitades descansara en el suelo y la otra sobre la puerta. No se necesitaba ser un genio para comprender que la intención de Andrea al colocarla allí había sido la de bloquear la luz para que no se filtrara al pasillo.

Se desplazó hacia la derecha con sumo cuidado, procurando que la madera no crujiera bajo su peso. A medida que avanzaba, tuvo que agacharse cada vez más. Se topó con un nuevo orificio, éste más pequeño que el anterior, pero que supuso que estaría bien también.

Observó.

Sus cálculos fueron correctos. Vio el escritorio que Andrea utilizaba para sus estudios en época de escuela, y sobre éste un amasijo de ropa, revistas y discos. Su hermana no estaba allí, pero una aparición fugaz que bien podría haber sido una de sus piernas pareció dibujarse en los confines del círculo de visión de Ben. Ocurrió deprisa, y no estuvo seguro de lo que acababa de ver. Supuso que si en efecto se había tratado de Andrea, se habría dirigido a la cama.

Repentinamente se produjo un sonido seco. Ben se sobresaltó de inmediato, para luego comprender que Andrea se había dejado caer en la cama, como él había supuesto un instante antes. El modo en que los resortes del colchón se quejaron luego no fue más que la confirmación. Ben alzó la cabeza y avanzó. Esta vez se situó en lo que supuso que sería el centro de la habitación, justo sobre la cama de su hermana. Allí los orificios eran más escasos, pero dos o tres le servirían para su propósito.

Cuando miró a través de uno de ellos, se sintió aturdido.

Andrea en efecto estaba recostada en su cama, boca abajo. Tenía los codos apoyados en la almohada, sosteniendo su rostro; sus piernas, flexionadas a la altura de la rodilla, se movían adelante y atrás como si pedaleara. Su *discman* descansaba a un lado y el cable negro que se mezclaba con su cabello castaño evidenciaba que tenía los diminutos auriculares incrustados en las orejas.

Ben no tardó en oír el suave acompañamiento de la voz de Andrea a la música que sonaba dentro de su cabeza. Escuchaba a Alanis Morissette.

Pero nada de esto importaba.

Andrea estaba desnuda, y sus piernas movedizas eran lo único que ocultaban el modo en que sus nalgas se frotaban una con la otra. Ben no pudo quitar los ojos de ellas, su nacimiento en un pliegue bien marcado y la curvatura dura. Su único ojo avizor se abrió al máximo. Sus manos, apoyadas sobre la madera sucia, comenzaron a transpirar. Ben entendía que su hermana era una muchacha bonita; aunque no lo reconociera ante nadie, lo sabía. De todas maneras, ¡era su hermana!

Pero había algo más. Algo cuya naturaleza no pudo explicar en ese momento. Más allá de lo descabellado de la situación, tenía la sensación de que algo no iba bien. Una pieza fuera de su sitio, desencajada; pero no podía darse cuenta de cuál era.

Cuando apartó la vista, abrió el ojo izquierdo y se sintió agradecido al ser engullido por una oscuridad completa. Sin embargo, la imagen de Andrea de espaldas, desnuda, no tardó en reproducirse dentro de su cabeza. No procuró apartarla, aunque supuso que poco habría podido hacer si así lo hubiese querido. Lo terrorífico era que una parte suya no quería hacerlo.

Pero había algo más.

Segundos después escuchó otro sonido no muy diferente al anterior. Los resortes del colchón chirriaron de nuevo y Ben supuso que Andrea se había puesto en pie, o que simplemente había cambiado de posición.

Se inclinó una vez más sobre el orificio.

Andrea seguía tendida en la cama, pero ahora yacía boca arriba con los ojos cerrados y daba golpecitos sobre la tapa de su *discman.* Sus piernas flexionadas se abrían y cerraban. Sus pechos se mantenían erguidos. Ben

observó todos estos detalles experimentando una fascinación inmediata, y el hecho de que pertenecieran a su hermana no fueron razón suficiente para detenerse. Cuando sus piernas se abrían, podía ver una sombra de vello dorado, del color de su cabello.

Ben permaneció encorvado, sin moverse, sintiendo el modo en que su respiración se mezclaba con los susurros apenas perceptibles de Andrea. Deslizó su mirada a través del estómago plano y contorneado, para detenerse en sus pechos: dos montículos firmes relativamente separados entre sí. Advirtió que temblaban ligeramente, y al mismo tiempo pensó que los pezones eran más grandes de lo que había creído.

Siguió explorando el cuerpo de su hermana, lamiendo la base de su cuello con la mirada…, luego trepando por la barbilla, brincando por sus labios y arrastrándose sobre sus mejillas espolvoreadas con pecas diminutas. Cuando llegó a sus ojos… descubrió que ya no estaban cerrados, sino abiertos al máximo…

Fijos en Ben.

Se irguió repentinamente, conmocionado como cualquier niño que es sorprendido mientras espía lo que no debe. O a quien no debe. Se sintió agradecido por estar envuelto por aquella oscuridad absoluta. Se dijo que Andrea no lo había visto en realidad, sino que observaba en dirección al techo, como es lógico cuando se está acostado, y que simplemente había tenido la sensación de que sus ojos estaban puestos en los de él. Prestó atención en espera de cualquier reacción de su hermana, pero no oyó nada. Segundos más tarde se atrevió a echar un vistazo rápido, y en efecto Andrea seguía en la misma posición: abriendo y cerrando las piernas, tamborileando con los dedos en la tapa del *discman.*

¿Te ha gustado?

Ben temblaba, incapaz de reconocer haber pensado semejante cosa. Sacudió la cabeza. Algo no iba bien. La pieza fuera de su sitio.

Lo había advertido por primera vez al asomarse por el orificio y ver a su hermana tendida en la cama, escuchando a Alanis Morissette y moviendo las piernas…

Y entonces comprendió. Supo cuál era la pieza que no cuadraba con el resto.

Los poros de sus brazos se dilataron y se enfriaron. Su hermana escuchaba a Alanis Morissette y él *lo había sabido* desde que la vio por primera vez. Podía intentar convencerse de que no había sido más que su imaginación, o de que los balbuceos que producía su hermana habían sido suficientes para llegar a tal conclusión, pero sabía que nada de esto era cierto. Era posible, y de hecho se aferraría más tarde a esta idea con todas sus fuerzas, pero no era cierto.

Ben había sabido *con certeza* lo que su hermana escuchaba, como si se tratara de una revelación.

En ese instante, sumido en las sombras del desván de su casa, escondido para arruinarle a su madre un viaje de placer a Pleasant Bay, trató de convencerse de que era imposible que estuviera seguro respecto de un detalle como éste, pero no lo consiguió.

No lo consiguió en absoluto.

OceanofPDF.com

Capítulo 2: El día después

OceanofPDF.com

1

Sábado, 21 de julio, 2001

Cuando despertó, Ben no vio su habitación, como cada mañana. Las sombras del desván se cernían sobre él, con los haces luminosos ahora transformados en diminutas nubecillas flotando aquí y allá. Las vio por todas partes, incluso en las paredes.

Lentamente, alzó su cuerpo haciendo fuerza con los brazos. En sus manos húmedas se marcó el diseño astillado de la madera. Se sentía atontado, pero no lo suficiente como para no comprender dónde había pasado la noche. Como si hiciera falta, la primera prueba contundente de su estancia en el desván se presentó de inmediato; al torcer la espalda para erguirse, una llamarada dolorosa lamió la parte baja de su espalda y se extendió con rapidez hacia los hombros y el cuello. Tuvo que permanecer quieto unos segundos; luego reanudó sus movimientos con lentitud, lo que no hizo más que racionar el dolor en cuotas.

Se sentó con dificultad. Al dolor en la espalda se le sumó una palpitación en la sien y una ligera hinchazón en la vejiga.

¿Realmente había pasado la noche allí arriba?

La idea le resultaba tan inverosímil que no le hubiera otorgado crédito en otras circunstancias. Los acontecimientos de la noche anterior le resultaban lejanos, similares a un recuerdo de su niñez temprana o a un sueño. No tenía manera de saber la hora, pues no tenía reloj, pero era

probable que fuera entrada la mañana. El dolor era una prueba de haber dormido un tiempo considerable en una mala postura.

Pensó, alarmado, que tenía que abandonar el desván cuanto antes. No era capaz de comprender la razón por la que había decidido subir en primer lugar, pero no importaba. No se le ocurría en ese momento un motivo para permanecer allí, y eso era suficiente. Miró a su alrededor. Las perforaciones diminutas en el desván se multiplicaban ahora en toda su extensión. Alcanzó a distinguir también un bulto a su izquierda, en la parte más baja, que recordaba vagamente haber visto la noche anterior, pero tampoco ahora pudo precisar qué era.

Apoyó las rodillas y las manos en el suelo de madera y se desplazó en dirección al baño. Cuando se encontraba sobre la habitación de sus padres, escuchó sonidos que reconoció al instante.

Voces.

OceanofPDF.com

2

La escena era la siguiente: Danna, de pie junto a la cama matrimonial, vestida con vaqueros y una camiseta holgada, *para viajar más cómoda*. Tenía los labios apretados y los ojos fijos en Robert, en el lado opuesto de la habitación.

—Mike está en la sala —dijo él—. Le diré que cancelaremos el viaje.

Robert se preparó para la consiguiente reacción. Recorrió instintivamente su entorno con la mirada y vio las dos maletas que descansaban sobre la cama. La de Danna, aún abierta, albergaba buena parte de su guardarropa en cuidadosos montoncitos. En los laterales estaban dispuestos sus cosméticos, el secador de pelo y las prendas pequeñas. A un lado, Robert observó el bolso a cuadros que habían previsto como equipaje de mano. Su propia maleta, un modelo Samsonite rígido, aguardaba sobre su lado de la cama, junto al estuche de la cámara de fotos.

Robert dejó de pensar por un instante en la ausencia de Ben. Hasta ese momento simplemente rotulaba los acontecimientos bajo el calificativo de *ausencia*. A Robert no se le había cruzado por la cabeza que la desaparición podía prolongarse durante *horas*, ni mucho menos *días*. Lo que estaba claro era que no podrían emprender un viaje si Ben no estaba en casa, aun con la convicción de que se presentaría de un momento a otro. En ese instante, cuando examinaba las maletas con nerviosismo, notó el modo en que el rostro de Danna se crispaba y comprendió que cancelar el viaje no sería tan sencillo como había pensado. Ni para Danna ni para él. El viaje había sido,

en definitiva, idea *suya*. Aun sabiendo que no debían permitirse un gasto semejante, había sido él quien había propuesto hacerlo. Luego Danna se había encargado con entusiasmo creciente de la organización y los preparativos, pero había sido él quien la había convencido de que el viaje sería una buena idea. A estas alturas ninguno de los dos era tan ingenuo para pensar que un viaje haría retroceder el tiempo, ni mucho menos. Cuando un matrimonio se propone cruzar la carretera y es arrollado a medio camino, hay dos posibilidades: llegar al otro extremo a cualquier precio o esperar a que un centenar de vehículos le pasen por encima y acaben con él. El de ellos formaba parte del último grupo. Ninguno de los dos esperaba soluciones mágicas…, pero Pleasant Bay había sido un lugar especial, y quizás sí podía proporcionarles un respiro y un espacio para reflexionar. Así había funcionado en el pasado…

Dieciséis años antes, cuando contrajeron matrimonio en una ceremonia íntima, Danna estaba embarazada de Andrea y el empleo de cronista de Robert en el periódico local apenas les permitía pagar los gastos de la casa. Un viaje de luna de miel ni siquiera se les pasó por la cabeza. Eran jóvenes, se habían jurado amor eterno, y eso parecía ser suficiente.

Ninguno de los dos tenía conciencia de lo equivocados que estaban.

Cinco años más tarde, cuando los fantasmas de la vida en pareja aún eran lo suficientemente translúcidos como para advertir su presencia, se permitieron un viaje a Pleasant Bay, Massachusetts; un sitio del que se enamoraron al instante. Se hospedaron en un hotel construido a principios del siglo pasado, en una gigantesca construcción restaurada, con todas las comodidades imaginables. La pequeña Andrea pasó unos días con sus abuelos, mientras ellos disfrutaron de las bondades de una habitación con vistas al océano Atlántico, una playa privada, una piscina gigante en forma de plátano y hasta un campo de golf, que desde luego nunca utilizaron.

Desde el momento en que franquearon la puerta de la habitación 203 del Chatham Bars Inn, el rostro se les iluminó como a dos niños que visitan por primera vez Disney World. Robert llevó a Danna en brazos hasta el centro de la habitación, donde permanecieron cinco minutos observando aquel lujo desmesurado. Como dos niños que juegan, descubrieron juntos la nevera,

echaron un vistazo en su interior a las bebidas alineadas y a una colección de alimentos en miniatura. Escrutaron con fascinación los mandos a distancia del televisor y el equipo de aire acondicionado. Sobre una mesita de madera había un mensaje de bienvenida y un ramo de rosas rojas. Danna se inclinó sobre ellas para percibir su aroma, al tiempo que Robert la tomaba por la espalda y la besaba en el cuello. Agarrados de la mano se dirigieron a la cama de dos plazas, y ella se sentó en el borde mientras él la estudiaba. Danna dejó caer su peso sobre el colchón, hundiéndose momentáneamente para luego rebotar y regresar a su posición original. Repitió la operación dos o tres veces, riendo con ganas. Aquella cama del tamaño de un transatlántico, más el efecto balsámico de un colchón de muelles, hacía que la vieja cama de Carnival Falls se asemejara a un elemento de tortura.

Por cierto, aquella cama fue uno de los sitios predilectos de aquel verano.

Quedaron fascinados con Pleasant Bay y juraron regresar algún día. Se lo prometieron en el balcón de la habitación 203 del Chatham Bars Inn, una tarde de julio en la que el crepúsculo daba comienzo y el cielo cobrizo era surcado por aves que volaban alineadas. Se besaron, creyendo que sus labios fundidos servirían para sellar aquella promesa y que después de cinco años de matrimonio todo era como al principio.

Otra vez se equivocaban.

Los años siguientes, diez en total, trajeron consigo infinidad de cambios. El nacimiento del pequeño Ben (probablemente concebido en el transatlántico de la habitación 203 del Chatham Bars Inn) fue sólo uno de ellos, y quizás el único agradable. Los otros marcaron la caída estrepitosa de un matrimonio que sucumbió ante la monotonía y las discusiones cada vez más frecuentes. Una vida compartida dejó de ser una elección diaria para convertirse en una imposición.

Lo cierto es que los años cambiaron a Danna. O así prefería suponer Robert que había sido. Quizás porque esto dejaba abierta la posibilidad de revertir dicho cambio; de que todo fuera como cuando se besaron en la habitación 203 sintiéndose Ali MacGraw y Ryan O’Neal en *Love Story*.

Pero en el fondo Robert sabía que su esposa siempre había sido igual y que su personalidad no había hecho más que acentuarse con el tiempo. La promesa de regresar a Pleasant Bay quedó enterrada como un fósil.

Una tarde, Robert revisaba un artículo que saldría en la edición del día siguiente del *Carnival News*. Era una simple reseña del comportamiento turístico de los habitantes de New Hampshire; mencionaba estadísticas y algunos datos de interés de los destinos más elegidos. Robert pensó que podrían permitirse hacer un viaje; y tan pronto como esta idea se presentó, el recuerdo del imponente Chatham Bars Inn surgió de las profundidades de su mente y se lanzó hacia la superficie como un torpedo. Sabía que un simple viaje no haría que las cosas cambiaran; no era estúpido. La época en que se permitía creer que todo tenía remedio y que podría volver a mirar a Danna y decirle que la amaba sin sentirse un tonto había quedado atrás. Tan lejana como el fósil que pretendía desenterrar.

Antes de proponérselo a Danna lo pensó una semana; una parte de él insistía en que no era una buena idea.

Pero sí lo fue. Cuando habló con ella, al principio lo observó como si acabara de escuchar la cosa más ridícula del mundo. Aquello lo hubiera incomodado en otro contexto, pero él había estado tan convencido de que tal sería la expresión con la que se encontraría, que en realidad no le importó. Además, ¿no era la idea más ridícula del mundo después de todo?

Danna dijo que lo pensaría, y eso significaba que Robert no volvería a tocar el tema hasta que ella lo trajera a colación, lo cual ocurrió tan sólo dos días más tarde.

Desde el momento en que Danna comenzó a ocuparse de la organización del viaje, las cosas mejoraron. Normalmente, ella era una mujer ocupada, iba a clases de gimnasia dos o tres veces por semana y asistía a cursos de pintura, de modo que ultimar los detalles del viaje se sumó a sus tareas de rutina. Danna no lo manifestó, no era su estilo, pero Robert supo que a su modo estaba feliz, y ciertamente se alegró por ello.

Ninguno de los dos podía saber que, semanas más tarde, el viaje a Pleasant Bay debería ser cancelado.

Mike Dawson se había ofrecido a trasladarlos al aeropuerto, pero por más rápido que su amigo condujera su Saab, no podrían llegar en menos de cuarenta y cinco minutos, y eso si tenían suerte. El vuelo salía dentro de una hora.

Adiós viaje.

—¿No ha regresado? —El tono de Danna fue inflexible.

—No. Le he pedido a Andrea que hable con los amigos de Ben, quizás sepan algo —respondió Robert.

La primera señal de alerta destelló en ese momento, cuando Danna comenzó a desplazarse de un lado a otro de la habitación.

—El muy desgraciado estaba al tanto del viaje. Lo he organizado durante semanas…

—Danna, no creo que esto tenga que ver…

—¡Silencio! —lo interrumpió ella—. Claro que tiene que ver. Tiene que ver porque ayer se lo expliqué especialmente. Le dije que tenía que despedirse, y ahora probablemente esté lanzando su estúpida bola en el bosque.

Robert permaneció en silencio. Quince años de entrenamiento le habían servido para saber cuándo convenía mantener la boca cerrada. Se limitó a permanecer de pie, agradeciendo la presencia de la cama matrimonial, la cual podía ser considerada un elemento de tortura en comparación con la de la habitación 203 del Chatham Bars Inn, pero que aun así servía para mantenerlo a prudente distancia de su esposa.

—Te diré una cosa —siguió diciendo Danna, apuntando a Robert con un índice acusador—. Haremos ese viaje. Puede que no hoy, pero lo haremos. ¿Sabes por qué?

Danna parecía esperar una respuesta, sus ojos lanzaban fuego.

—Danna, por favor…

—¡No voy a permitir que eche por la borda el esfuerzo que he puesto en esto! ¡Me he dedicado días enteros a este viaje!

—Se solucionará. Ben regresará pronto.

—Le convendría no hacerlo, créeme.

Robert observó con horror cómo ella se movía cada vez con más frenesí. Supo lo que ocurriría a continuación incluso antes de que Danna se detuviera y clavara sus ojos en él. Luego se inclinó y agarró con ambas manos el bolso a cuadros que constituiría su equipaje de mano. Robert intentó decir algo, pero no se le ocurrió nada apropiado. Retrocedió un paso. Ella no pareció advertir la maniobra y sostuvo el bolso a la altura de la cintura para luego alzarlo más allá de su cabeza; lo hizo en dos movimientos, como un levantador de pesas. Sólo que no se limitaría a bajar la carga a su posición original, no señor. Lanzando un grito de furia, arrojó con todas sus fuerzas el bolso a cuadros contra uno de los rincones de la habitación. Parte del contenido se esparció en el camino, dejando una estela de cremas para el rostro, dentífrico y envoltorios de pañuelos desechables. Robert observó el reguero de objetos con creciente horror.

El siguiente turno correspondió a la maleta. Cuando Danna la asió con fuerza, Robert no creyó que fuera capaz de moverla, mucho menos arrojarla. Sin embargo, ella se las arregló para arrastrarla fuera de la cama, donde buena parte del contenido cayó al suelo.

—¡¡¡El mierda lo hace a propósito!!! —El final de la frase se fundió en un grito de furia prolongado, que le proporcionó a Danna la energía necesaria para girar sobre sí misma y lanzar la maleta con toda la fuerza de que fue capaz, que no fue poca precisamente.

Esta vez, Robert tuvo que retroceder para no ser alcanzado por la maleta, que finalmente se estrelló contra su mesilla de noche derribando la lámpara, que se contorsionó y aterrizó en la alfombra. Una decena de prendas voló por la habitación junto con el secador de pelo. Los gritos histéricos de Danna resonaron en la quietud de la casa. Nada parecía ser capaz de interrumpirlos.

—¡No se saldrá con la suya! —graznó una y otra vez.

Robert se sentía paralizado, como un roedor sorprendido en medio de la carretera por un camión con remolque que va directo hacia él.

—Danna, tranquilízate, por favor —dijo, pero su voz fue apenas un susurro.

Ella pareció hacerlo, pero no por las palabras de Robert. Probablemente ni siquiera las oyó. Danna observó la ropa diseminada por toda la habitación sin dejar de moverse y con la respiración acelerada. Se desplazaba describiendo círculos, pisoteando su propia ropa, pero sin que esto pareciera importarle. De haber habido cien maletas sobre la cama, las hubiera lanzado todas sin vacilar.

—Quiero estar sola —anunció por fin.

—Está bien. —Robert pensó en decir que le pediría a Rosalía que se ocupara de aquel desparramo, pero prefirió no hacerlo. Agachó la cabeza y se limitó a salir de la habitación sin agregar nada más.

OceanofPDF.com

3

¡El mierda lo hace a propósito!

Ben se alejó de la habitación de sus padres. Se desplazó cuidando de colocar las rodillas sobre los tirantes principales. Las seis palabras pronunciadas por Danna reverberaban en su cabeza como el golpeteo rítmico de un tambor. Cuando se topó con la pared trasera del desván, apoyó la espalda en ella y se dejó caer hasta sentarse, rodeó sus piernas con los brazos y cerró los ojos. Aunque el sentido de la vista no servía de mucho allí arriba, sintió la necesidad de oprimir los párpados con fuerza. Sus pestañas no tardaron en humedecerse, y sus labios, en temblar. Una primera lágrima pesada se formó en el rabillo del ojo, se desplazó por su mejilla sucia trazando una línea gris e irregular y pendió en la barbilla durante un segundo antes de caer.

A aquella primera lágrima le siguieron otras. Brotaban silenciosas, humedeciendo su rostro enrojecido. Sollozaba, pero apenas era consciente de sus intentos por no hacer ruido.

En ese instante, Ben Green supo una cosa. No fue un pensamiento demasiado claro: la idea se formó poco a poco, como una silueta que surge en la bruma de la mañana. Fue tomando forma en su cabeza de un modo lento, similar al desplazamiento de las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Supo que permanecería en el desván más tiempo del que tenía previsto. No sabía cuánto, y no le importó. Tampoco le importó pensar en

cómo se las arreglaría para subsistir sin agua ni comida, o algo básico como atender su necesidad de orinar.

Se desabrochó la camisa del pijama y la dejó a un lado. No se preocupó en doblarla. Luego se quitó el pantalón y lo arrojó sobre la camisa, formando un montículo que se le antojó perfecto para utilizar de almohada de ahí en adelante. El calor era opresivo; hacía por lo menos tres o cuatro grados más que fuera de la casa. Suspiró e hizo crujir las articulaciones de la espalda arqueándose hacia atrás. Un dolor espantoso lo atenazó en la parte baja.

Su respiración comenzaba a regularizarse cuando dos voces llegaron flotando hacia él. Al aguzar el oído supo que se trataba de Robert y Mike.

Se incorporó. Las voces llegaban a sus oídos con una claridad que lo sobresaltó. Se volvió hacia la derecha. Sus ojos se toparon con un rectángulo luminoso en la parte baja de la pared, a unos dos metros de donde estaba. Se acercó, desplazando las rodillas y las manos alternativamente, enfundado ahora únicamente en sus calzoncillos. Estudió aquel rectángulo con fascinación.

Al acercarse sintió una ráfaga de aire fresco golpeándolo en su cuerpo desnudo. Advirtió que se trataba de una rejilla de ventilación de unos veinte centímetros de lado, en cuya existencia no había reparado antes. Aquélla era la parte más alta del desván, pero tuvo que permanecer arrodillado para observar a través de la rejilla. Se sintió aturdido. Pudo ver con claridad el comedor de la casa: la mesa principal, la puerta que conducía a la cocina, el televisor. Lo examinó todo como si no lo conociera, concentrándose en la ventana de dos hojas justo frente a él y en el desnivel que comunicaba con la sala. Aunque creía conocer su casa al dedillo, nunca había visto la rejilla por la que ahora observaba.

Vio a Mike sentado en una de las sillas, con el rostro desencajado, tamborileando los dedos sobre la mesa de madera. Robert estaba sentado frente a su amigo. Ben siguió con la mirada el perfil de su rostro, su nariz pequeña y su mandíbula ligeramente expuesta.

Se sintió como un espía, pero al mismo tiempo se reconocía incapaz de apartarse de la rejilla.

—Lamento que hayas tenido que oír eso. —La voz de Robert flotó hacia la parte alta del recinto. Su tono reflejó una tristeza sobrecogedora.

—Descuida. —Mike cesó de tamborilear sobre la mesa y posó una de sus manos en la de su amigo.

Su rostro presentaba un aspecto sumamente acongojado también, y Ben sabía exactamente el porqué.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? preguntó de pronto Robert.

Mike alzó la vista y por un momento no supo cómo seguir.

—Ben vino a verme anoche —dijo al fin.

—¿Anoche?

—Aún estaba despierto cuando se presentó en mi casa, montado en su bicicleta.

Los dos hombres hablaban en voz baja, apenas susurrando. Sin embargo, Ben podía oír con toda claridad lo que decían.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué fue a verte? —Robert se mostró impaciente, aunque no alzó el tono de voz.

—No estaba bien, Robert, no puedo engañarte en cuanto a eso. No quiero hacerlo tampoco. Le hice pasar, le ofrecí un vaso de Pepsi y charlamos durante un rato. Me habló de un recado de Danna con un tal Patterson, un hombre sumamente desagradable a juzgar por la descripción de Ben.

—Creo que le vende a Danna pinturas y esas cosas.

—Sí. De buena gana iré a romperle la cara cuando salgamos de ésta.

—¿Ben te dijo qué quería…?

—Marcharse de casa. Pero vino a verme para que lo disuadiera, tenlo por seguro. Se sentía sumamente perturbado por la experiencia con el tal Patterson… y había algo más.

—¿Qué cosa?

Mike se movió, inquieto. Colocó ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia atrás. Sorbió aire como si necesitara una buena cantidad para continuar con lo que tenía que decir.

En ese momento apareció Rosalía. Robert le había pedido café para él y su amigo, por lo que depositó dos tazas humeantes sobre la mesa. Al hacerlo estuvo a punto de derramar el contenido de una de ellas sobre Mike, quien alcanzó a sujetarla por el asa justo a tiempo para evitarlo. Rosalía era una mujer que rara vez cometía distracciones de ese tipo, lo que llevó a Robert a pensar si habría escuchado lo que Mike acababa de decirle. Tan pronto como la mujer se marchó, dirigió de nuevo su atención a Mike.

—¿Qué dijo Ben además de lo de Patterson?

—Que de regreso a casa, hubo un incidente entre Marcia y Ralph.

Robert se puso tenso al escuchar el nombre de su padre. La sola mención de Ralph Green activaba algún mecanismo malicioso que parecía no deteriorarse con el paso del tiempo. Mike desde luego lo sabía.

—Marcia tuvo una especie de ataque —siguió diciendo Mike—. Comenzó a proferir gritos y los intentos de tu madre por calmarla no fueron suficientes. —Mike sorbió un poco de café, probablemente buscando las siguientes palabras—. Ralph la golpeó para que guardara silencio —finalizó.

Esta vez fue Robert quien se recostó contra el respaldo de la silla. Con Ralph de por medio no era difícil imaginar un desenlace como aquél.

—Robert, escúchame, no te sientas culpable. No tenías manera de saber una cosa así.

—¿Te dijo que quería marcharse de casa por…? —Los ojos de Robert se humedecieron.

Desde la rejilla ubicada a pocos metros sobre sus cabezas, Ben observó cómo Mike colocaba su mano sobre el hombro de Robert y lo palmeaba.

—Creí que después de hablar de lo sucedido, Ben se sentiría mejor —dijo Mike—. Hasta vimos un poco la televisión, una vieja película de Steve Martin.

Ben recordó haber reído con Mike al ver la nariz desproporcionada del personaje de Martin, interpretando a un jefe de bomberos que no se atrevía a declararle su amor a una rubia bonita por miedo a que se burlara de él. El recuerdo se le antojó sumamente lejano, como si proviniera de una vida anterior o de una mente ajena.

—Subimos la bicicleta en mi Saab —explicó Mike—, y lo traje a casa. Me prometió que se iría a dormir y se olvidaría de lo que me había dicho. Supuse que todo iría bien, aunque déjame decirte que permanecí aparcado en la puerta una media hora. No creía que fuera necesario, pero lo hice.

—Ben debió marcharse después…

—Me siento culpable, Robert, debí quedarme más tiempo.

—Mike, tú no tienes la culpa de nada. —Robert procuró darle ánimo a su voz—. Conocemos a Ben. Pudo haberse sentido mal por el día de ayer, pero regresará de un momento a otro. Sé que lo hará.

—Hay algo más. Supongo que debo decírtelo todo.

—Sí, por favor…

—Tanto la visita a Patterson como el incidente con Marcia… Ben no creía que fueran casuales.

Robert se masajeó la frente.

—No te mencionó a ti, Robert, entiéndeme.

Ambos entendían perfectamente. No había secretos entre ellos, y mucho menos en lo referente a Danna Green. Mike la conocía más que suficiente para saber que era capaz de enviar a su hijo a visitar a un hombre desagradable y orquestar un viaje en compañía de su tía sabiendo lo que Ben, conscientemente o no, sentía por ella. Robert, desde luego, también sabía de qué era capaz su esposa, por más pesar que pudiera sentir al respecto. Si acaso necesitaba algún ejemplo reciente, no tenía más que retrotraerse unos minutos para verla lanzar el equipaje por los aires, y luego llamar *mierda* a su propio hijo.

Ben siguió observando desde la rejilla mientras los dos hombres bebían el resto del café. Se sintió apenado. Recordó el encuentro con Mike la noche anterior, su consuelo y sus palabras de aliento. Él le había asegurado que todo saldría bien tras hacerle prometer que borraría de su cabeza las ideas de escaparse de su casa. Ben apartó la vista de la rejilla, pero en especial de la mirada dolorida de Mike Dawson.

¿Por qué? ¿Por qué había subido al desván después de todo?

Al sentimiento de desolación que lo embargaba, Ben sumó el de culpabilidad. Consideraba a Mike como a un tío, y no es que no tuviera

uno; sí lo tenía, pero apenas había visto a Brandon Arlen, el hermano de Danna, un puñado de veces en su vida. Era poco lo que sabía de él. Parecía una buena persona, pero quién sabe. Quizás era más parecido a Danna de lo que Ben creía, y en tal caso, era mejor que permaneciera alejado en Manchester, donde vivía junto a su esposa. Además, Mike ocupaba aquel puesto a la perfección. No tenía hijos, ni estaba casado; conocía a Robert desde que eran niños y había desarrollado un vínculo sumamente estrecho con la familia. No era extraño que Ben recurriera a él ante algún problema. La visita a su casa la noche anterior había sido una prueba de ello.

Pero ahora Mike tenía la mirada perdida, y Ben era el culpable.

Se disponía a alejarse de aquella zona del desván cuando ocurrió algo sumamente extraño e inquietante. Ben escuchó pasos en el pasillo que comunicaba el comedor con las habitaciones. Los rostros de Robert y Mike se volvieron en esa dirección, y entonces Ben supo que la que se aproximaba era su hermana. No necesitó que ella dijera una palabra, simplemente lo supo. Pero no sólo eso, porque no se necesitaba demasiada suerte para adivinar que quien se aproximaba podía ser ella. Hubo algo más. Fue la visión en su cabeza de Andrea de pie, con unos vaqueros gastados y una camiseta sin mangas color rosa ceñida lo suficiente para que la palabra *LOVE* estampada en ella se deformara. Llevaba el cabello recogido, sujeto mediante un palillo atravesado. Y lo último, y no por eso menos importante, fue la existencia de un pensamiento que acompañó aquella imagen mental. Un pensamiento que Ben no reconoció como suyo, pero que supo al instante que pertenecía a Mike.

Es toda una mujer… Y definitivamente ha heredado el cuerpo de Danna.

Se sintió aturdido. Se llevó las manos a la boca y ahogó un grito. Lo abrumó la sensación de sentirse un intruso; un ladrón que toma posesión de lo que no le pertenece.

Andrea, en efecto, se hizo visible desde la rejilla instantes después. Se acercó a Robert, y Ben no se sorprendió al descubrir que estaba vestida tal y como la había visto en su mente hacía un momento. Experimentó una conmoción profunda. Se olvidó del calor sofocante que lo aquejaba, de sus

crecientes ganas de mear y de que su madre se había referido a él como *el mierda*.

Se olvidó de todo *por completo*.

Abajo, en el comedor, Andrea explicó que había hablado con casi todos los amigos de Ben y que ninguno sabía nada de él. Muchos de ellos dijeron haber compartido con él algunos momentos la noche anterior durante la fiesta de Will, pero insistieron en que Ben se había comportado como siempre.

Mike se puso en pie.

—Iré a dar una vuelta —dijo—. Haré algunas preguntas; quizás sirva de algo.

—Gracias —dijo Robert—. Seguramente me comunique con la policía de un momento a otro.

Ben se sobresaltó con el comentario.

Es toda una mujer… Y definitivamente ha heredado el cuerpo de Danna.

Mike atravesó el comedor, pero antes de perderse en la sala se volvió.

—¿Habéis descubierto si falta algo?

—Sólo algo de ropa y su bicicleta.

¿Mi bicicleta? ¡Cómo es posible que no encuentren mi bicicleta!

Ben se concentró de nuevo en la conversación entre los hombres. ¿Había dicho su padre que no habían encontrado su bicicleta? Era imposible, él mismo la había dejado en el…

¿Cobertizo?

Creía que sí, pero no pudo recordarlo con certeza. ¿Por qué no podía recordar algo tan simple?

OceanofPDF.com

4

A primera hora de la tarde se presentó en casa de la familia Green un oficial de policía que se identificó como Dean Timbert. Tendría unos treinta y seis años, aunque su rostro era el de alguien diez años menor. De no ser por su complexión robusta y su metro ochenta y cinco, sus facciones adolescentes hubieran echado por la borda su aspecto de policía serio.

Ocupó una silla en la sala. Robert se colocó a su lado, en uno de los sillones individuales. Danna, que se limitó a darle la bienvenida al policía con una inclinación de cabeza, prefirió permanecer en el extremo opuesto de la sala y observar a los hombres en silencio.

No le había dirigido la palabra a Robert desde el incidente en la habitación, y era evidente que no tenía intenciones de hacerlo durante un buen rato.

Robert relató los hechos del día anterior y respondió a las pocas preguntas de Timbert. Cuando mencionó la visita de Ben a Mike Dawson, Danna apartó la mirada de una de las reproducciones de Monet que decoraban la sala y la fijó en Robert. Él la sostuvo por un momento, quizás en un intento de transmitirle telepáticamente que no había tenido oportunidad de hablarle al respecto.

—¿Mencionó Ben a Mike Dawson algo referente a querer marcharse de casa? —Timbert conservaba el tono de alguien que formula preguntas de rutina. Tenía la vista fija en su libreta, en la que garabateaba los datos que consideraba relevantes.

Robert se detuvo antes de contestar. No fue una interrupción premeditada, sino que no supo qué decir. Seguía embargándolo la sensación de que todo aquello era irreal; que no era posible que Ben hubiera decidido marcharse de casa. Su hijo podía haber experimentado un arranque de furia, era comprensible, pero regresaría en cuanto se le pasara. Robert había llamado a la policía porque era lo que correspondía, e incluso tenía pensado incluir una fotografía de Ben en la edición del día siguiente del *Carnival News*, pero *sabía* que de un momento a otro se abriría la puerta principal y Ben avanzaría con paso lento y el cabello revuelto. Cuando esto ocurriera, Robert le agradecería al oficial Timbert la molestia de haberlos visitado para luego añadir, entre risas, que lamentaba haber echado a perder una hoja de su libreta de notas.

Timbert alzó la vista.

—¿Me ha entendido, señor Green? —dijo. Su tono no fue irrespetuoso en absoluto.

Robert se incorporó. Si respondía que sí, que Ben le había dicho a Mike que había pensado en escaparse, sabía cuál sería la pregunta siguiente: *¿Le dijo los motivos?* Desvió la vista hacia Danna. Ella seguía examinando la reproducción de Monet, mala, por cierto, como si fuera la primera vez que la veía, y Robert supo que hablar de aquello no ayudaría en nada. En todo caso, Mike podría dar su versión más tarde.

—No que yo sepa. No lo creo. Ben no haría una cosa así.

Timbert apuntó aquello en su libreta y trazó una flecha en dirección al nombre de Mike. Luego encerró su número de teléfono en una elipse. Dijo que hablaría con Dawson y Robert se mostró de acuerdo; «Me parece *perfecto»,* fueron sus palabras exactas.

Una vez que completó la información básica, como características físicas, vestimenta, etcétera, Timbert les pidió una fotografía reciente de Ben. Robert tenía una preparada sobre la mesa. Él mismo le había sacado la fotografía en su último cumpleaños, en la que mostraba orgulloso su nuevo bate de béisbol. Mientras se la entregaba al policía, vio el rostro sonriente de Ben y sintió un aguijonazo de dolor.

—La distribuiremos hoy mismo —dijo Timbert—. El cincuenta por ciento de estos casos se resuelven en las primeras veinticuatro horas gracias a informaciones de terceros.

Robert no estaba interesado en conocer el cincuenta por ciento restante de la estadística.

Timbert siguió lanzando sus datos de película durante un rato. Dijo, entre otras cosas, que desde 1982, la ley obligaba a cada departamento de policía local a informar de la desaparición de un niño al Centro Nacional de Información Criminal, que dependía del FBI. De esta manera, explicó, el asunto adquiría tratamiento nacional, informando a los centros fronterizos y otras comisarías. Su rostro se iluminó al mencionar al FBI, como si el estar relacionados con ellos, aunque fuera remotamente, lo convirtiera en Jack Ryan.

Timbert les encomendó que mantuvieran las líneas libres y que hicieran las llamadas desde otra parte. Dijo que si Ben quería ponerse en contacto telefónicamente con ellos lo haría desde luego a su casa, pero Robert comprendió que aquél no era el sentido de la advertencia del policía. Timbert les decía aquello en caso de que su hijo estuviese secuestrado y alguien llamara para pedirles un rescate. Era una tontería, porque ellos no tenían dinero para pagar un rescate, pero ¿lo sabrían los secuestradores? La idea de que su hijo estuviera en aquellos momentos en manos de secuestradores le resultó insoportable; procuró apartarla, pero le fue imposible. Había trabajado buena parte de su carrera como cronista policial y sabía que incluso muchos niños eran capturados por personas enfermas, no precisamente con la intención de pedir dinero a cambio.

Timbert se puso en pie para despedirse.

—Si no tenemos suerte durante el resto del día —puntualizó el policía —, dispondremos de un grupo de voluntarios para hacer un rastreo del bosque mañana a primera hora.

—No creo que sea necesario llegar a esos extremos, pero se lo agradezco.

—Claro que no, pero conviene estar preparados. Adiós, señora Green.

Danna volvió a obsequiar al policía con una inclinación de cabeza.

Los dos hombres salieron juntos. Se detuvieron en el porche, antes de bajar los tres escalones de madera.

—El comisario está fuera de la ciudad, señor Green, pero me ha dicho que volverá hoy mismo. Dijo que tenía intenciones de ponerse en contacto con usted, no sé si lo ha hecho.

—Sí, sí lo hizo. He hablado con él hace un rato. Gracias.

Thomas Harrison llevaba más de diez años como comisario de Carnival Falls. Él y Robert mantenían una estrecha amistad, que se remontaba hasta poco después de que Harrison ocupara su cargo. Sus respectivas ocupaciones hacían que colaboraran frecuentemente, y fue de esa manera como se conocieron. El caso que los unió fue el de la desaparición de una niña llamada Lisa Carlson. En aquella época, Robert era cronista del *Carnival News.* La niña fue secuestrada en la guardería a la que asistía y el caso se transformó en la prueba de fuego para Harrison. La colaboración de Robert resultó fundamental a la hora de recuperar a Lisa, y desde entonces se mantuvieron en contacto hasta desarrollar un vínculo de amistad. Con el tiempo, sus hijas se hicieron buenas amigas.

Robert se movió inquieto. El recuerdo de Lisa Carlson no le resultó nada agradable. Deseaba que Timbert se alejara en su coche patrulla de una vez por todas.

—Estaremos en contacto —dijo Timbert al tiempo que guardaba su libreta en el bolsillo trasero del pantalón y luego estrechaba la mano de Robert—. Que tenga un buen día.

El saludo fue tan inoportuno que el propio Timbert se sonrojó. Evidentemente, tenía tan incorporadas aquellas palabras de despedida policial que ni siquiera fue consciente al pronunciarlas.

—Adiós, oficial, gracias por todo.

Dean Timbert bajó los tres escalones saltándose el central y se encaminó hacia su coche patrulla. Robert presenció cómo el vehículo se ponía en marcha y se perdía al torcer en la calle Stark. Permaneció allí un rato, sin moverse.

Luego entró.

OceanofPDF.com

5

Ben pasó la tarde recostado, esta vez con la cabeza apoyada sobre su ropa.

Descubrió que la zona donde el techo inclinado del desván adquiría mayor altura era ligeramente más fresca que el resto, de modo que se tendió allí, justo debajo de la rejilla de ventilación en la pared, y el tiempo se desdibujó. Perdió consciencia del paso de las horas, preguntándose de vez en cuando cuántas habrían pasado desde que despertara. ¿Cuál era el significado del tiempo allí arriba? Por unos momentos se imaginó a sí mismo tendido en medio del bosque, en una noche sin luna y a merced del acecho de predadores desconocidos. Su respiración pesada era quizás la única prueba del paso del tiempo, pero no servía definitivamente para medirlo.

Sus pensamientos tampoco ayudaban. Sus pensamientos eran lo peor de todo.

Una serie de ideas se enredaban en su cabeza, como un parásito estomacal interminable. Allí estaba Danna, gritando a los cuatro vientos en su propia habitación, refiriéndose a Ben como *el mierda*… Pero también había otras líneas. Entrecruzándose con los recuerdos fragmentados de Danna, había un recuerdo nuevo, mucho más simple: una única imagen congelada y subtitulada. La de Andrea de pie en el principio del pasillo de la casa, con sus vaqueros gastados y la camiseta rosa con la palabra *LOVE* parcialmente oculta.

Ben aprecia a la perfección cada detalle, incluso el palillo que lleva su hermana incrustado en el cabello para mantenerlo recogido. Ella mueve la boca para decir algo, pero Ben escucha únicamente la voz de Mike, el hombre al que considera su tío y una de las pocas personas en quien confía.

Es toda una mujer… Y definitivamente ha heredado el cuerpo de Danna.

Le horrorizaba haberse introducido en la cabeza de Mike. Procuró no pensar en ello, pero reconoció que había perdido el control completo sobre sus pensamientos. Lo peor de todo es que sabía la razón por la que se sentía de ese modo. Para empezar, el vacío en su estómago; y la sed. La necesidad de beber llevaba horas hostigándolo. Tragar su propia saliva había servido al principio, pero ahora incluso eso se había transformado en un proceso doloroso. La poca que le quedaba era caliente y espesa como la savia de un cactus, y el solo hecho de hacer que aquella sustancia se deslizara por su garganta se había convertido en una experiencia insoportable. Mientras yacía tendido de costado, encogido en posición fetal y presionando una de sus mejillas contra su pantalón del pijama, una visión lo aquejó…

Es Patterson. Sólo que es un nuevo Patterson; igual de monstruoso, pero ahora convertido en un ser con el cuerpo rollizo de un hombre y la cabeza desproporcionada de un cerdo de ojos grandes. Lleva un cigarrillo colgado de la comisura de la boca, y cuando observa a su pequeño interlocutor, sonríe; y es quizás su sonrisa el único rastro humano que queda en su rostro porcino. El nuevo Patterson le tiende a Ben un vaso de zumo de naranja lleno hasta el borde. El líquido resplandece como una aparición mágica, y mientras Ben estira su brazo para agarrarlo, imagina la sensación de aquel líquido humedeciendo su garganta. Evoca la imagen de una válvula oxidada que lentamente se desplaza con un chirrido para dejar pasar una corriente de agua. Cuando está a punto de asir el vaso…, Patterson hace un movimiento rápido y lo retira de su alcance. Luego, siempre con la sonrisa de cerdo feliz en su rostro, hace que el contenido se derrame. Un hilo amarillento pende del vaso inclinado hasta alcanzar la tierra reseca… Ben quiere gritar, pero no puede, porque recuerda que está

tendido en el desván, escondido, pero que además tiene la garganta seca como papel de lija. Patterson ríe con ganas. Su cuerpo se sacude con la explosión de cada carcajada. Ben intenta apartar la vista de él y del zumo de naranja, pero le resulta imposible, porque así suceden las cosas cuando la imaginación nos juega una mala pasada, ¿no es cierto? Ben no se sorprende cuando Patterson se encoge y cambia de forma, y ya no es él quien ríe, sino Danna. Su cuerpo sigue sacudiéndose, en especial sus pechos, que rebotan al ritmo de su risa histérica. Casi no queda zumo de naranja en el vaso. Ben advierte este detalle con el ojo de su mente, pero se ve obligado a apartar la vista. El sonido que produce el líquido al formar un pequeño charco en la tierra le recuerda sus propias ganas de mear y hace que la hinchazón en su vejiga le advierta que es precisamente eso lo que ocurrirá de un momento a otro…

Tenía que mear si es que no quería enloquecer. Los intentos por contener la orina caliente lo llevaban a sacudirse y a contorsionarse, pero aun así tenía la sensación de que el instante contra el que luchaba era siempre el mismo, y que cada vez le costaba más esfuerzo vencerlo.

Tenía dos alternativas. La primera era desembarazarse allí arriba de aquel líquido hirviente. Sería peligroso porque podría filtrarse hacia abajo o generar mal olor (o ambas cosas), pero al mismo tiempo era la salida más rápida. ¿Pero qué vendría después? La sed y el hambre acuciante no tardarían en convertirse en enemigos tan poderosos como su actual rival.

En realidad no tenía dos alternativas. Tenía una.

Debía bajar, y evitar ser descubierto.

OceanofPDF.com

6

Robert y Mike bebían cerveza en el porche. Observaban el jardín frontal y la entrada privada para vehículos sin decir nada, de espaldas a la casa. La estructura de madera que los cobijaba, soportada por dos únicas columnas en los extremos, tenía al frente una viga rectangular de cuyo centro pendía un carillón. La deformación de la viga, fruto del paso del tiempo, generaba la ilusión de haber cedido ante el peso insignificante del pequeño elemento de cobre. En ese momento, las placas metálicas eran agitadas por una brisa que bien podía ser preludio de lluvia.

Entre los dos hombres había un recipiente con hielo y dos latas de cerveza en el interior. Esa noche habían bebido más y hablado menos que de costumbre. El semblante de Robert se había ensombrecido durante la tarde, adquiriendo la fragilidad que ahora evidenciaban sus ojos. Había pasado por los dos estados por los que atraviesa cualquier persona al recibir una mala noticia: la negación, primero, y la aceptación lenta y dolorosa, después. Robert comprendía poco a poco que Ben, en efecto, se había marchado de casa y que aquélla sería su segunda noche fuera. Pensar en esto era suficiente para que la simple idea de dormir le resultara insoportable; quizás, le había dicho a Mike hacía un rato, se echara en uno de los sillones de la sala, pero no creía posible conciliar el sueño.

La búsqueda de Ben se iniciaría al día siguiente. Esa misma tarde, Robert había hablado con su secretaria en el *Carnival News* para que una fotografía de Ben fuera incluida en la edición del día siguiente. La policía

no había recibido ninguna llamada relacionada con un niño perdido, pero confiaba que en las próximas horas tal cosa cambiara. La fotografía en el periódico, más las que ellos mismos distribuirían, serían de gran utilidad.

Robert se inclinó hacia el recipiente, tomó las dos últimas latas de cerveza y entregó una a su amigo. Luego abrió la suya.

—No entiendo cómo puede suceder una cosa así —dijo.

Mike apartó la vista del dispositivo eléctrico para ahuyentar mosquitos que estaba colocado en el suelo, al que observaba desde hacía quién sabe cuánto tiempo.

—Mañana todo se solucionará —fue lo único que se le ocurrió decir.

Aquellas reuniones se habían transformado en un placentero ritual. Envueltos en el silencio de la noche, interrumpido esporádicamente por algún coche en la calle Madison, habían transitado a lo largo de los años por temas agradables y otros no tanto. Allí habían compartido alegrías, hablado de sus problemas y manifestado sus preocupaciones. Robert no tenía un hermano mayor, pero Mike siempre había ocupado ese lugar. El recuerdo del día en que se conocieron, que traía consigo la intensidad de algo mágico, se alzó dentro de su cabeza, y por primera vez en el día, sonrió…

OceanofPDF.com

7

A los diez años, Robert Green ya había creado las Reglas de Oro de Ralph. No existía una versión escrita de las ROR, porque llevarlas al papel sería el equivalente a un suicidio; como convivir con una bomba sin detonar enterrada en el jardín trasero. Era más seguro y efectivo mantenerlas en la cabeza. Después de todo, no eran más que un puñado de frases fáciles de memorizar.

La primera de las ROR era muy simple: *Nunca contradecir a Ralph*.

Era sencilla, y quizás era esto lo que llevaba en ocasiones a pasarla por alto. Por ejemplo, si Ralph comentaba en voz alta que ese día llovería, convenía decir que tendríamos la precaución de salir con impermeable, y no recordarle que las tres últimas veces que había dicho aquello habían resultado días soleados y completamente despejados.

Había algunos casos interesantes de aplicación de la primera regla. Uno de ellos era cuando Ralph formulaba una pregunta que traía implícita una respuesta. Ejemplo: «Bobby, ¿quieres más de esta verdura que tanto te gusta?». Un caso difícil para un principiante. Era importante no perder de vista el final de la frase: «… que tanto te gusta». Esto significaba que la respuesta debía ser desde luego que sí, que nos fascinaba la idea de otro plato de esa exquisita verdura con gusto a excremento de reptil.

El caso más difícil de aplicación de la primera regla era sin duda cuando las preguntas se presentaban en forma de aseveración. Para comprender el funcionamiento bien vale como ejemplo lo que ocurrió durante una mañana

calurosa, hacía casi treinta y cinco años, cuando Ralph Green revolvió el cabello de su hijo Robert y con voz alegre le preguntó:

—Bobby, estaba pensando que quizás te apetecería acompañarme a resolver unos asuntos de trabajo.

Robert tenía diez años, pero identificó la primera regla al instante. *Nunca contradecir a Ralph.* La respuesta afloró a sus labios con suma facilidad.

—Sí, claro. ¡Me encantaría!

Ralph condujo su furgoneta Chevrolet C25 con la concentración de un piloto de un F-16 y la mirada orgullosa. Se la había comprado de segunda mano a Tim Bateman, quien, según palabras del propio Ralph, lo había timado suficientes veces para que le diera de su propia medicina. Robert suponía que Bateman se había deshecho de la furgoneta sólo por no verse obligado a soportar la insistencia de Ralph en comprársela. Durante un tiempo todas las conversaciones de la familia Green habían rondado en torno a las bondades de aquel vehículo: el color celeste único, su amplia caja de carga, el claxon doble en el techo, etcétera. En aquella ocasión, cuando Bateman no tuvo más remedio que deshacerse de la furgoneta, Ralph aparcó con ella frente a la casa y luego entró anunciando a viva voz que tenía una sorpresa. Una sorpresa descomunal, según sus propias palabras. Debbie y Robert salieron y fingieron sorpresa, como si el mismísimo acorazado *Potemkin* estuviese varado en la calle Madison. Ralph los esperó de pie a un lado de su adquisición, con la mirada del Dios de las Furgonetas, y luego, con tono ominoso, los invitó a dar una vuelta.

En aquella ocasión, ni Debbie ni Robert habían dicho nada mientras Ralph les explicaba tooodaaass las cosas que podría hacer con su Chevrolet C25.

Segunda ROR: *Delante de Ralph, hablar lo menos posible*.

Robert también aplicó la segunda ROR cuando su padre le pidió que lo acompañara a resolver unos asuntos de trabajo (la segunda ROR era probablemente la más utilizada de todas). En esta ocasión se limitó a responder las preguntas que él le formuló, pero ni siquiera se aventuró a

preguntar hacia dónde se dirigían. Supuso que verían alguna casa que su padre estaba remodelando, pero quién sabe.

Ralph se dedicaba a la construcción. Desde siempre, según le gustaba afirmar. Solía decir que construir cosas se lleva en la sangre; no era necesario ir a la universidad para saber combinar los materiales de la manera correcta. Normalmente sus apreciaciones se extendían incluso hasta afirmar que la universidad no hacía más que alentar a los incapaces a hacer cosas para las cuales no habían nacido.

Robert había presenciado más de una vez cómo su padre sostenía entre sus dedos un puñado de arena y alzaba la vista al cielo, para luego dictaminar si era o no la adecuada. Cuando hacía valoraciones de este tipo, se le nublaban los ojos e inclinaba la cabeza como si se dispusiera a recibir un mensaje del más allá.

«Más de veinte casas, Bobby. Incluso un edificio de tres pisos. Pregunta en la escuela y luego dime si algún niño tiene un padre que haya construido veinte casas. Te aseguro que no. Eres afortunado, Bobby, no todos los niños tienen la suerte de vivir en una casa hecha por su propio padre».

Tras una media hora de viaje en dirección norte por la carretera 49, Ralph condujo su C25 por la entrada particular de una propiedad enorme delimitada por un muro de unos tres metros de altura. Robert se sintió lo suficientemente intrigado para preguntar qué era ese sitio, pero desde luego no lo hizo. Un letrero inmenso sostenido por una columna metálica de unos quince metros rezaba: EQUIPAMIENTOS DAWSON.

En el centro de la propiedad había una única construcción de dos plantas. Ralph rodeó el edificio con la furgoneta y condujo lentamente por un camino de grava hasta la parte trasera. Luego dijo algo, pero Robert no lo escuchó; estaba fascinado observando a través de su ventanilla… Alineadas en la parte de atrás había una serie de máquinas. Más tarde sabría que eran excavadoras, y aunque había visto algunas antes, nunca lo había hecho de tan cerca. Eran cuatro unidades nuevas, resplandeciendo en silencio bajo el sol de la mañana. Inmediatamente se sintió atraído por ese poderoso ejército amarillo.

—¿Me estás prestando atención, Bobby?

Robert había estado tan abstraído observando las máquinas que por un momento olvidó que su padre seguía a su lado.

—Sí —respondió asustado.

—¿Ves aquella oficina de allá?

—Sí.

—Allí está el dueño de todo esto. El bastardo que me alquila las máquinas que utilizo. ¿Sabes, Bobby?, a veces ciertos sujetos creen que porque tienen un poco de chatarra pueden hacer lo que les viene en gana. Éste en particular no es más que un borracho que pretende hacerse rico a mis expensas. ¿Te parece correcto?

(Primera ROR).

—Claro que no.

Ralph sonrió complacido. Dijo:

—El personal de atención al público está en la parte delantera, ¿sabes?, pero yo iré allí atrás y hablaré directamente con Dawson.

Te aseguro que obtendré los descuentos que me corresponden…

Dejó la frase en suspenso y nubló la vista.

(Segunda ROR).

Robert aguardó en silencio mientras su padre se recuperaba del trance.

—Si quieres lograr cosas importantes —siguió diciendo Ralph—, debes hablar directamente con los dueños, Bobby. Es la única manera de hacer las cosas. Grábatelo en la mente.

Dicho esto, se apeó de la furgoneta. Robert casi había vuelto su rostro hacia las excavadoras cuando su padre formuló las palabras mágicas:

—Puedes ir a echar un vistazo si quieres.

Luego se marchó.

Robert aguardó a que su padre recorriera los casi cien metros que los separaban de la oficina de Dawson y entrara en ella; luego se apeó y se dirigió a la parte trasera de la propiedad. El calor abrasaba, por lo que agradeció llevar puesta su gorra. Avanzaba sin quitar los ojos de las cuatro carrocerías resplandecientes. Los faros de las excavadoras lo estudiaban en silencio. Se detuvo a dos metros de una de ellas sintiéndose pequeño, y leyó la inscripción en uno de los laterales:

JOHN DEERE

El nombre le resultó poderoso. La tipografía rígida en contraste con el amarillo de las máquinas lo abrumó. Si JOHN fuera un niño, lo imaginó de mirada torva y aspecto agigantado, y Robert supo definitivamente que no querría tener nada que ver con él.

Se permitió llevar a cabo una inspección minuciosa.

La cabina de mandos era un cubículo reducido, para una persona. Estaba ubicada a unos dos metros de altura, y Robert alcanzó a ver por lo menos cuatro palancas que asomaban por el cristal. Más abajo, casi a la altura de sus ojos, el radiador se asemejaba a una boca abierta de dientes largos y rectangulares. A cada lado estaban los faros, dos ojos separados y abiertos al máximo, como los de un chiflado. Robert se obligó a apartar la vista de ellos. Se concentró en la pala frontal: una superficie cóncava rodeada de dientes de acero de alta resistencia. Se imaginó en la cabina, con su gorra en la cabeza, accionando aquellas palancas (la gorra en la cabeza era un detalle fundamental para conducir una de esas máquinas).

Era la primera vez que se encontraba lo suficientemente cerca de uno de esos vehículos como para tocarlo. Se dejó embriagar por el pensamiento de su mano haciendo contacto con la chapa tibia por el sol de la mañana. Dio un paso. Luego otro. Levantó el brazo y…

El bramido del motor asesinó la tranquilidad de la mañana y Robert estuvo a punto de cagarse encima. Supo en ese instante que la excavadora de alguna manera se había puesto en marcha y que no sería necesario que se acercara para tocarla porque de un momento a otro JOHN lo tocaría a él. Los faros se encenderían y su resplandor sería visible incluso bajo el sol abrumador. No tenía escapatoria, estaba demasiado cerca…, lo aplastaría como a un insecto, eso es lo que haría. Arremetería hasta que uno de aquellos dientes de acero reforzado se le clavara en el estómago.

¿Se había cagado de verdad?

No le importaba. Lo único que deseaba, mientras retrocedía cinco pasos en un segundo y trastabillaba para caer sentado en la grava, era saber cómo

la máquina se había encendido por sí sola. Era…

Los faros seguían apagados.

El rugido del motor siguió, pero Robert comprendió de pronto que no pertenecía a la excavadora que él tenía delante. De hecho, no pertenecía a ninguna de aquellas cuatro.

Se sintió estúpido, pero por encima de todas las cosas se sintió aliviado. Se puso en pie poco a poco, notando cómo su respiración se regularizaba y comprobando con alegría que no se había cagado encima a fin de cuentas. No existía una ROR que fuera capaz de evitar la ira de Ralph si su hijo cagado apestaba su flamante furgoneta nueva.

El sonido del motor provenía de la zona de atrás de aquellas cuatro máquinas.

Aún sintiéndose un poco incómodo por su reacción frente al motor, se preguntó si sería buena idea buscar el origen de aquel estruendo. «Puedes echar un vistazo», había dicho su padre. Pero quizás eso no significaba que pudiera ir más allá de donde pudiera ser visto desde la oficina. Se dijo que, si traspasaba aquellas máquinas, tendría que regresar en poco tiempo.

Se internó entre el pasaje formado entre la segunda y la tercera excavadora.

Se encontró rápidamente en la zona que marcaba el límite de la propiedad. Era un sector amplio de tierra sin grava en el que malezas amarillentas crecían aquí y allá, y que servía de depósito de partes de máquinas viejas. Robert advirtió la existencia de una cerca de alambre en la parte trasera, pero no se detuvo demasiado en el lugar. Lo que atrajo de inmediato su atención fue una máquina similar a las que había visto, que se desplazaba con pesadez deslizándose sobre sus ruedas gigantescas.

Avanzó como hipnotizado. No podía apartar la vista de aquel robot amarillo. Cuando estuvo a unos diez metros de distancia, apenas fue consciente de que la máquina se había detenido y de que el ocupante de la cabina lo observaba con fijeza.

—Hola —escuchó que lo saludaban.

Robert no podía salir de su asombro. El conductor era un niño. Tendría dos años más que él, no más.

—Hola —respondió de forma automática.

—Mi nombre es Mike.

—Robert.

—Hola, Robert. ¿Qué haces aquí?

—Mi padre está hablando con el tuyo —respondió sin darse cuenta de que había hecho una suposición, que más tarde sabría era correcta.

Mike tenía una gorra calada hacia atrás, lo cual a Robert le pareció algo fantástico. Había abierto una portezuela pequeña y se había girado de manera que sus pies colgaban fuera de la cabina.

—¿Quieres subir?

Robert se sentía incapaz de pensar con claridad. Sus ojos recibían los destellos de la carrocería; sus oídos, el ronroneo fuerte que no alcanzaba a tapar sus voces. Mike repitió la pregunta, y esta vez Robert se obligó a contestar:

—Claro —dijo, y se acercó.

—La cabina es para una persona, pero hay espacio suficiente para los dos —explicó Mike—. Pisa ahí y agárrate de este otro lado para subir…

Robert escaló hacia la cabina del modo en que Mike le acababa de explicar y en pocos segundos se encontró compartiendo el asiento de cuero con él.

—Ésta es una retroexcavadora —explicó Mike—. Mi padre las alquila, aunque supongo que ya sabes eso. A diferencia de aquellas máquinas que están allá, ésta tiene un brazo hidráulico articulado en el medio —lo señaló a través del cristal—, que rasca la tierra hacia atrás. Son más difíciles de manejar, por todos los movimientos del brazo, que dirijo con estas palancas de aquí.

Robert asintió, extasiado.

—¿Ves aquella tierra?

—Sí.

—Voy a trasladarla a ese otro lado.

Robert siguió la dirección que Mike le indicaba con el dedo.

—Es simplemente para practicar —siguió diciendo Mike—. De hecho, esa tierra estuvo antes allí.

Robert no podía quitar los ojos de aquel niño, que no sólo le había permitido subir a *su nave espacial*, sino que además se tomaba el trabajo de explicarle con detenimiento lo que se proponía hacer con ella.

Durante los veinte minutos siguientes, Mike realizó las maniobras necesarias para transportar la primera parte de la tierra. Primero hizo que la máquina se desplazara hacia adelante, para luego accionar las palancas adecuadas y lograr que el brazo articulado mordiera el montículo de tierra. Robert siguió las operaciones con sumo cuidado, alternando la vista entre los mandos que Mike accionaba y lo que ocurría fuera de la cabina. El niño que más tarde se transformaría en su mejor amigo sonrió cuando dio por finalizada la primera etapa.

—He realizado un buen tiempo. Me has traído suerte —dijo Mike—. Aunque aún me queda mucho por aprender.

—¿Hace mucho que practicas?

—Éste es mi primer año. Antes no podía alcanzar los pedales. ¿Tu padre viene a menudo por aquí?

—Creo que sí.

—Quizás la próxima pueda enseñarte un poco.

—Me encantaría.

—¿Aquél es tu padre?

Robert se volvió. La figura de Ralph, recortada contra las excavadoras, se asemejaba a una aparición.

—Tengo que irme.

—¿Pasa algo?

—No. Mi padre me ha dicho que no me alejara, eso es todo.

Mike abrió la portezuela y Robert se apeó con presteza.

—Mañana iré al bosque con unos amigos —dijo Mike desde la cabina —, quizás podamos vernos allí.

Robert pensaba en Ralph.

—Claro. Gracias por la demostración.

—De nada.

Mike alzó la mano en señal de despedida y Robert le correspondió el saludo.

Ralph lo esperaba de pie, con el semblante de un témpano de hielo. Cuando Robert se acercó, simplemente dio media vuelta y caminó hasta la furgoneta.

De regreso a casa mantuvieron una conversación ciertamente breve:

—¿Qué has hecho con ese niño, Bobby?

—Nada. Me enseñó cómo funcionaba la retroexcavadora. Es interesante.

—Claro que lo es.

No hubo reproches ni reprimendas. Robert apenas podía dar crédito a lo que consideró de inmediato como una nueva ROR. La novena. *Ralph aprobaba todo lo que no hiciera ver a su hijo como un marica*.

Además, Ralph había obtenido su ansiado descuento.

OceanofPDF.com

8

Al inclinarse sobre el boquete del baño, Ben sintió otra vez cómo su espalda se quejaba.

No fue sencillo desplazar la placa de vidrio esmerilado desde arriba; pudo colocar apenas dos de sus dedos en uno de los laterales y alzarla ligeramente, para luego deslizarla con el cuidado suficiente para no romperla. Una vez que hubo espacio suficiente para que pasara su cuerpo, se detuvo y observó el baño a oscuras.

La casa estaba en silencio desde hacía un buen rato. El baño era ahora una habitación fría, que se perfilaba apenas con una serie de líneas frágiles y grises. Ben supo de inmediato que bajar sería más peligroso de lo que había supuesto. Además de las dificultades para introducirse en el boquete y dejarse caer hasta el lavabo, le preocupaba la idea de ser descubierto por alguien que entrara justo en ese momento. Llevaba puestos únicamente sus calzoncillos blancos, pero como el plan consistía en no ser visto, poco le importó.

Además estaba a punto de mearse encima.

La visión difusa del retrete no hizo más que intensificar sus deseos de orinar. Es bien sabido que nuestro organismo pierde la capacidad de control cuando una posibilidad de evacuación está próxima. Ben experimentó un intenso ardor en la entrepierna, lo cual hizo que se pusiera en movimiento.

Se sentó en el borde del boquete. De inmediato sintió el aire frío acariciándole la planta de los pies y por alguna razón se sintió reconfortado.

Quizás las cosas saldrían bien después de todo. Se inclinó con cuidado para no ser hostigado por su espalda otra vez. Colocó los antebrazos a ambos lados del boquete, se alzó ligeramente con los codos y se dejó caer con lentitud.

Hasta aquí fue sencillo. Lo que debía hacer a continuación era asirse a los laterales del boquete con las manos, descender y balancearse hasta afirmarse en el lavabo. Así lo había planeado cuidadosamente en el desván. Sin embargo, una vez que inició el balanceo, sus pies no alcanzaron el lavabo… Ben sintió un dolor espantoso en los antebrazos, que de repente protestaron ante la tarea de soportar todo el peso de su cuerpo. Vio su rostro reflejado en el espejo, apenas una silueta fantasmagórica. Sus dedos cedieron un poco. La caída desde esa altura no sería mortal, ni mucho menos, pero la idea de los dedos de los pies doblándose al chocar con la superficie rígida del suelo de baldosas no le resultó precisamente agradable.

Estaba a punto de rendirse cuando uno de sus dedos tocó apenas la superficie fría del lavabo. Faltaba un poco, sólo un poco. Comprendió que el problema estaba en que no se había aferrado al extremo del boquete, lo cual, en realidad, no servía para nada en ese momento. Intentó alcanzar de nuevo el lavabo, esta vez haciendo su máximo esfuerzo para balancearse, pero con la misma suerte. Lo único que logró fue que el deseo de orinar se intensificara.

¿Y si alguien entraba en ese momento?

¡Nadie iba a entrar! Lo que menos necesitaba era asustarse más de lo que lo estaba. Permaneció un instante en aquella posición, advirtiendo cómo sus dedos amenazaban con dejar de sostenerlo. Tenía que pensar. Dejarse caer podía ser una solución rápida, y bien sabía que no era precisamente tiempo lo que le sobraba, pero no podía correr el riesgo de llamar la atención con una caída desde esa altura. Debía balancearse con más fuerza.

Flexionó las piernas y corcoveó hasta darse el máximo impulso de que fue capaz. Sus pies se lanzaron en pos del lavabo, y esta vez lo logró. Valiéndose de los dedos de sus pies, Ben se aferró a la superficie redondeada de loza. *¡Perfecto!* Sin embargo, aún era prematuro cantar

victoria. Sus manos estaban a punto de soltarse de los laterales del boquete, y si tal cosa ocurría precisamente en este momento, no tendría oportunidad de amortiguar la caída con sus piernas. Con sumo cuidado, fue desplazando las manos, primero una, luego la otra, hasta alcanzar el extremo del boquete, y justo cuando completó la operación, pudo soltarse y permanecer de pie sobre el lavabo.

Se permitió quince segundos para reponerse de la maniobra.

Creyó conveniente volver a poner la placa en su sitio, y lo hizo.

En su plan original, concebido en el desván, había pensado que cerrar la puerta con llave sería una buena idea, pero ahora que se hallaba a unos centímetros del retrete comprendió que no había tiempo ni para eso ni para encender la luz. No había tiempo para nada. Ben se bajó del lavabo y salió disparado hacia el retrete. Verificó si la tapa estaba levantada e hizo lo que su cuerpo le pedía a gritos desde hacía horas. Sus piernas estaban rígidas formando una V invertida, y Ben intercambiaba frenéticamente el peso de una a otra. Mientras aferraba su pequeño miembro, un chorro con la potencia de un rayo láser se proyectó primero contra el agua acumulada en el fondo y luego contra uno de los laterales.

Sintió un alivio inmenso. Dejó caer la cabeza hacia atrás, al tiempo que la presión en la vejiga disminuía. No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que sacudió las últimas gotas, pero fue bastante.

Estiró el brazo para alcanzar el botón de la cisterna, pero se detuvo. Lo que menos necesitaba era llamar la atención; aunque tampoco era buena idea dejar su orina allí. Lo pensó un segundo y luego presionó el botón apenas lo suficiente para que un hilo de agua emergiera de cada uno de los orificios. Al cabo de un minuto supuso que sería suficiente y soltó el botón. Dio media vuelta y abrió la puerta con cuidado.

La casa seguía en silencio. Ante él se extendió el pasillo iluminado desde el otro extremo. Ben se cubrió el rostro con el antebrazo y pestañeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz.

Sonrió y avanzó por el pasillo.

OceanofPDF.com

9

—¿Habéis hablado con todos sus amigos? —preguntó Mike.

Seguían en el porche. Hacía por lo menos una hora que no habían visto un solo vehículo circular por la calle Madison.

—Sí. —Robert habló sin apartar los ojos de su lata de cerveza vacía. La sostenía con ambas manos en el regazo y la hacía girar.

Mike meditó unos segundos sus siguientes palabras.

—Si sigue enfadado con Danna es probable que haya decidido esconderse unos días.

—¿Crees que Ben puede estar escondido en casa de algún amigo? —preguntó Robert.

—Es una posibilidad. Ben es inteligente, no creo que haya decidido pasar la noche en el bosque sabiendo los peligros que lo esperan allí.

—Es cierto.

¿Lo era? Robert había perdido la capacidad de determinar qué era posible y qué no. La idea de que Ben se hubiera marchado de casa constituía un punto de partida que hacía que el resto careciera de lógica.

—¿Cómo están Danna y Andrea? —preguntó Mike.

—Andrea ha ido a pasar la noche a casa de Linda, la hija de Harrison. He hablado con ella hace unas horas. Está bien. Danna ha permanecido en su estudio casi todo el día. Prácticamente no he hablado con ella.

—¿Le has dicho que Ben estuvo conmigo?

—Estaba presente cuando hablé de eso con la policía.

Mike asintió y luego dijo:

—He hablado con el oficial Timbert hoy por la tarde. Me pidió que fuera a la comisaría a darle algunas precisiones acerca de la visita de Ben: horarios y esas cosas. No creo haber sido demasiado útil.

—Espero que no te haya quitado demasiado tiempo.

Mike miró a su amigo como si acabara de decir la estupidez más grande de la historia.

Robert se recostó contra el respaldo de su silla y clavó la vista en el techo del porche. Allí vio el tubo fluorescente circular que por alguna razón fascinaba a los insectos. En aquel momento, al menos una docena de ellos se arremolinaban alrededor, proyectando sombras monstruosas.

—He notado a Rosalía muy nerviosa hoy —comentó Mike en un intento de seguir adelante con la conversación—. Casi derrama el café al servírmelo.

—También lo noté. Incluso he tenido la sensación de que quería decirme algo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, antes de la discusión con Danna.

—Quizás sabe algo. Quizás oyó a Ben cuando salía.

—¿Tú crees? Si supiera algo me lo habría dicho. No creo que sea eso.

—¿Qué crees entonces?

Robert apartó la vista del techo. Miró en dirección a Mike, pero por un momento no vio más que una espiral oscura. Paulatinamente, el rostro de su amigo fue ocupando su lugar.

—Creo que Rosalía está simplemente preocupada por Ben —dijo Robert—. Supongo que querría decírmelo y no ha podido hacerlo.

—No sé. No la he visto comportarse así antes.

—Ella quiere mucho a Ben. Tiene un hijo casi de la misma edad…

—¿Rosalía? Pensé que no tenía hijos.

—No habla mucho de él. Se llama Miguel. Vive con sus tíos, en una ciudad pequeña cerca de Boston; no recuerdo cuál. Rosalía se queda con ellos los fines de semana. El nombre del padre del niño se me ha quedado grabado: un tal Félix Hernández.

—¿Por alguna razón?

—Rosalía huyó de él… No quise preguntarlo nunca, pero suponemos que la sometía a algún maltrato. Probablemente también al niño.

—Dios mío, ¿cuánto hace que no lo ve?

—No me lo ha dicho, pero Rosalía está con nosotros desde hace seis años. Debió de ser antes de eso.

—Pobre mujer.

Mike permaneció en silencio. La conversación acerca de Rosalía no había sido más que una excusa para evitar hablar de algo que había rondado su mente durante la última hora.

—Hay algo que no me he atrevido a preguntarte —anunció Mike de repente.

Robert lo observó.

—Hace años que hablamos de todo. ¡Dispara!

—Sé que no hay secretos entre nosotros —reflexionó Mike en voz alta —, pero esto es algo que he querido preguntarte desde hace tiempo. Al principio no me pareció correcto hacerlo, luego creo que lo olvidé, y hoy, a raíz de lo que ha ocurrido…

—Pues no sé qué puede ser, pero has despertado mi curiosidad.

Mike se incorporó en su asiento. Sabía que se arrepentiría en cuanto formulara la pregunta que tenía en mente. Analizó la posibilidad de suavizarla, o abordar el tema indirectamente, pero decidió que no tenía sentido.

Habló despacio, sin mirar a Robert:

—¿Recuerdas cuando tú mismo te marchaste de esta casa?

Robert abrió los ojos como platos. Era evidente que no sabía a qué se refería Mike, pero éste en el fondo había sabido que eso ocurriría.

¿Recuerdas cuando tú mismo te marchaste de esta casa?

OceanofPDF.com

10

Ben no tenía modo de saber que la excursión a la casa se transformaría en un viaje de horror.

Había logrado mear, lo cual no era poco, y ahora su mente se catapultaba hacia la nevera. Caminó frenéticamente por el pasillo sintiendo el suave contacto de la alfombra en la planta de los pies. Advirtió que las puertas de las habitaciones estaban cerradas. La garganta le pedía a gritos algo de beber, su estómago protestaba. Sin embargo, por alguna razón se detuvo frente al estudio de Danna, examinó las estanterías con cajas rotuladas, el atril de madera que en la penumbra se asemejaba a un esqueleto y, por último, la inmensa pecera rectangular en la que una docena de peces de colores se movían con parsimonia.

Entró. Sabía que cada instante que permaneciera allí era un suicidio; no obstante, no pudo evitar desplazarse hasta la pecera, sin quitar los ojos de ella. Se detuvo muy cerca, con la cara prácticamente en contacto con el vidrio. Escuchó con atención el burbujeo tranquilizador del sistema de aireación. Sus pupilas se movieron siguiendo el movimiento de los peces, lento al principio, luego acelerado durante un trecho, y más tarde lento otra vez. Vio un pez payaso, luego uno alargado, luego otro, y otro…

Junto a la pecera había un estante en el que Danna guardaba una red pequeña, plantas decorativas adicionales y el alimento para peces Quick Grow. Ben se puso de puntillas y se estiró hasta asir el envase. En la parte trasera vio un cuadro con la cantidad diaria de alimento recomendada. Una

leyenda en letras rojas rezaba que una sobrealimentación podía causar a los peces serios problemas, e incluso la muerte.

Pero cualquiera sabía eso.

Desenroscó la tapa con lentitud. Lo hizo sin dejar de observar los ejemplares multicolores desplazándose de un lado a otro; dos o tres lo observaban a través del vidrio. Introdujo un dedo en el alimento Quick Grow, y sintió la suavidad de aquellas hojitas similares a finas virutas de madera. Revolvió el alimento en círculos, experimentando cómo su mirada se enturbiaba y de algún modo misterioso su mente comenzaba a desprenderse de su cuerpo. Su necesidad de beber quedó atrás; incluso su visita al desván quedó relegada a un lugar distante. Pronto no sintió más que su mente, desprovista de necesidades físicas.

Desprovista de cuerpo.

Y entonces su mente se eclipsó. No sabría cómo describirlo de otro modo.

¡MÁTALOS!

La voz apareció dentro de su cabeza, surgiendo de miles de lugares al mismo tiempo. Ben no pudo evitar girar sobre sí mismo y verificar que estaba solo en el estudio. El poder de aquella voz lo arrancó del letargo en que estaba sumido e hizo que su corazón se acelerara. El envase de comida para peces resbaló de sus manos y cayó al suelo, haciendo que el contenido se esparciera en un reguero irregular. Retrocedió dos pasos, tambaleante. Aún sentía el eco de aquella voz poderosa retumbando en su cabeza. *¡Mátalos!*

Abandonó el trance con una fuerte sacudida. Se acercó a la pecera, pero esta vez apenas pudo soportar la visión de los peces. Se agachó y con el canto de la mano derecha empujó el alimento derramado dentro del envase. Colocó la tapa y lo devolvió a su sitio.

Salió del estudio sintiéndose vulnerable. Mientras se dirigía a la cocina, lo sorprendió la visión de Andrea de la noche anterior, desnuda en su habitación. La voz que se había alzado dentro de su cabeza, acusándolo de haber disfrutado al espiarla, había sido la misma que la del estudio un instante atrás. Se sintió indefenso, confundido, pero, por encima de todo,

profundamente asustado. Tenía sed, cierto; sentía incluso la garganta seca como papel de lija, pero la razón principal por la que se lanzó hacia la cocina fue porque debía dejar de pensar y hacer *algo*. Lo que fuese.

Contrariamente a lo que cabría suponer, avanzar por el comedor bien iluminado para luego internarse en la cocina no le inquietó. Todo lo contrario, se sintió agradecido de dejar atrás el estudio en penumbra y la amenaza que aquello había representado unos segundos atrás. Se detuvo un instante antes de entrar en la cocina. Permaneció inmóvil mientras llegaban a sus oídos voces provenientes del porche. No alcanzó a distinguir qué decían, pero supo de inmediato que se trataba de Mike y de Robert. De pronto, las voces se acallaron; Ben aguzó el oído y prestó atención, y entonces Mike dijo algo y las palabras se formaron en su cabeza con suma claridad:

¿Recuerdas cuando tú mismo te marchaste de esta casa?

La frase lo sacudió. No supo en ese momento a qué se refería Mike, pero escuchar a los dos hombres conversando hizo que tomara conciencia del peligro de permanecer allí. Debía darse prisa. Además, estaba a metros de la nevera, lo cual avivó como por arte de magia sus deseos de beber.

Abrió la puerta de la nevera y el olor a pollo frito lo golpeó en el rostro. En uno de los estantes vio un plato con tres trozos que seguramente habían sobrado de ese día. Por un momento se sintió incapaz de apartar los ojos de ellos, pero finalmente tomó una botella de agua de uno de los estantes laterales y la destapó con vehemencia. Hubiera preferido zumo, pero el agua aplacaría la sed más rápidamente y dilataría la próxima visita al retrete. Agarró la botella con ambas manos y envolvió la boca con sus labios, inclinándola sin ningún miramiento.

La sensación del agua inundando su garganta fue gloriosa. Permitió que fluyera con libertad, manteniendo la botella casi en posición vertical. Globos de aire ascendieron por el líquido y explotaron en la parte superior de la botella. Ben bebió hasta que se sintió saciado, para lo cual fue necesario acabar casi con las tres cuartas partes del contenido. Cuando sintió que si un sorbo más entraba en su organismo no tendría más remedio que expulsarlo por falta de espacio, quitó la botella de sus labios y la volvió

a colocar en su sitio. Sentir la boca húmeda lo reconfortó. Retrocedió y se acercó a uno de los compartimentos bajo el fregadero. Extrajo una bolsa del supermercado y colocó dentro uno de los trozos de pollo. Luego se estiró para alcanzar los estantes superiores de la alacena y se apropió de una botella de zumo de naranja, dos tabletas de chocolate y galletas. Creyó que con aquello sería suficiente, pero en el último momento decidió añadir tres barras de cereal al contenido de la bolsa. No se preocupó de que alguien pudiera notar la ausencia de su botín, ni siquiera por el descenso en el nivel de la botella de agua. Nadie en la casa llevaba semejante control sobre la comida.

De pie en el centro de la cocina, ahora con la bolsa del supermercado en una de sus manos, se dijo que sería necesario hacer una cosa más antes de regresar al desván. Con lo que había ocurrido hasta ese momento, en especial su visita al estudio de Danna, tendría suficiente para poblar los sueños de aquella noche. Mejor estar preparado. Se dirigió al pasillo en L que conducía al garaje de la casa. Cuando se asomó al pasillo, vio el morro del Toyota de Robert, semejante a la punta curva de una pezuña inmensa.

Ben avanzó hasta la mitad del pasillo, pasando junto a dos puertas cerradas. La primera de ellas conducía a la habitación de Rosalía.

La segunda, a un pequeño baño. Se detuvo un instante entre las dos puertas y luego avanzó hacia el garaje. En ese instante se apoderó de él la sensación de que algo malo ocurriría de un momento a otro.

Comprobó con alivio que el Toyota gris de Robert seguía ocupando el espacio de siempre y que ninguna pezuña de dinosaurio lo esperaba para hacerle daño. Más allá vio el coche de Danna y, detrás, las estanterías con objetos en su mayoría inservibles. Comenzó a sentirse más tranquilo. Avanzó por la zona libre del garaje, con los vehículos a la derecha y el banco de herramientas que había pertenecido a Ralph Green y ahora era de Robert, a la izquierda. El suelo de cemento frío y rugoso le proporcionó por alguna razón la serenidad que le hacía falta para pensar.

En uno de los estantes encontró una linterna de bolsillo. La cogió y presionó el botón lateral para probarla. Un círculo luminoso se dibujó inmediatamente en los estantes, y allí vio un bloc y un lápiz negro con la

punta roma. Apagó la linterna y la introdujo en la bolsa de supermercado; luego hizo lo mismo con el bloc y el lápiz.

La sensación de que corría peligro fue desapareciendo poco a poco. Cuando se internó en el pasillo para emprender el regreso, comenzó a sentirse relajado por primera vez. Se detuvo junto a la puerta que conducía a la habitación de Rosalía. Luego se volvió… Sus brazos comenzaron a estremecerse. La bolsa del supermercado amenazó con caer…

¿Qué le ocurría?

Formuló la pregunta para sí casi al mismo tiempo que la respuesta se alzaba dentro de su cabeza.

Experimentó la misma sensación que lo había asaltado junto a la pecera. Sólo que esta vez fue más fuerte. Escuchó ruidos provenientes del interior de la habitación de Rosalía y comprendió con horror que la mujer saldría de un momento a otro, pero Ben no pudo moverse. Esperaba algo. Cerró los ojos como un niño que se prepara para recibir un pinchazo en una habitación de hospital…

Los ruidos se hicieron más fuertes.

La puerta se abrió.

Rosalía clavó la mirada en su inesperado visitante, de pie en el pasillo. Se llevó las manos a la boca y contuvo un grito.

Ben finalmente recibió lo que había estado esperando.

OceanofPDF.com

11

—¿Cómo es posible que no recuerde haberme marchado de casa? —preguntó Robert.

—No lo sé —respondió Mike—. Mi padre me relató el incidente poco después de una visita a Maggie Mae. Por aquel entonces solíamos ir todos juntos a la casa del lago, pero por alguna razón esa vez mi padre decidió quedarse en Carnival Falls. Supongo que tendría que atender algún negocio.

—¿Recuerdas la fecha exacta?

—Déjame ver… Creo que fue al verano siguiente de conocernos. El día de la retroexcavadora.

—Es extraño.

—¿Qué cosa?

—Pensaba en eso hace un momento.

—Pocos días después del incidente —dijo Mike—, intenté hablarlo contigo, y me contaste lo ocurrido, sólo que parcialmente. Me dijiste que habías decidido reparar tu bicicleta y que utilizaste una herramienta de tu padre, que desapareció misteriosamente.

—Espera, sí recuerdo eso… ¡Era una llave inglesa! Si mi padre se enteraba de que había estado usando una de sus herramientas, las cosas no habrían sido sencillas para mí…

—Ésa es la cuestión. Deduje en ese momento que por eso te marchaste de la casa durante casi un día.

—Yo no me marché de la casa. La llave inglesa apareció.

—Sé que la llave finalmente apareció. Unos días después vine de visita y decidí averiguarlo yo mismo. En efecto, no faltaba ninguna herramienta. Tu padre tenía las siluetas marcadas en el sitio correspondiente a cada una.

—Sí. A veces pienso que era para advertir más rápidamente si alguien utilizaba una sin su permiso…

—¿Realmente no recuerdas haberte marchado?

—En absoluto.

—Siempre que insinué el tema me ha dado esa sensación…, es extraño.

—Sumamente extraño. Tal vez si me cuentas lo que sabes, puede que recuerde algo.

—Tal vez. Pero creo que para eso será necesario más de esto… —Mike señaló en dirección al recipiente en que habían guardado las latas de cerveza, vacío desde hacía un buen rato—. Iré a buscar más.

—Está bien. Puedes traer algo de hielo si te parece.

—Perfecto.

OceanofPDF.com

12

Estaba frente a la habitación de Rosalía cuando su mente se separó, otra vez; en esta ocasión hubo algo diferente, o eso creyó. Su cuerpo se dejó caer, sumergiéndose poco a poco en aguas profundas. La oscuridad pobló sus pensamientos, o dejó de tenerlos.

Rosalía abrió la puerta con vacilación. Su camisón celeste desteñido se meció e hizo que su aspecto fuera el de un fantasma desaliñado. Su cabello rizado se alzaba en torno a su cabeza en una maraña tridimensional. Evidentemente, estaba sobresaltada y confundida. Retrocedió un paso mientras su rostro se cubría de un terror profundo.

—Sé lo que has hecho… —dijo la mujer, pero inmediatamente enmudeció.

Él abrió la boca. Fue consciente de que lo hacía, pero no creyó que obedeciera a un impulso propio.

—¡Pues si lo sabes, puta…, será mejor que no se lo digas a nadie! Y mucho menos que me has visto aquí.

El rostro de Rosalía se transformó, su boca se deformó en una mueca y sus ojos se llenaron de horror. Retrocedió dos pasos hacia el interior de la habitación. Era evidente que deseaba cerrar la puerta, pero sus manos temblaban y le resultó imposible hacerlo.

Para él todo era oscuridad. Las palabras acudían a su boca sin que supiera su procedencia. Los pensamientos germinaban en zonas oscuras que ya no le pertenecían. Se hundía.

—Escucha bien: si abres la boca, despídete de Miguel…

Rosalía negó con la cabeza al escuchar el nombre de su hijo. El terror hizo que sus ojos se humedecieran. Esta vez logró asir la puerta e intentó cerrarla, pero un pie se afirmó delante impidiéndoselo.

—Le diré a Félix dónde encontrar a Miguel… eso es lo que haré. Le diré dónde vivís, ¿has entendido?

—Es el diablo… —articuló la mujer. Su voz era apenas un susurro.

—Nada de eso, sabes bien quién soy, y conviene que también sepas que me enteraré si abres la boca… Si lo haces, le diré a Félix lo que ya sabes. Incluso le diré que ese hijo que tienes es un marica…, que juega con muñecas. A Félix le encantará oír eso.

Lágrimas pesadas rodaban por el rostro de la mujer. Esta vez asió la puerta con las dos manos, tiró de ella con fuerza y finalmente logró cerrarla, pero aquello se debió únicamente a que el pie que se lo impedía quiso que así ocurriera.

OceanofPDF.com

13

Luz cegadora… Oscuridad.

Ben estaba sentado contra la pared del desván, junto a la rejilla. Tenía las rodillas presionadas contra el pecho. En sus manos sostenía la linterna que había traído del garaje, pero la utilizaba únicamente para iluminar su rostro. Sus ojos eran fríos y distantes. Sus pensamientos se concentraban cíclicamente en el encuentro con Rosalía; no recordaba en absoluto lo que había ocurrido después, incluido el ascenso al desván. Regresar había sido como el andar de un sonámbulo, pensó, o una máquina que lleva a cabo un proceso para el cual ha sido diseñada.

Encendió y apagó la linterna. Sus pupilas se redujeron al tamaño de un punto para luego dilatarse.

Le diré a Félix dónde encontrar a Miguel…

A su lado descansaba la bolsa del supermercado. No había cogido nada del interior. A juzgar por su aspecto, Ben ni siquiera era consciente de que la había traído consigo.

Repasó el incidente con Rosalía: el modo en que las palabras acudían a su mente y se deslizaban hacia su boca como por un tobogán. Todo como si…

… como si alguien hablara a través de él.

Jamás había sabido nada de lo que le había dicho a la mujer, salvo el nombre de su hijo; el modo en que todo aquello se presentó en ese preciso momento no dejaba de resultarle inquietante y horroroso.

Luz cegadora… Oscuridad.

OceanofPDF.com

14

Mike regresó al porche. Traía un recipiente con hielo con cuatro latas dentro.

—Me costó encontrar un recipiente adecuado —dijo.

—Ése está bien.

—Toma una.

—Gracias. Me has dejado pensando con el episodio de la llave inglesa… —reflexionó Robert.

—Creo que mi padre me habló del incidente unos diez días después de que ocurriera; la verdad, no sé por qué lo hizo. Según sus palabras, Ralph se presentó en mi casa aquel día y dijo que no habías regresado en toda la noche, que lógicamente estaban preocupados y que habían supuesto que podías estar en mi casa, o que yo sabría algo.

—Me imagino a tu padre recibiendo en casa a su cliente favorito… —bromeó Robert.

—Supongo que habrán dejado sus rencillas laborales de lado. Mi padre le explicó a Ralph que tú no estabas en mi casa y que yo ni siquiera estaba allí, sino en el lago. Fueron juntos al bosque, recorrieron las zonas que solíamos frecuentar, hicieron algunas preguntas, incluso hablaron con algunos niños, pero ninguno sabía nada de ti. Para ese entonces tus padres se preocuparon realmente y decidieron dar aviso a la policía.

—¿La policía?

—Sí. Mi padre conocía al entonces comisario, cuyo nombre no recuerdo, y decidió llamarlo. El hombre no estaba de servicio, pero de todos modos prestó colaboración. Nuestros padres hicieron preguntas en el pueblo y fijaron una cita con el comisario aquí en tu casa, ya entrada la tarde.

—Mierda, es toda una historia de intrigas.

—Sí, pero deja que te cuente lo más extraño. Según mi padre, cuando todos estaban reunidos aquí, te oyeron cantar.

—¿Cantar?

—Siguieron tu voz hasta tu habitación, y cuando abrieron la puerta…, allí estabas, sentado en tu escritorio, probablemente dibujando aviones, y cantando. Mi padre me dijo que daba la sensación de que llevabas allí horas.

—Mi habitación. Vaya lugar extraño para encontrarme. Supongo que fue necesaria la intervención de un equipo del SWAT para hallarme.

—Tu padre aseguraba que habían registrado la habitación más de una vez.

—Quizás me había escondido debajo de la cama, o en el armario. Es sumamente extraño que no recuerde nada.

—Pudiste haberte quedado dormido en tu escondite.

—Aun así, es algo que uno no olvidaría con facilidad; más teniendo en cuenta que intervino la policía. ¿Por qué no me lo preguntaste cuando éramos niños?

—Ocurrió algo más…

—Oh…, déjame adivinar. Cuarta regla de oro.

—Exacto. Cuando te encontraron, Ralph se acercó por detrás y te golpeó. Mi padre creyó que podía haberte hecho daño.

Mike se interrumpió.

Robert se vio a sí mismo en su escritorio; una situación que se repetiría millones de veces a lo largo de los años. Allí estaría él, dibujando apaciblemente, ajeno al mundo más allá de la hoja de papel que tenía delante. Por lo general dibujaba aviones o animales, pero los aviones eran su especialidad. Su escritorio era un viejo armatoste de madera del tamaño de un dinosaurio. Ralph lo había adquirido en una subasta y se lo había

regalado en su séptimo cumpleaños. A Robert no le resultó difícil bucear en su memoria para encontrar un muestrario de golpes de Ralph en su escritorio. En todos ellos la manaza de su padre se le estampaba en el lado de la cabeza con un chasquido seco. Las razones para aquello podían ser variadas, desde no tirar la cadena del retrete hasta olvidar sacar la basura. Lo mismo daba.

En los casos en que Ralph decidía resolver los asuntos a golpes, lo cual no constituía una rareza ni mucho menos, convenía ceñirse a la cuarta de las ROR: *Cuando viene un golpe [de Ralph], es mejor relajarse. Duele menos.*

A veces, Robert no podía ver venir el golpe.

—Hemos encontrado entonces la razón por la que era mejor olvidarlo —dijo Robert.

—Perdona, no debí mencionar esto ahora.

—Han pasado treinta años. No tiene importancia.

Mike creía que sí la tenía, pero no lo dijo.

Fue lo último que dijeron antes de despedirse. Tenían que iniciar la búsqueda de Ben con las primeras luces del alba y convenía intentar descansar un poco.

OceanofPDF.com

15

Ben se había tendido de costado. No podía dormirse.

Encendía la linterna a intervalos irregulares, proyectando el círculo luminoso hacia el otro extremo del desván. Éste, oscuro y silencioso, con sus tabiques de madera y las paredes grises, adquiría un carácter siniestro.

Hacía rato que había advertido la presencia de una caja de cartón en la parte baja del desván. Se preguntó vagamente qué podía hacer una caja como aquélla allí arriba, pero no debía importarle demasiado, porque no se molestó en acercarse.

Pensaba en Rosalía. Entendía perfectamente lo que le había dicho…, la amenaza que representaba Félix Hernández para ella y su hijo. Su rostro se había transformado de un modo atroz.

¡MÁTALOS!

La caja de cartón. ¿Qué contenía?

Tenía las rodillas flexionadas contra el pecho, los miembros contraídos y la espalda endurecida. A pesar del calor que hacía allí arriba, temblaba.

Cuando el cansancio estaba a punto de vencerlo, meciéndolo entre el sueño y la vigilia como lo haría una brisa con la copa de un árbol, sintió que algo se movía a su izquierda.

Algo, o *alguien*…

OceanofPDF.com

Capítulo 3: Niño perdido

OceanofPDF.com

1

Domingo, 22 de julio, 2001

El domingo Ben apenas pudo dormir, en parte por la dureza de la madera, en parte por sus sueños. Rara vez despertaba en medio de la noche, como esta vez.

Era pasada la medianoche, casi seguro. El corazón le latía rápido y la oscuridad que lo envolvía lo angustió aún más.

¿Había soñado con Rosalía?

La amenazaba. Le lanzaba improperios e intimidaciones mientras el rostro de la mujer se transformaba. Sus ojos se disolvían para rodar por sus mejillas como claras de huevo. Lo mismo ocurría con su nariz, que colgaba pesada como una masa muerta. Las dos líneas rosadas que normalmente constituían sus labios crecían y se fundían entre sí.

—Rosalía —murmuró.

Ahora era su cabello el que se desintegraba como ceniza y dejaba al descubierto su cabeza arrugada.

¡Pues si lo sabes, puta…, será mejor que no se lo digas a nadie!

Ben estaba solo en el desván. Yacía en posición fetal, con sus rodillas apretadas contra el pecho y su brazo izquierdo encorvado sobre su ropa. Levantó la cabeza. Miró en todas direcciones…

Con la casa a oscuras, ni una gota de luz se filtraba hacia arriba. La oscuridad era completa.

Volvió a colocar la cabeza sobre la almohada improvisada. Tenía que dormir.

Transitó el borroso límite entre el sueño y la vigilia, por momentos consciente de los pensamientos que poblaban sus sueños. Mucho más tarde, algo rozó su pierna e hizo que abriera los ojos de golpe. «Una rama», fue lo primero que pensó, estúpidamente, pero aun en la confusión que lo envolvía, supo que era una idea absurda. Se sentó al tiempo que se frotaba los ojos con dos índices doblados como ganchos. Encendió la linterna y barrió el desván para cerciorarse de que todo estaba en orden.

No vio nada anormal. Sin embargo la impresión de haber sido *rozado* por algo era demasiado intensa para desecharla. Masajeándose la pierna desnuda, evocó lo que había sentido. No lo habían rozado, se corrigió; algo había *caminado* sobre su pierna. Pensó en un roedor. Echó un vistazo a las provisiones, entre ellas las galletas, pero estaban intactas. No había pasado por allí ningún animal, o éste no había mostrado interés alguno por su comida.

OceanofPDF.com

2

Mike llegó a la comisaría de Carnival Falls antes del amanecer. Para su sorpresa, había ya personas suficientes para conformar dos grupos de búsqueda e iniciar el rastreo en el bosque.

Si un niño se perdía en Carnival Falls, el bosque era el sitio prioritario para buscarlo.

El oficial Dean Timbert se acercó a Mike. En sus manos sostenía la edición del día del *Carnival News.*

—La fotografía será de gran utilidad —dijo—. ¿La ha visto?

—No. —Mike le echó un vistazo rápido.

Ben aparecía sonriente en la esquina de la página. La fotografía había sido tomada durante su comunión.

—El señor Green aún no ha llegado. —Timbert se mostró preocupado.

—Lo hará de un momento a otro. De todas maneras está familiarizado con el procedimiento. Me parece prudente empezar.

El policía asintió y se apartó de Mike.

—¡Atención!

Unas veinte personas reunidas en pequeños grupos volvieron sus rostros en dirección al oficial. Timbert explicó que estaría a cargo de la coordinación de los grupos y que, si bien algunos de los presentes estaban familiarizados con el procedimiento, daría una breve explicación del mismo. Se encaminó hacia un mapa de la ciudad pegado improvisadamente

en la pared con cinta adhesiva, junto a un cartel que mostraba una serie de rostros y la siguiente leyenda:

Gracias a estas personas que colaboran con la policía podemos ofrecerle un mejor servicio

Entre los diez rostros estaba el de Mike Dawson.

—Nos organizaremos en tres grupos de búsqueda —continuó Timbert —. Un oficial formará parte de cada uno de ellos.

Los voluntarios se agrupaban en un semicírculo. Mike se acercó al tiempo que los examinaba uno a uno. Vio a varias personas jóvenes a las que no reconoció, pero supuso que serían miembros de la iglesia. La hermana Ethel Collins hablaba con algunos de ellos y otros llevaban biblias de bolsillo. Reconoció a varios hombres. Vio a Samuel Donovan, el dueño de una de las tiendas más antiguas de la ciudad, y a William Sanders, un viejo residente cuya edad debía rondar los setenta y cinco años. Si había alguien que conocía el bosque como la palma de su mano, ése era Sanders.

Alejada del grupo, escuchando a Timbert con atención, había una mujer que Mike reconoció de inmediato. Se trataba de Allison Gordon, la madre de Tom, el mejor amigo de Ben. Mike apenas la conocía; sabía que era viuda y que su trabajo consistía en manejar el equipo de radio de la policía. No mucho más.

Mike se paró junto a Samuel Donovan.

—Gracias por venir, Sam —dijo.

Donovan, que recordaba haber atendido en su tienda a Ben al menos unas cien veces, dijo que era lo menos que podía hacer.

—Es posible que Ben haya salido de su casa la noche del sábado —explicó Timbert, dirigiéndose a la pequeña multitud—. Si esto es así, y suponiendo que pasó esa noche descansando, eso lo coloca casi con seguridad dentro de nuestra zona de búsqueda.

Timbert señaló en el mapa la zona boscosa a la que hacía referencia: un rectángulo casi perfecto, delimitado por Lovell Road al norte y Union Road al sur. La zona se extendía hacia el este hasta la frontera con Maine.

—Ambas carreteras serán patrulladas regularmente… —agregó Timbert.

Una voz femenina interrumpió la exposición y todos se volvieron. Aquella zona de la comisaría era un recinto amplio sin divisiones, con una docena de escritorios distribuidos en dos filas. En aquel momento sólo uno estaba ocupado, lo cual hizo que todas las miradas se volvieran en esa dirección. Patty Dufresne, una de las últimas incorporaciones al cuerpo de policía, se sonrojó al recibir aquella inusitada atención.

—Es Harrison —dijo, y alzando el auricular, agregó—: Al teléfono.

Timbert se disculpó con los presentes y avanzó entre el semicírculo momentáneamente roto para permitirle el paso. Algunos lo siguieron con la mirada y otros intercambiaron comentarios. Mike en particular concentró su atención en Allison Gordon, aún alejada de la concurrencia. La mujer aprisionaba su bolso con fuerza; llevaba el cabello recogido y ni una gota de maquillaje. Por su aspecto dedujo que no había pasado una buena noche. Se saludaron a distancia; él alzó la palma de su mano con nerviosismo y ella asomó sus cinco dedos por encima de su bolso.

—Buenas noticias. —Alguien habló cerca de Mike y lo sobresaltó.

Al volverse se encontró con Timbert.

—Harrison ha conseguido la colaboración de un helicóptero de la policía estatal —dijo el policía hablándole casi al oído—. Cree que hoy por la tarde lo tendremos aquí.

—Es una excelente noticia. Me imagino que será más sencillo rastrear a Ben desde el aire.

—Ya lo creo que sí.

Timbert se encaminó otra vez hacia el mapa. Los presentes guardaron silencio mientras proseguía con la explicación. Con un dedo regordete, el policía recorrió una línea gruesa que partía de la ciudad en dirección este. Aquel camino, llamado Center Road y que todos conocían de sobra, dividía el bosque en dos franjas iguales. Center Road era un camino de tierra únicamente para uso peatonal que tenía unos veinte metros en su nacimiento y se estrechaba a medida que se internaba en el bosque.

—El primer grupo se encargará de cubrir esta zona. —Timbert barrió con su mano la porción de bosque sobre Center Road—. El segundo lo hará aquí. —Su mano descendió señalando la zona sur—. Avanzaremos lo suficiente por Center Road y luego cada grupo regresará desplazándose en dirección oeste hasta la ciudad.

—¿Cuánto es lo suficiente? —preguntó William Sanders.

—Creemos que hasta aquí será suficiente. —La mano de Timbert se detuvo aproximadamente a un kilómetro de la frontera. De esa manera los grupos podrán cubrir las respectivas zonas antes de que anochezca.

—¿El tercer grupo recorrerá la frontera? —Sanders formuló la pregunta como si supiera la respuesta.

—Así es. No lo hemos hecho antes, pero creemos conveniente hacerlo esta vez. Pondremos especial atención en cualquier indicio del paso de Ben. Es una de las razones por las que hemos preferido iniciar la búsqueda de día. Evitaremos pasar por alto cualquier rastro.

Otro policía se unió al grupo. Randy Cruegger, un hombre de unos treinta y cinco años del tamaño de una montaña, entregó a cada uno de los presentes una fotografía de Ben en blanco y negro. Se presentó y dijo que formaría parte de uno de los grupos. Luego se situó junto a Timbert mientras éste hacía sus últimos comentarios.

—Se les agradece a todos la colaboración —dijo—. Contamos con encontrar a Ben hoy. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué ropa llevaba el niño en el momento de marcharse? —preguntó Ethel Collins.

Timbert comprendió que había pasado por alto un aspecto importante. Consultó su libreta y dio la descripción de la ropa que Robert Green le había proporcionado el día anterior. Luego añadió que por lo menos una persona de cada grupo conocería a Ben.

No hubo más preguntas. Timbert se encargó junto a Randy Cruegger y Patty Dufresne de organizar los dos primeros grupos. Mike encabezaría el equipo de búsqueda número uno junto a la oficial Dufresne. La hermana Ethel y Allison Gordon se unieron a ellos.

El grupo número dos estaría encabezado por Sam Donovan y el oficial Cruegger. A ellos se unió William Sanders.

Los dos grupos salieron de la comisaría para ser transportados por vehículos policiales y particulares hacia el bosque. Esa mañana, el cielo era una película de nubes cenicientas y amenazadoras.

OceanofPDF.com

3

Robert decidió hacer una llamada a la redacción del *Carnival News* antes de salir. Habló con Liz de la marcha de dos o tres asuntos, pero la conversación derivó inmediatamente hacia la desaparición de Ben. Una de las líneas telefónicas de la redacción había sido incluida debajo de la fotografía publicada ese día, y Robert le repitió a

Liz que quería ser el primero en ser notificado de cualquier información que recibieran.

Rosalía, que constituía hasta el momento su única compañía, se acercó y recogió la taza vacía que tenía adelante y, sin hablar, regresó a la cocina. Robert la vio aparecer un segundo después a través del boquete entallado en la pared del comedor. Normalmente, la mujer le hubiera ofrecido más café, pero dadas las circunstancias Robert comprendió que lo hubiera olvidado.

—Rosalía —dijo él, alzando ligeramente el tono de voz para que ella pudiera oírla.

—Sí, señor.

El aspecto de la mujer no era el de siempre. Su cabello, para empezar, estaba despeinado y su rostro, desencajado, con los ojos demasiado abiertos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Robert.

Rosalía no respondió; depositó la taza sucia en el fregadero y comenzó a lavarla como si algo importante dependiera de ello. Robert se puso en pie

y se encaminó a la cocina. Permaneció de pie junto a la mujer sin saber bien qué decir.

—¿Quiere más café, señor?

—No, gracias…, y confíe en que esto va a terminar pronto.

Ella asintió.

Robert regresó al comedor. Quería hablar con Andrea antes de salir.

Confíe en que esto va a terminar pronto.

Repasó sus propias palabras. Esa mañana no se sentía tan confiado como la noche anterior, conversando con Mike en el porche. Había dormido apenas tres horas y las primeras luces del alba habían traído una incertidumbre asombrosa.

¿Dónde estaba Ben?

Se había hecho la pregunta unas mil veces. Si su hijo se había sentido molesto por la actitud de Danna, cosa que en efecto había ocurrido, ¿no era ya tiempo de regresar? La nueva idea que pujaba por asentarse en su cabeza era que algo le había ocurrido. Mientras deambulaba por la ciudad, quizás, o por el bosque…, algo fuera de sus planes había tenido lugar.

Algo malo.

Su móvil sonó. Se sintió agradecido por verse forzado a dejar de lado sus cavilaciones.

Era Harrison.

Hablaron apenas unos segundos. Ambos sabían que no era buena idea mantener la línea ocupada. Harrison le dijo que dispondrían de un helicóptero para esa tarde y que los dos grupos principales de búsqueda estaban de camino al bosque en ese momento. Robert le dijo, a su vez, que en unos minutos saldría para la comisaría para unirse al tercer grupo. Harrison explicó que había dispuesto todos los recursos de que era capaz para recuperar a Ben, y Robert se lo agradeció.

Dos minutos después, Andrea estaba en el comedor con él. Laura Harrison la había llevado a casa un rato antes. Robert advirtió que su hija tenía puesta la misma ropa que la noche anterior. Pensó que era lógico, teniendo en cuenta que había pasado la noche en casa de Linda, pero ahora

que la tenía delante comprendió que posiblemente no había dormido y lógicamente no se la había quitado.

—Harrison está muy preocupado —dijo Andrea—. Ayer habló por teléfono con Laura unas cuatro veces. Ella se disculpó por no colaborar en la búsqueda; no tenía manera de dejar a los niños con nadie…

—Ha sido muy considerado de su parte.

—Yo quiero colaborar —dijo Andrea de repente.

—Preferiría que colaboraras aquí. Serás de gran utilidad en casa. Recuerda que no debéis ocupar el teléfono más de lo necesario. No utilicéis la línea principal, sólo el móvil de tu madre. Comunicadme de inmediato cualquier llamada que os resulte extraña.

Andrea asintió.

—¿Tu madre se ha despertado? —preguntó Robert.

—Aún no.

—Comunícale lo que te he dicho.

—No te preocupes —lo interrumpió Andrea—. Procuraré que mamá coopere en todo lo que sea posible.

Robert sonrió. Cinco minutos después, salía de la casa.

OceanofPDF.com

4

Ben bebió tres buenos tragos de zumo de naranja, que acompañó con cinco galletas y una barrita de cereales entera. No tenía el hambre que lo había atenazado el día anterior, pero se dijo que debía comer si no quería desmayarse allí arriba. La idea era graciosa, pero no del todo. Permanecer en el desván era una estupidez; por momentos creía entender esto con claridad, pero a estas alturas era su única opción. No sabía por qué, pero así era.

Se encontraba recostado contra la pared trasera, con los ojos cerrados y las piernas abiertas en forma de V, cuando un sonido procedente del rincón a su izquierda lo sobresaltó. Abrió los ojos y aferró la linterna con ambas manos. Utilizó el envoltorio de las galletas para atenuar la luz de la lámpara, pero mientras procuraba sostenerlo delante, el sonido se repitió; esta vez con mayor intensidad. Era un siseo. Algo arrastrándose. Las manos le temblaron.

Movió la linterna en ambas direcciones.

No vio nada. Sólo la caja sellada y polvorienta.

Se disponía a apagar la linterna cuando el sonido volvió a repetirse, pero esta vez lo suficientemente fuerte como para hacer que diera un respingo. La linterna resbaló de sus manos. Ben no se movió, la linterna rodó un metro y permaneció apuntando en dirección al rincón… desde donde una rata de tamaño monstruoso lo observaba.

Ben nunca había visto en su vida una rata tan grande. Si es que eso es lo que era, desde luego. A esas alturas convenía mantener el abanico de posibilidades lo más abierto posible. El animal, que podría haber pasado por un gato de no ser por la cola delgada como una cuerda y el hocico afilado, caminó con lentitud en dirección a él. Los ojos de la rata, negros y brillantes por la luz que se reflejaba en ellos, estaban fijos en los suyos.

La luz la atrae, pensó Ben. *Debo…*

¿Apagar la linterna?

Claro, buena idea, así será más emocionante esperar a que Mickey te toque en la oscuridad con su hocico duro y frío.

Su única experiencia con una rata de tamaño considerable había tenido lugar un día de verano, antes de su séptimo cumpleaños. Ese día ayudaba al señor Spitteri con los trabajos de jardinería en la parte trasera de la casa. Utilizaba su carretilla de madera para trasladar tierra y ramas secas. El señor Spitteri era el jardinero de casi todas las casas de la zona y no parecía importarle que Ben le echara una mano. Era un hombre de unos sesenta y cinco años, de tez bronceada y bigote tupido bajo una nariz grande y unos ojos pequeños.

A pesar de haber vivido fuera de su Italia natal los últimos cuarenta años de su vida, el señor Spitteri no había perdido su acento. A Ben le resultaba gracioso oírle hablar, e incluso había aprendido algunas palabras que repetía cuantas veces podía hasta que descubría una nueva. La última era *cugino*. El señor Spitteri hablaba mucho de su *cugino;* al parecer era algo importante para él.

Ese día, el hombre recibió una llamada en la casa mientras hacía su trabajo. Cuando regresó al jardín trasero, anunció a Ben que debía marcharse; había surgido una emergencia en casa de la señora Eldridge, explicó. Ben no pudo evitar sentir cierta decepción, y mientras sostenía las asas de su carretilla de madera, le preguntó si tenía pensado regresar más tarde, pero él respondió que probablemente no lo haría. Quizás al día siguiente, le dijo mientras le revolvía el cabello.

La señora Eldridge vivía sola desde hacía quince años. Su marido le había dejado una casa enorme y una cuenta bancaria abultada, que

posibilitaban que sus únicas preocupaciones se circunscribieran a organizar sus reuniones de lectura y los quehaceres domésticos.

Tenía dos hijos, pero ambos vivían lejos, probablemente para visitar a su madre lo menos posible valiéndose de una excusa sólida.

Días atrás había llamado por teléfono al señor Spitteri para pedirle que se presentara en su casa en forma urgente. Eran pasadas las siete y había anochecido, pero el señor Spitteri prefirió no hacer preguntas. Sabía que debería ir a casa de la señora Eldridge de una manera u otra, porque, cuando algo se le metía en la cabeza, la mujer siempre se salía con la suya.

Se presentó en su furgoneta media hora después, y la encontró en la puerta de la calle. Cuando se acercó, ella lo recibió con el rostro compungido de alguien que acaba de recibir una pésima noticia y lo condujo a través de la casa hasta el jardín trasero. En el porche había una mecedora con una manta y, en la mesa junto a ésta, un libro y un vaso de té por la mitad.

La señora Eldridge, a quien sus amigas del club de lectura llamaban Eldy, explicó que había estado leyendo allí mismo esa tarde, sentada en su mecedora. Se trataba de *Carolina Moon*, de Nora Roberts, señaló, como si hiciera falta. Mientras el señor Spitteri la observaba en silencio, pensando que en ese momento debía estar en su casa con Deb, y no allí, advirtió que la mujer buscaba la forma de decirle algo que la incomodaba, pero no encontraba modo de hacerlo.

Diez minutos después la mujer logró completar la historia. Había estado leyendo durante media hora, cuando sintió que refrescaba y decidió ir en busca de un pantalón abrigado y una manta para cubrirse. El señor Spitteri advirtió que la mujer no llevaba puestos pantalones, pero no tardaría en conocer la razón. La cuestión es que al poco tiempo de retomar la lectura, el sueño se apoderó de Eldy. No era algo extraño que decidiera descansar la vista un momento, aclaró.

Cuando despertó, lo hizo con una sacudida. Algo se había introducido por su pantalón. *Una rata,* dijo como si se tratara de una palabra prohibida. Estaba segura de que había sido una rata. Antes de que el señor Spitteri tuviera oportunidad de preguntárselo, aclaró que no había podido verla,

pero sí la sintió. La rata trepó por su pierna, y cuando ella despertó y se puso en pie con un grito, el animal no salió inmediatamente. La señora Eldridge no pudo hacer más que cerrar los ojos y gritar, mientras sacudía las manos y daba saltos en el lugar. Si alguien la hubiera observado en aquel momento, habría pensado que la mujer había perdido definitivamente la chaveta.

La rata debió de ser realmente grande, aseguró la señora Eldridge, porque no le fue sencillo dar media vuelta y escapar. Mientras hablaba, sus manos temblaban y sus ojos se humedecieron. Antes de llamar a Spitteri, se había quitado el pantalón (que no volvería a usar en su vida, por cierto) y se había dado una ducha prolongada. Nunca olvidaría la sensación de aquel animal peludo sujeto a su pierna. Nunca.

Cuando el señor Spitteri empezaba a preguntarse qué era exactamente lo que la mujer pretendía de él, ella se lo dijo: debía atrapar a la maldita rata. Si tal cosa no ocurría, ella no podría vivir en paz en su casa. Había que capturarla a cualquier precio.

Tras varios minutos, el señor Spitteri logró explicarle a la exaltada Eldy que no había nada que él pudiera hacer esa noche, pero que a primera hora del día siguiente colocaría algunas trampas y un poco de veneno. Al principio el plan no pareció lo que la mujer esperaba, pero al poco rato se convenció de que ciertamente no había mucho que hacer en ese momento.

Tres días después, el señor Spitteri recibió la llamada de la señora Eldridge. *Habían* atrapado a la rata, explicó la mujer en tono triunfal. No se había acercado demasiado, pero la había visto perfectamente en una de las trampas (las cuales revisaba rigurosamente cada mañana). Se trataba de la rata que se había introducido en su pantalón; estaba *absolutamente* segura de ello. Y era realmente grande, aclaró.

—¿Puedo ir con usted? —preguntó Ben. Seguía aferrando las agarraderas de la carretilla de madera—. Nunca he visto una rata de las grandes.

El señor Spitteri dijo que no veía inconveniente, siempre y cuando le pidiera permiso a su madre y ella accediera.

Media hora después, la furgoneta del señor Spitteri entraba de nuevo en el camino privado de la señora Eldridge, y de nuevo ella lo esperaba de pie en la puerta de la calle. Cuando vio al niño que descendía por el lado del acompañante, lo observó con desaprobación, pero al poco tiempo se olvidó de él. Les dijo que los guiaría hasta la trampa en la que había visto a la rata, pero el señor Spitteri lo pensó un segundo y le dijo que no hacía falta. *Tante grazie*. Él las revisaría todas y haría desaparecer a la rata. Ella no tenía de qué preocuparse.

El señor Spitteri había colocado dos tipos de trampas. Las de resorte, que eran para ratas pequeñas, y las jaulas, para las de mayor tamaño. Las primeras mataban al animal, pero las segundas lo mantenían vivo. Si la señora Eldridge estaba en lo cierto y la rata era de tamaño considerable, entonces cabía esperar que estuviera en una de las jaulas, y en tal caso habría que matarla. El señor Spitteri no quería que la mujer estuviera cerca cuando tuviera que hacerlo. Ahora que lo pensaba, tampoco era buena idea que Ben estuviera allí, pero ya era demasiado tarde para ello.

Recorrieron las trampas una a una y, en efecto, encontraron la rata en una de las jaulas. La señora Eldridge había tenido razón en una cosa. La rata era de las grandes.

Ben nunca había visto una jaula de captura como aquélla. Era un cubo de malla de acero, con una portezuela en uno de los extremos accionada por muelles. Un pequeño brazo metálico mantenía la portezuela abierta, mientras en el otro extremo se colocaba un trozo de queso. Cuando la rata intentaba comer el trozo de queso, bastaba un mínimo movimiento del brazo metálico para que la portezuela se cerrara. El animal, en consecuencia, permanecía en el interior de la jaula. Vivo.

El señor Spitteri agarró la jaula con cuidado y la colocó sobre una parte de suelo embaldosado. Dijo a Ben que volvería en un momento y él asintió, aunque apenas escuchó lo que le decían. Se arrodilló frente a la jaula y observó al animal. Debía de medir por lo menos unos veinte centímetros, y tenía el pelaje gris oscuro. Si bien era probable que el animal estuviera más asustado que él, a Ben le pareció todo lo contrario. La rata lo observaba con mirada desafiante. No se sacudió ni hizo intento alguno por escapar.

Seguramente lo había intentado antes, y para ese entonces habría llegado a la conclusión de que no había nada que pudiera hacer para salir de allí (al menos en ese momento). Ben recordaba haberse sentido agradecido de la existencia de la jaula, porque lo que la rata le dijo con la mirada en ese momento fue muy claro: *Agradece que no puedo lanzarme sobre ti, niño desgraciado.*

—¿Por qué no se mueve? —preguntó Ben.

El señor Spitteri lo observó un segundo. Advirtió de inmediato en los ojos del niño que la rata lo había asustado bastante.

—Supongo que sabe que no podrá escapar. Las ratas son animales inteligentes. Aunque ésta no debe de serlo tanto, porque normalmente no se acercan a las personas.

—¿Va a matarla?

—Debo hacerlo. Si no las exterminamos, se reproducen como conejos, créeme. Transmiten enfermedades peligrosas.

—Sí, me lo han enseñado en la escuela.

Ben estaba de pie a una prudencial distancia de dos metros de la jaula. Mientras hablaba no quitó la vista de la rata.

—No tienes que mirar cuando la mate. No es necesario.

—¿Cómo va a matarla?

En ese momento, por alguna razón, la rata se movió y Ben dio un respingo y retrocedió dos pasos. Alzó la vista para observar al señor Spitteri y sonrió con nerviosismo, pero un segundo después volvió la vista al animal.

—Voy a ahogarla —explicó el señor Spitteri—. Pero debe ser un secreto entre nosotros. La señora Eldridge no debe saberlo.

Ben asintió.

El señor Spitteri aferró la jaula con unos guantes gruesos y le pidió a Ben que lo siguiera. Ambos caminaron en dirección a un cobertizo ubicado en el fondo de la propiedad. Cuando entraron, el señor Spitteri depositó la jaula en el suelo y encendió la única bombilla que colgaba de una de las vigas de madera. Junto a la puerta había una pila para lavar la ropa que parecía fuera de uso, llena de agua hasta las tres cuartas partes.

—Aquí es donde la señora Eldridge guarda los aperos que utilizo para cuidar su jardín —explicó el señor Spitteri—. Ella no suele venir por aquí muy a menudo.

Guardaron silencio. El único sonido audible era el chorro de agua al llenar la pila. Ben se permitió echar un vistazo rápido a aquel lugar y, en efecto, vio una buena cantidad de utensilios de jardinería. Había palas, rastrillos, una máquina cortadora con depósito en la parte trasera y bolsas con fertilizantes. Ben estaba familiarizado con todas esas cosas.

El señor Spitteri cerró el grifo.

—Con esto será suficiente —anunció.

A continuación volvió a agarrar la jaula y la sostuvo sobre el agua acumulada. El animal debió de advertir lo que se avecinaba, porque ahora sí comenzó a moverse de un lado a otro. Ben observó con los ojos muy abiertos cómo la jaula se sacudía, a pesar de que el señor Spitteri la sujetaba con fuerza.

Ben no tenía idea de lo que ocurriría a continuación. O mejor dicho, de cómo ocurriría. La verdad es que ni siquiera se había puesto a pensarlo. Cuando el señor Spitteri sumergió la jaula con un movimiento rápido, la rata comenzó a sacudirse con vehemencia, pero también soltó una serie de chillidos aterradores… como los de un niño recién nacido.

El señor Spitteri era una figura gigantesca vuelta de espaldas. Ben sabía que el hombre no podía verlo, de manera que no dudó en taparse los oídos con las manos. Nunca imaginó que una rata podía proferir aquellos chillidos, y ciertamente soñaría con ellos más tarde, no tenía dudas al respecto. El espectáculo duró al menos dos minutos. Los chillidos se apagaron antes que eso, pero seguramente el señor Spitteri no quería correr riesgos. Cuando finalmente extrajo la jaula del agua, la rata era un trozo de carne inanimado y húmedo. Ben ya no se tapaba los oídos con las manos, pero sus ojos estaban abiertos como platos.

—*Finito* —dijo el señor Spitteri.

Ben se deshizo de sus recuerdos sacudiendo la cabeza.

La rata del desván era como aquélla, salvo que su tamaño era el doble.

El descomunal animal se detuvo a dos metros y lo observó con fijeza. Ben sintió el peso de aquellos ojos similares a dos perlas negras clavados en los suyos. A diferencia de la mirada de la rata atrapada por el señor Spitteri, que había sido desafiante y resentida, la de la rata del desván era… *¿inteligente?*

No supo cuánto tiempo permaneció en la misma posición, temblando, sin poder moverse. La cola de la rata formaba una S viboreante, pero su cuerpo no se movía en absoluto. Ben observó con horror que la cola rosada de la rata era en su nacimiento del grosor de una salchicha de cerdo.

Finalmente, el animal se movió. Ben se sobresaltó hasta el punto de que un chorro caliente de orina se derramó por su entrepierna. Tan pronto como fue consciente del desafortunado accidente, procuró detener la orina y lo logró, pero no antes de que se escapara lo suficiente para teñir de amarillo su calzoncillo blanco. La rata dio media vuelta, probablemente satisfecha, y se encaminó hacia el acceso al desván. Ben se inclinó y aferró la linterna valiéndose de un movimiento rápido. El animal se desplazó con pesadez, basculando y tomándose el tiempo necesario antes de dar cada paso. La cola rosada siguió a la rata como una víbora obediente. Avanzó hasta la zona sobre el baño y luego se detuvo; y aunque Ben no podía advertirlo desde su posición, estaba seguro de que la expresión del animal conservaba la misma mirada fría de hacía un momento.

Está vigilando la entrada…

Ben comprendió el peligro que corría, e inmediatamente supo que lo mejor sería sumergirse en las profundidades. Las profundidades eran seguras.

OceanofPDF.com

5

Los voluntarios avanzaron en vehículos por Center Road hasta que el camino se hizo lo suficientemente estrecho como para que fuera imposible continuar. A partir de allí prosiguieron a pie. A las nueve y media se habían internado lo suficiente como para subdividirse. Se reunieron en un claro en el que formaron un círculo y muchos se sentaron a descansar. Todos sabían que el avance a través del bosque sería mucho más lento y dificultoso a partir de allí. En lo sucesivo, cada grupo marcharía en forma perpendicular a Center Road en sentido norte y sur respectivamente. Luego regresarían a Carnival Falls, desplazándose en dirección oeste.

Después de diez minutos de descanso, el grupo número uno partió hacia Lovell Road, al norte. Patty Dufresne encabezaba la comitiva, seguida por la hermana Ethel. Mike iba detrás de un hombre al que no conocía, cuyo nombre era Greg o Craig, que tenía el aspecto de un leñador capaz de tronchar un árbol con los puños. Allison caminaba junto a Mike, en silencio. Cerraba la marcha George Bennigans, el segundo policía a cargo.

Transcurrida media hora de avance hacia el norte, Greg o Craig tomó la iniciativa de llamar a Ben a viva voz. Y no es que esto no resultara sumamente útil —de hecho, lo era—, pero la falta de armonía en sus alaridos y el intervalo reducido de tiempo entre cada uno de ellos era capaz de crispar los nervios de cualquiera. Se detuvieron cuando el sendero se estrechó lo suficiente para dificultar el avance.

—Debemos internarnos en el bosque y regresar hacia la ciudad —dijo George Bennigans—. Hemos hecho un buen tiempo, pero volver por el bosque no será tan fácil como caminar por el sendero.

—¿No sería más conveniente separarnos? —preguntó Mike—. Podríamos recorrer la zona formando más de un frente.

Bennigans permaneció pensativo. Patty Dufresne negaba con la cabeza.

—Será sencillo guiarse —apoyó Greg o Craig—. Tendremos el sol sobre nuestras cabezas dentro de una hora; después será cuestión de seguirlo hasta la ciudad en dirección oeste.

Bennigans finalmente se mostró de acuerdo. Se dividirían en tres grupos.

Los subgrupos se conformaron casi instantáneamente. Patty Dufresne y George Bennigans encabezaron dos de ellos y Mike el tercero. Ethel Collins asió del brazo a un muchacho desgarbado y granujiento, que resultó llamarse Gary, y lo arrastró hacia donde estaba Mike. Allison se unió a ellos.

Bennigans hizo algunos comentarios rápidos y los tres grupos partieron en dirección oeste hacia Carnival Falls. Mike se sintió aliviado de librarse de los alaridos de Greg o Craig, aunque al principio siguió escuchándolos a distancia.

El avance a partir de ese momento se volvió más dificultoso, como había presagiado Bennigans. Ethel, que llevaba unos pantalones de franela, demostró suma destreza para esquivar la maleza, sortear los troncos caídos y zigzaguear entre las rocas que encontraban. La mujer explicó que en la iglesia habían montado un minigimnasio y que lo utilizaba a menudo para mantenerse en forma. Esto hizo que Mike riera y que Ethel no pudiera evitar sonrojarse.

El Vaticano está bañado en oro, hermana; no se avergüence por un par de aparatos de gimnasia.

Avanzaron durante más de dos horas. El calor no era de los más terribles de esa temporada, probablemente porque el sol estaba oculto tras una capa fina de nubes, pero aun así era intenso. Gary y Mike fueron los encargados de vocear el nombre de Ben alternativamente. Se cruzaron con mapaches,

una serpiente, infinidad de aves y sobre todo, insectos. Pero no con Ben Green.

Ni siquiera una pisada, o restos de comida. Nada.

A las dos de la tarde se detuvieron para almorzar y descansar las piernas. Cada uno llevaba una pequeña ración de alimentos, pero fue Gary quien los sorprendió al extraer de su mochila bocadillos suficientes para abastecer a un ejército durante una semana. No sin sonrojarse, el joven explicó que su madre se los había preparado especialmente la noche anterior. Le había dicho que más de uno no tendría tiempo de preparar su propia comida y que él debería compartirlos. Además, concluyó Gary, los bocadillos de tocino y atún eran la especialidad de la señora Samuelson.

Ni Ethel ni Mike resistieron la tentación y probaron los bocadillos. Ciertamente eran buenos. Allison se mantuvo al margen y apenas dio cuenta de un único trozo de pastel que había llevado dentro de su bolso. Lo comió en silencio, recostada contra el tronco de un álamo, con la mirada extraviada. Evidentemente, la mujer no estaba bien, y Mike se dijo que buscaría la manera de hablar a solas con ella.

Poco tiempo después de reanudar la marcha, Ethel, que además de disponer de un minigimnasio en la iglesia era una mujer inteligente, entabló una conversación con Gary y se adelantó, arrastrando literalmente al joven consigo. Mike supo que la mujer lo había hecho de forma deliberada y procuró a su vez disminuir la marcha. En un momento tanto él como Allison se hallaron lo suficientemente alejados del resto como para hablar sin ser oídos.

—Todo esto resulta difícil de creer —ensayó Mike para iniciar conversación.

Ella asintió.

—Mi hijo, Tom, no lo está sobrellevando bien. Yo misma tengo un mal presentimiento y siento que no estoy manejando las cosas como corresponde.

—Ha sido buena idea colaborar en la búsqueda. Te sentirás útil, y de hecho lo eres.

—Gracias. —Por primera vez Allison alzó la vista y miró a Mike con una sonrisa—. Creo que podrían arreglárselas muy bien sin mí. —Esta vez levantó la barbilla señalando hacia delante. Las llamadas de Ethel eran suficientemente poderosas para que pudieran oírlas con suma claridad.

Se toparon con un arroyo pequeño. Se detuvieron en la orilla, donde crecían helechos verdes y fibrosos, y miraron al otro lado. No había rastro de Ethel ni de Gary.

El arroyo tenía tan sólo unos treinta o cuarenta centímetros de profundidad, pero desde luego era preferible atravesarlo pisando sobre las rocas que emergían aquí y allá antes que meterse dentro del agua. Mike avanzó hasta la mitad verificando cada roca antes de colocar todo su peso sobre ellas. Manteniendo el equilibrio con las piernas abiertas, tendió la mano hacia Allison, que la observó vacilante antes de aferrarse a ella. La mujer avanzó buscando el apoyo firme de una roca para su pie izquierdo, y cuando lo encontró, hizo lo propio con el derecho, siempre sujetándose con fuerza a Mike. Llegó al centro del curso de agua sin dificultad; sabía que si resbalaba podía sufrir una caída peligrosa. Mientras pensaba en eso, una roca puntiaguda cedió de repente ante su peso e hizo que instintivamente doblara su cuerpo en dos, agitando su brazo libre en un intento por recobrar el equilibrio. Mike tiró de ella y la atrajo hacia sí, y con eso fue suficiente para estabilizarla.

Allison vestía una blusa roja ajustada. En su fallida caída, la blusa se elevó lo suficiente para dejar al descubierto la parte baja de la espalda. Mientras Mike se concentraba en lograr que ella recobrara el equilibrio, advirtió el modo en que aquella parte de su cuerpo quedaba al descubierto. Una tira de piel suave y tersa.

Allison alcanzó la orilla opuesta y él la siguió, recorriendo la mitad del arroyo en dos grandes zancadas.

Una tira de piel suave y tersa.

—Supongo que no ha sido como cruzar el océano a nado, pero algo es algo —dijo ella, alzando los hombros y arrugando la nariz.

—Ha sido un trabajo en equipo.

Ambos se percataron de que aún seguían agarrados de la mano, y se apresuraron a soltarse.

Siguieron avanzando unos minutos hasta alcanzar a Ethel y Gary. Éste yacía recostado contra el tronco inclinado de un árbol. La mujer estaba de pie, con la vista fija en ellos. Cabría suponer que podría estar enfadada por el retraso de sus compañeros de búsqueda, pero bastaba escrutar su mirada para saber que no era así.

—¿Qué ocurre? —Mike avanzó un paso.

La mujer no respondió, pero advirtieron que su mirada no estaba puesta exactamente en ellos, sino *sobre* ellos.

Mike y Allison se volvieron.

Por encima de las copas recortadas de los árboles, una franja negra perfectamente delimitada señalaba el preludio de una tormenta.

Allison suspiró.

No contaban con ropa apropiada para la lluvia. El sol dejaría de prestarles ayuda y el avance se volvería todavía más dificultoso.

—Debimos prever que algo así podía suceder —dijo Ethel.

—No creo que tengamos dificultades en avanzar en la dirección correcta —se apresuró a decir Mike.

—Quizás las nubes se retiren —aventuró Gary.

Pero los acontecimientos no tardaron en contradecirlo. El frente de nubes oscuras avanzó a una velocidad arrasadora. Las primeras gotas cayeron pesadas, precipitándose en caída libre sobre las hojas de los árboles, inclinándolas bajo su peso. El golpeteo sobre la vegetación fue creciendo hasta que se transformó en música constante.

En poco tiempo una copiosa lluvia arreciaba sobre Carnival Falls.

OceanofPDF.com

6

Desde el inicio de aquella lluvia torrencial, Andrea permaneció en una de las sillas del comedor, mirando Warner Channel y comiendo palomitas de maíz para microondas. De no ser por el hecho de que Ben estaba allí fuera, perdido y probablemente asustado, la tarde hubiese resultado ideal para disfrutar de una película; quizás una de suspense, por las que Andrea sentía especial predilección.

Su afición por el género era reciente. Se había iniciado el año anterior, cuando había ido con Linda al cine a ver *Seven*, motivadas únicamente por el hecho de que Brad Pitt tenía uno de los papeles protagonistas. Linda se había autoproclamado *locaporBradPitt* desde que lo había visto por primera vez en *Leyendas de pasión*, y desde entonces no habían dejado de ver ninguna de sus películas. Las paredes de su habitación se habían convertido en un muestrario de rostros del señor Pitt; había pósteres para todos los gustos, y no había quedado un solo centímetro de empapelado sin cubrir. Linda decía que dormirse observando aquellos rostros sonrientes era la mejor manera de terminar el día.

Seven se convirtió en una experiencia que ninguna de las dos olvidaría. Tan pronto como empezó la película, Linda lideró los suspiros y comentarios que fueron secundados por buena parte del público femenino. Sin embargo, a medida que transcurrieron los minutos, la película fue apoderándose paulatinamente de ellas y en poco tiempo olvidaron al bueno de Brad. Imágenes potentes, trama vertiginosa; Andrea y Linda pasaron dos

horas aferradas con fuerza a los apoyabrazos, lanzando chillidos y cerrando los ojos ocasionalmente.

A partir de ese momento pusieron en práctica las *noches de vídeo*. Todos los viernes se reunían en casa de Linda (la única que tenía televisión en su propia habitación) y alquilaban una o dos películas. Al principio fueron las de suspense, que en poco tiempo dieron paso a las de terror. En rigor, las películas de terror eran en su mayoría una porquería; hubo incluso algunas que lejos de asustarlas les provocaron un buen ataque de risa.

Las reglas generales en las *noches de vídeo* eran claras: debían ponerse sus camisones, pero no les estaba permitido acostarse. Las luces tenían que permanecer apagadas y cada una debía sentarse en el centro de su cama. Disponían de dos recipientes con palomitas para microondas y cuatro latas de Pepsi, que previamente habrían colocado sobre la mesilla de noche. Levantarse a mear era considerado una falta grave y un signo de cobardía que convertía a la perpetradora en merecedora de un lanzamiento de almohadas.

Otra de las reglas era no gritar, pero jamás lograban cumplirla. La propia señora Harrison, al despedirse de ellas y pedirles que guardaran silencio, lo hacía con la expresión de quien no cree una sola palabra de lo que está diciendo. Alguien dijo alguna vez que no hay película capaz de asustar a aquel que no quiere ser asustado. Y así funcionaba para ellas. Sólo que Andrea y Linda sí querían ser asustadas.

Las primeras noches corrieron por cuenta de Freddy. *Pesadilla en Elm Street* las sorprendió en su primera entrega con un joven

Johnny Depp y una historia ciertamente terrorífica. Las siguientes no fueron gran cosa; en especial la segunda, en la que un Freddy poco amenazador se dedicaba a perseguir adolescentes en medio de fiestas nocturnas. Luego vinieron Jason, Mike Myers, Pinhead… y todo el séquito de asesinos en serie con la habilidad de resucitar.

Cuando los hombres de máscaras blanquecinas se acabaron, Andrea y Linda tenían una buena cantidad de gritos en su haber y una idea equivocada en la cabeza. Habían visto a muchachas como ellas perseguidas a través de bosques, casonas deshabitadas, desguaces de coches y tantos

otros lugares, y habían aprendido a pensar como ellas. Las historias de asesinos de mirada torva se estaban volviendo previsibles, pero así eran las películas de terror, ¿no es cierto?

Una noche fría de enero descubrieron que no.

Ese día tomaban cereales en la cocina, mientras analizaban qué película verían por la noche. No tenían nada en mente, y Andrea sabía que si no encontraban algo pronto, probablemente Linda querría volver a ver *Thelma & Louise*, *Entrevista con el vampiro* o alguna otra de su novio hollywoodense.

Afortunadamente, Laura Harrison estaba en ese momento en la cocina con ellas, y fue a Andrea a quien se le ocurrió preguntarle cuál había sido la película de terror que más la había asustado…, a lo que Laura respondió de inmediato que había sido *El exorcista*, sin duda alguna.

Esa noche se animaron con la historia de Regan, y la experiencia resultó realmente aterradora. La atmósfera de la película fue, para empezar, sumamente diferente a lo que estaban acostumbradas a ver. De ritmo lento, la película introdujo una serie de elementos que las tomaron por sorpresa. El personaje diabólico, sin ir más lejos, era una niña, y la contrapartida era un sacerdote de mirada vulnerable. No era de esperar persecuciones apoteósicas, ni hachas desmembrando cuerpos, ni chorros de sangre semejantes a las aguas danzantes de Disney World.

Aquella noche se permitieron meterse cada una en su cama y mirar el resto de la película con las mantas a la altura de la barbilla.

—¿Vas a contestar?

Andrea dio un respingo. Estuvo a punto de lanzar el recipiente de palomitas por el aire. Su madre la observaba desde el umbral de la puerta, empapada de pies a cabeza. Hacía una hora que Danna había ido a casa de la familia Sbarge, donde había tenido lugar la fiesta a la que Ben había asistido la noche antes de marcharse.

—Espero que no haya sido así durante mi ausencia. —Danna tenía la vista puesta en el teléfono, que seguía sonando con estridencia.

Andrea se apresuró a descolgar. Había estado abstraída pensando en… ¿películas de terror? ¿Y si su hermano llamaba en ese instante?

—¿Hola? —dijo, y permaneció en silencio. Luego siguió hablando en un tono bajo—. No es el momento. No puedo mantener la línea ocupada…, no, no hay novedades. —Una pausa—. Está bien, yo también. Sí, hablamos luego. Adiós.

Andrea interrumpió la comunicación.

—¿Quién era? —Danna fingió desinterés.

—Matt —respondió Andrea, sabiendo que no tenía sentido ocultárselo a su madre.

Ella lo habría sabido de todos modos.

Danna no sabía *formalmente* lo de Matt, pero había visto al muchacho esperando a su hija delante de la casa más de una vez. Tenían una conversación pendiente al respecto, pero aún no se habían dado las condiciones apropiadas para mantenerla. Andrea se había ocupado de eludir el tema cuando permanecían a solas, y hasta el momento había dado resultado. Danna estaba esperando ansiosa el momento de abordar el tema. Había unas cuantas cosas que su hija debía saber en cuanto a la familia Gerritsen y ella se encargaría de decírselas, claro. No podía esperarse nada bueno de alguien criado en un hogar donde la infidelidad parecía estar a la orden del día. Todos en Carnival Falls conocían de las andanzas de Ted Gerritsen el exitoso abogado cuyo pasatiempo parecía ser pasearse con desparpajo con su secretaria de turno. De alguna manera la falta de discreción era lo peor; faltaba únicamente organizar la Fiesta Estatal de la Infidelidad y presentar al bueno de Ted como el invitado de honor y pasearlo sobre una carroza en forma de sirena con su séquito de secretarias de plástico. Resultaba inaudito que Diana Gerritsen no hubiera tomado cartas en el asunto, pero parecía ser que su coche último modelo y algún que otro beneficio adicional eran suficientes para hacer que resultara más sencillo mirar hacia otro lado. Claro que Danna tenía su propia teoría al respecto —conocía a la mujer—. Los Gerritsen vivían a pocas casas de distancia y en más de una ocasión incluso había hablado con ella. Danna creía que era aficionada a la bebida; suponía que ésa era la única explicación posible para esa mirada turbia y aquella cadencia insoportable cuando hablaba. Alcohol o tranquilizantes. Danna no creía que hubiera otra

opción. Más de una vez había sentido la necesidad de sacudirla, de gritarle a la cara que le sacara al hijo de puta de su marido el cincuenta por ciento que le correspondía y lo mandara a la mierda; a él y a sus clones de Pamela Anderson. Pero había resistido el impulso. A Danna no le interesaba mayormente Diana Gerritsen, ni Ted, ni mucho menos su hijo Matt.

—¿Mamá, puedes hacerte cargo del teléfono, por favor?

Silencio.

—¡Mamá! ¿Puedes hacerte cargo del teléfono, por favor? Tengo que ir al baño.

—No me alces la voz. Claro que puedo. Y no anuncies cuando vas al baño.

Andrea supo que no tenía sentido discutir. Caminó por el pasillo, feliz ante la perspectiva de dejar atrás a su madre. Había advertido en su mirada que pensaba en la charla que tenían pendiente acerca de Matt, y éste era el momento menos indicado para semejante cosa. Andrea sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a las preguntas de Danna, pero hoy la prioridad era Ben. No podían permitirse distraerse de eso.

Linda solía decir que no es posible oler dos pedos al mismo tiempo.

Y tenía razón.

Andrea se sentó en el retrete y sin el menor esfuerzo hizo que un chorro abundante de orina sacudiera el agua acumulada en el fondo. Dejó que su cabeza cayera hacia atrás e intentó poner la mente en blanco.

Paseó la vista por el techo…

OceanofPDF.com

7

El tercer grupo de búsqueda, liderado por Robert, había sido más precavido que los otros dos. Contaba con vestimenta adecuada para enfrentarse a la lluvia, y hacia las siete y media se encontraba a media hora de Lovell Road, el final de la zona de búsqueda. Robert se había mantenido en permanente contacto telefónico con Harrison, pero los resultados hasta el momento habían sido desalentadores.

Cuando sonó su móvil, identificó el número de la redacción en la pantalla. Era la primera llamada que recibía por parte de Liz y ello le dio un atisbo de esperanza.

—Ha llamado un tal… Bruce Brunell —dijo su secretaria sin rodeos—. Su hijo encontró la bicicleta de Ben cerca de la vieja planta de distribución de agua.

—La bicicleta es…

—Lo he verificado. La descripción coincide. Brunell mencionó el emblema de los Yankees en el frente.

—Liz, ¿has hablado con Harrison? ¿Has hablado con alguien?

—No.

—Está bien, yo me encargo. ¿Tienes el teléfono de Brunell?

Liz lo recitó. Robert se lo agradeció e interrumpió la comunicación. Marcó el número privado de Harrison. El comisario respondió al instante. Robert le explicó la situación y Harrison dijo que él mismo saldría de

inmediato hacia la planta de distribución. Le pidió el teléfono de Brunell y Robert lo repitió de memoria.

Mientras hablaba con el comisario, el resto de los integrantes del grupo de búsqueda habían formado un círculo a su alrededor. Cuando interrumpió la comunicación, lo palmearon, ofreciéndole frases de apoyo. No habían encontrado a Ben, pero tenían *algo* que podía llevarlos rápidamente a él.

Vagamente, Robert se preguntó por qué Ben habría elegido ir a la vieja planta de agua y, tras pensarlo un momento, la respuesta que lo asaltó fue sumamente simple. Ben lo había hecho deliberadamente; sabía que la búsqueda tendría lugar en el bosque y no allí.

El razonamiento lo dejó satisfecho, pero aun así la pregunta siguió reverberando dentro de su cabeza.

¿Por qué, Ben?

¿Por qué?

Antes de reanudar la marcha, llamó a Mike y lo puso al corriente de la novedad.

OceanofPDF.com

8

La planta de distribución de agua de Union Lake había quedado fuera de servicio a mediados de los años setenta. Fue el inicio de un proceso de recuperación del lago destinado a convertirlo en un espacio para uso recreativo, construir paseos y zonas verdes para pasar el día. En poco tiempo, el sitio fue nuevamente testigo de la visita de pescadores y embarcaciones pequeñas. Pero el viejo edificio de distribución permaneció allí, a la orilla del brazo sur del lago, erguido en la parte más alta de una colina, como un castillo grotesco y mal mantenido.

Harrison llegó al lugar en su coche particular. Detrás de él aparcaron dos coches patrulla. Dean Timbert descendió de uno de ellos y se unió a él. Los hombres se observaron sin decir nada mientras echaban un vistazo a su alrededor. Desde donde estaban era posible apreciar Union Lake extendiéndose hacia el norte y la carretera 16 al oeste. La lluvia copiosa se había transformado en una débil llovizna que el viento sacudía a voluntad.

Harrison intentó comunicarse por radio con John McDarrel, el oficial que se reuniría con Bruce Brunell, el padre del niño que había hallado la bicicleta, pero no obtuvo respuesta.

Timbert observaba al comisario. El parecido notable entre Harrison y Brian Dennehy (aquel actor que paradójicamente había desempeñado más de una vez el papel de policía) era tal, que incluso el propio Harrison lo había reconocido alguna vez. Cuando alguien se lo hacía notar, con brillo de astucia en los ojos, Harrison simplemente se limitaba a asentir con una

sonrisa forzada. «Si pudiera recibir un centavo por cada vez que me han dicho que me parezco a ese tipo, sería millonario». Timbert había creído oír que ciertos amigos personales llamaban al comisario simplemente Brian, pero quién sabe. A nadie en la comisaría se le ocurriría hacer semejante cosa.

McDarrel respondió, finalmente.

—Voy de camino en este momento —dijo—. Brunell está conmigo.

—Excelente. ¿En cuánto tiempo estarás aquí, John?

—Cinco minutos.

—Perfecto.

Harrison interrumpió la comunicación.

—Buscábamos en la zona equivocada —reflexionó Timbert.

Harrison asintió.

Ian Sommer, el miembro más joven y el último en incorporarse al equipo, se apeó del segundo coche patrulla y se acercó. El muchacho, despierto y centrado para sus veinticinco años, le preguntó a Harrison si tenía algo en mente.

—Esperaremos a John para entrar en el edificio —contestó.

Timbert y Sommer asintieron.

Tres minutos más tarde, John McDarrel arremetió por el camino de acceso y estuvo a punto de llevarse por delante los coches que lo bloqueaban. Detuvo el motor y se apeó.

—Creí que estaríais más cerca del edificio —se disculpó por su entrada intempestiva.

Un hombre pálido esperaba en el asiento del acompañante; un niño ocupaba el centro de la parte trasera. McDarrel les pidió que se apearan y que se acercaran. Ellos lo hicieron. El hombre pálido era Bruce Brunell, y el niño, su hijo Michael.

Harrison les agradeció la colaboración.

La planta de distribución estaba emplazada en un terreno de aproximadamente tres hectáreas. Harrison la había conocido en otro momento, cuando la entrada estaba bordeada de parterres y el césped bien cuidado. Su estado actual no dejó de sorprenderlo. El municipio tenía el

serio propósito de demoler el lugar y reciclarlo, quizás con la idea de construir un mirador o algo por el estilo, pero hacía tiempo que nadie cuidaba de él. En los últimos años se había transformado en un sitio peligroso, y Harrison se preguntó qué haría Michael Brunell solo en un sitio como ése cuando encontró la bicicleta.

La misma pregunta referida a Ben le resultó aún más inquietante.

Los seis atravesaron el acceso a la propiedad, que constaba ahora de una única hoja de hierro desvencijada. Había dejado de llover, pero el terreno estaba anegado. Michael Brunell encabezaba el grupo, avanzando por un camino irregular, ahora de lodo.

A unos treinta metros, el niño se desvió de repente hacia la izquierda, internándose entre árboles torcidos en lo que ni siquiera llegaba a ser un sendero. Los cinco hombres se miraron y lo siguieron sin decir nada. Caminaron durante casi dos minutos. Harrison, el más alto de los hombres, tuvo que apartar algunas ramas que amenazaban con chocar con su cabeza, y al hacerlo una llovizna cayó sobre él.

Michael los guió hasta un claro donde yacía tumbado un tronco enorme. Apoyada sobre él descansaba una bicicleta Ranger. En el frente, sobre un disco adherido al manillar, estaba el emblema de los Yankees.

Sin decir nada, y bajo la involuntaria supervisión de los presentes, Harrison extrajo su móvil y marcó el número de Robert. La conversación fue breve. Verificó algunos detalles adicionales de la bicicleta, como las pequeñas balizas adheridas a los radios, y le confirmó a su amigo el hallazgo. Emprenderían la búsqueda de Ben de inmediato.

Tras interrumpir la comunicación, Harrison se volvió al grupo de hombres.

—Ian, delimita esta zona con cinta. No quiero a nadie dentro.

—Bien.

—Dean, inicia de inmediato una búsqueda en el interior del edificio. Ian te acompañará tan pronto como termine aquí.

Los dos hombres asintieron.

—John, te encargarás de llevar al señor Brunell y a Michael a su casa, después de que hable con ellos un momento.

Todos regresaron por el sendero principal. Dean se dirigió al edificio abandonado y el resto hacia los vehículos aparcados en la entrada. Harrison se acercó a Michael Brunell. El niño, que tendría unos ocho o nueve años, parecía asustado y perdido. Otra vez se preguntó qué cuernos haría un niño de su edad en un sitio como ése.

Se agachó y lo miró a los ojos.

—Michael —dijo—. Has hecho bien en contarle a tu padre lo que has encontrado. Nos será de gran utilidad para recuperar a Ben.

El niño sonrió débilmente. Aferraba la mano de su padre, y su mirada pasaba del suelo de tierra húmeda al rostro del comisario.

—Michael, ¿puedo hacerte una pregunta?

No hubo respuesta.

—¿Qué hacías aquí cuando encontraste la bicicleta?

Bruce Brunell tomó la palabra y respondió. Harrison alzó la cabeza para observarlo.

—Ya he discutido este tema con Michael —dijo. El niño siguió sin decir nada. Brunell padre, visiblemente incómodo con la mirada del comisario, agregó—: Quiero decir que ya he hablado con Michael acerca de lo peligroso que es este lugar. No volverá a venir por aquí, se lo aseguro.

Harrison asintió. Su instinto le decía que había algo que no encajaba, pero debía concentrar su atención en Ben. Decidió que retomaría el asunto más tarde. Se despidió de Brunell estrechando su mano y de Michael revolviéndole el cabello. Les dio las gracias a ambos y les dijo que era probable que tuviera que hablar con ellos nuevamente más tarde. Se encaminó hacia el edificio abandonado meditando en las palabras de Bruce Brunell.

Avanzó por el camino de acceso y se detuvo un par de segundos junto al estrecho sendero por el que Michael los había guiado hacía un momento. Hallar la bicicleta allí en tan poco tiempo había sido un milagro. Normalmente les hubiera demandado semanas, o quizás meses.

La sensación de que había una pieza fuera de lugar era persistente y molesta.

Rápidamente llegó al edificio. La entrada estaba conformada por una escalera ancha de diez escalones. Si en algún momento había gozado de cierta majestuosidad, la suciedad y un intenso olor a orina habían hecho que desapareciera por completo. Harrison subió los peldaños de dos en dos y entró en el edificio sin detenerse. La puerta de entrada había sido robada hacía tiempo.

Lo recibió un salón amplio. Vio charcos de agua diseminados aquí y allá, enredaderas que crecían en las ventanas, pintadas en las paredes…

Dean lo sorprendió apareciendo en el extremo opuesto.

—Harrison… será mejor que vengas a ver esto.

El comisario cruzó el salón dando grandes zancadas, siguiendo a Timbert a través de un pasillo de unos tres metros de ancho. Pocas de las puertas laterales se mantenían en pie. El pasillo se bifurcaba en T; Timbert cogió el camino de la derecha. Segundos después, los dos hombres entraban en un gran depósito, o al menos eso le pareció a Harrison. Más tarde sabrían que aquélla había sido la sala de máquinas, y que los cubículos metálicos ubicados al fondo habían albergado tiempo atrás las bombas que succionaban el agua desde Union Lake.

Ian Sommer estaba de pie a unos cinco metros a la derecha. Harrison no podía ver qué era lo que observaba con atención. Se acercó apresuradamente.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

—Imposible saberlo —respondió el policía—. No hemos podido moverla.

OceanofPDF.com

9

Ben comprendió que algo había sucedido, aunque no supo exactamente qué.

En el desván, el efecto acústico provocado por la lluvia era un gorjeo constante, similar al quejido de un televisor gigante que ha perdido la señal. Ben apenas pudo distinguir el sonido del timbre de la casa. Al acercarse a la rejilla, vio a Mike. Junto a él estaba Andrea. Había venido a recogerlas, tanto a ella como a Danna, pero no fue muy preciso respecto a qué había ocurrido en las últimas horas.

Danna anunció que se cambiaría la blusa y que estaría lista en un par de minutos. Mike asintió y permaneció con Andrea en la sala. Ben examinó sus rostros: el de Andrea, esperanzado; el de Mike, triste, como si estuviera sumido en un sueño.

Ben se apartó de la rejilla. Se dirigió a la habitación de Danna con rapidez; se desplazó por la parte baja del desván valiéndose de ágiles movimientos de las piernas y del apoyo ocasional de las manos. No supo por qué, pero buscó un orificio y la observó. La lámpara de su mesilla de noche proyectaba una luz naranja, similar a la de una buena cantidad de velas.

Cuando Danna comenzó a desabrocharse la blusa, Ben alzó la vista. Instintivamente buscó a su amiga, la rata XL que hasta hacía un momento lo había mantenido alerta, pero el roedor había desaparecido.

Obsérvala…

La voz habló dentro de su cabeza… y se sintió incapaz de desobedecerla. Colocó una vez más el ojo en el orificio y vio a Danna, esta vez con el torso desnudo, vistiendo únicamente un sujetador blanco. No pudo evitar evocar la imagen de Andrea, recostada en su cama. En aquella ocasión se había dicho que no volvería a espiarla; se había prometido no volver a hacer una cosa así nunca. Nunca más. Sin embargo, ahora, mientras Danna elegía una blusa y se la ponía, en comunión con aquella voz cerebral se dijo que había una diferencia con el episodio de Andrea. Esta vez no sintió remordimiento. Disfrutó el modo en que los pechos de Danna, más grandes que los de su hija, se abrían ligeramente hacia los lados y sus pezones oscuros se dibujaban a través de la tela traslúcida del sujetador.

Siguió observando…

Todo envuelto en aquella luz anaranjada. Como en un sueño.

OceanofPDF.com

10

Cuando Robert Green llegó a Union Lake acompañado por la oficial Patty Dufresne, tomó conciencia, quizás por primera vez, de la gravedad de la situación. Un camión de bomberos y aquel despliegue policial no constituían algo nuevo para él; su trabajo lo había arrastrado a presenciar situaciones como éstas infinidad de veces. Sabía, sin embargo, que cuando las cosas llegaban a este extremo, cuando había media docena de coches patrulla y hombres vociferando, era porque las cosas habían llegado lejos. Generalmente más de lo que uno quisiera.

Más tarde recordaría la instantánea que su mente tomó en ese momento como el inicio verdadero de una toma de conciencia profunda. Fue al adentrarse en la propiedad de la planta abandonada cuando por primera vez sopesó la aterradora idea de no volver a ver a su hijo con vida. El pensamiento resultó tan insoportable que supo que debía mantenerlo apartado si pretendía colaborar en lo que le fuera posible. Avanzó a la carrera por el camino de tierra, sorteó los coches patrulla y trepó los escalones de acceso seguido por Patty Dufresne.

Un policía los condujo hasta la sala de máquinas, donde Robert encontró algo parecido a lo que el ojo de su imaginación había creado. Su móvil estaba descargado, pero Harrison lo había mantenido al tanto de los acontecimientos a través de la radio policial del coche patrulla. En el extremo opuesto, encajada en la pared, vio la compuerta circular metálica de la que el comisario le había hablado. Tres policías y dos bomberos la

observaban con detenimiento en ese momento. Era de aspecto macizo, de apertura similar a un ojo de buey. Estaba entreabierta, pero no como para que un adulto pudiera introducirse. Nadie lo había manifestado en voz alta, pero la abertura sí era suficiente para que un niño pudiera haber entrado…, en especial uno de diez años de complexión delgada.

Dos bomberos intentaban sin éxito mover la compuerta. Era evidente que sabían de antemano que no lo lograrían; sus rostros evidenciaban que no era la primera vez que lo intentaban. Probablemente habían decidido hacer un intento adicional al advertir la presencia de Robert, como si aquello evitara dar al padre ciertas explicaciones que no tenían.

Robert, sin embargo, no era demasiado consciente del intento de los bomberos, ni al parecer de nada de lo que sucedía allí. Se encaminó en silencio hacia el trozo de tela que descansaba a un costado de la compuerta. Aún no había visto la bicicleta, desde luego, de modo que el hallazgo de aquel jirón de tela constituía el primer contacto que tenía con su hijo desaparecido hacía más de treinta horas. Si bien la tela no estaba extendida en su totalidad, lo estaba lo suficiente como para advertir la galera pintada con los colores de la bandera de Estados Unidos introducida en el extremo del bate de béisbol. Cuando la tomó entre sus manos, también pudo advertir la pelota de béisbol sobre la cual estaba superpuesta. Aquél era el banderín que su hijo solía llevar siempre en su bicicleta; y en caso de que hubiera alguna duda al respecto, las letras torpes de Ben en la parte inferior se encargaban de echarla por tierra: *New York Yankees*.

—Es de Ben. —Robert se volvió al resto aferrando el banderín.

—Estaba exactamente donde lo has encontrado. —Harrison colocó su mano sobre el hombro de Robert—. Pensamos que quizás Ben pudo introducirse por esa tubería. No sabemos aún adónde conduce. —El comisario no pudo levantar la vista mientras pronunciaba estas palabras.

Robert se arrodilló frente a la compuerta. Introdujo su rostro por la abertura y gritó el nombre de su hijo al menos media docena de veces. Lo recibió una atmósfera húmeda, y sólo obtuvo por respuesta el eco de sus palabras rebotando en las paredes de acero de lo que parecía ser un túnel de unos sesenta centímetros de diámetro.

Nadie dijo nada. Dos lámparas de pie de quinientos vatios proyectaban sombras quietas.

Finalmente, fue Harrison quien se acercó a Robert, lo cogió por los hombros y lo apartó del resto.

—¿Qué es eso, Thomas? —preguntó Robert.

—No lo sabemos —contestó Harrison—. Pero parece ser un conducto de agua. En cuanto logremos abrir la compuerta un poco más, tendremos una idea más acertada.

Robert asintió.

—Dean ha ido en busca de un ex empleado de la planta; el tío de uno de mis hombres. Hemos tenido suerte en encontrarlo. Llegará de un momento a otro y nos explicará hacia dónde conduce la tubería.

Por primera vez, Robert se detuvo a observar en detalle aquel sitio. El techo era altísimo, probablemente más de seis metros, calculó. A media altura, y en forma perimetral, una pasarela metálica servía de mirador. A unos metros de la compuerta, una tubería particularmente grande llamó su atención. Tenía más de un metro de diámetro y una serie de válvulas manuales dispuestas en distintos lugares. Sobre la superficie de acero, justo en un quiebro pronunciado, alguien había garabateado con pintura en aerosol: *¡Tan gruesa y dura como la mía!*

—¡Ha cedido! ¡Vamos! —vociferó alguien.

Todos se volvieron instintivamente a la compuerta. Tres bomberos forcejeaban con ella. Aunque se hacía dificultoso que más de tres personas tiraran al mismo tiempo, un cuarto se las arregló para colaborar. En efecto, la compuerta se estaba moviendo: pequeños desplazamientos al principio, cuando los hombres aplicaban el máximo de fuerza, y más tarde un deslizamiento lento pero continuo hasta que finalmente se detuvo, casi a noventa grados de la pared. Los cuatro hombres cayeron rendidos.

Fue entonces cuando Myers, el jefe de bomberos, se presentó en la sala de máquinas por primera vez desde que Robert estaba allí.

—Acerquen la lámpara lo máximo posible a la compuerta—dijo.

Dos de sus hombres obedecieron inmediatamente. El cable que la alimentaba, conectado al vehículo aparcado fuera, apenas permitió acercarla

tres metros, pero fue suficiente para iluminar el interior de la tubería. Todos se acercaron por turnos. Los primeros fueron Robert y Harrison, que se sumaron a Myers, quien intentó valerse de su poderosa linterna para iluminar más allá del alcance de la lámpara, pero sin mayores resultados. A primera vista no era más que un conducto de paredes de acero que salía desde la compuerta hacia abajo, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Hasta donde se les permitía ver, la conducción tendría unos diez metros, pero seguramente se extendía más allá de eso.

—¡Vamos a bajar! —anunció Myers.

Donald Myers, un hombre de unos sesenta años, lograba transmitir seguridad en momentos donde la lógica indicaba que era difícil tenerla. Ordenó a uno de sus hombres que fuera en busca de una soga, luego se volvió a uno de los artífices de poner en movimiento la compuerta y le indicó que sería él quien bajaría. El hombre, definitivamente apropiado por su complexión, asintió sin vacilar.

Los minutos siguientes fueron empleados por los bomberos de Carnival Falls para prepararse a realizar la maniobra. Los hombres de Harrison, Ian Sommer y Randy Cruegger, acompañados por Patty Dufresne, continuaban con la búsqueda dentro y fuera de la planta. Hasta el momento no habían encontrado nada, pero Harrison no quería dejar de lado ninguna posibilidad. Si bien lo más probable era que Ben se hubiera introducido por la compuerta —tal como hacía suponer el hallazgo del banderín junto a ella—, también existía la posibilidad de que la hubiera dejado olvidada. Harrison quería pensar que eso era lo que había sucedido, porque lo cierto es que pensar en la posibilidad de Ben introduciéndose por el conducto no le gustaba.

No le gustaba en absoluto.

Fueron necesarios dos bomberos para transportar un ovillo de casi un metro de diámetro, formado por una soga de una pulgada de grosor. Lo colocaron junto a la compuerta y, mientras uno de ellos sostenía uno de los extremos de la soga, el otro se encargó de arrastrar el ovillo hasta el extremo opuesto de la sala de máquinas.

El hombre encargado de bajar se dispuso a quitarse su impermeable y su casco, y los dejó junto a sus objetos personales formando un montículo cerca de la compuerta.

—Larry —dijo Myers—, quiero que bajes arrastrándote. Mantendremos tensa la cuerda, pero sólo será por si resulta necesario. Si no respondes a nuestra llamada, tiraremos de ti. Si das dos tirones a la cuerda, también tiraremos de ti, ¿entendido?

Larry Holmes asintió. Los otros tres bomberos se colocaron frente a la compuerta y agarraron la cuerda como si se tratara de esas competiciones de grupos para determinar cuál es el equipo que puede arrastrar al otro. Myers se acercó a Larry y le dijo algo al oído, pero ninguno de los presentes pudo escuchar qué. Larry asintió mientras confeccionaba un nudo fijo alrededor de su cintura y cogió una de las linternas.

—Estoy listo —anunció.

Myers se proponía a dar la orden para bajarlo cuando el oficial Timbert se presentó en la sala de máquinas. Al verlo, Harrison pidió que se detuviera la operación. Myers observó al comisario y luego a Timbert. Junto a éste se encontraba un hombre mayor. Detrás de ellos, Mike, Danna y Andrea también aguardaban con mirada expectante.

Harrison se acercó a Myers y ambos mantuvieron una conversación breve.

—Esperaremos un momento —dijo el jefe de bomberos.

Quien acompañaba a Timbert era Ernest Banner, un hombre cuya edad podía pasar de los ochenta y cinco años, y que había pasado una buena parte de ellos como encargado en la planta de distribución de agua. Su entusiasmo por estar de nuevo allí fue evidente; sus ojos recorrieron la sala de máquinas, concentrándose en los cubículos metálicos y en la tubería inmensa que surgía de uno de ellos. Posiblemente aquel hombre no había imaginado que iba a regresar a su antiguo lugar de trabajo en los años de vida que tenía por delante, si es que acaso eran años. El hecho de que prácticamente lo hubieran arrancado de su casa con el tiempo necesario para ponerse su albornoz constituía un detalle que decoraba una historia que seguramente contaría a sus nietos.

A pesar de todo, Banner se las arregló para ocultar su entusiasmo tras un rostro sereno y centrado, lo cual denotaba que a su edad aún ejercía cierto control sobre los duendes del ático. Lo que menos necesitaban en ese momento era a un anciano senil que asegurara que aquella tubería era el conducto rectal del caballo de Troya o algo por el estilo.

Robert se unió a Danna y a Andrea y las saludó. Ninguno de los tres dijo nada, pero Mike advirtió algo en la mirada de Danna que hizo que sintiera deseos de gritarle que por una puta vez dejara su ego de lado y considerara que era Ben quien estaba perdido, y probablemente dentro de una tubería que no sabían adónde conducía.

Harrison hizo un rápido interrogatorio a Banner, quien fue sumamente claro y sintético a la hora de dar sus respuestas. Evidentemente, comprendía a la perfección que aquello no era una conferencia, sino una emergencia.

—Ésta es una de las tomas de agua —dijo Banner sin rodeos. Se acercó a la tubería metálica ubicada a unos metros de la compuerta y apoyó su mano nudosa cerca de la pintada con aerosol—. Lo que hay tras esa compuerta que han abierto es una toma de reserva para futuras ampliaciones, que nunca se ha utilizado. Es idéntica a la otra, incluso corren paralelas, sólo que nunca se ha instalado el sistema de bombeo. —Banner dio dos golpecitos a la tubería para indicar que aquello constituía el sistema al que hacía referencia.

—¿Qué profundidad tiene? —preguntó Harrison.

—El primer tramo unos veinticinco metros, con un ángulo de cuarenta y cinco grados. Luego hay una cámara y un recodo. El segundo tramo tiene unos veinte metros y corre horizontal al fondo del lago.

Los ojos de Banner se iluminaban mientras hablaba, como si soñara despierto.

—¿Qué hay en el extremo del conducto?

Banner pensó la respuesta.

—No lo sé —respondió.

Harrison supo que Banner sí lo sabía, y que no había querido decirlo, probablemente debido a la presencia de Robert y su familia.

—Señor Banner, será de gran utilidad si permanece con nosotros.

—Claro.

Myers ordenó a sus hombres que prosiguieran con el operativo. Si las precisiones de Banner eran correctas, el conducto tendría unos cincuenta metros en total, por lo que la soga no sería suficiente para alcanzar el extremo opuesto. Sin embargo, de ser necesario, Larry podría soltarse en el tramo recto, o Ben podría acercarse a él.

Larry introdujo en el conducto primero sus brazos y luego el cuerpo completo. Avanzó boca abajo mientras sus compañeros procuraban mantener la soga tensa.

Mientras los presentes observaban la operación, Banner se aproximó disimuladamente a Harrison. El comisario inmediatamente comprendió que el anciano quería decirle algo y se acercó aún más. Hablaron en un tono apenas audible.

—La lógica indicaría que debería haber algún tipo de mecanismo de cierre en el otro extremo —susurró Banner— para mantener la tubería seca.

—¿A qué se refiere con… la lógica?

—A que normalmente habría un filtro y una válvula de cierre para casos de reparaciones o mantenimiento, no creo que el otro extremo esté sellado, o que lo haya estado alguna vez.

—¿No cree que haya una compuerta que mantenga hermética la tubería?

—No, en absoluto. Y aunque la hubiera, las válvulas no son fiables con el paso del tiempo si no tienen mantenimiento. Normalmente se abren…

—¿Qué insinúa, Banner?

—La tubería puede estar llena de agua —sentenció.

—¿Hasta qué punto?

—Hasta el nivel exterior del lago, claro. Yo diría que unos diez metros del tramo inclinado.

Harrison sintió un escalofrío. Si Ben había entrado y había encontrado agua, difícilmente podría haber regresado tratándose de una tubería inclinada. Si había intentado seguir hasta el otro extremo, estaba claro que sus posibilidades de alcanzar la superficie del lago eran remotas.

No, no remotas, pensó Harrison decepcionado: eran nulas.

Los minutos siguientes fueron de tensión extrema. Myers permaneció junto a la boca del conducto y se mantuvo en comunicación con Larry mientras pudo. La luz de la linterna de Larry fue perdiendo intensidad, hasta que Myers no pudo verla.

—¡Larry! —gritó Myers.

La soga no se movió. Uno de los bomberos se lo hizo notar a Myers quien, mediante un gesto, pidió a sus hombres que aguardaran un momento. Estimó que Larry había avanzado unos veinte metros. Gritó de nuevo. No hubo respuesta.

Myers retrocedió un paso, con las manos en la cintura. Con el rabillo del ojo captó a Harrison y Banner, de pie uno junto al otro. A unos metros estaba la familia del niño: madre e hija de pie frente al padre. No se sintió capaz de volverse y permaneció con la vista fija en la compuerta…

La cuerda dio dos tirones rápidos.

Los bomberos que la sostenían lo informaron de inmediato.

—¡Subidlo! Despacio.

Comenzaron a tirar de la soga. Larry tendría que desplazarse hacia atrás, de modo que era importante que lo hicieran con suma lentitud. Además podía volver con Ben, lo cual haría que el ascenso fuera aún más dificultoso.

La maniobra duraría unos dos minutos, quizás más.

Las dos lámparas de pie proyectaban sombras en direcciones opuestas. Los bomberos inclinaban sus rostros concentrados en la compuerta. El sonido que producían sus trajes de plástico especiales para agua fue durante esos eternos minutos lo único audible. No había rastro de Larry, ni una señal que indicara que las cosas estaban en orden. Nada. Myers había cesado de llamar a su hombre y aguardaba en cuclillas junto a la compuerta. Los hombres de Harrison también observaban en silencio. Dean Timbert, Ian Sommer, Patty Dufresne, los tres uno junto al otro en perfecta progresión de estatura.

Myers se acercó más a la compuerta.

—Viene más pesado, jefe —dijo uno de los bomberos.

Robert, con los brazos apoyados en los hombros de Andrea, sintió el impulso de gritarle al jefe de bomberos que le dijera qué rayos veía, pero no pudo siquiera abrir la boca. Estaba paralizado. No podía hacer más que agarrar a su hija por los hombros y permanecer allí de pie, junto a Danna, observando cómo un bombero estaba a punto de emerger de una tubería abandonada… posiblemente con el cuerpo sin vida de su hijo.

Finalmente, Myers habló. Anunció que podía ver el resplandor de la linterna de Larry.

Cuando salió, estaba empapado de pies a cabeza.

—Hay agua —anunció como si no fuera evidente.

Todos los rostros se volvieron expectantes hacia él. Larry Holmes retrocedió como si fueran miles y no apenas una decena los que lo escrutaban.

Alzó su mano.

Sostenía algo.

—Flotaba allí abajo… —dijo mostrando un objeto.

Andrea lanzó un grito cuando reconoció la gorra azul de su hermano.

OceanofPDF.com

11

Michael Brunell tenía nueve años y sus temores tenían que ver en mayor medida con la oscuridad.

De pequeño dormía con una luz encendida, y si ya no lo hacía, no era porque no quisiera, sino porque reconocer a su edad que necesitaba de una luz para dormirse era demasiado embarazoso.

Sus trucos para conciliar el sueño sin preocuparse por la oscuridad, o hacerlo lo mínimo posible, variaban desde el clásico recuento de ovejas a más complejos, como relatar para sus adentros una película de Disney. Como si lo hiciera para un amigo imaginario, pensaba a veces.

Esa noche, mientras Larry Holmes salía de la tubería en la planta abandonada de Union Lake sosteniendo la gorra azul de Ben

Green, Michael descubrió dos cosas. La primera, y que en realidad era algo que siempre había sabido, era que había cosas más aterradoras que la oscuridad. Y la segunda, que era la oscuridad la que hacía que pensara en esas cosas…

Esas *cosas*, en cierta medida…, *vivían* en la oscuridad; se nutrían de ella.

Esa noche no funcionaría relatar una película de Disney —ni siquiera *El rey león*, que era su predilecta—, por no hablar de contar las estúpidas ovejas. Tapado hasta la barbilla, con los pies doblados contra el pecho, sabía que no podría hacer nada mejor que esperar a que la noche pasara. Si lograba dormirse, mejor. Si lo hacía y no tenía pesadillas, muchísimo mejor.

¿Por qué había mentido acerca de la bicicleta?

¡Tú has dicho la verdad!

Michael sabía que esto no era cierto. No había dicho *toda* la verdad. No, al menos, al comisario.

OceanofPDF.com

Segunda parte: Benjamín

OceanofPDF.com

Capítulo 4: La caja

OceanofPDF.com

1

Domingo, 29 de julio, 2001
Una semana después

Para Robert, la semana siguiente al episodio en Union Lake se convertiría en una película a la que le faltan partes. Ni siquiera habían hallado el cuerpo sin vida de su hijo, aunque sólo fuera para encerrarlo en una caja de madera bien lustrada, ponerle una tapa encima y depositarlo bajo tierra.

La idea de que el hallazgo del cuerpo de Ben pudiera mitigar su dolor era horrible; Robert ni siquiera lo había considerado en esos términos. Eran las partes faltantes de la película. Las partes que era mejor no ver; como cerrar los ojos en el cine en el momento en que el asesino arremete contra una víctima indefensa con un cuchillo de carnicero. Sólo en sueños le era vedada la capacidad de cerrar el ojo de su mente. En ellos veía a Ben, flotando en agua turbia, con sus miembros extendidos y su cabello flameando. Veía sus ojos abiertos pero inmóviles, en un rostro preso de una palidez mortecina y envuelto en algas. La imagen lo acosaba recurrentemente; y conforme transcurrieron los días, empezó a creer que sería cuestión de tiempo hasta que el Ben de su sueño sacudiera la cabeza y le clavara una mirada llena de vida y reproches.

Pero tal cosa no ocurrió, al menos no durante la primera semana. Y en cierto sentido fue peor. El sueño se repitió, inalterable. Robert deseó que el Ben de sus sueños abriera los ojos —le gritara si era posible—, porque al

menos eso le haría olvidar la razón por la que flotaba en Union Lake de aquella forma, noche tras noche.

Estaba muerto.

Robert no sabía si había algas en las profundidades de Union Lake, y lo cierto es que tampoco se molestó en averiguarlo. Supuso que las algas eran su aporte personal para darle verosimilitud a la imagen. No se permitió pensar que aquella visión de su hijo ahogado era real; que alguna clase de poder sobrenatural lo estaba conectando con Ben. Por momentos la idea resultaba sumamente atractiva, pero se negó a aceptarla. Tenía una familia, una vida y un hijo muerto por el que tenía que conservar los pies sobre la tierra. Sobre todo por esto último.

Dos buzos profesionales trabajaron durante cuatro días sin lograr absolutamente nada. Desde que Larry Holmes saliera del conducto de toma auxiliar con la gorra azul de Ben en su mano izquierda, no hallaron ningún otro rastro del niño. Ni una zapatilla, ni un cabello, nada. Robert sabía que las posibilidades de que Ben hubiera alcanzado la salida de la tubería en el otro extremo eran sumamente reducidas. Aun logrando semejante hazaña, llegar a la superficie del lago emergiendo a esa profundidad sería todavía menos probable. Creer que dos cosas semejantes pudieran ocurrir simultáneamente era como pretender ganar dos veces seguidas a la lotería. Y nadie ganaba dos veces seguidas a la lotería.

La conjetura más pesimista indicaba que si Ben había muerto ahogado dentro de la tubería, entonces los buzos encontrarían el cuerpo allí dentro, o en las inmediaciones de la toma. Pero no había ocurrido ni lo uno ni lo otro, y la verdad es que no había una explicación demasiado satisfactoria para eso. Union Lake no poseía corrientes fuertes; dos días de trabajo deberían haber sido suficientes para dar con el cuerpo.

Las tareas se habían prolongado durante cuatro.

Una semana después, Ben seguía siendo considerado un niño desaparecido; uno más en la lista de aquellos que se saben perdidos para siempre. Su fotografía se actualizaría en los archivos según como se vería su rostro con el paso del tiempo: una técnica de manipulación fotográfica sumamente llamativa, pero que rara vez daba buenos resultados. Las

posibilidades de recibir información, o incluso recuperar a un niño desaparecido, son inversamente proporcionales al tiempo transcurrido. Las primeras veinticuatro horas resultan fundamentales. Las primeras veinticuatro horas del décimo año son tan importantes como el nombre de la primera novia de nuestro bisabuelo.

Durante los días en que la búsqueda tuvo lugar, Robert se permitió presenciar la labor de los buzos. En algunas ocasiones, Mike lo acompañó en la orilla del lago, otras veces fue Andrea, pero la mayor parte del tiempo lo pasó solo. Sentado contra un árbol, esperaba la negativa de los buzos al hacer su aparición en la superficie. Lo hacía con dolor, alimentando la llama que simbolizaba la posibilidad de encontrar a Ben con vida. Una llama peligrosa e imposible de extinguir por completo, y que no haría más que iluminar y retrasar la curación de una herida que llevaría de por vida.

A sus cuarenta y tres años, nunca había padecido la muerte de un ser querido cercano; contaba con sus padres y su hermana. Podía levantar el teléfono y hablar con ellos si le apetecía. Pero un hijo era diferente. Se suponía que Ben tenía que ver la décima temporada de *Friends,* tener novias, su primer coche, ir a la universidad. La pérdida de un padre, quien quizás pasa la mayor parte del día maldiciendo su artritis, es completamente diferente. La vida es un ciclo, y cuando se cierra se escucha un clic. Puede ser inmensamente doloroso, pero es éste quien se encarga de indicar que el ciclo se ha cerrado y que las cosas son como Dios las organizó para nosotros. Robert descubriría que en el caso de un hijo, ese clic reparador no llega nunca, no importa cuánto agucemos el oído o nos digamos a nosotros mismos que lo hemos escuchado.

Cuando la búsqueda cesó, las esperanzas se extinguieron por completo. Dos buzos habían trabajado incansablemente, e incluso una unidad especial se había presentado con equipamiento sofisticado. El sistema incluía un dispositivo basado en ondas de choque y rebote, similar al que se utiliza para detectar cardúmenes. Sólo que éste era un dispositivo sumamente preciso, según había comentado el operario que hablaba con una sonrisa orgullosa, como si él mismo lo hubiera inventado. Harrison le dijo a Robert

que destinaría recursos para hacer lo que estuviera a su alcance, pero resultó evidente la impotencia con que pronunció estas palabras.

Alguna vez, Robert había ayudado a Harrison y aquello había iniciado una amistad entre los dos hombres. Ahora Robert había perdido a su hijo de diez años y no había nada que Harrison pudiera hacer al respecto.

Un ciclo que no se cierra.

No importa cuánto empeño se destine a entenderlo. Cualquier línea de pensamiento lleva a un punto abierto. Así lo sentía Robert y no podía pensar en ello de una manera más clara.

Un gran *¿POR QUÉ?* Inmenso, erguido solitario en medio de su cabeza, como un letrero de McDonald's en una carretera desierta.

Cuando un atisbo de entendimiento asomaba en algún momento; cuando la idea de que nada de aquello podía ser posible y por lo tanto no estaba sucediendo…, la realidad lo golpeaba con fuerza…, el golpe de una mano implacable, y otra vez:

¿POR QUÉ?

A las visitas a Union Lake siguieron dos días angustiosos en su casa. La familia entera estaba sumida en una profunda depresión; desarticulada como un engranaje al que le falta una pieza fundamental. Robert no sentía deseos de ir a la redacción, pero comprendió que quedarse en casa no sólo no lo ayudaba, sino que era peor. Mike fue uno de los que insistió en que retomar sus obligaciones en el periódico le sería de gran ayuda. Ocupar la mente en algo. Ponerse en movimiento. Hacerlo poco a poco y sin prisa.

Aquéllas fueron las palabras de Mike. Y estaba en lo cierto.

OceanofPDF.com

2

Ben (el de las profundidades) no supo muchas de las cosas que ocurrieron esos días, pero sí supo algo con certeza: su familia lo consideraba muerto.

Nunca se enteró de que Michael Brunell había encontrado su bicicleta Ranger en la vieja planta de Union Lake, y tampoco conoció nada acerca de una tubería auxiliar de casi cincuenta metros por la que sospechaban que había entrado la noche de su desaparición. Ignoraba por completo el hallazgo de su banderín de los Yankees y el descubrimiento de Larry Holmes, retrocediendo ante la mirada inquisitiva de rostros perplejos, elevando su mano para que todos vieran la gorra azul que agitaba con insistencia.

Pero no hacía falta conocer esos detalles. Tenía suficiente con su propia colección de acontecimientos inexplicables, alineados en su memoria como soldados, listos para atacarlo en cualquier momento. Cuanto más se sumergía, más se alejaba de ellos. Los gritos y amenazas horribles que le había lanzado a Rosalía, por ejemplo, adquirían el aspecto desteñido de un recuerdo antiguo; como si no le pertenecieran. A medida que se replegaba, la realidad se desdibujaba y oscilaba, distorsionada por el oleaje en la superficie, y Ben comprendía que esto era lo más seguro para él.

El mejor recordatorio de que así era lo constituía la herida que llevaba en el brazo. Aunque ya cicatrizada, seguía conservando su poder de amenaza intacto. Ben había perdido la noción del tiempo, pero creía que el

episodio de la herida había sido dos días antes, quizás tres; después de aventurarse en pos de la caja, de eso estaba seguro.

La caja lo había atraído desde el principio, y si no se había acercado antes no había sido por falta de interés. La realidad es que le había resultado imposible alcanzarla desde su posición de mero observador; sabía que para hacerlo debía dirigirse primero a la superficie, pero ¿valía la pena? ¿Por qué arriesgarse a alejarse de la seguridad de las profundidades?

Pero entonces ocurrió algo imprevisto. De pronto, Ben advirtió que se dirigía hacia la zona baja del desván: en dirección a la caja de cartón que tanta curiosidad le había despertado. Se arrodilló delante, estudiándola, y luego la asió con ambas manos, probando su peso. Era evidente que había cosas dentro.

Ben seguía con atención el movimiento de sus manos, oía su respiración, todo como si aquellos actos no fueran propios.

La caja de cartón, sucia y humedecida, estaba atada con un hilo que se deshacía a medida que sus manos ansiosas tiraban de él. Lanzó el hilo a un lado y permaneció dos o tres segundos arrodillado frente a la caja, observándola con incredulidad. Una mano apareció en su campo visual —una mano mugrienta que ya no le pertenecía— y aferró con sus dedos una de las solapas. Tiró de ella. La iluminación allí arriba era sumamente escasa; sin embargo, no fue necesario utilizar la linterna para poder ver lo que había dentro. De hecho, había olvidado por completo la existencia de la linterna.

La mano izquierda se sumó a la derecha y entre las dos doblaron la otra solapa de la caja. El Ben de las profundidades se sintió conmocionado. Recordó la pregunta que Mike le había formulado a Robert en el porche, una semana antes.

¿Recuerdas cuando tú mismo te marchaste de esta casa?

Súbitamente, comprendió a quién pertenecía aquella caja y su contenido. Ben no salía de su asombro, y quizás por eso cometió un error. La emoción lo lanzó disparado a la superficie; la emoción de sentirse dueño de palpar esos objetos, de recobrar el *control*. Ascendió con todas sus fuerzas, sin pensarlo demasiado. Se disparó como un cohete,

sorprendiéndose de su fuerza, alcanzando la superficie en cuestión de segundos. Emergió esperanzado, aferrándose a la posibilidad de encontrar todo como siempre, como un veraneante que regresa a su casa tras un largo viaje, abre la puerta y descubre que todo está tal cual lo ha dejado. Ben se impregnó de la superficie, que debía resultarle familiar, pero de inmediato se sintió horrorizado. Esta vez, como un veraneante que abre la puerta de su casa, pero ahora la encuentra revuelta: los muebles destrozados, las paredes manchadas, los cajones vueltos del revés, descubre que incluso han defecado sobre la mesa…

Oscuridad. Un sitio yermo. Muerto.

Recorrerlo constituyó una tortura. Lo sentía desconocido, y prefería pensar que en efecto lo era, que aquél era un lugar nuevo.

Pero estaba esa voz, distante. Una voz hostil.

Benjamin.

Sabía que corría peligro en la superficie, pero se obligó a permanecer allí. En la superficie había respuestas, y él necesitaba algunas… Primero vio a un niño. *¿Robert?*

OceanofPDF.com

3

A los diez años, Robert era un niño de aspecto pequeño para su edad. Era extraño, y él mismo se lo preguntaba a menudo, que, siendo el hijo de un hombre de casi un metro noventa, fuera uno de los más bajos de su clase. Robert no tenía manera de saberlo, pero aún faltarían unos años para que alcanzara la nada despreciable estatura de un metro ochenta y dos.

Estaba solo en casa. Su madre había viajado a Concord junto a Marcia a visitar al doctor Rosemberg, una eminencia en lo referente al autismo que, una vez al mes, seguía la evolución de Marcia, verificaba las dosis de sus medicamentos y hacía un diagnóstico que no difería gran cosa de una visita a la otra. El hombre era además un gran amigo de Emmett, el hermano mayor de Debbie, lo que explicaba por qué prestaba sus servicios sin cobrarles un centavo.

Robert sospechaba que los viajes de su madre a Concord tenían el doble propósito de visitar a su hermano y pasar un par de días con él y su familia; alejarse de Carnival Falls. Robert no la culpaba. El tío Emmett y la tía Francine eran personas sumamente encantadoras. Si aquellos viajes le servían a Debbie para mantenerse alejada de Ralph, excelente. Él lo entendía perfectamente. Y el tío Emmett muy probablemente también.

La ausencia de su madre y su hermana durante el fin de semana, no obstante, significaba que estaría a solas con Ralph. Robert había adquirido cierto entrenamiento en lo que a la relación con su padre concernía, y sabía que si quería que esos días transcurrieran sin problemas, entonces sería de

vital importancia la tercera Regla de Oro de Ralph: *Molestarlo lo menos posible*.

En la medida en que se mantuviera al margen, realizando las intervenciones necesarias y cumpliendo con lo que su padre le ordenara, no habría problemas. Robert lo sabía, así como sabía lo que ocurriría si no seguía la regla al pie de la letra.

Pero ese sábado, aun ante la perspectiva de una estancia a solas con su padre, Robert se sentía feliz. Y la razón era una peculiaridad fantástica: Ralph no estaría en casa. Según le había explicado, tenía que supervisar unos trabajos que lo mantendrían ocupado toda la mañana y buena parte de la tarde. Le dejó instrucciones muy precisas en cuanto a qué debía comer y le encomendó un par de tareas sencillas que no le exigirían mayor esfuerzo. Y eso era todo. Lamentaba que Mike, su nuevo amigo, hubiera viajado a su casa del lago, pero había hecho planes para ese día de todos modos.

Ralph se marchó temprano. Cuando Robert se levantó, se encontró solo, lo cual le hizo sonreír. Se dirigió a la cocina y se sirvió un vaso grande de leche y unas galletas y tomó su desayuno mirando televisión. No tenía manera de saber que le esperaba uno de los peores días de su vida, de modo que también en ese momento sonrió.

Terminado el desayuno, recogió el vaso y las galletas sobrantes. Colocó estas últimas en la alacena y lavó el vaso con abundante agua; lo secó y lo guardó. Regresó al comedor y comprobó que no quedaban restos de galletas en la mesa. Había algunos, por lo que ahuecando una de sus manos y utilizando la otra para arrastrarlos se aseguró de dejar la mesa tal y como la había encontrado. Se dirigió al cubo de la basura y arrojó dentro los restos.

Apagó el televisor.

Salió de la casa por el frente y la rodeó en dirección al cobertizo. Abrió las dos hojas de madera y sacó su bicicleta Thunder, regalo de su octavo cumpleaños. La observó detenidamente y concluyó que en efecto necesitaba una limpieza. De uno de los estantes tomó un cuchillo maltrecho y una serie de trapos viejos. El cobertizo era territorio de Debbie; allí guardaba sus herramientas de jardinería y le permitía a Robert que dejara su bicicleta. Ralph no interfería en esto.

Decidió que el mejor sitio para trabajar sería la parte delantera de la casa, frente al garaje. No era de esperarse un día caluroso y pasar la mañana bajo el sol tibio le pareció una idea fabulosa.

Colocó su bicicleta al revés, apoyada en el sillín y el manillar. En el garaje encontró un recipiente que llenó de agua y lo colocó junto a los trapos y el cuchillo de jardinería. La siguiente hora la empleó en las ruedas: primero retiró el barro adherido con el cuchillo y luego limpió la superficie humedeciendo periódicamente el trapo. Si bien sabía que limpiar las llantas sería una pérdida de tiempo, lo hizo por el simple hecho de apreciar cómo quedarían inmaculadas. Al terminar con las ruedas se arrodilló en el césped y bajó los brazos, cansado de mantenerlos en alto.

Limpiar el resto de la bicicleta le exigió más tiempo del que había previsto. Era cerca del mediodía cuando daba los últimos retoques. Satisfecho con su trabajo, colocó la bicicleta contra el acceso al garaje y la admiró durante unos diez minutos. Aún quedaban cosas pendientes, pensó, pero era mejor almorzar primero y ocuparse de ellas después. Una de las tareas encomendadas por Ralph había sido hacer su cama al despertarse, cosa que había hecho; la siguiente consistía en limpiar el baño, lo cual aún quedaba pendiente.

El almuerzo consistió en el guisado del día anterior. Se recriminó por no haber previsto sacarlo de la nevera un rato antes, pues tenía prohibido encender el horno. Tuvo que conformarse con comerlo frío, pero aun así estuvo bien. Lavó su plato y los cubiertos y volvió a colocar el guisado sobrante exactamente donde lo había encontrado. Robert sabía que, si no quería problemas, la mejor manera de hacer las cosas era cada una a su tiempo. Si dejaba algo para más tarde, corría el riesgo de olvidarlo, lo cual podía tener consecuencias nefastas según el caso.

Limpiar el baño no le llevaría más de media hora; cuarenta minutos a lo sumo. Lo sabía porque lo había hecho varias veces. Contrariamente a lo que cabría suponer, era una tarea que no le resultaba pesada en absoluto. Más aún, le gustaba. Robert jamás admitiría esto ante nadie, y mucho menos ante su padre, quien no sólo la consideraba una tarea agotadora, sino que por lo general la utilizaba como castigo. Aceptar que disfrutaba de una tarea

que para Ralph era *de mujeres,* habría cuestionado en principio la hombría de Robert, lo cual hubiera generado en la relación padre-hijo el equivalente para la historia de la humanidad de la primera bomba atómica.

Decidió hacer uso del retrete antes de empezar, así que bajó sus pantalones y permaneció sentado un buen rato mientras tarareaba *Yellow Submarine*. Por lo general iba al baño con alguna de sus revistas de historietas; si no llevaba una consigo, solía impacientarse y sentir deseos de levantarse lo antes posible. Pero ese día era diferente. Había dejado su bicicleta como nueva y podría utilizarla durante la semana con Mike, cuando éste regresara de su casa del lago.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y paseó la vista por el techo. Era tan inusual que visitara el baño sin material de lectura, que rara vez había tenido la oportunidad de hacerlo.

Salió del baño a las dos y media. Tenía tiempo más que suficiente para ocuparse de la segunda parte de su plan. Claro que en ella desempeñaba un papel fundamental su padre. Si conocía a Ralph (y algo dentro de él le decía que lo conocía bastante), entonces podía prever que se reuniría con sus amigos esa tarde, bebería un poco y quizás jugaría un rato al póquer. Ralph no era amante del juego, y de hecho tampoco bebía normalmente más de la cuenta; solía jactarse de saber cuál era la medida de cada cosa. Robert se dijo que tendría tiempo de sobra para lo que tenía en mente. Sabía que su plan violaba una de las ROR o, mejor dicho, violaba *la más terrible* de las ROR… Aquella cuyas consecuencias eran impensadas. Violar la quinta regla y ser descubierto podía ser catastrófico.

¿Y si no lo conseguía?

Se avergonzó por tener tan poco valor.

Quizás por eso te guste tanto limpiar el baño…

No le daría más vueltas al asunto. Lo haría.

Caminó hacia la parte delantera de la casa.

La quinta regla de oro flotaba en su cabeza: *NUNCA tocar las pertenencias de Ralph.*

Permaneció un rato mirando su bicicleta. Algunos de sus amigos tenían bicicletas más grandes que la suya; la de Mike, por ejemplo, lo era, y

considerablemente. Pero Mike era un año mayor que él y lo aventajaba en una cabeza y media, era lógico que su bicicleta fuera más grande. Robert se refería a los niños de su edad, muchos de mayor tamaño, pero otros de su misma talla o hasta más pequeños. La idea de recibir como regalo una nueva bicicleta era descabellada, pero Robert creía que limpiándola meticulosamente y levantándole el sillín y el manillar, podría mejorar su aspecto. Había cumplido con la primera parte; le faltaba la segunda.

Entró en el garaje. En el extremo opuesto a la entrada, Ralph tenía montado su taller. De más está aclarar que era territorio prohibido para Robert y que ocupaba, probablemente, el primer lugar en la lista de lugares vedados. Ralph había colocado una tabla de madera en la pared y allí disponía de sus herramientas, colgadas cada una de su soporte correspondiente. Había pintado con pintura negra la silueta de cada herramienta, lo que le permitía saber cuando alguna faltaba de su sitio. Tal como esperaba, estaban todas en su lugar.

Robert observó la llave inglesa, situada en el centro de la placa de madera. Era de acero, con el mango forrado en plástico rojo. Sabía cómo utilizarla; había visto a su padre hacerlo. Sería cuestión de aflojar las abrazaderas de la bicicleta utilizando la llave, modificar la posición del manillar y el sillín y luego ajustarlas nuevamente. No podía llevarle más de veinte minutos. Se dijo que si el asunto se complicaba, no tendría más que devolver la llave a su sitio y guardar la bicicleta en el cobertizo.

No podía haber inconvenientes. No estaba haciendo nada que no tuviera vuelta atrás, se dijo. Se disgustó consigo mismo por tener tan poca convicción; después de todo, sólo utilizaría la herramienta y la devolvería a su sitio. No estaba bebiéndose el whisky que Ralph guardaba para ocasiones especiales o algo por el estilo.

En un arrebato, agarró la herramienta. Sintió una explosión de adrenalina junto con el peso de aquel objeto prohibido.

Al regresar al jardín, se preguntó si no sería mejor trabajar en otro lado. Si Ralph llegaba en ese momento y lo veía allí con…

¡Basta!

Ni su padre ni nadie llegaría en ese momento. Haría lo que tenía que hacer y punto.

Utilizar la llave inglesa fue más sencillo de lo que supuso; las abrazaderas cedieron con suma facilidad. Una vez que las desajustó, comenzó a deslizar el sillín, que en cambio ofreció más resistencia de la que había previsto. Tiró de él con todas sus fuerzas, pero no logró moverlo. Pensó en hacerlo girar y así lograr que cediera, pero sus pensamientos se vieron interrumpidos por el timbre del teléfono. Permaneció inmóvil, para corroborar si el aparato había sonado o había confundido el sonido, pero no, ahí estaba repitiendo su repiqueteo característico. Corrió hacia él, atravesando el garaje, luego el pasillo de acceso a la cocina, más tarde ésta, y por último la sala. Se abalanzó sobre el aparato y logró contestar a tiempo. Era su madre.

Hablaron durante un par de minutos. Debbie le dijo que regresarían al día siguiente y le preguntó si todo estaba en orden. Robert dijo que sí y se despidió.

Ya de vuelta siguió intentando modificar la posición del sillín, esta vez valiéndose de todas sus fuerzas. Robert notó con alegría que se desplazaba poco a poco: casi nada al principio, y con mayor facilidad después. Decidió que lo colocaría lo más alto posible y así lo hizo. No pudo resistir la tentación de colocar la bicicleta contra la pared y alejarse para echarle un vistazo. El resultado le pareció grandioso. Podía imaginarla con el manillar elevado, y el cambio era notable.

Se agachó para coger la llave, pero descubrió que no estaba donde la había dejado.

Sintió una súbita sensación de sofoco. Miró en todas direcciones con el corazón acelerándose en el pecho. Repasó mentalmente los últimos minutos y recordó la llamada telefónica de su madre. Corrió hacia el teléfono. Si bien no recordaba haberla llevado consigo, era la única explicación para su desaparición, a menos que las llaves inglesas volaran y ésta hubiese decidido irse a Londres a visitar a su familia. Tropezó con la mesa del teléfono y estuvo a punto de derribarla. La llave tampoco estaba allí.

Está fuera, en el césped, donde la has dejado. El asunto es que no has mirado bien.

Pero no estaba. Examinó cada centímetro cuadrado de la zona en que había trabajado y nada. Amplió luego el radio de búsqueda a cuatro metros de la bicicleta, aunque era impensable que la herramienta pudiera estar tan alejada. Además debía ser visible, sobre todo el mango rojo.

Procuró calmarse.

NUNCA tocar las pertenencias de Ralph.

Alguien tuvo que haber entrado en la casa y la habría cogido, se dijo. Era la explicación más estúpida, pero no se le ocurría otra. Emprendió una segunda búsqueda minuciosa, registrando una vez más cada sector tal y como había hecho hacía un momento, pero ahora sabiendo cuáles serían los resultados. Buscaba como si se tratara de un alfiler y no de una llave inglesa. La herramienta debía poder ser vista desde unos cinco metros. Si estuviera allí, claro.

Media hora de búsqueda fue suficiente para convencerse de que no la hallaría. En cierto sentido fue un alivio, porque significaba pasar a la siguiente fase y pensar qué haría a continuación. Lo primero que cruzó su cabeza, y que no fue una ayuda ni mucho menos, fue el recuerdo de la última paliza de Ralph, apenas una semana antes…

Su padre le había pedido el periódico del día anterior. Estaba leyendo el de ese día y dijo algo acerca de una subida de precios desproporcionada que, a su entender, era un ataque contra las buenas personas como él. Robert buscó el periódico en la cocina, lo cual fue sencillo porque estaba colocado en la parte superior de la pila de periódicos viejos. Ni Debbie ni él sabían por qué era necesario guardar los periódicos del mes anterior, pero allí estaban. Orden de Ralph.

Robert deslizó el periódico sobre la mesa, sin advertir la presencia del vaso de cerveza que su padre estaba bebiendo. Estaba casi vacío, de ahí que no lo viera. Cuando el periódico lo golpeó, el vaso rodó hacia un lado y los tres centímetros de cerveza que contenía se derramaron formando un pequeño río que corrió en dirección a Ralph. Éste se puso en pie de inmediato, al tiempo que Robert iniciaba una carrera a su habitación que

nunca concluiría. Ralph lanzó el periódico sobre la mesa; sentía la cerveza fría en su muslo izquierdo. Se movió con la velocidad de un rayo e interceptó a Robert en el pasillo, casi frente a su habitación. Una patada fue suficiente para derribarlo, y cuatro golpes con el puño cerrado en el estómago y la espalda bastaron para enseñarle a tener más cuidado.

Robert recordó el castigo por derramar tres centímetros de cerveza sobre la mesa y quizás la mitad de eso sobre el pantalón de Ralph. Ahora se trataba de una de sus herramientas. El simple hecho de haberla cogido lo haría acreedor a una paliza, pero perderla…

Perderla era otra cosa muy diferente.

OceanofPDF.com

4

Ben se desplazó por la superficie, hurgando en el pasado, sabiendo que no podría pasar inadvertido. Y la razón era evidente: si él podía advertir aquella presencia amenazante, era lógico que ésta pudiera percibir la suya.

Luchó contra el deseo de seguir descubriendo qué había ocurrido después de la desaparición de la llave inglesa. Necesitaba averiguar qué había hecho Robert ante el inminente retorno de Ralph, y sabía que la respuesta estaba al alcance de la mano. Sólo debía buscarla.

Sin embargo, en el desván estaba ocurriendo algo. Desvió su atención hacia la caja y vio cómo sus manos alzaban uno de los objetos del interior. Se trataba de un ejemplar de *La isla misteriosa*, de Julio Verne. Era una edición antigua; su portada mostraba un grabado en el que una isla pequeña y montañosa rodeada de un océano agitado se recortaba contra un cielo revuelto. La imagen en blanco y negro transmitía soledad y lobreguez al mismo tiempo, en especial el océano espumoso, golpeando pequeñas formaciones rocosas que emergían en las proximidades de la isla. Ben necesitó concentrar su atención en una de aquellas rocas para advertir que había un animal sobre ella. Primero pensó que era un perro, luego supuso que podía ser un zorro.

La antigüedad del ejemplar dejaba claro que llevaba un tiempo allí, y Ben supo de inmediato que pertenecía a su padre. En la caja había además una libreta, dos lápices negros y algo que llamó inmediatamente su

atención. Eran cartas para niños, de las que se utilizan para aprender las letras.

Ben olvidó por un momento su vulnerable situación. Se concentró en las cartas maltrechas que sostenía en sus manos, pasándolas una a una. En la parte superior rezaban: *Marty el conejo;* debajo, un conejo sonriente sostenía una de las letras del abecedario. Tenían los dibujos descoloridos y las esquinas dobladas. Era evidente que su dueño les había sacado provecho. Había varias letras que se repetían, lo cual le hizo suponer que más allá del aprendizaje de las letras, la utilidad de las cartas residía en formar palabras con ellas.

Las cartas desfilaron ante sus ojos.

S E J M G A S A K…

Siguió atentamente el paso lento de cada una, sus pulgares deslizándose sobre la superficie desgastada por el tiempo. Buscó un significado en el orden de las cartas, pero no lo encontró. Cuando se acabaron, entonces el proceso se repitió, sólo que en sentido inverso. Luego cesó. Ben contempló las cartas mientras sus manos las colocaban con suavidad en el suelo de madera del desván, junto al ejemplar de *La isla misteriosa* y al resto de los objetos. Dirigió de nuevo su atención a la caja, pero ahora sintiéndose aletargado. La caja estaba casi vacía, salvo el tercio inferior, ocupado por unas pocas prendas pulcramente dobladas. Sus manos se hundieron en la ropa… y Ben se mantuvo expectante mientras buscaban algo en el fondo.

Aguardó el desenlace como si se tratara de la resolución de un truco de magia. Pensó que incluso de eso se trataba aquello. Sus manos saldrían con un conejo blanco y regordete para el deleite de todos.

Marty el conejo.

Cuando una de sus manos se hizo visible, en efecto traía algo consigo, pero no se trataba de un pomposo conejo blanco. El Ben de las profundidades (que súbitamente recordó que las había abandonado por un sitio mucho menos seguro) experimentó un terror profundo cuando vio que sus dedos, aquellos que alguna vez le habían pertenecido y que ahora se movían sin control, aferraban un cuchillo.

La desesperación se apoderó de él. Aquél no era un cuchillo de plástico de los que se les dan a los niños en los aviones, no señor. La hoja de éste tenía al menos treinta centímetros, era ancha y anormalmente curva en el extremo. Su mano blandió el cuchillo de un lado a otro, exhibiéndolo delante de él como un instante antes había ocurrido con las cartas de Marty el conejo.

El cuchillo descendió hasta que la punta tocó su brazo izquierdo. Era estúpido pensarlo de esta manera, pero a pesar de que procuraba mantenerse lo más alejado posible, el cuchillo se acercaba cada vez más a él. Tenía el brazo en posición horizontal, delante de sus ojos, y pudo ver perfectamente el instante en que la punta afilada se clavó en la carne y un punto rojo creció alrededor.

Lo azotó un latigazo de dolor.

La punta se movió, describiendo formas en su brazo, trazando finos ríos enrojecidos y ardientes. Vio sangre brotando furiosa junto a la hoja de acero, como el mar embravecido en torno a las rocas en la portada de *La isla misteriosa*.

El proceso duró casi un minuto. Cuando se interrumpió, lágrimas pesadas rodaban por sus mejillas. Con la mirada nublada y su brazo lanzándole flechazos de dolor, Ben leyó espantado la advertencia en letras rojo sangre.

¡FUERA!

OceanofPDF.com

5

Luego de la desaparición de Ben, Rosalía pasó en su habitación más tiempo del habitual. Se limitó a preparar la comida, hacer la compra y ocuparse metódicamente del resto de sus obligaciones. El incidente ocurrido en el pasillo la noche de la desaparición de Ben se convirtió en un pensamiento recurrente; un fantasma invisible por momentos, pero corpóreo y atemorizante por otros.

Si abres la boca, despídete de Miguel.

Ella no conocía los detalles exactos de lo sucedido en Union Lake. Sí sabía lo suficiente como para sentirse culpable por no haber hablado a tiempo. Robert apenas se fijaba en ella o, mejor dicho, se fijaba tanto como en el resto; y si la idea de hablar con él acerca del incidente en la puerta de su habitación se le había cruzado por la cabeza, cada vez encontraba más razones para no hacerlo. Para empezar, no ayudaría en nada, y no sabía cómo podría reaccionar Robert ante algo semejante. Nada cambiaría si hablaba.

Pero había algo más, ¿no? Estaba claro que no serviría de nada hablar *ahora,* pero si, en lugar de encerrarse en su habitación y temblar de miedo, hubiese hablado *antes…*, ¿habría cambiado el curso de los acontecimientos?

Se sentía impotente. Cada lágrima derramada era un recordatorio del tiempo transcurrido desde la muerte de Ben. No creía que le fuera posible poder vivir con semejante culpa encima. Conforme los días pasaban, se sentía más desgraciada; y ocultar la verdadera causa de su pena era, en

cierto sentido, lo más doloroso de todo. Durante aquellos días había ido a casa de su hermana, había disfrutado de Miguel, pero no había podido evitar sentirse distante y perdida.

El incidente en la puerta de su habitación y el posterior hallazgo en Union Lake se mezclaban en un cóctel capaz de envenenar sus sueños cada noche. En ellos cerraba la puerta de su habitación y un llanto histérico se apoderaba de ella…

De repente reacciona y sale de la habitación. Allí no hay nadie esta vez y entonces atraviesa la casa con la intención de hablar con Robert. Sonríe, porque cree que si habla con él puede impedir el incidente en la planta abandonada. Corre, aún en camisón, pero en lugar de permanecer en la casa sale disparada a la calle. La recibe una noche oscura. Su camisón resplandece en aquella oscuridad, flotando fantasmalmente. No sabe exactamente por qué, pero se lanza a toda velocidad. Una revelación mágica la aborda: Robert no está en casa, pero ella sabe dónde encontrarlo.

Tras correr durante lo que cree que han sido horas, vislumbra la vieja planta de distribución de agua, un sitio abandonado que ha visto únicamente desde el autobús. Atraviesa el camino de acceso sintiendo cómo un sinnúmero de ramitas se incrustan entre los dedos de los pies. La sensación resulta tan real, que Rosalía tiene la impresión de que aquello está ocurriendo de veras. Incluso es consciente de haber tenido ese sueño antes, de haber tenido el mismo pensamiento antes, pero cada vez que nota aquellas ramitas haciéndole cosquillas en los pies, su fe se acrecienta. Se aferra con todas sus fuerzas a la idea de que esta vez todo será diferente. Esta vez llegará a tiempo…

Encuentra a Robert tendido junto al lago, como las otras veces. No ve un camión de bomberos, ni coches de la policía, ni al comisario Thomas Harrison o al jefe de bomberos Myers. Tampoco está Larry Holmes, saliendo empapado de la tubería auxiliar. Sólo Robert, arrodillado junto a un árbol inmenso, balanceándose como… como alguien que ha perdido el juicio.

Se acerca despacio. El viento sacude su camisón blanco.

Robert sostiene algo entre sus brazos, y ella no necesita acercarse para saber que se trata del cuerpo de Ben. Lo sabe, así como sabe que es en ese momento cuando lágrimas pesadas caerán de sus ojos.

Robert no advierte su presencia. Acuna a Ben. Acuna a su hijo muerto. Rosalía intenta hablar; después de todo, a eso ha ido. Pero ya es tarde. Ha llegado tarde, otra vez. Abre la boca para decir algo, cualquier cosa, no sabe qué. Entonces ocurre algo. Robert se vuelve de pronto, la observa con un rostro dolorido y modelado por un inconfundible cincel de ira. Sus cejas están enarcadas, su rostro surcado por un sinnúmero de arrugas que lo vuelven siniestro.

—¡ES CULPA SUYA! —grita.

Rosalía avanza un paso, pero Robert la increpa una y otra vez. ¡ES SU PUTA CULPA! Y ella sabe que es así; el corazón se encoge en su pecho y siente que de un momento a otro se convertirá en un órgano inútil y morirá. ¿No es lo que merece?

Pero entonces advierte algo más. Observa al niño que Robert tiene en brazos.

Ben tiene los ojos abiertos.

OceanofPDF.com

6

Matt Gerritsen recordó la noche anterior, que había comenzado con la llamada de su primo, e inmediatamente una sonrisa se le dibujó en el rostro. Randy tenía veintitrés años, vivía con sus padres (aunque según sus propias palabras lo hacía sólo por comodidad), era independiente, ganaba su propio dinero y detestaba las palabras *novia* y *matrimonio*. Las primeras no traían más que problemas, decía, y lo segundo era sólo un ejemplo de esos problemas.

Matt se sintió sumamente entusiasmado al escuchar la voz de Randy al otro lado de la línea. Llamaba para decirle que sus padres habían salido de viaje durante dos días y que disponía de la casa para hacer lo que quisiera. Aquello podía tener un alcance amplio tratándose de Randy, pero esta vez, explicó, no tenía en mente hacer ninguna fiesta, o al menos no una con demasiados invitados. Matt le preguntó qué significaba esto exactamente, pero él eludió la pregunta y le formuló una a su vez:

—*¿Recuerdas a Brenda Shiller?*

Matt la recordaba perfectamente. La había conocido en una de las visitas a casa de su primo.

Aquel día, una docena de amigos de Randy se paseaban por la casa. Matt se limitó a escuchar con atención las conversaciones del resto, todos mayores que él. Reparó desde el principio en la muchacha de voz estridente, que parecía no sentirse avergonzada mientras insultaba en medio de una conversación plagada de risotadas y gritos. Brenda vestía una falda

de una tela similar al látex, corta más allá de la altura media del muslo, pero que sin embargo no parecía limitarle los movimientos de sus largas piernas. Se debatía en uno de los sillones de la sala, riendo y blandiendo su cerveza mientras la falda roja se deslizaba dejando cada vez más de sus piernas al alcance de los ojos de Matt.

Hubo otro detalle de aquel primer encuentro que quedó grabado a fuego en la mente de Matt. Fue la forma en que Brenda envolvía con sus labios la botella de cerveza. La aferraba de manera que sólo dos dedos, el índice y el anular, se alzaban por la parte superior del cuello; luego llevaba la botella a la boca en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y por último sus labios rodeaban la embocadura de la botella como…

—¿La recuerdas o no?

Matt necesitó unos segundos para comprender que todavía aferraba el auricular. Randy siguió hablando.

—He organizado un encuentro con ella.

Silencio.

—Mis padres no están, ¿lo recuerdas?

La desconfianza inicial dio paso a la intranquilidad, y ésta a una especie de temor. Matt se sintió avasallado de pronto por los planes que Randy tenía en mente. Una cosa era masturbarse pensando en Brenda y su diminuta falda roja, y otra muy distinta vérselas con ella en persona.

Randy procuró tranquilizarlo. En primer lugar, le dijo, Brenda se comportaba de forma diferente en la intimidad, y cuando Matt abrió la boca para preguntarle a Randy cómo sabía semejante cosa, su primo le dijo simplemente que *¡en la intimidad era mucho más desenfrenada!*

Se presentó en casa de Randy más temprano de lo acordado. Suponía que de esa manera se adelantaría a Brenda y podría hablar con su primo a solas un momento, pero resultó que había calculado mal. Brenda Shiller ya estaba allí.

Randy lo recibió y lo condujo a la sala. Allí, Matt vio a una muchacha delgada y menuda a la que no conocía. En ese momento Brenda regresaba de la cocina con dos cervezas en cada mano; le entregó una a Matt y las restantes a Randy y a la muchacha, cuyo nombre resultó ser Cindy. Brenda

era definitivamente adepta a las minifaldas; esta vez vestía una tira ladeada lo suficiente para dejar al descubierto un insinuante ribete de su ropa interior negra. Llevaba además un *top* ajustado. Matt no era experto en telas, pero creía que la del *top* debía ser capaz de transparentar un sujetador negro. Como no vio rastro de él, supuso que simplemente no existía.

Apenas fue consciente de la conversación que tuvo lugar en la sala, pero debió de ser graciosa a juzgar por cómo el resto reía animadamente. Se permitió esbozar una sonrisa cuando advirtió que Brenda caminaba hacia él, y se sintió ciertamente aliviado cuando la muchacha lo esquivó para dirigirse, probablemente, de nuevo a la cocina. Sin embargo, se detuvo detrás de él y le habló al oído. Una mano lo envolvió y se afirmó a la altura de su abdomen. Brenda bromeó acerca de lo tenso que lo notaba…

La habitación giró vertiginosamente.

«Ahora sí que la he cagado», pensó Matt desanimado…, se había desmayado y caía al suelo. De un momento a otro sentiría el choque de su cabeza contra el embaldosado.

Pero no se había desmayado; al menos no todavía. El rostro de Brenda, cerca del suyo, era la prueba de ello. La muchacha lo había agarrado del brazo y lo había hecho girar hasta hacerlo quedar frente a ella. Sin rodeos, Brenda incrustó sus labios en los de él, ejerciendo fricción al principio, pero separándolos luego hasta que apenas se tocaron. No, no se tocaban; las lenguas lo hacían. Se enredaban como plantas trepadoras. Ella alzó su botella y lo propio hicieron Randy y Cindy, todos aullando como lobos. Matt enlazó la cintura de Brenda con su brazo libre. Sus dedos se apoyaron en la parte baja de la espalda desnuda, para descender lentamente hasta tocar su ropa interior e introducirse apenas bajo el elástico. También lanzó un grito de felicidad y bebió un trago de cerveza.

Minutos después, Randy se acercó a Matt y le hizo entrega solemne de dos pastillas con forma elíptica. Eran verdes y tenían una cruz tallada. Le dijo que en vista de que aquélla iba a ser una noche especial, le dejaría utilizar la habitación de sus padres.

Matt se sentía eufórico. La cerveza lo había iluminado. Sus pensamientos burbujeaban, enredándose unos con otros con efervescencia,

del mismo modo que lo había hecho su lengua con la de Brenda un rato antes. Pensaba en la falda diminuta, en desprender el cierre lateral, cuya presencia ya había advertido, y en aquellas piernas interminables.

Cindy eligió el sofá de la sala para tenderse y vociferar. Era evidente que llevaba bastante tiempo bebiendo o simplemente exageraba su estado de embriaguez. Tenía una de sus piernas montada en el respaldo del sillón y la otra colgaba del lado opuesto. Alzaba los brazos como si bostezara, todo sin dejar de reír. Matt la observaba. La muchacha emitía sílabas confusas, entre las que podía adivinarse el nombre de Randy, que en aquel momento regresaba de la cocina con dos botellas de cerveza adicionales. En la mesa baja había al menos media docena de envases vacíos.

De repente, Cindy se quitó la blusa. Mientras el talón de la pierna montada sobre el respaldo se hundía frenéticamente en él, ella luchaba para quitarse el sujetador. Cuando finalmente lo logró, dos pechos pequeños y erguidos se sacudieron. Matt apenas podía respirar. Brenda, a su lado, reía.

Los lobos aullaron.

Cindy vertió parte del contenido de la botella sobre sus pechos y sin dejar de contorsionarse reclamó la presencia de Randy. El líquido hacía que su piel brillara. La espuma formó un dibujo en torno a sus pechos, como los diseños irregulares que deja el mar sobre la arena al retirarse. Randy se abalanzó sobre ella.

Brenda agarró a Matt de la mano.

—Vamos, creo que no nos han invitado a esta fiesta.

Se dirigieron al piso superior.

La habitación de los Doorman era espaciosa, presidida por una cama del tamaño de un estadio de fútbol. Matt localizó rápidamente el equipo de música y se decidió por los grandes éxitos de Aerosmith.

Brenda dejó las dos botellas que traía consigo sobre la mesilla de noche. Al hacerlo, hizo que el reloj que despertaba a los Doorman cada mañana aterrizara en la alfombra y se estrellara con un golpe seco. Brenda se inclinó, y la visión del artefacto debió de resultarle graciosa por alguna razón, pues empezó a reír sin control. Matt la observó desde el extremo

opuesto de la habitación. Unos minutos después, habían dado cuenta de las pastillas de Randy.

Fue entonces cuando se encendieron las luces. Después de todo, la cama de los Doorman sí era un estadio de fútbol, con potentes reflectores y todo. Luces por todos lados. Brenda se acercó, y al igual que había hecho Cindy, se quitó el *top* con ambas manos. Matt descubrió extasiado que en efecto no llevaba sujetador, como había adivinado antes. Sus pechos, más grandes, por cierto, que los de Cindy, temblaron de un modo que hizo que la cabeza de Matt se disparara como una motocicleta potente.

—Déjalo así —pidió.

Ella aún no había terminado de quitarse el *top*. Se detuvo cuando éste formaba una franja de tela arrugada y sus pechos asomaban por debajo, ligeramente presionados por la prenda.

—¿Así te gusta*?*

Más luces.

Brenda se tambaleó. Matt creyó que podría sostenerla, pero cuando quiso hacerlo descubrió que la habitación se inclinaba hacia un lado. Se aferraron el uno al otro y trastabillaron juntos hasta la cama. Se dejaron caer pesadamente. La risa se había apoderado de ellos. Brenda se incorporó y logró erguir su cuerpo, de modo que sus rodillas quedaron una a cada lado del torso de Matt. *Tócalas*. Él estiró su mano. Matt veía el cabello rizado de Brenda, flotando sobre su cuerpo envuelto en *Love in an elevator;* luego su rostro, perlado de sudor, brillando. Sus cuerpos frotándose. Reían. El edredón rojo sobre el que estaban tendidos era un mar de sangre palpitante.

OceanofPDF.com

7

A pesar de la agitada noche, a la mañana siguiente Matt decidió salir de su casa temprano. Se dijo que podría comprarle flores a Andrea en el camino o recogerlas de algún jardín.

Fue agradable caminar, la temperatura no era demasiado alta, y las palpitaciones en su cabeza habían disminuido hasta casi desaparecer. No quedaban vestigios de la noche anterior, salvo los recuerdos desordenados y fúlgidos esparcidos en su mente.

Cuando cruzó Wakefield Road se encontró prácticamente solo en el *límite*, la zona de jardines perimetral al bosque. Se trataba de un cordón que serpenteaba en dirección norte-sur, y que en aquella zona alcanzaba el ancho de treinta metros. El césped estaba bien cuidado y había pinos alineados. También había mesas de madera con sus respectivos bancos alargados y papeleras metálicas.

Matt se sentó sobre una de las mesas, de cara al bosque, y colocó los pies sobre el banco de madera. Cada cierto tiempo algún vehículo silbaba a sus espaldas desde Wakefield Road; fuera de eso, era una tarde tranquila. Un autobús, que definitivamente necesitaba una revisión en el sistema de escape, ocultó los sonidos que Andrea produjo al subir a la mesa detrás de Matt y tapar los ojos de su novio con las manos.

—¿Quién soy?

—Hummm, déjame ver. ¿La señora Harrington?

Andrea dejó escapar una risita al escuchar el nombre de la bibliotecaria de la escuela.

—No. No soy la señora Harrington… Soy algo más delgada que ella.

—Oh, es cierto, la mesa no la hubiera soportado.

Andrea retiró las manos de los ojos.

—Eso ha sido… —Andrea sonreía. Iba a decir que había sido descortés hacia la bibliotecaria de la escuela, pero Matt se volvió y la miró a los ojos y ella sólo pudo pensar en lo mucho que le gustaban. Dejó la frase en suspenso.

—Una broma *pesada* —completó él.

Sus rostros se acercaron.

—Sabía que eras tú —dijo él en voz baja.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Puedo preguntarte cómo?

Andrea seguía de rodillas sobre la mesa, inclinada sobre el rostro de Matt, ahora vuelto de lado.

—Por tu perfume.

—Tú no sabes qué perfume uso. Si tú supier…

—¿*Truth,* de Calvin Klein?

Ella alzó las cejas, frunció los labios y ladeó la cabeza, todo sin decir nada.

—Digamos que he hecho mis averiguaciones —explicó él.

Andrea se deslizó sobre la mesa y se sentó junto a Matt.

—Perdón por la tardanza. Me entretuve en casa de Linda.

Matt recordó en ese instante su intención de comprar flores. Lo había olvidado por completo. Afortunadamente, el truco del perfume había funcionado; había sido un golpe de suerte que Andrea y su madre utilizaran el mismo.

Andrea escrutaba el bolso que sostenía en el regazo.

—¿Qué es lo que tienes que decirme, Matt? —preguntó ella sin alzar la vista.

—Respecto a eso, Andrea, he estado pensándolo desde que hablamos. Lo cierto es que ayer tuve un impulso; luego pasé la noche en casa de mi primo Randy, vimos una película. Él se durmió temprano, yo vi algo de televisión, bebí unas cervezas, pensé mucho en ti…

—¿En qué pensabas?

—El caso es que ahora pienso que quizás no es el momento. Con todo lo que ha ocurrido con tu hermano, no creo que sea justo que yo…

—Matt, por favor —lo interrumpió Andrea—. ¡Dímelo de una vez!

El tono no fue de reproche, sino de verdadera desesperación. Él hizo una pausa calculada, desvió la vista de los pinos y abetos, y la dirigió al rostro de ella. Llenó de aire sus pulmones y lo expulsó ruidosamente antes de hablar.

—Andrea, me siento muy bien cuando estoy contigo. Nunca antes me he sentido así… —Matt hizo otra pausa, esta vez para buscar las palabras justas—. Lo cierto es que siento deseos de que tengamos nuestra primera relación.

Andrea no respondió. Sería difícil precisar las emociones que la asaltaron, pero sin duda hubo sorpresa, tranquilidad, incredulidad, ¿miedo? Posiblemente todas ellas y alguna más también. Había pensado en el tema más de una vez. Muchas de sus amigas habían tenido relaciones, entre ellas Linda, y algunas incluso habían llegado bastante más allá de la primera. En lo personal, Andrea creía haber llegado a aceptar la idea de tener relaciones antes de casarse. Se consideraba cerca de Dios, rezaba y hablaba con él cuando lo necesitaba. ¿Pero acaso Dios no la había preparado física y mentalmente para *hacerlo?* ¿Acaso ella no lo deseaba *ahora?* Todavía no le había puesto rostro a la persona con la que compartiría un momento tan importante, pero sí había sabido siempre que la primera relación tenía que ser con alguien especial. Alguien por quien sintiera cosas.

—… sexual.

Andrea enfocó la vista. Encontró el rostro de Matt muy cerca del suyo, con sus ojos empequeñecidos y una sonrisa amplia.

—¿Qué? —preguntó.

—Me refiero a nuestra primera relación… sexual —dijo Matt.

—Claro.

—¿En qué pensabas?

—No sé, me has sorprendido.

Matt pasó su brazo por encima del hombro de su novia y la atrajo hacia sí.

—Matt…

—¿Sí?

—No quiero que me malinterpretes ni que te sientas molesto por lo que voy a decir, pero me gustaría pensarlo.

—¿Molestarme? No veo motivo para semejante cosa. De hecho, la idea era que lo pensaras, no tenía intenciones de llegar hasta el final del asunto en esta mesa de madera —bromeó, y le guiñó un ojo.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecer.

Matt supo entonces que no esperaría demasiado hasta acostarse con Andrea. Era cuestión de manejar el tema como lo había hecho hasta ahora y sería sólo una cuestión de tiempo. ¡No veía la hora de llamar a Randy por teléfono para contárselo!

OceanofPDF.com

8

—¿Hola?

—Randy, soy Matt…

—¿Cómo estás?

—De maravilla.

—Se te nota eufórico. ¿Aún sigues bajo el efecto de Brenda?

—Estuve con Andrea.

—¿Con quién?

—Andrea Green, ¿recuerdas que te hablé de ella?

—Ah, sí. ¿Qué pasa?

—Creo que muy pronto alguien se llevará el premio gordo.

—¡Felicidades!

—Gracias.

—Supongo que no me has llamado sólo para contarme eso.

—No.

—¿Entonces?

—Randy, olvidé preguntarte… ¿Has podido hablarles de mí?

—Aún no. No he tenido ocasión. Pero he oído que habrá una operación importante. No sé mucho, pero puede ser una buena oportunidad.

—Háblales de mí, Randy, por favor.

—Sabes que lo haré, primo. Siempre me he preocupado por ti. Creo haber sido yo quien te concedió una noche con Brenda Shiller…

—Claro. Gracias, Randy.

—De nada. Y respecto a la muchacha Green: buena maniobra. ¡Nada se compara con anotar en la primera entrada!

Ambos rieron y se despidieron.

OceanofPDF.com

9

—Andrea, no he podido resistir la tentación de llamarte. Ha sido más fuerte que yo.

—Está bien, conozco a Linda Harrison a la perfección. Iba a llamarte también, pero preferí dejarte sufrir un rato.

—Maldita… ¡Cuéntame todo! ¿Qué te dijo?

—Nada para preocuparse, todo lo contrario. Me propuso…

—¡Qué te propuso!

—Me propuso tener nuestra primera relación…

—¡Vaya!

—Misterio develado.

—¿Qué contestaste?

—Que lo pensaría. Y de hecho lo haré. Aunque siento que Matt es la persona indicada.

—Me alegro por ti.

—Tendrás que darme algunos consejos…

—Claro, como si fuera experta por haber pasado un minuto y medio sufriendo bajo Crispin Sollman. No es mucho lo que hay que hacer, Green. Ya lo hemos hablado. Recuéstate…

—… y si no me gusta su rostro, cierro los ojos, lo sé. Creo que su rostro me gusta, así que me ahorraré esa parte.

—¿Cuándo le darás una respuesta?

—No sé. Quiero tomarme unos días…

—Me parece bien.
—Gracias por preocuparte.
—¿Preocuparme? Nada de eso… ¡me moría de curiosidad!
Ambas rieron y se despidieron.

OceanofPDF.com

10

La familia Green concluyó la cena en silencio.

Danna le dijo a Robert que necesitaba hablar con él, y Andrea supo que debía marcharse. Rosalía, que podía predecir una tormenta con sólo mirar el cielo, supo de inmediato que una estaba aproximándose y se apresuró a recoger la mesa. Luego se marchó sigilosamente.

Robert se puso en pie y permaneció sin moverse ni saber qué hacer. La proximidad de Danna cuando ésta se volvía irracional hacía que alguna pieza en su interior se atascara y todo su cuerpo se paralizara. No podía controlarlo, y menos cuando había un ingrediente adicional que lo complicaba todo, como en este caso. Por lo general, podía prever los motivos por los que Danna quería hablar con él; incluso podía pronosticar si todo el asunto desembocaría o no en una pelea. Pero esta vez no tenía la más mínima idea de qué se traía su esposa entre manos. Y lo peor era que, a juzgar por su expresión, se trataba de algo importante.

—Tenemos que hacer el viaje —dijo Danna.

Si Robert había tenido alguna esperanza en cuanto a evitar una confrontación, se desvaneció al escuchar aquellas cinco palabras. La idea de hacer el viaje era un disparate.

—¿Viajar a Pleasant Bay?

—Exacto. Como teníamos previsto.

Robert se sintió superado, sus piernas no lo sostuvieron. Se sentó en una de las sillas, pero no lo hizo frente a Danna, sino en el extremo más alejado

de la mesa.

—Danna, realmente me sorprendes. No creo que sea prudente viajar en este momento.

—¿Por qué no?

Ahí estaba, el punto de inflexión. Cuando Danna dejaba la razón y la lógica de lado, resultaba imposible predecir el curso de una conversación con ella. Robert empezaba a sentirse indefenso y desesperado, y sabía que entraba en un terreno en el que lo que dijera tenía poca importancia. O nula.

—No me parece adecuado.

—Ya lo has dicho. Quiero saber por qué.

—Creo que hay… ciertas… formas.

Apenas pronunció aquella frase desarticulada, Robert fue consciente de lo que acarrearía. Al menos podía concederse que lo supo. No supo en cambio qué quiso decir al referirse a *ciertas formas;* le importaban un rábano las *formas,* los comentarios de terceros o todo lo accesorio a la desaparición de Ben. Sí creía en el respeto a su hijo y en el dolor enloquecedor de algo tan difícil de aceptar como el hecho de no poder estrecharlo entre sus brazos nunca más. Sí creía en ser respetuoso con la memoria de Ben, y pasearse por la playa privada de un hotel de lujo en estos momentos distaba bastante de eso. De hecho, lo consideraba literalmente una aberración.

—¡CIERTAS *FORMAS!* —bramó ella, poniéndose en pie y estrellando las palmas sobre la mesa.

Robert se sobresaltó e instintivamente también se puso en pie. La escena hubiera resultado cómica de haber sido otro el contexto.

—Hoy en el gimnasio he tenido que soportar los comentarios de todo el mundo, y ha sido así en todas partes. —Danna hablaba con el labio superior levantado, subrayando cada palabra con un nuevo golpe en la mesa.

—Yo no quise…

—Todos observando a la pobre madre y haciendo sus conjeturas. Si así van a ser el resto de los días aquí, entonces prefiero irme.

Robert retrocedió un paso.

Danna caminó de un lado a otro como días atrás lo había hecho en su habitación, después de lanzar las maletas por los aires. En aquella ocasión la cama matrimonial se había interpuesto entre ellos, ahora era la mesa en que cenaban cada noche.

De pronto ella se detuvo, giró sobre sí misma y agarró uno de los platos decorativos de la pared. Lo sostuvo en alto. Robert siguió sus movimientos con horror, con la imagen aún presente de las maletas atravesando la habitación. Desde el plato, la figura de un ave pintada a mano lo observaba en silencio.

Danna lanzó el plato con un movimiento acelerado. El ave se precipitó al suelo a la velocidad de la luz, e impactó con una explosión metálica, haciendo que cientos de fragmentos de porcelana viajaran en direcciones radiales.

Robert observó horrorizado los otros tres platos que aún colgaban de la pared.

—¡No voy a soportar que cada estúpido habitante de esta estúpida ciudad me juzgue! Nos iremos.

—Pero el trabajo…

—Lo hemos planificado una vez, podemos hacerlo de nuevo. Haré los preparativos.

Danna seguía moviéndose, apartando las sillas a medida que avanzaba, a pesar de que no le estorbaban. Robert desviaba la vista de su esposa a los platos que aún se mantenían en pie, luego de nuevo a Danna. Hasta ese momento el enfrentamiento habría podido ser encuadrado como típico; un breve diálogo en el inicio para desembocar en la ira de Danna, sazonada con algún lanzamiento violento, en este caso uno de los platos decorativos del comedor. Nada fuera de lo común. Siguiendo los patrones normales, cabría esperar que Robert continuara inmóvil, arrepintiéndose por no haber evitado aquello (aunque sabía que tal cosa era imposible), y Danna se saldría con la suya. Apostar en contra de ese desenlace hubiera sido un suicidio.

Sin embargo, las palabras que Danna pronunció a continuación tuvieron la potencia suficiente para torcer el curso de los acontecimientos.

Ensanchando las fosas nasales, dijo:

—No tengo la culpa de que nuestro hijo haya sido tan estúpido como para introducirse en esa tubería.

Y Robert se quedó helado.

Se consideraba un hombre inteligente. Más de una vez había intentado bucear dentro de sí para llegar a la raíz de su comportamiento en situaciones como ésta. No era necesario ser Freud para comprender que la relación con su padre tenía mucho que ver, pero un razonamiento tan básico no le había ayudado gran cosa. Ante un enfrentamiento sentía la mente vacía, se mareaba y las piernas se le aflojaban; su primera reacción era terminar la discusión e irse. Más tarde podía arrepentirse, pero en el momento no le era posible hacer otra cosa.

Esa noche fue diferente.

Ben no había sido estúpido —nunca lo había sido— y si Robert se sentía orgulloso de algo en la vida, era de sus hijos.

—Danna, no permitiré que hables así de Ben. —Robert no gritó. No golpeó la mesa. Pronunció la frase en un tono pausado, que le dio más gravedad que una reacción violenta.

—¡Voy a hablar como me dé la gana!

—No de Ben.

Robert rodeó la mesa y avanzó al encuentro de Danna. No sabía qué haría cuando llegara a ella, ¿abrazarla?, ¿abofetearla?, ¿detenerse? No tenía manera de saberlo. Nunca antes le había hecho frente de esa forma en una discusión.

Ella retrocedió un paso, observándolo con actitud amenazante; le clavó una mirada punzante, mientras balanceaba su cuerpo como un animal en el instante previo a atacar. Derribó de un manotazo rápido dos de los platos de la pared, que se estrellaron ante los pies de Robert haciendo que su inusual arrojo se desvaneciera como por arte de magia.

—No sé en qué estás pensando, Robert Green. Realmente no sé en qué *mierda* estás pensando.

Danna rodeó la mesa en sentido contrario al que se encontraba su esposo. Mientras caminaba, arrastrando los pies y acariciando los respaldos

de las sillas con su mano derecha, fijó sus ojos en los de Robert, que la observaba sin poder articular palabra, de pie como un niño gigante al que acaban de regañar.

Danna llegó a la embocadura del pasillo y le lanzó una última mirada fulminante.

—Espero que una noche en el sillón aclare tus ideas —dijo, y desapareció.

Unos segundos después el estruendo de la puerta de la habitación al cerrarse se hizo audible en la quietud de la casa.

OceanofPDF.com

11

Recoger los fragmentos le llevó unos diez minutos.

Cuando terminó, apagó las luces del comedor y se dejó caer en una de las sillas. Envuelto en una oscuridad a la que sus ojos tardaron en acostumbrarse, enlazó las manos y apoyó los codos sobre la mesa. Luego posó el mentón sobre sus dedos, como si rezara.

Su mente se empecinó en repasar la discusión.

No tengo la culpa de que nuestro hijo haya sido tan estúpido como para introducirse en esa tubería.

Las imágenes de Danna lanzando los platos dieron paso indefectiblemente a un conglomerado de situaciones acaecidas en los últimos días. La espera en Union Lake mientras los buzos hacían su trabajo de búsqueda, la bicicleta Ranger de Ben con el escudo de los Yankees en el frente y, por último, Larry Holmes, sacudiendo la gorra azul en su mano izquierda.

Envuelto como estaba en el silencio y la oscuridad de la casa, fue sencillo que aquellas imágenes humedecieran sus ojos. En respuesta, extrajo el móvil del bolsillo de su pantalón. Marcó el número de Mike.

Su amigo respondió de inmediato. Le habló de la discusión con Danna y, aunque fue esquivo con algunos detalles, no lo hizo porque Mike no pudiera entenderlos, sino para no agobiarlo ni agobiarse a sí mismo. Necesitaba desahogarse y ser escuchado, y contaba con Mike para ello. Su

amigo incluso se ofreció a ir a verlo, pero Robert le dijo que no era necesario.

Hablaron durante un rato y convinieron en reunirse al día siguiente, en el porche. El solo hecho de pensar en pasar unas horas con Mike hizo que Robert se sintiera mejor. La soledad de la casa no era buena compañía.

Robert no sabía que a pocos metros sobre su cabeza, desde una rejilla de ventilación que no había advertido (y que no advertiría nunca), dos ojos lo estudiaban con atención.

Benjamin se sentía ansioso. Allí abajo los acontecimientos marchaban en la dirección correcta.

Marchaban incluso más deprisa de lo que él había previsto.

OceanofPDF.com

Capítulo 5: El primer mensaje al mundo de abajo

OceanofPDF.com

1

Lunes, 30 de julio, 2001

Mike Dawson vivía en una casita austera pero acogedora. Podía permitirse algo más grande, y de hecho la casa que había pertenecido a su familia lo era, pero haberla vendido ocho años antes había sido una decisión acertada. Después de la muerte de sus padres, permanecer en aquel monstruo desproporcionado de seis habitaciones se había tornado insoportable. Lo hizo mientras pudo, hasta que comprendió que cada día que pasaba allí su existencia se asemejaba más a la de un fantasma.

Su padre murió trabajando. La secretaria lo encontró durmiendo sobre el escritorio y decidió no molestarlo; a las dos horas se acercó y lo sacudió, pero lógicamente aquello no hizo que Ronald recuperara la vida que lo había abandonado producto de lo que los médicos catalogaron como un ataque cardiaco *fulminante*. Margaret Dawson lo siguió un año después. Al dolor ocasionado por la muerte de su esposo, se sumó un cáncer diagnosticado tardíamente, que avanzó con velocidad arrolladora. Mike vivió la enfermedad de su madre de un modo particularmente doloroso, mezclada con los sinsabores de su vida personal.

Aquéllos fueron tiempos difíciles, y la casa de tres pisos en la que había vivido toda su vida se convirtió en testigo de sus miserias.

Cuando el cáncer de pulmón concedió finalmente a Margaret su lugar en el cielo, Mike sabía que su relación con Rachel Delany tenía los días

contados. Durante el funeral de su madre, Rachel se mantuvo cerca de Mike; se puso un vestido negro con encajes, gafas oscuras y aceptó con mesura las palabras de condolencia de los deudos. Lo hizo bien. También se comportó correctamente los días siguientes, acompañando a Mike en su dolor. Habiendo apenas cumplido los treinta años y siendo hijo único, la ausencia de sus padres convertía a su familia en algo minúsculo. Rachel le dio palabras de apoyo y lo consoló… durante una semana.

Quizás fue lo máximo que pudo tolerar, o fue lo que le pareció correcto. Una semana. Mike sabía que las cosas entre ellos no iban bien, que había que ajustar algunos tornillos en la relación, y suponía que la enfermedad de su madre le había impedido ver ciertas cosas, pero ahora que ella no estaba, sin duda podría ocuparse de ellas.

Él y Rachel saldrían adelante. Iban a casarse dentro de seis meses, ¿no?

No.

Los planes de Rachel Delany no incluían una boda, al menos no con Mike. Se lo dijo tras una cena en la gigantesca casa que Mike empezaba a odiar. Una pizza grande con jamón y cebolla, vino tinto y helado para el postre conformaron el menú. Mike se dispuso a escuchar lo que Rachel tenía que decirle; algo importante, le había adelantado. Ella habló en un falso tono casual, como si se dispusiera a hacer un comentario intrascendente y no a poner fin a la relación.

La relación que se había iniciado hacía cuatro años terminaba en ese momento, con dos porciones de pizza enfriándose en una caja de cartón. El queso, que otrora se mostrara reluciente e hirviente, con aceitunas perfectamente distribuidas y el rosado jamón decorado con sonrisas de cebolla, eran un recuerdo. En aquella noche olvidable, en una casa no menos olvidable, una caja de cartón y algunas porciones de pizza frías eran los únicos testigos de un final inesperado, al menos para Mike. Una relación con proyectos en común, incluso el compromiso de contraer matrimonio, todo, señoras y señores…, a la basura.

—¿Por qué?

Rachel Delany bajó la vista. Unos cinco meses antes la compañía de seguros para la que trabajaba la había despedido por la pérdida de unos

documentos. Mike la había apoyado aun cuando la causa *justificada* la dejó sin la indemnización que le correspondía, después de pasar más de diez años en la compañía. En aquel entonces, su prima le recomendó un abogado, uno que se especializaba en ese tipo de casos.

Frank, seguro que lo recuerdas, te he hablado de él.

Mike lo recordaba. Aunque en aquellos momentos había estado ocupado aceptando que algo llamado cáncer se comía a su madre como si fuera *Alien, el octavo pasajero*, Mike recordaba al glorioso Frank, que había asegurado que los bastardos de la compañía de seguros le pagarían a Rachel el doble de lo que le habían negado y que le correspondía.

Por esos días, Rachel se alegró e incluso se sintió motivada para buscar un nuevo empleo.

Sí señor, Mike recordaba al fabuloso abogado Frank.

Según la crónica adaptada para parejas engañadas de esa noche, Rachel le dio a entender que al poco tiempo de conocer a *Perry Mason* comenzó a enamorarse de él, y lo propio ocurrió a la inversa. No tenía palabras para expresar lo arrepentida que estaba por haberlo hecho a espaldas de Mike, pero en su defensa dijo haberse sentido sumamente confundida. Además, tampoco había sabido cómo manejar algo así en un momento tan difícil como la enfermedad de Margaret.

Aquella noche Mike dijo algunas estupideces que se le ocurrieron en el momento, pero no pudo comprender ni por asomo qué estaba ocurriendo, y mucho menos bucear en su interior para elaborar pensamientos complejos y expresarlos en voz alta. Todo lo que su corazón tenía que decir se manifestaría como heridas durante los días siguientes, meses, quizás años. Quién sabe. Esa noche se despidió de Rachel como si realmente hubieran ultimado algún detalle de la boda y no puesto fin a la relación.

Rachel Delany se marchó de la casa talla XL observándolo con incredulidad, quizás sorprendida por el modo en que Mike se tomaba el asunto. Nunca más volvieron a verse.

Mike pasó la noche en vela, y cuando amaneció, aún seguía sin comprender muchas cosas. Pero había una cosa que sí le había quedado

clara: *Tenía que deshacerse de la casa*. Compraría una nueva, pequeña, a la que una sola persona la hiciera ver abarrotada de gente.

Vendió la propiedad que había pertenecido a sus padres más rápido de lo que había creído. Se mudó a una casita acogedora en la calle Park, que él mismo eligió, y por un momento se permitió pensar que las cosas saldrían bien. Su vida tenía cosas buenas, como su amistad con Robert o su trabajo, que se convirtió en su refugio por aquellos tiempos.

Se olvidó de Rachel Delany e incluso se convenció de que el final de la relación había sido para mejor. Tuvo otras relaciones, pero ninguna lo suficientemente seria ni duradera como para merecer siquiera una mención. Mike había aprendido la lección. No se había vuelto un individuo en contra de la vida conyugal, ni mucho menos; su interés por las mujeres no había disminuido y no se dedicaba a sentarse en el bosque a mirar pasar jovencitos. Simplemente, era más precavido. Una mujer debía cumplir más requisitos para ocupar un lugar en su vida. De hecho… muchos más requisitos. Un formulario de varias páginas.

Un año después del episodio de Rachel y la pizza de jamón y cebolla, conoció a Rebecca Taylor, una mujer más joven qué él, estilizada y bonita, con quien mantuvo una relación de casi un año. Con Rebecca llegó a idear algunos proyectos, al menos en su cabeza. Constituía un paso importante, pues una de las secuelas de su fallido casamiento había sido la de no permitirse planificar a largo plazo. La conoció por casualidad; Mike buscaba una joya para obsequiarle a una de sus primas como regalo de boda, y la mujer, cinco años más joven que él, se encargó de mostrarle algunas en la tienda en la que trabajaba. Simplemente lo deslumbró. Le pidió su número de teléfono y ella se lo dio.

Fueron a cenar y empezaron a verse. Mike permitió que la relación prosperara y aquello pareció alentar a Rebecca a sentirse aún más libre y segura de sí misma. Lo suficientemente libre y segura como para que empezara a hablar de dejar su empleo, del cual poco faltaba para que la despidieran.

La tarjeta de crédito había sido idea de Mike. Rebecca hacía algunos gastos esporádicos en ropa, perfumes, cosas que a Mike incluso le gustaban.

Proporcionarle la extensión no le había parecido gran cosa al principio, salvo que despertó a la verdadera Rebecca, agazapada en algún sitio a la espera de salir a la luz.

La mujer simple, prototipo del ama de casa americana de los años cincuenta, se desintegró en cuanto vio su nombre en una tarjeta American Express. Empezaron las jornadas maratonianas en el centro comercial, los gastos innecesarios, todo financiado por el rectángulo de plástico que Rebecca supondría que constituía una especie de crédito divino e inagotable.

Mike comprendió que más allá del cambio de comportamiento de Rebecca Taylor, quien para ese entonces pasaba algunas noches en su cama, la relación no tenía el sustento de amor necesario, ni proyectos en común, ni nada que justificara que siguiera adelante.

Esta vez fue Mike quien terminó las cosas… sin pizza de por medio.

Desde entonces no había habido ninguna mujer en su vida que pasara de una cena o una salida ocasional. Vivía solo en una casa pequeña, tenía cuarenta y cinco años y suponía que sus vecinos, con los que no tenía trato, pensarían que era alguna especie de psicópata o algo parecido. Parecía ser que un hombre soltero, blanco, sin una relación estable, era el perfil perfecto para los lunáticos. A veces salía de su casa y veía que alguno de sus vecinos apresuraba el paso para no toparse con él o le dirigía una sonrisa nerviosa. Quizás a más de uno le resultara sospechoso que viviera en una casa humilde, en una zona que no era precisamente residencial, y que aun así condujera un último modelo que cambiaba cada año. Quién sabe. A Mike no le interesaba si la mitad de sus vecinos pensaba que en el jardín trasero sembraba cadáveres, y la otra mitad que en realidad los guardaba en el congelador en bolsas de plástico rotuladas.

Desde hacía unos años se sentía conforme con el modo en que llevaba su vida. Tenía cosas que valoraba mucho, y aquellas que aún buscaba… llegarían cuando fuera el momento indicado. Era una buena filosofía para vivir, y fue lo que pensó esa mañana, mientras se preparaba un copioso desayuno ataviado con su bata de seda. *Las cosas que aún buscaba… llegarían cuando fuera el momento indicado*. Repasó cada palabra mientras

se servía cereales con leche. Hacía varios días que repetía el mismo ritual pensando en lo mismo. Desde la desaparición de Ben y la búsqueda en el bosque en la que había participado junto a Allison Gordon.

Allison…

… llegaría cuando fuera el momento indicado.

OceanofPDF.com

2

Junto a la oficina del comisario, un cuarto pequeño daba cobijo a documentos fuera de circulación y trastos. La puerta permanecía normalmente cerrada y no era usual que algún miembro del cuerpo de policía se viese en la necesidad de entrar en él. Lo llamaban *el archivo,* lo que quizás fuera un poco pretencioso teniendo en consideración que la documentación reciente (y útil) estaba en los ficheros que ocupaban una de las paredes largas de la comisaría. El archivo era una especie de agujero negro policial cuya población seguía creciendo gracias a pensamientos del tipo: «Puede que algún día una de estas cosas sea necesaria».

Allison entró esa mañana y cerró la puerta tras de sí. Era la segunda vez que lo hacía. La primera había sido el día anterior, acompañada por el comisario. En la pared trasera había tres ficheros polvorientos sobre los cuales se erguían tres torres de carpetas; las paredes estaban desconchadas y la única bombilla, bajo una lámpara de aluminio con forma de sombrero chino, proyectaba un haz cónico amarillento y poco efectivo. Allison se dijo que debía reemplazar la bombilla si pretendía pasar allí varias horas haciendo lo que Harrison le había encomendado.

Contra una de las paredes, junto a una estantería estrecha que amenazaba con caerse, había un viejo escritorio de madera con dos cajones a cada lado. El escritorio tenía una repisa adosada con dos estantes; en uno de ellos había una serie de cintas de audio. Allison se acercó y apoyó sobre la mesa el reproductor portátil que había cogido de la sala de

interrogatorios. Miró a su alrededor con cierta decepción. Tomó nota mental de llevar algún ambientador la próxima vez que entrara allí.

Apartó la silla de madera y con los dedos comprobó, como había esperado, que estaba cubierta por una película de polvo. Tomó prestada una pila delgada de documentos y se sentó sobre ella. En el suelo, junto al escritorio, vio las dos cajas de cartón a las que Harrison había hecho referencia el día anterior. Eligió empezar por la más grande. Se inclinó, la agarró con ambas manos y la depositó sobre el escritorio. Se miró las manos y resopló al ver las puntas de los dedos tiznadas de negro. Resignada, vació el contenido de la caja. Unas cuantas cintas de audio cayeron ruidosamente. Eran treinta o cuarenta, estimó, y aún no había visto la caja más pequeña.

El día anterior, por la mañana, Harrison había entrado en el archivo por alguna razón que no mencionó y se encontró, según sus propias palabras, *con todo hecho un verdadero caos*. Cuando Allison terminó su turno en la radio, él se acercó y le preguntó si podría ocuparse de organizar las cintas. Se requería paciencia y meticulosidad; el contenido era confidencial y de variada procedencia. Harrison le dijo que no hacía falta que las escuchara *completas,* sino simplemente el inicio, donde generalmente se especificaba de qué se trataba la cinta. Cuanta más información pudiera reunir de cada una, mejor sería. Algunas ya disponían de inscripciones, por lo que quizás fuera necesario únicamente reemplazar el rótulo por uno nuevo. Harrison se ocuparía más tarde de seleccionar personalmente aquellas cintas que conservaría.

Allison decidió poner manos a la obra. La realidad era que el comisario no le encomendaba ese tipo de tareas con frecuencia, y si lo había hecho esta vez había sido basándose en la confianza que le tenía. Allison lo valoraba. De todas maneras, se había impuesto que dedicaría, a lo sumo, una hora diaria a la clasificación, no más que eso. No se trataba de una tarea prioritaria; las cintas llevaban mucho tiempo en esas condiciones y unas semanas más no tendrían importancia. Allison no quería que Tom pasara más tiempo solo del que era necesario. Trabajaría en el archivo una hora al día, y eso sería todo.

Deshizo la pirámide de cintas y las distribuyó en el amplio escritorio. Rápidamente, identificó tres grupos: aquellas que estaban rotuladas, aquellas que lo habían estado pero cuya etiqueta no estaba en su sitio y, por último, las que en apariencia nunca lo habían estado. Vio también algunas etiquetas sueltas y comenzó a apartarlas. Harrison había dicho que todas las grabaciones debían estar precedidas por una explicación de lo que contenían, lo cual sin duda simplificaría el asunto enormemente; pero Allison tenía la leve sospecha de que no sería así. En ese caso no tendría más remedio que recurrir a Harrison. La tarea sería ardua.

OceanofPDF.com

3

Mike tamborileaba con los dedos sobre el volante del Saab. Llevaba unos cuarenta minutos de guardia cuando comenzó a preguntarse si en la comisaría no existiría una salida trasera que Allison pudiera haber utilizado. Era probable. De cualquier modo, la espera no hizo más que acrecentar su impaciencia y convencerlo de que lo que hacía era una estupidez digna de un adolescente. Si quería hablar con Allison Gordon e invitarla a cenar, no tenía más que buscar su teléfono en la guía, llamarla, y hacerlo directamente. Aguardar a cincuenta metros de su trabajo escondido en su coche era para los detectives de Nueva York, o para los cobardes.

Y él ni era un detective ni estaba en Nueva York.

Seguramente ni siquiera se acercaría a hablar con Allison en cuanto la viera salir. Se limitaría a observarla desde allí, jugando a Michael Douglas en *Las calles de San Francisco* y maldiciendo por haber perdido una hora de su tiempo.

—¡Hola!

Mike se sobresaltó al escuchar una voz procedente de la derecha. No la reconoció, y al volverse comprobó que el rostro más allá del cristal pertenecía a la oficial Dufresne. Su corazón palpitaba con fuerza; no había visto llegar a la mujer. Se las arregló para oprimir el botón correspondiente y bajar la ventanilla con una sonrisa.

—Hola, Dawson. —Patty Dufresne le tendió la mano.

—Hola.

—¿Busca a alguien?

—No, en realidad no.

—¿No?

—Acabo de traer a una persona. Vive allí. —Mike señaló una casa al azar—. Supongo que me he distraído un buen rato.

Dufresne sonrió.

—Será mejor que me vaya —agregó Mike, fingiendo fijar su atención en el reloj digital del salpicadero del Saab—. Debo atender unos asuntos y definitivamente no podré hacerlo desde aquí.

—Que tenga un buen día, Dawson.

Mike le dio las gracias y puso en marcha el coche. Patty Dufresne retrocedió un paso cuando el vehículo se puso en movimiento. Mike aceleró y al cabo de unos segundos vio por el espejo retrovisor que la mujer se quedó observándolo antes de regresar a la comisaría. Supo que ella no había creído una sola palabra de lo que le había dicho. Probablemente la casa que había señalado estaba deshabitada desde hacía tiempo. Había sido un estúpido.

Patty Dufresne, por su parte, no sabía si la casa que Mike había señalado estaba deshabitada o no…, pero era policía, y sí se había preguntado por qué alguien apagaría el motor de su coche cuando simplemente ha dejado a una persona.

Al regresar a casa, Mike se sintió frustrado. Pasó una hora en el estudio procurando concentrarse en una novela, pero *Buick 8* no le proporcionó la distracción necesaria para alejarlo de los acontecimientos en la puerta de la comisaría y su comportamiento digno de *American Pie*.

Pensaba en eso cuando el timbre del teléfono lo sobresaltó. Mientras se dirigía a la sala, recordó la llamada de Robert de la noche anterior y su relato de la discusión con Danna. Se culpó por no haberlo llamado ese día para ver cómo estaba. Supuso que sería él quien llamaba.

¿Quién si no?

OceanofPDF.com

4

Tras media hora de trabajo, Allison tenía clasificadas las cintas en tres montículos. Las cintas sin identificación, que eran las que verdaderamente la preocupaban, eran unas veinte. Suponiendo que la caja número dos contuviera la misma cantidad que la uno (lo que en realidad era una suposición sumamente arbitraria), el trabajo le exigiría más tiempo del que había creído al principio. Quizás tres sesiones de una hora cada una.

Escogió una de las cintas del montículo de las sin identificación y la introdujo en el reproductor. Había llevado consigo un par de auriculares, lo cual resultó una buena idea, pues la calidad de la cinta era pésima. Aun así, tuvo suerte con la primera grabación, ya que una voz que no reconoció se encargó en los primeros segundos de especificar la información necesaria para identificarla. Interrogatorio a Jason Anthony Worthington, asalto a mano armada expediente 027-036, 3 de marzo, 1989. Satisfecha, apuntó los datos en una etiqueta autoadhesiva. Extrajo la cinta y se la pegó. La colocó temporalmente en la repisa del escritorio; más tarde tenía pensado ordenarlas por fecha.

Bebió el último sorbo de café frío.

Encontró dos cintas unidas por cinta adhesiva y decidió que serían las próximas. Introdujo una en el reproductor y presionó PLAY.

Esta vez no se habían tomado la molestia de indicar de qué trataba la cinta. Escuchó:

No es indispensable dormirse por completo, pero si siente sueño, no se resista, es posible que abandone la sensación de bienestar que lo embargará en un momento. Con esto en mente, debe mirarme a los ojos y permitir que agarre sus pulgares… Así. Muy bien.

Luego, silencio.

Allison enarcó las cejas. Avanzó la cinta, luego presionó PLAY otra vez.

La voz que llegó a sus oídos no era la misma de antes; pertenecía a un hombre que hablaba sin variar el tono. Allison la había escuchado antes, pero la mala calidad de la grabación le hizo imposible identificar a su dueño.

… regreso al jardín delantero de la casa. La llave inglesa no está. ¡Ha desaparecido!

Retrocedió la cinta. Allí estaba otra vez la primera voz, con la misma cadencia inanimada.

—Está recordando algo, posiblemente de su infancia…

—¿Qué debemos hacer?

—Dejarlo hablar, desde luego… sólo así lograremos que se remita a la fecha que buscamos.

Allison detuvo la cinta. Se suponía que no debía escucharlas. Además, el contenido carecía de sentido para ella. Pensó que quizás en la otra cinta, la que estaba unida con cinta adhesiva, estaría la información que buscaba, por lo que extrajo del reproductor la que estaba escuchando y colocó la otra.

¿De dónde conocía esa voz?

Cuando la cinta comenzó a correr, no encontró referencias al motivo de la grabación. Otra vez habló la voz del principio, que supuso que pertenecería a un hipnotizador o algo por el estilo.

—Díganos qué ocurre cuando llega su padre…

Silencio.

Estudió la posibilidad de buscar otro fragmento de la voz que le había resultado familiar, pero la descartó. Le sorprendió encontrar una grabación de esas características entre confesiones de delincuentes o disertaciones entre policías, pero ya era suficiente. Lo que tenía que hacer era extraer la cinta y colocarla en un grupo aparte; si se proponía escuchar en detalle todas las cintas que no tuvieran referencias, llegaría el día del juicio final y ella seguiría en el archivo.

Observó las dos cintas un buen rato, mientras se quitaba los auriculares y sus oídos se acostumbraban a los comentarios de los policías y el golpeteo sobre el teclado de una o dos máquinas de escribir que llegaban desde el lado opuesto de los tabiques divisorios. Se disponía a colocar la tercera cinta en el reproductor cuando súbitamente una idea se materializó dentro de su cabeza como por arte de magia: supo a quién pertenecía la voz que acababa de escuchar.

Era Robert Green. Estaba segura.

OceanofPDF.com

5

Mike atendió el teléfono.

—¿Allison?

—La misma. Hola, Mike.

—Qué gusto oírte.

—Espero no ser inoportuna. Busqué tu número en la guía.

—No eres inoportuna, en realidad…

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada para alarmarse. Han pasado varios días desde la búsqueda en el bosque; sin embargo, hoy he estado pensando en llamarte.

—¿De veras?

—Sí.

—Mike, la oficial Dufresne me dijo que te vio fuera de la comisaría hoy.

Silencio.

—¿Mike?

—Allison, en cuanto a eso, yo…

—Está bien. En realidad estuve ocupada con un trabajo para Harrison. Más tarde, Dufresne mencionó tu nombre y en cierta medida está relacionado contigo. Ha sido una gran coincidencia. No entiendes nada, ¿verdad?

—La verdad es que no, ¿quieres hablarme de ello?

—Preferiría no hacerlo por teléfono.

—¿Te parece que cenemos juntos? Me han recomendado un sitio nuevo…

—Sería perfecto. Sólo debo comprobar que mi hermana pueda hacerse cargo de Tom.

—¿Cómo está él?

—Bien, dentro de lo que se puede esperar. Trata de seguir adelante, de mostrarse fuerte, pero sé que por dentro está sufriendo muchísimo. Estoy muy preocupada por él.

—Allison, si crees que no es conveniente que nos veamos hoy…

—No, Mike, no es eso. A Tom le gusta estar con su tía; habla con ella de cosas que no habla conmigo.

—¿Te parece que te recoja a las ocho?

—Perfecto, eso me da una hora para prepararme y hablar con mi hermana. Respecto a ese lugar…

—Un vestido estará bien.

Allison rió y se despidieron. Mike permaneció junto al teléfono, observándolo con incredulidad. ¿Había sido real aquella conversación con Allison Gordon? Ese mismo día la había esperado en la puerta de su trabajo, había hecho el ridículo ante una oficial de policía y ahora, mágicamente, ella lo llamaba y aceptaba gustosa una invitación para ir a cenar. Se le iluminó el rostro. Reemplazaría una cena de microondas por una salida con una mujer que le gustaba. Increíble, pero cierto.

OceanofPDF.com

6

The Oysterhouse era una construcción de ladrillos en lo alto de una colina. Para llegar había un sendero de piedra con una suave pendiente que serpenteaba entre unas cuantas palmeras iluminadas desde el suelo. Mike había elegido para la velada un traje gris oscuro; Allison, un pantalón de gasa negro y un corsé rojo que dejaba sus hombros al descubierto. Cuando Mike posó una tímida mano sobre ellos, vio pequeñísimas y delicadas pecas color miel.

El silencio mientras ascendían no resultó incómodo. Mike suponía que si pensaba en algo inteligente que decir no podría concentrarse en los infinitos detalles que debía atender: la noche poblada por cientos de estrellas, por ejemplo, que la ciudad normalmente eclipsaba y que él tan bien conocía gracias a sus noches de soledad en la casa del lago, el vaivén acompasado de la cadera de Allison cuando ascendía los peldaños, su cuello esbelto, el perfume dulce y penetrante.

Tras franquear una pesada puerta de madera, se encontraron en una estancia desierta, decorada con plantas y fotografías en blanco y negro. Había algunos sillones y dos altavoces diminutos en las esquinas que emitían una melodía suave. Una mujer de sonrisa radiante apareció por una puerta y los invitó a pasar.

El salón comedor era inmenso, con suelo y columnas de madera e iluminado suavemente por lámparas de cristales de colores que pendían sobre las mesas. El lugar tenía distintos niveles que conformaban ambientes

individuales separados entre sí por barandas, también de madera. La cocina era visible en la parte trasera, aunque se encontraba lo suficientemente alejada para no perturbar el clima íntimo que reinaba en torno a las mesas. Las paredes eran de cristal y ofrecían una vista impresionante a la ladera iluminada.

La joven de la sonrisa radiante los guió hacia uno de los laterales donde quedaba un solo reservado libre.

Se sentaron uno frente al otro.

—Mike, el lugar es hermoso.

—Es cierto. Tengo que darle las gracias a quien me lo ha recomendado.

Una camarera se presentó instantes después y les entregó los menús.

Dedicaron diez minutos a la elección de cada plato, comentando en voz alta las bondades de cada uno. Allison resultó conocedora de varios platitos de pescado, lo cual se debía, según explicó, a haber acompañado a pescar a su padre más de una vez, escuchar sus historias y esas cosas. «El problema de los hombres que tienen sólo hijas —en mi caso somos tres mujeres—; yo soy la mayor, de modo que no tenía otra opción más que acompañarlo. Alguien tenía que hacerlo, ¿no? Pero me gustaba».

Allison se decidió por un filete de pez espada con verduras. Mike, por langosta.

Después de ordenar, Allison tomó la iniciativa en la conversación. Preguntó a Mike a qué se dedicaba exactamente, utilizando la palabra «exactamente» en forma deliberada, en un intento por no iniciar el diálogo como lo haría un agente de la CIA. Lo cierto es que, aunque sabía cosas de Mike por intermedio de Ben, no tenía idea de cómo se ganaba la vida.

Mike le habló del negocio de alquiler de maquinaria que su padre había iniciado tiempo atrás, y de cómo se había hecho cargo de él. Se sintió satisfecho al notar que las palabras brotaban de su boca con naturalidad.

—Me han ocurrido cosas increíbles, créeme —dijo él, sabiendo en el fondo que el comentario desviaría la conversación en otra dirección.

—¿Qué tipo de cosas?

—No las creerías.

—Cuéntame una.

Mike la observó con incredulidad.

—Oh, no sabría exactamente…

—Vamos, puedo ver en tu rostro que ahora mismo estás pensando en algo gracioso.

Y era cierto. Mike se sorprendió por la perspicacia de Allison.

—Una vez vino un sujeto a alquilar una excavadora —dijo con resignación exagerada.

Allison enarcó una ceja.

—Es una máquina similar a un tractor —explicó Mike—, pero con una pala en la parte delantera. Se utiliza básicamente para arrastrar materiales en la construcción de caminos, pero es una máquina potente, capaz de tronchar un árbol.

»Generalmente nuestros clientes son siempre los mismos; pero ocasionalmente viene alguien que quiere excavar por sí mismo el pozo para una piscina, mover tierra o lo que sea. No es normal, pero ocurre. En estos casos me da por preguntar para qué utilizará la máquina, y por lo general no suele ser una pregunta bien recibida.

Mike se interrumpió. Advirtió que mientras hablaba habían depositado una botella de Beringer sobre la mesa. Asimismo, la vela blanca que un momento antes había estado apagada exhibía ahora una diminuta llama danzante.

—¿Para qué necesitaba el hombre la máquina?

—Se negó a decirlo, pero me pidió también alguien para conducirla, de manera que me enteraría tarde o temprano. Confieso que a esas alturas estaba intrigado. El hombre vestía un traje hecho a medida y gafas de montura dorada; no era precisamente el tipo de persona con el que me encuentro a diario.

»Envié al día siguiente a Gary, uno de los conductores más experimentados y que trabaja con nosotros desde hace tiempo. Antes de irse le dije que se llevara la radio y que me mantuviera al tanto de lo que sucedía.

Mike hizo una rápida evaluación de Allison: seguía el relato con interés; era evidente que no la estaba aburriendo.

—A media mañana, Gary me llamó y me dijo lo siguiente: «Mike, el sujeto que alquiló la máquina es un demente. Dime qué hago».

Allison dejó escapar una risita.

—Le pregunté a Gary qué ocurría —prosiguió Mike—, y me dijo que estaba en la esquina de la casa del hombre y que éste quería que avanzara con la excavadora en dirección a ella. Que la embistiera. Hasta indicó a Gary el sitio exacto en el que debía impactar.

—¿Quería demoler su casa?

—Eso mismo pregunté yo, pero no era el caso. Resulta que el señor Gafas Doradas estaba convencido de que su mujer lo engañaba. Lo intuía desde hacía tiempo, según dijo, pero en ese momento tenía la certeza de que ella lo estaba *haciendo* en su propia casa, vaya uno a saber con quién…

—Y decidió darle un buen susto, por lo que parece —apostilló Allison.

—Exacto. Imagínalos, alerta sabiendo que están haciendo lo que no deben, donde no deben, y de pronto, un monstruo amarillo derribando la pared.

—Dios mío.

—Intenté decirle a Gary por radio que regresara de inmediato, pero ya no me escuchaba.

—¿Qué ocurrió?

Mike tomó un sorbo de vino. Allison casi había vaciado su copa.

—Según Gary, cuando le dijo a Gafas Doradas que no haría semejante cosa y que regresaría tal como yo le había dicho, el hombre se puso frenético, se subió a la cabina y lo amenazó con un arma que Gary no supo de dónde había sacado. Según me dijo, podría haberlo derribado de un golpe, pero la actitud del hombrecito bien vestido lo divirtió y decidió seguirle el juego. Gary pensó que el arma era de juguete.

»Con el hombre montado en la cabina, avanzaron por la calle hasta la casa. Gary dijo que era una casa bonita y que cuando el hombre le indicó dónde debía embestir, sintió un escalofrío. Pero no dudó. Cuando se colocó de frente a la pared de la habitación, arremetió a toda potencia. Gary explicó que experimentó una especie de excitación, como un niño. La excavadora entró en la habitación con un estruendo infernal, levantando una

nube de polvo y provocando una explosión de trozos de madera y mampostería.

—¿Qué fue lo que vio?

—Ciertamente estaban engañando a Gafas Doradas. Gary apenas podía contener la risa mientras lo contaba, decía que tenía la imagen de lo sucedido tan grabada que no podía evocarla sin que le diera un ataque de risa. Según su descripción, la mujer de Gafas Doradas estaba en la cama, a cuatro patas, con la cabeza apuntando a la cabecera…

—Al estilo perrito —observó Allison divertida.

—Correcto. Debo de estar rojo como un tomate hablándote de estas cosas…

—Sí, lo estás…, pero no permitiré que te detengas.

Mike sonrió.

—Allí estaba entonces la mujer, en posición *estilo perrito,* y detrás, de pie, un hombre que vaya uno a saber quién era y si Gafas Doradas lo conocía o no. Poco importa. La cuestión es que los dos, el hombre y la mujer, se detuvieron en plena acción, incapaces de moverse. Gary dijo que pocas veces había visto dos rostros más horrorizados que aquéllos. Como te he dicho, la excavadora es una máquina feroz. La entrada debió de haber sido algo parecido a la explosión de una granada.

—Qué historia increíble.

—Sí, pero no termina aquí. Gary dijo que lo que ocurrió a continuación debió haber sucedido una milésima de segundo después de la embestida, pero que en su cabeza duró bastante más, como si lo hubiera registrado en cámara lenta. El hombre, de pie, con las manos en las caderas de la esposa de Gafas Doradas…, se hizo encima.

Allison dejó escapar una carcajada.

—Pero no fue algo normal —siguió Mike—. Según Gary fue como un aerosol despidiendo una lluvia a presión, formando un triángulo de gotitas detrás del hombre. En el empapelado, justo detrás de él, se formó un círculo oscuro.

Allison esta vez no pudo contenerse y rió sin control.

—El hombre se asustó tanto que escapó por el boquete hecho por la máquina. Lógicamente, no se preocupó por coger su ropa ni mucho menos ponérsela; corrió calle abajo como si se lo llevara el diablo…

—¡Mike, harás que me duela el estómago!

En la versión de Gary había un pequeño rabo marrón saliendo del culo del hombre, pero Mike prefirió guardarse el detalle.

Pocos segundos después, la comida que habían pedido estaba frente a ellos. Los platos tenían excelente aspecto. Allison se disculpó y se puso en pie; agarró su bolso y dijo que no tardaría. Mike supo que iba a retocar su maquillaje.

Mientras estuvo solo, Mike pensó que si hubiese pretendido planificar la manera de iniciar la conversación, no hubiera pensado en la anécdota de Gary ni en un millón de años. Sin embargo, Allison se había reído, y hasta la comida había respetado su momento para entrar en escena, como en una obra de teatro en la que cada personaje entra en acción a su debido tiempo.

Allison regresó al cabo de unos minutos. Se sentó, fijó sus ojos en los de Mike y con suma seriedad le dijo:

—No me volveré a reír así, palabra de *girl scout.* —Levantó una mano con dos dedos extendidos.

Comieron con apetito. Ambos tenían hambre y no habían sido demasiado conscientes de ello. Allison habló un poco de su trabajo, de Tom y de sus hermanas, pero sin profundizar demasiado en cada uno de los temas. Mike pensó que era como esas presentaciones sucintas de las personas que buscan pareja en la televisión, y la idea le pareció divertida; pero escuchó con atención mientras ella hablaba.

—¿Cómo sigue Tom?

—Es un niño al que la muerte de un ser querido no le es algo desconocido. Aunque no recuerda a su padre, ha cargado con su ausencia durante toda su vida. Ahora se trata de Ben, su mejor amigo…, creo que es demasiado para él. Tiene pesadillas de las que no hemos hablado mucho, pero quiero darle tiempo. Supongo que debería llevarlo a un especialista, pero me pregunto si tal cosa puede ayudar o empeorar las cosas.

—¿Empeorar las cosas?

—Si llevo a Tom a un psicólogo pensará que algo no está bien en él. Sé que lo ayudaría, pero también conozco a mi hijo, y tengo la sensación de que en su caso particular puede ser contraproducente. Es difícil de explicar.

—Te entiendo perfectamente. ¿Qué tipo de pesadillas tiene?

—No me lo ha dicho, y yo no he querido preguntarle todavía. Algunas noches sus gritos me despiertan. Es horrible.

—Ha de ser difícil pasar por algo así a su edad.

—Los sueños son la manera en que se descomprime nuestro subconsciente… debería servirme de consuelo; pero, cuando lo veo bañado en sudor y jadeante en su cama, se me parte el corazón.

—Quizás convenga esperar un poco antes de consultar a un médico; ver cómo evoluciona por su cuenta.

—No sé exactamente qué hacer, pero supongo que sí, que esperaré un poco.

Mike se concentró en un trozo de langosta al que le costó quitar el caparazón. Una vez que lo introdujo en su boca, lo apuró con un sorbo de vino.

—El tiempo es el único que puede mitigar semejante dolor —dijo Mike mientras el trozo de langosta se deslizaba por su garganta.

—Mike…

—¿Sí?

Mike estaba sorprendido con la facilidad con que se entretejía la conversación. En su experiencia, los diálogos con mujeres no se desarrollaban con fluidez y por momentos debía anteponer la razón para buscar un tópico o una respuesta acertada; sin embargo, con Allison había sido diferente. Con ella el proceso de preguntar y responder era automático; Mike podía desentenderse de él y dejar que su mente absorbiera detalles y sensaciones a las que de otra manera no podría prestar atención. La mirada de Allison en aquel momento era uno de aquellos detalles. Supuso que ella querría hablarle de lo que había mencionado por teléfono esa tarde y que ciertamente a él le intrigaba bastante.

—Harrison me ha encargado una tarea especial —dijo ella. Mike escuchaba con atención—. Necesitaba organizar unas cintas con

grabaciones que no están identificadas; asuntos policiales. Hoy me he topado con un par de cintas en las que aparece la voz de Robert Green.

—¿Robert? ¿De qué…?

—No las escuché completas, la idea era que no lo hiciera. Parecía una sesión de hipnosis o algo por el estilo.

Mike permaneció un momento en silencio, pero pronto asintió, creyendo comprender.

—Creo saber de qué se trata.

—¿En serio?

—Sí. Robert participó junto con la policía en el caso de una niña secuestrada en una guardería.

—¿Una niña secuestrada?

—Lisa Carlson. El caso ocurrió… déjame ver… Hace unos diez años. ¿No lo recuerdas?

—Aún no trabajaba en la policía, pero no lo recuerdo.

Allison no lo dijo, pero exactamente diez años atrás su vida se convertía en un calvario debido a la pérdida de su esposo, el hombre al que le había jurado amor eterno ante Dios, y que éste le había arrebatado de las manos mediante un ataque al corazón a los treinta y dos años. Cuando Allison perdió a George, sintió que nunca más podría recuperar su vida, ir al supermercado, al cine, criar a su hijo, reír; mucho menos ocuparse de echarle un vistazo a la sección policial del *Carnival News*.

—… alls habló de eso.

Allison observó a Mike con perplejidad.

—¿Cómo?

—Digo que todo Carnival Falls habló de eso, hubo bastante ajetreo en torno al caso.

—No lo recuerdo —dijo Allison—, ¿qué ocurrió?

—Te lo diré con un postre de por medio.

—Mike —anunció Allison con solemnidad—, si como algo más, reventaré, y tendrás otra anécdota como la de Gary.

Aquello hizo que Mike riera.

—Pues si quieres que te cuente lo que ocurrió con esa niña y te explique el origen de esas cintas, necesitarás algo para pasar el rato.

—¿Es largo…?

—No, estoy bromeando, procuraré no aburrirte.

Estudiaron la carta de postres durante unos instantes.

—Debo reconocer que parecen tentadores —aceptó Allison.

—Creo que me quedaré con la tarta de queso cubierta de fresa —concluyó Mike.

—Suena interesante, pero me inclino por el *brownie* con helado. Ten a mano el número de una ambulancia, creo no haber comido como hoy en años.

Después de ordenar sus respectivos postres, Mike clavó los codos sobre la mesa, apoyó el mentón sobre sus dedos entrelazados y dijo:

—Caso de la niña secuestrada, versión breve, antiaburrimiento.

—No me aburres —dijo Allison con seriedad.

—Veamos… Robert aún era en ese entonces cronista de policiales. Harrison hacía apenas unos meses que era comisario y el caso de la niña Carlson fue de alguna forma su prueba de fuego. Carnival Falls no es un sitio de mucho ajetreo, eso está claro, pero aquí la involucrada era una niña, y sabes cómo eso cambia las cosas.

»Supongo que pocas personas saben lo que voy a contarte. Robert me lo confió un tiempo después; aunque ha pasado mucho tiempo, es la primera vez que hablo de esto con alguien que no sea él.

—Me alegro entonces de no habérselo mencionado a Harrison.

—Nunca trascendió que antes de que secuestraran a Lisa, alguien hizo una llamada anónima al *Carnival News* alertando que se llevarían a una niña de aquella guardería. Robert recibió la llamada del informante y lógicamente dio aviso al comisario, al que por entonces no conocía.

Mike hizo una pausa.

—Harrison debió de haber estado ocupado en algo, o preocupado por algún asunto, o vaya uno a saber qué, pero la cuestión es que cometió la torpeza de ignorar la llamada. Harrison es un excelente policía y algo debió de afectarlo ese día para que procediera de esa forma.

—Es probable —coincidió Allison—. Llama la atención un comportamiento así en él.

—No olvides que estaba dando sus primeros pasos en ese puesto. Puede que el incidente lo haya llevado a forjar la personalidad meticulosa por la que hoy día es reconocido.

»La cuestión es que Robert no ignoró la llamada y, sin decir nada, se apostó en una de las calles laterales de la guardería… y esperó. Cuando los niños salieron, no vio a ningún extraño ni incidente alguno que estuviera fuera de lugar; los padres recogieron a sus hijos y eso fue todo. Robert regresó a su casa, creyendo que el comisario había tenido razón y que todo había sido obra de un bromista.

Mike se detuvo para probar un bocado de su tarta de queso.

—La noticia del secuestro no tardó en difundirse —dijo Mike—. Se supo después que ese día Lisa sería recogida por su tía y que cuando ésta no encontró a la niña a la salida, supuso que su madre finalmente la había ido a buscar y había olvidado avisarla.

»Robert se puso en contacto con Harrison y le dijo lo que había hecho el día del secuestro y lo que había visto. Lamentablemente no podía aportar mucho, pero se podían descartar ciertas hipótesis a partir de su testimonio. La niña estuvo desaparecida seis días.

—Empiezo a entender la historia.

—Harrison supuso que si Robert no había visto a nadie sospechoso en la entrada, entonces era probable que el secuestro de Lisa no hubiese tenido lugar allí. Hasta ese momento no se había pedido rescate por la niña, y además no procedía de una familia rica precisamente. La razón por la que se la habían llevado era un verdadero misterio.—Allison seguía el relato con atención—. Harrison tenía la teoría de que el secuestrador podría haber capturado a Lisa en la parte trasera mientras la niña jugaba. Si tal cosa era cierta, debió de utilizar un vehículo para esconderla, y forzosamente debió salir por el camino lateral… donde Robert había estado apostado.

—Inteligente.

—Sí, salvo que Robert no recordaba haber visto ningún vehículo. No descartaba que pudiera haber pasado uno delante de sus narices, pero

seguramente lo había ignorado para no perder de vista el frente de la guardería.

—Por eso la hipnosis…

—Exacto; idea de Harrison. Debió de sentirse atormentado con el peso de la vida de esa niña sobre sus espaldas.

—¿Y Robert recordó haber visto un vehículo durante la sesión?

—Más que eso. Cuando regresó mediante hipnosis al momento en que estaba apostado en la esquina, describió una furgoneta azul saliendo por la calle lateral.

»Claro que las furgonetas azules son bastante populares, con lo que el dato no constituía en realidad gran cosa. Además el dueño había quitado las placas, y no sé si Robert hubiera sido capaz de recordar ese dato de todos modos; aunque dicen que nuestra mente es una gran computadora que registra todo. Lo que sí recordó Robert en la dichosa sesión de hipnosis fue una pegatina en la parte trasera en la que aparecía una torre sobre un fondo cuadriculado. El emblema pertenecía a un club de ajedrez, el único en Carnival Falls, y a partir de ahí fue sencillísimo dar con el sujeto y recuperar a Lisa con vida. Estaba en el sótano de la casa del hombre, amordazada y sin aparentes muestras de haber sido maltratada. La historia completa no trascendió al principio, aunque sí se supo cuando Lisa regresó con su madre, sana y salva.

—Me dejas helada.

—Al menos la historia tiene un final feliz. El futuro de Harrison hubiera sido incierto si las cosas no se hubieran resuelto de esa manera. A partir de entonces, Harrison y Robert forjaron una sólida amistad.

—Es extraño que no recuerde la historia.

—Muchos de los policías han de conocerla, más de uno debe de haber tenido una participación activa en el caso.

—Creo que dejaré las cintas donde las he encontrado y no haré ningún comentario, en especial a Harrison.

—Me parece lo mejor.

—¿Sabes?, cuando las escuché —dijo Allison, no muy segura de lo que diría, o de cómo lo diría—, la voz me resultó familiar, pero no supe al

principio que pertenecía a Robert, imagino que debido al modo pausado y relajado en el que hablaba. —La propia voz de Allison se transformó en un susurro—. Luego había otra voz, seguramente la del hipnotizador; dijo algo acerca de que Robert se había remitido a su niñez, como si algún recuerdo hubiese aflorado en ese preciso momento. Dijo también que la única manera de poder avanzar hacia donde ellos querían era dejándolo hablar.

Mike permaneció en silencio, con un bocado de tarta a medio camino entre el plato y su boca. Era curioso cómo se enteraba de aquel detalle después de tantos años. Hizo un comentario al respecto, con lo cual dieron por concluido el tema.

—¿Qué tal está el *brownie?* —preguntó Mike al fin.

—Delicioso. —Allison cortaba un trozo y lo acompañaba con un poco de helado—. Haré lo posible por terminarlo.

A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron de un modo embriagador. Mike recordaba que al salir de The Oysterhouse apoyó una mano en la espalda de Allison y que tras abrir la puerta del acompañante de su Saab para que ella subiera, la vio hacerlo con una sonrisa y los ojos iluminados.

Al llegar a casa de Allison, repitió el ritual al abrir la puerta del coche y acompañarla luego por el camino de entrada. Ella le agradeció la hermosa noche que había pasado, y Mike se apresuró a decir que él también había pasado una noche maravillosa.

Cuando comenzaba a generarse entre ellos el silencio que Mike tanto temía, Allison se acercó y apoyó sus labios húmedos sobre los de él.

—Llámame —le dijo.

—Lo haré.

OceanofPDF.com

7

Randy tenía una cosa clara: no le diría a Matt todo lo que sabía acerca de la operación. No porque no se fiara de él —lo conocía desde que ambos creían en los Reyes Magos, confiaba en él—, pero Matt podía tener a veces la lengua floja (y también el cerebro, convengamos). En esto iba su culo, el de Randy, y se aseguraría de no cometer errores. Él impartiría las directivas. No iba a arriesgarse a transportar cerca de medio millón de dólares en drogas si había dudas de cómo serían las cosas entre ellos.

Randy bebió un trago de cerveza y tras observar a su alrededor maldijo por lo bajo. Se hallaba en Underearth, un antro con reputación nefasta en Carnival Falls. Matt llegaba tarde, como de costumbre, y sería una de las cosas que tendrían que aclarar desde el principio. Si quería trabajar con él, Matt debería modificar su conducta. Por lo menos con respecto a ciertas cosas.

Pidió una segunda cerveza y mientras bebía un sorbo prolongado se dedicó a repasar las palabras que usaría con su primo.

Para empezar, le hablaría del Zorro. Se limitaría a decirle que era él precisamente la cabeza de la operación, lo cual sabía que le daría credibilidad al asunto. Haría hincapié en algunos detalles que sabía que convencerían a Matt de que la cosa iba en serio, pero omitiría mencionar la disputa con el Monje; de eso mejor ni hablar. Le hablaría del modo en que recibirían la droga y lo que harían con ella, pero sin dar demasiados detalles

al respecto. El plan estaba establecido; Matt sólo tenía que ceñirse a hacer lo que estaba estipulado. No admitiría discusiones en cuanto a esto.

La música en ese momento era un chillido de guitarras distorsionadas. Randy no solía frecuentar el sitio, pero lo había elegido porque allí podrían beber sin llamar la atención. Ahora dudaba de que ellos pudieran oírse el uno al otro. En ese momento, media docena de personas se agolpaban en la barra: un conglomerado de crestas de colores agitándose bajo luces palpitantes. El calor era sofocante y la atmósfera, irrespirable. Randy comenzó a preguntarse por qué había tenido la grandiosa idea de reunirse allí, pero era tarde para lamentarse.

Cuando sintió una mano en el hombro se volvió esperando ver el rostro bronceado y sonriente de Matt, pero en su lugar se encontró con el de una joven con media docena de aros prendidos en su nariz y labio, con el cabello anaranjado y apelmazado. Los ojos de la muchacha eran bonitos, aunque la expresión ausente que se había apoderado de ellos los hacía ver como dos adornos navideños castigados por el paso del tiempo. Randy no la conocía, pero la muchacha trataba de decirle algo. Al notar que él no la oía (lo que evidenciaba que aún conservaba algo de raciocinio), la muchacha se acercó hasta que sus labios tocaron la oreja de Randy. Éste pudo sentir los aros metálicos produciéndole un cosquilleo.

—Te conozco —dijo ella con pesadez—. ¿Tienes algo?

—Me has confundido con alguien.

—No…, sé quién eres…, puedo pagarte.

Mientras hablaba, la muchacha se dejó caer sobre Randy y una mano se deslizó por su muslo izquierdo.

—Puedo chupártela…

Randy aferró a la muchacha por la muñeca con fuerza. El hecho de que la expresión de ella no cambiara cuando él aplicó con sus dedos toda la presión de que fue capaz, ciertamente lo decepcionó.

—He dicho que me has confundido con alguien —gruñó—. Largo.

La muchacha perdió rápidamente el interés; hizo un gesto con el dedo corazón y se marchó, tambaleándose.

Randy se preguntó dónde demonios estaba Matt. Se disponía a llamarlo por teléfono cuando a lo lejos lo divisó, abriéndose paso entre la fauna de espectros danzantes.

Matt exhibía una sonrisa blanca de dientes perfectos.

—¿De qué va esto, Randy? Me has dejado intrigado —Matt se sentó junto a su primo y le habló a treinta centímetros de su rostro.

—Algo grande, Matt. Algo más grande de lo que tú y yo hayamos imaginado.

Matt se quedó mirándolo, ahora con seriedad.

—Te escucho.

—¿Has oído hablar del Zorro?

—Claro. ¿Es un centroamericano, verdad?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Eso dicen por ahí.

—Los que dicen eso probablemente no sepan de lo que están hablando. La verdad es que no creo que sea centroamericano, pero quién sabe…, no quisiera averiguarlo tampoco.

—Ese tipo ha de ser peligroso.

—El Zorro no es peligroso: es un verdadero *HIJO DE PUTA*, con todas las letras y en mayúsculas. Se dice que controla la droga del Estado y buena parte de la Costa Este. Tú no lo has visto, yo tampoco, y puede que pocos lo hayan hecho. El Zorro es inteligente y no se deja ver, y supongo que por eso se lo conoce con ese nombre, aunque no lo sé. La cuestión es que me ha propuesto algo especial.

—¿A ti? —Matt estaba convencido de que se trataba de una broma—. ¿Cómo te lo ha propuesto? Has dicho que no lo conoces.

—Ha enviado a alguien, Matt. No me interrumpas.

—Perdona.

—Por supuesto que no ha venido a mi casa a verme. Lo llaman el Zorro, no el Estúpido. Esto es una cadena, primo, yo estoy en un extremo, y él en el otro; pero te aseguro que el fulano conoce cada movimiento de las personas que trabajan para él. Es un jodido controlador. No sé por qué me

eligió a mí, pero lo hizo, y déjame decirte otra cosa…, en esta operación en particular, la cadena es sumamente corta.

—¿A qué te refieres?

—A que no hay muchas personas que sepan de ella. El Zorro así lo quiere.

—Entiendo.

—El sujeto es peligroso, y viene bien que ambos lo sepamos si no queremos que nuestras cabezas aparezcan flotando en el lago. Déjame contarte algo. La Navidad pasada, alguien soltó la lengua donde no debía y el comentario llegó al Zorro. Esto lo sé de una fuente fiable, alguien que estuvo allí cuando el Zorro se vio con el soplón. Pidió que lo llevaran a donde él estaba y que lo hicieran de espaldas, de manera que no pudiera verlo. Ordenó que le quitaran la ropa y, cuando lo tuvo delante, mirando su culo asustado, le preguntó si estaba arrepentido de lo que había hecho; arrepentido de haber echado a rodar la lengua. El tipo decía entre llantos que sí, que estaba *muy* arrepentido, pero el Zorro al parecer no formulaba las preguntas para obtener una respuesta… Mientras el pobre desgraciado le suplicaba que lo dejara ir, que no lo haría de nuevo y que a partir de ese momento sería el hombre más leal del mundo, el Zorro le decía que lo dejaría ir, que desde luego lo dejaría ir, pero mientras decía eso le introducía un petardo en el culo. Uno de los grandes. Quien me lo contó me dijo que debían sujetar al hombre entre tres, y que probablemente pensaba que el Zorro lo estaba violando, lo cual déjame decirte que hubiese sido preferible. Cuando el tipo escuchó el fósforo encendiéndose y luego el chisporroteo de la llama, enmudeció de miedo. Le voló el culo, Matt…, no hace falta entrar en mayores detalles.

Matt tenía los ojos abiertos como platos, incapaz de pestañear. Randy notó que la historia había surtido el efecto que él quería. Hablar con aquella música del infierno lo había dejado afónico, pero había valido la pena.

—Está bien —dijo Matt al fin—, no quiero conocer al tal Zorro, punto aclarado.

(Matt no lo sabía en ese momento, pero sí lo conocería. Y pronto).

—Bien —dijo Randy, satisfecho—. Lo que tienes que saber es que el Zorro tiene más de una razón para que esta operación se haga de la manera más secreta posible.

Randy no diría que el Monje, otro peso pesado de la región, había sido quien originalmente controlaba la ruta que ahora el Zorro tenía intenciones de tomar. Alguien más poderoso que ellos (alguien que pondría un petardo en sus culos si le apetecía) había decidido que el Zorro tendría el control del cargamento de Bangor tras un descuido del Monje que por los pelos no le costó la cabeza a más de uno. La situación había desembocado en una lucha interna entre bandas. Había demasiados intereses en juego y el Zorro había optado por llevar a cabo la operación en el más absoluto secreto, sin involucrar a los grupos que desarrollaban normalmente los traslados importantes. Sabía que desde los suyos podía filtrarse información que el Monje podría utilizar en su contra. Y si tal cosa ocurría, los fuegos artificiales de Nueva York en el cambio de milenio serían la vela de un pastel de cumpleaños comparados con lo que podía esperarle al pobre condenado.

—Cuéntame qué es lo que haremos —pidió Matt. Sus ojos comenzaron a brillar en ese instante.

—No. Antes quiero terminar de aclarar algunas cosas. El Zorro ha confiado en mí, y yo confiaré en ti. Tiene que quedar claro cómo son las cosas. De ahora en adelante no puede haber errores. Si queremos sacar partido de esto, debes hacer lo que te diga. ¿Entendido?

—Sí.

Randy estaba satisfecho, pero sentía un ardor creciente en la garganta. Se puso en pie.

—¿Adónde vas? —inquirió Matt.

—Vamos a caminar.

Avanzaron en fila, desplazando cuerpos zombis envueltos en prendas varias tallas más grandes que la de sus dueños. Al salir de Underearth, la tranquilidad de la noche los abrumó. Permanecieron en silencio mientras sus oídos zumbaban y se acostumbraban a las suaves vibraciones de la

ciudad dormida. Caminaron por la calle Hutchins, ciertamente poco transitada en aquella noche templada.

Matt utilizó esos minutos para imaginar lo que sería de él dentro de poco tiempo; se veía conduciendo un BMW con tapizado de cuero. Siempre había sentido que estaba destinado a ser alguien poderoso, y estaba convencido de que lo que su primo le diría a continuación marcaría el inicio de su nueva vida.

—Recibiremos parte de la mercancía pasado mañana, aún no sé el lugar.

—¡Pasado mañana!

—Exacto. ¿Qué tiene de malo?

—Nada. Ayer…

—Sí, ya sé, no quise decirte nada por teléfono hasta tener la confirmación final.

—¿Y por qué no recibiremos toda la droga?

Randy se detuvo.

—Porque no. Recibiremos el resto de *la mercancía* unos días después, tampoco sé cuándo.

Al menos esta vez estaba siendo sincero. Suponía que el Zorro desdoblaba el envío porque se trataba de fuentes diferentes, o quizás como precaución por si algo fallaba en esa parte de la operación. Pero eran sólo suposiciones. Randy no tenía ni idea de por qué no recibían toda la droga de una vez. Sería menos arriesgado para ellos.

—Cuando tengamos la mercancía, la dividiremos y cada cual será responsable de guardar su parte. Lógicamente, quiero saber qué harás con ella. No hace falta que te diga que no puedes esconderla en el cajón de tu mesilla de noche. Ni siquiera en tu casa. No tiene que haber forma de que nos relacionen con ella. ¿Hasta aquí estamos de acuerdo?

—Randy, ¿qué es exactamente *la mercancía?*

—Heroína.

—Guau.

—Ocho kilos cada envío. Dieciséis en total.

—¡Dieciséis kilos! —aulló Matt—. Randy… eso es… —Matt hacía cuentas mentalmente. El kilo de heroína podía oscilar entre treinta mil y

ciento cincuenta mil dólares; no era un experto en el tema, pero sí sabía eso. La cuenta lo abrumó. Demasiados ceros.

—Sé lo que son dieciséis kilos, Matt.

Matt estaba perplejo. Su BMW sería negro, pensaba, y descapotable, con un sistema de audio que haría que la música de Underearth pareciera el coro de la iglesia.

—El destino final de la carga es Nueva York; hacia allí la llevaremos, tú y yo, solos, cuando la tengamos toda. Lo haremos en mi furgoneta, para lo cual deberás acondicionarla especialmente.

—¿Yo?

—Sí, tú te entiendes con los coches, ¿no?

Era cierto, todas las modificaciones de su Honda las había hecho él mismo. Se sintió reconfortado por tener una participación activa en algo que sólo él podía llevar a cabo.

—Puedo hacerlo —dijo Matt.

—Lo harás en casa de mi abuela, está deshabitada y nadie debe verte mientras trabajas. Puede que sea una medida excesiva, pero prefiero hacerlo de ese modo.

—Randy, necesitaré…

Randy lo detuvo con un ademán.

—Lo que necesites lo transportarás con suma discreción y asunto terminado —dijo Randy, tajante—. Eso no será problema.

Matt guardó silencio.

—Cuando recibamos la segunda parte de la mercancía, la furgoneta estará en condiciones y tú y yo haremos un viaje a Nueva York.

—Pan comido.

—No, Matt, ningún pan comido; tenemos que estar con los ojos bien abiertos, no podemos dejar que se nos escape nada.

Randy cogió la cabeza de su primo menor y la acercó a la suya, colocando su frente sobre la de él como si fuera a besarlo. Por un momento Matt tuvo la loca idea de que eso haría precisamente.

—Estamos en esto juntos, Matt. Tú y yo. Esto es lo que tanto ansiabas…, esto nos hará llegar alto.

Matt reía y asentía.

—Gracias, Randy —dijo entre risas—. No te defraudaré.

—Sé que no. Somos un equipo… Apuesto a que esta noche dormirás feliz.

—Claro que sí. Primero iré a ver a Andrea, pero en cuanto llegue a casa, dormiré como un jodido ángel feliz.

Cuando reanudaron la marcha, Matt seguía dejando escapar risas histéricas y una sonrisa de medialuna cortaba su rostro. Al cabo de unos minutos, preguntó:

—Randy, ¿cuánto sacaremos de ésta?

—Veinticinco de los grandes. No necesito decirte cuánto representa eso para cada uno.

No lo necesitaba en absoluto; Matt pensó en las mujeres que desfilarían por su BMW.

OceanofPDF.com

8

Robert estaba de pie en su habitación. La lámpara sobre la mesilla de noche proyectaba una sombra larga y ancha de su cuerpo, que se quebraba en el zócalo y se extendía por la pared. Danna dormía desde hacía rato. No habían intercambiado una palabra durante todo el día, ni siquiera un saludo; el único síntoma de mejoría desde la pelea del día anterior era que él había vuelto a dormir en su propia cama. El dato no resultaba precisamente alentador.

Mientras se desnudaba y se colocaba el pantalón del pijama, su sombra desobediente se deformaba en la pared siguiendo formas antojadizas que nada tenían que ver con los movimientos de su cuerpo. Se sentó al borde de la cama, abatido, con el torso desnudo y la camisa del pijama colgando de su mano. Apenas había podido dormir en el sillón la noche anterior, pero la principal razón no había sido la incomodidad, o al menos no una incomodidad física. A su pesar, reconoció que aún persistía la sensación de ausencia que lo había embargado ese día en el trabajo. Había creído que al llegar a casa recompondría su estado de ánimo, pero se había encontrado con una muralla gélida e impenetrable. Robert sabía que las reconciliaciones con Danna eran lentas, pero ni siquiera había podido iniciar una conversación con ella, lo que era decepcionante e inédito. Mientras terminaba de vestirse, se sintió frustrado evocando el modo esquivo con que Danna había reaccionado a sus intentos de acercamiento. Seguía convencida de que debían hacer el viaje.

Robert la observó. Verla dormir ayudaba a pensar que todo saldría bien.

Oyó un ruido afuera, en el jardín.

Se puso en pie. Terminó de abrocharse el pijama y se acercó a la ventana. Fue poco lo que pudo ver; había luna, pero la luz del interior no le permitía ver hacia afuera. Regresó junto a la mesilla de noche y la apagó. La habitación quedó en penumbra. Robert evocó el sonido que había creído escuchar: un golpe sordo, un peso chocando contra algo amortiguado.

Pensó que probablemente no había sido más que un gato. Escrutó el jardín, recorriendo la cerca primero y las siluetas de los árboles a la derecha después. Detrás de uno de ellos creyó advertir el contorno irregular de una forma humana, alguien de pie procurando ocultarse. Se sobresaltó, instintivamente retrocedió y se apartó de la ventana como si corriera algún peligro. Volvió lentamente, esta vez asomando apenas su rostro y concentrándose en el tronco robusto que hacía un momento había creído que ocultaba a una persona.

El tronco seguía allí, pero el contorno irregular no era el de una persona, eso seguro.

Hace un momento sí lo era.

No. Hacía un momento su cabeza había estado ocupada pensando en otras cosas. Había imaginado el ruido. Estaba cansado, y era lógico. La noche anterior apenas había dormido.

Volvió a asomarse por la ventana y clavó la vista en el tronco. No vio ninguna silueta detrás ni mucho menos en las proximidades. Permaneció allí el tiempo suficiente para convencerse de que en efecto había sido una jugada de su imaginación, al igual que el ruido.

Se acostó y permaneció boca arriba unos minutos, contemplando el techo. El cansancio lo venció y se durmió.

OceanofPDF.com

9

Andrea se paseaba nerviosa por su habitación, iba de la cama al escritorio, luego hacia la ventana, donde permanecía un segundo, luego de vuelta a la cama. Sostenía su móvil en una mano y se llevaba el pulgar de la otra a la boca para morder una uña con impaciencia. Había cometido un error. Se había dejado llevar por un impulso sin pensar. Ahora la idea de que Matt entrara por la ventana de su habitación le resultaba descabellada. Observó el teléfono y pensó en llamarlo. Había creído que sería como en las películas: el novio entrando subrepticiamente, escondiéndose debajo de la cama al ser sorprendidos por golpes en la puerta…

No quería siquiera pensar en las consecuencias si la descubrían en la habitación con Matt.

Aún aferraba el móvil con fuerza cuando creyó escuchar un sonido proveniente del frente de la casa. Se acercó a la ventana y casi se muere del susto cuando el rostro de Matt surgió pegado al cristal. Se cubrió la boca y ahogó un grito. Retrocedió un paso. Matt sonreía y alzaba una mano en señal de saludo. Andrea se acercó, le indicó con un gesto que guardara silencio y abrió la ventana para que él entrara. Le dijo que se diera prisa y la cerró, echando un vistazo preocupado al jardín.

—Matt, esto es una locura.

—Lo sé, pero tenía ganas de verte.

—¿Alguien te ha visto?

Él la rodeó con sus manos y masajeó su cadera.

—Tranquila, todo está bien. Nadie me ha visto.

Matt la agarró por los codos y la condujo lentamente hasta la cama, donde se sentó. Rodeó a Andrea con sus brazos por detrás de la cintura y la atrajo hacia sí. Utilizó su nariz para levantarle la blusa y besó su abdomen una, dos, tres veces…

—Me haces cosquillas. —Andrea se contorsionó.

Matt ascendió en su exploración y dio pequeños mordiscos a la altura de las costillas. Andrea logró permanecer inmóvil, mientras peinaba el cabello rubio de su novio, estirando los dedos y rastrillando hacia delante y atrás. Él siguió besándola en el estómago.

—Es muy arriesgado. —Andrea se incorporó e intentó separarse—. Si mi madre te encuentra aquí…

—Lo vuelve más interesante.

—Matt, estás loco.

—Un poco.

—¿Sabes qué creo?

—¿Qué?

—Que deberías conocer a mis padres.

—Conozco a tus padres.

—Me refiero a una presentación formal. En especial con mi madre. Detesto ocultarle nuestra relación.

—Puedo venir un día de éstos, ya sabes…, hacer el papel de chico bueno. A tu madre le va a encantar.

—No la conoces.

—Vamos, no puede ser tan malo.

—Sí que puede. De todas formas, hablaré con ellos.

—Ven aquí.

Andrea avanzó hacia los brazos extendidos de Matt y se introdujo entre ellos. Él los cerró en torno a su cuerpo e hizo que girara sobre sí misma, quedando ahora de cara a la ventana. Andrea se sentó sobre las piernas de Matt, presionó su espalda contra el pecho firme de él y reclinó la cabeza contra su hombro.

Matt besó el cuello de Andrea, que estiró los brazos hacia atrás y arqueó la espalda. Él pasó una mano delante del cuerpo de ella, acariciando su abdomen con la palma, sin interrumpir los besos en el cuello; luego la besó en la parte trasera de la oreja, exploró tímidamente la cavidad con su lengua, y otra vez se concentró en el cuello. El cuerpo de Andrea se tensó como la cuerda de un instrumento musical; cerró los ojos y se dejó caer sobre Matt, quien lentamente se tendió sobre la cama. Sus piernas seguían apoyadas en el suelo. Andrea se sacudió encima, con la cabeza vuelta en dirección al techo y los ojos cerrados.

La mano de Matt ascendió por debajo de la blusa hasta aplastar uno de los pechos de Andrea. Sintió la textura de la tela del sujetador y la increíble sensación de aquel montículo macizo cambiando de forma ante la presión ejercida sobre él. Andrea gimió mientras agitaba su cadera. Matt sumó su mano libre a la exploración corporal y ella la recibió con entusiasmo mientras desabrochaba uno a uno los botones de su blusa; lo hizo sin mirar, con la cabeza tendida hacia atrás y experimentando el examen frenético que tenía lugar en sus pechos. Finalmente abrió la blusa. Matt reemplazó el sujetador con sus manos. Lo hizo con un movimiento rápido, como si se tratara de un truco de magia. Ella suspiró mientras sus pezones se ponían rígidos. Sus poros se ensancharon; sintió un escalofrío en los hombros viajando por el torso y clavándose en el vientre como una flecha. Había olvidado que estaba en su habitación, había olvidado su preocupación de ser descubierta por su madre; de hecho, podría decirse que había olvidado a su madre. Se meció extasiada, presa del placer corporal que le brindaban las manos de su novio y su propia mente. Flotó durante un rato, como si descansara sobre una nube que la trasportaba a un lugar desconocido.

Matt era el segundo muchacho que la besaba; el primero, Tim Wallace, ni siquiera contaba. Cuando ambos tenían catorce años,

Tim había apoyado sus labios sobre los de ella, abierto la boca como un pez un par de veces y luego había desaparecido, aterrado. Con Matt había sido diferente.

Sin embargo, ésta era la primera vez que llegaba tan lejos. Andrea se preguntó si podría detenerse, se preguntó incluso si acaso semejante cosa

era posible. Supuso que no. Supuso que nadie podía bajarse de ese tren una vez que estaba en marcha, de ninguna manera. Cada célula de su piel vibraba; su mente se había vuelto un torbellino caótico incapaz de registrar las reacciones, de controlar sus emociones. La nube la mecía, la transportaba. Andrea giró sobre sí misma. Matt sonreía, deleitándose al observar el rostro que flotaba sobre el suyo, aletargado como bajo los efectos de una droga. Ella también sonrió; sus pechos seguían un movimiento ascendente y descendente. Ambos pares de ojos se trenzaron en una mirada larga. Se mantuvieron expectantes. ¿Qué hacer a continuación? Respiraban al unísono, luchando contra sus propios pensamientos y el deseo que ardía en ellos como un carbón incandescente.

El receso duró poco. La efervescencia se apoderó de ellos otra vez, renaciendo con más fuerza. Sus cuerpos se soldaron, ahora uno de cara al otro. Un director imaginario elevó la voz de *¡Acción!* y sus bocas se unieron.

Se exploraron.

Fue Andrea quien al cabo de unos minutos se apartó. Con sumo esfuerzo logró lo que hacía poco tiempo le había resultado imposible: bajarse de aquel tren supersónico. Se puso en pie sin darse cuenta (aunque más tarde lo haría) de que era la primera vez que se mostraba parcialmente desnuda ante un hombre que no fuera su padre o alguno de los doctores que la habían examinado a lo largo de su vida.

Matt permaneció recostado en la cama; su expresión no era de reproche, sino de satisfacción, y no le pidió que regresara a sus brazos ni nada por el estilo. En su lugar se incorporó y se mantuvo sentado al borde de la cama. Ella se acomodó el sujetador y se abrochó la blusa. En su rostro se disparó un relámpago de incredulidad, un instante de incertidumbre por lo que acababa de hacer. Pero duró apenas una milésima de segundo. No había hecho nada malo. Sonrió.

Matt se puso en pie y la abrazó.

Se besaron; esta vez, un beso suave.

Andrea procesó mentalmente aquel momento como los instantes posteriores al paso de un tornado. La destrucción furiosa dando paso a un

silencio sepulcral. La invadió una paz que le resultó reparadora; se sintió complacida al advertir que el breve brote de culpabilidad que la había asaltado había quedado sepultado en algún sitio profundo.

Se dijeron que se querían y se mecieron bajo una suave música inexistente salvo en el interior de sus mentes.

—Matt, será mejor que te vayas —dijo Andrea con voz trémula—. No quiero que nos oigan.

—Andrea…

—¿Sí?

—¿Has pensado en lo que hablamos en el bosque?

—Sí.

Matt sonrió al ver la expresión que cruzó el rostro de Andrea.

—Primero quiero que conozcas a mis padres.

—Estoy de acuerdo.

—Quiero que los conozcas *cuanto antes*…

OceanofPDF.com

10

Benjamin siguió con atención lo que ocurría en la casa. Esa noche debía cerciorarse de que todos estuvieran dormidos para cumplir con lo que tenía en mente. Sólo pensar en ello le hizo esbozar una sonrisa. No le interesaba en absoluto lo que ocurría en el interior de la habitación de Andrea, aunque la inesperada visita de Matt Gerritsen no dejó de cogerlo por sorpresa. Ciertas piezas caían lentamente en su sitio, y la relación entre Andrea y Matt era una de ellas. Benjamin había concebido un complejo plan que poco a poco cobraba forma. La perspectiva de ponerlo en marcha esa misma noche le hacía presa de una ansiedad que no había sentido en mucho tiempo.

Estaba libre, finalmente.

¡Libre!

OceanofPDF.com

11

Poco después de la partida de Matt, Andrea apagó la luz de su habitación y la casa quedó completamente a oscuras.

Benjamin se desplazó por el desván a una velocidad asombrosa; sus piernas flexionadas y sus brazos estirados se movieron en sincronía mientras su cabeza erguida estaba fija en el extremo al cual se dirigía. Había adoptado el rincón derecho, junto a la pared trasera, como su almacén de objetos personales. Allí conservaba, intacta, la comida que Ben había traído consigo después de su excursión abajo. Sabía que conservarla era peligroso, pues aquello constituiría una ventaja para *el niño* si decidía salir a la superficie, pero por el momento tenía cosas más importantes que hacer.

Junto a la comida estaba la ropa que había encontrado en la caja de cartón, el ejemplar de *La isla misteriosa* y el cuchillo que Benjamin había utilizado para ahuyentar al niño mediante el mensaje en su antebrazo. Echó un vistazo y advirtió las letras formadas ahora con hilos cicatrizados todavía perfectamente legibles. Esperaba que aquello hubiese sido suficiente. Había asustado al niño, lo sabía, pero también sabía que debía ser especialmente precavido esta noche.

Benjamin iba a bajar.

Su primera excursión *al mundo de abajo*. Un acontecimiento tan importante como peligroso. Una parte de él se sentía eufórica; si bien sería una visita breve, era la primera acción concreta y el inicio de algo que llevaba mucho tiempo de gestación. Mientras estudiaba la herida que él

mismo se había causado, se recordó que abajo podía no resultar sencillo combatir al niño si éste decidía enfrentarse a él. Si perdía el control allí, sería poco lo que podría hacer para recuperarlo, y Benjamin prefería no conjeturar en lo desastroso de aquella posibilidad.

Junto al cuchillo había una hoja de papel doblada por el medio. La cogió y la sostuvo ante sí un buen rato: su primer obsequio al mundo de abajo. Desdobló la hoja y estudió las nueve palabras que ese mismo día había escrito con la punta roma del lápiz negro. Volvió a doblar la hoja sobre sí misma dos veces, obteniendo un cuadrado de cuatro centímetros de lado.

Introdujo el mensaje en el elástico de su calzoncillo y se encaminó en silencio al acceso del desván.

Retirar la placa de vidrio que protegía la entrada y lanzarse hasta el baño no le resultó dificultoso. Apenas dos saltos sucesivos para aterrizar en el lavabo, primero, y en el suelo embaldosado, después. Volvió a colocar la placa en su sitio, lo cual consideró una medida precautoria necesaria por si las cosas no resultaban como él pensaba.

Sus primeros recuerdos abajo se presentarían luego fragmentados, y apenas tendría conciencia de haberse lanzado desde el acceso, o de haber caminado por el pasillo hasta el comedor de la casa, donde se detuvo, sin saber por qué se dirigía en aquella dirección. Abajo todo era nuevo. Observó las sombras grises que definían el comedor: los respaldos de las sillas sobresaliendo en torno a la mesa como lápidas. Pudo ver parte de la cocina y, en el extremo opuesto, la puerta que servía de acceso a la sala y que normalmente permanecía abierta. Benjamin percibía todo aquello con fascinación, y sin saber que lo hacía dio un paso vacilante en dirección al comedor.

¿Por qué estaba allí?

¡¿Por qué?!

Miró en ambas direcciones. El impulso de avanzar fue enorme, pero logró contenerlo y dar media vuelta. Debía ir a la habitación de Danna y Robert; así lo había planeado y no había razón para estar donde estaba. No creía que el haberse desplazado hasta el comedor sin haber sido consciente

fuera obra del niño, pero probaba que estar allí abajo era un riesgo para él. Debía darse prisa.

Avanzó por el pasillo regresando a su posición cuadrúpeda para hacerlo con mayor velocidad. Pasó junto a las puertas del estudio de Danna y de la habitación de Andrea. La primera estaba abierta, a diferencia de la segunda. La siguiente puerta pertenecía a la habitación de Ben y también estaba cerrada. Prefirió no dirigir siquiera su atención a ella. Si había algo capaz de hacer reaccionar al niño era precisamente una visión como aquélla.

Se detuvo unos metros más adelante.

La habitación de Danna y Robert, finalmente.

Encontró la puerta cerrada, como había esperado. Abrirla sin hacer ruido le llevó casi un minuto completo. Accionó el picaporte con firmeza, lo mantuvo hacia abajo y probó ligeros movimientos hasta tener la certeza de que las bisagras estaban lo suficientemente aceitadas para no quejarse. La empujó un poco, luego otro poco más. Cuarenta centímetros serían suficientes para pasar, y tan pronto los alcanzó, volvió el picaporte lentamente a su posición original.

En la habitación hacía calor, aunque no tanto como en el desván. Robert y Danna estaban acostados con sus espaldas enfrentadas, cubiertos únicamente con una sábana. Benjamin observó el movimiento de ascenso y descenso de sus cuerpos. Si cualquiera de los dos encendía la luz en ese momento, se vería en serios problemas. Pensó en arrastrarse por el suelo, pero rápidamente descartó la idea. Lo que tenía que hacer no le exigiría más que un par de minutos.

Avanzó hasta el extremo opuesto de la habitación al tiempo que retiraba el papel aplastado entre su cuerpo y el elástico del calzoncillo. Se arrodilló frente a la mesilla de noche de Robert, junto a la cual vio su portafolio: un modelo de cuero con múltiples divisiones y un cierre corredizo en la parte superior. Deslizó el cierre con lentitud. Sus dedos se movieron por los diferentes compartimentos con presteza. Procuró no volverse hacia la derecha, donde sabía que estaba el rostro dormido de Robert. Los dedos de Benjamin se toparon finalmente con lo que buscaba: la agenda electrónica de Robert. Era un dispositivo plano del tamaño de una billetera. Colocó

dentro de la agenda la hoja de papel doblada y la volvió a colocar en su sitio.

Sin perder tiempo emprendió el regreso. Se dirigió sigilosamente hasta la puerta con el convencimiento de que sería mejor dejarla abierta y evitar así ser oído. Era demasiado arriesgado repetir la operación que había llevado a cabo para abrirla, y no creyó que fuera un detalle que requiriera atención. Se escabulló por la abertura y se encontró una vez más en el pasillo. Se disponía a volver al baño cuando un sonido procedente de la habitación de Andrea lo alarmó.

Supo inmediatamente que se trataba de la puerta.

Durante un par de segundos no supo qué hacer, pero tan pronto como logró superar la reacción inicial, retrocedió y se introdujo de nuevo en la habitación de Danna y Robert.

Maldijo. Andrea despierta lo complicaba todo.

Los pasos de Andrea no tardaron en hacerse audibles desde el pasillo. Se dirigía al baño, no cabía duda. Benjamin se arrellanó detrás de la puerta e inició una espera que no tardó en resultarle eterna. Tenía puestos sus ojos en la cama matrimonial, en especial en Danna, quien se movía debajo de la sábana y tosía. Si escuchaba a su hija y despertaba, todo se iría al demonio. Por primera vez sintió temor, o algo parecido; una mezcla de incertidumbre e impaciencia que no le resultó para nada agradable.

Después de utilizar el retrete, Andrea oprimió el botón de la cisterna. Una vez que el estallido acuático pasó y los ocupantes de la cama matrimonial seguían durmiendo como hasta entonces, Benjamin se dijo que había pasado lo peor. Escuchó con atención a la espera de los pasos de Andrea de regreso a su habitación, pero…

Lo embargó una sensación de malestar. Algo revolviéndose en su interior. Ganas de vomitar. Sólo que no eran ganas de vomitar, y Benjamin lo sabía perfectamente. Era el niño. Podía *sentirlo*.

Si Andrea te ve ahora, todo habrá terminado. TODO.

Pensó rápido. Benjamin dejó que el niño *avanzara*. Sabía que por lo general nuestros planes presentan situaciones impredecibles, y el éxito de llevarlos adelante es muchas veces consecuencia de la búsqueda de

soluciones rápidas. No había previsto que Andrea pudiera retrasar su vuelta al desván, y que eso le daría a su amiguito interior el tiempo suficiente para hacer de las suyas, pero no importaba. Lo dejaría avanzar un poco más.

Un poco más…, así. Muy bien.

Allí está Andrea, caminando por el pasillo, guiándose por la idea que conserva de la casa más que por lo que sus ojos entrecerrados le muestran de ella. Lleva el cabello despeinado, en parte por haberse levantado hace un momento y en parte por el reciente encuentro con Matt. Esto último le dibuja una incipiente sonrisa en el rostro. Avanza en dirección al baño, apresurando el paso; no ha sido realmente consciente de las ganas que tenía de orinar hasta que se encuentra frente a la puerta entreabierta y la empuja para pasar. Pero algo llama su atención a la izquierda, en la habitación de sus padres. La puerta se abre de golpe y ¡su hermano sale de ella!

Éste no es Ben, piensa Andrea, tiene el aspecto de Ben, pero no es él.

Los pensamientos de Andrea se interrumpen cuando siente un dolor fuerte en la comisura de la boca, un círculo ardiente y húmedo. Gritando, intenta desprenderse de su atacante, pero al retroceder no hace más que caer de espaldas. Siente un dolor insoportable en las piernas, que se doblan en ángulos imposibles, pero aun así lo peor es el rostro; un río caliente corre desde su boca y chorrea pesado por el cuello. La caída ha hecho que su cabeza golpee contra el zócalo con un sonido sordo. Cree que ha perdido el conocimiento, o al menos la noción que tiene de lo que está pasando es distante, como si lo viera todo a través de una tela apenas translúcida. Siente la presión de una dentadura poderosa desgarrando su cuello, luego el pecho…

El cuerpo de Andrea pronto permanece inmóvil. Su rostro desfigurado es una masa informe que alberga restos desprendidos de carne y huesos astillados.

Cuando Benjamin consideró que el visitante estaba lo suficientemente cerca de la superficie y, por ende, vulnerable, proyectó sus pensamientos con todas sus fuerzas. Los lanzó con violencia, sólo que antes los pobló con algunos condimentos *personalizados*. Un truco simple, pero que tomaría al

insurrecto por sorpresa en cuanto asomara las narices y vislumbrara lo que tenía preparado para él.

Mientras el ataque a Andrea tenía lugar en algún cúmulo de neuronas que hacían las conexiones apropiadas, Andrea, la real, regresó a su habitación ajena a la proyección que la había tenido como protagonista.

Benjamin sonrió, conforme con sus resultados cinematográficos, y experimentando cómo el niño retrocedía, alejándose de la superficie para regresar a las profundidades. El sitio donde se debilitaría lentamente hasta dejar de existir.

Satisfecho, Benjamin regresó al desván.

OceanofPDF.com

Capítulo 6: ¡Todo el mundo lo sabe!

OceanofPDF.com

1

Martes, 31 de julio, 2001

Mike despertó a las seis en punto, como lo había hecho cada mañana durante los últimos diez años de su vida. Abrió los ojos e instintivamente estiró un brazo para apagar el despertador.

Normalmente, se pondría en pie y se desperezaría junto a la cama, para luego ir al baño a cepillarse los dientes y darse una ducha. Después volvería a la habitación, se colocaría su reloj de pulsera, que dejaba cada noche en la mesilla, y a continuación elegiría su ropa para el resto del día. Mientras realizaba esta actividad, a la que no prestaba mayor importancia, se ocuparía de repasar asuntos pendientes del trabajo.

Pero esa mañana el proceso se detuvo en la primera etapa. Sentado al borde de la cama, estiró los brazos hacia atrás y bostezó. Su espalda se quejó y se apresuró a erguirse; el bostezo se prolongó unos segundos.

Sus primeros pensamientos se encauzaron hacia Allison como un río tumultuoso. Evocar la velada en The Oysterhouse hizo que esbozara una sonrisa dormida. Imaginó qué estaría haciendo ella en ese momento…

OceanofPDF.com

2

Allison se despertaba cada mañana a las siete, lo que le daba treinta minutos para ducharse, vestirse y desayunar antes de salir hacia la comisaría. El ritual matutino tenía normalmente aristas trágicas. Muchas veces se saltaba el desayuno, o lo tomaba de pie, mientras se desplazaba por la casa con una taza de café humeante. La parte final del proceso se completaba, con suerte, al recoger el periódico del jardín delantero para leer rápidamente los titulares; pero muy pocas veces el tiempo le permitía semejante lujo. Por lo general salía con el coche y echaba una mirada desdeñosa al periódico enrollado que aún descansaba sobre el césped. «Tendrás que esperar hoy, amiguito», pensaba.

Pero ese martes, último día del mes de julio, no sería como el resto.

Abrió los ojos a las seis. Se levantó como un resorte, se sentó al borde de la cama y lanzó una mirada furtiva al despertador. Observó expectante los números digitales. Era una tontería, pues si podía leer en el visor era porque el reloj funcionaba correctamente. Se sentía atontada. Comprendió que se había despertado por sí misma una hora antes de ser fulminada por los pitidos eléctricos del aparato. El hecho se encuadraba en la categoría de «milagro doméstico».

Desconectó la alarma con un golpe delicado. Sentía una inusitada felicidad que le resultó nueva. Lo primero que se le cruzó por la cabeza fue la cena con Mike Dawson en The Oysterhouse, y la primera reacción de su

cerebro dormido fue preguntarse si lo había soñado. La respuesta era que no, lógicamente, aunque sí era cierto que se le parecía bastante a un sueño.

Caminó en dirección al baño sintiéndose extraña. Ella —al igual que su madre y su abuela— tenía el sueño pesado y era miembro honorario del club de los individuos a los que les es imposible pensar con claridad en el estado de ensoñación que sigue al sueño. Normalmente, la dificultad de vencer la inercia matinal para los miembros del club es equivalente a la de un alcohólico en recuperación al que se le ofrece una copa. Los axiomas que sirven de pilar para la razón desaparecen al despertar, y con ellos, la razón misma.

Una vez en el baño, se encontró con los restos de la mujer radiante que había sido la noche anterior.

¿Ves lo que ocurre cuando no te quitas el maquillaje, Gordon?, ahí tienes… Bela Lugosi en persona.

Guardaba el recuerdo de haberse dejado caer en la cama tras despojarse de su ropa, y hundir la cabeza en la almohada mientras repasaba la velada con Mike. Todo había sido grandioso. Pero había un detalle que le había llamado particularmente la atención, y era la facilidad con que las frases entre ellos se habían entrelazado de un modo natural, casi premeditado. Se había dormido finalmente con una sonrisa en el rostro, evocando la anécdota de Gary y la inusitada reacción del sujeto engañado por su mujer.

Ahora, mientras veía su imagen reflejada en el espejo, también sonrió ante la visión de la excavadora atravesando la pared de la casa a toda potencia. Era otra prueba de que la cena no había sido un sueño. Se suponía que uno no recordaba los sueños, o si lo hacía era sólo fragmentariamente; sin embargo, ella recordaba todo a la perfección.

Se permitió el lujo de ampliar el tiempo habitual bajo la ducha de siete minutos a quince. Una verdadera eternidad. Abandonó la bañera sintiéndose renovada, descubriendo a la mujer del espejo a medida que el vapor se condensaba en la atmósfera húmeda del baño. Esta nueva versión mejorada llevaba el cabello mojado y gotitas esparcidas por el rostro, pero por encima de todo tenía mucho mejor aspecto que la que había estado allí hacía un momento.

Se vistió mecánicamente, incapaz de dejar de lado su habitual velocidad, aunque contara con una hora más que de costumbre. Repasó mentalmente su archivo de recuerdos en busca de alguna ocasión en la que hubiera dispuesto de tanto tiempo antes de salir de casa, pero su mente le devolvió un gran signo de interrogación. No recordaba ninguna.

Un momento después comenzó a prepararse el desayuno, ahora sí con lentitud, y mientras el café daba vueltas en el microondas decidió ir en busca del periódico. Al volver lo extendió sobre la mesa de la cocina y ocupó uno de los taburetes. Mientras leía los titulares, incapaz de abandonar el hábito adquirido durante años de no concentrarse en el contenido de las noticias, ocurrió el segundo hecho fuera de lo común de esa mañana. Éste incluso más inesperado que su inusitado horario para despertar.

Tom bajó la escalera.

—Hola, mamá. —Tom llevaba el cabello revuelto.

—Hola, querido… ¿Has dormido bien?

—Muy bien.

—Entonces hoy estamos asistiendo a un milagro. Dos Gordon madrugando.

Tom rió.

—Te he oído cuando te levantabas —dijo él—. No tenía más sueño.

—Te prepararé unos huevos, ¿o prefieres cereales?

—Huevos está bien.

Allison se lo quedó mirando hasta que dos tostadas saltarinas rompieron el encantamiento. Colocó dos más en el aparato y agregó más huevos en la sartén. Sacó de la nevera zumo de naranja y leche, y al depositarlos sobre la mesa vio a Tom, con el rostro sonriente, con la vista fija en ella y balanceando sus pies calzados en las pantuflas del ratón Mickey, su gran secreto *(Es que son cómodas. Nadie debe saber que las uso. Nadie, mamá).*

¿Se estaba perdiendo algo? Creía que sí.

No ocurre nada. Tu hijo está contento. Ha dormido bien y está feliz de poder compartir un desayuno con su madre. No seas paranoica.

Una vez que los huevos revueltos estuvieron listos, los sirvió en recipientes individuales y los llevó a la mesa junto con las tostadas.

—Tom, hazme el favor de traer a la mesa los dulces y la mantequilla.

Él obedeció.

Segundos después, madre e hijo disfrutaban con entusiasmo pero en silencio de un copioso desayuno. Normalmente, Allison a esa hora se estaría debatiendo entre la idea de permanecer en la cama y mandar al cuerno sus responsabilidades, o levantarse y hacer frente a ellas como hacía día tras día. Sin embargo, hoy había superado todo eso.

—¿Cómo te fue ayer? —preguntó de repente Tom.

—Muy bien —respondió Allison mientras mantenía la vista fija en una tostada en la que untaba mantequilla. Cuando estuvo lista, se la entregó a Tom.

—Qué bien. Me gusta Mike —dijo él.

«A mí también, tesoro», pensó Allison. Pero no lo dijo. Allí estaba probablemente la razón por la que Tom se había levantado. Su hijo sentía interés por saber cómo había pasado la cena en compañía de Mike, nada más, y por la sonrisa que mostraba en el rostro cabía suponer que conocía perfectamente la respuesta. O bien el semblante de Allison lo hacía suficientemente evidente, lo cual era probable, o Tom había espiado la noche anterior desde la ventana de su habitación, lo cual era aún más probable.

De cualquier modo, esa mañana Allison pensó por primera vez desde que había enviudado de George Gordon el 22 de marzo de 1991 —más de diez años antes— que quizás existía una posibilidad para ella de convivir con otro hombre y de formar un hogar, otra vez. Era una idea nueva, que su cabeza había dejado de explorar hacía tiempo. Había que recuperarla de algún sitio recóndito, redescubrirla y limpiarla como a un hallazgo arqueológico, pero valía la pena.

OceanofPDF.com

3

El edificio de la biblioteca municipal era de ladrillos y tenía forma de L. En el lado corto funcionaban las oficinas del *Carnival News;* era un lugar privilegiado porque ofrecía una agradable vista hacia los jardines de la biblioteca, pero sumamente reducido en cuanto a espacio. En la planta baja se encontraban la sala de recepción al público, una diminuta oficina administrativa y el archivo. Si bien la biblioteca era el sitio apropiado para consultar los periódicos antiguos, algunos de ellos incluso en microfilm, el *Carnival News* llevaba su propio archivo para uso interno. La señora Collar se jactaba de mantenerlo en condiciones desde hacía más de veinticinco años.

La redacción funcionaba en el primer piso. La imprenta, en el sótano.

Aquella mañana, Robert franqueó la puerta de doble hoja, que normalmente estaba abierta, y avanzó a gran velocidad por el vestíbulo balanceando su portafolios y agitando una mano en dirección a la señora Collar en señal de saludo. Por lo general intercambiaban unas palabras, pero esa mañana Robert se sentía incapaz de hacerlo.

Al final del vestíbulo había un pasillo estrecho (como todo en el *Carnival News)* que lo condujo a una escalera metálica en espiral. Ascendió por ella hasta ser recibido por una agradable mezcla de voces y ruidos de impresoras. Se encontró en un pequeño espacio alfombrado, con dos plantas de plástico y una banqueta de cuerpo, que hacía las veces de recepción. Había dos puertas: la primera era de cristal y servía de acceso al recinto en

el que convivían la totalidad de los empleados; la segunda conducía a un pasillo con la misma alfombra color café.

Robert eligió la segunda puerta.

Su oficina estaba justo en la esquina del edificio. Dejó su portafolios junto al escritorio y miró de soslayo hacia la redacción. El doble acceso de su oficina le permitía salir a través de la redacción o por medio del pasillo que acababa de utilizar.

Liz se presentó unos segundos después. La mujer era delgada, tenía sesenta años y el rostro arrugado como si tuviera cien. Robert la apreciaba mucho; sabía que podía confiar en ella e incluso encargarle asuntos importantes sin estar pendiente de ellos. En el tiempo que una secretaria de veinte años con las uñas esculpidas y el culo respingón se preparaba para cambiar el filtro de la cafetera, ella podía ocuparse del cierre de una edición si se lo proponía. Llevaba veinte años en el *Carnival News* y Robert bien sabía que su presencia había sido fundamental en los últimos días para que las cosas salieran adelante.

—Edward te ha estado buscando —dijo antes de retirarse.

—Gracias. —Robert rodeó el escritorio y se sentó en el sillón de cuero. Edward Lerman era quien cubría las noticias policiales; Robert escribió su nombre en el bloc que tenía junto al teléfono.

Encendió el ordenador y mientras una serie de pitidos breves anunciaban que el proceso estaba en marcha, extrajo del portafolios la correspondencia de la casa y su agenda electrónica. Depositó la correspondencia en una bandeja de plástico para revisarla luego y la agenda junto al teclado, sin advertir que un trozo de papel sobresalía apenas un centímetro del costado.

En el monitor un cuadro de diálogo le pidió su clave de acceso y él la introdujo con presteza. Mientras la sesión daba inicio, giró el sillón ciento ochenta grados y permaneció de cara a la ventana… Su diversión predilecta últimamente. Observar algún vehículo, la copa agitada de un árbol o, como en este caso particular, un grupo de *boys scouts* que se organizaban frente a la biblioteca. Lo cierto es que desde la muerte de Ben concentrarse en sus asuntos le resultaba sumamente difícil. Cuesta olvidar a un hijo cuando lo

que se tiene entre manos es un artículo referente al daño provocado en las tierras por la soja transgénica, el lanzamiento del nuevo Windows o el romance de Athina Onassis.

Con el rabillo del ojo observó la fotografía de Ben sobre el mueble colocado debajo de la ventana. Antes había estado sobre su escritorio, pero había descubierto que tenerla allí le hacía imposible pensar en su trabajo, así que había decidido cambiarla de lugar. Deshacerse de ella le había resultado inaceptable.

El proceso que un padre atraviesa frente a la muerte de un hijo indudablemente ha de ser diferente según el individuo. Robert no se sorprendería si algunos enloquecieran o decidieran tomar decisiones drásticas. Él no había pensado en eso, pero él tenía a Danna y a Andrea… La perspectiva de haber continuado con su vida sin ellas le resultaba difícil de imaginar.

Al principio, su forma particular de recorrer el camino posterior a la visión de Larry Holmes surgiendo de la tubería con la gorra azul de Ben en una mano, había sido la incredulidad, no la negación. Sabía que no aceptar los hechos no haría más que acentuar el dolor y perpetuarlo. Quizás negación era lo que tenía lugar en algún sitio profundo, y aquello se proyectaba en un nivel consciente como incredulidad, como si despertara de un sueño y no pudiera establecer si todo aquello había ocurrido realmente. Era sumamente confuso exponerlo en términos lógicos, y quizás el motivo era que no tenía nada de lógico. Había llegado a la conclusión, y conforme pasaban los días daba más crédito a la posibilidad, de que en cierta forma era una lucha entre la razón y la demencia. La razón, hablando con voz tranquila y docta, explicando que todos los días ocurren accidentes, cosas malas, y que es *lógico* que pueda tocarnos alguna vez; y la demencia, susurrante y diabólica, insistiendo en que Ben estaba vivo, escondido en alguna parte, y que de un momento a otro aparecería en la casa como si tal cosa.

Si Robert hubiera tenido que diseccionar el proceso en etapas, seguramente la de la incredulidad habría sido la primera. La siguiente, que había comenzado en algún momento de la semana siguiente a la *muerte* de

Ben, era más sencilla de entender que la anterior, pero no por eso menos inquietante. Robert incluso creía que sería más duradera, si es que alguna vez acababa. Estaba relacionada con una nueva forma de ver las cosas: un filtro que tenía la particularidad de convertir una flor colorida en una marchita, árboles frondosos en secos y raquíticos, y que extraía la belleza de las cosas; si es que había belleza en un mundo donde los hijos morían dentro de tuberías.

Se había considerado siempre una persona optimista. A su modo de ver, una de las virtudes más grandes que alguien podía tener. Había creído que el optimismo podía superar casi cualquier cosa. Continuaba creyéndolo, pero con la salvedad de la palabra *casi*. Su matrimonio era un claro ejemplo. Pasaba por un periodo delicado, era cierto, ¿pero no había sido siempre así? ¿Por qué esta vez se empecinaba en volver a ello como un obseso? Resultaba difícil establecer si lo ocurrido con Ben le había quitado una venda de los ojos o si se trataba de otra manifestación de la segunda etapa en el doloroso proceso de salir de todo eso. Quería pensar que lo que ocurría con Danna no eran más que un par de días de enfado, *hasta que a ella se le pase;* que luego volverían a la normalidad. Pero entonces… ¿por qué volvía sobre el tema una y otra vez? ¿Por qué insistía en desempolvar los fantasmas de su matrimonio, *precisamente ahora?*

Mientras observaba a través de la ventana cómo el grupo de *boy scouts* se ordenaba en filas, una voz cansada le lanzó la respuesta. Pero no fue el discurso de una voz cerebral, no señor; para qué limitar el poderío de nuestra mente a algo tan simple. La respuesta fue un recuerdo vívido que Robert había procurado mantener lo más alejado posible. Esta vez surgió y no pudo hacer más que recibirlo amargamente; eran las leyes del nuevo mundo rancio y desesperanzado de la segunda etapa.

¡Bienvenido!

Danna lee un libro en la cama. Corre el año 1991, poco después del nacimiento de Ben. Es de noche y hace calor.

Años más tarde, Danna perdería la costumbre de leer en la cama, pero ahora lo hace, y tratándose de una noche calurosa, se halla tendida en ropa

interior, sin taparse, vuelta de costado hacia su mesilla y sosteniendo el libro con una mano más allá de los límites de la cama.

Robert entra en la habitación después de ducharse. Se recuesta junto a ella y contempla su cuerpo al tiempo que piensa que es notable lo rápido que ha recuperado su figura tras el embarazo. Se le acerca hasta que le es posible envolverla con su brazo derecho a la altura de la cintura. Mientras Danna sigue leyendo, Robert acaricia su estómago formando círculos con la palma de la mano.

Sin mediar palabra, él se encarga con suavidad de hacer que ella gire sobre sí misma y permanezca boca arriba, luego se inclina y la besa en la boca. Sigue con la barbilla, bajando hasta el cuello. Sus manos se encargan de quitarle el conjunto de ropa interior negro, que él mismo compró por sesenta dólares como regalo de cumpleaños. Danna presta colaboración flexionando las rodillas.

Él se coloca encima, con sus manos una a cada lado de su cuerpo. Alza la cabeza y fija la vista en el empapelado mientras experimenta la agradable resistencia inicial que ofrece el cuerpo de ella. Corcovea. Sus brazos se tensan, su corazón bombea aceleradamente y su respiración se torna espesa. Mantiene los ojos en el diseño florido de la pared, sigue sus formas aunque las conoce de memoria. Cree que podría reproducirlas en un papel si se lo propusiera.

Un minuto después desvía la vista en dirección al rostro de Danna. Advierte que sus ojos están cerrados; pero hay algo más…, la forma de su boca, ¿una mueca de desagrado? No, no de desagrado, pero definitivamente tampoco de placer. Vamos, es una mueca; se supone que las muecas pueden significar cientos de cosas, pero…

No placer.

Robert siente un cosquilleo en la espalda y el ritmo acompasado de su cuerpo se enreda con sus pensamientos. Aparta la mirada del rostro de Danna y sus ojos caen en sus hombros, luego viajan por su brazo extendido, recorriéndolo como la llama que avanza por una mecha. Lo hace sabiendo que no desea llegar al extremo de aquel brazo, pero no

puede evitarlo. No desea encontrarse con el libro que su esposa ha estado leyendo, pero no tiene más remedio que hacerlo…

Y entonces observa cómo el dedo índice de su mujer marca la página en que interrumpió la lectura, para retomarla tan pronto termine… aquello.

Robert clava los ojos en el libro, un ejemplar en rústica de Bentley Little. Aparta la vista y regresa al rostro de Danna, cuyos ojos cerrados siguen ajenos a lo que ocurre en la habitación. Robert descubre ahora una expresión con la calidez de un témpano. La boca de Danna definitivamente se tuerce en una mueca de desagrado; ahora puede verlo. Puede verlo con toda claridad. La mueca que haría un niño al que le obligan a tomar su medicina…

Tómala, Danna…, será sólo un segundo, ya verás…, pero tómala de una vez.

Robert siente que la tensión de sus músculos se diluye y su excitación se apaga como una colilla de cigarrillo lanzada a la nieve. Comprende que ahora permanece inmóvil, incapaz de moverse. Sabe que aunque quisiera seguir con el espectáculo circense, no podría hacerlo. Su erección ha desaparecido como si hubiera introducido el pene en la nieve, junto a la colilla del cigarrillo de su excitación.

Se deja caer de lado con pesadez. Mira hacia el techo y siente la necesidad imperiosa de taparse, apagar la luz y ser tragado por la oscuridad de la habitación. Advierte que unos segundos después Danna se tiende de costado y prosigue con la lectura.

—¿Puedo pasar?

En la biblioteca, más allá del ventanal del *Carnival News,* no quedaba ni rastro de los *boy scouts*. O bien habían entrado en el edificio o se los había tragado la tierra. Robert se reclinó en el sillón con intención de volverse hacia el escritorio. No había hecho nada desde… ¿Cuánto hacía que había llegado?

La voz a sus espaldas se repitió.

—¿Puedo pasar?

Robert hizo girar el sillón. Vio un rostro asomando por el lateral de la puerta.

—Adelante, Ed —se apresuró a decir, mientras desviaba la vista hacia el bloc y leía el nombre que había escrito en alguna vida anterior.

Edward era el mejor cronista del *Carnival News*, además de amigo personal de Robert. Tenía cuarenta y dos años, y era probable que si Robert no hubiera aceptado el cargo de director, Edward Lerman hubiese recibido el mismo ofrecimiento. Pero no había rencor entre ellos ni mucho menos; Ed era una persona sumamente talentosa, perspicaz e inquisidora, pero que disfrutaba de trabajar de forma independiente.

—Siéntate.

—Gracias. —Edward ocupó una de las dos sillas frente al escritorio.

—¿Ha ocurrido algo?

—En realidad, sí, pero primero déjame preguntarte si estás bien. No tienes buen aspecto.

—Estoy bien. Dime de qué se trata.

Edward cambió de posición en la silla.

—Ayer volví a mi casa a las siete —dijo—. Tenía tres mensajes en mi contestador. Los dos primeros eran idénticos. La voz no me dijo gran cosa en ese momento, pero me pareció la de una persona joven. Dijo: «¿Conoce al Zorro? Apuesto a que sí».

Robert no pudo ocultar su sorpresa.

—El Zorro…, nuestro mitológico amigo —dijo—. Si realmente existe, el sujeto ha de ser un anciano. Es probable que más de uno haya adquirido esa identidad con el paso del tiempo.

—Así es. Pero el tercer mensaje ha sido más sugestivo —explicó Edward.

—Adelante.

—Textualmente: «¿Quiere desbaratar algo importante, periodista listillo? Lo llamaré mañana a las cinco». Eso ha sido ayer.

—¿Tu contestador registró los números entrantes?

—Sí. Números locales. Cabinas telefónicas, diferentes cada vez. Lo he verificado.

—Ed, si lo que quieres es hablar con ese sujeto y seguir adelante con la historia, no lo dudes.

—Gracias, Robert. Necesitaré dos helicópteros y esos equipos sofisticados del FBI…

—Perfecto, si te hace falta un equipo del SWAT cuenta con ello.

Edward se rió y se puso en pie. Ambos solían bromear con los recursos limitados del periódico. Se disponía a salir cuando Robert le habló.

—Ed, quiero estar al tanto de todo —dijo, ahora con seriedad—. No quiero interferir con Harrison y llegado el caso lo pondremos al corriente. Hablaremos de esto mañana.

Edward le dijo que contara con ello y se retiró.

Una vez que estuvo nuevamente solo, Robert resistió el impulso de volverse a mirar por la ventana. Esta vez concentró su atención en el escritorio, y al posar la vista en la agenda electrónica, advirtió el trozo de papel que sobresalía de uno de los lados.

Se inclinó y lo cogió.

Al desplegar la nota, nueve palabras formadas con torpes letras negras hicieron que su respiración se interrumpiera:

TU MUJER TE ENGAÑA

¡Todo el mundo lo sabe!

OceanofPDF.com

4

Robert aferraba el volante del Toyota con fuerza. Solía almorzar en la oficina o regresar a su casa, pero ese mediodía no haría ni lo uno ni lo otro. Permanecer en su oficina le había resultado una idea insoportable, e ir a su casa ni siquiera se le cruzó por la cabeza. Encendió la radio y sintonizó una emisora de noticias. Procuró seguir con atención la voz radial sin entender lo que decía, concentrándose en cada palabra y repitiéndola para sí. El truco funcionó… durante dos minutos; luego otra vez se alzó la voz anónima interior; el presentador de radio que todos llevamos dentro y que se encarga de traernos las malas noticias.

Cuando le hacías el amor a tu esposa, ¡ella marcaba el libro con el dedo! ¿No es asombroso?

Y además te engaña…

¡TODO EL MUNDO LO SABE!

Mientras el coche se desplazaba a una velocidad superior a la permitida, el mensaje hallado en el interior de su agenda electrónica retumbaba una y otra vez en su cabeza, como el latido de un corazón gigante, remarcando cada palabra, tal y como lo había hecho desde que sus dedos desdoblaron el papel y sus ojos recorrieron una a una las palabras, sin poder dar crédito a ellas. Aún no podía hacerlo.

Había guardado el mensaje en el bolsillo trasero de su pantalón. No lo había destruido, o quemado, simplemente lo había guardado allí mientras un centenar de preguntas estallaban en su cabeza. Lo primero que había

hecho después de leerlo fue mirar en todas direcciones, como si el responsable estuviera allí, agazapado en algún lugar a la espera de su reacción. Ése es, después de todo, el objetivo de un bromista, ¿no? Observar la reacción de su víctima.

Aunque Robert tenía la horrorosa sensación de que ésta no era la obra de un bromista.

Lo primero que comprendió fue que su autor, quienquiera que fuese, no lo había colocado dentro de su agenda electrónica mientras él estaba en la redacción. Al menos no ese día. Había repasado sus movimientos de esa mañana, que se limitaban a una minuciosa observación del grupo de *boys scouts* desde la ventana, con lo cual no había posibilidad alguna de que alguien lo dejara allí sin que él lo notara. Las únicas personas que habían estado esa mañana en su oficina eran Liz y Ed, y ninguno de ellos se había acercado a su agenda. Estaba seguro. Además, la idea de cualquiera de ellos escribiendo un anónimo de ese tipo le daba risa. Por otro lado, suponer que alguien había logrado introducirse en su oficina mientras él miraba por la ventana de espaldas a la puerta, y que hubiera podido dejar el mensaje y luego salir sin que él se diera cuenta, también era difícil de creer.

El mensaje debió de haber sido colocado en otro momento. No recordaba haber utilizado su agenda desde hacía unos días, por lo que el anónimo podría llevar algún tiempo allí. Durante los últimos días había dejado la agenda sobre el escritorio más de una vez cuando salía de la oficina, con lo cual el abanico de sospechosos se ampliaba a casi cualquier persona; no tenía sentido detenerse en cada una de ellas. Incluso un extraño podría habérselas ingeniado para llegar hasta su oficina. Era improbable, pero posible.

¿En quién debía pensar? Estaba claro que el mensaje no era bienintencionado; su autor buscaba inquietarlo.

¡Todo el mundo lo sabe!

¿Quién lo sabía?

¿QUIÉN?

No importaba mucho. Al menos no importaba *tanto* como lo otro. Como el mensaje en sí. *El contenido*. Al diablo *quién* lo había escrito, lo

verdaderamente importante era *qué* había escrito. Robert lo sabía, y era la razón por la que conducía como un poseso sin un rumbo fijo (aunque interiormente empezaba a entender adónde se dirigía).

Tu mujer te engaña.

¿Era cierto?

Conocía a Danna. Sabía de su carácter fuerte, su ego del tamaño de un rascacielos; sabía que perdía los estribos con facilidad, a veces pasaban días sin hablarse…, podía enumerar defectos a montones, una jodida lista de la compra con dos mil artículos…, pero no lo engañaba. Estaba seguro. En los años que llevaban de casados no había habido un solo incidente que a Robert le despertara sospechas de que Danna veía a otro hombre. Ni uno solo. Quienquiera que hubiera escrito el mensaje sin duda no conocía ese hecho; podría haber utilizado cualquier argumento para atacarlo. Cualquiera.

Pero no ése.

Robert estaba tranquilo al respecto. Muy tranquilo.

Por eso conduces como un chiflado, ¿eh? Por eso no destruiste el mensaje en la trituradora para papel. Ha sido por eso, ¿verdad? Estás taaaan seguro que has guardado el mensaje en tu bolsillo trasero y ahora te lanzas en tu coche a meditar sobre un asunto del que estás MUY seguro. ¿Así es la historia?

Sí, así era precisamente.

Mierda. No estás seguro de nada. ¿Qué está haciendo Danna AHORA, por ejemplo?

Robert sintió un escalofrío. Nunca había pensado en la infidelidad de su esposa como una posibilidad. Ahora la idea lo sorprendía como a un científico que súbitamente descubre que la gravedad ha cambiado de dirección. Una válvula que siempre había creído cerrada se abrió y viejos recuerdos fueron bañados por un líquido nuevo, un líquido que los hacía ver diferentes. Danna era una mujer independiente, siempre lo había sido; iba al gimnasio dos o tres veces por semana, asistía a clases de pintura, tenía su vida. Robert no conocía a todas las personas con las que se relacionaba. De hecho no conocía a casi ninguna.

Observa cómo su dedo índice marca la página en que interrumpió la lectura, para retomarla tan pronto termine… aquello.

—¿Quién es, Danna? —le preguntó a la cabina del Toyota.

El sonido de su propia voz lo alarmó. Hablar solo no era precisamente un signo de cordura. Debía tranquilizarse. El mensaje lo había alterado, era cierto, y hasta lógico; *entendía* que era lógico. Pero también debía entender que ese mensaje anónimo no probaba nada. No había recibido una foto comprometedora, ni un nombre; nada. Sólo un mensaje de alguien que probablemente no tenía otra intención más que fastidiarlo.

Y que por cierto lo había logrado.

Lo que debía hacer era pensar con calma las cosas. Debía dar crédito a los años de convivencia con Danna, al hecho de que nunca le había dado motivos para que sospechara una cosa así. Debía partir de allí, y si lo deseaba podía utilizar el incidente para estar más atento en el futuro. No debía volverse paranoico, porque eso era seguramente lo que pretendía el lunático que le había dejado aquel mensaje. Actuar con naturalidad (no como lo estaba haciendo ahora), eso era lo que debía hacer. Ser inteligente.

Ordenar sus ideas lo ayudó. No mitigó por completo la voz de radio dentro de su cabeza, que se empecinaba en dar crédito a la noticia de último momento, pero logró convencerse de que no había motivos reales para volverse loco. Lo comprendió en el preciso instante en que su Toyota se detenía en el camino de acceso de la vieja planta de distribución de agua en Union Lake.

OceanofPDF.com

5

La planta de agua abandonada parecía poco amenazante aquella tarde soleada. Robert abandonó el Toyota en el sitio que una semana atrás había ocupado un camión de bomberos y recorrió el camino de acceso dejándose impregnar por el canto de los pájaros y el suave susurrar del lago pendiente abajo.

Durante las jornadas de trabajo de los buzos siempre había permanecido fuera del edificio, y lo cierto es que no había encontrado ninguna razón para volver a entrar. Ahora tampoco la tenía; sin embargo, ascendía por la escalinata principal, concentrándose por primera vez en el estado de abandono de la construcción.

Franqueó el umbral de la puerta y se detuvo a observar el suelo faltante, los restos de revestimiento de la madera arrancada de las paredes, los marcos sin puertas. Todo aquello que podía ser tomado *prestado,* había desaparecido. Avanzó hacia la izquierda, atraído por la presencia de un boquete en el techo. Costaba entender cómo alguien había sido capaz de llegar hasta allí para robar los tirantes de madera, pero alguien debió de tener el coraje suficiente para hacerlo, porque tampoco estaban. Vio una planta trepadora, que se las había arreglado para crecer en los laterales del boquete, y el sol filtrándose por él, formando un cono en el que flotaban partículas de polvo.

Mientras se dirigía hacia el cono de luz, estudió los ventanales de la fachada. Los marcos metálicos reticulados estaban intactos; no así los

cristales que otrora debieron de servir de contención a la brisa que ahora se colaba hacia el interior. El lugar poseía las características ideales para que un grupo de niños armados con algunas piedras los hicieran estallar. Vagamente se preguntó si Ben habría ido allí con sus amigos en algún momento, y al instante siguiente se dijo que no tenía importancia.

Se detuvo frente a la proyección circular del cono en el suelo irregular. En las paredes vio una serie de pintadas que hacían referencia a algo llamado *Korn,* pero no tenía la más remota idea de qué podía ser. Dirigió su atención al círculo amarillo, que por alguna razón se sintió incapaz de pisar, y recordó la escena de una película en la que un hombre era absorbido por una nave espacial a través de un cono lumínico similar al que tenía delante. Alzó la cabeza en dirección al techo y examinó la planta trepadora cuyas ramas colgaban como lianas. Tenía hojas verdes con forma de oreja de duende. Se detuvo a contemplar el modo en que la luz solar que las bañaba dibujaba ribetes amarillos y las volvía translúcidas.

La imagen disparó un recuerdo. Parecía ser que aquél era un día destinado a rememorar hechos del pasado, pero se alegró al descubrir que en esta ocasión se trataba de uno sumamente grato.

El recuerdo trajo a Ben, apenas un crío de dos años y medio que correteaba por el jardín trasero sorbiéndose los mocos y sosteniéndose el pañal. Andrea y Danna habían salido, y Robert había dado crédito a la posibilidad de leer una novela mientras su hijo se divertía con sus muñecos de plástico. No recordaba cuál era la novela que pretendía leer, y poco importaba realmente, pues lo que menos pudo hacer esa mañana fue echarle un vistazo. En cuanto Ben advirtió (valiéndose de ese talento natural del que gozan los niños pequeños) que su padre pretendía hacer algo que requería concentración, se abalanzó sobre él, disparándole un cargamento de frases en su media lengua.

A Robert no le importó suspender sus planes de lectura. Juntos se tendieron en el césped y rodaron. Luego Robert, con los brazos extendidos, sostuvo a Ben contra el cielo celeste mientras él reía y agitaba sus manos, como si nadara.

—¿Quieres que te enseñe un juego, Ben?

—… eñe ego, En…

Ben estaba en la etapa en que repetía todo lo que uno le decía. Había desarrollado además un especial talento para vocablos como *culo* y *tetas,* entre otros, producto de horas de entrenamiento por parte de su hermana, quien se deleitaba con cada avance de su pequeño alumno.

El Robert de treinta años, y no uno diez años mayor que guardaba un mensaje en el bolsillo trasero que afirmaba que su mujer lo engañaba y que todo el mundo lo sabía; el Robert con el torso desnudo que sostenía a su hijo con los brazos estirados, y no uno que lo había perdido por culpa de una tubería auxiliar abandonada ese Robert se puso en pie sin soltar el cuerpecito de Ben rebosante de felicidad y lo condujo a través del jardín trasero mientras emulaba el sonido de la turbina de un avión.

—¡Ffffrrrruuuuuuuuu!

Ben abría los brazos. No dejaba de reír.

Se acercaban a la empalizada de madera que marcaba el inicio de la propiedad de los Turpin. Tenía un metro ochenta de altura, y estaba tapizada por una variedad de hiedra cuyas hojas presentaban un contorno similar al que reconocería tiempo después en la enredadera colgante de Union Lake. Danna había dicho que un día quemaría las malditas plantas, que era su pared y que se suponía que Amanda Turpin tenía que controlar que su jodida hiedra no invadiera la propiedad ajena, pero nunca lo llevó a cabo.

El Robert feliz depositó a Ben sobre el césped y cortó una ramita del tronco de un abeto; la estudió y luego la partió por la mitad. Ben siguió la operación con atención, sin saber adónde conducía aquello, pero intuyendo que era importante.

Robert le entregó una de las ramitas a Ben y se quedó con la otra.

—No la tires.

—No iress.

Se acercaron a la hiedra. Ben agitaba el bracito regordete con el que sostenía la ramita como un mago diminuto, todo sin desviar su atención de las acciones de su padre. Robert desplazó algunas hojas de la planta y no tardó en detectar nidos de araña entre las juntas gastadas. Sostuvo la ramita en alto, sabiendo que contaba con toda la atención que es posible recibir de

un niño que no ha cumplido los tres años, y lentamente la introdujo en uno de los cilindros de tela pertenecientes al pobre arácnido que la pareja padre-hijo se proponía importunar.

—Fuera bicho —susurró Robert. Ben permaneció en silencio, observando absorto el modo en que Robert movía suavemente la ramita para que la araña saliera en busca de su supuesta presa. Ben no tenía modo de conocer las intenciones de su padre, pero por alguna razón la operación le resultaba sumamente interesante.

¡Fuera bicho!

Y de pronto ocurrió. Una araña del tamaño de una moneda de diez centavos, que Robert sabía inofensiva, salió de su guarida a la velocidad de un rayo. Ben se sorprendió y retrocedió, asustado, pero cuando vio que la araña sólo se limitaba a examinar el exterior de su casa para luego introducirse de nuevo en el orificio, aplaudió con torpeza mientras daba pequeños saltitos.

—¡ERA ICHO!

Robert se sumó al festejo alzando en alto un puño victorioso. Ambos reían.

—Hazlo tú…

—¿Icho?

—Sí, hazlo tú…, aquí.

Robert señaló un segundo nido; no era cuestión de ensañarse con una araña en particular.

Ben avanzó con paso titubeante, asiendo su ramita entre dedos temblorosos. Sus primeros intentos por introducirla en el nido fueron en vano, pero pronto logró hacerlo y se generó entre ellos el mismo clima de expectación. Robert empezaba a creer que aquel nido estaba deshabitado, o que su dueña era lo suficientemente astuta para saber que aquello no era un insecto, sino un padre tratando de divertir a su hijo, cuando la araña apareció haciendo que Ben retrocediera otra vez, probablemente ahora más asustado que antes. Observó a Robert con ojos bien abiertos y, al ver que su padre sonreía, rápidamente recuperó su estado de júbilo y repitió la serie de aplausos.

—¡ERA ICHO! ¡ICHO! ¡EN!

Poco tiempo después, Robert dejó que Ben siguiera adelante solo con el juego de las arañas. Lo observó mientras él se desplazaba con la ramita, abstraído y hablando consigo mismo. De cuando en cuando se observaban y sonreían. Robert podría haber retomado la lectura, pero descubrió que ver a su hijo envuelto únicamente en su pañal y alzando victorioso la ramita en alto después de cada intento exitoso era mucho más interesante.

Ahora, diez años después, aquella visión le generó un cóctel explosivo de nostalgia y dolor. De pie junto al cono de luz, no supo cuánto tiempo llevaba allí. Debía marcharse, se dijo; probablemente observar el lago un rato como había hecho tantas veces durante la última semana. Sabía que debía mantenerse alejado del interior del edificio, en especial de la sala de bombeo. No había vuelto allí desde el día de la búsqueda, y no tenía intenciones de hacerlo precisamente ese día. No se creía con el valor suficiente para enfrentarse con la boca oscura de la tubería auxiliar.

En el camino de salida encontró un sitio adecuado para sentarse. Era un claro entre la línea de abetos que bordeaban el camino de acceso, y que ofrecía una aceptable vista de la ladera de la colina y del lago. Se sentó sobre una piedra y estiró las piernas. Unos centímetros más allá de la punta de sus zapatos el terreno descendía en una pendiente pronunciada por la que trepaba el tranquilizador gorjeo del agua. Las raíces de los abetos emergían de la tierra como grandes gusanos congelados.

Robert se desprendió los dos botones superiores de la camisa, luego apoyó sus manos en la tierra detrás de sí y se inclinó un poco hacia atrás. Paseó la vista por la franja del lago que le resultaba visible. Miles de sonrisas hirientes se encendieron y apagaron ante sus ojos.

Se había acostumbrado a tolerar las burlas del lago. Que el cuerpo sin vida de tu hijo esté en algún lugar debajo de una masa de agua, y que no haya nada que podamos hacer al respecto, es una idea difícil de aceptar al principio. No es que una masa de agua sea diferente a una masa de tierra, y Robert no se consideraba una persona precisamente amiga de los entierros *(¿acaso alguien podía serlo?)*, pero convengamos que conocer el lugar exacto en que *descansa* un ser querido permite encauzar el dolor. Robert

recordaba el entierro de su abuelo, por ejemplo, y la ceremonia se le antojaba macabra e inútil; un proceso de exudación del dolor personal y absorción del ajeno. Se sentía agradecido de no haber tenido que pasar por eso con Ben, aunque le hubiera gustado conocer el lugar en el que descansaba.

Cuando su abuelo Elwald murió, a los noventa y tres años y tras padecer en los últimos cinco un Alzheimer avanzado, su figura tendida en el ataúd era un espectro blanquecino cuya piel podría haber envuelto a dos cuerpos como el suyo. Debbie, de rodillas junto al ataúd lustroso, acompañó el cuerpo de su padre durante toda la ceremonia. Robert se acercaba a ella de cuando en cuando, y Debbie lo abrazaba con fuerza hasta que lo dejaba ir.

En aquel momento, rodeado de personas que apenas había visto en su vida, Robert se preguntó cuál era el sentido de aquello. ¿Por qué exhibir el cuerpo sin vida del abuelo Elwald como si se tratara de un fósil de museo? Allí estaba esa mujer gorda y llorosa, que reconocía de algunas fotografías y que suponía que era prima de su madre, que se acercaba a él para decirle que lo sentía…, que lo sentía *muchísimo*… y, al advertir que la mujer gorda dejaba la frase en suspenso, Robert comprendía que ella ni siquiera sabía su nombre.

Aunque los recuerdos de su abuelo se fueron desdibujando a medida que crecía, disfrutó de cada visita al cementerio junto a Debbie. Dejaban flores y permanecían junto a su lápida un rato, en silencio. El cementerio nunca le había resultado un sitio tenebroso, aunque debía reconocer que su impresión procedía de visitas diurnas. En aquellas visitas su madre a veces lloraba, otras esbozaba una tenue sonrisa, quizás evocando recuerdos de tiempos pasados junto a Elwald, cuando era un hombre fuerte y sano y la cuidaba si estaba enferma o le hacía un regalo en su cumpleaños.

OceanofPDF.com

6

Tras la visita a Union Lake, Robert llamó por teléfono a Liz y le dijo que no regresaría a la redacción. Adujo que no se sentía bien, cosa que ella seguramente había advertido en su rostro al verlo marcharse más temprano. La mujer le dijo que se despreocupara del trabajo y él se lo agradeció. Supo al llegar a su casa la razón exacta por la que se presentaba tres horas antes de lo habitual. Allí encontró a Andrea, quien se sorprendió al verlo y que, al ser interrogada, respondió que no tenía idea de dónde estaba su madre. Sabía que había salido, pero nada más. Robert se llevó instintivamente la mano al bolsillo trasero, palpó la forma de la hoja de papel doblada por el medio y sintió un nudo en el estómago.

Danna llegó una hora más tarde. Encontró a Robert en la sala, pero ocultó su sorpresa. Atravesó la estancia en silencio, cargando la cesta en la que llevaba sus utensilios de pintura. Era martes —Robert sabía que las clases eran los lunes y los miércoles—, pero para cuando recordó este detalle, su esposa había desaparecido sin dirigirle la palabra. Permaneció con la vista nublada durante al menos media hora. Estaba seguro respecto a las clases de pintura; lunes y miércoles, no martes.

TU MUJER TE ENGAÑA.

¿Qué llevabas en la cesta, Danna?

¿Acaso se habría preocupado en colocar dentro sus pinturas, disolventes y pinceles, o simplemente la traía vacía? ¿Para qué molestarse? Con

cargarla vacía sería suficiente para engañar a Robert. Él no se concentraría en un detalle como ése cuando pasaba por alto que era martes. *¡Martes!*

TODO EL MUNDO LO SABE.

Debía hablar con Danna. Llevaban dos días sin dirigirse la palabra, y normalmente no pasaba tanto tiempo hasta que hacían las paces. Se puso en pie y se encaminó hacia la habitación, pero se detuvo ante la puerta abierta del estudio. La vio extrayendo sus pinturas de la cesta y colocándolas en la repisa.

Al parecer sí se había tomado la molestia de llevarlas con ella.

Danna no pareció advertir la presencia de Robert al principio, de modo que éste permaneció un buen rato de pie en el umbral, buscando una manera de iniciar la conversación. Mientras lo hacía, no pudo evitar recorrer el cuerpo de Danna en busca de alguna señal delatora (como en las películas) que le indicara dónde había estado y, más importante, con quién. Barro bajo sus botas, una mancha peculiar, quizás hasta una marca en el cuerpo, ¿por qué no? Llevaba el cabello recogido en un moño, atravesado con una barrita de madera que lo mantenía en su sitio; no vio ninguna marca en su cuello desnudo, pero también era cierto que podía ver sólo la mitad de…

—No podemos estar así —dijo Robert al fin. Avanzó un metro hacia el interior del estudio.

Danna se volvió, ocultando la sorpresa que evidentemente debió embargarla, y le dirigió una mirada larga y analítica.

—Estoy de acuerdo —contestó.

Robert dio dos pasos más.

—¿Han adelantado la clase de pintura? —preguntó mientras desviaba la mirada hacia la pecera a su izquierda y fingía interesarse en ella.

Danna siguió observándolo con la misma mirada evaluadora de un juez que tiene entre manos un caso importante y debe dar un veredicto. Sostenía un frasco de azul ultramar en su mano derecha, y por un momento a Robert se le cruzó por la cabeza la estúpida idea de que Danna lo estaba exhibiendo a modo de respuesta. *¿Acaso no ves lo que hago? Devuelvo las pinturas a su sitio. ¿No es obvio que he asistido a la clase de pintura?*

—Sí, la hemos adelantado —dijo por fin—. Rachel tiene un compromiso mañana y la señora Rose accedió a recibirnos hoy.

—¿Un compromiso?

—Sí, un compromiso. Danny asciende de categoría como *boy scout*, o algo así. No le presté mucha atención. No pude hablar con Rachel después de la clase. Tenía que ir a buscarlo al ensayo para mañana, o eso creí entender. ¿Es suficiente? Porque si quieres saber algún detalle más, como la cantidad de ancianas que Danny ha ayudado a cruzar la calle en el año, puedo llamarla y preguntárselo.

Robert la creyó. Por primera vez había puesto en duda las afirmaciones de su esposa, y lo cierto es que no vio ninguna señal de que aquello podía no ser cierto. Además, recordaba al grupo de *boys scout*s que había visto desde su oficina. Decidió que era momento de dejar el tema del mensaje de lado y concentrarse en reconciliarse con Danna. Se acercó a ella un poco más, ahora lo suficiente para poder percibir su perfume dulce…

¿Por qué se había puesto perfume?

¡Basta! Siempre le han gustado los perfumes. Basta abrir el segundo cajón de su cómoda para observar el ejército alineado de envases de colores. No prueba nada que se haya perfumado. ¡Nada!

Todo el mundo lo sabe.

Le gustaba perfumarse. Punto. Había sido así desde…

Otro recuerdo. De pronto, Robert no se encontraba en el estudio de Danna, o jugando con su hijo de dos años a hacer salir las arañas de sus nidos, o en el velatorio del abuelo Elwald. La magia de la memoria lo transportó a la noche en que un Robert dieciocho años menor y con el estómago plano como una tabla de lavar la ropa le propuso matrimonio a Danna Arlen, una muchacha con una figura capaz de hacer suspirar a una estatua.

Supuso que el hecho de que aquella noche de verano también se le hubiera acercado por detrás del mismo modo que ahora, hizo que la visión surgiera en su cabeza con una claridad espeluznante. Lo mismo daba, porque allí estaba de todos modos. ¿Quién puede controlar el momento en

que nuestros recuerdos eligen salir a desfilar por la pasarela de lo consciente? Robert, desde luego, no.

Habían viajado a Concord especialmente para cenar en Darrel's, un sitio moderno que Robert apenas podía permitirse. Pero había querido algo especial, y lo primero que supo fue que no encontraría el sitio perfecto en la ciudad, que ambos conocían de memoria. Y no se equivocó, pues la salida adquirió una atmósfera completamente diferente tan pronto como abandonaron Carnival Falls. La cena fue estupenda y Robert se preguntó si no sería el momento indicado para hacer su proposición, pero decidió esperar. Consideró la sobremesa una oportunidad trillada. Había planeado sugerir que visitaran el parque, donde le habían dicho que había una fuente monumental. Por las noches era un sitio iluminado y seguro, y que en vistas de la temperatura agradable sería, supuso, el lugar perfecto para llevar a cabo la proposición.

Pero su impaciencia lo traicionaría y no llegaría al parque. Cuando salieron de Darrel's, Danna se adelantó y Robert la siguió, escuchando únicamente el repiqueteo de sus zapatos de tacón alto.

Las farolas altas proyectaban luces amarillas, las carrocerías de los vehículos resplandecían; flotaba en el aire una brisa suave y tibia.

Danna llevaba un vestido azul ceñido al cuerpo que se interrumpía en ángulo a la altura de las rodillas. Mientras se acercaba a ella, Robert introdujo su mano en el bolsillo de su chaqueta para palpar el cubito de terciopelo rojo (otra de las cosas que no podía permitirse). En ese instante supo que no esperaría a llegar al parque; Danna no era estúpida y sabría que Robert se traía algo entre manos. Lo que ella no suponía es que él podría proponerle matrimonio allí, en el aparcamiento de Darrel's.

La rodeó por detrás, cruzando su brazo a la altura de la cintura; luego acercó su rostro por la derecha de manera que sus mejillas se tocaron.

Aquellos instantes antes de que él hablara adquirirían una dimensión sobrenatural, y Robert sospechaba que se debía a que había experimentado un estado de felicidad plena; un estado que se alcanza pocas veces en la vida (que incluso puede que algunas personas no alcancen nunca). Se había sentido completo. Más tarde reflexionaría que era probable que si se

juntaran todos los momentos esparcidos en la vida en que experimentamos una felicidad inusitada como aquélla, probablemente no serían más que unas horas. Suponía que de allí provenía la cualidad sobrenatural…, apenas unas horas en contraposición con las miles que vive el hombre.

Con la mano que le quedaba libre extrajo el estuche de terciopelo y lo extendió de manera que ella pudiera verlo. Danna lo tomó con las dos manos y lo abrió. Un signo igual formado por dos alianzas incrustadas en la base dijo todo lo que era necesario decir en ese momento; sin embargo, Robert formuló la pregunta de todos modos.

Y ella aceptó.

Robert la observó con incredulidad. El estuche de terciopelo sufrió una transformación mágica y se convirtió en un frasco de azul ultramar. El cabello de Danna ya no estaba suelto, sino recogido.

—¿Cómo?

—Acepto las disculpas por lo de la otra noche. ¿Es eso lo que dijiste, no?

—Sí.

¿Hay alguien más, Danna? Dímelo, por favor… Sé que todo el mundo lo sabe, pero el maldito asunto me va a consumir si no me lo dices.

—No debemos distanciarnos en un momento como éste —dijo Robert —. Hemos perdido a nuestro hijo y no creo que podamos superarlo si no estamos unidos.

Danna dejó de colocar sus pinturas en el estante, se volvió y se apoyó en el canto del escritorio.

—Robert, esto no es fácil para mí —dijo.

—Lo sé, no quise decir lo contrario.

—Últimamente te centras en lo que a ti te pasa. Si realmente crees que debemos permanecer unidos, con lo que estoy de acuerdo, entonces deberías pensar más en mí y en Andrea.

—Danna, yo…

—Piénsalo.

Robert reflexionó un momento. ¿Era cierto? ¿Se había concentrado excesivamente en su dolor? Creía que no, pero la idea lo afectó; pensaba en

Andrea, con quien no había mantenido aún una conversación respecto a lo ocurrido. Quizás su hija necesitaba alguna ayuda especial y él no lo sabía.

—Andrea quiere que conozcamos a su novio —dijo Robert, echando mano del primer comentario que le resultó apropiado.

Danna enarcó una ceja y estudió el rostro de su marido con la mirada prudente de un médico que analiza un posible caso peligroso.

—Ya conocemos al novio de Andrea —dictaminó.

—Sabemos quién es, pero no lo hemos conocido formalmente. Creo que es algo bueno.

—Sí, supongo que sí —respondió ella sin entusiasmo.

Robert asintió, conforme. Finalmente estaban hablando como dos personas civilizadas. Era el primer paso para dejar atrás las discusiones y volver a la normalidad.

Claro que había un pequeño detalle, chilló una voz rasposa desde algún sitio de su mente. Nuestro amigo, el insignificante trozo de papel, por supuesto, con sus nueve palabras formadas por esqueléticas letras negras. La prueba que todavía descansaba en el bolsillo trasero de su pantalón.

Robert se repitió por enésima vez ese día que ese anónimo no era prueba de nada. Empezaba a creer realmente que era la obra de alguien que pretendía perjudicarlo y que había elegido la temática al azar. ¡Ni siquiera mencionaba a Danna! Decía simplemente… tu mujer. De no haber encontrado la hoja doblada dentro de su agenda electrónica hubiera incluso dudado si el mensaje estaba dirigido a él.

Danna lo observaba con atención. Él se acercó un paso y abrió los brazos para estrecharla en ellos. Por un momento creyó que Danna lo apartaría de un manotazo y saldría del estudio para dejarlo allí de pie, pero en su lugar se adelantó. Él recorrió la distancia necesaria para abrazarla y al cabo de unos segundos sintió que dos manos pequeñas se apoyaban en su espalda.

Ella le susurró algo al oído.

—Hagamos el viaje a Pleasant Bay —dijo—. Alejémonos de Carnival Falls.

OceanofPDF.com

7

El único desguace de Carnival Falls era un terreno mal conservado al sur de la ciudad, entre Union Lake Road y la carretera 16. Para acceder a él era necesario recorrer medio kilómetro por un camino de tierra de nombre desconocido, pero que Matt había transitado algunas veces. Entró en la propiedad atravesando un portón de doble hoja abierto de par en par. Avanzó despacio por un acceso de grava fina hasta una construcción que a duras penas se mantenía en pie.

A la izquierda, los restos retorcidos de carrocerías dispuestos en pilas resultaban llamativos; Matt pudo ver tres pasajes formados entre la chatarra de aquella ciudad oxidada. Costaba imaginar que todos aquellos hierros doblados habían formado parte de flamantes últimos modelos, quizás el orgullo de un padre que con los brazos en la cintura le daba una sorpresa a su familia.

Detuvo el motor de la furgoneta Ford de Randy, que comenzaba a asemejarse al de un avión en medio de la quietud reinante, se apeó y avanzó en dirección a una destartalada casita de madera de dos habitaciones. Cuando estuvo a pocos metros vio en un lateral una serie de cobertizos de chapa que ya conocía de sus visitas anteriores. Allí albergaban piezas menores y de relativo valor.

El sitio parecía abandonado. No era sólo la hierba amarilla que crecía por todas partes o el aspecto deteriorado de las carrocerías, había algo más…, una quietud desacostumbrada incluso para un desguace. A medida

que Matt se acercaba a la casita y concentraba su atención en la puerta de entrada, le costaba más creer que alguien respondería a su llamada en cuanto golpeara con los nudillos.

Cuando aporreó la puerta, en efecto nadie respondió.

Regresó a la furgoneta rascándose la cabeza. Se apoyó en el lateral y encendió un Marlboro. El encargado evidentemente había salido. Mientras aspiraba el humo y lo dejaba escapar por la nariz en dos chorros, se dijo que no podía modificar sus planes. Tendría que rebuscar él mismo lo que necesitaba. Después podría pasar a pagarle si es que se sentía con ganas de hacerlo; después de todo, se suponía que Kallman debía estar allí para atenderlo. Además, cuantas menos personas supieran lo que iba a hacer, mejor sería. Randy tenía razón en eso. Lanzó la colilla al suelo y se encaminó a la parte trasera; empezaría por allí.

La furgoneta Ford F-150 Variant de Randy era un modelo popular. Aunque la suya era del año 1958 y el modelo había evolucionado desde entonces, Matt creía poder encontrar lo que buscaba. Le había dado vueltas a la idea desde la charla con su primo en Underearth. Creía poder construir un fondo falso para la caja trasera, separado del actual unos centímetros (siete o diez creía que serían suficientes). Podría ocultarlo modificando la compuerta trasera y la altura del parachoques.

Para hacer el trabajo debidamente tendría que poner mucha atención en cortar la chapa sin errores y en pintar ciertas partes. Necesitaría algunas herramientas con las que no contaba, pero se ocuparía de aquello más tarde; sabía dónde conseguirlas. Por el momento debía concentrarse en encontrar las piezas de la caja trasera que le hacían falta.

Debajo de los cobertizos el calor de la mañana era más intenso. En el primero encontró piezas menores, algunas estaban guardadas en cajas y otras colgaban de ganchos de los soportes de madera. Si bien no encontró allí lo que buscaba, no pudo resistirse a investigar un poco. Al adentrarse en la propiedad vio las piezas grandes, algunas de ellas a la intemperie y rodeadas de maleza: tubos de escape completos, algunos chasis, parachoques; en un sector encontró puertas colocadas unas junto a otras como un sándwich metálico. Las otras veces que había ido no había tenido

oportunidad de visitar aquella zona, donde estaba claro que Kallman conservaba lo mejor de su material. Si llevaba allí a sus clientes, probablemente nadie se conformaría con las carrocerías que tenía en la parte delantera.

Evidentemente, alguien se dedicaba a mantener aquella zona en orden, y Matt dudaba de que fuera el propio Kallman. Hasta donde tenía entendido, Roger Kallman pasaba buena parte del día bebiendo y el resto durmiendo y recuperándose de la resaca. Se preguntó si el hombre estaría casado.

En el límite trasero de la propiedad creyó encontrar algo que podría servirle. Vio las carrocerías destrozadas de cuatro vehículos, pero se concentró en la perteneciente a una furgoneta Ford cuya parte frontal había quedado reducida al hocico de un bulldog. Matt dudó seriamente de que los ocupantes hubieran sobrevivido al accidente, pero desvió rápidamente su atención para estudiar la parte trasera. Si bien a primera vista pudo observar que no había sufrido grandes daños, debería acercarse más para cerciorarse de que efectivamente serviría para sus propósitos.

Se disponía a hacerlo cuando una voz lo detuvo en seco.

—¿Quién eres?

Matt comenzó a girar su cabeza, pero sintió algo metálico y duro clavándose en la nuca y desistió de la idea.

—Soy yo, Kallman, Matt Gerritsen —dijo con voz firme. No sabía si aquélla era la voz del viejo, pero prefirió arriesgarse.

—Esa furgoneta no es de Gerritsen.

—No. Me la han dado para repararla. Mi Honda está en casa.

La presión en la nuca disminuyó. Matt giró su cabeza con lentitud. Allí estaba Kallman apuntándole con una escopeta de doble cañón, con los ojos entrecerrados y un atuendo poco acorde con las altas temperaturas que se esperaban para ese día.

—¿Qué rayos haces aquí, Gerritsen? Ha faltado poco para que tu cerebro quedara esparcido entre la grava. Me hubieras obligado a limpiar.

—Llamé a la puerta y no obtuve respuesta.

—Lo sé. No estaba allí. Nadie viene a esta hora —dijo el hombre, bajando el arma.

Matt soltó el aire que sin querer había retenido en los pulmones. El viejo dio media vuelta y caminó hacia el frente. Matt lo siguió.

—Debí cerrar el portón —mascullaba Kallman—. ¿Qué buscas, Gerritsen?

—Busco algunas partes para la caja trasera.

—¿La caja trasera? —dijo sin mirarlo, todavía caminando unos pasos por delante—. ¿Para qué?

—Mi amigo quiere que reemplace algunos sectores. Será dificultoso, pero la paga es buena.

Roger Kallman se detuvo y Matt estuvo a punto de llevárselo por delante. Cuando el viejo habló, una nube alcohólica golpeó su rostro y le hizo tomar la decisión de respirar momentáneamente por la boca.

—Gerritsen, puedo tener cara de idiota, pero me dedico a esto desde hace cincuenta años. La caja de esa furgoneta está en buen estado.

—Está corroída en algunas partes —dijo Matt a la defensiva.

—No es cierto.

No tenía sentido seguir con eso. Matt era consciente de que su explicación podría convencer a… su madre, pero no a ese viejo que vivía entre trozos de coches desde que el mundo era mundo. A fin de cuentas, él no tenía por qué dar explicaciones.

—¿Tienes la pieza o no, Kallman?

—Puede ser —contestó el viejo, reanudando su camino con su escopeta cargada al hombro.

Por un momento Matt creyó que al llegar al portón le diría que se largara de allí de inmediato, que olvidara su furgoneta y se perdiera antes de que se le agotara la paciencia y tuviera que hacer uso de su escopeta. Pero Kallman torció a la derecha y se internó en uno de los amplios pasajes delimitados por montículos de carrocerías aplastadas. Avanzó hasta el final y señaló la caja trasera de una furgoneta Ford erguida sobre uno de sus laterales. Matt supo de inmediato que era lo que había ido a buscar.

—No sé qué te propones Gerritsen, y lo cierto es que no me importa. Esa caja corresponde al modelo anterior al que has traído, pero no hubo modificaciones en la carrocería. Te servirá igual.

Matt lo sabía; serviría a la perfección. Procuró ocultar su entusiasmo ante el hallazgo.

—No está completa. Falta uno de los laterales —dijo Matt.

—Claro, chico. Mira a tu alrededor. Aquí *nada* está completo. Si todo estuviera completo, entonces el maldito letrero de la entrada diría *Concesionario Kallman, compre su último modelo y salga como un cohete…* —El viejo rió—. Y bien, Gerritsen —siguió diciendo Kallman tras su breve ataque de risa—, ¿te sirve? Quiero ir a sacarme algo de ropa…, estoy sintiendo calor.

—Creo que sí. ¿Cuánto quieres?

—Hummm…, ochenta estaría bien.

—¡Ochenta dólares por ese trozo de hierro inútil! Kallman… treinta sería una exageración.

—Aquí todo es inútil, Gerritsen, hasta que alguien viene en su busca.

—Mierda, Kallman, ni siquiera creo tener aquí ochenta dólares. Te daré sesenta y cinco.

—Puedes venir después. El trozo de hierro inútil no se irá, te lo aseguro. Ochenta es el precio.

El viejo podía estar medio borracho, pero había que reconocer que sabía negociar. Matt evocó la imagen de su BMW y el dinero que en poco tiempo recibirían por el traslado de la droga, pero pagar semejante suma por esa chatarra lo irritaba. Aunque creía poder conseguir el resto de lo que necesitaba sin pagar un centavo, no dejaba de ser excesivo. Hablaría con Randy para compartir gastos; era lo que correspondía.

—Está bien, Kallman, me ganas en ésta, estoy apurado.

Roger Kallman sonrió.

—¿Tienes un cigarrillo? Iré por unas cuerdas con las que podremos subir esto. Tú puedes ir acercando la furgoneta. Hazlo por aquel lado.

Matt le tendió su paquete de Marlboro y asintió. Él también comenzaba a sentir calor y quería marcharse cuanto antes.

Veinte minutos después, la pieza descansaba inclinada en la parte trasera de la furgoneta. Kallman utilizó su propio coche desvencijado para tirar de las cuerdas y facilitar la operación. Matt se preguntó cómo haría él para

bajar aquello en casa de la abuela de Randy, pero ya se le ocurriría algo. Para empezar, le pidió a Kallman que le diera dos de las cuerdas que habían utilizado, a lo que el viejo no se negó.

Matt salió del desguace con la Ford bramando como un animal enfurecido. Había completado una parte importante de lo que tenía programado para ese día.

OceanofPDF.com

8

El llavero de la casa de la difunta señora Doorman tenía tres llaves. Una de ellas, la más pequeña, giró con suavidad en el candado del portón de madera, lo cual fue un alivio para Matt, que no creía que fuera una buena idea que la furgoneta Ford de Randy permaneciera mucho tiempo a la vista de todo el mundo, en especial con la chatarra ocupando la caja trasera. Se sintió aliviado cuando condujo la furgoneta hasta el jardín trasero por un pasaje estrecho que rodeaba la casa.

Se aseguró de volver a colocar el candado en su sitio y se permitió encender un cigarrillo. Se recostó contra el tronco de un árbol, mientras hacía formas con el humo y trazaba círculos en la tierra con una rama. Había sido un día provechoso. Su propia abuela solía decir que no había cosa más agradable que aprovechar cada día, y quizás por primera vez en su vida comprendió el verdadero alcance de la idea. Normalmente se hubiera despertado cerca del mediodía, para compartir un somnoliento almuerzo con parte de su familia, gruñendo las respuestas que fueran necesarias. El día se hubiera deslizado con pesadez, como un mastodonte prehistórico, olfateando aquí y allá a la espera de los acontecimientos de una jornada estadísticamente similar a las anteriores. Analizó su vida como un observador pasivo. Había aprovechado el día, pero por encima de todo, había *tomado el control* de su vida aunque no fuera más que por unas horas. Si su abuela estuviera viva, le diría que la diferencia de aquellos cuyas vidas transcurren como ballenas varadas en la costa, y las de aquellos que

avanzan a toda velocidad sin importar lo que encuentren delante, era *monstruosamente* diferente, pero aun así la mayoría no se daba cuenta de ello. Era una idea simple, si se pensaba detenidamente en ella, pero golpeó a Matt con una fuerza desconcertante. No se consideraba un genio; de hecho, a sus diecisiete años tenía dificultades con las divisiones decimales y se sentía paralizado con la sola mención de la palabra *química.* Sin embargo, esa mañana comprendió una cosa que a su entender era más importante que despejar una estúpida equis o calcular el sitio exacto en que chocarán dos trenes imaginarios que tienen el poco tino de viajar por la misma vía férrea. Su valioso hallazgo de esos días, y que su abuela había sintetizado en *la importancia de aprovechar el día*, residía en sentir la tensión de llevar las riendas de su vida.

Lanzó la colilla de su Marlboro a un lado, se puso en pie y la aplastó. No había mucho más que hacer allí salvo descargar la furgoneta, pero lo dejaría para el día siguiente. De todas maneras, no podría empezar a trabajar hasta disponer de las herramientas necesarias. Se encaminó hacia la parte trasera de la casa asimilando sus nuevas ideas. El hecho de que tuviera algunas propias era de por sí llamativo.

—Llevar las riendas —dijo en voz alta. Allí nadie podía oírlo, pero consideró necesario expresar parte de sus cavilaciones al mundo exterior.

Antes de marcharse le pareció apropiado echar un vistazo al interior de la casa. Si iba a pasar bastante tiempo allí, debía saber con qué comodidades contaría.

Con una de las llaves abrió la puerta de atrás. Entró en una cocina modesta y cuadrada, con una mesa en la que descansaban utensilios de cocina y algunas revistas. En la pared vio un almanaque del año anterior y un cuadro desteñido con un bosque. En los soportes sobre el fregadero había especias y frascos etiquetados. La casa no parecía deshabitada, y por un momento Matt esperó ver a una anciana despeinada, atraída por los ruidos en su cocina, de pie en el umbral de la puerta que probablemente conducía a la sala.

Matt avanzó, consciente por primera vez del olor que flotaba en la casa. No era ningún secreto que las casas absorbían el olor de las personas que

vivían dentro, pero algo de éste en particular no le agradó. Dejó atrás la cocina para adentrarse en lo que resultó ser la sala, pero apenas prestó atención a la decoración o a los efectos personales que la familia de Randy no había retirado aún. El olor penetrante seguía presente. Algunas fotografías en blanco y negro lo observaban desde la pared y un televisor de la era paleozoica, que servía de apoyo para un helecho de plástico, lo miró desde la esquina opuesta. No encendió las bombillas de la sala; algo de luz se filtraba por los postigos hinchados de humedad, y con eso fue suficiente para advertir el camino hacia la puerta que lo llevaría a las habitaciones y al baño.

Realizó el resto de la inspección muy rápidamente. En el centro de la habitación que sin duda había pertenecido a la señora

Doorman había una cama de dos plazas, y Matt no pudo resistir el impulso de acercarse e inclinarse sobre ella. Con la nariz a pocos centímetros de la colcha inhaló una pequeña cantidad de aire y luego lo expulsó; se incorporó y sonrió. La ropa de cama olía a limpio. Podría dormir una siesta allí si la jornada se tornaba pesada.

Estaba satisfecho. Era una casa pequeña y antigua; una casa que incluso conservaba un olor peculiar destilado por un cuerpo moribundo, pero aun así serviría para pasar unos días mientras hacía su trabajo. No necesitaba un hotel de cinco estrellas. Quizás, pensó con fascinación, podría invitar a Andrea y pasar el rato sin tener que soportar sus temores de que sus padres los interrumpieran.

Salió por la puerta delantera utilizando la última de las llaves del manojo que le había entregado Randy esa misma mañana. Regresaría a su casa caminando. No era conveniente que vieran su Honda en las proximidades, mucho menos entrando y saliendo cada día. Podía llamar la atención, y lo que menos quería era precisamente eso.

Caminó bajo el sol tibio tarareando una canción pegadiza. Se sentía agotado por las pocas horas de sueño y la faena en el desguace de Kallman, pero no se quejaba. Había aprovechado el día.

OceanofPDF.com

9

Desde la última reunión en el porche pocas cosas habían cambiado, y no había sido la excepción el tubo fluorescente circular, que seguía emitiendo su característico zumbido electrónico, o el carillón, que pendía de la viga de madera. Era una noche clara, con una luna semioculta y gris. Una brisa soplaba a intervalos regulares, tal como lo había hecho diez días atrás, anunciando la lluvia que se cerniría sobre Carnival Falls el día en que tres grupos de voluntarios rastrearían el bosque en busca de Ben.

Robert habló con voz trémula:

—Es como si alguien hubiese colocado mi vida en una licuadora y oprimido el botón de máxima velocidad. Ni siquiera sé si se ha detenido.

—¿Se han solucionado las cosas con Danna? —preguntó Mike.

—Han ocurrido algunas cosas…

—¿Después de la discusión de anteayer?

—Sí. Digamos que aquél fue el primer acto.

—No te noté bien por teléfono esa noche.

—No lo estaba. Necesitaba hablar con alguien, lamento haber…

Mike lo detuvo con un ademán, indicándole que no hacía falta que se disculpara.

—No te lo dije aquella noche —dijo Robert, adelantándose en el relato —, pero hubo algo diferente en esa discusión. Y no me refiero a pasar la noche en el sofá de la sala.

Mike bebió un sorbo de cerveza, advirtió que su lata estaba vacía y la depositó sobre la mesa. Su amigo se interrumpió unos segundos; supuso que buscaba la forma de ordenar sus pensamientos.

Por fin Robert habló en voz sumamente baja, como si temiera ser oído por alguien además de Mike.

—Llamó *estúpido* a Ben… y por primera vez reaccioné, Mike. Sé que no es la gran proeza, y que debería avergonzarme de no haberlo hecho antes.

—Lo que menos debes hacer es sentirte mal por eso. —Mike se sintió verdaderamente sorprendido ante la revelación de su amigo.

—El asunto es que Danna no cree semejante cosa de Ben. Lo sé. Danna pierde la razón cuando discute. En cierta medida se transforma, y creo que dejar que se desahogue en esos momentos no ha sido malo para nosotros. No es que yo gobierne mis emociones de la mejor manera cuando discutimos, pero siento que ha sido una de las razones por las que hemos subsistido a lo largo de los años.

—Estoy de acuerdo en que Danna no cree que Ben sea *estúpido.* —Mike se preguntó hasta qué punto creía lo que acababa de decir, pero no esperó una respuesta—. Todos decimos cosas de las que luego nos arrepentimos. Pero no te culpes por haber reaccionado.

—Pues me ha costado una noche en el sofá —bromeó Robert—. Danna quiere que hagamos el viaje a Pleasant Bay. El que teníamos planeado. Me tomó por sorpresa, debo reconocerlo. Creía que permanecer en Carnival Falls era la única manera de mitigar el dolor.

—¿Creías?

—Hoy me lo ha vuelto a pedir —dijo Robert—. No nos habíamos dirigido la palabra durante este tiempo. Supongo que es el segundo acto de la historia. Mantuvimos una conversación razonable. A Danna todo esto la ha afectado de un modo profundo y temo que en su caso el estar en contacto con el mundo de Ben no le resulta provechoso. No lo sé, en realidad.

Mike escuchó con atención las palabras de Robert y experimentó una sensación de desasosiego al contemplar la posibilidad de que su amigo aceptara hacer el viaje a Pleasant Bay. Sabía que sería un error. ¿Cuánto

tiempo duraría el viaje? ¿Una semana? ¿Dos? ¿Qué cambiaría al cabo de ese tiempo?

Mientras iba hilvanando estas ideas, Mike bajó la vista hacia sus piernas estiradas y observó cómo uno de sus pies, el derecho, se agitaba como un limpiaparabrisas en señal de negación. Mientras seguía el movimiento de la punta de su zapato y analizaba si era prudente decir lo que pensaba, una langosta de tamaño considerable aterrizó a unos centímetros del talón de su otro zapato, clavado en el suelo de madera. Robert no podía verla debido a que la mesa se interponía entre ellos. Mike se concentró en el insecto; era de un verde intenso, artificial, y parecía observarlo. Calculó que tendría unos quince centímetros. Pensó que, aunque había visto langostas de tamaño considerable antes, aquélla era la más grande.

El insecto accionó sus patas articuladas y giró hacia uno y otro lado sin moverse del lugar, exhibiéndose como una novia que examina su vestido blanco frente al espejo. Luego retrocedió hasta el borde del primer escalón, todo sin dejar de observar a Mike. Si el colibrí es el único pájaro capaz de volar hacia atrás, posiblemente la langosta sea el único insecto con la capacidad de retroceder.

En otro contexto, Mike hubiese hecho algún comentario acerca del pariente Green que los visitaba esa noche, pero no lo consideró apropiado dadas las circunstancias. En su lugar, se inclinó hacia el recipiente con hielo y agarró su segunda lata de cerveza de la noche. La langosta pareció sobresaltarse con el inesperado movimiento, dio un salto al siguiente escalón y se ocultó. Aunque Mike no podía verla, sabía que seguía allí, y se le ocurrió que aquélla era una excelente manera de pensar acerca del viaje a Pleasant Bay. Sería esconderse un tiempo, para tarde o temprano dejarse ver, como lo haría la langosta.

—¿Qué harás al respecto? —preguntó Mike.

—Voy a pensarlo. No creo que sea el tipo de asunto para apresurarse a tomar una decisión.

Mike estaba de acuerdo con eso. Seguía con la vista fija en el canto redondeado del escalón cuando la langosta asomó la cabeza, y allí estaban de nuevo sus ojos oscuros y redondos como las cuentas de un collar. Se

elevó poco a poco, como un artista que surge de la parte inferior del escenario mediante una plataforma levadiza. Mike bebió de su lata de cerveza al tiempo que el insecto se posicionaba donde lo había hecho al principio.

—Tómate el tiempo necesario para meditarlo. —Mike prefirió no explicar cómo una langosta le había servido de guía para apoyar la idea de que el viaje a Pleasant Bay era un error.

—Si a Danna el viaje le hace bien, supongo que es lo menos que puedo hacer. Además… —Robert se sirvió su segunda lata de cerveza. Se sacudió en el sillón metálico al tiempo que buscaba otra manera de decir lo que tenía en mente—. Ha habido un tercer acto.

—¿Otra discusión?

—No.

Robert relató brevemente su efímero paso por la oficina ese día. Mencionó la charla con Edward Lerman sin entrar en demasiados detalles y luego narró el hallazgo del anónimo en su agenda electrónica.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Mike de inmediato.

Una ráfaga de aire sopló de pronto. El carillón se agitó y las placas chocaron unas con otras. Un tintineo flotó en el porche para luego apagarse poco a poco, como el sonido mágico del andar de un duende perdiéndose en la oscuridad. No tenía sentido, pero probablemente esto hizo que Robert cambiara de opinión en cuanto a cómo proceder a continuación. Se inclinó de lado como si fuera a soltar una flatulencia, pero en su lugar introdujo su mano en el bolsillo trasero.

Cuando alzó la mano, entre los dedos sostenía el papel plegado por el medio. Observó a Mike un segundo y se lo tendió.

—No sé por qué no me he deshecho de él —dijo Robert—. Supongo que para mostrártelo.

Mike dejó su Bud sobre la mesa y tomó la hoja. La sostuvo con ambas manos y la desplegó. Leyó las dos líneas del texto un par de veces, volvió a doblarla y se la devolvió a Robert.

—Dios —musitó mientras su amigo recogía el anónimo y se lo metía de nuevo en el bolsillo—. ¿Tienes idea de quién pudo habértelo dejado?

—Ninguna. ¿Ves a lo que me refería con lo de la licuadora?

Mike buscó la langosta en el suelo de madera. El insecto había quedado oculto tras la hoja de papel cuando la extendió delante de él, y ahora había desaparecido. Había saltado hacia el jardín delantero, probablemente, o quizás había decidido ocultarse nuevamente en el segundo escalón. Abrió la boca para decir algo… pero la cerró. Con el rabillo del ojo captó un movimiento a su derecha. Giró la cabeza y advirtió que la langosta seguía visible, sólo que había decidido apostarse en la base de una de las columnas. Por alguna razón, esto incomodó a Mike, quien sintió el irrefrenable deseo de ponerse en pie y aplastarla con la suela de su zapato.

Pero se contuvo.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Robert, advirtiendo la incomodidad de su amigo.

—No lo sé. Robert, me has dejado helado. ¿Quién podría ser capaz de semejante cosa en un momento como éste?

—Por más vueltas que le doy al asunto, no le encuentro explicación.

—¿Ese periodista del que me hablaste? El que estuvo reunido contigo…

—¿Edward? No, imposible. Además no creo que lo hayan dejado hoy. Supongo que puede llevar unos días allí. Últimamente no utilizo la agenda a menudo.

—Y eso de «todo el mundo lo sabe». ¿Qué se supone que significa? Robert, tienes que deshacerte de ese mensaje de inmediato. Nada bueno puede ocurrir si lo conservas.

La langosta ascendió unos centímetros por la columna.

—Supongo que lo lanzaré al retrete esta misma noche.

Robert extrajo su tercera lata de cerveza del recipiente.

—Durante buena parte del día he estado pensando en quién pudo haberlo dejado —reflexionó—. Luego comencé a darme cuenta de que eso no me interesa demasiado.

—Sé adónde quieres llegar —lo interrumpió Mike—. Robert, escucha, conozco a mucha gente ahí fuera, y no he oído a nadie decir que Danna te engañe. No sé qué entiende ese tipo por «todo el mundo», pero en eso está equivocado, y si se equivoca en eso, mi apuesta es que se equivoca en todo.

¡Ni siquiera menciona tu nombre! Es probable que se trate de un chiflado que no sepa siquiera si estás casado…

La langosta trepó un metro por la columna. Se mantuvo erguida justo en la esquina, como una ramita corta y verde, y Mike supuso que el insecto se proponía saltar. Seguía observándolos, como si los espiara, *buscando el momento para lanzarse hacia ellos*.

La idea hizo que Mike evocara un recuerdo de la infancia.

Mientras Robert le decía que era probable que tuviera razón respecto a la teoría del chiflado, Mike se dijo que el insecto de su recuerdo no había sido una langosta; o al menos era mejor pensar que no lo había sido.

Aquélla había sido una mañana limpia. Mike era un niño de ocho años lanzándose con su bicicleta a toda velocidad por una cuesta empinada. Había descubierto que el juego era sumamente divertido si una vez que se lanzaba estiraba sus pies, cerraba los ojos y vociferaba como el Llanero Solitario hasta alcanzar la base de la cuesta. Era grandioso, el mejor juego del mundo. Pero Mike lo interrumpiría antes de la décima bajada para no retomarlo jamás. En la novena bajada, pedaleó con vehemencia antes de llegar al extremo de la cuesta, aferrando el manillar con fuerza y estirando sus pies para permitir que los pedales giraran a su antojo. Gritó, hasta que sintió el horrible insecto en la boca. Algo enorme. Una masa angulosa cambiando de forma, clavándose en el paladar y raspando su lengua. Zumbando. Perdió inmediatamente el equilibrio y rodó por la cuesta, abandonando su bicicleta en la caída y recibiendo más de un golpe a medida que rodaba por la pendiente.

El insecto, que bien podía haber sido una langosta, forcejeó dentro de su boca y luego se marchó. La buena noticia es que había logrado hacerlo *hacia fuera*. Mike fue consciente del dolor en sus brazos y el pecho sólo cuando la sensación de asco en su boca lo fue abandonando paulatinamente.

En aquel momento había creído que tragar aquel insecto hubiera sido la cosa más horrorosa del mundo. Lo que le había ocurrido a él, es decir, conservarlo en su boca unos segundos, era sin lugar a dudas la segunda cosa más horrorosa del mundo.

Ahora, sentado en el porche, una idea tonta atravesó su mente: *Si abres la boca, la langosta se te meterá dentro. Y para tu información: aquella vez, ¡sí era una langosta!*

—Esa lang… —Mike se detuvo.

—¿Qué cosa?

—Nada. Acabo de ver una langosta enorme, pero se ocultó detrás de la columna.

—Hay algunas por aquí.

—Supongo que sí. Robert, en cuanto al mensaje: quítatelo de la cabeza.

—Lo he intentado. Nunca había puesto en duda la fidelidad de Danna; sin embargo, desde que recibí el mensaje lo he hecho, por lo menos dos docenas de veces.

—Es comprensible que el mensaje del lunático te ponga a la defensiva —masculló Mike—. Date tiempo y te olvidarás de él.

—Gracias. Ha sido un alivio haber hablado contigo al respecto. Creí que explotaría.

Mike reflexionó un momento.

—¿Estás pensando que el viaje a Pleasant Bay puede hacer que te saques este asunto de la cabeza?

—Es posible. Mentiría si dijera que no lo he considerado de ese modo.

—Tienes tiempo para pensarlo. Reorganizar el viaje requerirá unos días.

—Sí, pero voy a meditarlo seriamente.

—Es lo que debes hacer.

Guardaron silencio mientras bebían el contenido de su tercera lata de cerveza, la última de esa noche. Llevaban reunidos poco más de una hora y durante ese tiempo no habían sido interrumpidos por ningún vehículo. Sus oídos se habían afinado, amplificando el canto de los grillos y los secretos que traía el viento, revelados por el carillón en forma de música metálica.

El Saab de Mike los observaba desde el camino privado de la casa. Las hojas de los árboles se sacudían con suavidad. El susurro conjunto de todas ellas se asemejaba al ulular amortiguado del cascabel de una serpiente gigante.

La quietud hizo que los pensamientos de Mike se distanciaran del mensaje que Robert conservaba en el bolsillo trasero. Pensó en Allison Gordon, en la cena de la noche anterior en The Oysterhouse y en lo mucho que deseaba compartir todo aquello con Robert. Si no lo había hecho, había sido por no considerarlo conveniente en el contexto de la conversación. No porque no quisiera. Hablar de una *relación* con Allison era prematuro, y hacerlo traería consigo hablar de cómo se habían conocido, y tales circunstancias los llevarían a Ben. Mike prefería distraer a Robert de la muerte de su hijo, si tal cosa era posible siquiera un momento.

Mientras Mike se debatía entre mencionar la cita con Allison o no, advirtió que la langosta sobresalía cada vez más de la columna de madera, como si se aprestara a saltar. Cerró la boca mientras evocaba la sensación del insecto forcejeando dentro de ella cuando era un niño de ocho años que se lanzaba con su bicicleta por una cuesta empinada.

OceanofPDF.com

Capítulo 7: Marty el conejo

OceanofPDF.com

1

Miércoles, 1 de agosto, 2001

Benjamin, sentado contra la pared trasera del desván, pasaba las cartas de Marty el conejo de una mano a la otra. Cuando terminaba, volvía a empezar.

No sabía cuánto tiempo llevaba haciéndolo, pero podían ser varias horas. Últimamente encontraba difícil sosegar el impulso de abandonar el desván, y concentrarse en cosas como las cartas de Marty el conejo le ayudaba. Al principio, imaginarse escapando definitivamente de allí había sido un buen recurso para superar la ansiedad; pero ya no funcionaba. Durante muchísimo tiempo, y en especial en los últimos días, había fantaseado con las diversas posibilidades que el mundo exterior podía ofrecerle.

Hacer lo que *DEBÍA* hacerse.

Pero primero debía ocuparse de algunos asuntos. El niño, para empezar, era el más importante. Mientras no estuviera resuelto eso, no podría siquiera pensar en ir a ningún lado. Por el momento debía limitarse a seguir adelante con lo planeado. Su primera participación había causado los resultados esperados; el semblante de Robert el día anterior era la confirmación de que estaba en el rumbo correcto. Pero ése había sido sólo el inicio.

Esa tarde la casa estaba vacía. Era el día libre de Rosalía, y Andrea y Danna habían salido, esta última probablemente al gimnasio.

Consideró la quietud como una señal. Benjamin siempre había creído en ellas. Sólo era cuestión de ser receptivo cuando se presentaban. En ocasiones son mensajes complejos, pero otras son grandes letreros de neón que parpadean ante nosotros en chillones tonalidades amarillas y rojas. Aun así se ordenó prudencia. Siguió observando las cartas de Marty el conejo en búsqueda de un mensaje en las letras de cada una de ellas, pero no lo vio. O no supo verlo. No hubo ningún indicio que le revelara si era prudente bajar, o no, después de lo ocurrido la última vez. El recuerdo vívido de la invasión del niño en su cabeza le hizo preguntarse si no sería correr un riesgo innecesario. Temía adelantarse y echarlo todo a perder. Caminaba en círculos, un hábito que había adquirido y que le ayudaba a pensar. Apoyaba sus pies y manos alternativamente, moviendo la cabeza de un lado a otro. Después de unos minutos, se detuvo. Apretó las cartas en su puño cerrado y las miró, ceñudo. Tenía cosas que hacer, se dijo, y no encontraría una oportunidad mejor que la que ahora se le presentaba.

Introdujo las cartas de Marty el conejo entre el elástico del calzoncillo y su piel, en el mismo lugar donde había colocado el mensaje para Robert dos días atrás. Tomó el cuchillo de la caja de cartón y lo mordió con fuerza, al estilo Rambo. Convenía estar preparado.

Antes de dirigirse al acceso al desván, echó un vistazo a la portada de *La isla misteriosa*. No necesitaba hacerlo, pues la conocía de memoria, pero encontró particularmente tranquilizador repasar con la vista la espuma de aquel océano en blanco y negro, recorrer el contorno de las rocas emergentes, para finalmente concentrarse en la isla que se alzaba solitaria como un oasis en medio del desierto.

En poco tiempo estuvo en el baño. Si iba a hacerlo, era mejor que fuera rápido. De un manotazo accionó el interruptor de la luz y las dos lámparas situadas sobre el espejo se encendieron. Dos flechazos se clavaron en sus ojos ocasionando un dolor insoportable, como si observara un eclipse de sol sin la protección adecuada. Los iris dilatados ardieron mientras se contraían al tamaño de la cabeza de un alfiler; dos puntos hirvientes y palpitantes. Benjamin no parpadeó, no se cubrió los ojos con el antebrazo ni se apartó para que aquel dolor mermara. Odiaba aquella luz, cierto, pero podía

tolerarla si era el precio para que su pequeño *compañero de habitación* experimentara una cuota razonable de sufrimiento y le prestara atención. Necesitaba que entendiera lo que tenía que decirle.

A medida que sus ojos se acostumbraban al resplandor de las dos lámparas, las siluetas de los objetos iban bosquejándose poco a poco. Formas ribeteadas con líneas blancas y brillantes. En el espejo, la figura de Ben Green fue también dibujándose lentamente; primero su cuerpo, enjuto y sucio por días enteros de trajinar en el desván, luego su calzoncillo grisáceo y por último las cartas, dobladas en ángulo como la culata del revólver del pistolero más pequeño del mundo.

Nadie dudaría de que la imagen del espejo pertenecía a Ben Green. Su rostro estaba tiznado, su cabello opaco y desaliñado, pero aun así era Ben. Ni siquiera el hecho de que aferrara el mango de un cuchillo entre los dientes podría disuadir a alguien de la verdadera identidad del niño. Pero la mirada era otra cosa. Aquella mirada no pertenecía a Ben.

Los ojos de quien estaba de pie frente al espejo no tenían nada en común con los del niño que siendo apenas un crío engañaba a las arañas con una ramita, reía frente al televisor ante cada episodio de *Friends* o hacía que su hermana se desternillara de risa con sus imitaciones de la señora Harrington, la bibliotecaria de la escuela. Ninguna de las versiones de Ben había tenido alguna vez aquellos ojos vidriosos e inexpresivos.

Vacíos.

Benjamin sostuvo el cuchillo en alto, como un cazador presto a asestar una puñalada precisa. Sólo que él no hizo ningún movimiento violento, sino que descendió la hoja afilada con suma lentitud, siguiendo el avance en el espejo. Experimentó cómo algo en su interior se revolvía mientras la hoja resplandeciente seguía acercándose a su rostro con determinación. Cuando la punta afilada estuvo a cinco centímetros de su ojo derecho, el avance se hizo más lento, pero no se interrumpió. Una lucha palpitante e instintiva tuvo lugar para bajar el párpado, pero Benjamin mantuvo el ojo abierto. El filo de acero se acercaba a la pupila con destino inexorable. Sólo cuando la punta filosa estuvo a escasos milímetros, se detuvo, para permanecer en aquella posición amenazante.

—Haz lo que no debes —dijo a la figura del espejo—, y no dudaré en pincharte el ojo como si fuera una yema de huevo.

Sólo para demostrar que aquello iba en serio, acercó la hoja hasta que la punta raspó ligeramente el ojo y un hilo de sangre trajo un dolor insoportable.

—No creas que necesito todo lo que tienes. Intenta algo y decidiré si te arranco alguno de tus dedos, tu nariz o tus estúpidas orejas.

Supo que el niño había recibido el mensaje. Aunque le costara admitirlo, podía sentirlo.

OceanofPDF.com

2

El aire acondicionado zumbaba a sus espaldas. Robert se inclinó en su sillón cuando una voz proveniente de la puerta de su oficina se alzó sobre el artefacto.

—Edward, adelante —dijo incorporándose.

Lo cierto es que prácticamente había olvidado la conversación mantenida el día anterior. Los acontecimientos en su vida privada se habían encargado de guardarla en una caja de cartón y de dejarla arrumbada en el ático. Ahora, haciendo un esfuerzo mental, y ante la mirada preocupada de Edward, recordó lo que el periodista le había dicho poco antes del hallazgo del mensaje en la agenda electrónica.

¿Quiere desbaratar algo importante, periodista listillo?

Lentamente la conversación entre ambos se fue perfilando en su cabeza. Si su memoria no lo traicionaba, el informante se había comprometido a volver a llamar a las cinco de la tarde del día anterior.

—¿Te sientes bien, Robert?

—Sí. Me has pillado distraído.

—Puedo volver más tarde. —Edward señaló la puerta por la que había entrado.

—No, no hace falta. ¿Has podido hablar con el tipo?

Edward se dejó caer pesadamente en una de las sillas.

—Me llamó a las cinco, como había prometido.

—¿Qué te dijo?

—Demasiadas cosas, diría yo. Será mejor que te cuente la historia y luego te diga lo que pienso.

Robert asintió.

—Recibí la llamada a las cinco en punto. Me habló el mismo sujeto de las grabaciones. Joven, aventuraría; con acento local. Habló con voz cansina. Es probable que lo tuviera todo escrito. Le pregunté su nombre pero no me lo dijo. Cuando insistí sobre el tema, amenazó con interrumpir la comunicación y decidí guardar silencio.

A partir de entonces habló él casi todo el tiempo.

Edward se inclinó y dirigió su mano al bolsillo trasero. Robert se sobresaltó. Por un momento creyó que extraería el mensaje que él mismo aún conservaba en su propio bolsillo trasero.

—Veamos… —Edward desplegó una hoja de papel doblada por el medio.

—¿Qué es eso? —preguntó Robert.

—Un mensaje. Parece que es para ti. ¿Desde cuándo te engaña tu mujer, Robert? No es que no lo sepamos…, todo el mundo lo sabe. Pero, TÚ… ¿desde cuándo supones que te engaña? ¿Ha sido desde aquella vez que hacíais el amor y ni siquiera te miraba?

Robert observó a Edward con vehemencia, luego desvió la vista hacia las manos del periodista y vio que no sostenía ningún papel, sino su libreta de anotaciones.

—¿De veras te sientes bien?

—Sí. Continúa por favor.

—He tomado algunas notas —explicó Edward—. De todos modos tengo la grabación.

—Veamos de qué se trata todo esto. —Robert se sentía fatal.

—La historia empieza más o menos así. Un cargamento de droga cuyo destino final es Nueva York entra regularmente en Bangor. Lo hace por medio de personas que ingieren unas cápsulas con pequeñas cantidades, que, por cierto, no son tan pequeñas. En especial en esta parte, me dio la sensación de que el tipo estaba leyendo lo que decía. Supongo que el

objetivo era entregarme algo de información general que pudiera ser verificable. Verás que al final tendrá sentido.

Edward explicó que el Zorro se había hecho cargo de la operación, y que tenía intenciones de llevar a cabo el traslado a Nueva York en los próximos días. Su gente recibiría la droga en dos envíos, uno de los cuales se haría efectivo este mismo día, durante la noche, y el siguiente una semana después. Ambos en Carnival Falls.

—¿Te mencionó de qué droga estamos hablando exactamente?

—Heroína.

—Creo que el sujeto me ha transmitido todo lo que *alguien* quiere que sepamos y que ese alguien definitivamente pretende perjudicar al Zorro.

—Pero no hay nombres, ni fechas precisas.

—Me ha dicho que uno de los envíos será hoy.

Edward guardó su libreta. Luego reflexionó:

—No sé por qué me han utilizado para esto, pero es evidente que buscan que entreguemos esta información a la policía.

—Es probable que pretendan asegurarse de que se investigue. Si la información llega directamente a la policía, pueden hacer la vista gorda.

—Tienes razón. ¿Hablarás con Harrison?

—Sí. ¿Tienes las cintas con la grabación?

—Sí.

—Perfecto.

Robert se inclinó hacia el teléfono.

—¿Lo llamarás ahora mismo? —preguntó Edward.

Si no lo hago en este instante y permito que te vayas, es probable que dé media vuelta y me dedique a mirar por la ventana durante unos minutos. Los minutos se transformarán en horas… y entonces simplemente olvidaré lo que debía hacer.

—Sí, lo haré ahora mismo —dijo, al tiempo que esbozaba un intento de sonrisa.

La voz de Harrison le llegó desde el otro extremo de la línea. El comisario se alegró de oírlo y así se lo hizo saber; intercambiaron frases

corteses y cuando Harrison preguntó si había ocurrido algo, Robert respondió que sí.

—Nos ha llegado a la redacción cierta información respecto a un posible tráfico de drogas en Carnival Falls.

Se produjo un silencio instantáneo.

—Espera un segundo —dijo Harrison al fin.

Robert escuchó el sonido del auricular cuando Harrison lo dejó sobre la mesa y luego el chasquido de una puerta al cerrarse. Cuando regresó, habló rápido:

—Tengo a la DEA encima por esa cuestión. ¿Qué sabes?

—Uno de mis hombres recibió una llamada anónima de un sujeto con muchas ganas de hablar.

—Un agente de la DEA se me ha pegado como una sanguijuela. Está aquí en este momento; tu llamada no podía ser más oportuna. ¿Te parece que nos veamos en la redacción en media hora?

—No hay problema

—Perfecto. Prefiero estar presente cuando habléis con este sujeto. Ya lo conocerás y sabrás por qué lo digo.

Se despidieron y Robert devolvió el auricular a su sitio.

Edward lo observaba expectante.

—La DEA está detrás —anunció Robert—. Ahora sabemos a quién iba dirigido el mensaje. Harrison vendrá en media hora con un agente.

OceanofPDF.com

3

La sala de reuniones del *Carnival News* era un rectángulo sin ventanas. Una mesa maltrecha ocupaba el centro y dos tubos fluorescentes se encargaban de iluminar la habitación y borrar las sombras. Había archivadores que no resultaban precisamente apropiados como decoración y algunos pósteres de propaganda en las paredes. Junto a éstos había un almanaque del año anterior que no había sido reemplazado.

Sobre la mesa resoplaba una cafetera que Liz había tenido la amabilidad de preparar.

Robert Green y Edward Lerman aguardaron en silencio la llegada del comisario y el agente de la DEA, escuchando el burbujeo del café en el recipiente transparente y paseando la vista por las paredes. Edward tamborileaba con sus largos dedos. Robert procuraba mantener su mente centrada en el supuesto tráfico de drogas; sabía que el tema no lo implicaba directamente a él o al periódico y que pasaría a manos ajenas en poco tiempo, pero prefería pensar en eso y no en otra cosa. Utilizó los minutos de espera para imaginar el aspecto del agente de la DEA. La insistencia de Harrison de estar presente durante la conversación fue suficiente para que su cerebro concibiera a un agente duro, de mandíbula cuadrada y hombros anchos; un individuo imperturbable salido de una novela de Clancy, vistiendo un traje hecho a medida y gafas de sol.

Fue tan sencillo concebir aquella imagen que, cuando Harrison apareció junto al agente Arthur McAllen, Robert estuvo a punto de lanzar una

carcajada. En contraposición con el comisario, el agente parecía un niño disfrazado de adulto. Su atuendo era digno de una obra teatral escolar. Llevaba una camisa blanca por debajo de un jersey estrecho, tirantes de cuero y en efecto llevaba gafas, pero no de las de sol, sino de cristal transparente y montura redonda. Tenía el cabello cortado a cepillo y el rostro bronceado; medía menos de un metro sesenta y tendría unos cuarenta y cinco años, aunque era difícil adivinarlo.

Se hicieron las presentaciones de rigor y cada uno ocupó un sitio en la mesa. Robert ofreció café y todos aceptaron. McAllen se mostró particularmente agradecido cuando recibió su taza humeante, y Robert se preguntó en qué punto residiría la amenaza de aquel niño-agente.

Robert hizo una breve introducción que sirvió de preámbulo a Edward, quien relató otra vez la historia transmitida por el soplón. McAllen lo observaba con atención, haciendo algunas anotaciones en una libreta de bolsillo y masajeándose la barbilla lampiña de vez en cuando. Observar la silueta diminuta del agente, en contraposición con la figura monumental de Harrison, hizo que Robert tuviera que apartar la vista en un par de ocasiones para evitar reír.

Cuando Edward terminó su relato, nadie dijo nada. McAllen había escrito el nombre del Zorro en su libreta y ahora dibujaba círculos en torno al mismo una y otra vez. De pronto se puso en pie, dio un pequeño saltito y se lanzó de su silla hacia el frente de la sala. Mantuvo la mirada en el suelo mientras se desplazaba enérgicamente describiendo elipses alargadas. Los tres hombres lo estudiaban con atención.

—Repasemos lo que tenemos, señor Lerman —dijo el agente McAllen sin mirarlos—. Su contestador recibe tres mensajes.

Edward rellenó la pausa que dejó McAllen con un poco convincente «sí». La historia que acababa de relatar era sumamente sencilla y no veía la necesidad de repasarla.

—El sujeto anónimo, que se niega a dar su nombre, vuelve a hablar con usted ayer a las cinco de la tarde…

—Sí.

—A las cinco de la tarde…

—¡Sí!

Harrison advirtió hacia dónde apuntaba McAllen. Se apresuró a intervenir.

—¿Por qué no nos centramos en lo que tenemos? —pidió el comisario.

McAllen había detenido su avance sobre la elipse imaginaria. Miraba a Harrison y a Edward alternativamente. Tenía los brazos extendidos, como si esperara el abrazo de un ser invisible.

—El individuo telefonea a las cinco de la tarde y le habla del cargamento de Bangor —prosiguió McAllen como si hablara para sí mismo —. ¿Dijo *exactamente* «el cargamento de Bangor»?

—Agente McAllen, le he dicho que tengo la grabación de la conversación.

—Pero la tiene en su casa —lo interrumpió McAllen.

—Tengo un contestador con memoria, no cinta.

—¿Recuerda si esta persona habló exactamente del «cargamento de Bangor»? Es importante saberlo.

Robert intercambió una mirada de incertidumbre con Harrison. Este último hizo un gesto con las manos como si sostuviera una roca imaginaria y alzó la vista al techo. Había tenido que lidiar con el comportamiento de McAllen durante todo el día.

Edward mantenía la vista fija en el hombrecito gesticulador.

—Sí, dijo exactamente «el cargamento de Bangor».

McAllen se volvió a Harrison. Parecía un niño repitiendo la lección del día. Dejó de masajearse la barbilla y peinó el cabello corto con la palma de la mano.

—Harrison, sigo pensando que estoy en lo cierto respecto a lo que le he dicho. Es alguien de dentro.

—En ese caso es probable que la información sea falsa.

—No lo creo.

—¿Y qué es lo que cree?

McAllen alzó uno de sus puños y extendió el dedo índice, como si se dispusiera a proferir una advertencia. Con la otra mano se aflojó el nudo de la corbata.

—Creo que el Zorro está intentando controlar este asunto de Bangor directamente y que no lo está haciendo bien. Ha cometido algunos errores…, quizás los años lo han vuelto descuidado. La llamada es una prueba de ello.

Robert se limitó a escuchar las palabras de McAllen deseando marcharse de allí cuanto antes. El agente no sólo daba por hecho que aquel personaje del que todo el mundo hablaba era real, a pesar de que nadie había tenido nunca prueba alguna de su existencia, sino que además parecía haber tomado el asunto como una cuestión personal. Un niño jugando al gato y al ratón. Era difícil saber si McAllen se comportaba así normalmente o había algo en este caso en particular que lo incentivaba. Robert terminó de cambiar su imagen preconcebida del agente duro por la del ser diminuto que tenía delante, que definitivamente era obsesivo en su trabajo y posiblemente también en su vida privada. De esos que ordenan las prendas de vestir por colores y bordan en la ropa interior el día de la semana a que corresponde.

McAllen bajó el puño. Regresó por su elipse imaginaria y enfrentó a los hombres. Apoyó las manos en la mesa y clavó la vista en Harrison. Aunque el comisario seguía sentado, sus ojos estaban a la misma altura.

—Si teníamos alguna duda de que el primer envío se haría hoy, ya no la tenemos.

—Preferiría que habláramos de eso en la comisaría.

—Está bien. —McAllen se volvió ahora en dirección a Edward—. Quisiera tener una copia de la grabación.

—Podría hacer una copia con mi grabadora portátil.

—¿Podría tenerla para hoy mismo?

—Sí.

—Se lo agradeceré enormemente, señor Lerman.

McAllen se volvió hacia Harrison, repitiendo sus movimientos frenéticos de niño actor.

—Debemos establecer un operativo, Harrison.

—En la comisaría, McAllen, por favor. —Harrison se puso en pie.

Robert y Edward imitaron al comisario, lo cual evidentemente intimidó a McAllen.

—Debemos establecer puntos de control estratégicos —siguió diciendo McAllen, sin abandonar su posición, de pie en la cabecera de la mesa. Su taza de café seguía intacta junto a su libreta.

—Veré cuántos hombres pueden estar disponibles hoy… —Harrison se encaminó a la puerta.

—¿Podríamos reforzar el patrullaje?

Robert observó que Harrison se detenía antes de alcanzar la puerta. Sin volverse, estiró su brazo para agarrar su sombrero de uno de los archivadores. Se lo puso mientras giraba y clavaba los ojos en McAllen.

—Estudiaremos todas las posibilidades… en la comisaría, agente McAllen —dijo en tono inflexible—. El señor Green y el señor Lerman han de tener ocupaciones y estamos entorpeciendo con ellas.

McAllen guardó silencio mientras recogía su libreta.

Cuando se despedía de Robert, Harrison le hizo un guiño con el ojo que McAllen no podía ver. El comisario y el locuaz agente se marcharon, al tiempo que este último explicaba que si el trabajo iba a ser llevado a cabo por novatos sería fácil atraparlos si disponían de puntos de control suficientes. Era cuestión de elegirlos con inteligencia, decía excitado; podían lograrlo… sólo necesitaban…

Harrison siguió avanzando con la vista al frente, como un padre que escucha paciente mientras su hijo le relata el último episodio de *Dragón Ball*.

OceanofPDF.com

4

Benjamin quedó satisfecho con la amenaza frente al espejo.

Sabía, no obstante, que debía dirigirse de inmediato a la habitación de Danna y seguir adelante con su plan; no podía permitirse el lujo de perder tiempo. La casa estaba desierta, cierto, pero tal cosa podía cambiar de un momento a otro. Y además estaba el niño; no podía confiar en él, con advertencia o sin ella.

Extendió su mano. Sus dedos asieron el picaporte y lo hicieron girar lentamente. La puerta se abrió sin quejarse. Cuando miró hacia el interior de la habitación, estuvo a punto de dejar caer el cuchillo y lanzar un grito. Retrocedió un paso. Aquélla no era la habitación de Danna. Era la del niño. No tenía conciencia de cómo había llegado a ella, pero allí estaba de todos modos. Avanzó dos pasos.

Se limitó a observar. Sus planes quedaron en el olvido, al igual que las cartas de Marty el conejo, que aún sobresalían del elástico de su calzoncillo. Una serie de láminas luminosas se filtraban en forma oblicua por la ventana, dividiendo el espacio en estratos en los que bailaban motas de polvo suspendidas. Sobre su cuerpo se dibujaban gruesas líneas amarillas.

La casa se hallaba sumida en un silencio completo, como era de esperar, y la habitación que había pertenecido a Ben no era la excepción. Pero había algo más. Un vacío. Como si el hecho de que nadie la ocupara desde hacía varios días pudiese percibirse como una cualidad física. Y en cierto sentido así era, porque los armarios estaban vacíos y su contenido había sido

dispuesto en cajas que descansaban en el suelo, abiertas unas junto a la otras. Rosalía se habría ocupado de eso, con toda seguridad, probablemente para destinarlas a la iglesia.

Pasó junto a la cama y por un segundo sintió el impulso de dejarse caer en ella…, sentir su cuerpo ingrávido flotando sobre el colchón. Habían retirado la ropa de cama, que seguramente estaría en una de las cajas, junto con el resto de las cosas del niño. Presionó la palma de su mano contra el colchón y éste se hundió, y a medida que su cuerpo se inclinaba hacia la cama se preguntó qué ocurriría si se dormía allí. ¿Qué pensarían al encontrarlo?

La pregunta provino de un lugar distante; como si alguien le hablara desde el extremo de una compleja tubería.

Se irguió y caminó hasta el escritorio.

Imaginó al niño allí sentado, dibujando o haciendo la tarea. Por un momento logró ver el cuerpo diminuto de espaldas, recortado contra la luz que entraba por la ventana, susurrando alguna canción mientras manipulaba sus cuadernos y sus lápices de colores.

Desde la intrincada tubería, otra vez llegó la voz apagada y metálica. Decía algo referente a la habitación de Danna; algo que había quedado pendiente. Pero era confusa, y él no sabía qué podía ser. No tenía ni idea.

¡Las cartas de Marty el conejo!

Posó la vista en la estantería. Todos los estantes seguían custodiados por los personajes articulados de *La guerra de las galaxias*, lo cual le pareció genial. Estiró la mano y tomó uno de ellos: Darth Vader, con su capa negra y su sable láser. Pensó que podría quedárselo, pero de inmediato rechazó la idea. No debía quedarse con nada de lo que estaba allí. Esas cosas no eran suyas…, él tenía…

¿Qué se suponía que tenía que hacer?

La voz que debía encargarse de responder esa pregunta fue apenas un quejido lejano, el gorjeo de un ave herida.

Alzó sus brazos con intención de llevárselos a la cabeza, cuando un haz de luz lo cegó de pronto. No pudo advertir la causa, pero notó que uno de sus brazos era ligeramente más pesado que el otro. Se tambaleó. Recuperó

poco a poco la visión y la habitación fue dibujándose lentamente, aunque ahora en tonos pálidos. Una mancha luminosa enturbió su campo visual, pero no pudo deshacerse de ella a pesar de sacudir la cabeza. Sentía deseos de gritar, pero no lo hizo; no hasta que advirtió la razón del peso inusitado de uno de sus brazos. Tenía un cuchillo. Vio la hoja larga haciendo su aparición a la izquierda de su campo visual.

¿Había gritado?

Creía que no, pero tampoco se lo preguntó de un modo demasiado consciente. El cuchillo. ¿Por qué llevaba un cuchillo, para empezar? Se sentía cansado…, quizás tenderse un rato en la cama le ayudaría a ordenar sus pensamientos. Hundiría su cabeza en la almohada y permitiría que el sueño se apoderara de él.

¿Cuánto tiempo hacía que no dormía?

En el exterior, una nube se interpuso entre el sol y la ventana, y las barras luminosas perdieron intensidad hasta apagarse. La habitación se sumió en penumbra…

Un sonido, en algún lado.

Se volvió de repente, en dirección a lo que suponía que había sido una voz. Pero no había nadie, sólo la habitación vacía. Respiraba con dificultad.

Haz lo que no debes y no dudaré en pincharte el ojo como si fuera una yema de huevo.

No creas que necesito todo lo que tienes.

Sus ojos se toparon con las fotografías enmarcadas en una de las paredes. No se suponía que se acercara a ellas, en primer lugar porque él no debía estar allí, y mucho menos con un cuchillo.

La primera fotografía mostraba a Robert, delgado y con una cabellera abundante, sonriente mientras sostenía por la cintura a una

Andrea de un metro veinte, de cuerpo larguirucho y cabello enmarañado. Ambos llevaban sobre sus cabezas unas orejas de cartón como las de Bugs Bunny.

Las cartas del conejo…

Pasó rápidamente a dos fotografías con sendos rostros sonrientes. La siguiente mostraba a Danna, alzando en brazos a un niño. Sonriéndole.

La siguiente tenía lugar en la playa. La familia completa. Incluso Mike, con la mujer con la que iba a casarse en poco tiempo. Robert hacía gracias a la cámara: tenía su brazo doblado en ángulo recto haciendo alarde de su musculatura. Ben, de seis años, colgaba del brazo; llevaba un gorro para protegerse del sol y presentaba un aspecto particularmente pálido. Más allá aparecía Andrea, con los brazos cruzados y los labios fruncidos, y junto a ella Danna, con una figura digna de…

¡Una puta!

Se volvió. La habitación seguía vacía y el sol oculto. No vio a nadie, no oyó a nadie. Un ronroneo constante palpitaba desde algún sitio lejano, pero era imposible encontrarle algún significado, si acaso lo tenía. Dirigió de nuevo su atención a la fotografía de la playa.

Había una historia detrás de aquel momento congelado en ese cuadrito de bronce. Le habían pedido a un turista italiano que les tomara la fotografía. Al devolverles la cámara, el hombre hizo un comentario acerca de la palidez de Ben, tras lo cual Danna se acercó al niño y le preguntó si se sentía bien. Él dijo que se sentía mareado y ella comenzó a regañar a Robert por haber estado tirándole de los brazos apenas media hora después de comer… y fue entonces cuando el almuerzo que había estado en el estómago de Ben pasó a estar, en un abrir y cerrar de ojos, sobre el hombro derecho de Danna. Buena parte se introdujo dentro de su traje de baño, lo cual hizo que la mujer profiriera un grito, dejara a su hijo en manos del turista italiano y se lanzara en dirección al mar.

Se apartó de la pared y dio media vuelta. Como si un director de cine dirigiera los acontecimientos, el sol se dejó ver en el exterior y los haces luminosos barrieron nuevamente la habitación. Vio la cama.

La voz distante había desaparecido. Sólo quedaba el silencio que precedía al sueño.

Y entonces un sonido infernal se dejó oír en toda la casa.

¿El teléfono?

OceanofPDF.com

5

Frente al volante del Toyota, detenido en el aparcamiento del *Carnival News*, Robert cogió el móvil y mantuvo presionado el uno, activando la marcación automática a su casa. Sostuvo el aparato junto a su oído mientras aguardaba que alguien respondiera, pero nadie lo hizo. Sabía que aquél era el día libre de Rosalía, pero Danna *debía* estar en casa.

Repitió la llamada, con el mismo resultado.

Tu mujer te engaña. Todo el mundo lo sabe.

¿Se estaba volviendo un paranoico a tiempo completo?

Mejor no responder.

Danna asistía a clases de pintura dos veces por semana, y las dos correspondientes a la actual ya habían tenido lugar. Eso dejaba el gimnasio como única opción. Y Robert sabía lo que haría en ese instante: iría precisamente allí a echar un vistazo. Sabía que era una locura, que Danna podía estar en el centro comercial, en casa de Rachel o en cualquier parte. Que no estuviera en casa no significaba nada. Pero entonces no tenía nada que perder con visitar el gimnasio, ¿verdad? Claro que no. Averiguaría si su mujer había asistido o no, y en caso de no encontrarla allí, esa noche, dejando deslizar la pregunta al pasar, le preguntaría a Danna dónde había estado…

Y entonces se sentiría deseoso de oír la respuesta.

Estás loco. Si piensas así de ella, entonces tienes que replantearte las cosas, amigo.

Podía ser. A esas alturas era poco lo que podía sacar en claro en cuanto a sus sentimientos. Alguien había tenido la deferencia en los últimos días de coger su vida, colocarla en uno de esos vasos metálicos en los que se preparan los cócteles y luego lo había agitado toda la jodida noche.

¡Salud!

Robert no era estúpido, sabía que lo que pensaba hacer sólo empeoraría las cosas, pero tenía que hacerlo. Necesitaba comprobar que Danna no estaba en el gimnasio y esperar a la noche para hablarle. Encendió el motor y aceleró. Quince minutos después, el Toyota pasaba por delante del gimnasio Excerside. Robert avanzó con lentitud en busca del Escort de Danna, pero no lo vio. Sabía que aquello no probaba nada, por lo que se dijo que no tendría otra alternativa que entrar y preguntar por ella.

Eran las cinco y veinte. Decidió esperar fuera media hora antes de entrar. Se colocó donde supuso que no sería visto con facilidad y esperó. Una parte de su mente se programó para lo que sucedería; esperaría el tiempo estipulado, y luego entraría para confirmar que Danna no había asistido al gimnasio ese día.

Mientras jugaba al detective, su cabeza rememoró su visita a Union Lake del día anterior. El recuerdo vívido de Ben jugando con las arañas se presentó con un grado de realismo extraordinario. Era curioso cómo había sido necesario que algo tan horrible como la muerte de Ben hubiese tenido lugar para que se dispararan en él ese tipo de recuerdos. Normalmente no pensaba mucho en el pasado. En su vida, cada instante de felicidad se desvanecía cuando nuevos instantes frescos venían a ocupar su lugar; luego venían otros y otros… Claro que ahora sabía que algún día el crédito de instantes felices se interrumpía; y cuando esto ocurría, entonces era necesario echar mano a los instantes felices del pasado.

Cuando miró su reloj por segunda vez, con el rabillo del ojo captó una figura saliendo del gimnasio. Dirigió su atención hacia ella, pero incluso antes de hacerlo supo que era Danna. Reconoció de inmediato sus pantalones de gimnasia rojos.

Apenas pudo dar crédito a la visión. Había estado tan seguro…

Asía el volante con fuerza; se sentía estúpido.

Golpeó el volante con ambas manos. Tenía que olvidarse del mensaje. Puso en marcha el motor y aceleró. Dejaría que Danna llegara a la casa y luego lo haría él. Por la noche hablaría con ella, como había previsto, pero no le lanzaría una batería de preguntas. No señor. Tenía claro lo que haría: aceptaría hacer el viaje a Pleasant Bay.

OceanofPDF.com

6

Benjamin despertó de su letargo. Había sido una suerte que el teléfono sonara justo en ese momento. Salió de la habitación del niño, cerró la puerta tras de sí y se desplazó como un bólido hacia la de Danna.

No le llevó ni siquiera un minuto cumplir con lo que debía hacer allí.

Cuando regresó al desván, temblaba.

OceanofPDF.com

7

Danna no tenía la costumbre de ducharse en el gimnasio. Era lo primero que hacía tan pronto llegaba a casa, y esta vez no sería la excepción. Se dirigió a su habitación en busca de algo de ropa para cambiarse: eligió un vaquero holgado y una camiseta blanca. Algo cómodo, se dijo. Dio media vuelta para marcharse cuando algo llamó su atención. Aquél era el día libre de Rosalía; la cama debía estar deshecha y, sin embargo…

Alguien la había estirado.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Retrocedió inconscientemente sin medir la distancia que la separaba del mueble a sus espaldas. Chocó con él, pero no le importó; ni siquiera se dio cuenta de ello. La ropa cayó al suelo, aterrizando en silencio. Su rostro se deformó, pero no gritó.

Lo que vio sobre la cama la desencajó. Fueron instantes de incertidumbre y horror. Dispuestas en abanico había una serie de cartas; diez en total, aunque no las contó. Eran antiguas. Cada una mostraba un conejo sonriente y una letra diferente. El mensaje se formó en su cabeza sacudiéndola con fuerza: D SALLINGER.

OceanofPDF.com

8

Danna Green engañó a su marido en dos ocasiones.

La primera no pasó de algunas llamadas con un empleado del banco del que ni siquiera recordaba su nombre. Se habían visto un par de veces, suficientes para advertir que el empleado bancario tenía el cerebro vacío y, lo que es peor, de haber tenido voluntad de llenarlo de ideas, no hubieran entrado demasiadas. No es que Danna buscara liarse con Einstein, pero el sujeto en cuestión, con su manía de llevarse la mano a los genitales cada cinco minutos y reír como un adolescente, tampoco constituía una alternativa tentadora. El episodio con el bancario tocagenitales fue efímero y soso, de manera que ni siquiera contaba como una infidelidad.

El de David Sallinger, sin duda alguna, sí.

De joven, Danna no había sido amiga del deporte, siempre había sido reacia tanto a practicarlo como a mirarlo. Su metabolismo le permitía comer lo que quisiera en la cantidad que deseara, aunque la comida no era una debilidad para ella y rara vez se extralimitaba. Esto le permitía mantener su físico en buen estado sin necesidad del bendito deporte, dietas ni pastillas, que eran moneda corriente entre sus amigas. Tener una buena figura no representó en la joven Danna una asignatura que atender; la tenía, y lo sabía.

Mantuvo su figura incluso después de casarse y de sus dos embarazos. Su cuerpo seguía los cambios lógicos de la edad; ridículo sería pretender la

silueta de una muchacha de dieciocho a los treinta y cinco. No obstante, aún a esa edad seguía manteniéndose en forma.

Todo cambió cuando fue acercándose a los cuarenta. No fueron cambios radicales, pero Danna comenzó a sentir que si quería dilatar lo que en algún momento era inevitable que ocurriera, debía ocuparse de su cuerpo. Su cadera se había ensanchado, al igual que sus piernas, y la dureza de sus músculos no era la misma. Fue entonces cuando comenzó a darle vueltas a la idea del gimnasio. Verse a sí misma tirando de una máquina con pesas, o haciendo contorsiones en el suelo, le resultaba risible; no tenía idea de lo que era una rutina de ejercicios físicos simplemente porque nunca había seguido una. Sin embargo, se permitió hablar del tema con Rachel, que desde hacía unos años no perdía oportunidad de realzar las bondades del bendito gimnasio.

Poco tiempo después, se vio entrando en las instalaciones de Excerside, mirando a su alrededor como si se tratara del interior de una nave espacial. La atmósfera cálida y húmeda que tan familiar le resultaría en el futuro no le causó una buena impresión inicial, y el golpeteo de las pesas al chocar unas con otras directamente la molestó. Mientras se inscribía y desfilaban a su lado muchachas con cuerpos endurecidos envueltas en trajes de colores, pensó que aquello no era para ella. No había sido una buena idea ir, se dijo en ese momento; pero ya estaba allí y probar no le costaría nada.

Pero resultó que le gustó.

Se adaptó con rapidez al funcionamiento, y no tardó en arrastrar a Robert, que asistió en alguna ocasión, aunque resultó evidente que sólo lo hizo para complacerla. Danna encontró en la rutina de ejercicios una manera de desconectarse de su vida cotidiana, de poner la mente en blanco, y los resultados se vieron prácticamente de inmediato. Al cabo del primer mes, sentía su cuerpo más firme y el espejo no tardó en revelarle que el ejercicio rendía sus frutos.

A medida que el tiempo pasaba, fue conociendo nuevos ejercicios y modificando las actividades según sus ganas de cada día. Si alguien le hubiese dicho unos años antes que ella sabría que tal o cual ejercicio era preferible frente a otro, lo hubiera mirado como a un loco. Pero allí estaba

de todos modos, interesándose por conocer las ventajas de cada máquina, las zonas del cuerpo que ejercitaba y cuántas repeticiones del ejercicio era conveniente hacer.

Cuando uno de los instructores con el que Danna había adquirido cierta confianza se marchó un buen día por un trabajo en Rochester, ya poseía suficientes conocimientos para manejarse sola. El instructor que lo reemplazó, más joven que su antecesor, no despertó en ella precisamente simpatía, por lo que se limitó a ignorarlo. Dotado de un físico ciertamente admirable, el fulano se comportaba como alguien que observa el mundo desde un escalón superior. Danna no intercambió una sola palabra con él hasta dos meses después de conocerlo.

La conversación se inició casualmente, casi sin querer. David (para ese entonces ya sabía su nombre) se limitó a explicarle ciertos detalles del uso de la bicicleta estática y le brindó información adicional sumamente útil. Lo hizo con seriedad, evidentemente interesado en hacer bien su trabajo; como un maestro de escuela ante un grupo de niños.

Danna no tardó en hacerle una nueva consulta unos días después. A esa siguieron otras, y más adelante las conversaciones nada tenían que ver con la gimnasia. Danna consideraba interesante la mentalidad del joven, aunque no tanto como su cuerpo fornido y fibroso, el cual despertó de inmediato en ella una atracción innegable. Durante el día sus pensamientos se lanzaban recurrentemente en pos de *su instructor*. Creía advertir que él la observaba de un modo que ella consideraba algo más que corriente, no era estúpida; lo que no podía saber era que se había convertido en el foco de las fantasías de David Sallinger.

Un mes después llegó la invitación formal para ir a su apartamento. Sallinger fue directo y le dijo que podrían conversar un rato o hacer lo que quisieran, y ella aceptó de inmediato. En ese primer encuentro en efecto hicieron lo que quisieron, que distó mucho de mantener una conversación. Danna nunca experimentó una comunión física tan perfecta como la que existió con David. En aquel primer encuentro y en los que siguieron, permitió dejarse llevar por sus fantasías, sus deseos íntimos, los que estaban fuera de su cama matrimonial. El sexo con Sallinger seguía un patrón

desconocido para ella, una danza febril que se iniciaba con besos y frases al oído, y que desembocaba forzosamente en desenfreno. Nunca hubo violencia entre ellos, al menos no en el sentido literal, pero cuando Danna hundía sus uñas en la espalda de David y arañaba su piel, éste sonreía y respondía tirando del cabello de ella casi al punto de arrancárselo.

Durante cuatro meses se vieron todas las veces que pudieron. Ninguno buscó en el otro más que lo que se brindaban mutuamente en la cama, el sillón de la sala o la cocina.

Hasta que un día Sallinger cometió un error.

Era una tarde particularmente fría. Danna entró en el gimnasio y se apresuró a cerrar la puerta tras de sí, soplando sus manos sin guantes. En esas circunstancias la humedad ambiental de Excerside, sumada a la calefacción, proporcionaban un ambiente acogedor. Dejando que su cuerpo recibiera el calor y se impregnara de él, se aproximó al mostrador desde donde Clarice, la muchacha encargada de las inscripciones, le sonreía. Danna no se consideraba su amiga, pero cruzaba unas palabras con ella de cuando en cuando, y ese día se le ocurrió preguntar por Sallinger. No lo hacía a menudo, pero, a fin de cuentas, era su instructor; no había nada extraño en que preguntara por él.

Clarice le dijo que David estaba enfermo, que había llamado para tomarse el día y que Scott lo reemplazaría. Dijo esto último rápido, casi de pasada, poniendo énfasis en la idea de que David no asistiría por su enfermedad. En su rostro había una sonrisita suspicaz, y Danna era incapaz de pasar por alto sonrisitas suspicaces, de modo que con total seriedad le preguntó en qué estaba pensando. La muchacha abrió los ojos evidentemente sorprendida, y ante la mirada gélida de Danna dijo tímidamente: «Podrías ir a visitarlo, ya que tú y él…».

Clarice dejó la frase en suspenso.

Ese día Danna siguió su rutina con normalidad, sabiendo que sería la última vez que lo haría. Sabía que el gimnasio tenía otra sucursal, y aunque estuviera más lejos de su casa, la utilizaría en el futuro sin dudarlo. Por la noche habló con David, que efectivamente estaba enfermo, o al menos eso dijo, y le preguntó si había hablado con alguien acerca de la relación que los

unía, a lo que David lógicamente contestó que no, que era un secreto tal como habían acordado. Danna formuló una vez más su pregunta, esta vez mencionando la conversación con Clarice…, y él enmudeció.

David acabó aceptando que había hablado del tema con otros instructores y que probablemente alguno de ellos lo había comentado con Clarice. Intentaba ensayar una defensa cuando Danna articuló las palabras: «Adiós, David», e interrumpió la comunicación.

Fue la última vez que hablaron; y no volvieron a verse.

OceanofPDF.com

9

Danna se sentía incapaz de acercarse a la cama.

D SALLINGER.

Las cartas estaban dispuestas en abanico, en forma de sonrisa. La primera mostraba al conejo de pie junto a una gran letra D; Marty llevaba pantalones rojos y tirantes, tenía una de sus manos en el bolsillo y con la otra sostenía una zanahoria a medio comer. En el resto de las cartas tenía posiciones diferentes: detrás de la letra S, apoyando los codos sobre ella y sosteniendo su rostro sonriente con las manos; luego recostado, con la rodilla flexionada y el pie sobre la superficie inclinada de una A; las dos L lo mostraban acuclillado, mordiendo una zanahoria; junto a la I saludaba; sentado sobre la N, se tiraba de las orejas…

Danna apartó la vista. Retrocedió dos o tres pasos hasta que su espalda estuvo en contacto con la puerta cerrada del armario. Advirtió que las cartas, que estaba segura que no había visto nunca en su vida, parecían bastante viejas. Quienquiera que las hubiera colocado sobre su cama las había conservado durante mucho tiempo.

Junto a la letra G, Marty tenía los brazos en jarras y observaba con mirada desafiante más allá de su mundo bidimensional.

No quedaban dudas, aquél era un mensaje para ella. No recordaba haber pensado en David Sallinger por lo menos durante el último año.

En la letra E, Marty estaba de pie, con las manos en los bolsillos. La expresión en su rostro no era sonriente, sino la de alguien que está molesto

por algo.

Suponiendo que un puñado de personas había sabido de la relación, ¿por qué *recordárselo* después de tanto tiempo? Un año era mucho tiempo.

Por último, en la R, Marty reía. Estaba doblado en la cintura, con una mano sobre la rodilla rodeada por algunos paréntesis que le conferían la sensación de movimiento. Una decena de lágrimas brotaban de sus ojos, pero no cabía duda de que se trataba de un llanto de alegría.

Sin embargo, pensó Danna, lo realmente importante no era cuánto tiempo había transcurrido desde su romance con su instructor de Excerside. Era imposible pasar por alto la cualidad morbosa del mensaje, formado con las cartas de un conejo sonriente sobre su propia cama. Danna ni siquiera había podido acercarse al mensaje. Se obligó a dar un paso, pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que alguien se había atrevido a entrar en su casa y dejar esas cartas allí, para que ella las encontrara, y…

Allí estaba la verdadera cuestión. Lo que la había paralizado y hacía que no pudiera tomar el control de sí misma. Era la imagen de alguien entrando furtivamente en su casa y colocando las cartas sobre su cama, una a una, seguramente con una sonrisa en el rostro. Alguien que sabía lo que no debía, pero que por encima de todas las cosas tenía las agallas de pasearse por una casa ajena, con las cartas de un conejo sonriente. Alguien capaz de semejante cosa no era…

¿Y si todavía está aquí?

Danna retrocedió el paso que acababa de dar.

Repasó sus movimientos al llegar a casa. No había visto nada fuera de lugar en el jardín delantero y la puerta de la calle había estado cerrada con llave y sin signos de haber sido forzada. Estaba segura. Había atravesado la sala rápidamente, y luego se había dirigido a su estudio pensando que un baño le sentaría bien. Todas las luces de la casa habían estado apagadas. No recordaba haber visto nada fuera de lugar.

Supo, sin embargo, que no se quedaría tranquila hasta no hacer un recorrido general.

Le pareció lógico hacerlo en orden. Empezaría por el garaje. Cuando se puso en movimiento, lo hizo sabiendo que debía terminar con eso

rápidamente, pero con la convicción de que no encontraría a nadie en la casa. De lo contrario, el paso correcto hubiera sido llamar a la policía y alejarse de allí cuanto antes. En el fondo, Danna asumía que la búsqueda sería infructuosa, porque aún no había asimilado que el mensaje en su habitación era real. Y si el mensaje no era real, entonces su autor tampoco, ¿no es cierto?

Una vez en la cocina, se detuvo en el centro. Tenía la vista clavada en el soporte de pared que contenía los cuchillos de trinchar carne. Estaban colocados por orden de tamaño, y Danna supo que si se acercaba y agarraba uno de ellos, *todo* sería real. Si se paseaba por la casa con uno de aquellos cuchillos, entonces internamente esperaría encontrar a alguien escondido en algún lado. Observaba las hojas de acero con fijeza. Se vio a sí misma recorriendo la casa, empuñando el cuchillo como un personaje de aquellas películas que tanto gustaban a Andrea, y de inmediato descartó la idea. Si hacía semejante cosa, entonces podía considerarse tan chiflada como el autor del mensaje con las cartas del conejo.

Llevaría a cabo la búsqueda sólo para sentirse más tranquila, se dijo. Una vez que confirmara que estaba sola, podría pensar cuáles eran los pasos a seguir.

Apartó la vista de los cuchillos y se dirigió al garaje.

Pasó junto a la habitación de Rosalía y comprobó que la puerta estaba cerrada. Al final del pasillo probó la puerta del garaje, pero con igual suerte, lo cual constituyó un gran alivio para ella. Normalmente aquella puerta permanecía abierta, pero Rosalía tenía la costumbre de cerrarla con llave cuando no estaba en casa. Si ese día Danna hubiera decidido ir al gimnasio en su Escort en lugar de caminar, ahora sería necesario revisar el garaje. De todos los lugares de la casa, el garaje era el que menos deseos de visitar le despertaba. Regresó a la cocina y rápidamente pasó a la sala.

Revisó las ventanas. Todas cerradas.

Su estudio no le llevaría demasiado tiempo. Abrió la puerta y echó un vistazo rápido. Allí no había ventanas ni sitios en los que una persona pudiera ocultarse. De pie en el umbral de la puerta paseó la vista por las estanterías y su mesa de trabajo. El único sonido audible era el burbujeo

producido por el sistema de aireación de la pecera. Danna entró en el estudio. Se acercó a la pecera y se arrodilló delante, observando el movimiento de los peces, que no parecieron alterarse por el rostro al otro lado del vidrio y siguieron con su desplazamiento monótono de un lado hacia otro.

—¿Vosotros habéis visto algo, amiguitos? —preguntó en un tono apenas audible. Tenía los ojos bien abiertos.

Se puso en pie con lentitud. Seguía sin parpadear. Salió del estudio sin sentirse avergonzada en absoluto. Algo en su interior estaba cambiando y podía sentirlo. Pero primero tendría que ocuparse de las habitaciones.

Registró la habitación de Andrea en menos de cinco minutos, echó un vistazo en el armario y debajo de la cama. La ventana también estaba cerrada.

Salió de la habitación de su hija y permaneció de pie delante de la de Ben. Desde su muerte Danna había entrado allí apenas un par de veces; y en ambas ocasiones había sido en compañía de Rosalía para organizar las tareas de las que debían ocuparse. Ésta sería su primera incursión sola, y la verdad es que la idea no le resultaba atractiva en absoluto. Hasta el momento su forma de seguir adelante había sido no pensar en la muerte de su hijo; encerrar el incidente en una caja fuerte y lanzarla al fondo del océano. Lo cierto es que ni siquiera lo había hecho de un modo demasiado consciente; era simplemente la única manera que conocía para enfrentarse a la muerte de los seres queridos. Negación. Así había sido siempre. Aunque no había tenido oportunidad de decírselo lo suficiente, Danna había amado a su hijo. Entrar en su habitación no le resultaría sencillo.

Abrió la puerta.

Dio un primer paso vacilante y, en efecto, experimentó el malestar que sabía que se apoderaría de ella. Echó un vistazo a la habitación hasta que bajó la vista y la clavó en el suelo. Se masajeó la frente. Estar allí era lo opuesto a arrojar sus sentimientos al océano en una caja fuerte. Estar allí era como verter alcohol en una herida abierta.

Esquivó las cajas en las que Rosalía había dispuesto la ropa de Ben. Se suponía que Robert debía llevarlas a la iglesia, por lo que tomó nota mental

para recordárselo más tarde. Abrió las dos hojas de la puerta del armario y fue sencillo advertir que allí no había ningún chiflado con la afición de dejar mensajes con cartas de conejo. Estaba completamente vacío. Cerró las dos hojas y permaneció casi un minuto con las manos sobre los tiradores, con la cabeza gacha. ¿Por qué estaba en la habitación de Ben? Debía salir de allí cuanto antes.

Examinó la ventana y comprobó que el pasador la mantenía perfectamente cerrada.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la cama que había ocupado Ben noche tras noche hasta hacía trece días, pero antes se topó con las fotografías en la pared. La necesidad de echarles un vistazo fue enorme, en especial aquellas en las que aparecía ella en compañía de su hijo. Se concentró en la que tenía lugar en la playa. Ben había vomitado sobre su hombro ese día, y aunque resulte insólito, el recuerdo le dibujó una sonrisa. Pasó su dedo índice por el marco de la fotografía. Dentro del rectángulo que acababa de delimitar, la familia sonreía. Allí Ben aún estaba con vida…, era un niño diminuto de cabello color amarillo y una sonrisa espléndida.

Se apartó de la fotografía. Era un error permanecer en la habitación de Ben. Lo sabía. Lo que debían hacer era convertirla cuanto antes en un gimnasio o algo por el estilo. Quizás un estudio para Robert. No habían hablado del tema, pero deberían hacerlo pronto. Danna lo apuntó mentalmente junto al envío de las cajas a la iglesia.

Se arrodilló y miró debajo de la cama.

—¡Me has descubierto, mamá!

—¿Qué haces ahí escondido, granuja?

Ben sonrió; tenía apenas cuatro años y llamar a su madre desde algún escondite se había convertido en su pasatiempo favorito. Con el sonido de su voz era sencillo para ella encontrarlo, pero no parecía importarle. De hecho, la parte más divertida del juego era cuando su madre lo encontraba.

Danna se quedó mirando el vacío debajo de la cama, donde algunas pelusas que se arrastraban en bailes circulares reemplazaron la visión de Ben.

Regresó a su habitación sintiéndose más relajada, y con la loca idea de que al entrar y mirar sobre la cama no vería nada fuera de lo normal. Mucho menos las cartas de un conejo sonriente formando el nombre de su examante. Todo habría sido fruto de su imaginación, como la visión de su hijo debajo de la cama.

¡Ven a buscarme, mamá!

Sólo que las cartas seguían allí, claro.

Registró su propia habitación, pero no vio nada fuera de lo normal. Dedujo que si alguien había llegado hasta allí, debía haber dejado algún rastro tras de sí. Quizás barro en la alfombra, cabello, algo. Pero no encontró nada. Sin embargo, las cartas del conejo eran la mejor demostración del paso de un extraño, y de lo que éste sabía.

Consultó su reloj. Eran casi las seis. Robert debería estar a punto de llegar de un momento a otro. Ahora que lo pensaba, su marido debería haber llegado a casa antes que ella. ¿Y si él hubiese descubierto las cartas? Debía deshacerse de ellas de una vez por todas.

Se acercó a la cama y comenzó a recogerlas una a una. Marty comiendo su zanahoria, luego saludando, tirándose de las orejas, con los brazos en jarras…, desternillándose de risa. Las colocó una sobre la otra notando la textura avejentada del cartón. Sintió deseos de romperlas en ese instante, pero sabía que no sería buena idea limitarse a convertirlas en trozos más pequeños y arrojarlos a la basura. Se encaminó hacia la cocina sosteniendo las diez cartas por las esquinas, como si se tratara de un material contaminante. Una vez frente al fregadero, arrojó todas, salvo una: la N. Encendió un fósforo y lo sostuvo frente a sus ojos mientras la llama se fortalecía. Luego lo arrojó al fregadero, e inmediatamente la llama se propagó a las cartas.

Danna permaneció observando en silencio cómo el fuego consumía el cartón con facilidad. Las llamas se extinguieron, llevándose las cartas consigo. El resultado del pequeño incendio fue una pasta oscura que Danna hizo desaparecer abriendo el grifo unos segundos.

El mensaje había desaparecido y estaba en condiciones de dar cabida a las preguntas que pujaban por abrirse paso dentro de su cabeza.

La primera de ellas: ¿quién era el responsable?

OceanofPDF.com

10

Robert llegó a casa una hora después que Danna, y la encontró leyendo en la sala. Se saludaron e intercambiaron un par de comentarios intrascendentes; Danna alzó la vista del libro y estudió a Robert mientras éste se dirigía a la cocina y luego regresaba con un vaso de agua.

¿Por qué la observaba de esa manera?

Él estaba de pie, junto a la mesa, bebiendo a pequeños sorbos el agua. En su rostro se dibujaba una sonrisa desconcertante.

En otras circunstancias Danna ni siquiera lo hubiera considerado; sin embargo, esta vez se preguntó si Robert tendría algo que ver con el mensaje de Sallinger. Para empezar, había llegado tarde. Si Robert hubiera respetado su horario de trabajo normal, entonces habría sido él quien descubriera las cartas antes que ella.

Danna dejó caer el ejemplar de *Mutación*. Imposible concentrarse en la lectura con una idea tan poderosa germinando dentro de su cabeza.

¿Por qué haría Robert una cosa así? Y sobre todo, ¿por qué después de tanto tiempo?

—¿Se te ha hecho tarde en el trabajo? —preguntó Danna. Lo conocía, sabría si se traía algo entre manos o no.

—Sí, un asunto con la policía. Estuve reunido con Harrison y un agente de la DEA. —Robert no tenía intenciones de mencionar su pequeña incursión en el gimnasio, desde luego.

Danna creyó advertir cierto carácter esquivo en su mirada, pero concluyó que eran imaginaciones suyas. Si lo veía con cierta perspectiva, la idea de Robert dejando aquel mensaje y luego presentándose ante ella del modo en que lo hacía en este momento era sencillamente ridícula.

—¿Serías tan amable de traer mi lámpara de lectura? —Danna decidió cerrar el asunto de una vez por todas jugando una última *carta*—. Supongo que está en la habitación. No lo sé con certeza, pues no he ido allí desde que llegué a casa.

La expresión de Robert no cambió. De hecho, la sonrisa en su rostro se ensanchó ligeramente.

Definitivamente, no tenía nada que ver.

Durante el resto de la tarde, Danna no volvió sobre el tema. Por la noche, sin embargo, una idea que había pasado por alto se presentó de repente. Yacía en su cama, haciendo el intento de seguir adelante con *Mutación*, cuando se incorporó y dejó la lectura definitivamente de lado por ese día.

Andrea tampoco había estado en la casa esa tarde.

Andrea.

Al principio había pensado que alguien había entrado furtivamente en la casa para dejar el mensaje. ¿Tenía sentido? En ocasiones la explicación más sencilla está delante de nuestras narices, sólo que no somos capaces de verla.

Danna asimiló la revelación al tiempo que el libro que sostenía con una mano caía sobre su pecho. Robert la observó, y ella se las arregló para volver a cogerlo y colocarlo en la mesilla de noche. La primera cuestión era averiguar cómo Andrea (si es que era la responsable, claro) se había enterado de lo de Sallinger; y la segunda, entender cómo se había atrevido a hacerle una cosa así.

Vigilaría a Andrea. Sabría si había sido ella la culpable o la descartaría como sospechosa como había hecho con Robert. Pero todo eso sería al día siguiente. Ahora apagaría la luz y dormiría y…

—Estuve pensando…

Cuando escuchó la voz de Robert, grave y susurrante elevándose en la habitación en silencio, por un momento creyó que las palabras habían surgido dentro de su cabeza.

—Quizás sea conveniente hacer el viaje —continuó él.

¿Por qué dice esto, ahora?

—Creí que pensabas que no era el momento adecuado —replicó Danna.

—Sí, pero lo he pensado mejor. Quizás sea bueno. ¿Has cambiado de opinión? —Robert se sintió desconcertado.

—No he cambiado de opinión —respondió Danna a la defensiva—. Es sólo que ya me había hecho a la idea de que postergaríamos el viaje por un tiempo.

—Pero querías hacerlo.

—*Quería* hacerlo. No sé cómo crees que funcionan las cosas, pero no puedes arrastrar a los demás a hacer lo que *tú* quieres, cuando *tú* quieres.

Mientras las palabras escapaban de su boca, Danna supo que no podría alejarse de Carnival Falls hasta no saber quién conocía su relación con David Sallinger y por qué pretendía atormentarla. Además, el hecho de que Robert cambiara de opinión tan abruptamente resultaba sospechoso.

—Danna, ayer, en el estudio, dijiste que…

—Robert, al diablo con lo que te dije en el estudio. Vamos a dormir.

OceanofPDF.com

11

Benjamin no los observaba en ese momento. Sin embargo, fantaseaba con lo que ocurría en la habitación entre Danna y Robert. Pronto les daría más de aquello, ¡mucho más!

OceanofPDF.com

12

Mientras Danna y Robert Green yacían en su cama, sin poder dormir, Matt Gerritsen aparcaba su Honda delante de la casa de Randy.

Randy sonrió al verlo; su primo estaba siendo puntual. Se lo había pedido expresamente esa tarde por teléfono, y aunque lo notó un poco molesto por tanta recomendación, supuso que lo que realmente perturbaba a su primo era que esa noche utilizaran su Honda y no la furgoneta. Randy le explicó que cuando la furgoneta estuviera lista, la utilizarían para hacer el traslado hasta Nueva York, lo cual era a todas luces muchísimo más arriesgado. Además, si algo salía mal esta noche, poco importaría si viajaban en un Honda, un Mercedes o el Batmóvil; su suerte sería la misma.

Pero nada saldría mal, ¿por qué habría de salir mal?

Matt se pasó al asiento del acompañante y Randy ocupó el del conductor, también según lo acordado.

Transitaron por la carretera 153 en dirección norte. En el trayecto se toparon con un par de vehículos policiales y Randy notó que los músculos de Matt se tensaban. Lo tranquilizó diciéndole que no había de qué preocuparse, y aprovecharon la ocasión para repasar lo que dirían si la policía los detenía.

Randy no había dicho nada acerca del sitio al que se dirigían, y Matt no supo qué pensar cuando su primo se detuvo en una Texaco y se apeó. Se habían alejado unos tres kilómetros de la ciudad.

—¿Qué tal un refresco? —sugirió Randy.

Matt tenía la garganta seca, pero en lo que menos pensaba era en un refresco.

A la derecha, un callejón oscuro servía de albergue a una serie de cajones vacíos y a una maltrecha máquina de Pepsi, que a duras penas se las arreglaba para soportar el paso del tiempo. Matt vio a una muchacha que estaba sentada en el suelo, justo delante de la máquina expendedora. Tenía una bolsa de deportes azul entre sus piernas flexionadas y jugaba con una *game boy.* Sus pulgares accionaban los botones con presteza. Matt se preguntó qué podía estar haciendo a esas horas de la noche aquella muchacha, pero ni remotamente la relacionó con ellos.

En la parte trasera, ocultos en las profundidades de aquel callejón, dos hombres seguían sus movimientos con atención, sin que ellos lo supieran.

Randy oprimió el botón de entrega de la máquina expendedora, pero no obtuvo respuesta. Matt comenzaba a decirle que no funcionaría si no colocaba una moneda, cuando Randy le dio a la máquina dos ruidosas patadas que se encargaron de silenciar sus palabras. Masculló algo y entonces la muchacha se puso en pie y se les acercó. Tendría unos dieciocho años, a lo sumo, pero su rostro apocado hacía entrever que sabía lo que hacía. Llevaba el cabello suelto, sujeto por una cinta ancha. Cuando estuvo junto a ellos, arrojó la bolsa a sus pies y les entregó cuatro monedas.

—No funciona bien —dijo Cinta.

Randy asintió mientras introducía las monedas en la máquina.

—Es una noche agradable —continuó la muchacha—. Aunque por alguna razón hay más polis que de costumbre. No sé si se trata de un dispositivo policial o qué.

Cinta dio media vuelta y caminó, pero esta vez no hacia el sitio en que había estado sentada, sino que se internó en el callejón, dejando atrás su bolsa.

Bebieron los refrescos en el coche y al terminar arrojaron las latas por la ventanilla. El empleado de la Texaco, que los observaba desde el interior de la gasolinera, advirtió lo sucedido y gruñó algo en contra de la juventud y sus modales, pero cuando bajó la vista hacia la revista que estaba leyendo, el incidente de los dos jóvenes había quedado olvidado.

No se dirigirían a la autopista; regresarían por un camino interno. Sería más lento pero más seguro. El comentario de la muchacha respecto a la cantidad de polis dando vueltas era cierto, y ninguno de los dos quería averiguar cuáles eran las razones de semejante despliegue. Matt permaneció en silencio un buen rato. En el cielo no había luna, y la iluminación de los caminos que escogieron era escasa.

—Vamos, Matt. —Randy instó a su primo a que hablara, apartó una mano del volante y le asestó una palmada en la rodilla—. Casi hemos terminado hoy. Te noto intranquilo.

—Estoy intranquilo.

—No hay por qué inquietarse; en media hora estarás en tu casa, créeme. Mañana podrás ocuparte todo el día en la furgoneta si lo deseas. Por la noche podemos organizar una reunión, si tu noviecita te deja. Podría incluso llamar a Brenda.

—Sí, podría ser… ¿Randy?

—Sí.

—¿Por qué no me has dicho lo de la señal?

Randy lo miró intrigado.

—La máquina expendedora, la patada, la muchacha —dijo Matt con resignación—. Creo que puedo saber ciertas cosas.

—Sí, tienes razón, lo siento. Pero no sabía lo de la muchacha. Sólo sabía nuestra parte.

Matt no dijo nada. Creía que el estar al tanto le ayudaría a controlar un poco mejor la situación, pero probablemente no era más que una mentira para justificar su nerviosismo.

Al llegar a la ciudad, Randy transitó por callejuelas desoladas. La iluminación de las farolas los hacía vulnerables, era cierto, pero Matt se sentía agradecido de tenerlas sobre su cabeza. Al llegar a la intersección de las calles Oak y Maple, Randy frenó y tuvo un instante de indecisión. Finalmente, giró a la izquierda en Maple y avanzó. Unas quince manzanas más adelante giraría nuevamente a la izquierda y llegaría a su casa. Matt conduciría luego menos de tres minutos hasta la suya. Randy tenía razón, no había de qué preocuparse. Vislumbrar lo cerca que estaban de dar por

terminado aquel día hizo que Matt se relajara por primera vez. La jornada había sido especialmente larga para él y sabía que, en cuanto apoyara la cabeza en la almohada, su mente se despediría de este mundo en cuestión de segundos.

Pero tras el giro, el Honda pudo avanzar apenas cien metros. Allí se toparon con el coche patrulla de Dean Timbert bloqueando la calle, y junto a él, el oficial, linterna en mano, indicándoles mediante señas que tuvieran la amabilidad de detenerse.

Matt sintió que el corazón se le congelaba en el pecho. Mientras Randy detenía el Honda, le dijo que recordara lo que habían hablado, todo sin dejar de sonreír.

Timbert se acercó al coche forzando su rostro de policía de película. En aquel momento se suponía que debía estar en su casa.

Los viernes eran *noches de vídeo,* y con Cindy solían alquilar una película y disfrutarla en su veintinueve pulgadas. Si la película resultaba buena, la miraban recostados sobre la alfombra rectangular, comiendo Snickers y palomitas de maíz. Si era mala, dejaban que las imágenes del televisor hicieran el *show* de luces y ellos se encargaban de hacer su propia película sobre la alfombra.

Últimamente casi todas eran malas.

—Hola, chicos.

La cara plana del policía resultó gigantesca al asomarse por la ventanilla del Honda.

—Buenas noches, oficial —repuso Randy sin dejar de sonreír.

—Chicos, será necesario que os registre. Bajad del coche y colocaos hacia el frente. Habéis visto suficientes películas y sabéis a lo que me refiero.

Timbert estaba fastidiado con todo aquello. Resulta que un duende de nombre McArthur o algo así se presenta de la nada, obsesionado con que Carnival Falls será el nuevo escenario de *Traffic,* y allí está él, en una callejuela perdida, registrando a niños, cuando en ese preciso instante, con Cindy…

Randy y Matt rodearon el Honda e hicieron lo que les había ordenado Timbert. Al hacerlo, observaron que en el asiento del acompañante del coche patrulla había otra persona. La silueta revelaba que podía tratarse de una mujer.

Timbert se acercó y los palpó. Notó que uno de ellos, el de cabello rubio, parecía particularmente nervioso y que su cuerpo tembló ligeramente cuando deslizó sus manos por su pierna. Sabía que tal cosa no significaba nada, que el simple hecho de estar en una situación así podía poner nervioso a cualquiera que no tuviera nada que ocultar, pero igualmente decidió no ignorar el detalle.

—¿Hacia dónde os dirigís?

—A una fiesta —respondió Randy.

Timbert les indicó con un gesto que podían abandonar la posición en la que estaban y, mientras ambos se incorporaban, preguntó:

—¿Qué clase de fiesta?

Randy tardó unos segundos mientras simulaba pensar la respuesta. Sabía que si respondía demasiado rápido, el oficial podría sospechar de ellos.

—Una despedida —dijo—. Un amigo en común que se muda con su familia a Chicago: Adam Hobson.

La información era real. Al padre de Adam lo trasladaban a Chicago. Si el poli resultaba saber algo de los Hobson, sería como ensartar todos los anillos en las botellas de las ferias ambulantes.

Matt sentía que la sangre de su cuerpo se había concentrado en sus pies. Se veía a sí mismo como un fantasma, flotando en medio de la calle con su rostro convertido en un globo blanquecino. Se limitaba a mantenerse en pie, incapaz de reaccionar, mientras Randy le respondía al policía. Estaba convencido de que el poli había notado su nerviosismo. Se dijo que si su corazón no empezaba pronto a hacer circular la sangre por sus venas, se desmayaría y terminaría de cagarla.

—Así que haréis una fiesta con vuestro amigo. Dadme vuestras identificaciones.

Ambos se las entregaron, solícitos. Timbert las miró apenas y caminó hacia la parte trasera del Honda. A través de los cristales oscuros logró ver la bolsa azul que descansaba en el asiento trasero. Sin detenerse, siguió hasta el maletero y lo señaló dando dos golpecitos en la chapa.

—Abridlo —pidió—. Me imagino que en esa fiesta a la que vais no habrá drogas, ¿verdad? —dijo, echando un vistazo al interior del maletero. Estaba vacío.

El policía dejó la frase en suspenso y la subrayó con el sonido seco del maletero al cerrarse. Observó los rostros perturbados vueltos hacia él. Caminó con paso firme y se detuvo junto a la puerta trasera.

—¿Qué lleváis ahí? —preguntó dando dos golpecitos rápidos ahora sobre el cristal.

Randy se adelantó y habló, y Timbert creyó advertir un leve temblequeo en el labio inferior. El otro joven, a quien Timbert en aquella atmósfera turbia encontró parecido a un joven Val Kilmer, seguía nervioso, con la vista vuelta hacia un lado, sin moverse.

—Algunas cosas —respondió Randy— para la fiesta.

—¿Puedo verlas?

—¿Cree que es necesario?… La verdad es que nos haría sentir un poco incómodos.

Randy se volvió hacia Matt en busca de aprobación, pero no encontró más que un gruñido ininteligible como respuesta.

—No tengo muchas cosas interesantes que hacer, así que echaré un vistazo de todos modos—. Timbert retrocedió—. Coloca la bolsa sobre el pavimento y ábrela.

Randy suspiró e hizo lo que el policía le pedía. Abrió la puerta trasera y arrastró la bolsa azul dejándola caer sobre la superficie dura del asfalto. Mientras se agachaba, pudo advertir con el rabillo del ojo que el segundo ocupante del coche patrulla salía de él. En efecto, era una mujer.

—Chico, ¿estás bien?

Matt tardó unos segundos en comprender que Timbert se dirigía a él. Procuró responderle que sí, pero sus cuerdas vocales rehusaron hacerlo.

Ante la insistencia del policía, logró asentir con un movimiento apenas perceptible.

—Pareces a punto de desmayarte. Quizás deba llamar a una ambulancia.

—Es… estoy bien. Gracias.

—Bueno, ya veremos. Abre la bolsa, muchacho. Veamos qué tenéis ahí…

Randy obedeció.

Al ver el contenido, Timbert sonrió, se inclinó y rebuscó en la bolsa azul entre discos compactos y vídeos, todos estos últimos con portadas de mujeres desnudas. Por lo menos alguien tendría su *noche de vídeo* ese día, se dijo mientras volvía a erguir su cuerpo.

—Conducid con cuidado y disfrutad de vuestra *fiesta* —dijo Timbert al fin. El policía no se movió mientras el muchacho que llevaba las riendas devolvía la bolsa a su sitio y se introducía en el Honda a la velocidad de la luz. Val Kilmer, en cambio, retrocedió aletargado, sin quitarle los ojos de encima, y rodeó la parte delantera del vehículo, con su rostro lunar vuelto siempre hacia él.

Cuando los dos estaban de vuelta en el coche, avanzó y asomó su rostro aplanado por la ventanilla.

—¿No olvidáis algo? —Timbert sostenía entre sus dedos las identificaciones.

Randy se apresuró a cogerlas. Aceleró, y en pocos segundos dejó atrás el coche patrulla y las dos figuras humanas que los observaban de pie.

—Ha estado cerca —dijo.

Matt necesitaría unos minutos para recuperar el habla y poder pensar con claridad. El comentario de Randy era, sin embargo, condenadamente preciso; habían estado cerca. ¿Y si a ese policía se le hubiera ocurrido hacer una breve requisa en el interior del Honda…? Habría bastado con echar una miradita debajo del asiento de Matt para descubrir suficiente heroína como para que todos a cien metros a la redonda se sintieran diamantes y volaran por el cielo, incluida Lucy.

OceanofPDF.com

Capítulo 8: El último mensaje al mundo de abajo

OceanofPDF.com

1

Jueves, 2 de agosto, 2001

Ciertos secretos están destinados a recorrer su lento camino hacia la superficie. Otros se las arreglan para permanecer en las profundidades…

Por las mañanas, el bosque es un sitio concurrido principalmente por niños. Siguiendo las directivas de sus padres, normalmente eligen agruparse y no sobrepasar el *límite*. Sin embargo, ocasionalmente, dos o tres deciden que desviarse un poco de las reglas no está tan mal después de todo y se alejan del resto para inspeccionar sitios desconocidos.

Mike avanzó entre círculos de niños que se arremolinaban a su lado sin reparar en él; observó los rostros de cada uno de ellos buscando las facciones de Michael Brunell, el niño que había conocido el día de la búsqueda en Union Lake, pero que apenas recordaba.

Pronto se encontró solo, y la soledad le resultó tranquilizadora. De lejos llegaban los gritos de los niños atenuados por el follaje de los pinos, mezclados con los sonidos del bosque: el canto de pájaros, los zumbidos de insectos y el murmullo de las copas de los árboles agitadas por la brisa veraniega.

Mike supo que había encontrado a Michael incluso antes de ver su rostro. Vio al pequeño de espaldas, arrodillado junto a un tronco caído. Se acercó y habló con la mayor suavidad de la que fue capaz, sabiendo que podría asustarlo, cosa que de todas maneras ocurrió.

—Hola, Michael. ¿Te acuerdas de mí?

Cuando Michael se volvió, su rostro palideció de un modo atroz. Retrocedió instintivamente hasta que su espalda se incrustó en un tronco caído. Decir que se asustó sería como afirmar que hubo *ligeros* desperfectos en el despegue del *Challenger*. Un profundo terror se apoderó de él.

—No debería estar aquí… —logró articular.

—No diré nada.

Pero Michael apenas fue consciente de la respuesta del recién llegado. Seguía de rodillas contra el tronco, con las piernas flexionadas en un ángulo peligroso. Entre los dedos de la mano derecha sostenía una lupa pequeña con la que había estado quemando insectos hasta hacía un momento. En otro contexto quizás hubiera hecho el intento de esconderla, pero esta vez no hizo nada.

—Michael, tranquilízate. No he venido a hacerte daño. Soy Mike, el amigo de Ben Green. Algo así como su tío…

Michael no respondió.

—Me recuerdas de Union Lake, ¿verdad? —preguntó Mike.

El niño asintió.

Mike se sintió incapaz de seguir. No había esperado una reacción semejante por parte del niño, lo que llevó a que se preguntara qué había esperado exactamente de ese encuentro. ¿Qué buscaba? Apenas había visto a Michael en Union Lake; había sido tan sólo una silueta cabizbaja detrás del cristal de un coche policial.

Mientras reflexionaba, Michael permanecía en silencio, inmóvil… como si se encontrara frente a un mago que está a punto de cortar a su asistente por la mitad, o hacerla desaparecer.

—¿Qué quiere? —preguntó el niño, armándose de valor.

Mike parpadeó. Una mano imaginaria capturó su mente como si se tratara de un insecto y la devolvió a su sitio. Pensó que había algo en el niño que no terminaba de comprender. ¿Qué era?

De no haber sido por la ayuda de Michael, la policía hubiera tardado días, o incluso semanas, en dar con la bicicleta de Ben; sin embargo, lo había hecho en apenas *unas horas*. Quizás era ésta la razón por la que Mike

había decidido buscar a Michael en primer lugar. Ahora que lo tenía delante, la convicción de que sabía algo más, y que el hallazgo de la bicicleta no había sido casual, se convirtió casi en una certeza.

Mike flexionó las rodillas y permaneció acuclillado.

—No debes sentir miedo —dijo—. Acerca de aquella noche, en Union Lake…

Antes de que pudiera concluir la frase, Michael giró su rostro a un lado. Una gruesa lágrima surcó una de sus mejillas manchada de tierra.

—Na-nadie sabe que… que estuve allí esa noche. Nadie…, se lo aseguro. No se lo he di-dicho a nadie. Nadie.

Mike contuvo la respiración. Hasta donde sabía, el niño dijo haber hallado la bicicleta *ese día*, y no la noche anterior.

—¿No has hablado con tu padre al respecto?

—No.

—¿Qué hacías en Union Lake durante la noche?

Michael mantuvo la vista fija a un lado.

—Mis padres se pelean por la noche. Es fácil desaparecer.

—No diré nada. Será nuestro secreto, como la lupa.

Michael le lanzó una mirada incrédula a la lupa, como si no recordara cómo había llegado a su mano.

El hecho de que Michael hubiera estado la noche de la desaparición de Ben en Union Lake explicaba la razón por la que había hallado la bicicleta con tanta facilidad; sin embargo, en la mirada del niño había otra cosa; sus ojos adquirieron de repente una cualidad vidriosa, de cierta sabiduría. Incluso pareció que una sonrisa se dibujó durante un instante.

—¿Has recordado algo? —preguntó Mike.

—No.

—¿Qué ocurrió esa noche, Michael?

Silencio.

Mike se acercó al niño, le aferró los antebrazos y lo trajo hacia sí. Contrariamente a lo que había esperado, Michael no rompió en llanto, sino que mantuvo la compostura. Esa sonrisa incipiente se dibujaba otra vez en su rostro.

—Michael, es importante que me digas lo que sabes…

Y entonces Michael tuvo una reacción de lo más extraña. Ahora sí, sus labios se curvaron en una franca sonrisa. Sus ojos acuosos mantuvieron la humedad de hacía un momento, pero ahora estaban llenos de júbilo.

—Usted no lo sabe, ¿verdad? —dijo el niño.

—¿No sé qué cosa, Michael?

—No lo sabe…

—Michael, dime qué es lo que debo saber. Puede ser muy importante. Nadie sabrá que has sido tú quien me lo dijo.

—No puedo decírselo.

—No puedes decírmelo porque prometiste no hacerlo, ¿es eso?

La sonrisa se ensanchó.

—Entonces no me lo dirás —dijo Mike—. Lo adivinaré. Se lo prometiste a *Ben*, ¿verdad?

La sonrisa se ensanchó aún más.

—Dios mío. Michael…, la razón por la que hallaste la bicicleta fue porque tú mismo la llevaste allí, ¿no es cierto? Ben te lo pidió y prometiste no revelarlo.

El rostro de Michael se iluminó; recobró el color en las mejillas y sus ojos definitivamente dejaron atrás la tristeza que los había aquejado unos minutos atrás.

Ciertos secretos están destinados a recorrer su lento camino hacia la superficie. Otros se las arreglan para permanecer en las profundidades.

Michael Brunell lo comprendió con apenas nueve años de edad.

OceanofPDF.com

2

La idea de un almuerzo al aire libre fue de Allison, y conforme la exponía en voz alta, su voz adquiría una cadencia acelerada, de ferviente entusiasmo, que dejó a Mike sin aliento. En cuestión de segundos tenían un plan entre manos. La conversación entre ellos se sincronizó como el mecanismo de un reloj, como había ocurrido en The Oysterhouse; cada palabra se entretejía con la del otro como si estuvieran predestinadas a pronunciarse en el preciso momento en que lo hacían. El periódico pronosticaba un día soleado y agradable; podrían improvisar una mesa en el jardín trasero. Allison lo deleitaría con un plato especial y Mike se encargaría del vino y el postre.

Al llegar, Mike le entregó a Allison el vino y un recipiente de helado con solemne concentración, y lo que recibió a cambio fue un beso rápido en esa zona intermedia entre la mejilla y los labios. Mike se limitó a permanecer de pie, observándola desaparecer tras el arco que daba acceso a la cocina, y así permaneció un rato: evocando el modo en que el cabello recogido en una cola de caballo se agitaba al compás de sus caderas.

Mientras Allison daba los últimos toques en la cocina, Mike y Tom se encargaron de trasladar la mesa de plástico y de colocar los utensilios sobre ella. A Mike no le pasó inadvertida la forma en que la mujer los observaba mientras juntos decidían cuál sería la mejor ubicación para la mesa. Mike sugirió colocarla frente a la puerta trasera, donde la sombra cuadrada de la casa de dos pisos los cobijaría, pero Tom le explicó que aquello no duraría

mucho tiempo. Era preferible, aseguró, colocarse en la parte de atrás, bajo el sauce, que les proporcionaría la sombra necesaria durante el almuerzo y más tarde también. Mike estuvo de acuerdo y se puso manos a la obra. Disimuladamente, consultó la decisión con Allison por medio de un gesto a través de la ventana de la cocina, y la respuesta llegó en forma de un círculo formado mediante el índice y el pulgar de su mano derecha.

Tom se encargó de transportar los cubiertos, y Mike, de distribuirlos en la mesa. La comida vino después: tres fuentes de ensaladas y carne al horno con verduras. Mike pocas veces había comido carne tierna como aquélla, o quizás fuera la situación la que contribuyó para que así lo pareciera. No lo sabía. Durante el almuerzo conversaron animadamente; la tarde fue haciéndose menos luminosa y la sombra protectora del sauce se estiró cerniéndose sobre ellos como una garra oscura.

—¿Es cierto que tienes una casa junto a un lago? —dijo Tom. Había permanecido en silencio buena parte del almuerzo.

—Sí, es cierto —respondió Mike. La pregunta que instintivamente acudió a su mente fue cómo era posible que Tom supiera tal cosa, pero la respuesta era sencilla: Ben se lo habría dicho.

Mike les habló de Maggie Mae, la casa en Deph Lake que aún conservaba, y a la que solía acudir de niño, algunas veces incluso en compañía de Robert. Por aquellos días, comentó, ocupaba el tiempo cabalgando, jugando al béisbol o con el único amigo que había hecho en aquel paraje donde los vecinos eran casi todos residentes de verano. Su amigo vivía solo con su madre y juntos hacían de las suyas, como importunar a Crispin Rippman, un anciano de la edad de piedra cuyo hijo se ocupaba actualmente del mantenimiento de las propiedades de la zona, entre ellas la de los Dawson. El relato suscitó un interés inmediato. Mike les dijo que el hombre sufría Alzheimer avanzado y que, si bien en esa época no tenía una noción precisa de lo que provocaba esta enfermedad, ambos sabían que el bueno de Crispin apenas podía recordar un puñado de cosas. Casi no reconocía a su hijo, por ejemplo, y desconocía por completo a su nuera, a quien se refería como *esa mujer entrometida*.

—Teníamos la costumbre de visitar a Crispin en su casa. Era un viejo conversador —explicó Mike a su interesada y reducida audiencia—. Cuando nos presentábamos en el porche de su casa, nos observaba con recelo, entrecerrando los ojos y estudiándonos con cautela. Habíamos aprendido que si guardábamos silencio y manteníamos nuestros rostros serios, Crispin nos hacía pasar a su casa.

El relato prosiguió sin interrupciones. Una vez más, las palabras fluían sin dificultad, y Mike se vio dirigiendo la conversación sin saber hacia dónde la conduciría exactamente; como un pastor que guía a su rebaño sin demasiada prisa, limitándose a echarle un vistazo de vez en cuando, disfrutando del aire libre. Por momentos ni siquiera era consciente de lo que decía. Hablaba de tiempos lejanos, de tiempos buenos, de cómo Crispin Rippman evocaba sus épocas de trabajador en el ferrocarril, a su hermano muerto en la guerra o las nanas que le cantaba su madre.

El anciano tenía una facilidad notable para recordar el pasado. Hablaba con un cigarrillo en la boca y los ojos distantes. A menudo olvidaba su cigarrillo y entonces adivinar cuándo caería la parte carbonizada se transformaba en una diversión adicional para ellos. Mike dudaba de que su interlocutor supiera quiénes eran sus pequeños visitantes, o qué hacían en su casa, pero el Alzheimer hacía que esas preguntas no tuvieran importancia.

—Permanecíamos allí un buen rato. Debo reconocer que más de una vez las historias eran interesantes. Cuando nos marchábamos, nos lanzaba una mirada desdeñosa, pero incluso esa expresión no duraba más que un par de segundos. Nos alejábamos por el sendero hacia mi casa y media hora más tarde simplemente regresábamos…

Mike le preguntó a Tom si sabía lo que era un *déjà vu,* y Tom asintió.

—Pues eso es precisamente lo que sentíamos al regresar a casa de Crispin Rippman —dijo Mike—. El hombre se mostraba sorprendido, como si no nos hubiese visto en su vida. Y esta vez éramos nosotros quienes le pedíamos una historia en particular: la misma que nos había relatado hacía unos minutos. El divertimento consistía en adivinar los detalles de la historia en los momentos clave y ver las reacciones de Rippman.

Tom rió con ganas. Allison le dirigió a Mike una mirada de forzado reproche, pero que inmediatamente se vio contaminada por una sonrisa.

—¿Cómo reaccionaba cuando adivinabais la historia? —preguntó Tom.

Mike inició el relato de una de las historias favoritas de Rippman: la muerte de su perro *Doux*, un pastor inglés de doce años.

Cuando la muerte de *Doux* tuvo lugar, Crispin no era más que un niño de nueve años. Había convivido con su perro desde que tenía uso de razón y, según palabras del propio Rippman, aquélla había sido la primera gran pérdida de su vida; y uno nunca se recupera de la primera gran pérdida.

—Unos días después de la muerte de *Doux,* fruto de una displasia en la cadera, Crispin y su padre se dispusieron a desmontar la caseta del perro. Según su madre, la caseta era un nido de insectos y ocupaba mucho espacio. Según su padre, era algo que debía hacerse. Lo asombroso de la historia fue el descubrimiento que Crispin y su padre efectuaron ese día. A lo largo de los años, el perro se las había arreglado para acopiar objetos en la caseta: un reloj, adornos, una gorra del propio Crispin, un zapato de su madre, una fotografía de su padre y unos cuantos ceniceros. Por alguna razón, había desarrollado una predilección por los ceniceros. *Doux* había resultado ser un verdadero ladrón experimentado.

Mike les dijo que la historia de *Doux* era una de las predilectas de Rippman, y que la misma alcanzaba su momento culminante con la descripción de los artículos sustraídos por el animal.

—Algunas veces dejábamos que Rippman describiera los artículos uno a uno. Otras, simplemente nos adelantábamos y fingíamos adivinarlos. Nos los sabíamos de memoria, y el viejo solía abrir los ojos como platos al oírlos de nuestros labios.

Los tres rieron animadamente con el final de la historia.

Allison se marchó a la cocina poco tiempo después. Mike la sorprendió observándolos a través del cristal de la cocina y advirtió que apartaba la vista cuando él se fijaba en ella. El hecho lo sorprendió al principio, pero tras meditarlo unos segundos comprendió que la partida de Allison había sido deliberada. Algo perturbaba a Tom —resultaba imposible pasarlo por

alto— y por alguna razón los había dejado solos para que hablaran al respecto.

—¿Qué ocurre, Tom? —preguntó. El niño tenía la vista fija en el regazo.

Tom alzó la vista. Respondió rápido, como si hubiera estado esperando que Mike, o alguien, le formulara la pregunta.

—He tenido sueños… Sueños que se repiten.

—¿Acerca de Ben?

—Sí.

—¿Quieres hablarme de ellos?

Tom lo pensó. Si bien había esperado la pregunta, también sabía que había ciertos detalles que prefería no revelar. Si las imágenes de su amigo mutilado eran producto de su mente, era mejor guardárselas para sí. Decidió que podría dar una versión reducida de los sueños, y aun así mantener su esencia. Además sabía que necesitaba hablar con alguien. Lo había intentado con su madre, pero cuando estaba frente a ella se arrepentía y decidía dejarlo para más tarde. Con Mike sería más sencillo, supuso.

—Transcurren en una isla —dijo al fin.

La frase evocó la isla forjada por su imaginación, habitada por seres que no dejaban verse, que alzaban sus lamentos para mezclarlos con el viento frío y susurrante. La isla que escondía formas talladas por la noche y que le deparaba la misma sorpresa que debía descubrir noche tras noche, una y otra vez…

—Siempre en el mismo sitio. La misma isla —siguió diciendo Tom—. Está oscuro… y en el sueño siempre corro. Busco algo, pero también escapo de algo. Lo gracioso es que no sé si prefiero encontrar lo que busco o ser atrapado… Corro sin saber adónde me dirijo. Lo hago durante un buen rato, no sé cuánto. De pronto escucho a Ben. Su voz me llega lejana al principio, y está gritando, pidiendo que lo ayude… Entonces corro más rápido, todo lo rápido que puedo. Quiero acercarme a Ben. Y lo encuentro…, siempre lo encuentro.

—¿Qué sucede cuando lo encuentras?

—Ben… está herido. Escucho su voz procedente de un hoyo en la tierra. Está allí dentro…

—No es necesario que sigas, Tom.

OceanofPDF.com

3

Cuando Matt despertó, sintiendo vestigios de la tensión del encuentro con la policía la noche anterior, supo que ese día las cosas serían diferentes. Su comportamiento durante el encuentro con el agente Timbert había sido sumamente infantil y estúpido. En contraposición con Randy, que había controlado la situación sin inmutarse, él había sido presa de un miedo irracional que lo llevó a temblar como un cachorro mojado ante cada insinuación del policía. Evidentemente debía mejorar en ese aspecto, pero no dudaba de que con el tiempo lo haría. Con esa idea en mente concilió el sueño, y al despertar se sintió renovado y lleno de planes para el día que empezaba.

Primero fue de compras. El cumpleaños de Andrea era la semana próxima, el 12; ella suponía que él no lo recordaba, pero estaba equivocada. Era una suerte que el cumpleaños de Andrea coincidiera con el de su ídolo, Mark Knopfler. Matt no olvidaría nunca en su vida el cumpleaños de ninguno de los integrantes de Dire Straits.

No le resultó difícil conseguir el regalo que buscaba. Tras recorrer un par de tiendas, se decidió por un modelo que consideró apropiado, pagó en efectivo y uno de los empleados lo ayudó a trasladar la caja de cartón hasta el asiento trasero de su Honda. Conforme con su compra, condujo hacia las afueras de Carnival Falls, paradójicamente muy cerca de la gasolinera en la que el día anterior Cinta les había hecho entrega de la droga. A la luz del

día, el incidente junto a la máquina expendedora de refrescos le parecía fruto de un sueño.

Su plan continuó con una visita a Ronald Robins, un deudor crónico de los servicios legales de su padre. Robins tenía un taller mecánico, muchas ex esposas y una deuda creciente con Ted Gerritsen. No sería la primera vez que Matt se aprovechaba de la situación para solicitarle favores.

Robins estaba tendido en el suelo debajo de un Subaru desvencijado cuando oyó los pasos. Preguntó con voz carrasposa quién se acercaba y, al no obtener respuesta, salió mascullando y arrastrándose, encogiendo su estómago hinchado de cerveza. Al asomar su rostro grasiento no pudo esconder su fastidio. Tenía claro que si un Gerritsen lo visitaba no era precisamente para regalarle cupones de descuento.

—Gerritsen, ¿qué tal? Creí que tu día empezaba al mediodía.

—Muy gracioso. Robins, voy a necesitar algo de tu equipo.

Robins resopló al ponerse en pie. Se limpió las manos con un trapo que colgaba de uno de los bolsillos delanteros.

—¿Qué es lo que necesitas? Puedo darle el jodido taller a tu padre, créeme que lo he considerado. —Se rió con desgana.

Matt pensó la respuesta. Sabía que sería más efectivo mencionar que el equipo era para cumplir con un cliente de su padre. Si Robins hablaba con él para verificarlo, podría arreglarlo. Podría decirle a su padre que era para el Honda y que prefirió no ser del todo sincero para ser más persuasivo con Robins. Matt sabía que aquélla era una característica que su padre respetaba; como abogado decía que la persuasión era el motor del éxito en la profesión. A Matt le importaban un rábano la abogacía y las tácticas que la misma traía implícitas, pero prefirió no ignorarlas esta vez.

—Necesitaré la soldadora y la cortadora. Serán sólo tres días. Cuatro a lo sumo. El trabajo es para un cliente de mi padre.

—¡Tres días! Cielos, Gerritsen, ¡son herramientas de trabajo! No puedo.

—Sí puedes. Serán tres días. Si las necesitas, puedo traerlas —mintió Matt.

—Si las necesito… ¡claro que las necesito! Utilizo la soldadora tantas veces como voy a mear. —Mostrando una serie de manchas en su delantal

de trabajo, agregó—: Estas quemaduras no son de los fuegos de Navidad. A veces sueño con las jodidas chispas.

—Robins, no exageres. Puedo llevarme la pequeña. Este cliente es muy importante y mi padre te estará sumamente agradecido. También necesitaré gafas de protección.

Sabiendo que no tenía otra salida, Robins accedió. Le suplicó que en tres días le devolviera el equipo y lo ayudó a cargarlo en el maletero del Honda.

—¿Qué es eso que tienes en el asiento trasero? —preguntó el hombre en tono burlón—. ¿Me lo darás a cambio de mi equipo?

—Es un regalo para mi novia. Gracias por esto. Mi padre te estará sumamente agradecido.

—Piérdete, Gerritsen. Me has arruinado el día.

Matt condujo hacia la casa de la abuela de Randy, conforme con las faenas de la mañana. El vecindario estaba desierto y decidió que no corría riesgos si guardaba el Honda en la entrada para vehículos junto a la furgoneta. Tenía pensado trabajar buena parte del día, hasta la hora de ir a casa de Andrea. Si mantenía un buen ritmo, creía poder terminar el trabajo de acondicionamiento de la caja de la furgoneta en tres días, lo cual constituiría todo un récord. Haría un buen trabajo. Randy se sorprendería con los resultados.

Al mediodía compró algunas provisiones para los días siguientes y las guardó en la nevera. Separó para el almuerzo un trozo de pastel de verduras, un sándwich de pollo y una Pepsi. Comió rápido, sentado junto a una esquina de la mesa de la cocina. Al terminar se dirigió al jardín trasero.

Decidió que primero sería prudente ocuparse del regalo de Andrea, y así lo hizo. Todo marchaba según el plan. Matt no era consciente del detalle, pero era la primera vez en su vida que tenía un plan para *algo*. Era a corto plazo, cierto, pero era un plan. Su vida no flotaba como un globo a merced del viento en la mano de un niño. Un niño que podía soltar el globo de un momento a otro y mandarlo al demonio. Cada punto de su planificación que se concretaba era un indicio más de que alcanzaría su meta.

A la una y media Matt se hallaba tendido en el suelo de cemento, demarcando la chapa cuidadosamente con un grueso lápiz con mina de carbón. Un error pequeño podría corregirse, pero no podría permitirse el lujo de fallar por mucho. Kallman no tendría otra pieza de aquéllas, ni él el tiempo para volver a empezar de cero.

Las dos horas que había establecido para el trabajo se diluyeron delante de sus narices. Durante la primera media hora echaba un vistazo a su reloj de vez en cuando; luego dejó de hacerlo y se sumió obsesivamente en el trabajo. Cuando sonó su móvil, al principio el timbrazo le resultó ajeno; como si se tratara de la alarma de algún coche en la calle. Al décimo timbrazo comprendió que se trataba de su teléfono y que había estado tan abstraído en el corte de la chapa que se había olvidado del mundo. Observó su reloj. ¿Cuánto tiempo había pasado?

Respondió la llamada.

—¿Matt, ocurre algo? —preguntó Randy.

—No, es sólo que… —Matt enmudeció.

—¡Matt!

—Randy, disculpa, es que tengo que ir a casa de Andrea.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿Estabas trabajando?

—Sí.

—Matt… ¿Qué has hecho con la mercancía?

—Está segura.

—¿Pero qué has hecho con ella?

—¿Por qué quieres saberlo?

—No soy precisamente yo quien quiere saberlo.

—No cometeré una tontería, Randy, te lo aseguro.

—Lo sé. Pero debes decirme qué has hecho con ella.

—La he colocado en…

OceanofPDF.com

4

Danna marcó el número de Excerside desde su móvil, y fue la voz monótona de Clarice Wilson la que se hizo audible desde el otro extremo de la línea. *¿En qué podía servirle?* Danna dijo llamarse Patricia Chalmers, ser amiga personal de David Sallinger y necesitar hablar con él. Clarice permaneció en silencio unos segundos, y Danna se permitió añadir que era una amiga de la infancia que hacía años que no lo veía.

Cuando finalmente habló, la muchacha explicó que David Sallinger había dejado de trabajar en Excerside hacía varios meses. Agregó que lo lamentaba, pero que no lo había visto desde entonces. Danna, que había previsto encontrarse con una situación como aquélla, le pidió a Clarice en tono de complicidad que le diera el dato del nuevo empleo de Sallinger. No obtuvo una respuesta inmediata y supo que la muchacha se debatía entre brindarle la información o no. Dejó pasar un par de segundos y explicó que se trataba en cierta forma de una emergencia; sus compañeros de escuela se reunirían la semana próxima, como lo hacían año tras año, y quien conservaba los datos de David los había extraviado. La única referencia que conservaban para dar con él era el nombre del gimnasio, pues lo había proporcionado en la última reunión. En la guía telefónica había suficientes Sallinger para desanimarse antes de empezar la búsqueda, dijo en un último intento por obtener la información que buscaba.

—Trabaja en el centro de belleza Heaven on Earth —dijo Clarice por fin—. Consiguió allí un empleo muy bien pagado y se marchó. —Danna

anotó la dirección y el número de teléfono y le agradeció la información—. ¿Cuál me dijo que era su nombre?

—Patricia Chalmers.

Danna tenía la información que necesitaba. Almorzaría algo rápido e iría a ver a Sallinger. El asunto estaba completamente decidido. La visión de aquellas cartas viejas formando el nombre de su ex amante era suficientemente intensa para saber que llevaría el asunto hasta las últimas consecuencias. Si era necesario volver a ver a Sallinger y revolver el fondo del río para traer a la superficie episodios del pasado, pues entonces lo haría.

El centro comercial estaba atestado de niños; algunos cargaban juguetes de McDonald's y otros, globos con formas de animales. Un payaso con maquillaje lo suficientemente tétrico como para hacer llorar a los más pequeños y arrancar una mirada de desconfianza de los mayores, se ofrecía a hacer uno de aquellos animalejos de plástico a cambio de algunas monedas.

Danna se decidió por Wendy's. Apuró una hamburguesa con la Coca-Cola que pudo rescatar del conglomerado de cubitos de hielo, extrajo su agenda y garabateó formas sin sentido mientras daba cuenta de algunas patatas fritas. Encerró con un círculo el número de teléfono que Clarice le había proporcionado hacía un rato. El bueno de David había demostrado que a la hora de guardar un secreto tenía la boca floja.

Apartó la bandeja y marcó el número de Heaven on Earth, diciéndose que difícilmente podría existir otro centro de belleza con un nombre tan cursi como ése. A unos metros, unos jóvenes que llevaban su bandeja de comida observaban su mesa con avidez, probablemente preguntándose si ella permanecería allí sentada mucho tiempo más.

Seguiré aquí hasta el día del juicio final, gracias.

Respondió a la llamada una muchacha que se identificó como Alice y que le agradeció con tono melodioso y profesional que hubiera llamado a Heaven on Earth. Danna la imaginó con un micrófono adosado al rostro. Reutilizó su alias de Patricia Chalmers y, tras hacer una consulta acerca de los servicios que ofrecía el lugar, debió escuchar un canto gregoriano acerca

de cada tipo de masaje, las bondades de cada uno, y lo fabulosa que era una nueva terapia a base de aceites con propiedades espirituales que estaban ofreciendo con carácter promocional.

Danna dijo que quería algo normal, que la aliviara de los dolores causados por permanecer sentada en su oficina todo el día. Alice le dijo que tenía disponible el horario de las tres y media y a Danna le pareció bien. No tenía forma de saber si Sallinger la recibiría, pero podría averiguar algo acerca de dónde demonios se había metido. Su móvil estaba inhabilitado, y en su casa vivía ahora una muchacha que no conocía a ningún Sallinger. Pero no importaba. Si David Sallinger había tenido algo que ver con el mensaje sobre la cama, entonces ella daría con él.

Seguiría su rastro hasta encontrarlo. Por supuesto que sí.

Le dejó la mesa a los jóvenes impacientes y se marchó.

OceanofPDF.com

5

A las tres y veinticinco Danna estaba frente a la puerta de Heaven on Earth. A través de sus gafas de sol, vio la fachada de estilo campestre: las paredes blancas tenían un acabado rugoso y las molduras eran de madera. A cada lado del acceso había dos macetas con pinos pequeños.

Al entrar se encontró con un diminuto recibidor con jardineras a los lados y una segunda puerta de cristal, también de dos hojas. Al abrirla, la envolvió el aire refrigerado de un recinto alargado y sobredecorado para su gusto. En la parte trasera, media docena de peluqueras trabajaban en las cabelleras de algunas mujeres. El parloteo metálico de las tijeras, sumado a la grave aspiración de uno o dos secadores y a una música de fondo que pretendía ser tranquilizadora, tornaba la atmósfera ligeramente incómoda. Un zumbido electrónico se dejó de oír cuando Danna apoyó la puerta nuevamente en el marco metálico.

En contraposición, Alice (que efectivamente utilizaba un micrófono de esos que se adosan al rostro) la recibió con una sonrisa blanca y tranquila: *Bienvenida al cielo*.

—Soy Patricia Chalmers —se presentó Danna—. Tengo una cita a las tres y media.

Alice asintió y se volvió hacia un ordenador Mac. Le pidió algunos datos que aseguró que serían confidenciales y Danna se los brindó sin rodeos. Le dio la dirección de Rachel, pues era más sencillo que pensar en una, y se inventó un teléfono similar al suyo que podría repetir si era

necesario. Alice se mostró complacida e introdujo los datos en el ordenador mediante un par de dedos poco diestros.

—Ridley estará con usted en un momento —le anunció Alice con su sonrisa de muñeca de cera—. Si es tan amable, señora Chalmers, puede esperarlo en la salita de espera a mi derecha.

Ridley. No Sallinger.

Alice señaló un arco con cortinas rojas. Cuando Danna se disponía a franquearlo, un sonido estruendoso se oyó a su derecha e instintivamente se cubrió el rostro con el antebrazo. Alice también se sobresaltó, pero no parecía aterrada, lo cual hizo que Danna poco a poco retirara el brazo que cubría su rostro. Se sintió desconcertada. Creyó que el estallido había sido causado por el cristal de la puerta al romperse; sin embargo, estaba intacto.

Lo que vio la sorprendió aún más que la imagen mental de la puerta hecha añicos.

Una muchacha de aspecto desaliñado oprimía su rostro contra el cristal. Tenía sus brazos extendidos y las manos abiertas. La palidez de su rostro, en contraposición con su cabello anaranjado, era de por sí llamativa. Respiraba aceleradamente al tiempo que un círculo blanco palpitante se dibujaba sobre el cristal. Alice, ya despojada de su sonrisa de invitación al paraíso, le lanzó una mirada fulminante, pero la muchacha no pareció intimidada. Al observarla con un poco más de detenimiento, Danna reparó en una serie de aros que bordeaban su nariz asemejando un gusano que trepaba por su rostro.

—No la conozco —dijo Alice, como si tuviera obligación de hacerlo—. Es la segunda vez que la veo por aquí. Gracias a Dios que contamos con apertura interior.

Danna no se sintió deseosa de participar de aquella conversación. Dejó atrás a la inusitada visita y a una Alice que procuraba sin demasiado éxito mantener la calma. Atravesó el arco apartando las cortinas hacia los lados y se olvidó del asunto. Tenía sus propios problemas como para ocuparse de los del prójimo.

Se encontró en un salón cuadrado, decorado con imágenes en blanco y negro enmarcadas en sobrios bastidores de color rojo. La música surgía

suave por altavoces en las cuatro esquinas junto a las rejillas de aire acondicionado. El ruido del salón principal era atenuado por las cortinas.

Permaneció en el recinto unos cinco minutos. Sola. Sus ojos recorrieron las imágenes enmarcadas y luego las paredes. Había desviado su atención hacia un corredor angosto situado a su derecha, cuando una figura surgió a través de él. Danna aún llevaba puestas sus gafas de sol y, aunque la iluminación no era precisamente buena, fue suficiente para descubrir a David Sallinger a su lado. Llevaba una bata corta de color blanco, que no lograba disimular su musculatura, y el cabello corto y peinado hacia atrás. Le dirigió una amplia sonrisa.

—Buenos días, señora Chalmers.

Danna advirtió que su tono de voz era ligeramente más chillón que de costumbre. Evidentemente no la había reconocido. *David* avanzó dos pasos y ella se puso en pie. Al hacerlo advirtió una incipiente barba en el mentón. Su sonrisa no era tan amplia como la recordaba.

—¿Se encuentra bien, señora Chalmers?

Danna se quitó las gafas con un movimiento rápido. Allí estaba Sallinger, sólo que sus ojos ya no eran color avellana, sino grises, y una barba poco crecida ensombrecía la barbilla. Un letrero en su bata, por otro lado, indicaba el nombre del recién llegado: *Ridley*.

Danna respondió que sí, que se encontraba perfectamente bien. Ridley era corpulento, pero allí terminaban los puntos en común con David Sallinger. Lo siguió y se internaron en un corredor en cuyo extremo los esperaba un espejo de gran tamaño. Se vieron crecer hasta alcanzarlo.

—Es la segunda puerta a la derecha —anunció Ridley.

La habitación a la que accedieron era ciertamente acogedora. La decoración en las paredes era delicada; molduras rosadas las biselaban y una serie de lámparas suavizaba las sombras. Había estantes con recipientes de cosméticos y un aroma a arándano flotaba en el ambiente. Una música tranquilizadora emergía desde alguna parte.

Ridley le preguntó si aquélla era su primera visita y Danna respondió que sí. Se dijo que debía iniciar una conversación rápidamente si pretendía

obtener alguna información acerca de Sallinger. Ridley se acercó y cogió su bolso.

—Lo colocaré allí —dijo señalando un perchero junto a la puerta. Luego agregó—: En el vestidor encontrará una bata para ponerse. —Señaló la única puerta de la habitación además de la que habían utilizado para entrar.

Danna se encaminó hacia allí, pero se detuvo antes de cruzar el umbral. Echó un vistazo a Ridley por encima del hombro y advirtió que el joven la observaba con las manos en el regazo y balanceando su cuerpo imperceptiblemente. Si bien su aspecto en general era tranquilo, algo en su mirada la inquietó. No supo qué era, pero por un momento se le ocurrió la descabellada idea de que aquel hombre la conocía.

Se introdujo en el vestidor y se quitó la ropa mecánicamente. Dobló las prendas y las colocó en uno de los estantes vacíos. Se puso la bata y evaluó su aspecto en el espejo ovalado de un pequeño lavabo. Mientras abrochaba uno a uno los botones del frente de la bata, estudió su rostro. Por primera vez se dijo que lo que estaba haciendo carecía de sentido, que podía recibir información acerca de Sallinger sin necesidad de pasar por todo aquello. Simplemente era cuestión de preguntar por él; y si esto ponía a Sallinger sobre aviso, lo mismo daba. Tendría que enfrentarse a él tarde o temprano.

Claro que sorprender a David Sallinger y ver su rostro cuando le preguntara acerca del mensaje en su cama tenía su encanto. No podía negarlo.

Salió del vestidor dispuesta a no demorar el interrogatorio que tenía previsto. Encontró a Ridley en la misma posición. Para Danna fue una bendición recostarse en la camilla boca abajo y fijar la vista en el suelo alfombrado. Ridley desató una serie de lacitos y dejó su espalda al descubierto. Las manos de él presionaron con suavidad la parte baja de su espalda y luego treparon por la columna valiéndose de dos pulgares firmes.

—¿Cuántas personas trabajan aquí? —Para Danna fue más sencillo hablar sin mirarlo.

Ridley se tomó un par de segundos para responder, evidentemente sorprendido por el inicio peculiar de aquella conversación.

—¿Se refiere a la totalidad del complejo?

—No. Sólo en lo que usted hace.

—Somos tres —dijo Ridley—. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que un amigo trabajaba aquí hace un tiempo —dijo Danna—. Mientras venía, me preguntaba si aún seguiría haciéndolo.

—¿Cuál es el nombre de su amigo?

—David Sallinger.

Las manos de Ridley se detuvieron.

—¿Lo conoce? —preguntó Danna.

—Sí. Hemos trabajado aquí juntos —dijo Ridley. Sus dedos recobraron poco a poco la movilidad, pero no se desplazaban con la misma presteza que antes.

Un silencio pesado se interpuso entre ellos, pero esta vez fue Ridley quien lo rompió.

—¿De dónde conocía a David?

¿Conocía?

—De la escuela… Por sus comentarios debo suponer que él ya no trabaja aquí.

—Señora Chalmers…

—Sí.

—Lamento ser yo quien se lo diga, pero David Sallinger ha muerto hace poco más de un año.

Un escalofrío recorrió a Danna. Las manos de Ridley se tornaron de hielo. No tuvo reacción alguna durante casi un minuto. Su cabeza se transformó en un pequeño huracán de ideas que se arremolinaban y se mezclaban confusamente. ¿David Sallinger muerto? ¿Cómo era posible que no lo supiera? Se preguntó si existiría la posibilidad de que Ridley estuviera equivocado, aunque sabía que no.

—¿Muerto?

—Sí. Lo lamento.

Si David Sallinger estaba muerto, ¿quién era el responsable del mensaje que había aparecido sobre su cama? Danna se sentía sumamente confundida. Ridley acababa de decir que Sallinger llevaba un año muerto,

lo que significaba que el autor del mensaje debía de haber tomado contacto con él poco tiempo después de que Danna dejó de verlo. Ridley debía de estar equivocado. Sus pensamientos corrían cada vez más deprisa. La muerte de Sallinger, lejos de dar respuestas, originaba más preguntas. ¿Quién esperaría un año para atormentarla con un romance con alguien que estaba muerto?

—Es probable que lo recuerde —dijo Ridley.

—¿A qué se refiere?

—El episodio salió en los periódicos. David fue asesinado en Nueva York. —Otra vez los dedos de Ridley se desplazaban con la misma presteza que al principio.

—¿Asesinado?

—Sí. Un hecho sumamente confuso.

¿Quién querría asesinar a Sallinger?

Danna se sintió atormentada. No había pasado mucho tiempo entre el fin de su relación y el asesinato de Sallinger.

—Estoy sumamente sorprendida —dijo Danna sin faltar a la verdad.

—Todos nos quedamos extrañados. Lamentablemente, no fue mucho lo que pudimos saber, más allá de lo que apareció en los periódicos.

—¿Qué se supo exactamente?

—Un hombre lo atacó en un callejón. Algunos testigos los vieron discutir, y luego el sujeto extrajo un arma y le disparó. La policía llegó al lugar de inmediato, pero David estaba muerto. Nunca se supo nada más.

—Dios mío… —Danna se preguntó cómo era posible que ella no se hubiera enterado del asunto—. ¿Recuerda exactamente cuándo ocurrió?

—Lo recuerdo bien. Mi hijo cumplía años y me encontraba eligiendo un regalo para él cuando me dieron la noticia. Fue el 20 de junio.

Danna repasó rápidamente el año anterior y recordó que a mediados de junio había viajado unos días a Boston con Rachel.

—¿Nunca se supo quién fue el atacante, o si hubo algún motivo?

—No. Siempre creímos que se trató de un robo.

Danna meditó unos segundos acerca de lo que Ridley acababa de decir. La posición horizontal y, ciertamente, los masajes que Ridley le

proporcionaba hicieron que se relajara y pudiera pensar con más claridad. La noticia de la muerte de Sallinger no era algo simple de digerir.

—¿Qué haría David en un sitio así a altas horas de la noche? —preguntó Danna en voz alta, pero se trataba de una pregunta retórica. No esperaba una respuesta, y no la obtuvo.

El resto de la sesión de masaje transcurrió en silencio. Danna se permitió disfrutarlo sin pensar demasiado en el episodio en torno a la muerte de Sallinger, convenciéndose de que ya habría tiempo para eso. Podría revisar los periódicos de aquella fecha, por ejemplo. Sería un buen comienzo para comprender lo que había sucedido. Se marchó de Heaven on Earth consultando su reloj. Recorrió la distancia hasta el coche con presteza, comprendiendo que llevaba un retraso considerable. Ese día tendría lugar la presentación formal del chico Gerritsen y, lejos de sentirse emocionada al respecto, sabía que sería conveniente no llegar tarde.

Apenas Danna se marchó, Ridley Myers hizo una llamada para informar de que una mujer se había presentado haciendo preguntas acerca de Sallinger, tal como le habían anticipado.

—Sí, ha sido tal como me han dicho. Efectivamente. Dice llamarse Patricia Chalmers y ha preguntado por la muerte de Sallinger… Claro que puedo identificarla.

OceanofPDF.com

6

Un arbusto ocultaba parte del muro que delimitaba el jardín trasero de los Gordon. Originalmente había sido una cerca de madera de apenas un metro y medio pero, tras el nacimiento de Tom, Allison creyó necesario reemplazarlo por un muro de casi dos metros y evitar así las continuas visitas de *Oren,* el perro saltarín de Theodore Garrison. *Oren,* un cruce de todos los perros del mundo y un atleta keniano, disfrutaba paseándose por el jardín trasero de los Gordon con su sonrisa triunfal.

Poco después de aumentar la altura del muro, Allison decidió que sería conveniente plantar algunas enredaderas, y fue así como el señor Orisho, un japonés que por aquel entonces se ocupaba del jardín, plantó una enredadera que, aseguró, crecería tan rápido que no podrían dar crédito a ello. Y lo cierto es que tuvo razón. No sólo fue sorprendente la velocidad con que cubrió el muro, sino que, en verano, hermosas flores acampanadas crecían aquí y allá, y el contraste con el verde de las hojas resultaba abrumador.

Mike tomó una de aquellas flores, sin cortarla. Era violeta, tenía forma de altavoz de gramófono antiguo y el centro era amarillo y alargado. El perfume que Mike percibía en ese momento, sin embargo, no era el de la flor (si es que acaso ésta poseía alguno), sino el que Allison había utilizado durante la cena en The Oysterhouse. ¿Lo usaba también ese día o era su imaginación? Probablemente fuera lo segundo, aunque el cuello de Allison estaba muy cerca de él, en primer plano y enfocado, confiriendo el marco

perfecto para la flor violeta que sostenía en su mano. Allison se acercó y posó sus dedos sobre los de él. Ahora ambos sostenían la flor.

Mike se acercó un poco más.

Sus cuerpos se tocaron apenas; la cadera de Allison electrificó la parte alta del muslo de Mike. Definitivamente, tenía que ser su perfume, pensó al tiempo que desviaba la vista al cuello esbelto y desprotegido de ella. La rodeó con un brazo, el izquierdo; lo hizo casi de forma inconsciente y sintió cómo Allison daba un ligero respingo. El brazo la envolvió. Mike no podía verlo (aunque sí imaginarlo), pero ella cerró los ojos y sonrió.

No dijeron nada. Allison sintió la respiración de Mike acariciando su mejilla en ráfagas acompasadas. Soltaron la flor y se mecieron apenas, en silencio, porque aún no había nada que decir que fuera mejor que aquello.

Mike se encontró pensando en la cadena de acontecimientos que lo había arrojado a esa situación, tan grata como inesperada. Algunas horas antes, mientras compraba el helado que comerían tras el almuerzo, su idea del día que tenía por delante era una agradable jornada al aire libre, en la que profundizaría un poco más en su relación con Allison y Tom; en especial con este último, para el que siempre había sido apenas un conocido y que ahora, de buenas a primeras, parecía tener intenciones de hacer *algo* con su madre.

Ahora Tom no estaba con ellos. Había pedido permiso para ir al bosque y Allison se lo dio, no sin antes besarlo en la punta de la nariz, para luego acompañarlo hasta la puerta y darle las recomendaciones que todas las madres prudentes de Carnival Falls repiten a sus hijos cuando éstos se dirigen al bosque. Al regresar al jardín trasero, Allison avanzó de brazos cruzados en dirección a Mike, que seguía allí, observándola.

—Tengo la sensación… —empezó diciendo ella, pero dejó la frase en suspenso.

Mike supo perfectamente que Allison, al igual que él, tenía la sensación de que Tom se había marchado deliberadamente para dejarlos a solas. No obstante, ninguno de los dos reveló lo que pensaba y, al cabo de unos segundos, Allison decidió que lo mejor sería cambiar de tema:

—¿En qué piensas?

El rostro de Mike se nubló. Sabía que debía ser cauto para no preocuparla innecesariamente. Si había consentido que Tom fuera al bosque, había sido porque consideraba que no corría peligro, y porque de ese modo tendría la oportunidad de hablar con Allison con respecto a la charla que había mantenido con él. Quizás era la razón por la que el niño los había dejado a solas.

Mike comenzó relatando su encuentro con Michael Brunell de esa mañana. Lo hizo con la mayor cantidad de detalles que fue capaz de recordar.

La revelación de que Michael había estado en Union Lake la noche de la desaparición de Ben no dejó de sorprender a Allison.

Cuando terminó de hablar, ella lo observaba perpleja.

—¿Crees que Michael Brunell llevó la bicicleta de Ben a la planta de agua?

—No tiene sentido, pero debo reconocer que le creo —aceptó Mike.

Allison se permitió ir un poco más allá.

—Suponiendo que sí lo hizo. Crees que Ben puede estar…

—¿Vivo? —la interrumpió Mike—. No lo creo.

—¿Por qué entonces pedirle algo así a ese niño?

—Resulta lógico que Ben no eligiera a ninguna de sus amistades. Piénsalo; se acercó en el bosque a un niño cualquiera de la escuela; siendo más pequeño, pudo haberlo convencido fácilmente. Quizás hasta le dio algo a cambio.

—¿Por qué haría algo así?

—No lo sé, pero es la única explicación razonable. Tras la desaparición de Ben, Michael debió de haberse sentido aterrado. Créeme…, deberías haber visto su rostro hoy.

—Mike, Ben ha estado aquí muchas veces. Ha jugado en este mismo jardín con Tom durante tardes enteras. Lo conozco. Tú también lo conoces bien…, es difícil aceptar que haya tenido en mente algo como esto.

—Lo sé. Hay algo más que debes saber.

Ambos seguían de pie junto a la enredadera. Allison se apoyaba en el tronco del sauce, y Mike, parado a un metro y medio de ella, alternaba su

peso de una pierna a la otra, apenas consciente de ello. Se acercó y deslizó suavemente una mano por su espalda. Le dijo que sentados podrían hablar más cómodos. Ella asintió y se dejó conducir hacia la mesa, donde se sentaron de nuevo, en silencio.

Mike mantuvo la vista fija en la casa, como si hubiera allí algo que atrajera su atención. Habló en tono bajo; su voz se transformó en apenas un susurro que se mezcló con las esporádicas ráfagas de viento.

—Ben vino a verme la noche en que se marchó de su casa.

Allison escuchó con atención mientras Mike le relataba su encuentro con Ben. Repitió el atormentado relato de los acontecimientos por los que Ben había atravesado aquel día: la visita a Patterson y el siniestro viaje en el Chevrolet de Ralph en compañía de Marcia. Luego le habló del modo en que procuró sacarle las ideas que tenía en la cabeza, en especial las que tenían que ver con Danna.

Mike sintió cómo Allison colocaba una mano sobre la suya.

—¿Dijo algo acerca del lago? —preguntó ella.

—No, no me dijo nada acerca del lago. Sólo que quería marcharse de su casa.

Mike hizo una pausa. Luego bajó la vista hacia la mesa.

—Creía haberlo disuadido de una idea tan absurda —dijo Mike—. Realmente creí haberlo hecho. Lo llevé a su casa. Permanecí una media hora fuera.

—Dios mío.

—Lo observé un buen rato desde la esquina. Ben no salió de la casa mientras estuve allí. —La voz de Mike se quebró—. Evidentemente no fue suficiente.

—Mike, no es culpa tuya. —Allison ejerció presión sobre las manos de él.

—Evidentemente no hice lo suficiente. Ben acudió a mí antes de marcharse. Algo en su interior le dijo que no debía hacerlo y lo impulsó a venir a verme.

—De todas maneras, no comprendo la razón por la que no utilizó su bicicleta para ir al lago, ni por qué hizo que Michael Brunell la llevara allí

más tarde.

—No tiene sentido.

—¿Y si está vivo? ¿Y si no lo hallaron en el lago porque simplemente su cuerpo no está allí?

—Quisiera creer que así son las cosas, pero Ben no las llevaría a este extremo.

Allison reflexionó.

—Mike.

—¿Sí?

—¿Y si Ben ha planeado todo esto? ¿Si acudió a ti como parte de un… *plan?*

Mike no lo había pensado. Enarcó las cejas.

—No parecía estar fingiendo —dijo Mike—. Además, Robert me confirmó los acontecimientos de ese día.

—No digo que no hayan sido ciertos. Quizás sí se sentía furioso con Danna. Puede que incluso hasta el punto de querer marcharse. ¿Pero qué tal si decidió *fingir* que se marchaba?

Mike observó a Allison. Debía reconocer que lo que decía no era descabellado.

—En tal caso —dijo Mike—, es sencillo explicar la razón por la que Michael Brunell se encargó de llevar la bicicleta a la planta abandonada.

—Piénsalo. Explicaría el hallazgo de la bicicleta, sus pertenencias junto a la tubería…

Mike por primera vez se permitió analizar la idea otorgándole cierto crédito.

—Tienes razón.

—Se me ha erizado la piel.

Las sombras se habían alargado. El cielo era una lámina desteñida veteada de rojos y anaranjados. La temperatura había bajado unos tres grados, pero seguía haciendo calor. La mesa estaba vacía, salvo por las cuatro piedras en los extremos que Tom había dispuesto para mantener el mantel en su sitio. Mike meditaba en silencio. Una idea pugnaba por salir.

La casa los observaba paciente, con atentos ojos cuadrados y una boca negra y rectangular.

Una idea.

Allison se dirigió a la casa. Hizo su aparición en la mejilla transparente del rostro gigante. Mientras Mike la veía desplazándose por la cocina, echándole un vistazo de cuando en cuando, tamborileó los dedos sobre el mantel. Cambió de posición un par de veces, incómodo.

Allison salió de las fauces de la casa al cabo de un rato. Llevaba una bandeja con dos vasos de té helado. Le entregó uno a Mike y colocó el otro delante de ella.

—¿En qué estas pensando? —indagó.

—En todo esto. ¡Han pasado casi diez días! Me niego a creer que Ben haya sido capaz de llevar las cosas hasta ese extremo. Su familia está preocupada, todos lo estamos. Ben no es así.

—Estoy de acuerdo en que Ben no es la clase de niño que haría una cosa así. Realmente no sé qué pensar. Quiero a Ben como a mi propio hijo, quizás no es más que el deseo de que nada malo le haya ocurrido.

—Todo esto resulta descabellado.

Allison dio un pequeño sorbo a su té. Sin poder contenerse más, hizo la pregunta que la estaba hostigando desde hacía rato. Más tarde podrían volver a hablar de Ben.

—¿Tom te ha hablado de sus sueños, verdad?

—Sí. Me ha dicho que transcurren en una isla. Ben lo llama desde algún sitio, y él lo busca. Cuando lo encuentra, Ben está herido; y es allí cuando normalmente despierta. No soy psicólogo ni mucho menos, pero a mí me resulta un sueño razonable teniendo en cuenta por lo que está pasando.

—Supongo que tienes razón. Se están espaciando en el tiempo, lo cual me tranquiliza.

Ambos sorbieron un poco más de té.

—¿Qué haremos con lo que sabemos? —preguntó Allison—. Los Green tienen derecho a estar enterados. Yo puedo hablar con Harrison al respecto; quizás debería reanudarse la búsqueda.

—No lo sé. Quisiera pensarlo un poco.

—Me parece bien. —Allison terminó su té.

—Sé lo que estás pensando —dijo Mike, haciendo lo propio con el suyo —. Si fuera Tom en lugar de Ben, te gustaría estar al tanto de todo.

Allison asintió.

—Déjame darle vueltas al asunto hasta mañana —pidió Mike—. Conozco a Robert desde que era un niño; su amistad es lo más parecido a tener un hermano que alguien que no lo tiene puede sentir. Créeme que quiero lo mejor para él… No me gustaría crearle falsas expectativas.

—Estoy de acuerdo contigo en lo delicado del asunto. No conviene precipitarse.

OceanofPDF.com

7

Cuando vio a Matt en el umbral de la puerta, no pudo más que pensar en el gesto de su novio.

—¿Eso es para mí? —preguntó Andrea sin poder apartar la vista de la caja de cartón.

—Claro que sí.

Andrea lo besó.

¡Un equipo de música para ella sola!

Matt cargó con la caja y la depositó junto a la mesa. Robert se acercó y ambos se estrecharon las manos. Matt le dedicó su sonrisa marca registrada, mientras Andrea le explicaba a su padre que se trataba de su regalo de cumpleaños.

—Es un regalo caro, Matt —se limitó a decir Robert.

—El gerente de la tienda es amigo de mi padre —explicó él—. Me ha hecho un buen descuento. Debí haber esperado al día de su cumpleaños para entregárselo, pero la ansiedad ha sido más fuerte.

—¡No veo la hora de tenerlo en mi habitación!

—¿Quieres que lo instalemos ahora? No le molestaría, ¿verdad, señor Green? Serán sólo unos minutos.

—No me molesta en absoluto.

Matt siguió con su papel de Alex P. Keaton y asintió, sin desarticular su sonrisa *Foxiana*. Ambos se dirigieron a la habitación.

—Matt, es el regalo más fantástico que he recibido. Gracias.

(Andrea Green no tenía manera de saber que en el interior de los altavoces de su flamante equipo de música había cuatro kilos de heroína).

Instalar el artefacto no les llevó más que unos minutos. Matt se encargó de sacar el cuerpo principal de la caja y de colocar los *pesados* altavoces uno a cada lado; luego los conectó mediante los cables correspondientes, que venían cuidadosamente envueltos en unas bolsitas de plástico. Andrea rebuscó en la caja y extrajo el manual de instalación junto con el mando a distancia.

—Listo —anunció Matt, al tiempo que una serie de luces se encendían en el frente.

Andrea tomó un disco de su colección: *By Request*, de Boyzone. Lo colocó en la bandeja con capacidad para tres discos y presionó la tecla de reproducción del mando. Una canción pegadiza que Matt no reconoció inundó la habitación. Andrea sonrió, al tiempo que subía el volumen al máximo, experimentando las potentes vibraciones del aire cercano a los altavoces.

Matt se preguntó, con un dejo de gracia, si semejante cosa no afectaría a sustancias como la heroína.

Poco tiempo después interrumpieron a Ronan Keating y regresaron a la sala para unirse a Robert. Andrea llevó la caja de cartón con intención de dejarla en el garaje antes de la llegada de Danna, cosa que no tardaría en olvidar. Ofreció café, y tanto Robert como Matt aceptaron.

Mientras tomaba su café, Matt alternó su atención entre la conversación con Robert y la droga en el interior del equipo de música de su novia. Los Yankees habían perdido dos partidos consecutivos con Seattle, diez contra dos en el último, una verdadera paliza, sí señor, pero tanto Robert como Matt estuvieron de acuerdo en que los dos equipos se volverían a ver las caras en la final de la Championship Series. Ambos confiaban en que los Yankees invertirían los papeles con los Mariners. Además, la droga estaría segura en donde estaba; sería imposible que alguien diera con ella, y más aún, que la relacionaran con él. Era difícil que teniendo un bateador como Jeter no alcanzaran las World Series ese año, aunque era cierto que Derek Jeter no era el mismo de hacía un par de temporadas. Con respecto al

momento en que necesitara la droga, había pensado detenidamente el asunto y había llegado a la conclusión de que tenía suficientes alternativas como para no considerar este punto un riesgo. Visitaría a Andrea cuando quisiera y aprovecharía cualquier situación en la que estuviera solo para recuperar la droga…, mientras ella iba al baño, por ejemplo. Si no se presentaba una situación como ésa, podría provocar una pelea y pedirle que le devolviera el regalo, aunque esto constituía un caso extremo al que no creía que fuera necesario llegar. Lo más sensato sería simplemente simular una avería en el aparato (un corte en alguno de los cables bastaría) y llevar los altavoces a su casa para revisarlos. Sería sencillo.

Matt había pensado que una hora de visita a casa de los Green sería suficiente, pero la madre de Andrea no había regresado y no se atrevía a preguntar la razón. ¿Cuál era su nombre? Hizo un primer rastreo en su cabeza sin éxito; se dijo que con llamarla señora Green sería suficiente, y probablemente eso sería lo correcto en cualquier caso. Matt no la conocía, pero sabía que Andrea no tenía una buena relación con ella.

La realidad es que comenzó a sentirse ansioso y con deseos de marcharse apenas media hora después de haber llegado. Tenía cosas que hacer, por no mencionar el cansancio que lo aquejaba. A esto se sumaba que Robert Green parecía haber leído el manual de las *Conversaciones Típicas con Yernos* y con metódica destreza estaba llevando al pie de la letra las recomendaciones del capítulo uno, el que versaba lógicamente sobre «La primera conversación con su yerno». A la charla deportiva siguió un cuestionario camuflado acerca de los intereses académicos de Matt, que dijo sentirse inclinado por la tradición familiar por el derecho, pero que sentía que su verdadera vocación era la medicina. Robert sonrió, e hizo un comentario del manual, evidenciando un buen entendimiento del texto.

¿Es la primera vez que pone en práctica una de nuestras lecciones, señor Green? ¿De veras? ¡Sobresaliente!; pero no pierda de vista que su yerno parece no decirle la verdad. Parecería que un acercamiento suyo a la medicina o el derecho son tan probables como que usted se toque la nuca con el pito.

—¿Has pensado en alguna universidad, Matt?

Matt lo único que tenía claro respecto a las universidades era que no iba a ir a ninguna. Para responder a la pregunta, se tomó unos segundos en los que incluso Andrea, que los observaba sin participar de la conversación, se mostró disconforme con la pregunta de su padre. Matt ocultó sus emociones tras su hilera reluciente de dientes y respondió que Dartmouth podría ser una alternativa interesante, en especial teniendo en cuenta los cursos de medicina que se dictaban allí. Robert se mostró gratamente sorprendido, aunque Matt podría haber dicho Princeton o cualquier otra, lo mismo hubiera sido. Al ver sus calificaciones, en ambas universidades pensarían que su solicitud era la obra de algún bromista con tiempo para perder en rellenar formularios.

Matt bebió el último sorbo de su segunda taza de café y se preguntó qué diría el manual de las *Conversaciones Típicas con Yernos* una vez agotados el deporte y la formación educativa.

¿Ya se la has metido por el culo a mi hija, Matt?

Robert se dispuso a decir algo, pero un sonido procedente de la puerta de la calle lo silenció.

Llaves.

Andrea, que regresaba de la cocina en ese momento, pareció contener la respiración. Vio la caja de cartón aún en el suelo y luego alzó la vista justo a tiempo para observar la puerta de la calle abriéndose.

Danna.

OceanofPDF.com

8

Eran más de las cinco cuando Danna llegó a casa.

—¿Qué es eso? —preguntó mientras colocaba las llaves en el soporte junto a la puerta.

Todos desviaron la atención hacia la caja de cartón, ahora vacía.

—Matt me lo ha regalado —dijo Andrea, sabiendo que lo que vendría a continuación no sería sencillo.

Un rato antes, cuando Andrea vio a Matt de pie en el umbral de la puerta junto a la caja de cartón, tuvo dos pensamientos sucesivos: el primero respecto al gesto que su novio estaba teniendo con ella y el segundo, lo que Danna diría al respecto. Su *Sistema de Emulación de Danna* lanzó al instante una llamada de atención y una serie de luces de alerta se encendieron dentro de su cabeza. Con el tiempo había logrado predecir a su madre en diversas situaciones, aun en cosas irracionales, como el hecho de molestarse si su novio le hacía un regalo costoso.

¿Qué razones podía tener ella para molestarse?

No importaba. Siempre se las arreglaba para encontrar alguna.

Afortunadamente, el tiempo no sólo le había enseñado a adelantarse a ciertas reacciones de ella, sino también a lograr que le importaran un rábano. Cuando vio la caja de cartón del equipo de música con el rótulo de SONY, mandó al cuerno el parlamento que su cerebro formuló con la voz computarizada de Danna. Más tarde, cuando su madre inició su exposición acerca de *Los perjuicios ocasionados por los regalos caros de los novios*

(en especial en las primeras etapas de la relación) la dejaría hablar como lo hacía últimamente, limitándose a observarla como a alguien que ha perdido el juicio. Y eso sería todo.

Matt, ajeno a la tensión que su regalo había causado entre los tres integrantes de la familia, y que se reflejaba en las miradas esquivas de unos y desafiantes de otros, tenía sus propias cuestiones que asimilar.

¿Ésa era Danna Green?

Torció el cuello en un ángulo peligroso para observarla mejor. La figura femenina con la que se encontró era lo suficientemente diferente a lo que esperaba como para hacer un esfuerzo por enderezarse, pero una punzada de dolor le indicó que su cuello había llegado al límite de lo que podía ofrecer. *Un poco más y vas directo al hospital con rotura de cuello…, tú decides, amigo.* Para empezar, el físico de Danna era el de una mujer de veinticinco años, treinta a lo sumo. Generar una imagen mental de la madre de Andrea no había sido algo que le pareciese importante, pero supuso que su cerebro lo había hecho de todos modos… y definitivamente la mujer que tenía delante no coincidía en nada con aquélla. Se puso en pie; no quería permanecer mucho tiempo en aquella posición. Irguió sus piernas al tiempo que giraba el torso para levantarse, y lo hizo con tanto ímpetu que por un momento creyó que iría a dar de cabeza contra la pared, o peor aún, de lleno en el estómago de Danna.

OceanofPDF.com

9

Esa noche, Mike se sentó en la cama de golpe, como si despertara de una pesadilla. Sólo que él no se había dormido. Respiraba agitado.

No encendió la lámpara de su mesilla de noche. No hacía falta. El resplandor lunar que se filtraba por las ventanas alargadas del pasillo era suficiente para que pudiera advertir que seguía en su habitación, en el número 124 de la calle Park. A un lado vio la silla en la que descansaba la ropa del día, más allá una pequeña estantería, la cómoda baja, un espejo rectangular…

Recuperó lentamente la posición horizontal. Hundió la cabeza en la almohada y entrelazó sus manos sobre el pecho por encima de la sábana. Mantuvo los ojos abiertos, fijos en el techo.

Esa tarde, hablando con Allison del incidente con Michael Brunell, había experimentado una sensación que no había podido explicar.

Ahora podía.

Había percibido que sabía algo más respecto a todo el asunto. Algo que se le escapaba. Lo extraño era que sentía que lo tenía delante de sus narices; lo suficientemente cerca como para atraparlo de un manotazo. El principal escollo para desenmarañar qué lo aquejaba como un aguijón clavado en un sitio molesto era saber que no se trataba de una sola cosa. Eran dos. Esa noche, mientras recorría el límite entre la vigilia y el sueño, las dos piezas se unieron frente a él, provocando que se irguiera en la cama del modo violento en que lo había hecho. Las piezas hicieron un clic al encajar, y tan

pronto como las vio juntas, supo que podían no significar gran cosa en realidad, pero sintió alivio al desembarazarse de esa sensación perturbadora que lo había aquejado desde la tarde.

La primera pieza tenía que ver con la desaparición de Robert cuando era pequeño. No había pensado en eso en los últimos días, pero sí recordaba la conversación con su amigo en el porche de su casa. ¿Cuándo había sido? Creía que el día antes de iniciar la búsqueda de Ben. Robert se había mostrado sorprendido porque no recordaba el asunto, lo que en aquel momento le había llamado la atención.

¿Podía tener alguna relación la ausencia temporal de Robert en su infancia con la desaparición de Ben? Resultaba llamativo que tanto Robert como Ben hubiesen sentido la misma necesidad de marcharse de casa a la misma edad. Y no menos llamativo resultaba el hecho de que Robert no recordara nada de aquel episodio.

Pero hasta ahí no era mucho lo que tenía; sólo una conexión traída de los pelos. La primera pieza no era de gran ayuda en sí misma.

La segunda pieza, en cambio, tenía que ver con algo que Allison le había dicho durante la cena en The Oysterhouse. Ella había mencionado las cintas de la sesión de hipnosis de Robert en el caso del secuestro de Lisa Carlson. Allison no las había escuchado en detalle; sin embargo, durante la cena mencionó que Robert se había negado a hablar del caso de la niña y que en su lugar se había remontado a un episodio del pasado.

¿Y si ese episodio estaba relacionado con sus deseos de marcharse de casa? Mike sabía que la infancia de Robert no había sido precisamente placentera, siempre habían hablado al respecto; no había secretos entre ellos. Sin embargo, nunca habían hablado de aquel día: el de la desaparición. ¡Robert ni siquiera parecía recordarlo! ¿Acaso no era lógico suponer que un hecho traumático como éste pudiera aflorar precisamente en la sesión de hipnosis?

Mike suponía que sí.

Decidió que hablaría con Allison al día siguiente. Si existía la posibilidad de escuchar esas cintas, lo haría. No la comprometería; le diría que lo hiciera ella si era necesario, que tomara algunas notas y nada más.

Se sintió conforme, pero aun así, intranquilo. No se volvió en dirección a su mesilla, pero de haberlo hecho se hubiera encontrado con un luminoso número uno separado de dos ceros mediante dos puntos parpadeantes.

Cerró los ojos.

Se deslizó hacia la inconsciencia sin reparos. Para hacer el proceso más ameno, su mente organizó una miniproyección en la concavidad interna de sus párpados. Añadió sonido y transmitió a sus centros nerviosos la información necesaria para que la función fuera perfecta.

En la película más diminuta del mundo, Mike rodeaba a Allison con el brazo. El Mike semidormido podía sentir la tela deslizándose bajo su mano, suave y delgada, y la redondez apenas perceptible del abdomen de ella subiendo y bajando al ritmo de su respiración, ondulante como la marea: un cordón húmedo que bañaba la costa de una playa desierta para retirarse luego, marcando el tiempo.

Allison deja caer la cabeza hacia un lado, allí donde el pecho de Mike, una cabeza más alto que ella, forma una hendidura con el nacimiento de su brazo, y un apoyo naturalmente perfecto. Mike piensa que por primera vez en mucho tiempo está en el lugar preciso: la playa desierta, donde todo es perfecto, y el sol, una bola anaranjada, que cae hacia un horizonte receptivo.

—Gracias —dice ella.

Mike no comprende, porque es él quien se siente agradecido, aunque no sabe cómo responder. Procura pensar algo que decir, pero ya es tarde; los actores no hacen caso a los espectadores que gritan desde sus butacas; y él es un espectador adormecido. La película sigue su curso, un fotograma tras otro, sucediéndose sin remedio. La siguiente escena muestra a Allison despegándose de Mike, girando hacia la derecha y entonces él, aunque quiere tenerla así para siempre, disminuye la presión sobre su cuerpo. Allison, en efecto, gira, se desliza, acelerándose fotograma tras fotograma, separando su cabeza del cuerpo de él y volviéndola para mirarlo a los ojos. Sus cuerpos se juntan. Sol y horizonte. Uno escondiendo al otro. Se observan, y por un instante permanecen quietos, como en un cuadro… Es el momento en que ambos saben. Mike entrelaza sus brazos por detrás del

cuerpo frágil de Allison, temiendo dañarlo si lo hace con demasiada fuerza. Ella rodea su cuello. Dicen algo, pero es apenas un susurro que sólo ellos entienden. Sonríen. Sus rostros se acercan. Cierran los ojos. La oscuridad es bienvenida; los últimos jirones de luz se desintegran al tiempo que una línea de sol se derrite en el mar negro. Con la oscuridad viene el silencio efervescente del mar, inundándolo todo con sus lenguas húmedas.

Mike no se atreve a abrir los ojos. Piensa que si lo hace se va a encontrar en su habitación, la misma que lo despide cada noche, solo. No quiere descubrir que la presión suave sobre sus labios pueda ser fruto de algún estado neuronal. No quiere dejar de oír la música humedecida del mar. No quiere dejar de sentir la respiración de Allison sobre la suya. No quiere aislarse de su perfume, de sus manos largas hundiéndose en su cabello. No quiere.

Prefiere mecerse en la oscuridad, como le ocurre al mar cada noche. Como el Mike que descansa, sonriente, hasta que el sueño lo devora y una noche turbulenta se apodera de él.

Una noche en la que despierta más de una vez, confundido.

OceanofPDF.com

10

Era de noche, y a Benjamin le agradaba la noche. No sabía la hora exacta, pero tampoco le interesaba. Estaba de rodillas sobre la madera del desván, inclinado sobre una hoja de papel del bloc de notas que se había llevado del garaje. Los renglones eran las cuerdas vivas de una guitarra, vibrando en el mundo saturado de colores chillones que se extendía ahora ante sus ojos. En su mano derecha sostenía el lápiz negro.

Escribió el mensaje con rapidez, trazando grandes letras redondeadas. Cuando terminó, dobló la hoja por el medio y la contempló. *El último mensaje al mundo de abajo*. El círculo de sufrimiento estaba a punto de cerrarse.

Unos segundos después, abandonaba el desván. Aterrizó en el lavabo con admirable destreza. Empuñó el cuchillo en su mano derecha y dio el salto final hasta el frío embaldosado del suelo del baño en un par de segundos. Esta vez no consideró necesario dar al niño ningún mensaje de advertencia frente al espejo. En primer lugar, creía haber dado a su huésped suficientes muestras de lo que era capaz de hacer; y en segundo, el cabroncete estaba lo suficientemente débil para no intentar nada. Sabía que así era.

La puerta estaba entreabierta. Se escabulló por el espacio entre ésta y el marco y fue recibido por el largo pasillo adormecido. La casa reposaba en silencio, interrumpido únicamente por un concierto de grillos fuera y los ronquidos cortos de Robert en su habitación. Benjamin avanzó por el

pasillo. Al llegar a la habitación de Andrea, abrió la puerta despacio, accionando el picaporte y arrastrándola hasta sentir que los goznes se quejaban. Atravesó el umbral lentamente. Andrea dormía. Estaba destapada, vuelta de costado y con los brazos y piernas extendidos. En aquella postura se asemejaba a una figura egipcia.

Soñaba.

Benjamin se paseó con desparpajo por la habitación. En el escritorio vio el equipo de música regalo de Matt, y pensó que era probable que Andrea estuviera soñando con el bendito aparato en ese momento. Regresó a la cama y contempló la silueta desarticulada e inmóvil, como si se tratara de un cadáver. Benjamin acercó su rostro al cuerpo de Andrea, cerró los ojos, aunque lo mismo daba; olfateó y se dejó impregnar por el perfume de su piel. Retrocedió, sin quitarle los ojos de encima, e imaginando que Andrea sí estaba muerta, que no era sólo una ilusión creada por su inmutabilidad mientras dormía. Estaba muerta porque él la había matado. Le había clavado el cuchillo en el estómago media docena de veces y ella había caído allí, en su cama, en aquella ridícula postura egipcia.

Benjamin siguió retrocediendo, deleitándose con su ilusión y con la idea de que pronto no sería tal cosa, sino algo real. Se topó con una silla en la que descansaba un considerable montón de ropa. Encima de todo, como el cadáver blanquecino y descompuesto de un roedor, estaba su sujetador. Lo agarró con la punta de los dedos y lo sostuvo frente a sí.

A la putita le gustaba dormirse sin nada más que su camisón.

Pensó en conservar aquella prenda; no es que a él le interesara, pero supuso que sería divertido ver la cara de Robert al despertar y descubrirse el sujetador de su hija en las pelotas.

Lo devolvió a su sitio, depositándolo con asco, como si en efecto se tratara de un roedor muerto.

Observó la hoja de papel que asomaba del elástico del calzoncillo. Extrajo el mensaje e hizo lo que tenía planificado.

Se disponía a salir de la habitación cuando Andrea se movió en la cama y cambió de postura. Benjamin esperó a que estuviera quieta de nuevo y caminó hacia la puerta, un tanto frustrado.

Una vez en el pasillo, miró en ambas direcciones: la conocida, que lo llevaría al baño y luego al desván, y la otra, la que marcaba el camino hacia su libertad. Avanzó hacia esta última, aun sabiendo que no era el momento de hacerlo. No había llegado hasta aquí para echarlo todo a perder. No era estúpido. Pero ¿qué había de malo en ir un *poco* más allá? Quizás eso aceleraría las cosas; era un camino intransitado por él. Además, desafiaría al niño. Empuñaba el cuchillo con fuerza, blandiéndolo en círculos. Al mínimo intento de hacer lo que no debía, se lo clavaría en el cuerpo sin dudarlo. Atravesaría uno de sus muslos sin miramientos. Se encargaría, además, de tener los ojos fijos en el sitio en que la hoja metálica atravesara su carne; el dolor de la penetración sería acompañado por una bonita postal en colores para el niño. De Benjamin, con afecto.

Al llegar al final del pasillo se detuvo, como si éste constituyera un límite peligroso o el comedor de los Green fuera un campo minado. Dio un paso y luego otro. Se dirigió a la cocina, vagó por ella arrastrando los pies, deslizando la punta del cuchillo por la nevera y por el fregadero. Los cromados de los grifos le disparaban. La versión nocturna de la cocina temblaba en sus retinas como si se tratara de la imagen defectuosa de una mala copia de vídeo.

Regresó al comedor. Había llegado más lejos que en ninguna otra ocasión y, sin embargo, no había experimentado síntomas de debilidad. Se detuvo junto a una serie de fotografías dispuestas en la pared, justo frente al pasillo que servía de acceso a las habitaciones. Allí estaban Danna y Robert, más jóvenes y más sonrientes, cada uno en su correspondiente mundo bidimensional. En otro, Andrea, apenas una niña, andaba en su triciclo; y en el siguiente, también Andrea, pero esta vez con Ben: ella estaba disfrazada de la Mujer Maravilla y él era un crío que le llegaba a la cintura. Sostenía una espada de plástico, inmóvil en un grito eterno.

Benjamin observó las fotografías, y mientras lo hacía supo que el niño estaba sintiendo algo en un ojo…, un dolor.

No. No era dolor, ¿qué era?

Bajó la vista justo a tiempo para ver que una lágrima solitaria caía sobre la hoja del cuchillo.

OceanofPDF.com

Capítulo 9: La reina de corazones

OceanofPDF.com

1

Viernes, 3 de agosto, 2001

Tenemos que hablar. —Danna entró en la habitación de su hija sin anunciarse.

—¿De qué? —Andrea estaba sentada en el centro de la cama. Su atención estaba puesta en la revista que sostenía en el regazo.

—Ya sabes de qué…

Y en efecto Andrea lo sabía, sólo que no estaba dispuesta a reconocerlo.

—Mamá, no sé de qué quieres hablarme. ¿Por qué no me lo dices y nos ahorramos las adivinanzas?

Danna se apoyó en el escritorio y esperó. Andrea no la miraba; fingía leer algún artículo de la revista. Tras unos cuantos segundos de incómodo silencio, Danna embistió en dirección a la cama y arrancó la revista de las manos de su hija, que dio un respingo. La lanzó a un rincón, donde una mano invisible pasó algunas páginas.

—Primero, préstame atención cuando te hablo, jovencita. —Danna hizo una pausa desafiante—. Sabes exactamente a lo que me refiero; y si pensabas que no iba a hablar de eso contigo, te has equivocado. Quiero una explicación, y la quiero ahora mismo.

—No sé a qué te refieres.

Danna extrajo de su bolsillo la carta de Marty el conejo que había sobrevivido al incendio de sus compañeras. Extendió la carta de manera que

Andrea pudiera verla, y sosteniéndola con dos dedos la deslizó sobre el equipo de música regalo de Matt Gerritsen.

—A esto me refiero.

Andrea la observó con incredulidad.

—No creí que aceptar un regalo de mi novio pudiera originar esta escena digna de Shakespeare.

Danna devolvió con disimulo la carta de Marty al bolsillo trasero. Andrea la había visto, estaba segura; sin embargo su expresión no había sido de sorpresa. ¿Estaría fingiendo?

Creía que no.

—¿No crees que aceptarlo ha sido un error? —preguntó

Danna.

—No veo qué tiene de malo.

—Quiero que lo devuelvas. Y es una orden.

—No voy a devolverlo. —Andrea no salía de su asombro. Incluso tratándose de su madre la reacción era excesiva—. ¿Por qué habría de devolver un regalo?

—¿Te parece la historia de Diana Gerritsen una buena razón?

Ahí estaba, claro que sí. La mierda tarde o temprano flota…

A fin de cuentas todo se reducía a Diana Gerritsen.

—Me muero por escuchar la historia —la desafió Andrea.

—No voy a repetir lo que *todo el mundo sabe*. No es la primera mujer que se convierte en un caso perdido, ni será la última. En el accidente en que casi se mata, conduciendo a más de cien para terminar incrustada en un árbol, la policía encontró suficiente alcohol en el coche como para abastecerla si daba la vuelta al mundo. De no ser por algún regalo de Ted Gerritsen al juez, la mujer estaría en la cárcel.

—Está bien, mamá, no te agrada la madre de Matt, seguramente tampoco el padre de Matt…, probablemente ni te agrade el propio Matt. ¿Sabes una cosa? No me sorprende.

—Es cierto, no me agrada Diana Gerritsen, ni su marido. No me agradan en absoluto.

—Y supongo que por herencia tampoco su hijo.

—Andrea…, es lógico que a tu edad no lo entiendas. El dinero de Ted Gerritsen ha sido el único sustento de esa familia. La verdad, siento pena por los hijos, en especial por las niñas…

Una de las cosas que más irritaban a Andrea era que su madre le dijera que a su edad no era capaz de entender ciertas cosas; cuando esa frase aparecía entre ellas, ya no quedaba margen para razonar.

—Mamá, concluyamos aquí esta conversación. La verdad, no me interesa lo que tengas que decirme.

—Pues tendrás que oírme de todos modos. No voy a dejar que las maniobras Gerritsen entren en esta casa. Ese jovencito ha visto toda su vida cómo su padre tapaba los problemas familiares con dinero. No me resulta extraño que crea que ésa es la mejor manera de empezar una relación. ¿Cuánto ha gastado en esto? ¿Trescientos? ¿Cuatrocientos dólares? ¿Qué deja para el primer aniversario?, ¿el piano original de Elton John? Aunque no lo creas, Andrea, hay cosas detrás de este regalo. No importa que las veas o no. Así funciona el mundo de Ted Gerritsen, y es la lección que evidentemente ha aprendido su hijo.

Andrea aplaudía.

—Bravo —dijo una y otra vez.

—Quiero que lo devuelvas —dijo Danna, ignorando la reacción—. Te he explicado el porqué, y no quiero ser más explícita en ciertos aspectos. Supongo que *sí* eres lo suficientemente mayor como para entender a qué me refiero.

—No voy a devolver un regalo porque a *ti* no te gusta el padre de Matt o su madre. Es sólo un regalo. *NO–VOY–A–DEVOLVERLO*.

—Sí lo harás.

—¡NO!

Andrea seguía en su cama. Sus piernas formaban un cómodo cuatro sobre el que permaneció sentada. De pronto Danna se separó del escritorio, impulsándose con sus manos, y agarró uno de los altavoces del equipo de música. Tiró de él con fuerza, originando que el cable en el extremo se desprendiera, y lo dejó caer sobre la alfombra produciendo un apagado *¡plonk!*

Poco faltó para que el altavoz se partiera por la mitad.

—¡Mamá!

Esta vez Andrea se puso en pie y se lanzó en dirección a Danna. De haber tenido tiempo suficiente para pensar lo que hacía, no lo hubiera hecho, pero no lo tuvo. Su madre no se inmutó; la detuvo asiéndola por los brazos e impidiendo que se moviera. Forcejearon unos segundos, hasta que Andrea comprendió que no tenía sentido seguir haciéndolo y la presión de Danna fue consecuentemente disminuyendo. Se miraron por un instante que resultó eterno.

—¡TE ODIOOO! —El cabello de Andrea le caía sobre el rostro.

La frase estalló en la quietud de la casa. Se estudiaron como dos pistoleros. Fue Danna quien desenfundó su mano derecha y la lanzó en dirección al rostro de su hija, incrustándola en su mejilla con un chasquido metálico. Andrea retrocedió un paso corto y vacilante; mechones de cabello se adherían a su piel. Las lágrimas no tardaron en brotar de los ojos, gruesas y pesadas. Inmediatamente apartó la vista, sabiendo que, si no lo hacía, la mirada severa de su madre la obligaría a hacerlo de todos modos. Sintió cómo sus piernas retrocedían…, se vio arrastrada a su cama, en la que cayó, para girar y quedar boca abajo. La almohada ejerció presión contra su rostro y la oscuridad fue bienvenida. Las lágrimas brotaron con más fuerza, humedeciendo la almohada, y se mezclaron con la saliva que se escapaba por su boca mientras sollozaba. «Vete», dijo unas cuantas veces, aunque le era imposible saber si Danna seguía allí para escucharla o se había marchado de la habitación.

OceanofPDF.com

2

El disco de diamante mellaba el metal y un chorro de chispas partía en dirección opuesta a Matt. Tras las gafas protectoras, sus ojos seguían con atención la línea de corte. Aunque el chillido agudo resultaba insoportable, Matt había llegado a abstraerse de él.

Un poco más… así… bien.

Soltó el pulsador naranja y apartó el disco. Sin quitarse las gafas, se acercó a la zona que acababa de cortar. Estaba conforme. Colocó la cortadora a su derecha, cuidando de apoyarla del lado en el que el disco (que aún giraba) estaba protegido. Se echó hacia atrás haciendo sonar las articulaciones de la columna y se quitó las gafas para pasarse luego el antebrazo por el rostro sudoroso.

Se inclinó para apreciar el corte, esta vez sin que los gruesos cristales lo estorbaran, pero percibió un movimiento a su izquierda y se volvió, esperando ver un pájaro o quizás un gato.

No vio ni lo uno ni lo otro.

Retrocedió instintivamente, arrastrando sus manos por el suelo, y poco faltó para rebanárselas con el disco de la cortadora. Respiraba agitado.

—¿Quién diablos es usted?

A escaso metro y medio, había un hombre corpulento, de aspecto macizo y enfundado en un traje negro confeccionado con tela suficiente para vestir a dos individuos de contextura normal. Las gafas de sol y el corte de cabello casi al ras completaban el cuadro que uno esperaría

encontrarse en la puerta de un club nocturno, pero no definitivamente allí, en el jardín trasero de la casa de la abuela de Randy. El gigante lo observaba con sus manos entrelazadas a la altura del vientre. A Matt se le ocurrió que su sorpresivo visitante era lo más parecido a un bloque humano. Una idea estúpida, que en otro momento quizás hubiese sido celebrada con cierta gracia, pero que en esta ocasión pasó absolutamente desapercibida.

—Alguien quiere verte, Matt.

La expresión del sujeto no cambió al hablar; siguió con la misma postura expectante, como si buscara una respuesta, aunque no había formulado ninguna pregunta. Matt seguía tendido en el suelo, desde donde el recién llegado parecía del tamaño de una montaña. ¿Lo había llamado por su nombre?

La presencia de Bloque de por sí no podía significar nada bueno, pero si además el sujeto conocía su nombre, entonces sus posibilidades de salir bien librado de aquello eran tan remotas como encontrar en la calle un billete de lotería premiado.

Matt comprendió que la única explicación para la inesperada visita debía de estar relacionada con las reparaciones en la furgoneta. La figura que tenía delante distaba de asemejarse a un representante de la ley; más bien era un Tony Soprano con esteroides. Cuando abrió la boca para preguntar quién quería verlo, un sonido sibilante emergió de su garganta seca. Tragó con dificultad para liberar sus cuerdas vocales de la saliva reseca, pero otra vez el resultado dejó mucho que desear.

—Dirígete a la cocina —dijo Bloque con voz gruesa.

Mientras se ponía en pie, Matt alzó la vista en dirección a la salida lateral y pensó que quizás si se impulsaba con la suficiente fuerza podría eludir al hombre y escapar. Una mirada al rostro de Bloque, sin embargo, lo desanimó de inmediato. Un movimiento de uno de aquellos brazos gruesos como troncos sería suficiente para hacerlo volar como la *Enterprise*.

Se dirigió a la cocina con el andar de un niño castigado.

Mientras avanzaba, una serie de ideas cruzaron su mente. La primera fue que aquello no era más que una broma de Randy. Incluso consideró que Bloque podía ser un conocido del gimnasio con instrucciones de

proporcionarle un susto de muerte. Resultaba la posibilidad más conveniente, el tipo de idea a la que nos aferramos cuando alguien nos sigue por la calle o un extraño golpea a nuestra puerta y nos muestra sus dientes blancos. Muchas de esas veces, en efecto, resulta que se trata simplemente de alguien que camina en nuestra dirección o un vendedor de pasta dental que nos visita, pero otras…

Otras, simplemente no.

Matt echó un vistazo a Bloque por encima del hombro. Seguía en la misma posición, con la vista fija en el frente, como si contemplara algo interesante en lugar de una simple pared desconchada.

Cuando franqueó la puerta de la cocina, imaginó a Randy saltando desde uno de los rincones, riéndose como loco y burlándose de él. Siguiendo con su fantasía, supuso que más tarde se reunirían con Bloque, su amigo del gimnasio, y los tres beberían unas cervezas y se reirían como adolescentes…

Sin embargo, al entrar, Randy no saltó desde un rincón ni nada parecido. A diferencia de lo ocurrido en su tonta visión, lo que vio hizo que se sintiera paralizado.

Un hombre ocupaba uno de los puestos de la mesa redonda. Matt no lo había visto en su vida; sin embargo, su rostro le reveló de inmediato todo lo que era necesario saber. Sus ojos eran lo peor. Matt sí había visto aquella expresión antes, y recordarlo no ayudó a que recuperara la calma.

Por su octavo cumpleaños, a Matt le hicieron el mejor regalo que un niño puede recibir, o al menos así lo consideró en ese momento. Se trató de un bóxer al que llamó *Alí.* Fue una lástima que sólo pudiera disfrutar de él apenas dos meses, hasta que un camión del tamaño de la muralla china se encargó de aplastarlo con la rueda delantera y literalmente partirlo por la mitad. El pequeño Matt presenció el momento en que su mejor regalo del mundo lanzó su último ladrido y permaneció tendido en el pavimento, o al menos la mitad de su cuerpo. Matt se acercó y observó el cuerpo destrozado de *Alí* y, sabiendo que no había nada más que pudiera hacerse, se despidió de él. Una tira de entrañas rojas chorreaba del medio cuerpo del perro, y aunque sus extremidades delanteras se movían ligeramente, Matt sabía que

aquello no significaba absolutamente nada. Lo sabía porque sus ojos estaban *muertos*. No quedaba rastro de la vitalidad del cachorro inquieto que correteaba por el jardín delantero y que muchas veces se lanzaba hacia la calle desobedeciendo los gritos de Matt.

Muertos…

Desde aquel episodio, Matt había desarrollado una especial reticencia a asistir a entierros. No es que las personas en general se sientan eufóricas por concurrir a uno, pero en su caso la proximidad a un cadáver hacía que la visión de su perro atropellado se presentara de inmediato. El hecho de que alguien se ocupara de bajar los párpados de aquellos rostros fláccidos, incluso valiéndose de un pegamento si era necesario, no era suficiente para tranquilizarlo ni mucho menos. Seguían allí… tras la piel delgada de dos párpados que podían alzarse de un momento a otro como el telón de un diminuto teatro de muerte.

El calor en la cocina era sofocante. Un ventilador de pie giraba de un lado a otro desplazando el aire con pesadez. El zumbido del artefacto, traqueteando y quejándose cada vez que era necesario establecer un cambio de dirección, atrajo la atención de Matt. El aparato era digno de la decoración de la oficina de un oficial nazi, y Matt estaba seguro de no haberlo visto antes. Claro que ¿acaso tenía alguna importancia? Si se concentraba en el ventilador de pie era simplemente para no hacerlo en…

—Lo encontré detrás de la puerta —explicó el hombre de los ojos muertos.

Matt se vio obligado a volverse en dirección al hombre.

—Siéntate, por favor.

En otra ocasión no hubiese siquiera considerado la posibilidad de obedecer. Y no tenía sólo que ver con la presencia de Bloque en el patio trasero; era simplemente que seguir órdenes no era su estilo. Sin embargo, esta vez sí lo hizo y, mientras se acercaba a la mesa redonda de la cocina para tomar asiento, se detuvo en seco.

Resulta sorprendente cómo ciertas circunstancias nos impiden pensar con claridad.

—Sabes quién soy, ¿verdad, Matt?

—Usted es el… —empezó a responder, pero se detuvo.

El desconocido rió. Matt pensó que si los ojos muertos del individuo pudieran ser convertidos en risa, ésta hubiese sido tal y como la que acababa de escuchar. Una carcajada lenta y gris.

—Sé cómo ibas a llamarme —dijo el Zorro—. Puedes hacerlo si quieres.

Matt logró ordenarle a sus músculos que hicieran su trabajo y lo depositaran en la silla. Era un buen comienzo. Recordó lo que Randy le había dicho de aquel sujeto, lo difícil que resultaba acceder a él; y sin embargo allí estaban, frente a frente.

—¿Quieres una cerveza? —El Zorro atrajo hacia sí un *pack* de Bud. Le tendió una y se quedó con otra para él—. No están frías. Pero nunca hay que rechazar una cerveza, ¿no?

Y otra vez surgió la misma risa: el estertor grave de un gigante agonizando en un pozo de miles de metros de profundidad.

Matt agarró la Bud.

—Buen trabajo el de ahí fuera —dijo el Zorro al cabo de un rato.

Matt asintió.

—¿Te incomoda mi presencia?

—No.

—Bien. Lamento haberme presentado de esta manera. Espero que Barry no te haya incomodado.

Matt pensó en lo cerca que había estado de rebanarse un dedo cuando Barry Bloque había tenido la fantástica idea de aparecer como un jodido fantasma de etiqueta.

—¿Sabes, Matt? No suelo mostrarme mucho. De las cosas que se dicen por ahí, ésa es la única verdaderamente cierta. En cuanto a la razón… Muchos creen que un hijo de puta como yo prefiere manejar sus asuntos desde las sombras, sin involucrarse demasiado; e independientemente de que pueda haber algo de cierto en esto, no se trata de la verdadera razón.

El Zorro echó su cuerpo hacia atrás y desvió la vista hacia el techo, como si buscara allí alguna respuesta. Un puñado de arrugas se disparó como fuegos de artificio en su entrecejo cuando éste se frunció.

—La verdadera razón —dijo el Zorro— es sumamente simple, aunque muchos no sean capaces de verla. Con los años se aprenden cosas, y una de las cosas que he aprendido es que cuanto más te involucras con las personas, mayores son tus problemas. Existe maldad en cada uno de nosotros; en los que condenamos a morir en una silla electrificada porque matan a sangre fría o incendian una escuela, pero también en los que corren apresurados a la iglesia apretando contra el pecho sus biblias de tapas doradas. Todos, Matt. Todos hemos sido inyectados con nuestra cuota de maldad al nacer, y cuando alguien se dispone a destilar su cuota preciada, su veneno, entonces conviene estar lo más lejos posible. Tan simple como eso.

«Menuda perla de sabiduría mafiosa», pensó Matt. Lo que estaba claro es que en un certamen de cabras locas el sujeto que tenía delante obtendría una mención a la trayectoria. Sin ninguna duda. El vacío en sus ojos tenía ahora más sentido. Matt no habría imaginado palabras semejantes en alguien con ojos *cuerdos*.

—Te preguntarás a qué viene todo esto, ¿verdad?

Matt asintió.

—He sabido algunas cosas de ti. —El Zorro fijó las dos bolas de mierda seca que tenía como ojos directamente en Matt—. Sé dónde has decidido guardar *mi* heroína, y hay algo que me preocupa…

—Créame que no tiene de qué preocuparse —se apresuró a decir Matt —. No hay posibilidades de que nadie la encuentre. Yo he…

—Sé lo que has hecho. No te adelantes.

Matt volvió a asentir.

—¿Conoces a Danna Green? —preguntó de repente el

Zorro.

—Es la madre de mi novia.

Matt se preguntó adónde pretendía llegar aquel individuo. Primero hacía una descripción demoniaca de las personas y luego mencionaba su preocupación por la droga, que de por sí resultaba lo más sensato de todo aquello…, pero ¿Danna Green? ¿Cómo se relacionaba ella con la droga? Si es que tenía alguna relación. Hasta el momento, el modo en que el hombre hilvanaba las cosas no parecía ser precisamente un tributo a la lógica.

El Zorro extrajo algo del bolsillo delantero de su camisa. Al principio Matt no supo de qué se trataba; luego advirtió que no era más que un juego de cartas. El Zorro partió el mazo por el medio y cogió cada mitad con una mano. Valiéndose de sus dedos índice y pulgar, dobló cada porción del mazo hasta que ambas formaron una C. Las acercó una a otra y las soltó. El consiguiente *trrrrrrrrrrrr* se hizo audible cuando las cartas se intercalaron unas con otras. Matt siguió la operación sin decir nada, incluso cuando ésta se repitió una vez, y luego otra vez.

—¿Has notado algo extraño, Matt? ¿Algo fuera de lo normal?

—No —respondió él sin tener ni idea a qué se refería el hombre, pero suponiendo que la suya era la respuesta que esperaba.

—Sin embargo, algo no está bien. Presta atención.

Nuevamente, el Zorro mezcló las cartas, pero esta vez más lentamente. A medida que los pulgares se deslizaban hacia la parte superior, las cartas caían una sobre otra ahora con pesadez.

Tr tr tr tr tr tr tr…

—¡Allí! —exclamó Matt al tiempo que señalaba las manos del Zorro.

—¿Qué has visto?

—Una de las cartas está al revés.

—Exacto.

Con un movimiento rápido y que denotaba una evidente destreza, el Zorro conformó un abanico sobre la mesa desplazando las cartas con la palma de la mano. Todas estaban vueltas hacia arriba, salvo una. Se valió de sus dedos índice y anular extendidos para desplazar la carta vuelta hacia abajo fuera del abanico.

—¿Sabes?, las personas no se diferencian sustancialmente de estas cartas. Aunque efectivamente son diferentes entre sí, todas ellas tienen algo en común.

El Zorro tomó el abanico de cartas por uno de sus extremos y lo hizo girar. El efecto en cadena se extendió hasta el extremo opuesto, y la ilusión, digna de un mago experimentado, hizo que las cartas se hallaran ahora boca abajo. La trama del reverso era idéntica en todas ellas.

—Todas son iguales. Tal y como te he dicho… *Malvadas*.

El Zorro colocó un dedo sobre la carta que había apartado al principio.

—Todas —repitió—. ¿Me entiendes?

—Sí.

—En la vida, Matt, es necesario saber cuándo una carta no está en su sitio. Como tú lo has hecho hace un momento. Es *vital* identificarlas.

El Zorro dio vuelta a la carta que permanecía alejada del resto: la reina de corazones.

—Danna Green está metiendo las narices donde no le corresponde. En nuestro caso, es la carta que está fuera de su sitio.

Matt no supo qué decir. Se sintió incapaz de relacionar a Danna Green con ese hombre, salvo porque él, Matt, había escondido la heroína en casa de los Green. Pero, en tal caso, ¿por qué se refería a Danna y no a Robert? A fin de cuentas él era el director del periódico local, sin duda un peligro mayor en caso de que las cosas no salieran bien.

Quizás Randy tenía razón en cuanto al sitio que había escogido para esconder la heroína. Quizás no había sido una buena idea a fin de cuentas.

¡Claro que no ha sido una buena idea! Por algo estás frente a este tipo loco observando cómo mezcla sus estúpidas cartas. Si no te das cuenta de que estás en problemas, entonces deberías reconsiderar el término «problemas», porque, en lo que a mí respecta, sí estás metido en uno, amigo. Uno bien grande.

El Zorro juntó las cartas y las volvió a introducir en el bolsillo de su camisa.

—Creo que será preciso que hagas una visita a la casa de tu novia —dijo.

Matt observó al hombre con intenciones de decir algo, pero un pitido electrónico lo interrumpió. En la pantalla de su móvil advirtió que se trataba de Andrea. Alzó la vista en dirección al Zorro, quien lo observaba sonriendo.

OceanofPDF.com

3

¿Por qué debía devolver un regalo?, se preguntaba Andrea mientras seguía cegada por la presión que la almohada ejercía sobre su rostro húmedo. No era justo. Mucho menos cuando todo se debía al capricho de su madre. Andrea sabía que nada tenía que ver la familia de Matt en todo el asunto. De hecho, Matt podría haber sido un estudiante modelo, que asistía regularmente a la iglesia, y de todos modos su madre habría encontrado la manera de cuestionarlo.

Lentamente, alzó su rostro. El sol se había escondido parcialmente, pero aun así la luz que se filtraba por la ventana hizo que se cubriera los ojos con el antebrazo. Cambió de posición en la cama, eligiendo para apoyar su rostro una parte seca de la almohada, y observó su habitación tendida de lado.

El altavoz del equipo de música, único indicio de la confrontación con Danna, yacía a pocos metros de la cama. Aquel elemento de plástico constituía el único recordatorio de lo que había tenido lugar en la habitación unos minutos atrás, y Andrea sintió la necesidad de ponerse en pie y devolverlo a su sitio. Pero por el momento no lo hizo; y la razón, supuso, era que, si lo hacía, empezaría a olvidar lo que le había dicho a su madre hacía un momento. Y no quería.

—Quiero que lo devuelvas. Y es una orden.

—¡TE ODIOOO!

¿Por qué su madre se empecinaba en echarlo todo a perder?

Andrea no era estúpida, sabía que la familia de Matt no eran los Ingalls. Cualquiera sabía eso. El propio Matt debía enderezar más de un aspecto en su vida; Andrea tenía previsto hablarlo con él cuando fuera el momento oportuno, pero ¿por qué traerlo a colación ahora? Su novio le había hecho un regalo. Posiblemente había invertido buena parte de sus ahorros en él. Alguien que veía *problemas* en un gesto como ése no estaba pensando con claridad.

O lo hacía con malas intenciones.

Andrea no estaba dispuesta a permitir que su madre antepusiera su odio en la relación con Matt. Ella no era la culpable si su matrimonio se había convertido en algo sin sentido y eso hacía que se centrara en lo negativo de las personas. Andrea no era una persona así. No permitiría que su madre la arrastrara a convertirse en una.

Se sentó en la cama con lentitud. Siguió observando el altavoz.

El odio que su madre transmitía no era nuevo; de hecho, podía decirse que constituía algo que tenía tan incorporado que en ocasiones perdía su verdadera dimensión. Sin embargo, esta vez el recuerdo de la pelea con Danna actuó como la mano experta de un fotógrafo, que mediante un rápido ajuste enfoca una imagen nueva… Era la imagen de Ben.

Ben había tenido que lidiar con ese odio irracional que su madre parecía empecinada en inyectar al prójimo. Andrea sintió una enorme pena al pensar en su hermano y en su incapacidad para enfrentarse a Danna como ella lo había hecho apenas unos minutos atrás. Andrea no sabía por qué Ben se había marchado de casa y había decidido introducirse por aquella tubería; lo que sí sabía es que ese día Danna lo había importunado haciendo que los abuelos fueran a recogerlo a la fiesta de Will Sbarge.

¿Danna tenía derecho a criticar a la familia Gerritsen?

O a *cualquier* familia, llegado el caso.

Claro que no.

Andrea no llegaría tan lejos como para culpar a Danna de la muerte de Ben, pero sabía que, si seguía dándole vueltas al asunto, tarde o temprano lo haría.

Se puso en pie. Rodeó el altavoz y se acercó al escritorio. Buscó allí la extensión inalámbrica del teléfono, pero no la encontró. Hacía un par de días que no daba con ella. La buscó debajo de la cama, entre su ropa, pero sin suerte.

Estaba decidida a hablar con Matt. Lo haría desde la sala. Sabía que su madre se había marchado de casa hacía un rato, porque había oído el coche desde su habitación. El no tener que cruzarse con ella fue importante a la hora de tomar la decisión de abandonar la habitación.

Una vez en la sala, escogió uno de los extremos del sofá para dejarse caer. Agarró el teléfono y marcó el número del móvil de Matt.

Aguardó unos segundos y estuvo a punto de cortar, cuando la voz de su novio se hizo audible desde el otro extremo de la línea.

—¿Andrea? —la voz de Matt tembló ligeramente.

—Sí —respondió ella—. ¿Hay algún problema?

Matt se apresuró a responder que no, que no había ningún problema en absoluto. El único *inconveniente* era que mientras había estado trabajando en la remodelación de la furgoneta de su primo, con la que tenían previsto trasladar una buena cantidad de droga hacia Nueva York, el sujeto responsable de TODO se había presentado para darle un susto de muerte. Pero ahí no terminaba la historia. En ese preciso instante lo tenía delante, con una sonrisa sarcástica de oreja a oreja capaz de horrorizar al mismísimo Stephen King.

—¿Crees que podrás venir a mi casa? —preguntó Andrea.

—¿Ahora? —dijo Matt, sabiendo que no había nada que quisiera más en el mundo que marcharse de la casa de Randy y dejar atrás al dichoso Zorro.

—Sí.

—¿Ha ocurrido algo?

Andrea advirtió otra vez cierto nerviosismo en el tono de voz de Matt, pero decidió no insistir con el tema.

—He discutido con mi madre —se limitó a decir—. Quiere que te devuelva el regalo.

—Eso no tiene sentido.

—Claro que no. No estoy diciendo que quiera hacerlo. Pero fue una discusión fuerte. De hecho, mi madre lanzó uno de los altavoces al suelo con bastante fuerza. Espero que no esté estropeado…

El corazón de Matt dio un vuelco. En aquel momento, el Zorro lo observaba con atención, y la idea que lo embargó fue simple: si aquel sujeto se enteraba de lo que su novia acababa de decirle, entonces estaría complacido de tomar la cortadora que estaba en el patio trasero y utilizarla para reducir sus rodillas a un puñado de polvo.

—Matt, ¿estas ahí?

—Andrea…, estaré ahí lo antes posible.

—Está bien. Gracias.

OceanofPDF.com

4

Matt oprimió el timbre de los Green. Era la segunda vez que entraba en la casa por la puerta principal. La primera había sido para la presentación formal ante la familia y, a diferencia de aquella ocasión, esta vez su rostro no exhibía una sonrisa.

—¿Estás bien? —fue lo primero que le dijo Andrea al abrir la puerta.

Él asintió y le dio un beso rápido en la mejilla. Sin poder evitarlo, echó un vistazo al interior de la casa por encima del hombro de Andrea.

—Tranquilo —le dijo ella—. Mis padres no están en casa. Y Rosalía está en su habitación.

—Me has dejado preocupado —dijo Matt sin faltar a la verdad—. ¿Podemos ir a tu habitación?

Andrea le lanzó una mirada de sorpresa.

No había tiempo para ser diplomático, pensó Matt con desgana. Desde la llamada de Andrea no había hecho más que pensar en la droga escondida en el altavoz. Ahora que la tenía frente a frente, al menos sabía que nada grave había tenido lugar. Si ella o su madre hubieran dado con la droga accidentalmente, otras habrían sido las circunstancias de su recibimiento. Estaba seguro de ello. No obstante, debía asegurarse de que todo estaba en orden.

Franquearon juntos la puerta de la habitación y Matt instintivamente clavó la vista en el equipo de música. El cuerpo central y los dos altavoces seguían sobre el escritorio, tal y como los habían dejado instalados el día

anterior. Andrea avanzó en dirección a la cama y se sentó en un lado. Matt lo hizo junto a ella.

—Volví a colocarlo en su sitio —explicó Andrea—. No lo he vuelto a conectar.

—No te preocupes —respondió Matt, ahora más aliviado—. Lo haremos en un momento. Primero cuéntame qué es lo que ha sucedido.

Andrea había previsto que Matt le preguntaría por lo ocurrido (después de todo lo había llamado para eso), y en los minutos previos a la llegada de su novio se encargó de ensayar mentalmente una versión reducida de la puesta en escena de Danna. No tenía pensado repetir las opiniones que ella tenía de la familia Gerritsen; se limitó, en cambio, a explicar simplemente que le había pedido que devolviera el aparato y que no le había dado ninguna razón concreta. Andrea suponía que era porque se trataba de un regalo caro, pero tratándose de su madre podía ser cualquier cosa.

—Le dije que no lo devolvería —agregó Andrea—, y las cosas se pusieron feas.

Desvió la vista en dirección a la revista que había estado leyendo cuando su madre se presentó. Seguía tirada sobre la alfombra.

—¿Feas? —preguntó Matt.

—Mi madre no acepta una negativa. Forcejeamos y fue entonces cuando lanzó al suelo uno de los altavoces.

Andrea se guardó para sí que le había gritado a su madre que la odiaba y que ella le había respondido con un golpe en la mejilla que aún le dolía. Matt le permitió que apoyara la cabeza en su pecho y la abrazó. Permanecieron de ese modo unos minutos, en silencio.

Al cabo de un momento, Matt se puso en pie.

—No creo que se haya estropeado —dijo acercándose al altavoz—. La alfombra ha debido de atenuar el impacto.

Oprimió una serie de botones. En menos de dos segundos, el aparato comenzó la lectura del disco que estaba dentro del compartimento y una voz chillona de hombre que Matt no reconoció inundó la habitación. El sonido salía de los dos altavoces. Matt se apresuró a silenciar al hombre chillón.

—Ningún daño —dijo con una sonrisa.

—Gracias a Dios.

Matt se disponía a regresar a la cama cuando de todos modos decidió echar un vistazo al altavoz. En el bolsillo trasero de su vaquero había llevado un destornillador pequeño por precaución, pero no sería necesario utilizarlo. Bastaría con echar un vistazo para confirmar que no había sufrido daños, y eso sería todo. Asió el altavoz con ambas manos y lo elevó apenas. Antes de poder siquiera iniciar su inspección visual, sintió que los músculos de los brazos se paralizaban. ¡Estaba mucho más ligero que cuando él lo había traído!

—¿Sucede algo? —preguntó Andrea al advertir que Matt no se movía.

—No —logró articular él—. El altavoz está intacto.

Lo depositó nuevamente sobre el escritorio y lo observó con incredulidad. No había duda alguna de que pesaba menos. Y la única explicación para ello era que *alguien* había sacado el contenido del interior. Matt sintió que sus pensamientos se lanzaban en todas direcciones, pero ninguno de ellos lo hacía coherentemente. La calma que se había apoderado de él hacía un momento lo abandonaba ahora para sumirlo en un profundo desconsuelo. Sin pensárselo dos veces, aún de espaldas a Andrea, extrajo su móvil del bolsillo de la camisa y lo apagó. Se volvió.

—¿Qué ocurrió después? —preguntó.

El primer pensamiento coherente que Matt pudo rescatar de su cerebro confundido fue que lo más probable era que la señora Green hubiera advertido el peso inusitado del altavoz al lanzarlo al suelo y hubiera regresado más tarde para averiguar la razón. Era una idea disparatada, Matt estaba de acuerdo; la mujer no habría podido saber que el altavoz pesaba más que de costumbre. Pero si ésa era la línea de pensamiento correcta, entonces ¿dónde estaba en ese momento Danna Green?

En la policía. ¿Dónde si no?

—¿Qué ocurrió después? —volvió a preguntar Matt, esta vez alzando ligeramente el tono de voz.

—Nada. Mi madre se marchó y permanecí en la habitación un rato hasta que la oí marcharse. Luego fui a la sala a hablar contigo.

Perfecto, pensó Matt. Ahora las cosas eran *completamente* descabelladas. Si, tal como decía Andrea, Danna se había marchado de casa tras la discusión y no había regresado a la habitación, entonces debía de haber advertido la presencia de la droga *antes*. Eso al menos explicaba el desprecio por el regalo que Matt le había hecho a su hija. No se le cruzó por la cabeza que si alguien había retirado la droga del interior del altavoz podía no ser Danna. De hecho, la única idea que tomó forma dentro de su mente era la de media docena de coches patrulla presentándose en la casa de un momento a otro. La había cagado por completo.

—Matt, tienes el mismo aspecto que cuando llegaste —dijo Andrea, preocupada.

—He tenido dolor de cabeza todo el día. No quise decírtelo —dijo Matt mientras se acercaba a la cama y se sentaba.

—¿Quieres una aspirina?

Matt lo pensó unos segundos. Si Andrea iba en busca de aspirinas, no le daría el tiempo suficiente para comprobar el interior del altavoz, pero teniendo en cuenta las circunstancias, sabía que no tenía más remedio que hacerlo. Debía cerciorarse de que la droga no estaba allí. Estaba seguro de lo que había advertido, pero ahora no tenía otra alternativa que aferrarse a la esperanza de no haber sabido calibrar correctamente el peso.

—Una aspirina estaría bien —dijo Matt—, pero primero hazme un favor. Ve a la sala y dile a mi madre que estoy aquí contigo. No me he comunicado con ella en todo el día y no quiero que se preocupe. —Para completar el cuadro, Matt extrajo su móvil del bolsillo de su camisa y mientras lo exhibía, agregó—: Lo haría yo mismo, pero mi móvil se ha descargado. Me acostaré unos segundos y el dolor de cabeza pasará, estoy seguro.

Andrea lo observó con incredulidad. Advirtió que algo no estaba bien y supo que iba más allá del *repentino* dolor de cabeza de su novio; sin embargo, no tenía idea de qué podía ser. Se puso en pie y le dijo a Matt que regresaría en unos minutos. Él asintió.

Cuando Andrea se marchó de la habitación, Matt se lanzó con vehemencia en dirección al altavoz. No se le ocurrió en ese momento que

bastaría con verificar el peso del otro altavoz para sacar alguna conclusión, aunque probablemente la señora Green, o quienquiera que hubiese echado mano a la droga, se habría tomado el trabajo de vaciar los dos.

Colocó el altavoz boca abajo en el escritorio y extrajo el destornillador del bolsillo trasero de sus vaqueros. Debía darse prisa. La conversación entre Andrea y su madre podía durar apenas un par de minutos, y eso teniendo en cuenta que no fuera ella quien respondiera a la llamada, lo cual constituía la posibilidad más probable. Últimamente su hermana pequeña había aprendido a contestar el teléfono y se había autoproclamado la encargada oficial de hacerlo. Mejor así.

La carcasa trasera estaba sujeta por cuatro tornillos. Matt los aflojó uno a uno y luego, sin retirarlos de sus respectivos orificios, retiró la carcasa como lo haría un experto que pretende desactivar una bomba. Mientras la desplazaba, su cerebro proyectó el interior del altavoz y los envoltorios de droga tal cual los había colocado el día anterior. Era descabellado suponer que la señora Green los había sacado.

Pero los envoltorios no estaban.

Matt sintió un sudor frío surcándole la frente. Sus manos temblaban. Por primera vez, el miedo que había empezado a tomar forma cuando había agarrado el altavoz y había notado su peso, se convertía en algo real. Tangible. Sin embargo, tardó unos segundos en advertir que no estaba *completamente* vacío. En uno de los laterales había una hoja de papel doblada por la mitad. La observó con incredulidad mientras se recordaba que no tenía mucho tiempo. Tomó la hoja y, al observarla brevemente al trasluz, supo que había un mensaje escrito del otro lado. La introdujo en el bolsillo de su camisa.

¿Sería un mensaje de Danna Green?

La reina de corazones.

Está metiendo las narices donde no le corresponde. En nuestro caso, es la carta que está fuera de su sitio.

Por primera vez, Matt sopesó la idea de que podía no ser la madre de su novia la responsable de haber extraído la droga. Mientras colocaba de nuevo la carcasa en su sitio y ajustaba los tornillos, se preguntó si el Zorro

podía ser el responsable de aquello. No tenía mucho sentido, pero ¿acaso alguno de los acontecimientos de las últimas horas lo tenía?

La voz de Andrea flotó de repente en la habitación:

—He hablado con tu madre. Me ha dado las gracias.

Matt estuvo a punto de lanzar un grito antes de volverse. Había colocado el altavoz en su sitio y ahora observaba a Andrea mientras se acercaba.

—¿Te sientes mejor? —preguntó ella—. Iba de paso al baño en busca de esa aspirina…

—No te preocupes —se apresuró a decir él—. Yo iré por ella.

Sin que Andrea pudiera añadir nada, Matt pasó a su lado y salió de la habitación acelerando el paso.

—¡Están en el armario debajo del lavabo! —dijo Andrea alzando el tono de voz.

Matt no respondió. Avanzaba en dirección al baño con la mente puesta únicamente en la hoja que guardaba en el bolsillo de su camisa. Abrió la puerta y activó el interruptor de la luz de un manotazo. Respiraba agitado. No pudo evitar observar su rostro en el espejo oval y advertir que en efecto su aspecto no era bueno.

Extrajo la hoja del bolsillo de su camisa y la desplegó… Sus ojos se fijaron primero en la firma. Al menos supo de inmediato que había sido Danna la responsable de todo:

> *No te preocupes por el resto de tu mercancía, Matt. Me he tomado la libertad de colocarla en el otro altavoz.*
>
> *Parece que ahora compartiremos este pequeño secreto, ¿verdad? Me pregunto si no te gustaría compartir «otro» conmigo… seguramente no tan pequeño.*
>
> *Apuesto a que sí. Llámame.*

Danna.

OceanofPDF.com

5

Poco después de que Matt descubriera el mensaje dentro del altavoz, en el lado opuesto de la ciudad, Mike abría la puerta del acompañante de su Saab para que Allison entrara en él. Después de agradecérselo, ella se estiró hasta el asiento trasero para tomar los dos envases de cartón que contenían la comida china que él había traído consigo.

—Aún se conserva caliente —dijo.

—Espero que no te moleste.

—En absoluto, Mike. Ha sido una excelente idea comer aquí en el coche.

—Por teléfono me has dicho que era un día complicado; pensé que de este modo podríamos ganar algo de tiempo.

Allison sonrió y Mike respiró aliviado. Invitarla a compartir comida china en su coche no había sido precisamente una idea brillante; lo supo mientras la esperaba en silencio tras el volante del Saab. Afortunadamente, las cosas habían resultado bien.

Mike utilizó los primeros minutos para organizar lo que tenía que decir. La proximidad de Allison hizo que se desplomara el estante en que albergaba su arsenal de frases prefabricadas.

—No sé bien cómo empezar —admitió.

El rostro de Allison se turbó. Mike pensó que sería mejor hablar rápido si no quería confundirla más. Ella le había dicho que podía ausentarse de su trabajo durante media hora, y él tenía unas cuantas cosas que decir.

—He pensado acerca de nuestra conversación de ayer —dijo por fin.

—Ni me lo digas. —El rostro de Allison se recompuso—. No he hecho más que pensar en lo que te dijo Michael Brunell en el bosque. Estoy preocupada.

Mike acababa de introducir los palillos de plástico en la caja de cartón, capturando con presteza un trozo de pollo. A Allison la operación le resultó un poco más compleja y hubo de valerse de dos intentos antes de llevarse su primer bocado a la boca.

—Cuando Robert era pequeño —empezó diciendo Mike—, quizás de la misma edad de Ben, también él decidió marcharse de su casa. Me enteré del hecho unos días más tarde, cuando regresé de la casa del lago, donde pasé una temporada con mi madre. No estuvo perdido más que unas horas. No sé exactamente cuántas.

Mike se detuvo. Las voces de un grupo de niños se superpusieron con la suya hasta hacerla apenas audible. Tanto él como Allison se volvieron hacia la derecha y, en efecto, vieron a un grupo de niños recién salidos de la escuela. Algunos se empujaban, otros simplemente vociferaban. Un grupo reducido se detuvo junto a la ventanilla de Allison y lanzó carcajadas aniñadas mientras señalaba hacia el interior del coche. Mike habría faltado a la verdad si no hubiese aceptado que se sintió asustado en el instante en que escuchó las risas de aquellos niños, burlándose y señalando como lo harían con un vagabundo que habla consigo mismo en voz alta. Cuando los niños advirtieron la expresión severa con que Mike los observaba, simplemente se marcharon.

—Continúa, por favor —pidió Allison.

—De pequeños, Robert y yo nos lo contábamos todo. O casi todo. No ha sido la suya una infancia fácil, en especial por la relación con su padre: un hombre violento, por mencionar sólo uno de sus defectos. Robert no hablaba de su padre con nadie, salvo conmigo. Creo que poder desahogarse fue una de las razones por las que pudo sobrellevar la relación; vivir una vida normal, tener una familia. Puede que en el fondo esas cosas no se superen nunca, pero al menos Robert ha podido convivir con eso.

—No lo sabía. Qué terrible.

—Robert regresó a su casa el mismo día en que desapareció. El incidente le costó una buena paliza por parte de Ralph Green. Lo sé porque mi propio padre estaba allí en el momento en que lo encontraron y me lo contó más tarde. Creí en ese entonces que sería mejor no hablar con Robert del tema y no se lo mencioné nunca, quizás a la espera de que él en algún momento lo hiciera… Pero nunca lo hizo. Resulta extraño teniendo en cuenta que, como te he dicho, entre nosotros no había secretos.

La expresión de Allison cambió ligeramente. Era posible que algún sector de su cerebro iniciara una posible conexión entre el relato de Mike y los acontecimientos recientes.

—Cuando Ben huyó de casa —siguió diciendo Mike—, me reuní con Robert en el porche de su casa. Es una costumbre que procuramos mantener a lo largo de los años. Tomamos unas cervezas y charlamos. Esa noche, se me ocurrió mencionarle el incidente de su propia desaparición tantos años atrás. Lo hice sin ningún motivo en particular, sin intención de establecer un paralelismo con Ben ni mucho menos. Supongo que no buscaba más que saldar la vieja deuda que existía entre nosotros, o quizás no se me ocurrió nada mejor que decir.

—¿Qué respondió?

—Es lo extraño. Dijo que no recordaba el incidente. Tuve que narrarle el episodio completo; como si no lo hubiera vivido.

—Es raro que no recuerde algo así.

—Sí. La experiencia debió de ser lo suficientemente traumática para el pequeño Robert como para enterrarla en algún sitio profundo en su memoria.

Mike guardó silencio.

—Mike… ¿Crees que puede existir alguna conexión entre la desaparición de Robert y la de Ben?

—Mentiría si dijera que no, aunque no se me ocurre cuál podría ser. No tiene lógica. Aunque tampoco tiene lógica lo que Michael Brunell me dijo en el bosque.

—En eso pensaba precisamente.

Mike permaneció en silencio por un par de segundos y Allison supo que se debatía internamente por encontrar el modo de decirle algo más. Ella estiró una mano y la colocó sobre la de él, acariciándola apenas con la yema del pulgar.

—Cuéntame el resto…

—Antes tengo que pedirte un favor.

—Adelante.

—¿Crees que podrías tomar prestadas las cintas de las que me hablaste? Las de la sesión de hipnosis de Robert.

Allison pareció desconcertada.

—¿Qué tienen las cintas?

—¿Recuerdas que mencionaste que Robert habló de un incidente de la infancia?

—Sí.

—He tenido la descabellada corazonada de que si algo surgió accidentalmente durante la sesión de hipnosis puede referirse a aquel día.

Allison lo pensó un momento.

—Es probable —reconoció.

—De todos modos, Allison, no quiero traerte problemas en tu trabajo. Nada más lejos de eso, de verdad.

—No creo que haya inconveniente en que tome esas cintas *prestadas*. Nadie entra en el archivo y, si alguien lo hace, no será para buscar cintas viejas que llevan años sin despertar interés.

—Si te parece, puedes oírlas allí y descartarlas si no tienen relación con lo que suponemos.

—Podría ser. No me gustaría hacer algo así a espaldas de Harrison.

—No tienes que hacerlo —la interrumpió Mike—. No es más que un pensamiento descabellado; un capricho personal que no debe entorpecer en tu…

Allison ejerció cierta presión en la mano de Mike y éste se detuvo. En su rostro se dibujó una sonrisa franca.

—Si esto tiene alguna relación con Ben, también quiero saberlo —dijo ella—. Si esas cintas aportan alguna lógica a las palabras de Michael

Brunell, tomarlas prestadas por un día será insignificante.

Mike disfrutó mientras la mano de Allison aferraba la suya.

—Te diré lo que haremos —siguió diciendo Allison—. Mañana mismo cogeré las cintas. Puedes pasar a recogerme, te prepararé algo de cenar y luego podremos escucharlas tranquilos. ¿Qué te parece?

—Me parece fantástico.

OceanofPDF.com

6

Matt yacía en su cama. Tenía la vista fija en el techo, y de vez en cuando la desviaba hacia su puño derecho, el cual encerraba el mensaje de Danna.

No te preocupes por el resto de tu mercancía, Matt. Me he tomado la libertad de colocarla en el otro altavoz.

Después de leer el mensaje en el baño de la familia Green, había regresado a la habitación de Andrea para comprobar que la droga en efecto estaba en el otro altavoz. Fue suficiente probar su peso para concluir que así era. La posibilidad de que Danna podía haber colocado algún elemento pesado en el interior se le cruzó por la cabeza, pero decidió que correría ese riesgo, al menos de momento. Tenía suficiente con el mensaje.

Parece que ahora compartiremos este pequeño secreto, ¿verdad?

¿Cómo era posible que Danna hubiese descubierto la droga? Matt se había formulado la pregunta unas mil veces en la última media hora. Cuando había escogido el sitio en que escondería su parte de la heroína (fuera de su casa, siguiendo las órdenes de Randy), la idea de hacerle un regalo a su novia y ocultar la droga dentro le resultó una alternativa perfecta. Sabía que no podría dejarla escondida allí eternamente, pero sería seguro hacerlo por una semana. Sin embargo, Danna la había descubierto en apenas un día.

Pero el hallazgo de la droga no era lo peor de todo, o al menos no lo más inquietante. Matt no conocía a Danna Green; sin embargo, por lo que Andrea le había dicho de ella, no tenía sentido que frente a semejante

descubrimiento se decidiera por jugar al gato y al ratón. La razón le gritaba que la mujer se habría dirigido de inmediato a la policía y el techo que Matt estaría observando en ese momento sería el de una celda y no el de su habitación.

La situación carecía de sentido. Aunque a Danna se le diera por perseguir muchachos mucho más jóvenes que ella (incluso tratándose del novio de su hija), no había que perder de vista el punto principal: con su actitud, había permitido que una buena cantidad de droga permaneciera escondida en su propia casa.

Me pregunto si no te gustaría compartir otro conmigo… seguramente no tan pequeño.

Había una sola explicación para semejante comportamiento: la mujer debía de estar chiflada.

Eso era. No había otra manera de explicarlo.

Durante el encuentro con la familia Green, Danna ciertamente lo había sorprendido con su silueta de gimnasio; no obstante, su actitud fría y distante había sido tal y como Andrea había predicho. Si Matt tuviera que trazar un perfil de la mujer en función de lo que había visto esa tarde, habría dicho que se trataba de una persona calculadora y pensante. El mensaje que había descubierto probaba lo contrario.

A medida que fue ordenando sus pensamientos, comenzó a sentirse más tranquilo. En primer lugar, tendría que sacar la droga de la casa de Andrea cuanto antes y buscar otro escondite más seguro. Si Danna no había dado aviso a la policía, cosa que definitivamente no había hecho, cabía suponer que no lo haría en los próximos días, pero Matt se sentiría más tranquilo si la droga no estaba en esa casa. Si más adelante Danna decidía sacar a relucir la verdad, él no tendría más que negarla y asunto terminado. Por el momento no tendría más remedio que seguirle el juego.

Llámame.

Era la primera vez que analizaba seriamente la posibilidad de llamarla y verla. Lo interesante de la cuestión era que no tenía alternativa; si no la llamaba, la mujer podía reaccionar de la manera más inesperada. Y teniendo

en cuenta el mensaje que había escrito, podía esperarse casi cualquier cosa. Mejor no ponerla a prueba.

La nueva versión de Danna que Matt empezaba a bosquejar en su cabeza reemplazó a la de madre disciplinada. Una mujer que le deja un mensaje tan elocuente al novio de su hija es ciertamente capaz de muchas cosas, pensó Matt. Su preocupación inicial frente a la gravedad de la situación fue reemplazada lentamente por un sentimiento de paz. No había ocurrido nada que no pudiera revertirse. Sacaría la droga del equipo de música y manejaría a Danna durante un tiempo prudencial. No le supondría ningún esfuerzo encontrarse con ella. Además, la nueva versión que su cabeza había creado tenía una cualidad impredecible que a Matt lo atrapó de inmediato. Quién sabe lo que podía ser capaz de hacer Danna en un encuentro íntimo…, podía ser una de esas mujeres adictas al sexo.

Matt experimentó una súbita y poderosa erección. Extendió su mano izquierda y masajeó su pene a través de la tela del pantalón. Una sonrisa se dibujó lentamente en su rostro.

Todos sus contados encuentros sexuales habían sido con muchachas de su misma edad o, como en el caso de Brenda Shiller, un par de años mayor. La fantasía de estar con una mujer *mucho* mayor que él no era nueva, pero nunca había hecho nada para concretarla. ¿Cuántos años tenía Danna Green? Matt estimó que unos cuarenta y dos, o quizás más. A medida que le daba vueltas, la idea se tornaba más atractiva.

Se bajó la cremallera y extrajo su pene con un movimiento frenético. Las fantasías con mujeres mayores no eran las más frecuentes, debía reconocerlo, aunque sí ocupaban un decoroso tercer lugar (el segundo era para el equipo de animadoras de la escuela y el primero, indiscutido, para su prima Casandra, con quien había jugado infinidad de veces en el patio trasero de su tía, y a quien los años le habían regalado dos pechos *descomunales* y la boca de una muñeca hinchable). El exponente más importante de sus fantasías con mujeres mayores lo constituía Alice, la mujer que se había encargado de los quehaceres domésticos en su casa durante casi diez años. Matt no sabía con certeza cuándo había empezado a descubrir a Alice, pero suponía que había sido a los trece o catorce, cuando

ella tenía unos treinta y cinco. Era una mujer de color en la que todo en su cuerpo era de proporciones importantes. No era bonita, al menos no a los ojos de Matt. Tenía tendencia a engordar, según sus propias palabras, y con el tiempo fue evidente que estaba perdiendo la batalla con el sobrepeso, pero sin aceptarlo por completo. Seguía vistiendo faldas cortas o blusas ajustadas. Matt había desarrollado una especial predilección por observarle el gigantesco trasero, aunque con el tiempo hubo otras actividades además de avistar culos. Había cogido dos o tres prendas íntimas de la mujer, que conservaba como tesoros masturbatorios, y la más osada de todas: tocarse los genitales cuando ella entraba en su habitación en busca de ropa sucia o por cualquier otra razón. Normalmente, la mujer no lo veía, pero a Matt le gustaba pensar que sí. Había pasado horas en el baño o en su habitación elaborando situaciones ficticias que tenían a Alice como protagonista. En la mayoría de ellas, la mujer lo descubría desnudo.

Ahora era el turno de Danna. Matt permitió que su cabeza imaginara un encuentro con ella. La tarea fue sumamente sencilla, mientras su mano izquierda siguió haciendo su trabajo.

Cerró los ojos.

Dedicó los siguientes minutos a adornar la imagen mental de Danna, hasta que un sonido estridente hizo que abriera los ojos de golpe. Se irguió, pensando que no había cerrado la puerta con llave y que alguien había entrado sin llamar, pero descubrió con alivio que no era así. Rápidamente comprendió que se trataba de su móvil.

La pantalla mostraba un número sin identificación. Matt supo de inmediato que aquella llamada no podía traer buenas noticias, pero que ignorarla no haría más que complicar las cosas.

—¿Quién es? —dijo con voz firme.

—Hola, Matt. ¿Has tenido alguna novedad para mí?

Silencio.

El Zorro pronunció las siguientes palabras con forzada lentitud:

—Vamos, no puedo hacerte daño por teléfono. ¿Has averiguado algo de mi droga?

Matt experimentó cómo su pene se reducía al tamaño de una oruga anciana y sus fantasías se marchaban a una galaxia lejana. Ahí estaba este sujeto, llamándolo a su propio móvil, y lo peor de todo es que no tenía muy buenas noticias para él.

—La carga está a salvo.

—Muy bien. ¿Hay algo que deba saber?

Matt tuvo la horrible sensación de que el Zorro sabía que Danna Green había descubierto la droga y que lo estaba poniendo a prueba. No tenía sentido, pero no le pareció buena idea no mencionarlo.

—Pu… puede que la señora Green sepa algo.

Se produjo un silencio de unos segundos en los que Matt pensó que se desmayaría.

—¿Puede? —dijo el Zorro al fin.

—Pero lo arreglaré. No dirá nada. Sé cómo hacerlo, en serio.

—¿Cómo lo harás?

—Me reuniré con ella. Creo…, creo que quiere tener algo conmigo.

—¿Contigo?

—Sí. Pero después de verme no dirá nada, se lo aseguro.

—¿Vas a matarla, Matt?

Silencio.

—Tranquilo, sólo bromeaba. Sé que no vas a matar a Danna Green.

—No lo haré, señor.

—El nombre de David Sallinger te será de utilidad —dijo el Zorro en tono reflexivo—. Dile que sabes lo de Sallinger…

—¿Quién es Sallinger?

—No te importa. Como te he dicho ayer, Danna Green ha estado metiendo las narices donde no debe. Es todo lo que debes saber. Cítate con ella mañana a las diez. Puedes usar la casa de tu *socio*.

—No habrá problemas, se lo aseguro.

—Confío en que resolverás esto, Matt. Disfruta tu encuentro.

La comunicación se interrumpió. Matt temblaba.

OceanofPDF.com

7

Esa noche, la cena en casa de la familia Green tuvo dos peculiaridades. La primera, y que todos ellos advirtieron, era que el aire se cortaba con un cuchillo. La segunda, y que lógicamente ninguno de ellos sabía, era que sería la última que compartirían.

Rosalía

Depositó dos fuentes con lasañas sobre la mesa y en tono bajo preguntó si estaba todo en orden. Normalmente, hubiera recibido una respuesta clara por parte de Robert o quizás alguna instrucción por parte de Danna, pero no fue el caso esta vez. Y en cierto modo se sintió agradecida. Lo que más deseaba en ese momento era retirarse a la cocina, comer algo si su estómago se lo permitía y luego encerrarse en su habitación. A eso se había reducido su vida con la familia Green últimamente.

Antes de marcharse echó un vistazo a la silla que hasta unas semanas atrás ocupaba Ben, para luego dedicar al resto una mirada rápida. Todos daban cuenta de su comida con la vista fija en sus respectivos platos y la mirada inexpresiva. Desde que Ben no compartía la mesa con ellos habían cambiado muchas cosas, algunas incluso escapaban a la comprensión de Rosalía. Más allá de la pérdida intolerable que podía significar la muerte de un hijo, cuyo dolor ciertamente ella apenas podía imaginar, la realidad era que había desencadenado en la vida de los Green algo inesperado. No sabía

exactamente qué, pero estaba convencida de dos cosas: la primera era que, contrariamente a lo que cabría suponer, las cosas estaban siendo cada vez más difíciles para la familia; y la segunda, que todo aquello estaba relacionado con el encuentro que había tenido en el umbral de la puerta de su habitación la noche anterior a la búsqueda en el bosque.

Robert

Alzó la vista un par de veces para observar a Danna, que de todos modos no pareció advertirlo.

Los años de convivencia traen consigo un conocimiento visceral de lo que ocurre en la cabeza del otro. La negación a querer verlo… es algo totalmente diferente. Y Robert debía reconocer que una buena cuota de esto último había empañado su visión de las cosas durante los últimos días. Danna había estado actuando de forma extraña, y el hecho iba más allá de la muerte de Ben. Incluso frente a un acontecimiento devastador como éste, Robert creía saber cómo reaccionaría ella. Aun así, muchas de sus actitudes de los últimos tiempos no encajaban en ese patrón.

Casi podía entenderlo en base a su propia experiencia: él también había actuado de forma diferente a la esperada. Un ejemplo lo constituían sus especulaciones acerca del autor de la nota hallada en su agenda electrónica.

Tu mujer te engaña. ¡Todo el mundo lo sabe!

El primer indicio de que el mensaje podía ser cierto había tenido lugar el martes, cuando Danna regresó de su clase de pintura. Robert sabía que las clases eran los lunes y miércoles, y si bien en circunstancias normales hubiera pasado el detalle por alto, ese día, con el mensaje guardado en el bolsillo trasero de su pantalón, no lo hizo. ¿Qué le dijo ella más tarde? Algo acerca de Danny, el hijo de Rachel. Después de observar cada centímetro del rostro de su esposa, mientras ella colocaba sus pinturas en los estantes del estudio, Robert había decidido que decía la verdad. No importaba lo que algún lunático hubiera escrito en un papel para esconderlo luego en su agenda electrónica; su esposa le estaba dando en aquel momento una

explicación absolutamente lógica y él no tenía por qué dudar de ella. ¿No es cierto?

Sentir que tu esposa se transforma en una galaxia lejana resulta aterrador. Comprender que nuestro entendimiento se limita a una observación pasiva en busca de señales reveladoras no resulta un descubrimiento alentador cuando la vida se precipita por un tobogán cuya leyenda final reza: *Bienvenido a los cincuenta. Si no se ha sentido cómodo en el viaje… ¡lo sentimos! ¡No le devolveremos su dinero por nada del mundo!* No importa haber compartido una veintena de años, infinidad de cenas como la de ese momento o la concepción de hijos; cuando se produce un alejamiento, nuestro rol se modifica y nos convertimos en meros observadores. Expertos, eso sí; dotados del bagaje de conocimiento que proporcionan años de convivencia.

Danna nunca había sido una mujer comunicativa. Su manera de decir ciertas cosas era directa y concisa; prefería lanzar un cubo de agua fría que salpicar abriendo y cerrando las manos. Así la había conocido Robert y se había acostumbrado a ello. Para otras cosas, era una mujer sutil, como tantas, que elegía (consciente o inconscientemente) enmascarar ligeramente sus mensajes. Así había funcionado su matrimonio durante muchos años, pero siempre en base a cierta comunicación. Danna a su manera y él a la suya.

Últimamente, ese vínculo se había roto. Con él había desaparecido rápidamente la confianza y habían crecido las sospechas.

Y allí estaba él ahora, llevándose a la boca un trozo de lasaña con la convicción de que Danna se veía con otro hombre. El mensaje encontrado en su agenda electrónica le había abierto los ojos, pero lo que había visto de ahí en adelante, ahora en su postura de marido observador, no había hecho más que confirmarlo. Danna se había comportado de un modo extraño, sin dar explicaciones acerca de sus movimientos. Robert añadiría incluso que había *mentido* acerca de ellos.

Andrea

No había intercambiado una palabra con Danna desde la pelea de esa tarde y pensó que marcharse a su habitación antes de tiempo podría darle a su madre una oportunidad de llamarle la atención. Optó por comer su porción de lasaña con lentitud y esperar a que sus padres abandonaran la mesa primero. El clima enrarecido que se cernía sobre ellos esa noche la convenció de que sería lo mejor. Incluso su padre parecía más preocupado que de costumbre.

Mantuvo la cabeza gacha y se dedicó a repasar su encuentro con Matt. Hacerlo hizo que los minutos pasaran más deprisa y que finalmente recapacitara en que también Matt se había comportado de un modo extraño con ella antes de marcharse; como si algo lo perturbara.

Danna

Robert la observaba.

Probablemente sospechaba que algo no iba bien; no era estúpido y, por encima de todo, la conocía al dedillo.

Ella había esperado arrojar algo de luz esa misma tarde sobre lo que ocurría. Eso sin duda hubiera ayudado a que las cosas volvieran a la normalidad; sin embargo, la visita a Heaven On Earth no había hecho más que confundirla. Sallinger muerto en extrañas circunstancias era una noticia que no había esperado, y que ciertamente lo excluía de la lista de sospechosos. Si Sallinger llevaba muerto más de un año, y suponiendo que hubiera hablado con alguien acerca de la relación que los había unido, ¿por qué se interesaría *ese alguien* en hacérselo saber después de tanto tiempo?

No tenía respuesta.

Alzó la vista.

Andrea

¿Por qué me observa?

Danna

¿Podía Andrea tener algo que ver con el mensaje?

Tal vez había escuchado una conversación suya con Rachel, o con el propio Sallinger. Era una posibilidad que explicaba la facilidad con que el autor se había introducido en la casa, aparentemente sin dejar rastro. Y en cuanto al tiempo que había transcurrido desde el episodio con Sallinger, quién sabe; la relación entre ellas no era buena últimamente. No difería de cualquier relación madre-hija adolescente, pero en este caso acompañada por la pérdida de un miembro de la familia. Quizás Andrea no estaba sobrellevando la muerte de su hermano como aparentaba. Quizás…

Quizás Andrea culpaba a Danna por la muerte de Ben.

Era una idea nueva, y se permitió analizarla con seriedad. Si tal cosa era cierta, entonces el mensaje hallado sobre la cama cobraba perfectamente sentido. Suponer que Andrea había actuado de un modo inconsciente era difícil de creer, aunque resultaba coherente con la reacción que había tenido esa tarde cuando ella le mostró la carta del conejo.

Danna se encontraba ensimismada en sus pensamientos hasta tal punto que apenas había probado bocado. Al levantar la vista, advirtió que tanto Andrea como Robert la observaban con fijeza. Un sonido al que no había prestado atención llegó a sus oídos y la arrancó definitivamente de sus cavilaciones.

Rosalía

Seguía en la cocina cuando el sonido la sobresaltó.

La casa se hallaba sumida en una inusitada quietud esa noche. Nadie había hablado durante la cena y el televisor había permanecido apagado. Rosalía estuvo a punto de dejar caer la taza que pretendía colocar en la alacena cuando el móvil de Danna comenzó a sonar sobre la encimera. No lo había visto hasta ese momento.

Regresó al comedor llevando el teléfono consigo.

Tanto Robert como Andrea observaban a Danna, quien parecía ser la única que no había advertido el timbre de su propio teléfono.

Danna

Se puso en pie instintivamente. No esperaba una llamada. Dio media vuelta y se marchó a su habitación.

Robert

¿Por qué se marcha? ¿Quién la llama a estas horas de la noche?

Danna

Una vez en su habitación, cerró la puerta tras de sí, y justo en ese momento oprimió el botón correspondiente para responder la llamada. Su instinto le decía que no sería buena idea hacerlo rodeada de su familia, y esta vez estuvo en lo cierto.

—¿Quién habla?

—Matt.

—¿Gerritsen?

—Sí. He sido bastante rápido, ¿verdad…?, no creíste que llamaría tan rápido.

—Matt, ¿Estás…? ¿Estás ebrio o algo por el estilo? —Su voz al menos así lo evidenciaba.

—Algo así. No importa. Lo que importa es que ahora compartimos algunos secretos. Y si he de ser sincero, debo decir que me has sorprendido… Pero apuesto a que yo también puedo sorprenderte… ¿El nombre de Sallinger significa algo para ti?

Danna sintió que sus pies se aflojaban. Se sentó al borde de la cama. Cambió el teléfono de mano y utilizó esos segundos para pensar.

Misterio revelado: Gerritsen había dejado el mensaje en su cama. De algún modo se había enterado de su relación con David Sallinger.

¿Qué pretendía?

Procuró formular la siguiente pregunta de un modo diferente al que él esperaría; el muchacho estaba borracho o posiblemente drogado…, debía sacar alguna ventaja de eso.

—¿Dónde quieres que nos veamos?

Efectivamente la pregunta pilló a Matt desprevenido. Su respuesta no llegó inmediatamente.

—Tengo un sitio, no te preocupes. ¿Puedes tomar nota?

—Sí —dijo Danna mientras buscaba la agenda en su bolso.

Matt le dictó la dirección de la casa de la abuela de Randy. Le dijo que podrían verse al día siguiente, a las diez. Danna no puso objeciones.

—¿Qué es lo que tienes en mente? —Danna formuló la pregunta procurando ser lo más suave posible. Convenía no perder el control hasta comprender qué se traía Gerritsen entre manos.

—¿No puedes hablar? —La voz enredada de Matt se volvió pegajosa.

—Exacto —mintió Danna.

—Ya veo. Deja que yo lo haga entonces. Me cuesta hacerlo, mi lengua… —Una risa—. Pero me aseguraré de que lo haga mañana, a las diez…

Danna sentía su corazón acelerado. Se sintió incapaz de contraatacar. Ensayó un par de respuestas rápidas, pero ni siquiera sonaron acertadas dentro de su cabeza.

—Apuesto a que no esperabas esto —dijo Matt.

—Ciertamente no.

—Nos vemos mañana. A las diez…

—Claro que sí. Adiós.

—Adiós.

Danna permaneció con el teléfono a la altura del oído, incapaz de moverse. Advirtió que la mano que descansaba sobre su pierna temblaba. Cuando logró romper la parálisis que se había apoderado de ella, no pudo hacer más que desplomarse sobre la cama y mirar el techo con la vista desenfocada.

¿Quería una respuesta?

Allí la tenía.

¿El nombre Sallinger significa algo para ti?

Paseó la vista por la habitación. Imaginó la figura furtiva de Gerritsen desplazándose por ella, procurando no hacer ruido e inclinándose sobre la cama para dejar cada una de las cartas del conejo.

¿Y si simplemente ignoraba la llamada?

Quizás si él veía que ella no se sentía intimidada por sus maniobras de extorsión, simplemente se olvidara del asunto. Era evidente que no la había llamado en pleno uso de sus escasas facultades mentales.

Pero ¿y si se equivocaba?

Necesitaba conocer un poco mejor las intenciones de Gerritsen, y en ese momento supo que al día siguiente lo visitaría. No tenía por qué pasar nada que ella no quisiera. Hablaría con él. Lo estudiaría. Procuraría disuadirlo de sus intenciones, si tal cosa era posible. Sabría cómo se había enterado de su relación con Sallinger; tal vez incluso podría averiguar si contaba con alguna prueba.

Eso haría. Estaba decidido. Una vez que se viera con Gerritsen cara a cara, estaría en condiciones de determinar cuál era la mejor manera de proceder.

Siguió tendida en la cama un buen rato, sintiéndose cada vez más intranquila en cuanto al giro que estaban tomando los acontecimientos, pero creyéndose al menos más cerca de terminar con todo aquello.

No sabía cuán equivocada estaba.

OceanofPDF.com

Capítulo 10: Sesión de hipnosis

OceanofPDF.com

1

Sábado, 4 de agosto, 2001
Primera parte

La excitación de Mike y de Allison frente al reproductor portátil de cintas era comparable a la de dos adolescentes a punto de convocar a un espíritu con una tabla *ouija.*

Mientras Allison introducía la primera cinta en el compartimento y se disponía a presionar la tecla de reproducción, Mike pensó que era probable que Robert no hubiera dicho nada relevante durante la sesión de hipnosis. Su amigo simplemente podía haber relatado un episodio de *Bonanza,* o cómo *Lassie* era atrapada por una trampa para osos.

Allison activó el reproductor.

La cinta echó a correr.

[Skempton]: No es indispensable dormirse por completo, pero si siente sueño, no se resista, es posible que abandone la sensación de bienestar que lo embargará en un momento. Con esto en mente, debe mirarme a los ojos y permitir que agarre sus pulgares… Así. Muy bien.

[Dos minutos de silencio]

[Harrison]: Skempton, ¿será mucho tiempo así? Debería detener la cinta.

[Skempton]: Silencio, por favor.

[Treinta segundos de silencio]

[Skempton]: Sus párpados quieren cerrarse… Sus párpados parecen pesar… Pesan… Sus párpados pesan… Hay niebla frente a sus ojos… Sus párpados pesan… pesan cada vez más, y más… Dentro de poco sus ojos se van a cerrar… va a sentir somnolencia… La niebla se espesa y sus párpados cada vez pesan más… pesan más… más… Pasa el tiempo y sus párpados se hacen más pesados… más y más pesados… los ojos le pican… la niebla le impide ver… ya no ve nada… sus ojos se cierran poco a poco… siguen cerrándose… sus párpados pesan… pesan mucho…

[Pausa]

[Skempton]: Cuando cuente hasta cinco sus ojos van a cerrarse completamente… Uno… sus párpados siguen aumentando de peso… Dos… sus párpados se cierran… Tres… sus párpados se han cerrado y seguirán cerrados… Cuatro… sus párpados pesan como plomo… Cinco… se adormece…

[Veinte segundos de silencio]

[Skempton]: El sueño lo vence… Le resulta imposible no pensar en dormir… Su cuerpo languidece… poco a poco todo se vuelve borroso… sólo escucha mi voz… Tiene sueño… mucho sueño… Siente un deseo irrefrenable de dormir… dormir… dormir… Cada palabra lo adormece… Tiene cada vez más sueño… Se desliza hacia un sueño profundo… muy profundo… Duerme… duerme… duerme…

[Veinte segundos de silencio]

[Skempton]: Duerme profundamente. Ahora está en una sala de cine… Una sala de cine para usted solo… Está viendo una película… una película que cuenta su vida, cada detalle de su vida… la película muestra lo que está ocurriendo aquí, en este momento, mientras usted duerme plácidamente… En este preciso instante, la película comienza a correr hacia atrás… Usted se ve haciendo lo que hizo ayer, en su trabajo… La cinta retrocede… retrocede en el tiempo y usted puede ver con claridad cada uno de los días pasados… Esta película le permite ver el pasado… su pasado… Las imágenes de los días pasan a gran velocidad… pero usted advierte cada detalle… Y así llegamos al día que queremos recordar… allí está usted…

agazapado… se ve en la película… ¡se ve con una claridad que le asombra…! Está observando la guardería a la que asistió Lisa Carlson… y recuerda cada detalle… ¿Puede verlo?

[Silencio]

[Skempton]: ¿Puede verlo?

[Robert]: Sí.

[Skempton]: Cuéntenos qué ve…

[Robert]: Más atrás…

[Silencio]

[Skempton]: ¿Ve algo más atrás?

[Robert]: No… más atrás.

[Silencio]

[Robert]: La he dejado en el césped… puedo verlo. Yo… la he dejado en el césped…

[Skempton]: ¿Qué es lo que ha dejado en el césped?

[Robert]: La llave inglesa. Está allí… en el césped…

[Skempton]: ¿Ha llevado una llave inglesa a la guardería? ¿Con qué propósito?

[Robert]: Para modificar la altura del sillín de mi bicicleta…

[Silencio]

[Harrison] [Apenas audible]: ¿Qué dice?

[Skempton] [Apenas audible]: Está recordando algo, posiblemente de su infancia…

[Harrison] [Apenas audible]: ¿Qué debemos hacer?

[Skempton] [Apenas audible]: Dejarlo hablar, desde luego… Sólo así lograremos que se remita a la fecha que buscamos.

[Harrison] [Apenas audible]: ¿Detengo la cinta?

[Skempton] [Apenas audible]: De ninguna manera… necesitaré una copia de esto… siga grabando.

[Skempton]: Cuéntenos lo que ve… Cuéntenos lo que ve en la película…

[Robert]: Suena el teléfono. Corro hacia él. Es mi madre. Al dejarme caer en el sofá para hablar con ella, la llave inglesa está en mi mano. Sin

advertirlo, la dejo caer detrás de un cojín. Luego regreso al jardín delantero de la casa. La llave inglesa no está. Ha desaparecido. Sé que la he dejado sobre el césped. La busco desesperadamente. La busco lejos de la bicicleta y, aun así, no la encuentro. Es… es como si se hubiera esfumado… sólo que está detrás del cojín del sofá. Pero no tengo manera de saberlo.

[Cinco segundos de silencio]

[Robert]: No sé qué hacer. Es la llave inglesa de mi padre. Me tiene prohibido tocar sus herramientas. Me pegará si descubre que he cogido una…

[Cinco segundos de silencio]

[Harrison] [Apenas audible]: ¿Qué ocurre, Skempton? Está llorando…

[Skempton] [Apenas audible]: Sí, es normal. No diga nada más, por favor.

[Skempton]: ¿Qué piensa hacer?

[Robert]: No sé. Mi madre está fuera de la ciudad. A mi padre le gusta beber cuando esta solo. Probablemente regrese borracho, pienso… No tardará en descubrir que ha desaparecido una de sus herramientas. Lo descubrirá tarde o temprano. Y me echará la culpa.

[Sollozos]

[Robert]: Pero hay una solución.

[Skempton]: ¿Qué solución?

[Robert]: Tengo que irme de casa. Irme lejos; donde mi padre no pueda encontrarme.

[Skempton]: ¿Cómo lo hará?

[Robert]: Mi padre regresará borracho. Puedo mantenerme alejado de él esa noche. Al día siguiente podré despedirme de mi madre antes de marcharme. No puedo hacerlo sin verla… sin abrazarla por última vez.

[Sollozos]

[Robert]: Está decidido. Prepararé mis cosas y esperaré al día siguiente. Luego me iré de casa. Me iré a donde mi padre no pueda encontrarme. No voy a permitir que me pegue más. Nunca más.

[Veinte segundos de silencio]

[Se pierde el sonido ambiente]

La tecla de reproducción saltó con un sonido seco.

Allison se dejó caer contra el respaldo del sofá.

—Dios mío —murmuró.

Mike se masajeó los ojos con los dedos, luego el puente de la nariz.

—No sé si quiero seguir escuchando.

—Tenías razón en cuanto a la grabación —dijo Allison—. La experiencia debió de ser sumamente traumática para Robert.

—Quizás más de lo que imaginamos.

—¿Qué tal un poco de café?

—Vendría bien.

Allison salió rumbo a la cocina y Mike permaneció pensativo. Ahora conocían la razón por la que Robert había decidido irse de su casa. Podía resultar una razón estúpida para un adulto (aunque a Mike no le resultaba para nada estúpida), pero no para un niño. Conociendo a Ralph, sabía de lo que podía ser capaz. Coincidía al cien por cien con su amigo en cuanto a las consecuencias que podía acarrear la pérdida de una simple herramienta.

Cuando Mike conoció a Robert, se había sorprendido, y luego maravillado, por el modo meticuloso en que trabajaba su mente. Funcionaba paso a paso, sin dejar cosas inconclusas detrás, concentrada en hacer todo cuanto fuera necesario. Si cogía un objeto de la alacena, Robert la cerraba, independientemente de si debía devolver el objeto a su sitio segundos después. Lo mismo hacía con las luces de la casa: nunca las dejaba encendidas si no hacían falta. Y la razón era simple: *Podía olvidarlas encendidas*. Solía explicar el motivo con naturalidad, como si olvidar una luz encendida o la puerta de la alacena abierta pudiera acarrear una tragedia.

El asunto es que, tratándose de Ralph, así era exactamente.

Ralph no era una persona meticulosa, ni mucho menos; la realidad es que la mayoría de esas cuestiones en las que Robert ponía tanta atención pasaban normalmente desapercibidas para su padre. Pero, de vez en cuando, Ralph advertía algo fuera de lugar… y eso era suficiente.

Era difícil saber si la mente de Robert presentaba una predisposición para analizar su vida cotidiana con la meticulosidad con la que lo hacía, o si esto era una consecuencia del modo en que había sido criado. Seguramente se trataba de esto último, o una combinación de ambas cosas. Las personas, en especial cuando son niños, se adaptan a casi cualquier situación.

Allison regresó con dos tazas de café.

Aún faltaba responder algunas preguntas. Por ejemplo: si Robert había decidido marcharse de casa, ¿por qué había regresado? ¿Qué ocurrió esa noche cuando volvió Ralph?

Tras dar vuelta a la cinta, siguieron escuchando…

OceanofPDF.com

2

La llave inglesa se había esfumado. Punto. Era imposible. Sí. Pero darle más vueltas al asunto no resolvería sus problemas.

Robert Green, de diez años, clavaba los ojos en el acceso al desván cuando el pensamiento lo golpeó como un puñetazo.

La idea de marcharse fue una consecuencia lógica, y el desván, la respuesta a cómo llevar a cabo sus planes. Sabía que su madre regresaría al día siguiente, y si había algo que Robert tenía claro, era que no podría irse sin antes despedirse de ella. Debbie no lo entendería en ese momento, pero sí lo haría más tarde, cuando él estuviera lejos. Incluso podría dejarle una carta, pensó, y la idea iluminó su rostro. Le diría que la amaba y que la echaría de menos; a ella y a Marcia.

Mientras tanto, el desván le serviría como escondite.

Era la primera vez que pensaba en él. Ni siquiera recordaba haber sabido de su existencia. De pronto había advertido la placa de vidrio como si se tratara de una señal, y supo que allí estaría seguro hasta la llegada de su padre. Allí podría pasar la noche. Si estaba en lo cierto, y algo en su interior aseguraba que así era, Ralph estaría demasiado borracho como para emprender una búsqueda minuciosa por la casa. Se limitaría a llamarlo a viva voz, maldeciría algunas veces y eso sería todo.

Al día siguiente, Ralph saldría a buscarlo y él tendría la oportunidad de despedirse de Debbie como correspondía, para luego marcharse. Podría ir al bosque y quedarse allí un tiempo, cazar un mapache o algún animal

pequeño, quién sabe. Incluso su amigo Mike podría llevarle de comer, aunque la idea no terminó de convencerlo. Involucrar a su amigo lo comprometería, por lo que decidió que sería mejor dejarlo al margen, al menos al principio.

Conforme con su plan, se dirigió hacia el jardín de la parte delantera silbando una canción. Allí vio su bicicleta, ahora con el sillín desproporcionadamente alto respecto al manillar, lo cual lo llevó a pensar cuán lejos habían quedado sus planes para ese día. Ni siquiera podría utilizar su bicicleta para huir. La colocó de nuevo en su sitio e hizo lo propio con el cuchillo de jardinería y los trapos de

Debbie.

Se dirigió al garaje. Sin la furgoneta de Ralph, el espacio era sumamente amplio. Recorrerlo con la vista puesta en el soporte de las herramientas en el lado opuesto constituyó una experiencia extenuante. La silueta de la herramienta desaparecida resplandecía con el brillo delator del esmalte con que Ralph la había pintado. La suerte no estaba de su lado: la llave inglesa ocupaba la posición central entre las herramientas.

Debajo del banco de trabajo encontró algunas cajas de cartón. Escogió una que le pareció adecuada sin saber exactamente qué colocaría en el interior. No debía ser demasiado grande ni pesada, convino, pues tendría que cargar con ella bastante tiempo. *Hasta instalarse.* Probó la resistencia del fondo mientras se dirigía hacia su habitación y al llegar colocó la caja sobre la cama. Sería la mudanza más pequeña del mundo, pensó con un dejo de diversión. Extrajo algo de ropa del armario y la distribuyó en el fondo. Eligió dos libros para el tercio siguiente; uno de ellos era un ejemplar de *La isla misteriosa* que aún no había leído y que reservaba para cuando tuviera edad suficiente. Aunque Robert no sabía exactamente cuándo sería eso, lo cierto es que las ilustraciones le despertaban especial interés.

Escoger el resto de lo que colocaría en la caja no fue sencillo. Después de depositar los libros en ella, se detuvo frente a la estantería, que albergaba el resto de sus pertenencias; en particular se concentró en las cartas de Marty el conejo, olvidadas junto a un tren eléctrico destartalado. Hacía

tiempo que no las utilizaba, pero aquel simple vistazo despertó recuerdos dormidos de su infancia. Decidió que las llevaría consigo casi sin darse cuenta. Las depositó junto al resto de sus pertenencias y probó el peso de la caja ahora cargada, el cual le resultó aceptable. Utilizaría cordel para atarla, pero lo haría al día siguiente. Antes de marcharse debería coger algo de comida, lógicamente.

En el garaje encontró el cordel que buscaba. De regreso, se detuvo en la cocina, donde atrajo su atención el soporte de madera que albergaba los cuchillos grandes. Dio un paso vacilante y se detuvo. Si tenía intenciones de cazar, necesitaría un cuchillo, desde luego. Además… un cuchillo podía ser utilizado para muchas otras cosas. Podría usarlo para pelar una fruta, por ejemplo.

Lo necesitaba.

Eligió uno de los tres cuchillos. El del centro. Mientras la hoja se deslizaba por el soporte de madera, se vio a sí mismo reflejado en ella: su mano gigante y su cuerpo deformado y pequeño. Cuando lo tuvo delante de él, empuñándolo de forma inapropiada, lo observó unos segundos con fascinación, preguntándose si sería capaz de salir de la cocina con el cuchillo en su poder. Si bien los utensilios de cocina y la cocina misma eran incumbencia de su madre, Ralph intervendría de inmediato ante una desobediencia como ésa. Sentía un hormigueo extraño en el estómago. Saltarse las reglas de oro de Ralph tenía su lado interesante, se dijo sin apartar sus ojos de la hoja, como hipnotizado.

Sacó la lengua.

El niño deforme reflejado en la hoja también lo hizo.

Robert acercó la hoja del cuchillo a su lengua. Tres centímetros. Dos. Uno.

—¿Qué tal eso, Ralph?

El sonido de su propia voz lo sobresaltó. ¿Había hablado realmente? Se volvió en busca de alguien que pudiera haberlo oído, o en busca del verdadero dueño de la voz que acababa de escuchar.

En la cocina no había nadie más que él.

Regresó a su habitación y depositó el cuchillo dentro de la caja. Procuró esconderlo entre su ropa, como si el hecho de no verlo minimizara su existencia.

Ató la caja provisionalmente con el cordel, de manera que pudiera abrirla al día siguiente para colocar la comida dentro. Comprobó nuevamente el peso y esta vez, satisfecho, salió al pasillo y se dirigió al baño. Podría esconder la caja en cualquier lado de la casa, pero estaría más tranquilo si la tenía consigo. Se subió trabajosamente al lavabo, advirtiendo que éste no estaba firme del todo y que se desplazaba ligeramente bajo su peso. Deslizar el vidrio esmerilado fue sencillo. Introdujo la caja por el boquete y la depositó a un lado. Para hacerlo fue necesario estirarse cuan largo era, por lo que comprendió que alzarse él mismo le costaría ciertamente más esfuerzo del que había previsto.

Estaba a punto de emprender la tarea cuando se detuvo en seco.

Se bajó del lavabo con agilidad y se desplazó hasta el retrete.

Orinó haciendo golpear un chorro amarillento contra la taza blanca que él mismo había limpiado con tanto empeño hacía unas horas. Mientras dirigía el lanzamiento, un movimiento erróneo hizo que algunas gotas salpicaran la tapa e instintivamente se inclinó hacia el rollo de papel higiénico para deshacerse de ellas, pero vaciló… y finalmente las dejó.

Miró hacia el techo, hacia la placa de vidrio desplazada y la negrura que se asomaba junto a ella. Era la segunda vez en menos de diez minutos que se quedaba encandilado mirando un punto fijo.

El ascenso al desván fue tan dificultoso como había previsto, o quizás más. Mientras se balanceaba, sujeto únicamente con sus antebrazos, creyó que no resistiría su peso y caería al suelo, o peor aún, imaginó que los laterales cedían y perdía los únicos apoyos que tenía, lo cual sin duda constituiría una caída aún más inesperada y por ende más desagradable.

Cuando logró subir, respiró aliviado y se apresuró a colocar de nuevo la placa de vidrio en su sitio.

Concentró su atención en el desván y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Era poco lo que podía ver, aunque sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la escasa luz que se filtraba desde abajo. Si había un momento para

echarse atrás, se dijo, era éste. La oscuridad que lo envolvía era la síntesis del error que estaba cometiendo. En su interior algo le decía que ése era el comienzo de algo que empeoraría con el tiempo. Pero entonces pensó en la llave inglesa y supo que estaba haciendo lo correcto.

Esperaría a que Ralph llegara a casa.

OceanofPDF.com

3

[Sonido ambiente]

[Veinte segundos de silencio]

[Skempton]: ¿Qué ocurre cuando regresa su padre?

[Diez segundos de silencio]

[Skempton]: Díganos qué ocurre cuando llega su padre… Usted puede verlo… puede verlo en la pantalla… con total claridad… ¿Qué ocurre cuando regresa su padre?

[Robert]: Él piensa que no estoy en casa. Está borracho… y se enfada conmigo. Piensa que me he ido, pero yo puedo oírlo… él no lo sabe.

[Diez segundos de silencio]

[Skempton]: ¿Qué dice su padre?

[Robert]: Puedo oírlo… él… está enfadado conmigo… habla con Marcia… le habla a Marcia… le dice… cosas horribles…

[Harrison] [Apenas audible]: ¿Ha dicho Marcia?

[Skempton] [Apenas audible]: Así parece.

[Cinco segundos de silencio]

[Robert]: Tengo miedo. Quiero permanecer escondido.

[Skempton]: Está a salvo… está en el cine… recuérdelo… simplemente está viendo todo en la pantalla… nadie puede hacerle daño ahora…

[Robert]: Mi padre… él… dice…

[Sollozos]

[Skempton]: ¿Qué dice su padre?

[Robert]: Él… le ha hecho daño… a Benjamin…

[Harrison] [Apenas audible]: ¿Benjamin? Imposible…

[Skempton] [Apenas audible]: ¿Quién rayos es Benjamin?

[Harrison] [Apenas audible]: Su hijo, es apenas un crío. Pensé que hablaba del pasado. No tiene sentido…

[Robert]: Él… le ha hecho daño a Benjamin… Él…

[Los sollozos se transforman en llanto lento]

[Harrison] [Apenas audible]: Skempton, deténgalo por favor…

[Skempton]: Tranquilícese… la película se desliza hacia adelante… no tiene que ver… no tiene que escuchar… la película simplemente… se desliza… Vea cómo se desliza… la imagen avanza… Avanza hasta donde usted se siente…

[Interrupción de audio violenta]

Allison detuvo la cinta. La voz de Skempton flotó en torno a ellos hasta diluirse.

—¿Mike, qué ocurre, por Dios? Casi me matas del susto…

Allison aún podía sentir la mano fría de Mike apoyándose en su antebrazo antes de comenzar con los ademanes frenéticos para que detuviera el reproductor. El corazón le latía con fuerza. Poco a poco iba recobrando el aliento.

—Mike, ¿estás bien? Estás pálido.

Mike, desencajado, logró articular una única palabra:

—Benjamin.

—Sí, no tiene sentido. Me ha confundido al igual que a Harrison. Se supone que Robert era un niño en aquel entonces.

—Benjamin era su hermano… —articuló Mike sin prestar atención a las palabras de Allison.

—¿Robert tenía un hermano?

—Sí. No lo conoció. Un niño con algún retraso, es poco lo que sé. Me enteré muchísimo después de haber conocido a Robert.

—Increíble.

—Sé que el niño murió en un accidente, aunque no estoy seguro. Robert llamó a su propio hijo como a su hermano. Según creo, fue a instancias de Debbie.

—Entonces, lo que Robert supo ese día espiando a su padre fue…

—Ha dicho que Ralph le hizo *daño* a Benjamin.

—Mike, ¿crees que Ralph pudo haber… *matado* a Benjamin?

Al pronunciar estas palabras, Allison sintió que la garganta se le secaba.

—En función de lo que has escuchado de Ralph Green, ¿tú qué crees?

—¡Dios mío!

OceanofPDF.com

4

Sólo parte de su camisa a cuadros estaba dentro de los pantalones de trabajo. Los faldones de la otra mitad colgaban hasta la rodilla. Su cabello, peinado esa mañana, seguía ahora el patrón de la camisa, sacudiéndose en mechones sobre la frente perlada de sudor.

Ralph Green se apoyó contra la pared del pasillo para recuperarse. El aliento ebrio surgía de su boca en pequeñas ráfagas calientes. Apoyaba su mano en el empapelado gastado cuando, ante sus ojos vidriosos, la pared se desmoronó sobre él. Fue curioso, porque no sintió presión sobre sus dedos, sino como si éstos traspasaran el muro y éste simplemente… arremetiera contra él. Retrocedió asustado, trastabilló y estuvo a punto de caer cuando su cadera golpeó contra el marco de la puerta de acceso al pasillo. Sintió una punzada de dolor clavándose en la cadera, extendiéndose rápidamente a su columna y haciendo que se doblara en dos. Maldijo, al tiempo que lanzaba una mirada furtiva al suelo de la casa, moviéndose como si los listones de madera flotaran en agua, y amenazando con lanzarlo de bruces y romperle la mandíbula. ¿Por qué la casa le hacía eso? La casa que él mismo había diseñado y construido ahora lo trataba de aquella manera hostil.

Procuró avanzar por el pasillo, esta vez con los brazos abiertos, sosteniéndose en los dos muros laterales, cuyo propósito evidente era aplastarlo. Cuando con dificultad llegó al otro extremo, supo que la casa no era la culpable de nada, como había creído al principio. La culpa era de Robert. Si el niño hubiera respondido a su llamada la primera vez, él estaría

ahora acostado en la cama, descansando plácidamente. Sin embargo, se había ido de casa; probablemente al bosque o con ese amigo nuevo que tenía: el hijo de Dawson.

—¡Oye…, mierda! —volvió a gritar al comedor vacío, sabiendo que no obtendría respuesta.

Se sorprendió por la claridad con que sus pensamientos se formaban en su cabeza. Era su cuerpo el que no respondía como debía. Y ésta había sido la razón por la que había tenido que regresar a pie desde la casa de Frank Dodger, dejando abandonada su furgoneta. Ahora que lo pensaba, Frank también tenía algo de culpa. Si no se hubiera puesto pesado con lo de rememorar viejas anécdotas y beber unas copas, nada de eso hubiera pasado. Pero estaba ese otro sujeto cuyo nombre se le escapaba ahora, ese amigo de Frank al que no conocía, con su rostro asustado y sonriente. Frank había estado bebiendo unas cervezas con su amigo cuando Ralph pasó a saludarlo *sólo un momento,* y tuvo la idea brillante de presentarlo como la persona con el arsenal de anécdotas de mujeres más graciosas. «Cuenta la de la muchacha a la que le encontraste un diente en el vello de la entrepierna», pedía Frank desternillándose de risa… «¡Cuéntala, Ralph!». Y entonces Frank le había pedido a gritos a su esposa que trajera otra botella de whisky: una de las especiales. El sujeto sonriente denotaba un interés especial por Ralph; era evidente que Frank ya le había hablado de él y de su batería de anécdotas de burdel. Ralph sabía que todas esas experiencias lo colocaban en una posición de privilegio entre sus amigos y, aunque muchas de las anécdotas no le pertenecían realmente y otras simplemente se las había inventado, una oportunidad para contarlas no debía desperdiciarse.

Siguiendo las órdenes de su marido, Lauri depositó sobre la mesa una botella de Jack Daniel’s y se apresuró a marcharse con la mirada asustada, no sin antes recibir un pellizco en el trasero por parte de Frank. Buena chica. Ralph se sentó y venció la poca resistencia que ofrecía su cerebro, dejando que un ardiente sorbo de whisky le incendiara la garganta. El calor de la bebida fue bien recibido por su cuerpo, que inmediatamente se relajó, presto a recibir más brebaje color miel.

Ralph disparó su arsenal de anécdotas y no tardaron en estallar las risotadas de Frank, seguidas por las risas chillonas de su amigo, por momentos más penetrantes que las del propio Frank. A la primera botella siguió una segunda, acompañada lógicamente por la entrada de la aterrada Lauri y de su correspondiente pellizco en la nalga.

Dieron cuenta rápidamente de la segunda botella, y aunque Ralph sentía su mente trabajar con claridad y las palabras que entretejían sus historias seguían siendo inteligibles, la habitación le daba vueltas y su cuerpo se balanceaba hacia los lados y hacia delante. Frank reía ahora casi sin detenerse, golpeando la mesa con los nudillos enrojecidos o su vaso. Luego insistió en que tomaran una botella más. Procuró acercarse a Ralph diciéndole entre gritos deformados que él mismo podría *recibirla,* remarcando sus palabras con un guiño de ojo.

Frank pidió una tercera botella con su voz convirtiéndose en un trueno dentro de la casa. Lauri hizo su aparición con resignación, con sus ojos enrojecidos por el llanto, y esta vez experimentando con horror cómo la mano de Ralph Green, que resultó ser más insistente que la de Frank, le masajeaba el trasero.

Casi no hablaron durante la siguiente media hora; o al menos no mantuvieron una conversación coherente. Se limitaron a vociferar comentarios aislados, entrechocando sus vasos y bebiendo a pesar de sus lenguas entumecidas. Ralph estaba seguro de que, cuando se marchó de casa de Frank, era el único de los presentes que tenía conciencia de lo que ocurría. Sabía que no podía conducir en ese estado, por lo que debería regresar andando (lo que fue motivo de irritación aun en su estado de júbilo). Vio su C25 resplandeciente bajo la luz de una farola. Sintió la tentación de encaminarse a su furgoneta, pero sabía que su cuerpo no le respondía como su mente cuando bebía. Caminaría. No quería morir entre hierros retorcidos. Él no se merecía eso.

Recorrer casi un kilómetro, que era la distancia que separaba la casa de Frank de la suya, fue una experiencia difícil. No recordaba mucho, pero sí era consciente de la dificultad que le exigió avanzar en la oscuridad, manzana tras manzana. Otro de los recuerdos de la travesía era la mágica

idea de llegar a su casa y entregarse a un descanso reparador: desplomarse en su cama —que no debía compartir esa noche— y dejarse engullir por las fauces del sueño.

Sin embargo, al llegar, Robert no respondió a sus llamadas, y eso lo complicó todo. Se suponía que debía buscarlo, y eso hizo, ¿era su padre, no? Pero la búsqueda fue en vano. A medida que recorría la casa fue comprendiendo que si Robert se había marchado debía de haber tenido una razón —una desobediencia— y tal cosa despertó su ira de inmediato. Seguramente el niño tenía intenciones de regresar por la noche, cuando él estuviera durmiendo, asumiendo que por la mañana las cosas serían diferentes; que Ralph habría olvidado lo que fuere que el chico había hecho.

Sólo que Ralph había cambiado de idea en cuanto a sus planes para esa noche.

Esperaría al mierda. Claro que sí.

Mientras atravesaba el comedor con sus nuevos planes en mente, una silla se desplazó de repente interponiéndose en su camino y haciendo que su rodilla diera de lleno en el canto. Se sentó en la silla casi por instinto, aullando de dolor y masajeándose la zona golpeada. Por la mañana tendría una magulladura importante allí, pensó, pero no importaba, lo añadiría a la cuenta por saldar con Robert.

Llegó a la cocina dificultosamente, previendo y eludiendo los ataques de la casa, hasta que estuvo frente a la alacena en la que guardaban las bebidas. Introdujo su brazo entre las botellas a medio llenar y observó con horror que las mismas se desplazaban de un lado a otro como si pretendieran evitar ser tomadas. Ralph les gritó que se quedaran quietas, que lo dejaran tranquilo, y se concentró al máximo para lograr que su mano alcanzara el fondo de la alacena, donde, con inusitada precisión, se aferró a una botella de whisky llena en sus tres cuartas partes. La sacó y, mientras sonreía, dio una palmada a una imaginaria Lauri que su cabeza proyectó a su lado. La idea le resultó tan graciosa que lanzó un par de risotadas histéricas y emprendió el regreso a…

¿Adónde iría?

Revisaría la habitación una vez más.

Botella en mano, echó un vistazo a la habitación de Robert, esta vez sin entrar, aferrado al marco de madera y asomando la cabeza que se bamboleaba sobre su cuello. Lo llamó dos veces a viva voz, sabiendo que no obtendría respuesta.

Avanzó por el pasillo, sin rumbo. La puerta de la habitación de Marcia estaba cerrada, tal como lo había estado desde su partida con Debbie. La miró un buen rato, ceñudo. Su tronco se contorsionaba sobre los engranajes de su cintura mientras se concentraba en abrir la botella que aferraba en su mano derecha.

¿Y si estaba allí? ¿Y si pretendía engañarlo escondiéndose en la habitación de su hermana creyendo que él olvidaría buscar allí?

Pues si ése era el caso, había cometido un error. Ralph entró apoyándose en el picaporte, valiéndose del impulso de la puerta para entrar con ella. Parecía que no había nadie, pero decidió que su búsqueda sería un poco más intensa en este caso. Animándose con un trago bebido directamente de la botella, se aventuró a registrar el armario y luego debajo de la cama. Cuando la esperanza de hallar allí a Robert se desintegró, su mirada se posó en la fotografía de Marcia sobre la mesilla de noche. Se acercó y la agarró con la mano libre.

¿Dónde se ha metido el desgraciado de tu hermano?

Marcia, con su sonrisa enajenada, se limitó a observarlo con expresión ausente desde la fotografía. En ésta, le habían colocado un gorro de Santa Claus, cuyo extremo colgaba hacia un lado ocultando parte de su rostro. Era imposible lograr que Marcia mirara a la cámara cuando le sacaban una fotografía, y aquélla no había sido la excepción. Ralph apartó la vista del marco que encerraba el retrato de su hija y sintió que la habitación comenzaba a girar. Sin nada a lo que asirse, sería poco lo que podría hacer para impedir partirse la crisma.

Se apresuró a dirigirse a uno de los rincones de la habitación, junto al armario. Se deslizó poco a poco contra el encuentro de ambas paredes, mientras aún sostenía la botella en una mano y la fotografía de Marcia en la otra. Bebió un largo sorbo de whisky, sintiendo cómo templaba el tobogán

entumecido de su garganta. Sus ideas se clarificaron. El letargo que lo había embargado durante el regreso desde casa de Frank Dodger se evaporó.

—¿Zabes? —le dijo a la estática Marcia—. Ojala no regreze… Zu madre lo echará de menoz un tiempo… pero despuéz… despuéz se le va a pasar… como con el ootro. —Una carcajada—. Puede que no zea lo mmismo al priiiinzipio; que lo sienta um poco máz… Éste al menoz come solo…

Con el apoyo firme que constituía el rincón, Ralph se sintió a gusto. Mientras humedecía sus palabras con chorritos cortos de alcohol, conversar con su hija le pareció grandioso. ¡Podía contarle tantas cosas…! Algunas cosas que ella aún no sabía y otras que, si bien conocía, su cerebro autista no le permitía ver desde la perspectiva correcta.

—Te contaré un zecreto —anunció, observando a su hija aunque ella le negara la mirada—. Cuando naziste, tu madre no eztaba bien… por dentro… Yo lo zupe y ze lo dije máz de una vez. Algo no estaba… bien. Algo… *fallaba*. Tener un primeer hijo retrazado es una coza, pero luego… ooootro que vive en la luna… Noooooo, nooooo. Hazta un eztúpido lo zabbe. Cuamdo Benjamin murió… le dije que zería para mejor… pero… no lo entendió… así zon las mujerez. Lentaz para entender las cooosaz.

Ralph se detuvo, inquieto por la aparición de un reflejo inesperado en el cristal que cubría la fotografía de Marcia. Inclinó el portarretratos buscando eliminarlo, pero comprendió que aquello no había sido un reflejo. La fotografía se había movido. Las facciones de Marcia se recompusieron y dirigieron una mirada cuerda a su padre; una mirada acompañada de una sonrisa plena.

—Cuéntame cómo te deshiciste de él, papá —preguntó Marcia con la voz más musical del mundo—. Cuéntame cómo *nos libraste* de él.

Ralph sonrió. Su hija estaba orgullosa, claro que sí. La forma en que lo observaba ahora, aguardando con atención, era una prueba de ello.

—Tú teníaz un año. Benjamin tendría unoz nueve… puede que diezz. No sé. Podría hacer cuentaz, pero dejémoozlo ahí. Para eze entoncez tu madre empezó a viajjar a Concord contigo… diziendo que debía verte un especialista. Pronto zupe que no era ziierto… y que problabemente

aprovechaba el viaje para tirarze al estúpido de zuu hermmano… del que ziempre zospecheé que zemtía algo por ella. De todas maneras, no me importó gran coza.

Marcia sonrió.

—Permití loz viajez a Concord por propia conveneienzia. Tú *saab*ez… no tenía derecho a zer la únicaa con *libertadez*. Pero el niiño era um verbadero probleema; requería cuidadoz… que demaandaban tiempo. —La voz de Ralph era pastosa y aletargada—. Una de las vecez, tu hermano eztaba particulrmente molezto. Le preparé comida y se negó a comerrla, y a eso ziguió una zerie de berrreoz que ni ziquiera a golpez entemdió que no eran apropiaaadoz. Te lo digo: eze niño no entendía las cozas.

—Tenías que deshacerte de él, papá. Sin duda alguna.

Ralph se sorprendió gratamente con el modo en que pensaba su hija. Además, le gustaba su voz.

—Eze día había hecho planez. Planez… para la nooche. Muy ezpeciales. No estaba dispueesto a que el niño los arruinara. Temía que hiziera algo que no debía… y para ezo era un ezpezialista… de modo que decidí enzerrarlo. —Ralph hizo una pausa y rió—. Lo enzerré en el desván y fijé la placa con una zerie de alambrez. Cuando lo conduujje allí… el desgraaziado lo sabíaa… de algún modo lo zupo y empezó a chillarrr. Supongo que no era taaan retrazaado después de toodo.

Marcia abrió los ojos y aún más la boca. Señaló con su dedo en blanco y negro en dirección al techo, con la expresión en el rostro de alguien que conoce un secreto.

—Fuee uma gran idea —convino Ralph—. Cuamdo salí de la casa… aún podía ezcuchar sus gritoz, pero me azeguré… de que no fueran audiiblez dezde las cazas veezcinas. Una jugada inteligeente de mi paarte.

Ralph apartó por primera vez los ojos de su hija. Bebía sin desviar su atención del portarretratos, cuando advirtió que había tenido que empinar la botella más de lo que lo venía haciendo hasta el momento. Perplejo, comprendió que quedaba menos de un cuarto de su contenido.

—Al regrezar eza noshe… aunque quizzás fue al amanezer, no escuché ruidos… zupuse que el niño se había dormido… Yo mizsmo tenía sueño…

azí que me dormí.

Marcia juntó sus manos y se recostó en ellas, cerró los ojos y sonrió. El pompón de algodón del gorro cayó sobre sus labios, pero lo apartó con un soplido.

—A la mañaana ziguiente… el niño eztuvo callado. Pero no duró demaziaado… arremmetió con una zeerie de quejidos y lammentos inzoportaaables. Fue en eze momento cuamdo comprenddí la magnitud del asunto… y que tenía fente a mis narizes la zolución a los problemas de tu madre. Deebía deshazcerme del niño. ¿Cuaaánto podía seguiir protestamdo? Era débil… según mis estimaciones, en poco tiempo deebía dejar de hacerlo… y luego… luego no habbría de que perocuparse. ¿Verdad que fue una… decizión acertada?

Marcia asintió varias veces con rapidez.

—Le aliviaaría a tu madre, la carga de tener que ver todoz loz ddías eze hijo mal hecho. Ni ziquiera teendría que deezcirle… cómo había ocurrido. Máz tarde penzaría en alguna explicazión. Primero tenía que ezpeerar que se canzara de gritar… y de dar golpezs. Te diré otra coza… ¿prometez no dezir nada?

Marcia negó con la cabeza y extendió los dedos de la mano derecha en señal de juramento. Ralph apuró el final de la botella, pero después de inclinarla hasta que estuvo casi en posición vertical sobre su cabeza, comprendió que estaba vacía. La dejó a un lado, calculando los movimientos necesarios para apoyarla en el suelo, pero en el último momento advirtió que éste se desplazaba hacia arriba, golpeando la base de la botella con violencia. La botella no se rompió, pero Ralph sintió un latigazo en el brazo que finalmente originó un hormigueo espantoso en su hombro.

—¿Duele, papi?

—Algo.

—Ibas a hacerme una confesión…

—Claro… Cuamdo Benjamin gritaba, enzerrado en el dezván, sentí una exzitación crecieennte con cada griito. Ez de hombre reconozer las cosas… y ezo… ezo es lo que sentí. Me dije que era juzto que zufriera… su

exiztenzia nos habbía hecho sufrir a mí y a tu madre, de modo que era juzto. Bazta ir al bosque para ver a dezenas de padres jugaando con sus hijoz… y yo nunca habría podido hazer ezo con eze mocozo tonto.

—¿Tardó mucho Benjamin en morir, papi?

—El jodido rezistió. La primera vez que subí a ver… habían pazado doz díaz. Creí que estaba muerto. Eztaba pálido y retorzido… como un feto. Pero vivo. Eze día fui a dormir, zabiendo que al día ziguiente todo habría terminado. Fui a verlo y había dejado de rezpirar.

—¿Qué hiciste con el cuerpo?

—Sabía que lo preguntarías, hija. Puez lo llevé a pezcar a Union Lake. Até zu cuerpo al asiento delantero y me azeguré de que vaarias perzonas nos vieeran. Saludé a muchas de ellas… zin detener el coche… Hazta me di el gusto de pezcar un rato antez de lanzarlo dezde un peñazco y ver cómo ze estrellaba abajo, entre laz rocas.

—¡Qué inteligente!

Marcia aplaudió una y otra vez.

—Ziiiiiií. El agua ze lo llevó… unos adolescentes lo encontraroon máz tarde. Nadie sozpechó naada. Tu madre creo que sí sospechó algo. Occurrió lo que yo zaabía ocurriría… ella estaba agradecida de haberze librado de la mierda de hijo que tenía.

»Pocoo tiempo dezpués ze le metió en la cabeza la idea de tener otro hijo. La complazí y nació Robbert; su primer hijo normal. Zupe era la recompensa por haber quitado dell medio al otro. Tu madre eztaba como loca con el nuevo crío. Elegí perszonallmemte un nombre dezente.

—Robert Green —apuntó Marcia.

—Sí. Reconozco que hazta yo me sentí algo entuziasmado… pero ezo fue haztaa que comprendí que… más allá de zu aparienzia… algoo no estaba bien con él tampoco. No le gustan mucho los deportez y ez miedozo. Zu maadre lo apaaña, ezo es lo lamentable… con ezoz libroz para mariconez que le compra. Y ahora ze ha ido… lo cual me da la razón. Si el mierda tiene algo de inteligencia, zabe que entonces ez bueno que no regrezee nuuuunca.

—¿Le pegarás si vuelve?

Ralph rió. Una carcajada larga y chillona fue suficiente para una respuesta que consideraba obvia.

—Papi, nunca te librarás de mí, ¿verdad? No harás conmigo lo mismo que con Benjamin, ¿no es cierto?

—Noooo… zabes que no.

—Yo tengo algo que te gusta, ¿no es así, papi?

Ralph asintió sonriendo. Marcia se contoneó en la fotografía, se levantó la falda y se masajeó la entrepierna con dos dedos delgados. Luego los alzó a la altura del rostro, desplazándolos como si hiciera un pase de magia, y los introdujo dentro de su boca.

Ralph reía, bamboleando su cabeza como un títere sin dueño, recordando las veces que había entrado furtivamente en la habitación de Marcia. La habitación que hacía tiempo se había desdibujado ante sus ojos…

OceanofPDF.com

5

El niño que observaba aterrado desde el desván, incapaz de moverse, pestañear o siquiera pensar, había oído lo suficiente para que un terror visceral se apoderara de él. Tenía el vello de la nuca erizado y el corazón congelado. Sentía el poder devastador de cada palabra pronunciada allí abajo destruyéndolo por dentro. Sílabas afiladas, letras escarpadas, pequeñas sierras dentadas provocando heridas cortantes, hiriéndolo de forma irreparable.

El tiempo se detuvo, o sería más acertado decir que dejó de existir.

El límite entre la cordura y la locura resulta un sitio peligroso, más aún cuando se lo visita siendo apenas un niño. La imaginación, o la mente misma, constituye la única defensa y, a la vez, se convierte en nuestro peor enemigo.

OceanofPDF.com

6

[Skempton]: Ahora se siente mejor… puede decirnos qué pasó después…

[Robert]: Mi madre regresó con Marcia al día siguiente… Mi padre le dice que me he escapado de casa y ella se echa a llorar de inmediato. Pregunta si he estado fuera toda la noche y él le dice que sí, asintiendo con la cabeza. Mi madre tiene los ojos vidriosos… Mi padre dice que irá a buscarme, que me encontrará… Asegura que puedo estar en casa de mi nuevo amigo… él ni siquiera sabe su nombre… Sale de casa y ella se queda sola…

[Cinco segundos de silencio]

[Robert]: Yo… estoy confundido… no sé exactamente qué ha ocurrido… Quiero recordar pero los únicos recuerdos que tengo son fragmentados… No sé ni siquiera si he dormido… Es como tratar de recordar un sueño, y puede incluso que lo haya sido… los recuerdos se desintegran cuando me enfoco en ellos… Mi madre llora y siento que es por mi culpa… ¿por qué hice llorar a mi madre?

[Dos segundos de silencio]

[Robert]: Ella se dirige a su habitación… se sienta al borde de la cama y extrae algo de su mesilla de noche… lo extiende… su rosario cuelga de su mano… luego lo enrosca en sus dedos y lo aferra al pecho… No deja de llorar, se balancea como hace Marcia casi siempre… Reza… mientras sus lágrimas caen en el regazo… su voz es apenas un susurro mientras recita el

padre nuestro… Luego observa la imagen de Jesús en la cruz que tiene sobre la cabecera de la cama… le habla sin dejar de aferrar el rosario con fuerza… dice…

[Sollozos]

[Robert]: Ruega por mí… por que no me haya pasado nada… que esté bien… Reza porque quiere volver a tenerme con ella… dice… que… ella no podrá soportarlo de nuevo… dice que no podría vivir el mismo infierno dos veces… dice que… se volvería loca…

[Dos segundos de silencio]

[Robert]: A cada segundo me es más difícil entender por qué mi madre llora… ¿Había pensado en huir de mi casa? ¿Por qué? No lo sé… no me importa… quiero estar con mi madre… ella… me quiere…

[Sollozos]

[Skempton]: Tranquilo… está usted cómodamente instalado frente a la pantalla gigante… De hecho observa cómo progresan las imágenes y luego se alejan… cada vez más rápido… Las imágenes buscan el instante que nos ocupa… en la guardería… usted está esperando que algo suceda… ahora puede verse… con toda claridad… ¿puede verse?

[Robert]: Sí.

[Skempton]: Perfecto.

[Interrupción violenta de audio]

—Mike, abrázame por favor.

Mike Dawson enlazó su espalda con un brazo y la cabeza con el otro.

—Es horrible —dijo Allison, moviendo sus labios sobre el cuello de Mike.

Él no respondió. Observaba la casa vacía. Las ventanas eran ojos ennegrecidos reflejando el interior. A su derecha, una abertura casi completa en la pared servía de acceso al comedor. Los laterales estaban revestidos en madera y de la parte superior, en las esquinas, colgaban dos carillones de tubos, lógicamente estáticos en la quietud de la casa. Mike lo recorrió todo con los ojos abiertos como platos. Allison tenía razón, era horrible, pero había algo más…

—Traeré más café —anunció Allison—, pero sólo si me acompañas a la cocina.

Mike la apartó ligeramente y le sonrió. Supuso que el terror que se dibujaba en las facciones de la mujer no debía de diferir del que exhibían las suyas. Tomó su rostro con ambas manos, deslizando sus dedos por debajo de las orejas, y le apartó ligeramente el cabello. Acarició suavemente sus mejillas con los pulgares, moldeando la piel hasta que logró dibujar una sonrisa. Una sonrisa espléndida, pensó Mike, mientras también se obligaba a esbozar una.

—Vayamos en busca de ese café —dijo.

Allison posó los labios sobre los de él, agradecida por la cálida efusión de ternura, y se dio la vuelta rápidamente, como una niña avergonzada que acaba de besar a un chico cuando se suponía que debía ocurrir a la inversa. Se encaminó a la cocina, pero antes cogió a Mike de la mano y lo arrastró detrás de ella.

Allison vertió parte del contenido de la cafetera en dos tazas limpias y las depositó sobre la mesa de la cocina. Sin decirlo en voz alta, ambos habían estado de acuerdo en alejarse de la sala, como si ésta se hubiera impregnado de la acompasada voz de Robert describiendo los horrores de su infancia.

—Es comprensible que Robert haya olvidado lo ocurrido ese día —reflexionó ella mientras se sentaba.

—De haberlo sabido ni siquiera se lo hubiese mencionado —concluyó Mike.

—Resulta escalofriante que un niño tan pequeño deba presenciar semejantes cosas… —Allison pensaba en Tom, cuya edad debía ser similar a la de Robert en ese entonces. Un escalofrío la recorrió.

—Allison…

Una idea asaltó a Mike: Robert se había escondido de su padre y, en el estado de ebriedad de Ralph, le había resultado sencillo no ser visto. Sin embargo…

¡Durante la sesión de hipnosis Robert había relatado incidentes ocurridos en casi toda la casa! ¿Qué escondite le proporcionaría semejante

ventaja?

Repasando mentalmente el contenido de las cintas, Mike reconoció al menos tres ubicaciones mencionadas por su amigo: el comedor, el cuarto de Marcia y el de Debbie. Lo cual significaba que…

—Él pudo verlo todo —dijo Mike fascinado—. Desde donde estaba… podía ver toda la casa.

—¿La casa de los Green tiene sótano o ático? —preguntó Allison.

Mike se había adelantado mentalmente a la pregunta. Conocía la casa de Robert casi tanto como la suya. Proyectó imágenes mentales de la casa, una tras otra: de cada habitación, de cada vista exterior. Nunca supo de la existencia de un sótano o un ático; sin embargo, el tejado de la casa tenía pendiente. Observando la casa desde fuera, era similar a cualquiera de la zona: su tejado contaba con una pendiente suficiente para que la nieve se deslizara. Pero por dentro… (Mike proyectaba las habitaciones como si se tratara de diapositivas, pasando de una a otra con un clic de su cerebro)… por dentro los techos eran planos… lo cual no dejaba otra posibilidad que…

—Un desván —concluyó—. Estoy casi seguro.

Mike sintió la siguiente pregunta resonando en su cabeza con la potencia de un trueno. Cuando Allison la formuló en voz alta, el eco ya reverberaba en las cavidades de su cabeza, vibrando y haciendo que sus pensamientos se concentraran en las posibles respuestas.

—¿Crees que Ben puede estar allí escondido?

Mike creía que sí. Por alguna razón pensaba que tal cosa podía ser perfectamente posible. Costaba imaginar un motivo por el cual Ben permanecería tanto tiempo escondido, pero si había estado allí todo el tiempo, entonces lo que había dicho Michael Brunell…

De pronto las piezas encajaban, aunque lo que se formaba arrojaba nuevos interrogantes cada vez más aterradores.

Hombre y mujer se miraban, asimilando la idea. ¿Debían llamar a casa de los Green? Mike creía que sería mejor ir directamente allí. Lo que sospechaban era demasiado descabellado para hablarlo por teléfono. Sería mejor ir y evaluar la manera más conveniente de actuar. Podrían llegar en pocos minutos si se daban prisa.

Mike estaba a punto de exponer en voz alta sus pensamientos cuando un sonido lo interrumpió.

El timbre del teléfono comenzó a sonar insistentemente en la sala.

¿Quién sería a esas horas?

Allison descolgó la extensión de la cocina.

—¿Hola? —dijo. Su voz fue apenas un susurro.

OceanofPDF.com

7

Nada era lo que había sido. Las paredes ya no eran paredes. Ni el suelo, o el techo inclinado; ni siquiera el cuchillo o él mismo.

Recurriendo a la información que contenía el cerebro que ahora utilizaba, Benjamin asemejaba el desván a la imagen granulada de un televisor cuando se le mira desde muy cerca; como un número incalculable de abejas moviéndose al unísono. Un mundo hirviente, rebosante de colores. Ya no necesitaba ver, aunque los órganos oculares se empecinaban en enviarle las mismas imágenes desvaídas y poco reveladoras de siempre: una versión de la realidad reducida y primitiva, risible frente al universo complejo del cual él se nutría.

Había llegado el momento. La espera y la ansiedad finalmente daban sus frutos.

Replegándose, chequeó cada uno de sus sistemas internos, vagando en sí mismo como si se tratara de una mansión con innumerables habitaciones, ahora todas para él. La sensación de pertenencia lo embriagaba. Una parte de él se negaba a la idea de poder abandonar el desván si así lo deseaba. Durante años había sobrevivido aferrándose a ese único anhelo: recuperar su libertad; la que le había sido arrebatada. Ahora la tenía de nuevo…, la había recuperado.

Caminó por el desván, desplazándose por momentos como lo haría un niño de diez años normal. Tendría que moverse como tal si iba a salir de ahí y pretendía pasar desapercibido un tiempo. Dio dos vueltas completas,

deleitándose con su nueva y más afinada percepción de la realidad. Sin perspectivas, sin secretos; todos y cada uno de los condimentos del mundo que lo rodeaba llegaban a su único sentido con fluida precisión. Allí estaba, por ejemplo, la caja de cartón que tantos años lo había acompañado allí arriba, escondiendo secretos: una simple forma oscura según el dictamen de sus decorativos ojos. Sin embargo él *veía* cada una de sus caras, su contenido, *sentía* su textura humedecida por el tiempo.

Benjamin se encaminó hacia el cuchillo apoyado en la esquina de la caja de cartón. Al tomarlo entre sus dedos, pudo advertir la calidez del mango y la hoja templada ejerciendo el contrapeso justo en su muñeca. Cuando lo balanceó en el aire quieto del desván, lo hizo con asombrosa destreza, como si se tratara de una extensión de su cuerpo.

Se desplazó sobre el suelo de madera hasta un sector en el que pudo permanecer de pie sin necesidad de agacharse. Sus pies pisaron con precisión en los tirantes principales sin que tuviera que dedicarle atención al hecho. Aferró el cuchillo con la punta hacia abajo y lo condujo hacia su pecho desnudo. Inclinó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y sintiendo que cada músculo del cuerpo se relajaba. Clavó la punta del cuchillo en su carne, hasta que se formó un punto rojo en torno al extremo de la hoja. Luego presionó un poco más, consciente de lo que aquello provocaba, y estableció un límite a la profundidad de la herida. Ese cuerpo sería su envoltura de ahora en adelante; sabía que tenía que tomar ciertas precauciones si pretendía conservarlo.

Mantuvo la presión del cuchillo y lo deslizó hacia abajo con lentitud, al tiempo que la punta rasgaba su piel en sentido vertical y un hilo rojo crecía desbordando sangre en uno y otro sentido. Con el rostro fijo en el techo, sentir la consistencia espesa y el rojo casi negro de la sangre chorreando por su cuerpo le produjo una sensación de excitación.

Repitió la operación otras cinco veces, cortando superficialmente la carne en tiras verticales a lo ancho de su pecho. Sus pantalones no tardaron en teñirse de rojo, y un círculo irregular de gotitas se formó en torno a sus pies. Tras cambiar el cuchillo de mano, utilizó el índice de la mano derecha para repasar la primera herida. Un coágulo sangriento se formó en la yema

del dedo e inmediatamente una cinta de sangre fresca nació en su pecho para reemplazar a la que había sido tomada. Extendió el dedo con sangre hasta la pared trasera y comenzó a escribir su nombre en la superficie grisácea. Recargó sangre cada vez que lo necesitó, recurriendo a cada una de las heridas según su conveniencia. Las letras se fueron formando poco a poco en la suciedad de la pared.

La obra le llevó un buen rato. Pinceló con su dedo las ocho letras desvencijadas, observando cómo a medida que avanzaba las primeras se secaban y adquirían un aspecto oscuro. Pequeñas lágrimas moradas colgaban de sus primeros trazos, endureciéndose como ocurría con sus propias heridas.

Cuando terminó, se alejó y observó.

La rejilla que le había servido de ventana diminuta hacia el mundo estaba debajo de su nombre, empequeñecida.

Ya no la necesitaba.

Ya no necesitaba el sitio que lo había albergado durante tanto tiempo, mientras esperaba su oportunidad de regresar al mundo del que había sido arrancado prematuramente.

Había consumido cada instante allí arriba decepcionado, enloqueciendo frente a la monotonía del tiempo trayendo consigo instantes repetitivos, envueltos en una negrura espantosa. En ese mundo, sin promesas de salida, su existencia incorpórea se había limitado a recrear el horror que lo había lanzado a este infierno.

Oscuridad absoluta, como en una noche sin luna.

Sólo que en una noche sin luna él haría algún sonido, cualquiera, incluso un golpe, y su madre acudiría y le hablaría en un tono suave, encendiendo una luz para tranquilizarlo.

Pero nadie había acudido por él.

NADIE.

Lo dejaron allí, a merced de la oscuridad. La oscuridad que ellos sabían que le aterraba. *TODOS ELLOS* lo sabían, y sin embargo no les había importado. Sus ojos no podían con ella, ni su mente. Traía consigo formas monstruosas que se ceñían sobre él, acosándolo.

Treinta años de horror. Mucho tiempo. Pero no lo suficiente para borrar el dolor de una muerte agónica.

Salir.

Salir al mundo.

Caminó hacia la boca del desván. Tenía muchas cosas por delante que debía hacer, y el simple hecho de pensar en ellas hizo que experimentara una gran ansiedad. Se avecinaban tiempos de sufrimiento. El mismo sufrimiento que él había padecido encerrado allí como un animal enfermo.

De pie junto al acceso, listo para atravesarlo, se volvió por última vez hacia el desván. Aunque lo conocía de memoria, lo recorrió simbólicamente en señal de despedida.

OceanofPDF.com

8

Tom se sacudió. Despertar o torcer el hilo del sueño no funcionaba, ya lo sabía —no importaba que lo deseara intensamente—, ninguna de aquellas cosas ocurrían. Era como ser lanzado en caída libre por un precipicio; no tenía sentido agitar los brazos.

Conoce la isla de memoria. Las palmeras, recortadas contra la noche estrellada, lo saludan. El viento susurra. Sus pies descalzos se hunden en la arena fría. Camina hacia su destino inexorable, moviendo sus pies, pero sin saber exactamente hasta qué punto los controla. El mar, a su izquierda, se extiende hasta el infinito, replegándose para luego embestir contra las rocas que emergen en la orilla. El agua se acumula en ellas cuando el mar se aleja y Tom piensa cómo es posible que la mente se ocupe de entretejer un detalle semejante en un sueño.

«Anda. Busca a tu amigo».

¿A quién pertenece la voz? Le resulta familiar, pero no logra identificarla. Se siente intimidado por su frialdad…, una voz gélida.

En pocos minutos se encuentra de pie frente al hoyo; el mismo que lo espera cada noche: un pasaje de un metro de diámetro entre las rocas, oscuro y silencioso hasta que los lamentos de Ben se hacen audibles en la lejanía. Tal como ocurre siempre. Y él sabe que tiene que hacer algo, que tiene que hacer algo por Ben, pero sólo puede permanecer de pie, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

Salvo esta vez. Esta vez algo es diferente.

Avanza un paso. Se acerca al hoyo hasta que los dedos de sus pies se flexionan en torno a las rocas afiladas del borde. Avanza un poco más, y entonces se deja caer. Es apenas consciente del modo en que su cuerpo se desliza, sin dolor. Cierra los ojos y cree que finalmente despertará, que al abrirlos será su habitación la que lo reciba…, pero no es así. Lo que tiene delante es una caverna laberíntica, húmeda y deforme, iluminada únicamente por un sol gris clavado en el techo: el hoyo por el que acaba de deslizarse.

Ve una serie de corredores. Sin pensarlo demasiado, escoge internarse en el más ancho. A medida que avanza, procura no mirar a los lados. Por el rabillo del ojo se cuelan las versiones oníricas de los pósteres que tanto teme, sacudiéndose y gesticulando.

¿Por qué están ahí?

Reduce la marcha hasta casi detenerse, concentrado en el corredor, sin volverse, cuando advierte que ya no escucha a Ben.

Sin prestarle atención a los pósteres que tratan de captar su atención, aguza el oído, pero no oye más que el silencio absoluto que reina en el laberinto de piedra. Desconcertado, se pone nuevamente en movimiento, diciéndose que el no escuchar a su amigo sólo puede significar malas noticias. Se lanza a la carrera siguiendo caminos que resultan iguales a simple vista y retrocediendo cuando no puede seguir adelante. La tarea se le antoja enloquecedora y la incertidumbre hacia dónde dirigirse es completa. Sin los gritos de Ben como referencia, avanza a ciegas. ¿Cómo saber si lo hace en la dirección correcta? Y más aún, ¿cómo saber si existe una dirección correcta?

Se detiene en la boca de uno de los pasajes, respirando con dificultad. Apoya sus manos en las rodillas. Delante de él el corredor gira hacia la izquierda. Alcanza a ver dos bifurcaciones a la derecha. La imagen le resulta familiar. ¿Ha pasado por allí antes? Cree que sí. Necesita una referencia concreta para estar seguro, piensa, y sabiendo que no es una buena idea, pero sin que se le ocurra otra cosa mejor, se vuelve hacia uno de los pósteres a su derecha, a pocos metros.

«No lo hagas… no mires… no mires a…».

Pero es demasiado tarde. Allí está su madre, desnuda…

¿Su madre?

Sí. Sonriéndole mientras frota algo por su cuerpo. Tom retrocede un paso, a punto de lanzar un grito, cuando comprende que en realidad aquélla no es Allison Gordon. Aunque se le parece. Sus ojos azules, rodeados de un tizne chillón, adquieren un aspecto drogado. Y hay algo más. Otro detalle fuera de lugar…, una sucesión de aros en la nariz y uno en la ceja.

Como toque final, la muchacha desenrolla una película de celuloide que mágicamente surge de su vagina.

Cuando termina de hacerlo por completo, la imagen se repite. Una película breve y cíclica.

Tom aparta la mirada del póster (aunque éste se repite en su cabeza, que es casi lo mismo que tenerlo enfrente) y se encamina hacia la primera de las dos bifurcaciones. Sigue avanzando, procurando mantener el sentido de la orientación, diciéndose que si logra avanzar por mucho tiempo en la misma dirección debe encontrar una salida.

Unos minutos después, no sabe cuántos, se detiene y comprende que otra vez se encuentra en el mismo sitio que un momento atrás. Sabe que es imposible porque cree haberse desplazado en línea recta, pero la sensación persiste de todos modos. Cuando tuerce la cabeza, en efecto allí esta la muchacha de los aros, ocupada en su ritual fílmico. Esta vez, Tom elige la segunda bifurcación. Siente las piernas entumecidas y por más que desea mantener el ritmo de avance del principio, su corazón se niega a bombear el oxígeno necesario para hacerlo.

Cuando, poco tiempo después, llega a la misma posición ya conocida, no necesita la confirmación del póster para sentir que se cae a pedazos, exhausto. Esta vez cede ante la presión originada en sus rodillas y cae sobre ellas, experimentando la superficie dura y fría de las rocas.

Es un sueño, se dice…, pero no puede evitar que se le escapen algunas lágrimas.

Entonces siente una suave vibración sacudiendo sus rodillas. Casi imperceptible al principio, pero aumentando a cada instante, y

transmitiéndose al resto de su cuerpo. Al ponerse en pie, advierte que las sacudidas son cada vez más intensas.

Comprende que algo se acerca. Se siente atemorizado ante una presencia capaz de ocasionar semejantes sacudidas a su paso, e intenta averiguar la dirección de su procedencia, pero le es imposible. Las vibraciones se alzan por todas partes; el sonido de cada paso rebota en los muros de piedra. Desconsolado, advierte que si echa a correr en cualquier dirección, es igualmente probable que se encuentre con aquella cosa.

Se siente perdido. Cree percibir un sonido agudo entre cada golpe. Una voz. Detrás de él.

Con la convicción de que no es más que un truco de su imaginación, se vuelve en dirección al muro. Deja escapar una exclamación, pero esta vez de alivio. Observa un nuevo póster, pero éste no muestra a la muchacha punk, sino a Ben. El mismo Ben de siempre: con su ropa de los Yankees y su gorra calada hacia atrás.

—Hola, Tom —le dice el Ben bidimensional.

—Hola, Ben. Yo… yo te echo de menos.

—Lo sé…

Una sacudida más fuerte que las anteriores hace que Tom se tambalee. Ben señala a su izquierda, dando a entender que la misteriosa presencia se acerca desde esa dirección.

—Logré esconderme de él —arguye Ben.

—¿De quién?

Ben no responde, pero señala otra vez en la misma dirección que antes.

—Vete, Tom, por allí.

Le señala hacia el frente. Su dedo parece salir del papel. Tom sigue la dirección del dedo y se encuentra con un muro de piedra, frente a las dos bifurcaciones conocidas.

—Ben…, allí hay sólo muro.

—Rápido, no hay tiempo…

Subrayando cada palabra, dos pisadas sucesivas explotan en el extremo del corredor.

Tom corre en la dirección que su amigo le indica, acercándose al sólido muro de piedra.

—Adiós, Ben —dice antes.

Al acercarse al muro, advierte una entrada oculta, confundida entre las rocas, apenas del tamaño suficiente para que alguien pequeño pueda introducirse en ella. Tom entra sin vacilar, y tras una serie de curvas cerradas desemboca en un pasillo estrecho y largo. Al final de éste, atisba un postigo de madera semiabierto, pero cuando se dispone a correr hacia allí, comprende que los sonidos se han detenido y en consecuencia también las vibraciones.

Aún aturdido por el encuentro con Ben, se dice que debe preocuparse por salir de allí cuanto antes.

«Logré esconderme de él…».

Echa a correr hacia adelante. Olvida momentáneamente el cansancio que se ha apoderado de sus extremidades y se lanza a toda velocidad.

Cuando las sacudidas se repiten, ahora en el sitio hacia donde él se dirige, comprende con horror que la Presencia conoce sus intenciones y que probablemente se ha desviado para interceptarlo. Tom fuerza sus piernas. Está a sólo diez metros. Las pisadas retumban con inusitada potencia, pero son sólo diez metros… quizás.

Cinco metros.

Cuando cree que logrará atravesar la salida, la Presencia emerge desde un costado, interceptándolo.

Tom no puede frenar y no se detiene a pensar si desea hacerlo. Su cerebro necesita unos instantes para poner en palabras lo que está viendo. Una masa informe bloquea todo el ancho de la salida, sólo que Tom aún puede verla… Puede ver a través de…

Es una colección de jirones grises y de cintas de humo que se entremezclan. Tom cree advertir cierta fisonomía, un rostro en lo alto, pero la sensación dura un segundo. Lo mismo ocurre con el cuerpo, que se desdibuja como si se tratara del humo de un cigarrillo agitado por una brisa. ¿Qué era aquello? ¿Cómo era posible que algo así pudiera dar semejantes golpes?

Cuando la atraviesa, desplazando espirales de humo y sintiendo cómo abrazan su piel y se filtran en pequeñas cantidades por sus fosas nasales, experimenta algo espantoso. Lo más horrible que ha padecido en toda su vida. Se siente sucio e invadido por pensamientos oscuros. Atraviesa la salida emitiendo un poderoso grito. Tiene los ojos cerrados, pero aun así desfilan frente a él imágenes de muerte, vivas representaciones de cuerpos destrozados mezclándose unos con otros. Se siente atormentado e invadido por pensamientos ajenos.

Cuando despertó, un grito lo acompañó hasta la habitación y una sacudida violenta lo expulsó finalmente de la pesadilla.

OceanofPDF.com

9

Mike condujo su Saab a más velocidad que la permitida. A su lado, Allison estrujaba su bolso en el regazo.

—No te preocupes por Tom —dijo él—. Estará bien con tu hermana.

—Sí, lo sé.

La llamada que habían recibido antes de salir había sido de Tom, que se había despertado sobresaltado y sintió la necesidad de hablar con su madre. Había tenido otra pesadilla. Hablar de ella hizo que se sintiera mejor.

Logré esconderme de él.

—Todo está adquiriendo cierta lógica —dijo Mike.

—¿Crees que Ben continúa escondido en el desván de los Green?

—No sé qué pensar. Ya que lo preguntas, me cuesta imaginar que Ben haya permanecido allí todo este tiempo.

En tácito acuerdo, ninguno de los dos dijo nada más durante el resto del trayecto.

Al llegar a la casa advirtieron una calma inusual. Apretaron el timbre tres veces sin obtener respuesta. Mike dio dos golpes a la puerta con idéntico resultado.

—Debemos entrar —dijo Mike, al tiempo que extraía un manojo de llaves del bolsillo trasero.

—¿Qué tienes ahí?

—Robert me dio las llaves de la casa el verano pasado para dar de comer a los peces de Danna. Quiso que las conservara en caso de una

emergencia.

Allison no podía pensar en una situación más apropiada que encuadrara como «una emergencia» que la que tenían entre manos.

Al abrir la puerta, los recibió el más absoluto silencio. La casa estaba a oscuras.

—Ten cuidado, Mike. Esto no me gusta… ¿Y si llamamos a Harrison?

—Veamos primero qué está pasando. No correremos riesgos innecesarios, pero esperemos a ver qué ocurre.

—De acuerdo.

Mike buscó el interruptor de la luz y lo accionó. Aguzaron el oído en busca de algún sonido, pero ninguno se hizo audible. No había nadie en casa, lo cual resultaba sumamente extraño tratándose de…

Mike consultó su reloj. Eran las diez y media de la noche. Toda la familia debía estar allí.

—¿¡Robert!?

Silencio.

—¿¡Rosalía!?

Nada.

—Entremos.

—Mike, no sé…

Pero él ya avanzaba por la sala y ella se apresuró a seguirlo. Encendieron las luces a su paso y ver la casa iluminada hizo que empezaran a tranquilizarse.

—Es muy extraño que no haya nadie —sentenció Mike—. Por lo general…

Se detuvo en seco. Allison lo miró en busca de la explicación de su repentino silencio y vio que miraba hacia arriba. Con su dedo índice señaló un rectángulo en la parte superior de la pared.

—Dios mío. ¿Has visto algo? —Allison no podía dejar de mirar en todas direcciones.

—No. No creo que pueda verse nada desde aquí, pero he estado en esta sala unas mil veces y es la primera vez que me fijo en esa rejilla. Ha de ser de ventilación.

Antes de que Allison pudiera decir algo, Mike se internó en el pasillo, encendió la luz y se encaminó a la habitación de Andrea. No había nadie allí, y tampoco en las restantes.

Avanzaron hasta el baño al final del pasillo y, tras abrir la puerta, Mike vio lo que el ojo de la memoria ya le había mostrado. Allison asomó su cabeza por encima del hombro de él y supo de inmediato que la placa en el centro del techo debía de servir de acceso a un desván.

—No pensarás entrar ahí, ¿verdad?

Pero Allison ya sabía la respuesta. Regresaron al estudio de Danna, donde Mike había visto una escalera pequeña, y la montaron bajo la placa de cristal.

—Guardo una linterna en la guantera de mi coche —dijo Mike.

—Vamos a por ella —convino Allison—. Prefiero no quedarme aquí sola.

Regresaron con la linterna cinco minutos más tarde. Mike se subió al tercer escalón de la escalera y, estirando sus brazos, pudo desplazar la placa de sus soportes. La deslizó con sumo cuidado y en vez de dejarla dentro del boquete, se la entregó a Allison, que la apoyó contra la pared.

—¡Ben! —dijo Mike—. Soy Mike. ¿Estás ahí?

No hubo respuesta. Mike se sintió estúpido diciendo en voz alta el nombre de Ben. ¡Claro que no obtendría respuesta! Ben había muerto ahogado en Union Lake. Se había introducido en una tubería después de sentirse furioso con su madre y no había podido salir. Las palabras de Michael Brunell lo habían complicado todo…, y eso por no mencionar las cintas de hipnosis. No había sido una buena idea oírlas después de todo.

Mike subió otros dos escalones. Su rostro estaba a punto de ser engullido por el desván.

—¿Hay alguien ahí? —Mike habló mientras subía el último escalón.

—Ten cuidado.

El rostro de él, manchado por la oscuridad del desván y el reflejo de la luz de la linterna, se transformó ante lo que vio allí arriba. Allison se sobresaltó.

—¡Qué ocurre!

Mike bajó dos escalones. Su rostro fue visible otra vez.

—Nada demasiado malo —dijo—. No hay nadie ahí, pero será mejor que lo veas tú misma.

Nada demasiado malo, ¿qué rayos significaba eso?

Un minuto después, Allison observaba las letras desiguales en la pared del fondo. La leyenda dejada por Benjamin había atraído por completo su atención. Cuando descendió, sin saber qué pensar o hacer a continuación, las palabras de Mike no dejaron margen posible a dudas:

—Voy a subir a ver el resto.

—Subiré contigo.

Mike asintió en silencio.

En poco tiempo estuvieron los dos en el desván. Mike indicó que debían prestar atención y pisar en los tirantes principales. Avanzaron agachados, él encabezando la marcha, deslizando el haz de la linterna hacia uno y otro lado, deteniéndolo cada vez que el círculo de luz cruzaba la *firma* de Benjamin. Ella lo siguió, arrugando la nariz ante el ligero olor a encierro. Con un gesto de resignación miró hacia atrás, hacia el acceso por el que aún alcanzaba a ver parte del alicatado del baño. ¿Y si alguien bloqueaba el acceso en ese instante? En su cabeza estallaron las palabras de Robert Green.

Él… ha hecho daño… a Benjamin…

La idea de que el acceso se bloquearía de un momento a otro fue cobrando fuerza en Allison, al punto que se detuvo, clavando los ojos en aquel sector del desván. Se decía que no había nadie en la casa, que lo habían verificado, pero habría sido estúpido esperar que alguien que no deseaba ser encontrado respondiera a su llamada. En aquel momento no pensó que disponían de teléfonos móviles o que con el simple hecho de apartarse de los tirantes principales atravesarían el techo y aterrizarían en cualquiera de las habitaciones.

En ese momento, Mike examinaba una caja de cartón. Ella se acercó a él.

—¿Qué es?

—Las cartas de Marty el conejo —dijo con perplejidad—. Todos las teníamos cuando éramos niños.

La voz de Mike era un susurro, su rostro se dibujaba apenas con la luz indirecta de la linterna. Con voz quebrada, alzó uno de los libros. Se trataba de *La isla misteriosa*. En la portada, la costa rocosa seguía siendo bañada por un mar estático y espumoso. Las palmeras seguían siendo testigos de una noche oscura y silenciosa. Sólo un detalle había cambiado.

Sobre la arena, había un rastro de huellas de niño.

—¿Mike, crees que Ben ha estado aquí todo este tiempo?

—Sí —concluyó él, devolviendo el libro a la caja de cartón—. Ahora no quedan dudas.

Se desplazaron hacia la parte trasera. Las letras casi negras resultaban amenazantes. Parecían recientes, y Mike lo confirmó al deslizar su propio dedo por la pared y advertir que la sangre estaba húmeda.

—No sé cómo soy capaz de decir lo que voy a decir —dijo Allison de pronto—. Pero ¿puedes apagar la linterna un momento?

Mike advirtió que la petición iba en serio y lo hizo. Los dos permanecieron inmóviles. Al cabo de unos segundos, sus ojos se acostumbraron gradualmente a la oscuridad y los diminutos haces provenientes de las habitaciones comenzaron a surgir aquí y allá. Primero los más gruesos y después los más finos.

Mike se agachó y visualizó la habitación de Andrea a la perfección.

—Es posible ver toda la casa… —se maravilló.

—Larguémonos de aquí, Mike, por favor. Y enciende la linterna…, ya ha sido suficiente. Bajemos de una vez.

De vuelta en el baño, para Allison fue un alivio ver la placa de vidrio en su sitio otra vez. Mientras volvían sobre sus pasos por el pasillo para devolver la escalera plegable al estudio de Danna, Allison preguntó cuál sería el siguiente paso. Mike no hacía más que pensar en eso, mientras intentaba ordenar las piezas que tenían (que no eran pocas), pero hasta el momento no había podido hacerlo. Entre las cuestiones primordiales restaba determinar adónde habían ido todos, lo cual, suponía, explicaría al menos parcialmente las cosas.

En la sala, Mike giró su cabeza a la izquierda, en dirección a la cocina y al acceso interno al garaje. Creyó entrever un reflejo en el suelo, casi imperceptible, que llamó su atención.

—Espera un momento —pidió.

Se acercó al estrecho pasillo y corroboró sus sospechas.

Era una mancha de sangre.

Se lanzó en aquella dirección. Esquivó el charco enrojecido y abrió la puerta de la habitación de Rosalía.

El primer golpe lo recibió en sus fosas nasales, y aunque no fue físico, sino el dulce hedor de la sangre entrando a presión, no pudo evitar retroceder. La escena lo abofeteó, haciéndolo trastabillar y provocando una mueca de desagrado en su rostro.

Rosalía yacía en el suelo, con la mitad de su cuerpo apoyada contra la cama. Lo primero que Mike advirtió fueron sus ojos: dos esferas inertes como las de un muñeco de felpa. La expresión esculpida en su rostro era de completo terror, con una boca rectangular y dentuda. En las mejillas, diminutas manchas rojas se esparcían como pecas.

Pero lo peor era su cuerpo. El agresor había desgarrado las ropas de la mujer, dejando al descubierto su cuerpo blanquecino y rollizo. En el pecho había una herida inmensa y circular que se prolongaba hasta su abdomen, desde donde sus órganos colgaban como los tentáculos de un pulpo y se escurrían hasta las piernas.

Una vista general de la habitación reveló a Mike que había sangre por todas partes… La cama no era la excepción, tampoco las paredes. Se negó a imaginar los incidentes que antecedieron a semejante carnicería, volviendo una y otra vez al agujero en el cuerpo de la mujer y a sus entrañas florecientes.

Al principio, Mike no reparó en las palabras escritas en la sábana. El atacante había utilizado un cuchillo empapado en sangre para cortar cada letra en el colchón: *PUTA.*

Mike comprendió que debía alejarse de allí. Ya había visto suficiente. Sabía que, si seguía descubriendo *detalles*, lo perseguirían en sueños por mucho tiempo. Además no debía permitir que…

—¡Allison, no!

Pero era demasiado tarde. Sin que pudiera impedírselo, Allison había llegado a su lado y miraba por encima de su hombro.

El grito de horror fue espeluznante. Retrocedió, golpeando la espalda contra la pared con un sonido sordo. Mike intentó abrazarla, pero Allison se agitaba frenéticamente mientras un llanto histérico se apoderaba de ella.

Él la condujo hacia la puerta. La abrazó y la empujó suavemente mientras ella sollozaba.

Atravesaron la sala en dirección a la calle.

Cuando estaban a punto de alcanzar la salida, una figura surgió del otro lado bloqueándoles el paso.

Era Harrison.

Allison volvió a gritar. Sin embargo, Harrison no pareció advertir la presencia de la mujer, ni escuchar sus gritos histéricos. Pasó a su lado como si no existiera y se dirigió directamente a Mike en busca de una explicación.

—¿Dawson, qué ha ocurrido aquí?

Mike procuró mantener la calma. No tenía la más remota idea de qué hacia allí Harrison, pero decidió decir lo menos posible, al menos de momento.

—Algo terrible. Ha habido un asesinato.

—¡Un asesinato!

—Se trata de Rosalía, la empleada de la familia.

—Maldición. Dawson, en mi coche patrulla está Robert. —Harrison se detuvo—. Él… no está bien. Intente hablar con él y persuadirlo para que venga.

—¿En su coche patrulla? ¿Qué ha ocurrido ¿Dónde está el resto de la familia?

—Andrea está en mi casa, con mi hija. Danna está en la comisaría, es una larga historia…

—¿En la comisaría? —La voz de Mike no pudo ocultar su sorpresa—. ¿Qué está ocurriendo?

—¡Eso mismo quisiera saber yo!

OceanofPDF.com

Capítulo 11: Reunión

OceanofPDF.com

1

Sábado, 4 de agosto, 2001
Segunda parte

Mientras Rosalía era asesinada, Danna recorría a pie los doscientos metros que la separaban de la casa en la que Matt Gerritsen la había citado.

Había estudiado la fachada desde su coche. Era una casita simple de una planta, con dos habitaciones al frente y una entrada lateral para vehículos. Tomó la precaución de aparcar a un par de manzanas de distancia.

Se detuvo delante de la puerta y llamó al timbre. El resorte que debía devolver la tecla a su posición original no lo hizo, lo que le hizo suponer que no funcionaba. Se sentía incómoda fuera, mirando en todas direcciones con la opresiva sensación de estar siendo observada. No vio a nadie. La calle estaba desierta, salvo por un par de coches y una furgoneta de reparto de pizzas.

Cuando la puerta se abrió, Danna apenas prestó atención al Matt Gerritsen sonriente que la recibía. Se lanzó al interior de la casa, deseosa de abandonar la calle solitaria.

—Hola, Danna. ¿Te ocurre algo?

—No —respondió ella.

El joven se encaminó hacia la parte trasera de la pequeña sala, atravesó una puerta y desapareció. Danna no lo siguió. Echó un vistazo a su alrededor, procurando determinar a quién pertenecía aquella casa: había

algunas fotos, pero no vio en ninguna a Matt o a otro miembro de la familia Gerritsen. En varias de ellas reconoció a una misma mujer, en ciertas fotografías más joven que en otras, y supuso que podía tratarse de la dueña de casa. Danna tenía claro que cualquier detalle, por insignificante que resultase, podría darle la clave para tener una carta con la cual *atacar* a Gerritsen.

Por el momento convenía seguirle el juego.

—¡He preparado algo de beber! —La voz de Matt flotó desde la cocina.

Danna vaciló y finalmente fue a su encuentro. Un estruendo eléctrico proveniente de la cocina la sobresaltó. Al asomarse, vio a Matt de espaldas, manipulando con torpeza el interruptor de una licuadora.

—Imagino que te gusta el daiquiri… —dijo él sin volverse.

—Sí, claro —replicó Danna, acercándose por detrás—. ¿Qué ocurre con eso?, ¿tienes problemas?

—No he podido cerrar la tapa, pero está resuelto.

—¿Es la primera vez que la usas?

—Sí. La encontré ayer…

—¿Ayer?

Matt se detuvo. Su mano estaba a punto de accionar el interruptor nuevamente.

—Sí, entre unos trastos —explicó.

—No vienes mucho por aquí, ¿verdad?

—No… La casa es de un amigo —Matt vacilaba antes de pronunciar cada palabra—. Él… simplemente me la presta de vez en cuando.

Danna detuvo su avance justo detrás de él. Se cercioró de que sus cuerpos estuvieran apenas en contacto. Pudo percibir el modo en que el joven temblaba ante su proximidad. Le habló directamente al oído; su voz era apenas un susurro:

—¿Cuál es el nombre de tu amigo?

—Randy —dijo él sin pensar. Sus manos estaban a punto de derramar el contenido de la licuadora.

Ella retrocedió, satisfecha, y él accionó el interruptor de encendido por segunda vez. Las fresas en el interior del recipiente se desintegraron.

Segundos después, Matt vertía la mezcla en dos vasos altos. Se volvió hacia Danna, quien por primera vez reparó en la vestimenta del joven: llevaba una camisa blanca de cuello ancho fuera de sus vaqueros y una cadena de oro.

—¿Por qué no dejas el bolso? —dijo él, entregándole uno de los vasos.

Danna miró el bolso que aún sostenía entre sus manos como si no tuviera la más mínima idea de cómo había llegado allí. Eligió una de las sillas de la cocina para depositarlo. Al hacerlo se inclinó lo suficiente para que sus pechos rellenaran su blusa y se aseguró de que el detalle no pasara desapercibido al único espectador.

—Gracias —dijo tras aceptar el vaso. Creía estar poniendo nervioso a Gerritsen, lo cual era un buen comienzo. Bebió un trago.

Matt se sentó en la esquina de la mesa, ahora los dos tenían la vista fija en la licuadora sobre la encimera.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó él.

—Adelante.

—¿Cómo lo supiste…? ¿Cómo diste con la droga?

Danna estuvo a punto de vomitar el daiquiri que acababa de beber.

¿Droga?

Tosió y se llevó la mano a la boca. El día anterior, durante la conversación telefónica, ella había adivinado que él estaba ebrio o quizás drogado…, ¿a eso se refería? Creyó conveniente ocultar su desconcierto.

—Intuición femenina, supongo —respondió con una sonrisa.

—Creí que sería un escondite perfecto —dijo él.

—Lo es. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Matt la miró con desconfianza.

¿Sospechaba algo?

—No sé —dijo—, simplemente se me ocurrió.

—Está bien, no tienes de qué preocuparte. —Danna habló mientras apoyaba una mano en la espalda de Matt. El contacto inesperado surtió el efecto que buscaba. Matt se estremeció ligeramente. A continuación se decidió a contraatacar con una jugada osada.

—Sólo tú y yo lo sabemos, Matt —agregó.

Matt hizo una pausa.

—La sacaré en dos días. Tres a lo sumo. ¿Realmente no te inquieta?

Danna se sentía contrariada ante el giro de la visita. Había ido con la idea de obtener la mayor información posible respecto a Sallinger y el modo en que Gerritsen se había enterado de su existencia, y ahora se encontraba con algo diferente. Algo sin sentido. Evidentemente se trataba de cierta droga escondida, pero Danna no tenía la más remota idea de por qué Gerritsen pensaba que ella estaba al tanto de eso. Seguiría indagando, aunque costaba imaginar cómo lo haría sin tener noción de lo que estaba ocurriendo. Quizás, pensó, era el momento de mencionar a Sallinger, antes de echarlo todo a perder.

—Prepararé un poco más —dijo Matt al observar que el vaso de Danna estaba vacío. Se encaminó hacia la nevera y extrajo un recipiente con fresas. Mientras lo colocaba en el fregadero dijo:

—Una vez tuve algo con una mujer mayor que yo.

—¿Sí?

Danna advirtió que Gerritsen había esperado a darle la espalda para decir aquello. Supuso que la conversación le daría el tiempo necesario para decidir cómo traer a colación a Sallinger.

—Sí. Una profesora, hace un par de años. La encontré en un bar al que se suponía que no tenía la edad suficiente para entrar… Me refiero a mí.

Danna forzó una risita.

—La mujer gozaba de cierta reputación…, siempre muy formal, con sus faldas largas, cabello recogido, casi sin maquillaje. Pero ese día, en el bar, su aspecto era muy diferente… Estaba sola y había bebido. También en su caso…

Matt vaciló.

—Creías que era diferente —completó Danna—, ¿no es así?

—Sí.

Matt echó una generosa dosis de ron y azúcar en la licuadora.

—¿Qué ocurrió después, con la profesora?

—No gran cosa. Fui a su apartamento, pero la mujer me soltó un cuento de que yo era su alumno y esas cosas.

Danna supo que Gerritsen mentía aun sin ver su rostro. Lo advirtió en las palabras que usó y en el modo en que las pronunció. Aquella historia era tan verídica como el alunizaje del año 1969. Probablemente la había ensayado especialmente para la ocasión.

La licuadora graznó con sus quejidos de trituración.

—Desde ese momento he querido estar con una mujer mayor que yo —dijo Matt, siguiendo con su historia fantástica mientras quitaba la tapa del recipiente y vertía el contenido en su vaso—. ¿Me alcanzas tu vaso?

Ella se lo entregó. Él se lo devolvió unos segundos después, acercándose un par de pasos. Sus rostros se encontraron a menos de veinte centímetros.

—Estoy ansioso por saldar la deuda…

A Danna le dieron náuseas. De buena gana hubiera estrellado el vaso en el rostro sonriente de Gerritsen, procurando hacerlo con la fuerza suficiente para romperlo, y haciendo que los fragmentos de vidrio se le incrustaran en la cara.

Matt se acercó un poco más.

—Tranquilo, aún estamos en la cocina. Hay algunas cosas acerca de las cuales debemos hablar primero.

Matt retrocedió, aturdido, con la expresión de un niño al que su madre ha descubierto en el instante en que se disponía a hacer algo que no debía. Danna tendió su vaso y él por un momento no supo qué hacer, hasta que ella lo hizo chocar con el suyo.

—¿Qué te parece si vamos a la habitación? —sugirió Matt—. Estaremos más cómodos allí.

Danna dudó un instante. Ir a la habitación acortaría el tiempo disponible para obtener las respuestas que necesitaba. Por otro lado, estaba claro que la mejor manera de obtener dichas respuestas era colocar a Matt en situaciones incómodas. Y la habitación definitivamente incomodaría a Matt.

Más de lo que él cree.

—Estaba esperando que lo dijeras —concluyó Danna, esbozando otra de las sonrisas de su arsenal.

En la habitación principal había una cama de dos plazas y un pequeño escritorio. Sobre éste había unos estantes con adornos y correspondencia acumulada que parecía llevar varias centurias de abandono.

—Antes iré al baño —Danna procuró dotar a su comentario de cierto carácter de incuestionabilidad. Creía tener cierto control de la situación y pretendía conservarlo.

Matt señaló una puerta y ella se marchó en esa dirección.

Una vez dentro del reducido espacio del baño, Danna asió el lavabo con ambas manos y clavó sus ojos en el espejo. No tenía necesidad de ir al baño, pero sí necesitaba verse el rostro. *¿Qué se suponía que estaba haciendo?*

¡Es una locura! No tienes por qué estar aquí. Saldrás y le preguntarás directamente qué sabe de Sallinger; a eso has venido, ¿no? Se acabaron los jueguecitos. No es más que un niño estúpido y asustado. Sal, sé rápida… y vete de aquí lo antes posible.

Permaneció un instante observando el rostro tenso que le mostraba el espejo. Se lavó la cara con agua fría, descargó la cisterna y salió.

Cuando regresó a la habitación, Matt se apresuró a abandonarla. Dijo que él también debía utilizar el baño y pasó junto a Danna a la velocidad de la luz. La mujer creyó advertir que el joven llevaba algo en su mano derecha, pero no estaba segura. Tan pronto como se quedó sola, su mirada se clavó como un arpón en la correspondencia del escritorio. Se lanzó hacia allí y tras desplazar un abrecartas de bronce, tomó entre sus manos un fajo de cartas atadas con una serie de bandas elásticas secas a punto de desintegrarse. Sin deshacer el fajo pasó las cartas con dos dedos, como si las contara. Verificó remitentes y destinatarios. Irene Martins aparecía recurrentemente. Si la suerte estaba de su lado, tenía entre manos el apellido del amigo de Gerritsen.

Danna se sentó en la cama. No llegaba sonido alguno desde el baño, y conforme pasaba el tiempo se preocupó. Miró su reloj un par de veces, reconociendo con horror que apenas habían transcurrido treinta segundos entre una y otra vez. Debía relajarse.

Cuando Matt hizo su reaparición en la habitación, su aspecto era diferente. Llevaba la camisa abierta, esta vez del primer botón al último, dejando al descubierto el torso y la cadena de oro. Caminó con paso vacilante. Su rostro mostraba una sonrisa peculiar, pero lo que más llamó la atención de Danna fueron sus ojos, ahora con los párpados a medio cerrar, con un brillo líquido empañando la mirada. De no haber sido por su andar bamboleante y la sonrisa de presentador de televisión, Danna habría supuesto que el joven había llorado.

Matt se detuvo a un metro y medio de Danna, que aún estaba sentada sobre la cama. Se estudiaban mutuamente cuando un timbrazo agudo resonó en la casa y ambos dieron un respingo.

¿El timbre?

Matt retrocedió un par de pasos sintiéndose perdido. Sus ojos abandonaron momentáneamente el estado de felicidad sintética y se fijaron en Danna, como si fuera ella quien debiera proporcionar una explicación…, pero la mujer lo observaba a su vez con la misma expresión de alarma.

—¿Esperas a alguien? —Danna se vio forzada a tomar las riendas.

—N… no.

—Puede que sea Martins.

—¿Cómo sabes el apellido de Randy?

—No importa. Puede que sea él.

Una decena de años abandonaron a Matt. Otra vez no era más que un chiquillo asustado.

—Ve a ver quién es —ordenó Danna—. Sea quien sea, deshazte de él.

Matt salió de la habitación.

—¡Abróchate la camisa! —graznó Danna. Y con voz apenas audible—: Estúpido.

Danna se quedó sola. Caminaba sobre una línea imaginaria mientras procuraba oír alguna voz. Oyó con claridad el sonido de la puerta al abrirse, pero luego sólo silencio. Ninguna voz, nada.

Matt regresó al cabo de un minuto.

—¿Y bien?

—No había nadie —repuso Matt subiendo y bajando los hombros. Su mirada recobraba lentamente el aspecto de antes.

—¿Nadie? ¿Cómo que nadie?

—Miré en ambas direcciones y no vi a nadie. Ha debido de ser un niño, o un falso contacto.

Danna recordó que el pulsador del timbre no había respondido correctamente cuando lo presionó.

Matt desabrochó su camisa nuevamente mientras se sentaba en la cama. Danna permaneció inmóvil. Perdió terreno, y esta vez fue Gerritsen (empujado por más estímulos en su cerebro que los habituales) quien avanzó y la tomó por sorpresa. Los besos de Matt se iniciaron en el cuello y ascendieron hasta la base de la oreja, donde una lengua silenciosa recorrió con delicadeza las concavidades que allí encontró. Danna experimentó el impulso de ponerse en pie, de gritar, pero mientras se debatía en decidir cuál sería la mejor manera de actuar, él avanzó en su exploración.

—Te gusta, ¿verdad?

Danna se forzó a pensar con rapidez, pero sus pensamientos se arrastraban como gusanos gigantes.

—¿Y tú cómo lo supiste? ¿Cómo supiste lo de Sallinger?

La boca húmeda de Matt recorría la barbilla, siguiendo la línea ascendente de la mandíbula. Se apartó sólo un momento.

—¿Cómo supe qué cosa? —preguntó él.

Danna se sintió perdida. No sólo había perdido terreno; la situación se le había ido totalmente de control. Había sido el timbre de la casa. Hasta ese momento las cosas habían marchado como ella esperaba. Ahora, sin embargo, se hallaba en un punto en el que su capacidad para razonar se había congelado, como la de un animal que se encuentra desplazándose en la seguridad de la alta hierba y repentinamente se descubre en medio de una brecha de asfalto, observando con desesperación el modo en que dos faros potentes crecen hasta cegarlo.

¡Apártalo!

Matt resopló. Posó una mano sobre el muslo derecho de Danna y rápidamente ascendió por el abdomen hasta rozar uno de sus pechos. Ella

dio un respingo, esperando con resignación mientras los faros se transformaban en dos soles blancos, sabiendo que no le esperaba otra cosa que el frente metálico de un camión incrustándose sobre su rostro. La presión sobre su pecho aumentó y disminuyó a merced de cinco dedos tentaculares.

—¡¿Cómo supiste lo de Sallinger?! —Danna procuró apartar a Matt, pero sólo lo logró parcialmente.

—Sólo sé su nombre.

Matt hizo el comentario con una tranquilidad exasperante, como si con ello diera por zanjado el tema. Lejos de ello, las cinco palabras produjeron un cortocircuito en Danna. Se vio a sí misma en aquella casa diminuta, con un muchacho cuyo vacío en el cerebro únicamente podría ser llenado por sus hormonas, y apenas pudo comprender cómo había llegado a una situación semejante.

Matt lanzó su boca en pos de la de Danna.

Como accionada por un resorte, ella se puso en pie, arreglándose la blusa.

—¿Qué pasa? —le espetó él.

—Te haré una pregunta muy simple —dijo Danna dejando de lado los intentos por ocultar su furia—. ¿Has tenido algo que ver con el mensaje de Sallinger?

El rostro de Gerritsen dijo todo cuanto Danna necesitaba saber: no sabía de qué rayos le hablaba.

—No sabía que querías hablar de tus problemas —dijo el joven con una sonrisa burlona—. Pensé que querías que te la metiera unas cuantas veces… —Matt rió. Sus ojos estaban de vacaciones en la luna.

Danna respiraba agitada. La expresión en su rostro había cambiado, y quizás él lo había advertido. Latidos furiosos alimentaban cada uno de sus músculos faciales, su boca bullía y su nariz se movía al compás de la respiración. Del puente de la nariz, arrugado, nacían en ángulo sus cejas, marco de un par de ojos coléricos y profundos. Sin pensarlo demasiado, ella se lanzó contra el joven con los brazos extendidos. Un gritito de satisfacción escapó de su boca mientras arremetía contra él, haciendo que

trastabillara y retrocediera con rapidez. Las piernas de Matt golpearon contra la mesilla y la lámpara cayó al suelo. Su espalda dio de lleno en la pared con un sonido seco. Danna clavó su antebrazo en el cuello de Matt, presionándolo contra la pared todo lo que pudo, que en vista de su estado de alteración no fue precisamente poco.

Los ojos lunares de Matt no pudieron ocultar el desconcierto.

—¡Quiero saber si has tenido algo que ver con el mensaje! —gruñó Danna.

Matt utilizó un par de segundos para que su respiración se regularizara. Aquélla era una mujer… Loca, no cabía duda de ello, pero mujer al fin. Matt le llevaba una cabeza y lógicamente era más corpulento. Encontrarse en semejante situación lo avergonzó.

La apartó de un simple empujón, haciéndola retroceder un metro y medio.

—¡No sé de qué coño hablas!

Y Danna supo que decía la verdad. No sabía quién se había introducido en su casa para dejar el mensaje de Sallinger, pero supo que no había sido Matt Gerritsen.

Matt avanzó hacia ella, desafiante. Proyectó sus manos hacia adelante con fuerza, golpeándola de lleno en los hombros y obligándola a retroceder.

—Me he cansado de juegos —dijo.

Danna se golpeó contra el escritorio al retroceder. Se quejó del dolor pero no apartó los ojos de los de él. Sin ser del todo consciente, se volvió con rapidez y tomó el abrecartas que había visto antes. Empuñándolo como un cuchillo, lo blandió en dirección a Matt.

—Gerritsen, te conviene no moverte, te lo aseguro… —Algo en su tono de voz debió de ser lo suficientemente convincente, porque él permaneció donde estaba.

En ese preciso instante, se oyeron fuertes golpes procedentes del frente y la parte trasera. Golpes inconfundibles de puertas y ventanas al abrirse. Sonidos apremiantes resonando en la casa con impunidad.

Matt y Danna se miraron, desconcertados.

OceanofPDF.com

2

Arthur McAllen llevaba quince años trabajando para la DEA. Había participado en operaciones importantes —muchas de ellas a su cargo—, pero ésta era diferente. En ésta había sido él contra todos. Su jefe, para empezar, la consideraba una pérdida de tiempo, y Dios sabía a los extremos que había tenido que llevar las cosas para disponer de una unidad especial. Smith le había explicado que movilizar una unidad especial costaba mucho dinero —como si él no lo supiera— y que iba en contra del protocolo emitir la autorización sin pruebas fiables de que su utilización no sería en vano. Como si él tampoco lo supiera.

McAllen no le mencionó a Smith la llamada anónima que habían recibido en el departamento de policía de Carnival Falls apenas el día anterior. Prefirió guardárselo y convencerlo de que diera la bendita autorización. Con el tiempo había aprendido a confiar en su instinto.

La voz anónima había sido suficientemente clara en cuanto a la información. Había proporcionado una dirección específica, un horario especifico y había dicho que McAllen iba a estar muy interesado en lo que ocurriría allí… Lo habían involucrado a él específicamente.

En el departamento de policía no disponían de una grabación de la llamada, pero la muchacha que la había recibido insistía en que recordaba las palabras de memoria.

McAllen va a estar interesado.

La noche anterior, pocas horas después de haber sido informado de la llamada, él mismo había hecho una visita a la casa de la calle Vartan, propiedad de la difunta Irene Martins, acompañado por un agente. Se trató de una visita informal, de la que no diría una palabra a Smith ni a nadie. Y lo que encontró durante la breve expedición nocturna lo llenó de júbilo. En el patio de la casa descubrió un vehículo que estaba siendo preparado para transportar droga, suficiente para dar crédito absoluto al anónimo recibido en la comisaría.

Esa misma mañana telefoneó a Smith lo suficientemente temprano como para despertarlo. McAllen debía moverse rápido si quería tener todo listo a las ocho. Debía trasladar el equipamiento y hacer los arreglos correspondientes.

Tenía mucho trabajo por delante.

Pero había valido la pena, y la sonrisa de oreja a oreja que esbozaba Arthur McAllen esa noche era la prueba más clara de ello. En aquel momento observaba por encima del hombro de Roger Gates, el operario de la unidad especial: un sofisticado equipo de monitoreo camuflado en una vetusta furgoneta de reparto de pizza. El sistema disponía de cámaras de vídeo inalámbricas y de canales de audio suficientes para disponer de un registro detallado de lo que ocurría en cada habitación de la casa. Gates, dotado de auriculares y micrófono, seguía con atención los cinco monitores en blanco y negro, manipulando cuando era necesario la consola de mandos que controlaba la unidad.

En aquel momento, dos grupos de agentes especiales estaban apostados en las partes trasera y frontal de la casa. Si era necesario comunicarse con ellos, Gates podía hacerlo con el diminuto micrófono que tenía delante de sus labios.

—Está grabándolo todo, ¿verdad, Gates? —Era la tercera vez que McAllen le hacía la misma pregunta.

—Sí. Ya se lo he dicho cien veces.

McAllen pensó en decirle algo por su impertinencia, pero no lo hizo. No dejaría que nadie arruinara su buen humor. Ni siquiera Harrison, con su insistencia en permanecer él también en la furgoneta, había logrado hacerle

perder la paz. El comisario había dicho que nadie iba a impedirle mantenerse al corriente de cuanto ocurriera en Carnival Falls, y McAllen finalmente había aceptado que permaneciera también en la unidad especial.

Con lo que había ocurrido hasta el momento, McAllen sabía que tenía suficiente para justificar la movilización del equipo. Probablemente incluso para dar por cerrado el caso.

Aunque debía reconocer que los acontecimientos en la casa lo habían desconcertado. Esa misma tarde, mientras sus hombres ocultaban las cámaras y los micrófonos, habían hallado una cámara escondida, lo cual le había confirmado que en efecto algo importante tendría lugar ese día, tal como había asegurado la voz anónima.

McAllen tendría la oportunidad de pillarlos por sorpresa. Utilizaría dos equipos de tres personas cada uno. Harrison había insistido en tener apostados también a tres de sus hombres y él había accedido.

Todo había marchado según lo planeado hasta que apareció la mujer. Harrison la conocía, y el desconcierto del comisario fue aún mayor que el del propio agente.

En ese momento, McAllen empezó a preocuparse, porque parecía que lo que tenían entre manos era un simple encuentro romántico; pero entonces el muchacho le había hablado a la mujer de la droga.

¿Cómo lo supiste…? ¿Cómo diste con la droga?

McAllen supo en ese instante que tenía al sujeto indicado. La furgoneta en plena remodelación aparcada en el jardín trasero era una de las pruebas, y la otra había sido perfectamente grabada por Gates. No tendría más que interrogar al joven para sacarle la verdad en un abrir y cerrar de ojos. McAllen estaba convencido de que sólo con mostrarle al muchachito la grabación en la que hablaba de la droga haría que soltara el rollo diez veces seguidas si era necesario.

Poco después de mencionar la droga, la mujer y el joven salieron de la cocina para dirigirse a una de las habitaciones. McAllen seguía los acontecimientos con interés. Harrison, de pie detrás de él, seguía con la mirada la figura inconfundible de Danna Green desapareciendo de uno de

los monitores para aparecer en el otro. Gates presionó una serie de botones y el audio de la habitación reemplazó al de la cocina.

—¿Quién es ése? —preguntó de repente Gates.

McAllen y Harrison siguieron el dedo del operador, al principio sin comprender a quién se refería. Uno de los monitores, el primero, mostraba la imagen de una cámara situada en la parte superior de la furgoneta. La cámara había sido posicionada de manera que pudiera ofrecer una perspectiva de la fachada de la casa. En aquel momento un hombre se acercaba a la puerta de la calle.

—¡Es Green! —bramó McAllen—. Echará todo a perder. ¿Qué hace aquí?

Harrison contempló boquiabierto a Robert, que extendía en ese momento un brazo tembloroso en dirección al timbre de la casa. La misma pregunta que formuló McAllen lo asaltó dentro de su cabeza: ¿qué hacía Robert allí?

—Yo me encargaré —se apresuró a decir Harrison.

Salió por la parte trasera de la furgoneta. McAllen pensó en decir algo para detenerlo, pero finalmente no lo hizo.

—Se han sorprendido —sentenció Gates con la vista fija en el cuarto monitor, el que mostraba a Danna y Matt en la habitación—. No esperaban a nadie.

McAllen estuvo de acuerdo.

Los dos hombres siguieron en el cuarto monitor la salida de Matt de la habitación y luego por el segundo su avance por la sala. En el primero, Harrison corrió hacia Robert y prácticamente lo arrastró hasta ocultarse en el frente de una casa vecina. El comisario había sido astuto, se dijo McAllen; de haberse dirigido hacia la furgoneta habrían sido sorprendidos en plena carrera.

Al abrir la puerta de la calle, el joven, lógicamente, no vio a nadie. El monitor número uno mostró el modo en que miró hacia uno y otro lado antes de introducirse en la casa y regresar a la habitación.

—Ha estado cerca —dijo McAllen más que nada para sí mismo.

Segundos después, Harrison condujo a Robert hacia la furgoneta. La incredulidad en su rostro al ver el equipamiento que controlaba Gates era la de un viajero en el tiempo de la época de las cavernas.

—¿Qué rayos hace aquí, Green? —McAllen no se molestó en volverse. Habló sin apartar los ojos de los monitores.

—He… recibido una llamada anónima —alcanzó a decir Robert.

Harrison sabía que tarde o temprano tendría que decirle a su amigo que la que estaba dentro de la casa era Danna, aunque posiblemente ya lo supiera. Desplegó una silla adosada a la pared de la furgoneta e hizo que Robert se sentara.

—¿Una llamada anónima? —McAllen se interesó inmediatamente.

Pero Robert no respondió. Acababa de sentarse cuando se quedó literalmente helado. Harrison lo advirtió y se dio la vuelta para mirar los monitores.

En el monitor cuatro, Matt Gerritsen besaba el cuello de Danna Green. Una de sus manos masajeaba con vehemencia el pecho derecho de la mujer.

Robert sintió que su sangre se espesaba y dejaba de circular.

Tu mujer te engaña tu mujer te engaña tu mujer te engaña tu mujer te engaña tu mujer te engaña tu mujer te engaña tu mujer te engaña tu mujer te engaña tu mujer te engaña.

El comisario no supo qué hacer. Él mismo se sintió avasallado por la imagen. No había tenido tiempo de advertir a Robert de la situación que tenía lugar en la casa.

—Parece que tendremos acción —dijo Gates, divertido.

Robert siguió la escena entre su esposa y el novio de su hija durante unos segundos que se le antojaron eternos. Luego bajó la vista y la clavó en el suelo de la furgoneta. En ese preciso instante algo se rompió dentro de él; una pieza delicada e irreemplazable.

¡Todo el mundo lo sabe!

Cuando se desató el enfrentamiento entre Matt y Danna, Robert ya no prestaba atención a los monitores. Harrison, en cambio, dio un paso hacia McAllen.

—McAllen, me imagino que pensará intervenir.

El agente no pareció oírlo. En ese instante Danna tomaba algo del escritorio… ¿Un cuchillo?

—¡McAllen, intervenga o mi gente lo hará! —amenazó Harrison, alzando su radio a la altura de la boca.

McAllen sostuvo la mirada del comisario unos instantes. Luego se volvió hacia Gates y le indicó con un ademán que activara el micrófono sobre la consola de control. Una luz se encendió a un lado del dispositivo y Arthur McAllen dio órdenes a los dos grupos apostados en la casa para que entraran en acción. Harrison hizo lo propio con sus hombres.

OceanofPDF.com

3

Matt Gerritsen y Danna Green serían trasladados a la comisaría para ser interrogados. La mujer, esposada, era conducida fuera de la casa, presa de un completo desconcierto ante el movimiento originado fuera. De la furgoneta de reparto de pizza salía un individuo bajo y gesticulador con la camisa remangada. Las luces azuladas de los coches patrulla resaltaban una decena de rostros asomados en algunas de las casas.

Danna vio a Harrison cerca de la furgoneta, andando con paso decidido. Hablaba por radio manteniendo la vista fija en el pavimento. De repente, dejó caer el brazo con el que sostenía la radio y miró al cielo; luego se encaminó hacia la furgoneta. Abrió la portezuela trasera de un tirón y se dirigió a alguien que estaba en el interior, probablemente al sujeto de la camisa remangada. Entonces Danna se detuvo en seco. Robert salió de la parte trasera y avanzó un par de pasos con la cabeza gacha y los brazos pegados al cuerpo. En ese instante levantó la mirada, seguramente atraído por el ajetreo en la acera de enfrente, y entonces sus ojos se encontraron con los de Danna. Harrison advirtió lo que sucedía.

—¡Eh, Timbert! ¡Pedí que se me avisara cuando la sacaran! —explotó el comisario.

—¡Lo han hecho sin mi consentimiento! —se defendió el oficial.

Harrison se volvió hacia McAllen, vociferando cosas que Danna apenas escuchó. Los oficiales la introdujeron en el vehículo policial y le hicieron algunas preguntas, que ella no respondió. Su mente estaba en blanco. El

último pensamiento racional que recordaba era que todo aquello tenía que ver con drogas. Matt había mencionado algo de drogas, y las inscripciones de la DEA en las chaquetas de los agentes eran más que elocuentes. Pero aunque había razonado aquello apenas diez minutos antes, ya lo había olvidado. En su mente no quedaba espacio para reflexionar. Los acontecimientos recientes lo oscurecían todo, como una nube negra encapotando el cielo antes de una tormenta.

Mentalmente, Danna se vio frente a Gerritsen, sosteniendo el abrecartas y, de pronto, aquellos hombres entrando a la habitación; tres de ellos, con sus vestimentas negras, cascos de motociclistas y armas con mira láser. Los rodearon como arañas, desplazándose con presteza, mirando en todas direcciones al mismo tiempo, respondiendo por sus intercomunicadores a las voces electrónicas que de ellos surgían.

Recordó haber dejado caer el abrecartas y haber girado sobre sus pies con la lentitud de un sueño, pensando que lo que estaba ocurriendo era descabellado. Jamás en su vida había experimentado la sensación de un arma apuntándole, y menos por partida triple. Vio tres círculos rojos bailoteando en su pecho, ascendiendo y luego viajando como por arte de magia al cuerpo de Matt.

Aquello debía de ser un error. No podía ser de otra manera.

Pero no había error. Les ordenaron que colocaran las manos delante, una junto a la otra, y los esposaron para conducirlos a la sala, donde había más de aquellos individuos de película. Uno de ellos habló articulando palabras memorizadas dirigiéndose a ellos (aunque sin mirarlos) y luego al micrófono instalado en su casco. Danna no dijo absolutamente nada. Ni una palabra. Permaneció en silencio, con la garganta seca.

OceanofPDF.com

4

El jaleo en la casa de la familia Green había crecido considerablemente. Mike fue testigo de la llegada de media docena de policías y de cómo sus rostros se transformaron tras enfrentarse al cadáver que él mismo había descubierto no mucho antes. Comprendió que ninguno de ellos estaba acostumbrado a vérselas con una muerte de esas características, definitivamente poco frecuente en Carnival Falls.

Mike recordó el grito histérico que había dejado escapar Allison ante la imagen del cuerpo sin vida de Rosalía. Mientras Harrison daba las primeras instrucciones por radio, la mujer se había limitado a permanecer sentada en uno de los sillones, visiblemente conmocionada. Cuando Mike se acercó, ella se sobresaltó, como si su mente hubiese viajado a un sitio lejano. En ese momento pudo leer en sus ojos, húmedos de miedo, que pensaba en la inscripción que habían encontrado en el desván.

Le dijo a Allison que no tenía sentido que permaneciera allí, que podría irse a su casa y descansar un poco. Al principio a ella la idea le resultó absurda, pero finalmente aceptó. El estado de Robert no era bueno y necesitaría a su amigo a la hora de hablar de lo ocurrido. Hasta el momento, ni Allison ni Mike sabían qué había sucedido exactamente.

Una hora después de que Allison se marchara, Mike y Robert seguían sentados en la sala, observándose en silencio. Mike había intentado entablar conversación con su amigo en dos ocasiones, pero él se había limitado a

observarlo con la mirada extraviada, como si no entendiera una sola palabra de lo que le decía.

Harrison se acercó a ambos, pero se inclinó ligeramente hacia donde estaba Mike y le habló al oído.

—¿Qué tal si salimos a tomar un poco de aire?

Mike asintió.

Los dos hombres salieron por la puerta principal y rodearon la casa. En pocos segundos se encontraron en el jardín trasero, vagamente iluminado por dos farolas de pie.

—¿Qué ha ocurrido, Harrison? —preguntó Mike, asegurándose de que allí no había nadie más que ellos.

—No lo sé con certeza —dijo el comisario visiblemente contrariado—. Tengo a la DEA encima, siguiendo un caso de drogas aquí en Carnival Falls. Ayer por la mañana recibimos una llamada anónima referente a una operación. Nos proporcionaron una dirección, una hora… Creímos tener entre manos una posible transacción y la DEA montó un pequeño circo, con cámaras de vídeo y esas cosas.

—¿Creyeron tener…?

—En el lugar se presentó un muchacho al que conozco —puntualizó Harrison—. Su nombre es Matt Gerritsen; quizás usted conozca a su padre. En cualquier caso, el muchacho ha estado en mi casa algunas veces. Conoce a mi hija Linda.

—No lo conozco personalmente, pero sé que es novio de Andrea —agregó Mike.

Thomas Harrison palideció. Sólo en ese instante comprendió las implicaciones *reales* del encuentro entre Danna y Gerritsen.

—Mierda.

—Harrison, explíqueme qué tiene que ver Matt Gerritsen en todo esto.

—La siguiente en llegar a la casa… fue Danna —dijo el comisario, como si esto lo explicara todo (y en cierta medida así era).

—¿Danna?

—Sí. Matt Gerritsen hizo ciertos comentarios en relación a lo que buscábamos, lo cual da crédito a nuestro informante anónimo; luego la

reunión comenzó a parecerse más a un encuentro de… amantes.

—¿Danna y Matt? Harrison, lo que está diciendo carece de sentido.

—Lo sé. Sabiendo que el muchacho es el novio de Andrea resulta aún más difícil de aceptar.

—¿A qué se refiere exactamente con encuentro de amantes?

—No mantuvieron relaciones, si a eso se refiere. Tomaron unas copas y se besaron. Luego discutieron y nuestros hombres intervinieron.

—¿Se lo ha dicho a Robert?

—No fue necesario. Mientras Matt y Danna estaban dentro de la casa, llegó Robert. Lo detuve de inmediato, antes de que anunciara su presencia. Alcancé a cruzar unas palabras con él y me dijo que también él había recibido una llamada anónima. De cualquier modo, lo conduje a la unidad móvil. Desde allí pudimos ver lo que ocurrió en el interior de la casa.

—Es increíble.

—Mike, le confío esto porque sé que es su amigo…, quizás el único que sepa cómo tratar este asunto con él.

—Se lo agradezco.

—Tengo la sensación de que Carnival Falls ha enloquecido —reflexionó Harrison.

—¿Han podido determinar algo del… cuerpo?

—Nada por el momento.

Caminaron por el lateral de la propiedad de regreso a la parte delantera. Harrison aventajó un paso a Mike y luego se dio la vuelta. Procurando hacer que su pregunta resultara casual, lanzó un dardo certero. El comisario conocía su trabajo, de eso no cabía duda alguna.

—¿Qué hacía usted aquí? —dijo en tono alegre.

Mike se puso rígido. Las palabras del comisario evocaron las letras sangrientas en el desván; parecía que el maldito nombre estaba a la orden del día dentro de su cabeza. Cuando se disponía a responder, consciente del instante de indecisión, el teléfono de la casa sonó con insistencia. Ya estaban en el umbral de la puerta principal.

Mike señaló el teléfono con un dedo tembloroso. No importaba qué respondiera a la pregunta del comisario, éste había advertido que le estaba

ocultando algo.

—Conteste usted —pidió Harrison—. Será mejor que lo haga una voz conocida.

Mike levantó el auricular.

OceanofPDF.com

5

Allison aparcó el Saab de Mike en la entrada privada de su casa. La idea no le gustaba, pero en su garaje no había espacio suficiente para dos coches.

Entró en la casa diciéndose que sería conveniente dormir. Como era casi medianoche, tal cosa no representaría un gran esfuerzo en circunstancias normales.

Pero resultaba evidente que éstas no lo eran.

Al encender la luz, la sensación que la embargó fue la de hallarse en un lugar extraño. Resultaba una estupidez mayúscula; había vivido allí durante años. Esa casa la había visto casarse, tener a su hijo, perder a su esposo… Sin embargo, la sensación de vacío estaba allí. Imposible negarla.

Colgó las llaves en el soporte junto a la puerta. Dejó su bolso en uno de los sillones y sus ojos se toparon con el reproductor y las cintas con la sesión de hipnosis de Robert. Costaba creer que las habían escuchado apenas unas horas antes. Mientras las observaba, se sintió como después de una fiesta, en la que la alegre multitud se ha marchado y el anfitrión observa los restos de comida y la vajilla desparramada por todas partes.

En la cocina, experimentó algo similar al ver las tazas vacías sobre la mesa. Sin proponérselo, las llenó de agua fría y las dejó en el fregadero.

Se desplazó por la casa sin poder despojarse de la sensación de extrañeza. Como tenía por costumbre antes de dormirse, comprobó que las ventanas y puertas estuvieran cerradas. En el segundo piso, se detuvo frente al pasillo oscuro y estiró su brazo para encender la luz. Antes, la oscuridad

le regaló una postal efímera de Rosalía, con la horrenda perforación en el estómago y sus órganos colgantes.

Allison había contemplado el cadáver apenas un segundo…, lo suficiente para que se le marcara a fuego en la memoria.

No pienses…

Sabía que si quería pasar esa noche sola en la casa debería mantener alejados los incidentes de las últimas horas. Si permitía que se alzaran en torno a ella, sería poco lo que podría hacer.

Cuando entró en su habitación, se convenció de que una ducha no sería una mala idea. Se desnudó, dobló la ropa en una silla y se encaminó hacia el pequeño baño. Mientras sus pies sentían el acogedor contacto de la alfombra, nuevamente la embargó la sensación de extrañeza, aunque esta vez hubo algo más. Desnuda, quieta y a la espera de algún ruido, comprendió que la sensación que realmente la invadía no tenía nada que ver con la de sentirse en un lugar extraño. Era peor: era la de ser observada.

Se encaminó con celeridad al baño y se encerró dentro. Dio dos vueltas de llave y sólo entonces logró recuperar en cierta medida la calma.

El agua caliente golpeando en la espalda, luego en su rostro, ciertamente fue efectiva a la hora de librarla de los acontecimientos del día. El golpeteo rítmico contra la bañera y el vapor humedeciendo el ambiente hicieron que sus músculos se relajaran. Cerró los ojos. En ese momento creyó que quizás sí podría descansar un poco esa noche después de todo.

Cuando salió del baño, procuró desplazarse rápidamente hacia la habitación. Mantenerse en movimiento era una manera efectiva de no pensar. Se introdujo en la cama y se tapó hasta la barbilla, ignorando las sombras que se alzaron en torno a ella, describiendo contornos que debían resultarle conocidos, pero que sin embargo…

Alguien te observa.

Giró sobre sí misma y reemplazó las sombras de la habitación por la oscuridad que le proporcionaba la almohada. La sensación de estar boca abajo la hizo sentirse indefensa, pero luchó contra el impulso de regresar a la posición anterior. Todo era cuestión de relajarse y pensar en cualquier cosa…

El cadáver de Rosalía, por ejemplo.

Aquí lo tiene, claro que sí. Si desea algo más, ya sabe cómo llamarme, no tiene más que chasquear los dedos. Estoy para servirle. ¿Quiere que lo destape por usted? Permítame…

La mirada de la mujer asesinada había sido de completo horror. ¿Es eso lo que sucede al morir? ¿Se queda la última expresión de nuestro rostro fija para siempre? Debía de ser eso. En las pompas fúnebres debían encargarse especialmente de fingir esas facciones de tranquilidad. Rosalía, en cambio, no había tenido esa suerte. Ella…

¿Me ha llamado, señora?

No. Lárguese.

Puedo recomendarle esto. Mire el pecho. El orificio es lo suficientemente grande como para introducir la mano dentro. ¿No es asombroso? Casi todos los órganos se han salido por ahí. ¿Diámetro? Hummm…, yo diría que unos diez centímetros, aunque no es un círculo exacto. Vea los cortes. Se parece más a una estrella de muchas puntas, o al menos ésa es mi visión. Resulta increíble que semejante herida haya sido causada por…

¡SI-LEN-CIO!

¿Hay algo que le molesta? ¿Desea fumar? Puedo trasladarla a otro sector si lo desea… Decía que cuesta creer que sea la obra de un niño. Uno creería que se necesita fuerza para hacer una cosa así, mucha fuerza. Y la mujer parece vigorosa, debe de haber ofrecido cierta resistencia. No sé. Fíjese que no hay heridas en el corazón, o en la cabeza, lo que hubiese causado una muerte rápida. No es que yo sea un experto, pero sí sé cuáles son los órganos fundamentales de nuestro cuerpo. He ido a la escuela. Salvo el corte vertical, que no parece muy profundo, la única herida es ese orificio, y no creo sinceramente que uno muera por eso en un abrir y cerrar de ojos. Debe de haber sido lento, no cabe duda.

—Ben no lo hizo —musitó Allison.

¿Con quién hablaba?

No lo considere una impertinencia, pero si lo analiza con cierta lógica… Usted y el señor Dawson fueron a buscar a Ben. Creyeron que lo

encontrarían en el desván de la casa…, fueron con eso en mente, ¿no es así? Claro que sí. Hasta encontraron su nombre escrito en la pared, con sangre. Sangre fresca. Y luego, luego esto. Yo creo, si me lo permite, que es muy factible que Ben lo haya hecho… Quiero decir, no es que uno sea adivino, es simplemente que basta con analizar…

¡Lárguese!

Como usted ordene, señora. Le sugeriría que descanse. Quizás mañana vea las cosas… desde otra perspectiva. Y por todo esto… no se preocupe. Cortesía de la casa.

OceanofPDF.com

6

—Soy Rachel Bellows —dijo la voz en el otro extremo de la línea.

Mike reconoció a la mujer de inmediato. La había visto varias veces en casa de los Green. Ella y Danna eran buenas amigas.

—Habla con Mike Dawson. Danna no está en casa en este momento. Si quiere decirme de qué se trata, con gusto se lo diré cuando la vea.

Harrison seguía la conversación con atención. Asintió en silencio frente al comentario de Mike.

—Ya sé que Danna no está allí —se apresuró a responder Rachel—. Está conmigo.

—¿Con usted?

—Sí. Pasará la noche aquí, en mi casa. Mañana viajará a casa de su hermano, en Manchester. Me ha pedido que se lo diga a Robert.

—Descuide, yo se lo diré. Gracias.

—Buenas noches.

Mike dejó el auricular del teléfono en su sitio. Mantuvo la vista fija en el aparato unos segundos y luego la desvió hacia el comisario.

—¿No dijo que Danna estaba en la comisaría?

—Sí.

—Pues ya no lo está. Pasará la noche con su amiga y mañana irá a casa de su hermano, en Manchester.

Harrison no hizo el menor esfuerzo por esconder su fastidio. Antes de que Mike pudiera decir algo más, salió de la casa y comenzó a hablar por la

radio, pero su voz se perdió. Mike regresó a la sala y permaneció junto a Robert. Se preguntaba cómo haría para decirle lo que Rachel le había transmitido hacía un momento.

—¿Robert?

Su amigo lo miró.

—¿Eres consciente de lo que ha ocurrido?

—Sí.

OceanofPDF.com

7

Harrison saludó con una inclinación de cabeza a Sam Farrell, el médico forense; le indicó con un ademán la dirección que lo llevaría al cadáver de Rosalía e hizo un nuevo intento de comunicarse con Dean Timbert. Sin darse cuenta, caminó hasta el jardín trasero.

—¿Harrison? —dijo la voz electrónica del oficial Timbert.

—Dean, descríbeme la situación allí.

—McAllen permitió que la mujer se fuera, luego interrogó apenas unos minutos a Gerritsen. Estuve presente y créeme, el muchacho se hundió hasta el fondo. Hace una media hora llamó a su padre, que llegó hace un rato. Esto ha sido un caos; el hombre ha dicho que demandará hasta a mi perro *Spock.* Acaban de irse.

—¿McAllen está ahí?

—Sí, con una sonrisa de oreja a oreja.

—El forense acaba de llegar. Iré en cuanto pueda. Quiero hablar con McAllen cara a cara antes de que se vaya ¿Has tenido noticias de Ian?

—Pensé que estaba contigo.

—No. Ha ido a hablar con la hermana de la mujer muerta. Dean, mantenme al tanto.

—Claro.

De regreso en la casa se encontró con Mike, y un tercer hombre se acercó a ellos desde la calle. Cuando se volvieron en esa dirección, advirtieron que se trataba de Ian Sommer. El policía los saludó agitando

apenas con dos dedos la visera de su gorra. Harrison se disculpó con Mike y éste regresó al interior de la casa, procurando mantenerse lo suficientemente cerca de la puerta de la calle como para escuchar la conversación entre el comisario y el policía.

—Ian, dime que no traes problemas…

—Diría que todo lo contrario —se jactó Sommer.

—Dispara.

—Hablé con su hermana, María Díaz. Tras permitirme entrar en su casa, la mujer me preguntó si se trataba de su hermana, si le había ocurrido algo malo a Rosalía. No fue necesario que le respondiera, de algún modo lo supo, y se echó a llorar. Preparó café y conversamos un rato en la cocina de la casa. Supongo que a pesar de todo lo tomó con tranquilidad.

—Creí ver la foto de un niño en la habitación. ¿Tiene un hijo?

—Sí, de nueve años. Miguel. Dormía en ese momento.

—¿Por qué la hermana supo que algo le había ocurrido?

—Rosalía ha estado durante años huyendo del padre de su hijo, un tal Félix Hernández, un hombre violento con problemas de alcoholismo, a quien abandonó poco después de concebir a su hijo.

De alguna manera, el sujeto la encontró en dos ocasiones, pero ella volvió a escaparse.

—Concuerda con el mensaje en la cama —reflexionó Harrison.

—La mujer dice haber recibido una llamada extraña hace unos días; alguien que dijo ser un vendedor no recuerda de qué, pero que hacía demasiadas preguntas…, como si quisiera sacar información. La mujer pensó de inmediato en Hernández, pero no le comentó nada a su hermana para no preocuparla. Decidió estar alerta.

—¿Tienes la descripción de Hernández?

—Tengo una fotografía.

—Perfecto. Ve a la comisaría y entrégasela a Dean. Yo hablaré con él.

Harrison observó al policía mientras regresaba a su coche patrulla. Se masajeó la frente con tres dedos de su mano izquierda y pensó que poco a poco las piezas iban encajando en su sitio.

OceanofPDF.com

8

Un ruido.

Allison se sentó al borde de la cama.

Miró el reloj de la mesilla. Eran las dos y trece minutos.

Se puso en pie y avanzó por la habitación oscura. No encendió la lámpara junto a la cama ni la luz principal. Antes de asir el pomo de la puerta y tirar de él, la idea de imaginarse desnuda vagando por la casa le dio escalofríos. A regañadientes accionó el interruptor de la luz y se puso ropa limpia: unos vaqueros, una camisa a cuadros y zapatos sin tacón. Se vio reflejada en el espejo y pensó que su cabello era un desastre.

Al diablo el cabello.

De pie en el pasillo no pudo más que sentirse estúpida. Había despertado en plena madrugada, se había vestido como para iniciar el día, y ahora estaba allí, en su casa solitaria, y por más que aguzaba el oído, no oía nada. Percibía los sonidos conocidos de la casa, la nevera y el viento zumbando en el tejado, pero nada más.

¿Qué había creído escuchar?

No hizo falta que forzase la memoria, pues el sonido se repitió. Se quedó helada, agradecida de disponer al menos de la protección de su ropa. El sonido fue imperceptible, pero audible.

Eran… como golpecitos de una cuchara en una copa de cristal.

Eso.

Fantástico. Han organizado una fiesta en tu casa, en plena madrugada. Alguno de los invitados tiene intenciones de hacer un brindis, algo perfectamente normal. Baja… y únete a ellos.

Logró ponerse en movimiento. La primera puerta era la del baño y Allison la abrió pero no entró. Encendió la luz y verificó rápidamente el pequeño recinto. Se disponía a cerrarla cuando sus ojos se clavaron en la cortina de baño, corrida de manera que no le era posible ver detrás. ¿Podía asemejarse el tintineo que había percibido con aquél que producían las arandelas metálicas de la cortina de baño al deslizarse? Estudió los pliegues de la cortina y no detectó movimiento alguno. Procuró recordar si había dejado la cortina así después de ducharse, pero le fue imposible. Era como recordar al salir del baño si hemos dejado la tapa del retrete levantada o no. La hemos visto tantas veces que mentalmente resulta imposible determinar cuál ha sido la última.

Sintió el impulso de cerrar la puerta y salir corriendo. ¿Acaso pretendía recorrer el resto de la casa con esas ideas en la cabeza? ¿Imaginando a un extraño agazapado en cada lugar posible?

Si me permite, señora, no es un extraño. Creo que ya hemos discutido eso.

¡Váyase al infierno!

Junto al lavabo vio el limpiador de mango corto. Desde el umbral de la puerta lo agarró y lo extendió. Debió inclinarse para alcanzar la cortina y fueron necesarios dos intentos para poder introducir la goma por el espacio que quedaba en uno de los laterales. Se asió con una mano al marco de la puerta y tiró de su improvisada herramienta con fuerza. La cortina se deslizó, pero sólo hasta la mitad, donde algunas arandelas se agolparon obstaculizando el avance de las restantes. Allison se vio lanzada al interior del baño y poco faltó para que aterrizara de bruces. Su nueva ubicación le permitió alcanzar la cortina y sin perder tiempo tiró de ella con determinación.

No había nadie detrás.

Estúpida.

Quería convencerse de que los acontecimientos del día la habían vuelto demasiado susceptible, lo cual era a todas luces cierto, pero aun así estaba exagerando. Pensó en bajar a la cocina y beber un vaso de zumo, pero entonces se alzó ante ella la visión del reproductor de cintas y descartó la idea. A la luz del día sería sencillo enfrentarse a eso, pero no en ese momento.

Regresaría a la cama. Comprobaría las habitaciones de la planta alta, la de Tom y la de invitados, y asunto terminado. Si había existido el bendito sonido, cosa que convengamos que era poco probable, no podía haberse originado demasiado lejos. Pensó que quizás un pájaro había golpeado el pico contra una de las ventanas, pero la idea era tan ridícula que ni siquiera convenía analizarla si quería seguir considerándose una persona racional.

Sin embargo, eso era exactamente lo que había oído, ahora que lo pensaba.

Un pájaro había golpeado el pico contra una de las ventanas. Sí, sí.

Se acercó a la habitación de Tom. Abrió la puerta despacio, trazando un círculo imaginario con su cabeza para mirar en todas direcciones. No hubo necesidad de que encendiera la luz; una luna en cuarto creciente se encargaba de forrar el interior de la habitación con una lámina plateada. Allison vio la cama hecha y una serie de juegos de mesa sobre ella. Tom los había esparcido para seleccionar cuáles se llevaría a casa de su tía. Vio su guante de béisbol, su monopatín y dos bates formando un signo de sumar desperdigados en el suelo. Tom no se caracterizaba por ser precisamente un niño ordenado, y Allison mucho menos una de esas madres que persiguen a sus hijos para que mantengan todo como si se tratara de un bazar. A fin de cuentas era su habitación; mientras mantuviera unas normas mínimas de limpieza era bueno que la ordenase como creyera conveniente. La excepción era la repisa de la izquierda, en la que Tom desplegaba su colección de figuras articuladas, todas ellas perfectamente alineadas.

Hola, Skywalker, ¿has visto un pájaro en la ventana?

El sonido se repitió.

En la ventana.

Allison alzó la vista. Allí no había ningún pájaro, pero en el fondo tampoco esperaba ver uno. Sin embargo, advirtió que *algo* había golpeando contra el cristal. Escuchó dos sonidos ahogados, casi al mismo tiempo. Avanzó en dirección a la ventana.

El corazón le latía con fuerza. La copa del único árbol de ese lado de la casa se alzaba como la silueta de un gigante haciendo una reverencia.

No mires. ¡Vete!

Rodeó el monopatín y los bates de béisbol. Diez pasos la separaban de la ventana.

Cinco.

Dos.

Se asomó poco a poco. Imaginó su rostro desde el otro lado, surgiendo como una aparición espectral, flotando en la oscuridad de la habitación de Tom.

No verás más que el césped y el cobertizo de las herramientas.

Un poco más.

Lo que vio hizo que profiriera un grito: un alarido desgarrador que en la quietud de la casa adquirió proporciones espeluznantes. Retrocedió. Se llevó la mano a la boca para evitar que otro grito surgiera de ella, pero descubrió que no podría respirar si lo hacía. Sus pies, definitivamente insubordinados, dieron dos pasos más hacia atrás y se enredaron. Uno de ellos se apoyó en el monopatín, lo que fue suficiente para lanzarla hacia delante y hacer que su cuerpo describiera un arco hacia atrás. Al caer, experimentó una punzada horrible en el centro de la columna vertebral, como si… ¡un bate de béisbol se clavase allí!, pensó frenética. Si el maldito bate la hubiera golpeado en la cabeza, en ese momento estaría reclamando su pasaporte al más allá. Jadeante en el centro de la habitación, con sus piernas abiertas en posición de parto y sus ojos como platos, apenas daba crédito a lo que acababa de ver.

Había visto a Ben, de pie en el jardín, con el torso desnudo y manchado. Su cuerpo escuálido y blanquecino, resplandeciendo como… como un cadáver, con la palidez de un cadáver. Resplandeciendo como la hoja del cuchillo que llevaba en su mano.

No era posible. Debía de haberlo imaginado.

Pero sabía que no había sido así. Un mísero instante fue suficiente para que los ojos de Ben se clavaran en ella y sus miradas se cruzaran. Los ojos del niño estaban vacíos, pero Allison supo que la había visto. Su sonrisa torcida era otra prueba de ello.

Aquél no era Ben.

Claro que sí.

¡NO!

Necesitó dos intentos para ponerse en pie, y cuando lo hizo, el dolor en su espalda fue lo suficientemente intenso como para que cerrara los ojos con fuerza y absorbiera la poca saliva que quedaba en su boca. Se acercó otra vez a la ventana, esta vez a toda velocidad. Se asomó con violencia, sabiendo que si no lo hacía de ese modo no lo haría nunca.

No había nadie.

Escudriñó la porción visible de jardín. Su mirada se topó con algo en el sitio en que pocos segundos antes había estado Ben, pero desde donde estaba no pudo advertir que se trataba de un montículo de piedrecillas.

Salió de la habitación apresuradamente, esquivando el letal monopatín y el resto de las pertenencias de Tom. De regreso en el pasillo, no vaciló. Estaba decidida. No se quedaría en la casa. Bajó los escalones de dos en dos. ¿Debía llamar a Mike? Se dijo que no. Sabía que no podría esperarlo aunque supiera que estaba en camino. Debía marcharse de inmediato.

La situación se le antojaba escabrosa. ¡ Se trataba de Ben! El niño al que tanto quería, el mejor amigo de su hijo, con el que había pasado horas enteras jugando al Monopoly o al Trivial.

¿Por qué huía entonces?

Sus ojos.

No era Ben.

Tenía un cuchillo.

No era Ben.

Saldría de allí en menos de un segundo. Iría a casa de su hermana. La llamaría una vez que estuviera en camino. No tenía más que acceder al garaje por la puerta interna, encerrarse en su coche y accionar el mando a

distancia del portón. En menos de un minuto estaría camino a casa de su hermana y…

Pero olvidaba un detalle: el Saab de Mike bloqueaba la entrada para coches.

La sola idea de salir por la puerta principal le resultaba aterradora. Quizás sí debía llamar a Mike después de todo. Podía encerrarse en el baño y esperarlo. En el baño o en cualquier habitación estaría segura.

Armándose de valor se dirigió al frente. Corrió apenas la cortina de una de las ventanas y se asomó. La luz del porche estaba encendida y desde donde estaba podía ver el Saab, silencioso y a no más… de… unos doce metros. Quince a lo sumo. Allison volvió la cortina a su sitio y se recostó contra la puerta. Al hacerlo, su espalda le recordó que había sido declarada zona delicada tras el incidente con el monopatín.

Podía hacerlo, se dijo. Podía abrir la puerta y correr en dirección al coche.

Miró una vez más hacia fuera y, tras observar que todo seguía igual, decidió que era el momento de abrir la puerta y salir. Lo hizo rápido, lanzando la puerta tras de sí para cruzar el porche sin volverse. No pudo evitar mirar a los lados mientras avanzaba, pero no vio nada fuera de lugar. Fue sencillo alcanzar la portezuela del Saab, pero introducir la llave en la cerradura fue una cosa totalmente diferente. Miró por encima de su hombro allí donde el jardín torcía hacia el lateral de la casa y advirtió cómo algo se movía.

Las llaves resbalaron de sus dedos.

No podía. Tenía que regresar. ¡No podía siquiera abrir el maldito coche!

Se inclinó y recogió las llaves. Esta vez fijó la vista en la cerradura e introdujo la llave correcta con un movimiento rápido y preciso. La puerta se abrió con un chasquido y Allison se introdujo en el coche a la velocidad de la luz. Mientras comprobaba que los seguros estuvieran bajados, lanzó su bolso al asiento del acompañante y dio arranque. El motor respondió de inmediato, con un rugido leonino alzándose en la noche.

Miró por el espejo retrovisor.

Allí estaba Ben, observándola desde el asiento trasero, con su rostro blanquecino. Sus ojos fríos…

Allison puso la marcha atrás y aceleró. El Saab se lanzó hacia atrás y saltó cuando los neumáticos golpearon el pavimento de la calle. Volvió a echar un vistazo por el retrovisor, pero esta vez su imaginación no proyectó ningún Ben. Vio la entrada de su casa alejándose y comenzó a sentirse más relajada.

OceanofPDF.com

Tercera parte: ¡Era hicho!

OceanofPDF.com

Capítulo 12: Una muerte inesperada

OceanofPDF.com

1

Domingo, 5 de agosto, 2001
Primera parte

Mike detuvo el Saab delante de la casa y permaneció unos segundos en silencio. En el asiento del acompañante, Allison mantenía la cabeza inclinada hacia un lado. Cuando él salió del coche y lo rodeó, ella lo siguió con la mirada.

—Vamos —dijo Mike luego de abrir la portezuela.

Avanzaron juntos hasta que Allison señaló con un dedo tembloroso el montículo de piedrecillas. Mike lo examinó con atención y alzó la vista en dirección a la ventana de la habitación de Tom, en el segundo piso. Aferraba a Allison con fuerza. La meció suavemente mientras miraba en todas direcciones sin esperar ver nada en particular.

—No he puesto en duda ni una de tus palabras —dijo.

Ella apartó el rostro y asintió, limpiándose las lágrimas.

—Fue horrible —balbuceó—. Durante toda la mañana no he podido pensar en otra cosa.

Se alejaron del montículo de piedrecillas y entraron en la casa en silencio. Mike realizó una inspección rápida en cada una de las habitaciones, aunque Allison había insistido en que tal cosa no era necesaria. La inspección no reveló nada fuera de lugar.

Allison preparó café y Mike llevó dos tazas hasta la sala. Se dejaron caer en el sofá, frente al reproductor portátil que habían utilizado la noche anterior. Las grabaciones de la sesión de hipnosis seguían allí, sobre la mesa. Allison introdujo las dos cintas en su bolso, pensando en devolverlas al archivo cuando le fuera posible. En vista de los acontecimientos no se preocuparía por eso ahora.

Mike se recostó contra el respaldo del sofá agradeciendo la superficie mullida que masajeaba su espalda. Había dormido apenas unas horas y el ajetreo del día anterior había sido particularmente agotador. Sus ojos, que solían delatar el cansancio antes que el resto de su cuerpo, comenzaban a enrojecerse. Decidió que debía ser él quien iniciara la conversación y que la mejor manera de hacerlo sería empezar por los acontecimientos de la mañana. Allison lo observaba expectante.

Mike explicó que le sugirió a Robert que pasara la noche en su casa, y que al despertar su aspecto había mejorado en relación a la noche anterior. A pesar de haberse mostrado poco comunicativo, y que el vacío en sus ojos no había desaparecido por completo, pareció sobreponerse mientras desayunaba. Mike descubrió que también él necesitaba echar algo a su estómago, de modo que entre los dos dieron buena cuenta de unas cuantas tostadas, huevos revueltos y cereales. Robert no se refirió específicamente al incidente entre Danna y Matt; simplemente se limitó a decir que *el episodio con Danna lo había dejado sumamente perturbado*, pero evitó dar precisiones al respecto.

Allison interrumpió el relato en este punto y preguntó si era la primera vez que los Green se separaban temporalmente, a lo que Mike respondió asintiendo.

—Danna nunca había llevado las cosas al extremo de pasar la noche en casa de una amiga, aunque me consta que más de una vez amenazó con irse. Jamás lo concretó.

—Hasta ahora.

—Así parece.

Mike pensaba que si bien no conocía los pormenores de lo sucedido la noche anterior, sí creía que la decisión de Danna de alejarse de Carnival

Falls podía ser acertada. Esa misma mañana le había dicho a Robert que él podría hacer lo propio y le ofreció su casa del lago en Depth Lake. Robert lo había observado con ojos perdidos: la mirada de alguien cuyos pensamientos se han convertido en ganado disperso que pasta con indiferencia. Mike fue consciente de que su amigo no le daría una respuesta inmediata, pero sabía que ésta no tardaría en llegar. Depth Lake era un sitio tranquilo y, lo más importante, alejado. Una casa acogedora, un pequeño embarcadero desde el que se podía pescar y bosques por los que caminar. Resultaba el sitio ideal para ordenar ideas. Mike prácticamente no iba a Maggie Mae, tal como su padre había bautizado a la casa de madera en Depth Lake, y la verdad es que no sabía por qué conservaba la propiedad. Probablemente por evitar el trastorno de deshacerse de ella.

Mike le había mencionado con delicadeza que sería necesario hablar con Andrea, puesto que no podría permanecer con los Harrison eternamente. Maggie Mae les permitiría a ambos reflexionar y establecer la distancia necesaria para poder ver las cosas con perspectiva. Luego podrían decidir qué hacer.

Cuando su amigo aceptó, Mike respiró aliviado. Por el momento no le mencionaría nada referente a la inscripción en el desván, pero sabía que debería hacerlo tarde o temprano. Mientras ellos estaban a salvo en Maggie Mae, Mike se encargaría de intentar dilucidar los acontecimientos recientes.

—¿Crees que está en condiciones de conducir hasta Depth Lake? —preguntó Allison

—No lo permitiría de no estar seguro —dijo Mike con seriedad—. Fuimos juntos a recoger a Andrea y luego a su casa en busca de algo de ropa. Noté que lentamente iba recobrando el control de sí mismo.

—¿Qué sabe Andrea de lo que pasó?

—Está al tanto de la muerte de Rosalía —dijo Mike—. Los Harrison se encargaron de decírselo esta mañana. Mientras Robert estaba en su habitación me las arreglé para intercambiar unas palabras con ella a solas y le dije que su madre había tomado la determinación de marcharse a casa de su hermano. Me miró con incredulidad, pero supo que no le daría más

detalles. Le expliqué que en Maggie Mae Robert seguramente hablaría con ella y eso fue todo.

—Será difícil para él hablarle de una cosa así.

—Ya lo creo, pero de cualquier forma es algo que deberán resolver a su debido tiempo.

Allison asintió. Se alegraba de que Robert hubiera accedido a mantenerse alejado de Carnival Falls. Algo sumamente horrible estaba ocurriendo y no había hecho más que pensar en eso durante toda la mañana. Quería convencerse de que Félix Hernández era quien había arrebatado la vida de Rosalía, pero la visión desde la ventana de la habitación de Tom se había grabado a fuego en su cabeza. Su instinto le decía que Hernández no había tenido nada que ver con el asesinato de su exmujer.

¿Por qué no hablaban con Harrison de lo que habían visto?

De la inscripción en el desván. De la sesión de hipnosis. De Benjamin. De todo.

Allison creía que debían dar aviso a la policía cuanto antes. Por más inverosímil e incomprensible que resultara la historia, una mujer había muerto y más personas podían estar en peligro. Sin embargo, Mike le había pedido que le permitiera asegurarse de que Robert iba camino a Depth Lake. Más tarde podrían reunirse y evaluar la mejor manera de actuar.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo ella, y su voz tembló.

—No lo sé. Aunque hablemos con la policía de lo que sabemos, y no estoy diciendo que no lo hagamos, creo que no lograremos apartarlos de la pista de Hernández. Seamos realistas, tienen suficiente para estar buscándolo. Harrison me ha dicho que el forense ha tipificado al asesino como a un hombre con una fuerza considerable.

—Pero la herida a la altura del estómago —dijo Allison con resignación —, no necesito decirte lo que eso me sugiere…

—No, no es necesario.

—Mike, Dios sabe lo mucho que quiero a Ben; realmente ha sido un niño adorable y me cuesta pensar que algo malo le sucedió para que actúe así… ¡pero lo he visto con un cuchillo!

Allison se puso en pie y caminó de un lado para otro. Otra vez parecía a punto de llorar, pero aun así Mike no supo si acercarse y abrazarla o permitir que se desahogara.

—Vimos la sangre allí arriba, por el amor de Dios —dijo ella procurando controlarse—. Luego se aparece en esta casa nada menos que con un cuchillo, manchado de rojo. Al menos que hayan adelantado Halloween dos meses, yo creo que hay razones para dar aviso a la policía de inmediato, y que se reactive la búsqueda de Ben.

—Yo también lo creo. Siéntate, por favor.

—Estoy bien así.

Mike se sintió dolido al escuchar aquello, pero no insistió. Procuró pensar con claridad. Lo que Allison acababa de decirle era cierto, e independientemente de las circunstancias oscuras que rodeaban al asunto, tenían razones más que suficientes para reiniciar una búsqueda.

Mike se puso en pie. Tomó a Allison por los hombros y con voz firme le dijo:

—Si estás de acuerdo, eso es lo que haremos…

OceanofPDF.com

2

Brandon Arlen era un abogado exitoso, capaz de intimidar a las personas sólo con alzar ligeramente el tono de voz o con el simple hecho de adoptar una postura amenazante. Era un don, una cualidad innata de la cual se había valido a lo largo de su vida para lograr lo que quería. Liderar su grupo de amigos, conquistar a una chica, convencer a un jurado…, lo mismo daba a la hora de hacer uso de su voz firme, sus ojos profundos y, si hacía falta, una sonrisa deslumbrante.

En este momento, sin embargo, mientras peinaba su cabello con los dedos, Brandon Arlen se preguntaba adónde se habían ido sus poderes de superhéroe.

Con treinta y ocho años y una carrera exitosa había alcanzado el futuro prometedor que las personas cercanas habían asegurado que lo esperaba. Tenía una esposa a la que amaba y a pesar de que aún no había sido padre, tanto él como Courteney eran fértiles y lo intentaban unas tres o cuatro veces por semana. El doctor Kinkdale había dicho que sería una cuestión de tiempo, y Brandon confiaba plenamente en él.

¿Danna, estás ahí?

Asistía a reuniones de trabajo casi a diario. Se enfrentaba a tipos duros, curtidos por la profesión y el tiempo, que en ciertas ocasiones representaban verdaderos desafíos incluso para él. En otras, discutía, cuestionaba, rebatía posturas casi sin darse cuenta, como si dedicar una mínima parte de su atención fuera suficiente.

¡Era el mismísimo Superman!

Y sin embargo allí estaba, de pie frente a la puerta de la habitación de invitados de su propia casa, convenciéndose a sí mismo de su capacidad asombrosa para avasallar a las personas, pero incapaz de mover su maldito brazo más que para acariciarse el cabello. ¿Cuánto tiempo llevaba así? ¿Cinco minutos? ¿Diez? No lo sabía, y no quería pensar en las razones tampoco.

Estiró su mano y asió el pomo de la puerta. La empujó despacio.

Lo primero que vio fue la cama hecha, lo cual no lo sorprendió, pues su hermana era una mujer ordenada. Luego vio parte del ventanal, que ofrecía una agradable vista aérea del jardín delantero. La habitación estaba vacía.

Brandon sintió el impulso de sonreír.

¡Claro que estaba vacía! Danna no lo había llamado por teléfono la noche anterior para decirle que iría de visita. Su hermana se hallaba en ese momento en Carnival Falls, con su familia, lejos de Brandon, tal y como había sucedido durante los últimos diez años. ¿Por qué lo visitaría después de tanto tiempo? No había razón. Ninguna en absoluto. Danna no se había presentado esa misma mañana sin dar mayores explicaciones, ni mucho menos se había instalado en la habitación de invitados. Brandon cerraría la puerta y bajaría a la cocina, donde lo esperaría Courteney con una amplia sonrisa. Luego se prepararían para jugar al golf con los Orlson; un nuevo desafío en el abultado historial de contiendas Arlen-Orlson. Seguramente él y Courteney saldrían victoriosos, como ocurría la mayoría de las veces, cenarían en el club o quizás en Marty’s, y de regreso a casa se burlarían de los intentos de Barry Orlson por ocultar su ira frente a la derrota. Sí señor, así serían las cosas.

Dio un paso vacilante hacia el interior de la habitación.

—Hola, hermano —dijo Danna.

—Hola. No te había visto.

—¿Te he asustado?

—No. Pensé que no estabas en la habitación, eso es todo.

Danna se puso en pie. Se alejó de la silla justo detrás de la puerta en la que había decidido pasar el rato y se encaminó hacia el ventanal que daba al

frente. Brandon la siguió con la mirada.

—Tienes una bonita casa.

—Gracias.

—Pero así se suponía que debían de ser las cosas, ¿no? —Danna habló mientras parecía interesada en el árbol cuya copa se mecía frente al ventanal—. Desde que eras un crío y montabas tus rompecabezas en cuestión de segundos, todos sabíamos que Brandon lo lograría.

—Me he esforzado mucho.

—No he dicho que no —dijo ella, y se volvió.

Brandon bajó la vista.

¿Dónde estaban en ese momento su fuerza, su mirada aguda e impenetrable, su voz intimidatoria? ¿Por qué el exitoso abogado Brandon Arlen, seguro de sí mismo, futuro padre y eterno vencedor en los memorables encuentros Arlen-Orlson, de pronto decidía ir a dar un paseo por el tercer subsuelo de su mente? ¿Por qué huía y dejaba detrás al sujeto timorato que ahora se acercaba con sigilo hacia Danna? Era otra vez el muchachito inteligente, que de pequeño resolvía los rompecabezas difíciles con facilidad. La joven promesa. El jodido Einstein de la casa…

El que sentía un miedo reverencial por su hermana mayor.

—Danna… yo… —La versión endeble de Brandon titubeó—. Yo… sentí lo de Ben… Sé que no nos hemos visto mucho, pero de veras que lo lamenté. Llamé, pero debí haber ido…, sé que debí haber ido a Carnival Falls…, me siento…

—Sé que has llamado.

Danna lo fulminó con la mirada. Aquella frase daba por zanjado el tema, y Brandon lo supo de inmediato. No importaba que en los últimos diez años hubiera visto a su hermana menos de cinco veces; había convivido con ella lo suficiente. Salvo su apellido, su hermana no había cambiado en nada.

La copa del árbol se mecía con más fuerza. Brandon advirtió por primera vez que una línea de nubes renegridas se dibujaba en el horizonte.

—¿Quieres hablar? —preguntó él.

Brandon temió una reacción explosiva, pero su hermana lo observó con incredulidad, como si despertara de un sueño.

—Supongo que debería darte alguna explicación —reflexionó.

—Si quieres.

—Aparezco así, de repente, sin motivo. Tienes el derecho de exigir una explicación.

—Danna, por favor, sabes que tienes las puertas de mi casa abiertas —se apresuró a decir Brandon—, pero has venido a Manchester por una razón y quizás hablarme de ello sirva de algo, aunque no sea más que para ordenar tus ideas.

Danna retrocedió y se sentó en la cama. Inclinó su cuerpo y lo mantuvo en ángulo mediante sus dos brazos anclados detrás. Brandon permaneció de pie donde estaba.

—Robert y yo hemos tenido ciertas diferencias últimamente.

—Entiendo —se limitó a decir Brandon, que había imaginado algo semejante.

—No hay mucho más que decir respecto a eso.

—¿Tú estás bien?

—¿Tú cómo me ves?

—No lo sé. Bien.

—Estoy perfectamente bien. Si he venido aquí es porque necesitaba alejarme de Carnival Falls; si algo has hecho bien en tu vida es marcharte de allí.

—Si tienes deseos de hablar…, sabes que puedes contar conmigo.

—Está bien. Por el momento prefiero no hablar con nadie. Quisiera evitar incluso las llamadas telefónicas.

—Claro. Se lo diré a Courteney.

Brandon se sintió medianamente satisfecho. La que acababan de tener podía considerarse una conversación *extensa* en su limitado historial.

Quizás las cosas con su hermana no fueran tan malas como había previsto.

—¿Quieres jugar al golf? —dijo en tono alegre.

Danna se puso en pie resoplando cuando sus piernas recibieron el peso de su cuerpo. Esta vez avanzó hacia el escritorio situado a la derecha, lo examinó y pareció interesarse en los pocos elementos que descansaban sobre él: un portalápices, dos adornos baratos de porcelana y unos cuantos papeles. Danna rodeó con sus dedos uno de los adornos. Un cerdo regordete y mal pintado.

Brandon retrocedió un paso sin darse cuenta ni siquiera de que lo hacía. «¡Me lo lanzará!», pensó mientras su rostro debía dar muestras claras del miedo irracional que súbitamente se apoderó de él. Cualquiera que hubiera convivido con Danna bajo el mismo techo (y Brandon integraba el grupo selecto de personas que lo había hecho) sabía que las posibilidades de ser alcanzado por una lluvia de objetos no era descabellada. Un recuerdo lo asaltó. Una colección de imágenes desvaídas provenientes de un sitio lejano.

Una Danna aniñada se presenta en su habitación; Brandon está leyendo un libro y alza la vista justo a tiempo para verla de pie en el umbral. Tiene las manos en el pecho y lo que aferra no es otra cosa que su diario íntimo. Lo extiende como una ofrenda, sólo que no es nada parecido a una ofrenda… «Has metido las narices donde no te corresponde», le dice. No es una pregunta, sino una afirmación, y Brandon intenta responder, pero no puede. Quiere decirle a su hermana que ninguna idea le resultaría más irracional que entrar en su habitación y leer su diario; pretende defenderse, pero al ponerse en pie sus piernas tiemblan y vuelve a caer sobre la cama en la que ha estado tendido.

Danna versión niña se acerca hecha una furia, dando patadas a los juguetes que encuentra a su paso. No quiere escuchar ninguna explicación, y sea cual sea la razón que la llevó a acusar a su hermano de haber leído su diario íntimo, era un caso cerrado. Danna se acerca a la pequeña estantería de Brandon, allí donde guarda sus libros de ciencia, historia y su colección de cómics. En menos de dos segundos los transforma en pesados proyectiles, lanzándolos a la velocidad de la luz en todas direcciones, priorizando la del aterrorizado Brandon, que ni siquiera se siente en condiciones de gritar. «¡Mira lo que le ocurre a tus cosas de marica cuando

pierdo la paciencia!». La lluvia de libros dura casi un minuto completo y el resultado es un cementerio de ejemplares despanzurrados, muchos despojados de sus tapas. Danna lanza una maldición y una advertencia y se marcha con paso decidido. Brandon siente dolor en varios lugares de su cuerpo, pero apenas piensa en eso.

Procuró apartar el recuerdo. Las cosas estaban saliendo medianamente bien con Danna y no tenía por qué pensar que se echarían a perder.

Ella sopesó el cerdo de porcelana, lo sostuvo frente a sí como si se tratara de una pieza valiosa y luego lo volvió a colocar en el escritorio.

—Debes mejorar tu gusto, querido hermano.

—¿Mi gusto?

Danna agarró una vez más el cerdo y se lo mostró al tiempo que alzaba las cejas.

—Ah, eso —se excusó él—. Es la primera vez que lo veo, no sé de dónde ha salido. Me desharé de él…

—¿Me has preguntado si quería jugar golf? —Danna se alejó del escritorio dejando detrás los animalitos de porcelana y se encaminó en dirección a Brandon. Se detuvo apenas a un metro de él y lo miró a los ojos.

—Courteney y yo jugamos de vez en cuando, con amigos.

—Ajá.

—Pensé que querrías venir con nosotros, despejarte un poco.

Danna lo observó durante diez largos segundos; luego estalló en una carcajada histérica. Se dobló por el medio agarrándose las rodillas con las manos. A intervalos regulares lo observaba mientras la risa fluía en ráfagas violentas.

—¿He dicho algo gracioso? —Brandon se obligó a armarse de valor.

Danna se incorporó.

—No, Brandon, es simplemente que a veces pienso que quizás en Princeton cometieron un error… —Danna volvió a reír—. Esas salidas que tienes, tan estúpidas; tan propias de ti.

¡Mira lo que le ocurre a tus cosas de marica cuando pierdo la paciencia!

—Ve con tu esposa a jugar al golf —dijo Danna ahora con seriedad—. He venido aquí porque necesito tranquilidad, no me siento de humor para jugar a ser Tiger Woods; me vendrá bien estar sola. Dile a tus *amistades del golf* que las veré otro día.

Brandon pensaba en salir de allí cuanto antes. Escapar de aquella expresión esculpida en roca, de pómulos petrificados y mirada dura.

—Está bien —susurró—. Avísame si cambias de opinión. Saldremos dentro de media hora.

—No cambiaré de opinión.

OceanofPDF.com

3

Max Farbergrass criaba caballos y luego los vendía. Ése era su negocio. Le brindaba buen dinero y una enorme satisfacción. A veces no entendía por qué todo el mundo no se dedicaba a la cría de caballos.

Transportarlos casi nunca era parte del trato. Sólo en circunstancias especiales accedía a hacerlo, generalmente de mala gana. Ese día tenía casi trescientos kilómetros por delante y un caballo odioso en el remolque adosado a su furgoneta. Sin embargo, estaba de buen humor, porque finalmente se libraría del jodido *Blackskin.*

A Max le habían gustado los caballos desde pequeño. Creía entenderse con ellos, incluso con los más rebeldes. Les hablaba y ellos a su modo le respondían. Así había sido hasta la aparición de *Blackskin.* Al principio, Max se había preguntado si el comportamiento del animal era una forma de protesta frente a su estúpido nombre, pero con el tiempo dejó de buscarle razones. Las épocas de hacer las paces con el caballo quedaron rápidamente en el pasado. Incluso había llegado al punto de sopesar la idea de sacrificarlo.

En los cincuenta años que llevaba conviviendo con caballos día a día, se había topado con algunos de mal carácter *(difíciles*, le gustaba llamarlos) y otros dóciles como corderos. Sin embargo, *Blackskin* no encajaba en ninguna de las categorías anteriores. En primer lugar, el muy hijo de puta no parecía tener inconvenientes con nadie, salvo con Max. Cualquiera podía acercarse y acariciarlo, montarlo o incluso darle de comer en la boca. Se

comportaba como *Lassie.* Sin embargo, si era Max quien se acercaba, las cosas eran diferentes. A veces permanecía quieto, observándolo mientras se aproximaba, ensayando su mirada de caballo bueno para indicarle que esta vez las cosas serían diferentes. Y Max había caído innumerables veces en la trampa: intentaba tocarlo, y entonces *Blackskin* se movía de pronto o relinchaba dándole un susto de muerte. Luego parecía reírse de él, mostrándole sus dientes grandes. El animal lo odiaba, y Max con el tiempo empezó a sentir lo mismo.

Para ilustrar el alcance de la relación, bien cabe mencionar el episodio del Día de Acción de Gracias ocurrido el año anterior. La familia completa —unos cincuenta Farbergrass— participaba de un copioso almuerzo festivo. Había mas de dos decenas de vehículos, todos ellos aparcados de manera irregular dentro de la propiedad de Max. Nunca se supo bien cómo, pero *Blackskin* se las arregló para escapar de su caballeriza y hacer sus necesidades en la furgoneta de Max, que había tenido la mala idea de dejar la ventanilla bajada. Lo curioso de la cuestión es que para alcanzar la furgoneta el caballo debió sortear otros coches, muchos de los cuales también tenían la ventanilla bajada y hubieran servido de maravilla como letrina ecuestre.

Sí señor, el problema con *Blackskin* era *personal*. Max estaba encantado de deshacerse de él.

Ahora conducía por la I-93 a unos prudentes ochenta y cinco kilómetros por hora. Si los letreros que sobrepasaba regularmente estaban en lo cierto, dentro de media hora cruzaría Manchester, donde quizás hiciera su última parada antes de Lowell, su destino final.

De vez en cuando tamborileaba con los dedos sobre el volante o entonaba una canción alegre.

Adiós *Blackskin.*

Si todo salía como había previsto, se lo entregaría ese mismo día a Whitten, cuya hija había quedado encantadísima con el caballo. El día que se presentó en su propiedad para escoger su regalo de cumpleaños, la niña lo señaló y corrió para abrazarlo. Max intentó decirle que no lo hiciera, aduciendo la peligrosidad de aquel ejemplar, pero a esas alturas el mierda

de *Blackskin* lamía el rostro de la niña, meciéndose con la expresión de un personaje de Disney.

Max había recibido un generoso cheque por parte de Whitten y había accedido de buena gana a hacer el transporte él mismo. De hecho, había dicho que lo haría *cuanto antes* para que la pequeña pudiera disfrutar de él.

No obstante, sabía que el traslado no sería sencillo. *Blackskin* había demostrado sobradas veces que su nombre debió haber sido *Caja de sorpresas*… Y, en efecto, los primeros problemas surgieron tan pronto salieron, poco después de que dos peones lo condujeran hacia el remolque. El compartimento para transporte era de madera, completamente cerrado, salvo por una ventana en la parte trasera. Cuando estaba dentro, el caballo observó a Max con ojos desafiantes y mostrando su sonrisa burlona marca registrada.

En cuanto emprendieron la marcha, *Blackskin* inició un golpeteo a intervalos regulares contra el suelo del remolque. *TUM, TUM, TUM*. Max se había mentalizado para no reaccionar frente a sus provocaciones y condujo como si nada sucediera, ignorando el golpeteo aunque éste amenazaba con enloquecerlo de un momento a otro. Los ruidos cesaban durante un rato, lo suficiente para que Max empezara a tranquilizarse, y luego estallaba un nuevo estruendo, más fuerte que los anteriores.

Sin embargo, *Blackskin* se había mantenido inactivo desde… *¿Desde cuándo?* Quizás desde que Max se detuvo a echar algo al estómago en Carnival Falls, y de eso habían pasado ya un par de horas. Desde entonces, no se había producido el más mínimo sonido; ni un relincho, nada. En cierto modo era aún peor, porque Max había levantado la guardia, a la espera de una reacción extrema que por el momento no se había producido y que podía suceder imprevistamente. Su mente comenzó a analizar alternativas descabelladas. ¿Y si

se había lanzado por la abertura? Era físicamente imposible, pues su cuerpo no podía pasar por allí, pero Max sabía que aquel caballo endemoniado podía encontrar la forma de hacerlo si quería. Si la cuestión era fastidiarlo, encontraría la manera de reducirse al tamaño de un alfiler y pincharle el culo.

Procuró relajarse; entonar canciones y sonreírse a sí mismo en el inútil espejo retrovisor. Sabía que tendría que detenerse a echar un vistazo, pero, al mismo tiempo, aquello era probablemente lo que el animal esperaba. Seguramente tendría preparada alguna sorpresa para él. En cuanto asomara su rostro por la abertura de la parte de atrás, recibiría el impacto de uno de sus cascos, un mordisco en el cuello o un chorro de mierda líquida. Estaba seguro.

Se debatía entre detenerse o no hacerlo cuando finalmente *algo* ocurrió.

Un objeto surcó el aire frente al parabrisas. Era grande e hizo que Max pisara el freno como acto reflejo. El criador de caballos respiraba agitado. De haber conducido a mayor velocidad, en aquel momento se estaría debatiendo en el interior de una maraña de hierros retorcidos, pensó. Se apeó de la furgoneta. La I-93 era transitada por algunos vehículos que circulaban a gran velocidad. Divisó una gasolinera y creyó ver una silueta detrás de uno de los cristales, pero antes de pedir ayuda tenía intención de averiguar qué había ocurrido.

Lo primero que haría sería echar un vistazo al caballo. Si bien lo que había surcado el aire debía de estar delante de la furgoneta (o posiblemente debajo), estaba convencido de que en el remolque hallaría las respuestas que buscaba. Mientras recorría el lateral dio dos golpes en el compartimento de madera, pero no obtuvo respuesta.

Su pie chocó con algo. Se detuvo en seco y bajó la vista con resignación. Al observar lo que yacía en la carretera, retrocedió casi un metro y estuvo a punto de ser arrollado por un BMW que circulaba por la interestatal a más de cien. Comprendió que lo que había surcado el aire sí había quedado debajo de la furgoneta y, de hecho, asomaba parcialmente por uno de los laterales.

Era la cabeza de *Blackskin.*

Max Farbergrass arrugó el rostro y apartó la vista. Había visto cosas semejantes, o incluso peores; caballos atropellados en la carretera, por ejemplo. En este caso el corte en el cuello del animal resultaba desigual, y Max se preguntó si Blackskin en efecto habría intentado salir del

compartimento trasero y algo le había arrancado la cabeza. Un vehículo, o un puente, aunque no recordaba ninguno.

¿Y el modo en que la cabeza había volado por encima de la furgoneta?

Max dejó atrás la cabeza, dio media vuelta y se encaminó hacia la parte trasera del remolque. El sol apuñaló sus ojos y aun a medio metro de distancia de la abertura no pudo ver hacia el interior. Asomarse hubiera solucionado el asunto, pero por alguna razón pensó que aquélla no sería una buena idea. Decidió acercarse un poco más y destrabar la portezuela abatible. Retiró los cerrojos en los laterales, retrocedió un par de pasos y la dejó caer.

Ocultó el sol alzando su mano y entrecerró los ojos.

Vio el cuerpazo del caballo tendido de lado. Debajo, la sangre formaba una mancha espesa que aumentaba de tamaño y caía en ríos gruesos al asfalto caliente. Max sacudió la cabeza con incredulidad. Costaba entender cómo…

Un movimiento.

A la derecha, en las sombras.

Max entrecerró los ojos y se volvió en esa dirección, pero apenas con el tiempo suficiente para cubrirse el rostro con el brazo al ver que algo saltaba hacia él. No pudo ver de qué se trataba, pero sintió su peso cayéndole encima, luego algo afilado que se clavaba en su antebrazo. Retrocedió dos pasos tambaleándose, manoteando el aire, hasta que finalmente perdió el equilibrio y cayó de costado. Sentía un ardor insoportable en el brazo. Intentó ver a su atacante, pero el sol lo transformaba en una silueta negra.

Gritó, pero fue apenas un chillido corto e inútil.

Una serie de reflejos lo cegó. Luego experimentó un dolor insoportable en el rostro y una sucesión de cortes profundos surcándolo de lado a lado: atravesando sus ojos y nariz, deslizándose en la superficie resbaladiza de sus huesos, desgarrando la piel y arrancándole el cabello.

OceanofPDF.com

4

—¿Te ha dicho algo? —preguntó Courteney.

—No recuerdo haber mantenido una conversación tan larga con Danna en años.

Brandon cruzó la cocina y observó el jardín trasero tras la ventana de paneles fijos. Courteney se acercó por detrás y lo agarró por la cintura. Apoyó el mentón en uno de sus hombros antes de hablarle al oído.

—Nunca me has hablado mucho de ella.

—Es que no ha habido mucho que decir —respondió Brandon con ojos soñadores—. Créeme, no es fácil relacionarse con Danna.

—¿Ha discutido con su marido?

—Eso parece. Me ha dicho que necesita estar sola. Sola y lejos de Carnival Falls.

—Es lógico. —Courteney suspiró—. ¿Te ha dicho hasta cuándo piensa quedarse?

Brandon se volvió.

—No creo que sea ésa una cuestión para analizar ahora.

—Brandon, no lo he dicho con ese sentido. Ha sido sólo una pregunta.

Él no contestó y ella se limitó a abrazarlo por la espalda.

—¿No te enfadas si te hago una pregunta? —Courteney habló despacio.

—Quien te oyera pensaría que soy un ogro.

—Es que… Hay algo que no entiendo. Es poco lo que sé acerca de tu hermana, apenas lo que tú me has dicho; pero si deseaba estar sola y lejos

de la ciudad, ¿por qué no ha ido a un hotel? —Courteney no podía ver el rostro de Brandon, por lo que se apresuró a agregar—: Si tu relación con ella no ha sido buena en el pasado, supongo que no debió de resultarle sencillo encararse contigo ahí arriba. Venir a un sitio donde hay una persona que prácticamente no conoce…

Brandon giró ciento ochenta grados dentro de los brazos de Courteney y la besó.

—Muchas actitudes de mi hermana me han resultado incomprensibles a lo largo del tiempo, créeme. Ésta no será la primera ni la última.

—Lo mejor que puedes hacer es no pensar demasiado —dijo ella mientras le acariciaba el cabello—. Salir te despejará.

—Amor, creo que debo quedarme…

Brandon sintió cómo el cuerpo de Courteney se tensaba junto al suyo.

—Pensé que había dicho que quería estar sola.

—Eso dijo, pero no me sentiré bien si me marcho así sin más.

—¿Qué puedes hacer al respecto?

—No lo sé. Tú puedes ir con los Orlson, no tienes necesidad de quedarte.

—Brandon, sabes que no haré semejante cosa. —Courteney procuró apartarse, pero Brandon la retuvo. Ella cedió, pero apartó la vista hacia un lado.

—Es mi hermana.

—Sé que es tu hermana. Tu hermana a la que prácticamente no ves desde que nos casamos y que de buenas a primeras aparece en nuestra casa. Te ha dicho que quiere estar sola, Brandon, no veo por qué tienes que cancelar nuestros planes.

Courteney volvió la vista al rostro de Brandon. La mirada con la que se encontró fue muy diferente a la que esperaba. Parecía haber visto un fantasma…

Pero no había visto a un fantasma, sino a Danna, de pie en el umbral de la puerta de la cocina. Courteney se volvió, justo a tiempo para escuchar las palabras de la recién llegada.

—Creí que ya habíamos discutido eso, hermano. No dejes de ir a jugar al golf con tu mujer.

Courteney se sintió mareada. Se soltó de los brazos de Brandon, dio media vuelta y retrocedió hasta chocar con la encimera. Fijó la vista en el suelo, incapaz de hacer otra cosa. Sintió una profunda vergüenza por lo que acababa de decir.

—He venido a buscar algo de beber —dijo Danna, sabiendo que nadie hablaría si ella no lo hacía.

Brandon dio dos zancadas en dirección a la nevera.

—Una Pepsi estará bien —agregó Danna.

Él le tendió una lata.

—Gracias.

Danna se marchó.

—Pudiste haberme avisado —dijo Courteney mientras apartaba a Brandon con el brazo.

Media hora más tarde salían en silencio por la puerta principal con sus equipos de golf. Danna los observó desde la habitación de invitados del segundo piso. Esbozaba una sonrisa. Cuando el coche se perdió en la lejanía, regresó a la sala y desconectó el teléfono.

No había mentido en una cosa: necesitaba tranquilidad para lo que tenía en mente.

OceanofPDF.com

5

Mike reflexionó respecto a los posibles caminos a seguir.

Si daban aviso a la policía, el asunto adquiriría notoriedad de inmediato, lo cual podía no ser lo mejor dadas las circunstancias. Mike había albergado la esperanza de encontrar a Ben o de que éste simplemente se presentara, así sin más; pero a medida que pasaba el tiempo se convencía de que nada de eso ocurriría. Si Ben estaba vivo y había asesinado a Rosalía (y Mike en el fondo estaba convencido de que así había sido), entonces algo muy malo le había ocurrido y necesitaba ayuda…

Ayuda urgente.

Robert y Andrea estarían a salvo en Maggie Mae. Nadie sabía que se dirigirían allí salvo ellos, de modo que no les llegarían versiones falsas de los acontecimientos. Con Danna sería diferente. Sería necesario ponerla sobre aviso y sugerirle que permaneciera en casa de su hermano, al menos por un tiempo.

Allison volvía de la cocina. Aferraba el teléfono presa de una palidez mortecina.

—¡Allison! ¿Qué ocurre?

—Creo saber hacia dónde se dirige Ben.

Mike la envolvió entre sus brazos y la condujo hacia el sillón. Se sentó junto a ella y procuró transmitirle tranquilidad, cosa que a duras penas logró.

—Dime qué ha sucedido.

—Hoy por la mañana llamé a la comisaría y le pedí a Patty que si sabía de algún episodio extraño se pusiera en contacto conmigo.

—¿Extraño?

—Eso mismo me preguntó ella. No quise decirle lo que habíamos visto en casa de los Green y no encontré otra manera de hacer que permaneciera alerta.

Mike guardó silencio. Allison se acomodó en el sillón.

—Ahora ha llamado para decirme que el departamento de policía de Manchester se ha puesto en contacto con la policía local. Un criador de caballos ha sido asesinado. Según algunos recibos encontrados en su furgoneta, ha pasado el día de hoy en Carnival Falls.

—Manchester… —repitió Mike.

—Y eso no es todo. Probablemente Patty ni siquiera se hubiera tomado la molestia de llamarme de no haber sido por…

Mike supo lo que Allison le diría a continuación. Fue como si dentro de su cabeza una parte de su mente se lo comunicara oficialmente al resto.

—Ocurrió en plena carretera —dijo Allison—. El único testigo, el propietario de una gasolinera, aseguró que quien mató al hombre… fue un niño de unos diez años.

Mike permitió que Allison lo abrazara. Si Ben se las había arreglado para llegar a Manchester, cosa que evidentemente había hecho, deberían modificar sus planes. No sería suficiente con poner sobre aviso a Danna.

—Te traeré un vaso de agua —dijo Mike, al tiempo que se ponía en pie.

—No es necesario, gracias. Hay que hablar con Danna cuanto antes.

—¿Dónde está la guía telefónica?

—No encontrarás la de Manchester aquí…

—Lo sé. Hablaré con Rachel Bellows. Danna debió de dejarle los datos de su hermano.

Allison le indicó a Mike que encontraría la guía en uno de los cajones del mueble junto a la puerta de entrada. Ella lo siguió con la mirada mientras él se desplazaba por la sala.

Mike regresó junto a ella y se dispuso a localizar el teléfono de Rachel. Costaba creer que apenas la noche anterior habían estado en esa misma

posición escuchando la sesión de hipnosis de Robert. Los acontecimientos habían tomado un giro inesperado.

Localizó el número en pocos segundos. Lo marcó y una voz femenina respondió de inmediato.

—Rachel, soy Mike Dawson.

—Hola, Mike. —Hubo algo en el tono de Rachel que resultaba peculiar, pero Mike no pudo determinar qué.

—Necesito el teléfono y la dirección de Brandon Arlen en Manchester.

Se produjo un silencio en el otro extremo de la línea.

—¿Has perdido la información? —preguntó Rachel.

—¿A qué te refieres? —Mike no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desconcierto.

—No importa. La tengo justo aquí de todas maneras. Dejé mi libreta abierta en la página de Brandon cuando hablé contigo esta mañana, como si supiera que llamarías de nuevo.

Mike estuvo a punto de dejar caer el auricular.

Cuando hablé contigo esta mañana…

—¿Tienes para tomar nota?

—Sí.

Rachel le dio la información.

—Gracias.

—De nada. No la pierdas esta vez.

—No lo haré, descuida. No me ocurrirá dos veces.

—Adiós, Mike.

—Adiós.

Mike estaba paralizado.

—¿Qué ha ocurrido? —Allison advirtió de inmediato la preocupación en su rostro.

—No lo sé.

—Si pudieras verte en este instante, te alarmarías.

—Alguien se comunicó con ella esta mañana. Se hizo pasar por mí y le pidió los datos de Brandon Arlen.

—Dios mío, ¿se los dio?

—Sí. Rachel está convencida de que ésta es la segunda vez que habla conmigo hoy.

—Tenemos que ir a ver a Harrison. ¡Ahora mismo!

Mike aún sostenía el auricular en su mano izquierda.

—Primero quiero hablar con Danna —dijo él mientras marcaba el número con rapidez.

Aguardó lo que le resultó una eternidad sin obtener respuesta y luego repitió la operación dos veces más.

Nada.

Se puso en pie masajeándose la frente.

—Cambio de planes —anunció—. Iré ahora mismo a casa de los Arlen.

—¿A Manchester?

—En menos de tres horas estaré allí.

—Voy contigo. —Allison lanzó una mirada a la casa silenciosa.

—Será mejor que tú te quedes. Alguien deberá hablar con Harrison de todo esto. Recoge algo de ropa y vete a casa de tu hermana.

—¿Qué está ocurriendo, Mike? ¿Por qué todo carece de sentido…?

—No sé qué pensar. Pero si de alguna manera Ben está en Manchester y ha conseguido la dirección de Danna…

Allison colocó dos dedos sobre los labios de él.

—No lo digas —le pidió.

OceanofPDF.com

6

Una hora y media después de la partida de Brandon y Courteney, Danna regresó a la cocina. Se preparó un trago con vodka y Seven Up, bebió tres sorbos, rellenó el vaso y regresó a la habitación de invitados.

Sentada contra el respaldo de la cama, con sus piernas abiertas formando una V y los ojos fijos en el techo, bebió mientras recordaba los incidentes de la noche anterior: el encuentro con Matt Gerritsen, al que su mente se empecinaba, y con razón, en etiquetar con el término *estupidez*, y lo que había venido después. Toda la situación se le había ido de las manos. Podía convencerse a sí misma de haber tenido un control parcial sobre los acontecimientos de los últimos dos días, pero ni siquiera eso era cierto. La realidad era que más allá de ciertas conjeturas acerca de Matt y algo relacionado con drogas, no tenía la más remota idea de en qué cuernos se había visto involucrada.

Había dejado de preguntarse por el autor del mensaje en su cama, o qué buscaban los agentes de la DEA, o si Matt había sabido que ellos estaban fuera esperando para hacer su entrada triunfal. Todo esto había dejado de ser importante para ella.

Lo único que le importaba era la razón por la que Robert se encontraba allí.

La visión de su marido descendiendo del vehículo de reparto de pizza con la cabeza gacha era peor que todo el resto. Peor que ser descubierta por la policía con el novio de su hija. Peor que la posibilidad de verse

involucrada en algo que desconocía por completo. Si Robert había estado de alguna manera detrás de aquello, actuando sin que ella lo supiera…, entonces, señoras y señores, ¡tenemos un ganador!

La posibilidad de haber sido manipulada nublaba su juicio por completo.

¿Cuánto sabía Robert?

¿Había dejado él el mensaje sobre su cama?

Robert.

Danna alzó su vaso.

—Salud, cariño —dijo mientras advertía que el vaso estaba vacío.

Se inclinó hacia un lado y lo depositó en la mesilla, junto al frasco de aspirinas que ella misma había dejado allí hacía más o menos una hora. ¿Cuántas aspirinas había tomado hasta ahora? Unas quince; quizás más. El alcohol se encargó de hacer que la idea le resultara fascinante.

Robert debía conocer la existencia de Sallinger sin que ella lo advirtiera, pensó. Costaba aceptar la idea, pero allí estaban las pruebas; tenía que ser necia para no verlas. Danna recordó una conversación que había mantenido con Robert días atrás estando acostados en la cama, preparados para dormir, en la que él le había sugerido la posibilidad de hacer el viaje a Pleasant Bay. De buenas a primeras se mostraba interesado por un viaje que apenas dos días atrás le había resultado la idea más disparatada del mundo. Si a Danna no le fallaba la memoria, ese mismo día ella había encontrado el mensaje sobre la cama. El estúpido conejo sonriente… Si en efecto había sido Robert quien había dejado el mensaje, entonces le había hablado del viaje porque sabía que ella no aceptaría. Sabía que no se iría sin antes averiguar quién había sido capaz de hacerle una cosa así. La había puesto a prueba esa noche. Con su tono apesadumbrado y su rostro asustado, Robert se había burlado de ella.

Se puso en pie. La bebida no la mareó, pero le proporcionó un agradable calor interior. A pesar de estar en una casa desconocida, se sentía a gusto.

—Felicidades, Robert. Me alegro de que nuestros años juntos hayan servido para que aprendieras algo —le dijo a una lámpara de pie.

Se encaminó a la cocina, esta vez decidida a dejar de lado los vívidos recuerdos de la noche anterior, el repugnante encuentro con Gerritsen y los acontecimientos posteriores, la calle atestada de policías y Robert saliendo del vehículo de reparto de pizza, las horas que pasó en la comisaría, la falta de sueño. Su cabeza había dado vueltas a todo aquello desde entonces y ahora había llegado el momento de dejar de hacerlo. Era hora de superarlo, como había hecho siempre.

Dejar de pensar…

Lavó el vaso y lo depositó boca abajo en el fregadero. Luego tomó dos paños de cocina y los extendió sobre la encimera, procurando que las puntas no estuvieran dobladas, como si tal cosa tuviera alguna importancia. Sonrió. Extrajo de la nevera un recipiente de plástico con hielo y vertió su contenido sobre los paños. Devolvió el recipiente vacío a su lugar y contempló los dos montículos irregulares de hielo durante unos segundos. Los tapó con los paños y regresó a la habitación.

Se sentó en el borde de la cama, esta vez junto a la mesilla de noche. Se quitó la blusa con lentitud, desabrochando los botones con parsimonia; luego la dobló y la depositó al pie de la cama. Se descalzó y tiró de su pantalón, que también dobló cuidadosamente, depositándolo sobre la blusa.

Se quitó las medias deslizándolas por sus piernas y las colocó dentro de sus zapatos. Se sintió satisfecha al observar su ropa ordenada y lista para ser utilizada al día siguiente. La ironía le hizo sonreír.

Estiró los brazos, uno junto al otro, y colocó uno de los paños con hielo entre sus muñecas y el restante entre los bíceps. Apretó con fuerza y sintió de inmediato el frío transmitiéndose a su piel. Bastarían unos cinco minutos en aquella posición, o quizás menos.

Cuando sintió las muñecas y los antebrazos lo suficientemente entumecidos, dejó las improvisadas bolsas sobre la cama y dirigió su atención a la mesilla. Allí vio el frasco de aspirinas casi vacío y, a su lado, las hojas de afeitar con las que Brandon daría el acabado final a su imagen de abogado perfecto durante un tiempo. Tomó dos y las sostuvo superpuestas. Se provocó un corte profundo en una de sus muñecas y un latigazo de dolor la sacudió a pesar del enfriamiento, pero no gritó. Un

chorro de sangre manó de la herida de modo espeluznante. De haberlo visto en una película de terror barata hubiera provocado risa, pero la visión de su propia sangre hizo en cambio que Danna se limitara a observarla con incredulidad.

Con la experiencia del primero, el corte en la segunda muñeca fue más sencillo. Sostuvo las hojas de afeitar con firmeza y se provocó un corte profundo. El espectáculo no fue tan visual como el anterior, pero la sangre fluyó en mayor cantidad, tiñendo rápidamente sus manos y luego la alfombra blanca.

La visión de la sangre no la intimidó. Relegó el dolor a un segundo plano, y no sólo por haber tenido la precaución de colocar hielo antes de provocarse las heridas. Iba más allá de ello; un balance entre un dolor físico que reemplazaba a otro. Pero por encima de todas las cosas, era un dolor que traía consigo la satisfacción de desangrarse en casa de su hermano.

Danna fantaseó con la idea de Robert viendo su cadáver, reconociéndolo allí o en la morgue.

Sintió que sus pensamientos se enturbiaban. Sabía que debía ser rápida, no tenía mucho tiempo. En la mesilla, alineado con el resto de las cosas como si se tratara de la bandeja de operaciones de un cirujano, descansaba el cuchillo de trinchar carne (el que probablemente Courteney utilizaba para preparar las cenas importantes en las que participaba junto a Brandon, el abogado estrella, y sus amigos del golf). Lo agarró y advirtió que la sangre brotaba a borbotones de su muñeca.

Los cortes en los bíceps debían ser más profundos. Las arterias allí se encontraban a mayor profundidad y haría falta algo más que una hoja de afeitar para llegar a ellas. Condujo la hoja del cuchillo hacia su brazo. Advirtió un ligero temblor y un leve cansancio visual que amenazaba con crecer de un momento a otro. Cortó rápido, presionando con todas sus fuerzas y advirtiendo que la hoja se hundía más de lo que había previsto. Provocó un tajo horrible, el cuchillo cayó al suelo y la visión de una vagina menstruante en su brazo hizo que el grito que escapó de su boca se transformara en una risa histérica.

Esta vez el dolor fue espantoso.

Las heridas continuaron vomitando sangre sin detenerse, enfurecidas, ayudadas por el efecto anticoagulante de las aspirinas. Su ritmo cardiaco, acelerado por el alcohol, colaboró para que su corazón funcionara con tesón, expulsando la sangre de su cuerpo y privándosela al cerebro.

Su visión se nubló y sus pensamientos se fueron reduciendo a pequeñas entidades livianas, flotando hasta perderse y desintegrarse. Su cuerpo se desplomó de costado sobre la colcha. La habitación giró peligrosamente a su alrededor. Intentó incorporarse y por un momento creyó que no lo lograría. Logró ponerse en pie y dar tres pasos en dirección a la puerta de la habitación, dejando una estela sangrienta a su paso. Sirviéndose de la pared para apoyarse, salió de la habitación y se lanzó hacia la puerta del cuarto de baño. Allí permaneció unos segundos, esforzándose por lograr que sus piernas temblorosas la sostuvieran. Estaba cerca. Sólo un esfuerzo más.

Vio la bañera llena de agua, tal como la había dejado preparada.

El último esfuerzo por alcanzarla fue sumamente penoso. Suspendido por un único hilo de coherencia, su cerebro dio la orden de lanzarse hacia ella. Sus piernas fallaron.

Cayó.

Logró aferrarse al borde de la superficie de porcelana con su brazo izquierdo (aquel cuyo bíceps no había alcanzado a cortar) y, en parte, amortiguar la caída. Fue un golpe duro, pero apenas fue consciente de él. Se deslizó dentro de la bañera haciendo uso de un resto de energía insospechado, y se tendió boca arriba.

El agua se tiñó de rojo de inmediato.

La falta de oxígeno bajo el agua impediría la coagulación; Danna lo sabía perfectamente, pero no fue la única razón por la que sonrió. Tenía muchas. Entre ellas, y no poco importante, la sensación del agua tibia que su cerebro moribundo aún percibía.

Cerró los ojos.

El cuerpo de Danna Green permanecía inmóvil dentro de la bañera; la sangre brotaba de las heridas como algas negras y ondulantes. La quietud de la casa era completa. Una gota pendía de la ducha para caer solitaria en la bañera. Al rato otra surgía y se dejaba caer también, marcando el ritmo

lento de lo que quedaba de una tarde que lentamente se transformaba en noche.

OceanofPDF.com

7

Eran las cinco de la tarde cuando Mike dejó atrás Rochester y se lanzó a recorrer el último trecho de la carretera 125 en dirección a Manchester. El indicador de velocidad de su Saab superaba los cien kilómetros por hora. En una hora aproximadamente debía llegar a casa de los Arlen.

Mientras tamborileaba con los dedos sobre el volante, reflexionaba acerca de los acontecimientos de los últimos días. Había dos puntos que resultaban peculiares. El primero era que Ben había permanecido escondido en el desván de la casa y no en otro sitio, y el segundo era la pintada que habían hallado en el lugar: *Benjamin*. Mike no creía que alguien llamara a Ben por su nombre completo, ni siquiera que él lo reconociera como propio. ¿Por qué no escribir simplemente *Ben* si lo que buscaba era dejar una señal?

Y la respuesta, aunque rebuscada (debía reconocerlo), se respondía fácilmente con otra pregunta: ¿y si no había sido Ben el que había dejado su impronta en el desván?

Que el hermano de Robert hubiera muerto allí de un modo horrible adquiría de pronto una importancia absoluta. Allison había dicho que el niño que vio a través de la ventana era Ben, pero que al mismo tiempo había visto algo diferente en él.

¿A quién había visto Allison?

¿Acaso el niño no se había encargado de aclararlo en bonitas letras sangrientas?

La idea de que un niño muerto hacía más de cuarenta años acechara a Allison era estúpida. Tan estúpida como las luces que vemos al morir, la reencarnación o las personas que aseguran ser secuestradas por extraterrestres. Mike no creía en nada de esto, pero súbitamente se encontró convencido de su nueva y sobrenatural visión de los acontecimientos. Era descabellado, sí, pero creía en ella.

La desaparición de Ben había sido el comienzo de una sinfonía enloquecida; el resultado de un director de orquesta que súbitamente pierde la razón y agita sus brazos sin control. Los instrumentos eran los mismos de siempre, pero la melodía carecía de sentido. El encuentro entre Danna y Matt Gerritsen, la inesperada aparición de Robert, la muerte de Rosalía Hernández.

Mike aceleró hasta ciento veinte kilómetros por hora imponiéndose esta velocidad como límite. Quería llegar cuanto antes, pero no con un tubo de oxígeno incrustado en la nariz.

Llegó a Manchester a las cinco y media. Hizo algunas preguntas para evitar dar vueltas en vano y dio con la zona que buscaba casi de inmediato. Se trataba de un barrio residencial, de casas imponentes de estilo victoriano. Encontrar la de la familia Arlen fue sencillo. Mike se hallaba de pie frente a la casa cuando un Mercedes que circulaba por la calle Kennedy giró y avanzó por el camino privado. Mike reconoció al conductor de inmediato. No veía a Brandon Arlen desde la boda de Robert, pero la mandíbula marcada y aquellos ojos profundos evocaron de inmediato el rostro de Danna.

Mike avanzó hasta detenerse a una distancia prudente del Mercedes.

—Arlen, soy Mike Dawson. Quizás se acuerde de mí. Nos conocimos en…

—La boda de mi hermana —completó Brandon—. Me acuerdo de usted, Dawson.

El abogado sonrió tras aquel alarde de buena memoria.

—Precisamente estoy aquí por Danna. ¿Está con ustedes?

—Está dentro —respondió Brandon.

Mike presenció cómo el coche ascendía la pendiente y se internaba en el garaje para tres vehículos. Un sonido metálico se hizo audible nuevamente cuando el portón se encargó de engullir al Mercedes. Eran las seis de la tarde, el cielo estaba saturado de nubes grises y una brisa suave auguraba la presencia de lluvia inminente.

Si Danna estaba en casa, ¿por qué no había respondido a sus reiteradas llamadas?

La puerta principal se abrió.

—Adelante, señor Dawson. —Courteney le tendió la mano y Mike se la estrechó.

—Llámeme Mike, por favor.

—Está bien, soy Courteney. Brandon estará con nosotros en un momento.

La mujer lo condujo a la sala, donde un minuto después Brandon se presentó cargando su equipo de golf. Lo depositó junto a uno de los sillones y se aproximó a Mike para estrecharle la mano.

—Danna debe de estar dormida —dijo Brandon—. No descansó bien anoche. ¿Puedo preguntarle por qué ha venido hasta aquí? ¿Ha sucedido algo?

—Nada de que preocuparse. —Mike supo que debía darle a los Arlen un buen motivo para estar allí, pero no pudo pensar en uno—. En realidad quisiera hablar con Danna directamente; lo he intentado por teléfono, pero no ha respondido a mis llamadas.

El rostro de Brandon mostraba cierta incredulidad. Mike creyó conveniente agregar algo más para otorgarle cierta credibilidad a su viaje.

—Robert me ha pedido que intercediera —dijo a continuación en tono confidencial—. Supongo que están al tanto de lo que ha ocurrido entre ellos…

El rostro del abogado se suavizó.

—Algo nos ha dicho, pero créame, Dawson, no mucho. Iré a ver si está despierta. Tome asiento si lo desea.

Las escaleras que llevaban al segundo piso eran una estructura curva con barandilla de madera labrada. Culminaba en un balcón cuya única

puerta daba acceso a las diferentes habitaciones, entre ellas la de invitados. Brandon subió los escalones de dos en dos y al llegar a la parte superior se detuvo frente a la puerta. Mike, que había seguido los movimientos del hombre, inmediatamente se puso tenso y alzó la voz para ser oído.

—¿Ocurre algo?

—Sí. —Brandon retrocedió dos pasos.

Mike se lanzó hacia el piso superior sin esperar que Brandon le dijera que lo hiciera.

—Mierda —dijo al llegar.

Dos o tres maceteros con plantas de interior habían sido derribados y sus restos yacían desperdigados sobre la alfombra color vino. Al final, la puerta del baño abierta dejaba ver en el suelo una mancha roja que no podía ser otra cosa más que sangre.

—¿Qué ocurre, Brandon? —La voz de Courteney llegó desde la planta baja.

Brandon se volvió de pronto en dirección a Mike. Algo en su mirada cambió de pronto.

—¡Cariño! —vociferó, asomándose desde el balcón—. Algo le ha ocurrido a Danna. Avisa a la policía.

Courteney no respondió. Sus pasos resonaron cuando se lanzó al teléfono de la sala.

—Comprendo lo que está pensando —se apresuró a decir Mike—, pero recuerde que fui yo quien se acercó a usted ahí fuera.

Brandon lo observó, vacilante. La voz de Courteney volvió a llegarles desde la planta baja.

—¡El teléfono no funciona!

—Utilice mi móvil —dijo Mike mientras tendía a Brandon su teléfono.

Brandon le lanzó una mirada dudosa, pero aceptó el ofrecimiento. Llamó al 911 y dio una descripción rápida y precisa de lo que habían encontrado en la casa. Luego dio su dirección y cortó.

—Discúlpeme, Dawson, por un momento me he sentido mareado.

—Descuide.

Los dos hombres avanzaron por el pasillo esquivando restos de cerámica y tierra. Brandon vociferó el nombre de su hermana tres veces sin obtener respuesta. Luego comprendió que no tenía sentido seguir haciéndolo.

Se detuvieron a dos metros de la puerta entreabierta del baño. Pudieron ver con claridad la mancha de sangre que describía una curva desde la habitación de invitados. Adquiría el aspecto de una pincelada gigante y grotesca. Brandon parecía incapaz de moverse, de modo que fue Mike quien avanzó dos pasos, rodeó al dueño de casa y se asomó al interior del cuarto de baño. Pudo ver a Danna tendida en la bañera. La expresión en su rostro era la de alguien que disfruta de un relajante baño de burbujas.

—Se ha quitado la vida, ¿verdad? —Brandon no se movía.

Mike no respondió. En su lugar se dirigió hacia la bañera, sintiéndose perdido.

Dos cadáveres en menos de veinticuatro horas resulta demasiado para alguien que se gana la vida alquilando maquinarias.

Mike colocó dos dedos en el cuello de Danna y buscó un pulso inexistente.

Courteney, que había encontrado el valor suficiente para subir las escaleras, pero no para atravesar el pasillo que la separaba de su marido, preguntó qué era lo que estaba ocurriendo. Su voz se quebró al ver la mancha de sangre a la distancia y Brandon se apresuró a reunirse con ella.

Mike no podía apartar su mirada del cuerpo de Danna. El corte en el bíceps derecho, horriblemente profundo, atrapó de inmediato su atención. Sin embargo, había algo que no iba bien…

La bañera estaba vacía, pero era evidente que se había vaciado recientemente. Para empezar, el cabello de Danna estaba mojado en las puntas, y su cuerpo, húmedo. Además estaba el detalle del desagüe, donde un círculo sangriento casi perfecto conservaba el rastro del paso de agua. Mike advirtió que el tapón que había servido para contener el agua yacía junto al talón de Danna. Una cadena delgada lo mantenía unido al grifo.

El cuadro de situación parecía sencillo: Danna había llenado la bañera con agua y luego había utilizado uno de sus pies para quitar el tapón. Así de

simple, salvo…

¿Con qué propósito una mujer que pretende suicidarse se preocuparía por quitar el tapón de la bañera? De hecho, ¿por qué se preocuparía por *cualquier* cosa?

Y había algo más. Tanto las heridas de las muñecas como las de los brazos estaban perfectamente limpias. ¿Cómo era posible que no hubiera sangre en torno a ellas? Si Danna había quitado el tapón del desagüe, lógicamente estaba viva en el momento de hacerlo, y por lo tanto sus heridas aún sangrantes.

En cambio, si en el momento de vaciar la bañera sus heridas ya no sangraban, entonces…

—Dawson, ¿está muerta?

Mike se sintió tentado a gritar, en parte por el susto al oír la voz de Brandon y en parte por el giro que tomaban los hechos. Se obligó a responder con la mayor tranquilidad de que fue capaz que Danna, en efecto, estaba muerta. Decirlo en voz alta hizo que tomara conciencia del hecho, al menos un poco más de la que tenía mientras jugaba a Sherlock Holmes. Bien sabía los sentimientos que Danna había despertado en él en vida, no tenía sentido engañarse ahora que tenía su lastimoso cadáver delante. Pero eso no cambiaba el hecho de que era la esposa de su amigo. Robert estaría en ese momento en Maggie Mae, procurando reponerse de la infidelidad de Danna, sin tener idea de que ella estaba ahora allí, con un corte horrible en el bíceps y las muñecas juntas a la altura del estómago. Robert, ajeno a todo…, incluido el detalle de que su hijo Ben no había muerto ahogado, sino que había enloquecido.

¿Quién había quitado el tapón?

Si la propia Danna lo había hecho valiéndose de uno de sus pies, entonces ¿el flujo del agua no debió ser suficiente para arrastrar el tapón hacia el desagüe? Claro que sí, y sin embargo estaba al menos a cincuenta centímetros.

Por primera vez, Mike apartó su atención del cadáver y se concentró en el resto. Observó la sangre en el suelo y las huellas de la propia Danna. Luego el lavabo. No vio ningún objeto cortante con el que Danna pudiera

haberse practicado las heridas, pero eso no significaba nada. La sangre en el umbral de la puerta indicaba claramente que ella había elegido terminar con su vida en la habitación y luego se había dirigido al baño. Resultaba poco lógico, pero Mike se preguntó vagamente si cabía la expresión «poco lógico» en el mundo de alguien que ha tomado la decisión de saltar de pronto al casillero final del juego de la vida.

Cuando se disponía a salir del baño, advirtió restos de tierra entre la sangre reseca. Se dijo que seguramente él mismo la había traído en la suela de los zapatos, pero entonces comprendió…

La pieza fuera de lugar.

El corazón le dio un vuelco. Si Danna se había dirigido desde la habitación hacia el baño para morir desangrada allí, entonces ¿quién había ocasionado los destrozos en las plantas del pasillo?

Evidentemente, no una mujer moribunda.

La única respuesta que encontró hizo que un escalofrío le recorriera el cuerpo.

Quizás alguien irritado ante la muerte de Danna. Alguien cuya impotencia lo obligó a quitar el tapón de la bañera y permanecer un buen rato observando el cuerpo sin vida…

Alguien.

La imagen del desván de los Green se alzó dentro de su cabeza. Estuvo a punto de trastabillar cuando quiso girar sobre sí mismo y encaminarse a la puerta del baño.

Encontró a Courteney y Brandon abrazados en el pasillo; la mujer sollozaba y él procuraba consolarla aunque su rostro estaba desencajado. Brandon le dijo que la policía estaba en camino y que llegaría de un momento a otro. A continuación debió de advertir algo en el rostro de Mike, porque permaneció en silencio. Se limitó a pronunciar palabras tranquilizadoras en el oído de su mujer.

Mike aún podía ver el lateral de la bañera y el rostro emergente de Danna, con los ojos cerrados y la expresión tranquila. Había tenido una muerte pacífica, le diría probablemente a Robert más tarde, como si aquello fuera un consuelo.

—Será mejor que bajemos a esperar a la policía —dijo Brandon.

Mike asintió. Los tres se encaminaron a la planta baja, descendiendo los escalones con lentitud y en silencio. Brandon tomó el auricular del teléfono y comprobó que seguía sin funcionar y con su tono de abogado solemne dijo que era probable que Danna lo hubiera desconectado. Courteney se encaminó hacia la cocina sin decir una palabra. Mike se encontró frente a la mesa del teléfono, observando el aparato muerto, un par de adornos y una libreta abierta. Al leer lo que había escrito en la libreta, el corazón le dio un vuelco.

—¡Arlen! —disparó.

El abogado se detuvo en plena marcha y se volvió. Su rostro mostraba un terror profundo.

—¿Qué ocurre? —logró articular.

Courteney salió de la cocina sosteniendo una taza vacía entre sus manos y con los ojos abiertos como platos. Mike comprendió que si alzaba nuevamente el tono de voz, la mujer dejaría caer la taza y probablemente se desmayaría, de modo que procuró hablar despacio.

—Brandon, ¿qué es esto?

El abogado se aproximó hasta ver a qué se refería Mike.

—Usted debería saberlo… —respondió en tono desafiante.

—Ya sé lo que es. —Mike comenzaba a exasperarse—. Lo que me pregunto es cómo ha llegado allí.

—Yo mismo lo apunté esta tarde antes de irme.

—¿Quién le dijo que Robert estaría en mi casa del lago?

¿Y cómo es que la dirección está apuntada en esta libreta? —Mike apenas tomaba conciencia de lo que esto podía significar.

—Robert telefoneó —explicó Brandon. Esta vez su tono fue el de alguien a la defensiva—. Dijo que pasaría unos días allí con Andrea. Me pidió que me encargara de hacérselo saber a mi hermana. —Brandon bajó la cabeza y Mike supo que aquella información nunca le había llegado.

Si el mensaje había estado allí todo el tiempo y si en efecto Danna había recibido *visitas* después de su suicidio, entonces alguien más podía estar al corriente de dónde encontrar a Robert y a Andrea en ese momento.

Unas sirenas se hicieron audibles.

Se presentaron dos policías de película. Hablaban enérgicamente por sus radios al tiempo que interrogaban a Brandon, cuya coraza protectora de abogado parecía haberse ido al demonio. El policía que parecía llevar las riendas del asunto, un hombre corpulento de mandíbula cuadrada y ojos pequeños, pidió ser conducido al piso superior *de inmediato*. Mientras subía los escalones escoltado por el dueño de casa, el otro policía, considerablemente menos fornido y con dientes de ratón, permaneció junto a Mike en la planta baja. Dijo llamarse Daniels, pero Mike no le prestó atención. Aún pensaba en el mensaje junto al teléfono.

Brandon había presentado a Mike a los policías como un amigo de la familia y aquello había sido suficiente para que ellos se olvidaran de él. Mike le había prometido a Allison que la llamaría tan pronto llegara a Manchester y aún no lo había hecho. Mentalmente trazó un plan de acción cuyo primer paso consistía en marcharse de allí cuanto antes. Si había algo que podía hacer, no sería precisamente en casa de los Arlen. Eso estaba claro. Se encaminó a la cocina, donde encontró a Courteney y le preguntó directamente si la cocina disponía de una salida lateral. La respuesta fue la que Mike esperaba.

Courteney no le dio mayor importancia al hecho de que Mike se marchara, como más tarde harían Mandíbula Ancha y Dientes de Ratón.

Una vez fuera de la casa, Mike decidió que lo mejor sería largarse de Manchester cuanto antes. Creyó oír otras sirenas aproximándose y si había algo que no quería, era que lo retuvieran en el departamento de policía y ser sometido a un interrogatorio interminable que no haría más que hacerle perder el tiempo. Condujo en cualquier dirección hasta detenerse en una gasolinera y pidió al encargado que llenara el depósito de combustible.

—Oiga, no se ofenda, pero no puede utilizar eso aquí —dijo el encargado.

Mike asintió y volvió a colocar su móvil en el soporte de su cintura.

—Puede provocar un incendio —completó el encargado de la gasolinera —. Esos artefactos son pequeños detonadores…

Mike se despidió de Graham Bell con un ademán después de que éste le devolviera su tarjeta de crédito. Quería ordenar sus pensamientos antes de hablar con Allison; tomó aire, y cuando se disponía a marcar su número, observó que una gota impactaba en el parabrisas, justo delante de sus ojos. El primer relámpago estalló en el cielo inmediatamente después y una sucesión de golpecitos metálicos en la chapa del coche se hicieron audibles. En cuestión de segundos, las gotas aisladas se transformaron en un auténtico chaparrón y la visión se redujo a cero.

Trazó velozmente un plan mental.

La I-93 lo conduciría directamente a Maggie Mae. Mientras aún esperaba a que Allison respondiera, Mike ensayó las palabras con las que expondría la muerte de Danna y la presencia de Benjamin en casa de los Arlen. No sería sencillo, pero le sirvió para comprender una cosa: en su cabeza, se había referido por primera vez a Benjamin.

Era un alivio saber a quién se enfrentaba.

OceanofPDF.com

Capítulo 13: Maggie Mae

OceanofPDF.com

1

Domingo, 5 de agosto, 2001
Segunda parte

Andrea estaba sentada en uno de los escalones que daban acceso a Maggie Mae, el sitio perfecto para relajarse y poner la mente en blanco. Bebía zumo de manzana mientras observaba Depth Lake y abría y cerraba las piernas como una tijera, trazando un arco con los talones en la tierra reseca.

Mientras la casa era devorada por las sombras del atardecer, contempló cómo el sol se escondía tras nubes bajas y oscuras. El cielo fue perdiendo sus tonalidades purpúreas para convertirse en un manto plomizo e inquieto. Andrea, que vestía una camiseta blanca y unos pantalones cortos ajustados, sintió frío cuando una brisa comenzó a soplar, pero no pensó en abrigarse. Su mente estaba ocupada en otras cosas.

Hacía más de una hora y media que Robert había descendido por la suave pendiente tapizada de agujas de pino con intención de rodear el lago. Le había explicado que aquel camino conducía a un sitio al que se refirió como *la explanada*, desde el cual la vista era sumamente agradable. Podía verse el lago casi completo y parte del pueblo, dijo. Agregó que así al menos solían ser las cosas hacía unos años, cuando visitaba el lugar con Mike, y le propuso que lo acompañara y lo exploraran juntos. Fue uno de los discursos más elaborados que Robert pronunció desde que ambos habían abandonado Carnival Falls, y Andrea supuso que quizás aquel paseo

era la oportunidad perfecta para intentar hablar con él; sin embargo, rechazó la invitación. Robert no insistió. Partió rumbo a *la explanada* con la cabeza gacha y el andar lento de alguien que no tiene prisa por llegar a ninguna parte.

Ahora Andrea tenía los ojos fijos en Depth Lake, cuya superficie palpitaba como si miles de criaturas reptantes se agitaran debajo de un desvaído manto azul. Se preguntó si debía ir tras los pasos de su padre o seguir esperándolo, pero fue apenas un pensamiento fugaz.

Primero debía hablar con Matt.

¿Por qué no lo había llamado todavía?

Durante el viaje en coche desde Carnival Falls, Andrea había mencionado que tenía intención de llamar a su novio (aunque no usó esta palabra) e incluso se había inclinado para coger su móvil y hacerlo. Fue entonces cuando Robert, visiblemente afectado, aferró el volante con fuerza y la miró, desatendiendo la carretera por más de cinco segundos.

—No lo llames —le dijo—. No llames a nadie.

—Pero… es Matt. No quiero que se preocupe.

Ella lo observaba, perpleja.

Robert no había dicho una sola palabra respecto al motivo del repentino viaje a Maggie Mae. Andrea suponía que sus padres habían tenido otra pelea y ahora ella se veía envuelta en una nueva versión de *Atracción fatal*, donde su papel era el del conejo que Glenn Close hervía vivo. Era la primera vez que una discusión llegaba tan lejos, ¿pero qué tenía que ver Matt en todo aquello?

—Andrea, no quiero que hables con nadie. Ni siquiera con Matt —volvió a decir Robert.

—Está bien.

—Quiero que me des tu palabra.

—He dicho que está bien.

Pero no estaba nada bien. Cuantas más vueltas le daba al asunto, más le costaba entender el misterio que rodeaba al dichoso viaje. Andrea se sintió agradecida cuando un letrero inclinado en el arcén de la I-93 les indicó que debían torcer a la derecha para dirigirse a Depth Lake. Robert hizo un

comentario respecto a la antigüedad del letrero y condujo el Toyota por un camino de grava cuyo aspecto evidenciaba que era transitado regularmente. Algunas ramas se cernían sobre el coche, aunque sin tocarlo. Encontraron las primeras casas a unos cien metros: un grupo de construcciones de aspecto endeble vinculadas entre sí por un camino común. Robert dijo que una de aquellas casitas pertenecía a quien se encargaba del cuidado de la mayoría de las propiedades en aquella zona, un hombre llamado Charles Rippman. Le contó a una Andrea poco interesada que los recuerdos que guardaba de Rippman eran los de un hombre viejo, de modo que en la actualidad debía de ser casi centenario. Mike le había comentado esa misma mañana que Charles o Anne, su esposa, le telefoneaban regularmente para pasarle el parte correspondiente de Maggie Mae y que estos informes se habían tornado repetitivos con el tiempo, difiriendo sólo en la naturaleza de los arreglos necesarios y enumerando las tareas de mantenimiento de rutina. La llamada llevaba implícita recordar el envío del cheque trimestral.

El Toyota dejó atrás la entrada de los Rippman y unos trescientos metros más adelante el camino giró hacia la derecha. Las pruebas del paso de vehículos en aquella zona eran dos delgadas cintas marrones que surcaban una abundante maleza amarillenta. Se cruzaron con dos propiedades más, ambas de aspecto abandonado. La segunda exhibía un letrero de venta que rezaba: «Dirigirse a Charles Rippman».

—Aquí vivía una familia de apellido Farber-algo —anunció Robert—. Recuerdo que uno de los hijos se llamaba Ronie; y lo recuerdo porque nos tenía en jaque con su rifle de aire comprimido. Puede que estuviera loco.

A Andrea le importaban un rábano Ronie y su rifle de aire comprimido. Mientras echaba un vistazo rápido a aquellas casas de aspecto tenebroso, versiones simplificadas de la mansión de la familia Addams, ella se preguntaba qué rayos hacían allí. Estaba convencida de que sus padres habían discutido; no podía haber otra explicación para la mirada de Robert. Podía engañarse y pensar que era tristeza fruto de la muerte de Rosalía, pero sabía de sobra que aquella expresión asomaba cuando un enfrentamiento con Danna tenía lugar. La había visto antes, muchas veces; de hecho, más de las que hubiera querido. Allí había indefensión, abandono

y desesperación. No obstante, le costaba imaginar un motivo de discusión entre sus padres que llevara a semejante desenlace. ¿Por qué iban cada uno por su lado? Durante sus dieciséis años de espectadora de lujo del matrimonio Green, Andrea había presenciado innumerables peleas, muchas de las cuales habían girado en torno a las típicas cuestiones de pareja como las vacaciones, el modelo del coche o el ruido *ensordecedor* causado por *esalavadorademierda*. Todas eran en realidad potencialmente peligrosas, porque podían desembocar en gritos histéricos por parte de Danna o incluso en el mayor de todos los milagros: la lluvia de objetos (preferiblemente de aquellos que se hacen añicos al estrellarse contra el suelo). Otro tipo diferente de discusiones eran las originadas por asuntos disparatados; aquellas que, de formar parte de una comedia romántica protagonizada por Meg Ryan y Tom Hanks, nos harían partirnos de risa, pero que adquirían un carácter penoso en la sala de nuestra casa. En este tipo de discusiones, las Ryan-Hanks, el tópico rozaba lo absurdo; podía ser sobre quién de los dos tenía el tipo de sangre más difícil de conseguir, cuál había sido el día más caluroso del año o el día más caluroso de un año *cualquiera*. Daba igual. Lo importante era que Robert hablaría con voz monocorde, diría que había leído en un artículo científico de su colección del *Reader's Digest* que el tipo de sangre negativo era menos común, y Danna le lanzaría una mirada severa y le diría *sólo* dos cosas: la primera era que esas revistas no eran científicas, sino basura para leer en la consulta del dentista, y la segunda, que no la contradijera como hacía siempre. Alguien esperaría un tercer punto referido al tipo de sangre, pero no un espectador asiduo de la saga de discusiones del matrimonio Green. Cualquier seguidor de éstas, en especial de la categoría Ryan-Hanks, sabría de inmediato que el motivo de la discusión no importaba. No importaba en absoluto.

Pero nunca habían terminado cada uno por su lado. Andrea lo sabía. Podía ocurrir que Danna no accediera a hablar con Robert durante unos días, pero al final cedía.

Entonces, por primera vez, una posibilidad que no había considerado la asaltó.

¿Y si se trataba de otro hombre?

De pronto la idea le resultó sumamente plausible, lógica, y adquirió un peso sorprendente. Andrea se convenció con tanta rapidez que se sintió perturbada. El inesperado viaje a Depth Lake y la petición expresa de Robert de no comunicarse telefónicamente con nadie reforzaba su razonamiento.

Tan pronto organizó sus ideas, una última se presentó para dar cierre al asunto. No fue exactamente una revelación como las anteriores, sino un convencimiento acerca de cómo procedería. Cuando llegara, haría algunas llamadas; primero a Matt, luego posiblemente a Linda. Ella debía de saber algo. Era la ventaja de ser amiga de la hija del comisario. Además podrían hablar acerca de…

El Toyota se había detenido, probablemente hacía tiempo.

Andrea sacudió la cabeza. La visión de Robert apeándose del coche y avanzando hacia la casa parecía producto de un sueño; ahora regresaba y acercaba su rostro a la ventanilla. Le preguntó si pensaba quedarse allí sentada por mucho tiempo y luego sonrió.

Andrea sintió un enorme alivio al ver que Maggie Mae parecía un lugar agradable y bien cuidado. Evidentemente, el señor

Rippman y su esposa se ocupaban de mantener el sitio en condiciones. Junto al Toyota, dos puntales de madera clavados en la tierra servían de sustento a un pedazo de tronco en el que unas letras de hierro despintadas formaban el nombre de la casa. Andrea se limitó a observarlo y a apreciar las pequeñas improntas en la madera causadas seguramente por Ronie Farber-algo y su rifle de aire comprimido.

Estaban frente a una modesta casa de dos pisos construida de piedra y troncos, erguida en medio de una vasta extensión de césped bien cortado, delimitada por sendas hileras de pinos que divergían hacia el norte. Más atrás había un establo y, mucho más atrás, otra hilera de árboles que probablemente constituirían el límite de la propiedad.

La visita guiada estuvo lógicamente a cargo de Robert, quien debió hacer varios intentos antes de encontrar la llave correcta entre el manojo que Mike le había entregado esa mañana. La estancia principal era espaciosa, estaba dividida por tres columnas de madera en el centro y por

un desnivel de apenas dos escalones en forma de L. En la parte más alta, junto a la entrada, una cocina integrada contaba con una mesita acompañada por tres taburetes altos.

—Hace años que no piso esta casa —dijo Robert, de pie en el umbral. Paseaba la vista por la pared trasera, donde había una serie de fotografías. Una de ellas, colocada en un marco ovalado, mostraba a Margaret Dawson en blanco y negro con un recatado bañador muy alejado de los diminutos bikinis de nuestros tiempos, pero que aun así revelaba una figura envidiable. La mujer, que parecía haber sido sorprendida por el fotógrafo, procuraba cubrirse mientras su rostro se iluminaba con una sonrisa.

Junto a la fotografía del bañador, Margaret sonreía desde un marco cuadrado, esta vez con un gorro de Santa Claus. El pompón blanco situado en el extremo caía sobre su rostro.

En el centro de la estancia había dos sillones, un aparador para el televisor y una biblioteca. Una mesa baja de vidrio resultó una novedad para Robert. Sobre ella vio una serie de adornos, entre ellos un juego de ajedrez.

Las seis ventanas distribuidas en el perímetro, todas ellas con cortinas blancas estampadas, ofrecían una vista sumamente agradable de los alrededores. Andrea reparó en que tenían barrotes y le pareció un buen detalle teniendo en cuenta que pasarían la noche allí.

—¿Qué te parece?

—Es bonita.

—Veamos el piso superior. —El entusiasmo de Robert por un momento ocultó su verdadero estado de ánimo.

Debajo de la escalera, una puerta de madera daba acceso a lo que Andrea supuso que sería un sótano, aunque quizás únicamente se tratara de una despensa. Pensó en preguntarle a Robert adónde conducía aquella puerta, pero no lo hizo. Quería dar por terminado el recorrido por la casa lo antes posible.

Afortunadamente, arriba no había mucho que ver: apenas un baño y dos habitaciones preparadas para recibirlos. La vista que una de ellas ofrecía al lago era asombrosa, y ambos se permitieron admirarla durante un buen rato.

Luego regresaron a la planta baja en silencio, acostumbrándose a la quietud de Maggie Mae.

Robert comenzó a decir que se ocuparía de entrar sus pertenencias, pero Andrea lo interrumpió.

—Han dejado una nota —dijo ella, observando un trozo de papel sujeto a la nevera mediante un imán en forma de pez.

Robert se detuvo en seco.

Tu mujer te engaña.

¡Todo el mundo lo sabe!

—¿Qué dice? —logró articular Robert con voz nasal.

—El señor Rippman nos dice que no nos molestemos en ir al pueblo, que él se encargará de traer provisiones. También nos da la bienvenida a Maggie Mae.

Robert respiró aliviado.

OceanofPDF.com

2

En el extremo del porche, Andrea vio una silla de madera a la que no había prestado atención antes y decidió que la ocuparía. Desde allí le sería posible advertir si Robert regresaba. No quería ser sorprendida mientras hablaba con Matt.

Extrajo el móvil del bolsillo de sus pantalones cortos y se disponía a marcar el número de su novio cuando un traqueteo distante la sorprendió. El ruido fue cobrando fuerza lentamente, obligándola a estirar el cuello para averiguar de qué se trataba.

Un Ford destartalado avanzó sobre el césped y esquivó por los pelos al Toyota de Robert. Andrea volvió a guardar su teléfono y examinó a los recién llegados. El motor del coche se detuvo con un siseo prolongado y moribundo.

El conductor no podía ser otro que Charles Rippman. Fue evidente el esfuerzo del hombre para apearse, aunque era pequeño y estaba en buena forma para su edad. La mujer que lo acompañaba debía de ser unos quince años menor, lo que aun así la colocaba en el no despreciable escalón de los setenta y tantos. Era más alta que Charles, casi una cabeza, y se movía con ligereza. En ese momento se dirigía a la parte trasera del coche.

Andrea se acercó.

—Tú debes de ser Andrea. Soy Charles Rippman. —La voz del viejo era musical, de esas que cautivan a la hora de una buena historia—. Ella es mi esposa, Anne.

Anne Rippman cargaba una bolsa de papel. Con la mano libre estrechó la de Andrea.

—No tenían que haberse molestado. Son muy amables.

Rippman paseó su mano por delante del rostro, como si hiciera un pase mágico: *No tenía por qué darle las gracias*.

—Es lo menos que podemos hacer, querida, créeme —dijo Charles—. Además, no es conveniente que visiten la tienda de Larson, al menos hasta que sepan algo acerca de él…, suele aprovecharse de los que no son de aquí. La suya es la única tienda de la zona… —Dejó la frase en suspenso y, tras acercarse a Andrea, agregó en tono confidencial—: Larson cree que una mano grande da derecho a andar tocando culos…

—¡Charles Rippman! —Anne colocó su brazo libre en jarras.

Andrea no pudo evitar reír. Rippman se sumó con su risita suave.

—Lo siento, querida, no lo volveré a hacer.

Anne miró hacia arriba como si no fuera la primera vez que oía aquello; luego sacudió la cabeza y por último señaló con la barbilla el asiento trasero. Charles comprendió la indicación de su esposa e inmediatamente se puso en movimiento. Antes se inclinó una vez más hacia Andrea y habló rápido:

—Ella lo oye todo. Es como convivir con la Gestapo.

—Charles…

Pero Rippman ya se desplazaba hacia la portezuela trasera, probablemente satisfecho con su gracia del día. Parecía un hombre lleno de vida a pesar de sus noventa años. ¿O serían más?

—Andrea, ¿serías tan amable de llevar esto hasta la casa? —pidió el hombre entregándole una de las bolsas de la compra.

Ella dijo que sí, que desde luego.

Andrea sintió simpatía inmediata por la pareja de ancianos. Por primera vez en el día se olvidó de la muerte de Rosalía, de la pelea de sus padres y del manto de misterio que giraba en torno a esta última.

Una vez dentro, Anne comenzó a distribuir las provisiones en la cocina y Charles retiró la nota que él mismo había dejado bajo el imán en forma de pez.

—¿Tu padre se ha acostado? —preguntó Charles.

—No —se apresuró a responder Andrea, comprendiendo que había pasado por alto hacer un comentario al respecto—. Ha salido a caminar. Tenía intenciones de ir a…

—*¿La explanada?*

—Sí.

—¿Tú por qué no has ido?

Los ojos de Rippman, incrustados en la tela arrugada de su piel, se encendieron súbitamente. Anne se apresuró a intervenir:

—No tienes por qué contestar, querida. Charles, deja de importunar a la muchacha.

—Perdón, no debí preguntar —se disculpó Rippman—. Por cierto, *la explanada* es un sitio muy bonito.

—Decidí dejar el paseo para otro día —repuso igualmente Andrea, asombrándose con la facilidad con que aquella mentira brotaba de sus labios.

Le diré la verdad, señor Rippman, usted me cae bien y no veo razón para mentirle. Lo cierto es que pretendía hablar con mi novio en el preciso instante en que usted se presentó con su adorable esposa. No quiero descuidar la relación, creo que va en serio. Además tengo la convicción de que mis padres han discutido, pero lo único que sé es que el incidente nos ha traído aquí, nada más. Meras suposiciones. Entiendo que no es de su incumbencia, señor Rippman, pero creo que mi madre se anduvo tirando a otro hombre; ya sabe, alguien que cree que una mano grande da derecho a andar tocando culos…

—…ciones?

Andrea salió de su trance y se encontró con el rostro expectante de Anne Rippman. No vio a Charles.

—¿Habéis encontrado todo en condiciones? —repitió la mujer.

—Sí.

—Aquí he apuntado nuestro número de teléfono —dijo Anne, señalando un bloc de pared—.Y también sabéis dónde vivimos.

—Desde luego. Muchas gracias.

Las dos salieron de la casa y descendieron los escalones del porche hasta el césped. Allí encontraron a Charles observando el lugar como si no lo conociera.

—Lamento que Robert no esté aquí —dijo el hombre, volviéndose de repente—. La última vez que lo vi era un muchacho de tu edad. El tiempo se ha comprado una motocicleta muy veloz y le gusta usarla; eso decía mi hermano, aun cuando las motocicletas no eran como las de ahora.

—Mañana vendremos de visita y veremos a Robert —dijo Anne—. Prepararé un pastel.

—Apuesto a que es un gran hombre —dijo Rippman sin haber prestado atención al comentario de su esposa. Hablaba para sí, con la mirada desenfocada, entrelazando los dedos mientras solicitaba algunos recuerdos al agobiado encargado del archivo en su cerebro.

—Mi padre también se alegrará de verlo, señor Rippman. Le diré que vendrán a visitarnos mañana.

—Sí, gracias. Díselo. Hoy es nuestro día de *bridge* en casa de Isabel, la hermana menor de Anne. Pasaremos la noche en Sandville, pero mañana estaremos de regreso.

Andrea había advertido que la vestimenta de ambos no era de faena. Ahora sabía la razón.

Rippman se incorporó y su tono de voz recuperó la cadencia del principio. Su aspecto sombrío desapareció junto con la siguiente frase:

—Anne es la campeona de *bridge*. Hasta tiene una medalla que lo prueba.

El rostro de la mujer enrojeció, e instintivamente ocultó una grotesca medalla de latón que colgaba de su cuello mediante una cadena plateada. Como si hiciera falta, se disculpó diciendo que la medalla era una broma familiar. Cuando el color de su rostro comenzaba a desaparecer, agregó con orgullo que hacía más de dos meses que la traía consigo a Depth Lake.

Los tres se encaminaron hacia el Ford.

—¿Qué es aquello?

Rippman se volvió y siguió la dirección del dedo de Andrea.

—Un establo —dijo—, pero está vacío desde hace tiempo, y las enredaderas se han encargado de cubrirlo casi todo. Años atrás el señor Spitteri se encargaba de mantenerlo en condiciones, pero Mike ha dejado de tener interés en él desde hace tiempo. Aunque cueste creerlo, hace unos años casi todo el mundo por aquí tenía caballos, pero ya no. Max Farbergrass llegó a tener más de cincuenta.

Anne ya estaba dentro del Ford cuando Charles abrió la portezuela de su lado. Permaneció de pie junto al coche, apoyando su mano en el techo de chapa.

—Hubo una época en que podían verse hasta osos por aquí, pero esos tiempos han quedado muy atrás. Los Gordon vivían justo allí. —Charles señaló una de las propiedades próximas a Maggie Mae—. George fue atacado por un oso, un episodio horrible que le costó la vida. Su esposa Allison y su hijo Tom nunca se repusieron y finalmente se marcharon de Depth Lake…, pero eso fue hace más de treinta años. Hoy en día puede aparecerse un venado, pero es raro que eso suceda. En tal caso, es probable que el animal se espante más que vosotros. —Hizo una pausa—. Si algo así ocurre, no tenéis más que llamarme.

—¿Lo matará?

Rippman sonrió.

—Desde luego que no. Sólo lo dormiré. —Sonrió y se introdujo en el coche—. Adiós, y no olvides decirle a tu padre que mañana vendremos a verlo.

—Descuide, señor Rippman, cuente con ello.

El motor del Ford tosió y luego rugió mientras Rippman aceleraba una y otra vez.

El coche giró y se alejó despacio. Andrea no tenía manera de saberlo, pero en el interior del coche Charles Rippman le decía a su esposa que quizás sería conveniente cancelar la visita a casa de su hermana Isabel. Ella respondió que por qué habrían de hacer semejante cosa, y él se limitó a encogerse de hombros y decir que no era más que un pálpito.

Anne no estaba dispuesta a renunciar a su reinado en el *bridge* por un pálpito infundado y así se lo hizo saber a Charles, quien rió como un niño

con lo de «reinado en el *bridge*». Estuvo de acuerdo con ella en cuanto a lo absurdo de sus ideas y las desechó. ¿Se estaría haciendo viejo? Mientras dirigía su nudosa mano a la radio y buscaba alguna emisora de música, se dijo que no… ¡Que desde luego que no!

OceanofPDF.com

3

Cuando los Rippman se marcharon, Andrea regresó al porche y ocupó una vez más la silla de madera. Buscó el número de Matt en la memoria de su teléfono y presionó la tecla de marcado. Echó un vistazo al lago para asegurarse de que Robert no estaba de regreso. Cuando una voz femenina se hizo audible desde el otro extremo de la línea, sintió el impulso de interrumpir la comunicación.

—¿Señora Gerritsen?

—Sí.

—Soy Andrea. ¿He marcado el número de su casa? —Andrea sabía que no era así.

—No. Éste es el móvil de Matt.

—¿Puedo hablar con él?

Silencio.

—¿Señora Gerritsen?

—No tienes nada que hablar con mi hijo —dijo la mujer—, bastantes problemas le habéis ocasionado tú y tu familia.

Andrea se sintió paralizada. ¿A qué se refería?

—Mantente alejada de mi hijo. Adiós.

La comunicación se interrumpió.

—Adiós —dijo Andrea sabiendo que nadie la escuchaba. Se sentía aturdida. Apoyó los pies en la base de la silla y la barbilla sobre las rodillas. Apenas conocía a Diana Gerritsen, y sabía que no era precisamente una

mujer accesible, pero nunca había tenido ningún problema con ella en el pasado.

¿Qué estaba ocurriendo?

¿Por qué Diana Gerritsen había respondido al teléfono de Matt?

Muchas preguntas y ninguna respuesta.

Tenía que hablar con Linda, se dijo. Marcó el número con presteza. Ella misma respondió a la llamada.

—¿Linda?

—¡Andrea! ¿Dónde estás?

—En Depth Lake, con mi padre.

—¿Dónde queda eso?

—No lo sé. Escucha, mis padres han discutido…, no sé exactamente qué ha ocurrido.

Linda guardó silencio.

—Mi madre está en casa de su hermano, en Manchester. Yo he venido aquí con mi padre.

—¿Has hablado con él de esa *discusión?*

—No. Ha salido a caminar y no ha regresado. Supongo que hablaremos cuando vuelva. No tiene buen aspecto. He pensado que quizás mi madre tenga un amante.

Otra vez silencio.

—Me preguntaba si sabes algo, Linda. Quizás tu padre…

—No, no me ha dicho nada —se apresuró a responder Linda.

—Es todo muy extraño. —Andrea repasaba con la vista las copas de los árboles—. Acabo de hablar con la señora Gerritsen; me trató como si fuera una mala influencia para su hijo. Algo está ocurriendo…, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Te noto extraña.

—¿Por qué no hablamos después?

—¿Estabas ocupada?

—No, no es eso. Quizás sea mejor que hables primero con tu padre.

—Linda…, dime lo que sabes.

—Creo que no deberíamos hablar ahora.

—¡Es la segunda vez que me dicen eso en menos de cinco minutos!

—No te enfades.

—Dime lo que sabes.

Linda suspiró.

—Está bien. Oí a mi madre hablando por teléfono con mi padre. No estaba segura de haber entendido de qué hablaban, así que se lo pregunté más tarde… No te lo diría si no estuviera segura de cómo han sido las cosas.

—Dispara…

—Tienes razón con respecto a tu madre. Se ha visto con alguien ayer, y tu padre la ha descubierto.

Andrea dejó caer los pies y se recostó contra el respaldo de la silla. La noticia la golpeó con fuerza. Una cosa era imaginarlo y otra diferente tener la certeza de lo que había ocurrido.

—Lamento darte semejante noticia —se disculpó Linda.

Andrea formuló la siguiente pregunta con voz temblorosa, temiendo escuchar la respuesta.

—¿Con quién se ha visto?

Un cuervo graznó mientras surcaba el cielo gris.

—Linda, ¿estás ahí? ¿Con quién estaba liada mi madre? Ya he recibido suficientes malas noticias como para que algo más me afecte.

Linda sabía que no tenía más remedio que hablar.

—Es Matt —dijo apenas en un susurro.

—¿Qué Matt?

—Matt Gerritsen.

—Eso no es verdad. —Andrea rió—. ¿Es una broma?

—Me temo que no. Lo siento.

—No lo sientas, porque no es verdad. Estás equivocada.

—Desearía estarlo, pero no lo estoy. Danna se encontró con Matt ayer por la noche…

Andrea temblaba. Nunca en su vida había experimentado una sensación semejante a la que la embargó en ese momento. Se sintió desprotegida. Sus ojos se humedecieron.

—Tiene que haber un error.

—Sé que es doloroso…

—¿Cómo lo saben? ¡¡¡¿Cómo coño pueden saberlo con certeza?!!!

La tarde agonizante fue testigo del modo en que los gritos furiosos de Andrea resonaron en la quietud de Maggie Mae. El cuervo permaneció en reverencial silencio.

—Andrea, tranquilízate. Lo saben porque la policía los sorprendió cuando estaban juntos. Tu padre estaba con ellos y el mío también. Créeme que las cosas son como te las he contado.

Andrea sollozaba, incapaz de concebir lo que Linda acababa de decirle. No podía ser cierto.

Danna, maquillada más de la cuenta, moviéndose con lentitud, siguiendo un ritmo hipnótico. Matt delante, embelesado con el movimiento circular de la cadera, siguiendo el baile erótico de Danna con fascinación. Él se acerca cada vez más a ella, con ojos soñadores y la boca abierta. Y entonces Danna se mueve enérgicamente, estira su brazo, aferra el cabello de Matt con fuerza y lo atrae hacia sí. Lo hace con la suficiente fuerza para que el rostro de él se estampe en uno de sus pechos, que se achata como si fuera un balón en el que un niño se sienta encima. Danna muestra los dientes y gime de placer. Sigue presionando con todas sus fuerzas y Matt frota sus labios con fruición…

—¿Andrea?

—Aquí estoy… Supongo que será mejor que hablemos más tarde.

—Está bien. De veras lo siento.

—Lo sé. —Andrea aquietó sus sollozos.

—Llámame si necesitas hablar con alguien. Cuídate.

—Lo haré. Adiós.

Andrea depositó el teléfono en el suelo con delicadeza (aunque de buena gana lo hubiese arrojado al lago). Aún se sentía atormentada por la visión lujuriosa que su mente había elaborado para ella. Lloró durante lo que se le antojó una eternidad. Cuando logró componerse, había oscurecido y las primeras gotas de lluvia caían en Depth Lake. Un rescoldo de cordura le hizo preguntarse por qué su padre no había regresado aún…

Pero Robert Green no regresaría a Maggie Mae. De hecho no regresaría a ninguna parte, salvo a la camilla metálica de una sala refrigerada, donde un médico forense de apellido Farham se vería forzado a mirar hacia otro lado después de apartar la manta que lo cubría y ver lo que le esperaba debajo.

OceanofPDF.com

4

Según la última indicación, Mike supo que lo separaban diez kilómetros de Concord. Desde allí le esperarían unos sesenta más por la interestatal y luego no menos de treinta hacia el este por carreteras secundarias. Normalmente aquel recorrido no le llevaría más de una hora y media, pero la tormenta era de las peores que había visto en su vida. Los limpiaparabrisas funcionaban a su máxima velocidad y aun así no eran eficientes frente a los embates de la lluvia. En aquella zona, la I-93 era una vía rápida de tres carriles en ambos sentidos; ciento treinta hubiera sido una velocidad en la que se hubiera sentido seguro en condiciones normales, pero no inmerso en el diluvio universal. Apenas veía los coches cuando éstos hacían su mágica aparición a una decena de metros. La mayoría no se desplazaba a más de setenta. Superar esta velocidad hubiera sido un suicidio. Mike se permitió un límite de ochenta.

En semejantes condiciones tardaría al menos dos horas. Dos horas que podían no significar nada en el caso de tratarse de unas vacaciones, en cuyo caso su cabeza estaría haciendo planes para el día siguiente, analizando cuestiones trascendentales como la novela que leería sentado en el porche o la posibilidad de bañarse desnudo en el lago. ¡Pero hoy no tenía dos horas! De hecho, creía tener mucho menos que eso, y no quiso pensar cuánto para no desanimarse.

Su mente se emancipó de su cuerpo durante unas milésimas de segundo.

Si Benjamin había partido de Manchester antes de la tormenta, jamás podría llegar antes que él…

El Saab se precipitó sobre un Mitsubishi color *Interestatal en día lluvioso*. Mike vio una mancha borrosa en el último momento y logró esquivarla pasándose al carril lento, por el que milagrosamente no circulaba nadie. Aferró el volante con fuerza y echó un vistazo al conductor, quien tenía muchas posibilidades de haber asistido a la escuela primaria con Charles Rippman. Mike se movió inquieto en el asiento y aumentó la concentración en la carretera. Su madre decía que un buen conductor era aquel que se preocupa por sí mismo y por los demás, y tenía razón.

Pero aquel pensamiento aún reverberaba en su cabeza.

Benjamin.

Mike *sabía* que Benjamin se dirigía a Maggie Mae.

¿Cómo podía un niño muerto hacía más de cuarenta años estar viajando a su casa del lago?

Creer semejante cosa no era precisamente un síntoma de cordura. ¿Se estaría volviendo loco?

¡Claro que sí! ¡Bienvenido a lo sobrenatural! Será trasladado por uno de nuestros unicornios voladores en compañía de Mindy, la mujer de dos bocas. Y no me diga que usted ve sólo una porque eso es lo que dicen todos hasta que pasan una noche con ella. Créame amigo, no hay como el doble beso de Mindy…, siga mi consejo. No hemos recibido ni una queja en años. Relájese y disfrute del crucero de la locura. ¿Le resulta escalofriante? Lo es. Imagínese en la bodega sucia de una embarcación sin rumbo, hacinado y confinado en la más absoluta oscuridad. Un sitio donde la matemática, la física, y para el caso cualquier ciencia, son tan útiles como un millón de dólares en una isla desierta. ¡Ja, ja! Y esto me lo acabo de inventar, pero es así: un jodido millón en una isla desierta. ¿Quiere probar esta opción? Allí no hay nadie que se crea Napoleón, no señor; en la bodega de la que le hablo todos afirman que el desgraciado les debe dinero. ¿Qué dice? Déjeme decirle que está usted en condiciones de acceder al premio; no pretendo ser exagerado, pero su desempeño ha sido colosal. Aquí tengo sus resultados, en mis propias manos; hace tiempo que no veo nada tan

esmerado como su trabajo; su última respuesta ha sido sencillamente abrumadora. ¡Bravo! Un niño asesinado hace casi medio siglo dirigiéndose a su casa de verano… Con aquello hubiera sido suficiente, créame, pero veo que ha adornado la idea con detalles, eso no es usual. El niño ha asesinado a algunos miembros de la familia y ahora va a cargarse a los que quedan. Esto es por…, déjeme ver…, ah, sí, por haber sido encerrado en el desván de su casa, debí suponerlo. Claro que de todas maneras nada más va a suceder, porque usted va a impedirlo; Mike Dawson cruzando el estado con su Saabmóvil. Teniendo en cuenta lo especial de su caso, hasta es posible que logre que Mindy haga algunas visitas a la bodega del crucero de la locura, porque veo en sus ojos que es allí donde se dirigirá, ¿verdad?

¿Verdad, señor Dawson?

¡¡¡¿V-E-R-D-A-D?!!!

¿Cuál es su elección?

Con un suspiro dejó atrás un letrero que indicaba la salida a Hooksett. Redujo la velocidad a sesenta kilómetros por hora. Había pensado llegar a Concord para hacer lo que tenía en mente, pero no podía esperar más. Alertaría a Robert por teléfono.

¿Cuál es su elección?

Marcó el número de Robert y durante lo que se le antojó un siglo, su mente evocó el recuerdo de Danna, tendida en la bañera de su hermano, con los ojos vidriosos de una muñeca de porcelana. Vio su cuerpo contorsionado…

Créame, amigo, no hay como el doble beso de Mindy…, siga mi consejo.

OceanofPDF.com

5

Andrea había pasado la última media hora caminando en círculos por la sala. ¿O había sido una hora? Se había tendido en uno de los sillones hacía unos minutos, no recordaba cuántos, aunque sí recordaba que algo le había hecho ponerse nuevamente en pie y seguir con su andar errante por una casa que le resultaba desconocida.

Una lluvia torrencial azotaba Depth Lake. Cuando un trueno sacudió la construcción de madera de Maggie Mae, Andrea se irguió de repente y miró en todas direcciones al mismo tiempo. Vio su rostro reflejado en el cristal de una de las ventanas. Las lágrimas se fundían con las gotas de lluvia.

Sintió la necesidad de regresar al sillón y dejarse caer en él, hundir su rostro en la superficie mullida y ser devorada por la oscuridad. Olvidar la charla con Linda, o el simple detalle de hallarse en un sitio completamente desconocido… sola. Robert no había regresado, había anochecido y la lluvia se había transformado en poco tiempo en una cortina a través de la cual resultaba imposible avistar más allá de unos metros.

Retrocedió dos pasos y abrazó una de las columnas de madera. Se dejó caer hasta permanecer de rodillas. Su llanto era un gimoteo entrecortado. Sus pensamientos eran dos cordones unidos por un nudo mal hecho, sin principio ni fin. La voz de Linda corría por uno de ellos: *Tu madre se ha visto con alguien ayer tu padre la ha descubierto se ha visto con alguien tu madre Matt la han descubierto visto con alguien tu padre la ha Matt tu madre Matt tu madre…*

El rostro sonriente de Matt. Matt alzándose despeinado por encima del pecho derecho de Danna. Danna dejando caer su cabeza hacia atrás…

Andrea desconocía el origen de esta imagen aterradora, pero la claridad con que su cerebro la proyectaba una y otra vez resultaba espeluznante. El primer cordón de sus pensamientos. El segundo lo constituía la ausencia de Robert. Era evidente que algo le había ocurrido. Se había marchado hacía más de dos horas y media con intención de caminar un poco y no había dado ninguna señal desde entonces. Algo debía de haberle ocurrido. Algo malo.

Mientras permanecía aferrada a la columna de madera, recordó el modo frenético en que hacía sólo unos minutos había tratado infructuosamente de llamar a su padre a su móvil. Había marcado una docena de veces hasta desanimarse. Prefirió pensar que Robert simplemente había olvidado su teléfono en el coche, cosa que normalmente hacía, pero una vocecilla interna insistía en que nada de eso había ocurrido. De cualquier manera, no iría a comprobarlo en plena noche; no sería tan estúpida como para alejarse de Maggie Mae.

Mike llegaría de un momento a otro. Haberlo llamado había sido inteligente. Él sabría dónde encontrar a Robert.

Por el momento, lo mejor era dejar la mente en blanco; alejarse de las visiones de Matt y Danna, abstraerse de las preguntas que su cerebro se empecinaba en gritar dentro del reducido espacio de su cabeza: ¿acaso era posible que su madre y su novio hubieran tenido un encuentro amoroso? ¿Era la primera vez que se veían?

Un trueno hizo temblar la casa.

Andrea se incorporó. Concentrada en rehuir sus pensamientos, el estruendo ensordecedor hizo que sus músculos se tensaran. Se ayudó con la columna de madera hasta ponerse de pie. Observó otra vez su rostro reflejado en la ventana, pero esta vez advirtió que al menos no lloraba.

Fuera la lluvia seguía arreciando empujada por ráfagas de viento, que zumbaban en el tejado de la casa. Andrea, por primera vez, prestó atención a este sonido, similar al de un televisor sin señal, y nuevamente se vio forzada a mirar en todas direcciones.

Si Mike no llegaba pronto, se volvería loca.

Fuera, voces fantasmales cobraban fuerza; la noche se hizo más espesa, la atmósfera dentro de la casa, mucho más densa. Andrea giró su cabeza con lentitud. Mirar detrás de sí le resultó de pronto algo sumamente necesario, e incluso cuando lo hizo y no vio más que la puerta que conducía hacia el sótano, la idea de que alguien la observaba le resultó abrumadora. Sabía que era una tontería, pero no pudo negar la fuerza de la sensación.

Seguir aferrada a la columna le pareció entonces la mejor de las ideas. Desde allí podía ver hacia fuera y advertir la llegada de Mike…

Porque sabes que Robert no llegará, ¿verdad? En el fondo sabes que algo malo le ha ocurrido…

Además, la columna se hallaba casi en el centro de la sala, lo cual le proporcionaba una seguridad adicional.

Quizás decidió arrojarse al lago… No sería el primer miembro de la familia Green que decide darse un chapuzón prolongado…

¡BASTA!

¿Aquélla era su voz? ¿Podía serlo? ¿Se estaba volviendo loca realmente?

Debía serenarse. ¡Dios, ni siquiera sabía cuánto tiempo había transcurrido desde la conversación con Mike! Se concentró en la ventana. Un relámpago iluminó la entrada de la casa y pudo advertir, no por primera vez, la zona en la que unas horas antes Charles y Anne Rippman habían aparcado su coche. La cortina de pinos, la porción visible del lago, el césped…, todo se convirtió en una radiografía celeste. La lluvia se asemejaba a millares de alfileres suicidas.

De un momento a otro Mike estaría allí y las cosas serían distintas.

Otro relámpago estalló en el exterior.

Todo seguía igual allí fuera. Salvo…

Andrea lanzó un grito. Una figura se había deslizado furtivamente entre los árboles: una silueta ennegrecida recortada entre dos pinos. Estaba segura. Sintió que sus piernas se aflojaban y sus brazos se deslizaban en torno a la columna, pero logró mantenerse de pie. Supo que aquél no era Mike. Mike iría con su coche hacia la puerta como lo había hecho antes

Charles Rippman, en especial teniendo en cuenta aquella lluvia torrencial. Y tampoco había sido producto de su imaginación. Temblaba de pies a cabeza; se sentía abatida y rendida, pero sabía que lo que acababa de ver no había sido fruto del cansancio ni una ilusión óptica.

Alguien estaba ahí fuera.

Procuró deshacerse de la idea, pero entonces un sonido en el exterior se mezcló con el ulular del viento y el tamborileo de la lluvia. Fue un chasquido seco, un golpe. Andrea se concentró en cada una de las ventanas, luego en la puerta de entrada. Todas cerradas. Respiraba agitadamente. Pensaba en la silueta que había visto hacía un momento. Quizás había sido un animal, pensó. Rippman había dicho que alguno podría presentarse; era perfectamente factible que alguno de ellos…

El sonido se repitió.

Andrea miró en dirección a la escalera que conducía a la segunda planta. El golpe se había producido precisamente allí, estaba segura. De lo que no estaba segura era de si deseaba averiguar qué lo había provocado. Se soltó de la columna lentamente. Avanzó estirando un pie y luego el otro hasta que una de sus manos apenas se mantuvo en contacto con la madera. Contuvo el aliento y dio el paso decisivo que hizo que sus dedos se apartaran de la columna. La observó rápidamente, luego dirigió de nuevo su atención a la escalera: una boca oscura que no hizo más que aumentar su sensación de indefensión. Avanzó lentamente, como si caminara sobre una cuerda a mil metros de altura. Sus músculos se tensaron a la espera de que *algo* ocurriera de un momento a otro.

Cuando llegó a la escalera, colocó el pie derecho sobre el primer peldaño y se detuvo. ¿Qué se suponía que estaba haciendo? ¿Jugando a la heroína? Lo que debía hacer era hablar con Mike y averiguar dónde estaba, eso era. Debía alejarse de la planta alta y seguir aferrada a la columna hasta que él llegara. No había visto a nadie fuera, salvo tal vez un ciervo aún más asustado que ella. No tenía que preocuparse por un estúpido ruido. Las casas están plagadas de ruidos inexplicables, en especial cuando son azotadas por el viento y la lluvia. Debía tranquilizarse. Y esperar. Eso debía hacer. Era una obviedad.

Pero si era tan obvio, entonces ¿por qué sus pies siguieron ascendiendo por los peldaños de la escalera? ¿Por qué alzó la barbilla y mantuvo la vista fija en la planta alta mientras aferraba el pasamanos con fuerza?

¿Por qué?

El pasillo de la segunda planta la recibió en penumbra. Las puertas de las habitaciones estaban entreabiertas, pero no parecían ser las causantes de los ruidos que había escuchado. En el extremo opuesto, un rectángulo recortado contra la pared se encendía y apagaba con cada relámpago. Las sombras se dibujaban y estiraban para desaparecer intermitentemente. Andrea se acercó a la ventana lo suficiente para advertir un charco de agua debajo de ella. Se encontraba a apenas un par de metros, contemplando la ventana con el corazón a punto de detenerse, cuando la hoja de madera se cerró violentamente haciendo que diera un respingo. Dejó escapar un grito corto y luego exhaló el aire contenido en sus pulmones.

Así que eso ha sido todo…, una ventana abierta.

Se acercó a la ventana sintiéndose un tanto estúpida. Se detuvo delante del agua acumulada en el suelo y estiró su cuerpo en dirección al postigo de madera. Desde aquel punto podía apreciar el tejado y, más allá, la zona frontal de la propiedad. No había ni rastro de Mike; mucho menos de Robert.

Una pequeña traba de acero sirvió para cerrar la ventana. Regresó a la planta baja con la idea firme de llamar a Mike; no soportaba permanecer *sola* en Maggie Mae por más tiempo. Apresuró la marcha, sin advertir que la puerta que conducía al baño, que hacía un momento había estado abierta parcialmente…, ahora lo estaba por completo.

De haber regresado a la planta baja con la cabeza en alto, quizás hubiese podido reaccionar de otra manera frente a lo que allí la esperaba. Hubiera podido quizás volver a la ventana y deslizarse por el tejado, quién sabe. Lo cierto es que bajó con la vista fija en el suelo de madera, observando la punta de sus zapatos como una niña avergonzada. Advirtió sí con el rabillo del ojo la figura que la esperaba de pie en el centro de la sala, lo cual hizo que se detuviera en seco. Sus piernas cedieron y cayó al suelo. Gritó con fuerza; un chillido potente se alzó por encima del estrépito de la lluvia.

El recién llegado no se movió. Se limitó a observarla con una sonrisa.

Benjamin sonreía.

Andrea fijó la vista en el rostro familiar que tenía delante y luego en el cuchillo. La visión de la sangre en la hoja de acero resultó aterradora. Retrocedió hasta que su espalda golpeó contra la superficie dura de la puerta que conducía al sótano.

—¿Qué le has hecho a papá? —logró articular.

Pero no obtuvo respuesta. Intentó ponerse en pie valiéndose del picaporte de la puerta que tenía detrás. Logró hacerlo parcialmente, salvo que en el último momento el picaporte descendió y la puerta se abrió, haciendo que su cuerpo se desestabilizara. Entró en el sótano. Su última visión antes de cerrar la puerta y permanecer a oscuras fue la de un rostro sorprendido y apesadumbrado flotando sobre un cuerpo paralizado. No se detuvo a pensar en la razón por la que su atacante no había reaccionado (en su cabeza prefería utilizar el término *atacante* antes que llamarlo por su nombre…, si lo hacía, pensaba, aunque fuera sólo en sus pensamientos, perdería definitivamente el último resabio de cordura que creía conservar). Encontró un cerrojo y lo corrió. Al principio no vio absolutamente nada.

No tardó en oír los golpes al otro lado de la puerta.

En medio de la penumbra, no tenía manera de saber que en ese momento se hallaba en el rellano de una escalera de doce escalones, que servían para descender al sótano propiamente dicho.

Dos golpes.

Andrea retrocedió un paso. Temblaba de pies a cabeza.

Luego, la voz. Por primera vez la voz llegó flotando desde el otro lado, reconocible pero cargada de rencor y odio. *¡Sal de ahí, putita!*

¡AHORA MISMO!

Andrea retrocedió otro paso, esta vez más allá del límite del rellano de madera. Agitó los brazos en busca de algún apoyo, pero no lo encontró.

Cayó.

Andrea sintió que algo se rompía cuando una serie de aristas afiladas se incrustaron en su cuerpo. Experimentó un golpe seco en su cuello, como la mano rápida de un karateca, y más tarde decenas de impactos cuando se

lanzó en franco descenso hacia abajo. Fue como si un grupo de maleantes arremetieran contra ella lanzándole patadas con sus botas de punta de acero.

Aterrizó de espaldas en el sótano de Maggie Mae, con sus piernas y brazos extendidos. Tenía la cabeza echada hacia atrás y no podía moverse. Sus ojos se acostumbraron lentamente a la oscuridad, aunque fue poco lo que pudo vislumbrar.

OceanofPDF.com

6

Andrea abrió los ojos lentamente. Si se había desmayado, y tal parecía ser el caso, no supo cuánto tiempo permaneció tendida en el sótano de Maggie Mae. Lo primero que sintió al intentar moverse fue un dolor insoportable en el costado izquierdo y una intensa palpitación en la cabeza. Sus ojos, ahora acostumbrados a la oscuridad, apreciaron la silueta de la escalera por la que había rodado. El resto del sótano permanecía en penumbra, aunque logró divisar los contornos de unos cuantos trastos arrumbados.

Los recuerdos de los sucesos recientes fueron tomando forma dentro de su cabeza mientras aún permanecía tendida, con su cuerpo dolorido lanzándole mensajes de alerta desde media docena de lugares. Los golpes en la puerta —sus últimos recuerdos antes de desmayarse— habían cesado, reemplazados por el monótono sonido de la lluvia. Se irguió despacio. Permaneció sentada un buen rato; luego se agarró del pasamanos de la escalera y poco a poco se puso en pie. La tarea le llevó unos dos minutos. El saldo fueron algunas lágrimas de dolor y un mareo que amenazó con hacerla caer de nuevo. Cuando creyó que había reunido el valor suficiente como para dar el primer paso, su pie derecho cedió de repente e hizo que perdiera el equilibrio.

Respiraba agitada.

El sonido de la lluvia ganó en intensidad. Durante unos segundos no comprendió lo que ocurría; luego advirtió en el extremo opuesto del sótano

cómo una trampilla que conducía al exterior, cuya presencia no había advertido, se abría con lentitud.

Una silueta se recortó contra la noche gris.

Mike, pensó Andrea. ¡Tenía que ser él! ¿Quién más sabría de la existencia de aquella trampilla?

La figura tendió una mano en dirección a ella. Al tiempo que la agarraba con fuerza, Andrea no pudo evitar esbozar una sonrisa. En pocos minutos se encontró fuera del sótano, caminando dificultosamente bajo una lluvia torrencial.

—¡Debemos irnos de inmediato! —gritó ella, consciente de que no había tiempo para explicaciones.

Pero su grito fue ahogado por el bramido de un motor. Se dirigían hacia el establo en el preciso momento en que los faros de un coche se encendieron en la distancia, acercándose rápidamente a ellos.

El vehículo los alcanzó en pocos segundos.

Se detuvieron. Los potentes faros iluminaron una buena extensión de la parte trasera de Maggie Mae, proyectando sus sombras deformadas. El conductor se apeó con suma rapidez. Por un momento fue tan sólo una figura negra e imponente; luego, cuando avanzó unos metros, Andrea supo que el recién llegado no era otro que Harrison.

—¡Alto! —gritó, y su voz resonó como un trueno.

El comisario desplazó su arma hacia la derecha: allí, a pocos metros de Andrea, estaba Mike. Junto a él, una silueta pequeña se dibujó cuando un relámpago estalló en la noche.

OceanofPDF.com

7

La cadena de acontecimientos que llevaría a Harrison a Maggie Mae se inició ese mismo día.

Matt Gerritsen se presentó en la comisaría con su padre. Harrison supo que no sería una mañana precisamente tranquila y evocó un dicho característico de su madre, según el cual no podía esperarse nada bueno de un abogado, en especial si sonreía todo el tiempo.

Y Ted Gerritsen sonreía todo el tiempo.

Cuando padre e hijo se sentaron en uno de los extremos de la sala de reuniones, Harrison observó el parecido que existía entre ellos: el mismo rostro amplio, ojos celestes rectangulares y cejas gruesas. Matt llevaba el cabello más largo que su padre y el rostro más bronceado, pero nada más.

A unos metros de los Gerritsen, ocupando la cabecera de la mesa, el agente McAllen apoyaba el mentón sobre sus puños mientras clavaba en los recién llegados una mirada de desconfianza.

Fue Ted Gerritsen quien habló primero.

—Creo haber sido claro por teléfono respecto a la situación de Matt —dijo—. Mi hijo se siente sumamente perturbado por lo que ha ocurrido, pero aun así ha aceptado colaborar con ustedes. Espero que sepan entender esta situación…

McAllen lo estudió durante un buen rato.

—Lo entendemos perfectamente —dijo el agente de la DEA.

Matt mantenía la vista baja.

—¿Café? —McAllen se inclinó sobre la mesa en dirección a una jarra de café humeante.

—No, gracias.

—¿Tú, Matt?

—No.

McAllen sirvió dos tazas y le entregó una a Harrison.

—Matt, dinos qué deseas contarnos… —dijo McAllen mientras probaba su café.

El joven no alzó la vista. A su lado, Ted exhibía la mirada de un perro de caza.

—Mi primo Randy me pidió que hiciera una remodelación en su furgoneta. Tengo cierta habilidad para eso.

—¿Qué clase de remodelación? —quiso saber McAllen.

—Un doble fondo en la parte trasera.

—¿Te dijo para qué lo quería?

McAllen lanzaba sus preguntas sin pausa. Harrison, que no había pronunciado palabra y no tenía intención de hacerlo, supo de inmediato que el muchacho mentiría…

—No me lo dijo —aseguró Matt.

—¿Y tú no se lo preguntaste?

—No.

—¿Por qué no? Resulta extraño que…

Ted Gerritsen alzó una mano.

—Agente McAllen. —La voz de Ted Gerritsen conservaba la misma cadencia musical que al principio—. Quisiera que nuestra reunión fuera lo más breve posible. ¿No le parece conveniente que Matt le diga primero todo lo que ha venido a decirle?

En circunstancias normales, McAllen hubiera reaccionado ante un comentario semejante. Para él, al igual que para la madre de Harrison, los abogados sonrientes no eran precisamente una tribu que le despertara simpatía. No obstante, decidió guardar silencio y seguir escuchando. Tenía suficientes pruebas contra Gerritsen y su primo como para incriminarlos en

media docena de cargos, pero ya habría tiempo para eso. Algo le decía que podía llegar un poco más lejos que inculpar a un par de niños malcriados.

—Adelante —dijo McAllen.

Matt habló con voz pausada.

—Como le he dicho, Randy me pidió que hiciera algunas modificaciones en su furgoneta. Me prestó la casa de su abuela y me dijo que el asunto era confidencial. Cuando le pregunté de qué se trataba, simplemente me respondió que no podía decírmelo, que probablemente más tarde lo hiciera, pero lo cierto es que nunca lo hizo. Un par de días después, Randy me pidió que lo acompañara a ver a unas personas; tampoco me dijo de qué se trataba esa visita, aunque para ese entonces comencé a sospechar que se trataba de algo ilegal…

Matt hizo una pausa. McAllen, agazapado en el extremo de la mesa con la expresión de un lobo que espera el más mínimo desliz por parte de su posible presa, fingía interés.

—Randy me llevó a una gasolinera a tres kilómetros de la ciudad —continuó Matt—. Apenas hablamos durante el trayecto y al llegar al lugar se apeó del coche y se dirigió a una máquina expendedora de refrescos. Sin saber qué hacer, lo seguí. Una muchacha se nos acercó. Era joven, delgada y de poca estatura; no pude verla bien. Nos entregó una bolsa y se fue.

—¿Qué había en la bolsa?

—Randy me confió al día siguiente que se trataba de droga. Heroína. Me dijo también que debía hacerme cargo de una parte; que debía guardarla. Le dije que no lo haría, que no tenía por qué hacerlo, pero entonces me amenazó diciéndome que ya había hecho suficiente como para *tener* que hacerlo.

—¿Por qué no recurriste a tus padres, o a la policía, Matt? —McAllen miró a Harrison cuando se refirió a la policía.

Por primera vez, Matt clavó sus ojos en McAllen. Esta vez fue el joven quien ensayó una mirada desafiante. Ted Gerritsen pareció a punto de abrir la boca para decir algo, pero no lo hizo.

—No lo hablé con nadie porque creía que no era el momento —dijo Matt—. Estaba asustado y no supe cómo reaccionar. Pensaba hacerlo, pero

todo sucedió muy rápido.

—¿Dónde guardaste la droga?

Ted Gerritsen alzó una de sus manos como un pacificador, y otra vez la sonrisa de abogado sabelotodo se estampó en su rostro. *No tan rápido, amiguito…*

—Agente McAllen, ya llegaremos a eso.

—Randy me habló de alguien detrás de la operación —dijo Matt—. Alguien llamado el Zorro.

—¿El Zorro? —Los ojos de McAllen se abrieron como platos.

—No me dijo mucho acerca de él, pero hace dos días, mientras trabajaba en la furgoneta, el Zorro se presentó en la casa de la abuela de Randy…

McAllen se movió, intranquilo. El relato del joven hasta ese momento era tal cual lo había esperado… Sin embargo, la inclusión del Zorro era totalmente sorprendente. Se preguntó si podía ser un truco del abogado, pero su instinto le dijo que no… Siguió escuchando, ahora con verdadero interés.

—Estaba trabajando en el jardín trasero de la casa cuando un sujeto apareció de la nada y me dio un susto de muerte. Me dijo que alguien me esperaba dentro y, en efecto, encontré a un hombre en la cocina, esperándome. Randy me había hablado del Zorro y supe de inmediato que era él.

McAllen se puso en pie. Dio una vuelta en torno a la silla en la que había estado sentado mientras se masajeaba el cabello.

Ted Gerritsen sonreía.

—Matt, háblanos de esa persona —pidió McAllen—. ¿Ese sujeto se presentó como el Zorro?

—Yo supe que se trataba de él apenas lo vi. Tenía el rostro más frío que he visto en mi vida. Sus ojos parecían mirar más allá de donde yo estaba aunque los tenía fijos en mí.

—¿Lo habías visto antes?

—No, jamás.

—¿Y qué fue lo que dijo?

—Estaba preocupado por la droga que Randy me había dado. Sabía dónde la había escondido. Supuse que Randy se lo había dicho.

—¿Pero qué era lo que quería exactamente? —McAllen torció su cabeza en dirección al padre de Matt—. Señor Gerritsen, no necesito decirle que toda esta historia me resulta sumamente inverosímil.

—Agente McAllen, lo que Matt está diciendo es totalmente cierto. El objeto de esta conversación es que usted disponga de los hechos tal cual ocurrieron. Lo que haga con ellos será asunto suyo.

—Caballeros, tomemos las cosas con calma. —Harrison habló por segunda vez. La primera había sido para agradecer la taza de café—. Matt, dinos exactamente qué quería de ti el Zorro.

—Quería que me asegurara de que la droga estaba en el sitio en el que la había dejado.

—Y supongo que eso fue lo que hiciste, ¿verdad? —McAllen esbozó una sonrisa. Otra vez se dirigió a Ted—. Ésta es la historia más descabellada que he oído. Hace media hora que estamos reunidos aquí y no nos hemos acercado siquiera a dilucidar qué hacía su hijo ayer por la noche en donde se suponía que tendría lugar una operación con drogas…

—Suponía.

—Lo que sea. Lo único que he escuchado es una historia inverosímil acerca de un encuentro con un personaje que ni siquiera existe.

—Existe, agente McAllen —lo interrumpió Ted Gerritsen—. Usted lo sabe. Y creo que mi hijo es la única persona que puede conducirlo a él rápidamente. Matt podrá ofrecer su colaboración para dar una descripción exacta de ese sujeto. Adicionalmente, creo que tiene delante a la única persona que puede brindarle información acerca de esta operación y, desde luego, guiarlo hacia la droga. Es eso lo que quiere, ¿verdad? Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo beneficioso para todos, ¿no le parece, oficial McAllen?

McAllen escuchó sin inmutarse, con sus ojos congelados. El aire dentro de la sala de reuniones podía cortarse con un cuchillo. De repente, la puerta se abrió. Dean Timbert asomó la cabeza y todos se volvieron hacia él.

—Siento interrumpir —dijo el policía—. Harrison, es necesario que hable contigo ahora.

Harrison se disculpó diciendo que en un momento estaría de regreso y se marchó. Se encaminó hacia su oficina escoltado por Dean Timbert. Algo en el rostro del policía le dijo inmediatamente que lo que tenía que darle no eran precisamente buenas noticias.

El comisario se sentó tras su escritorio y lo barrió con la vista. Tres o cuatro expedientes esperaban ser atendidos. Observó el desorden mientras se reclinaba y se balanceaba en su silla giratoria. Vio una taza de café a medio tomar, papeles antiguos que ni siquiera reconocía, una pila de expedientes sucios y amontonados conformando una figura poco estable… Harrison debía reconocer que una figura femenina en la comisaría ayudaría a mantener las cosas en orden. Ni siquiera era necesario que fuera una secretaria, quizás alguien que realizara otra tarea y que estuviera permanentemente allí.

—Dean, dispara. ¿Qué ha ocurrido?

—Han sido en realidad dos cosas —dijo Timbert—. Hace un momento hemos recibido una llamada extraña. Unos pescadores nos han informado de un hallazgo en Union Lake, donde desapareció el chico Green. No fueron muy específicos en cuanto a qué hallaron…

—Dios mío. ¿Has enviado a alguien?

—Sí, Randy y George han salido hacia allí. Aún no me han llamado, supongo que no habrán llegado. Esto sucedió hace apenas veinte minutos.

—Mantenme informado. ¿Hay algo más?

—Sí. Hemos recibido una llamada de la policía de Manchester. Danna Green está muerta. Aparentemente se ha suicidado, pero el detective con el que acabo de hablar tenía ciertas dudas al respecto.

Harrison se sintió mareado. Intentó ponerse en pie, pero sin lograrlo al principio; su cuerpo permaneció clavado a su asiento mientras luchaba contra el peso de la noticia que acababa de recibir. Danna Green muerta. Pensó en Robert, e inmediatamente lo asaltó la imagen de su amigo el día anterior, abatido al observar a través de los monitores de la furgoneta de reparto de pizza lo que ocurría entre su esposa y Matt…

Se puso en pie abruptamente.

—¿Harrison, ocurre algo?

—Sí, aunque no logro comprender exactamente qué. Dean, ponte en contacto con ese detective en Manchester. Quiero los detalles. Además comunícate con Randy y con George, quiero saber qué es exactamente lo que han encontrado esas personas en Union Lake.

—Entendido.

Sin añadir nada más, Harrison atravesó la comisaría a la velocidad de la luz. Regresó a la sala de reuniones y entró intempestivamente… Tan pronto franqueó la puerta, tanto los Gerritsen como el oficial McAllen guardaron silencio. Este último debió de advertir en el rostro del comisario que algo no iba bien, porque su expresión cambió de inmediato.

—Ha ocurrido algo—dijo Harrison sin esperar respuesta.

Matt, que estaba de espaldas a la puerta, giró sobre sí mismo para poder observar al comisario, y al hacerlo se encontró de frente a la pared detrás de él. Ante la sorpresa de todos los presentes, el muchacho se puso en pie y señaló hacia la pared al tiempo que lanzaba un grito ensordecedor:

—¡ES ÉL! ¡ÉL ES QUIEN ME VISITÓ ESA TARDE! ¡ÉL ES EL ZORRO!

Todos se volvieron en dirección a la pared. Allí había una serie de recortes, calendarios y carteles, pero el que Matt señalaba con insistencia era aquel que mostraba a los ciudadanos que cooperaban con la policía. En él había una docena de rostros.

Gracias a estas personas que colaboran con la policía podemos ofrecerle un mejor servicio.

Matt apuntaba específicamente a uno de los rostros del centro.

Al rostro sonriente de Mike Dawson.

OceanofPDF.com

8

Harrison mantuvo su arma reglamentaria fija en Mike. A pocos metros, Andrea permanecía inmóvil aferrando con insistencia a un hombrecito pequeño, sereno a pesar de la situación, y cuya edad podía oscilar entre los cien y los dos millones de años. Harrison no lo reconoció, y desde luego no tenía manera de saber que Andrea había conocido a Charles Rippman apenas unas horas antes.

—¡Dawson, suelta el cuchillo! —Harrison alzó la voz por encima de la lluvia torrencial que se cernía sobre Maggie Mae.

Mike observó al comisario con incredulidad. Su cabello empapado confería a su rostro un aspecto extraño. Su cuerpo era una figura gris envuelta en hilos de agua. Al escuchar la voz del comisario, bajó la cabeza lentamente, como un niño que despierta y teme mirarse la entrepierna por temor a descubrir que se ha orinado durante la noche. El cuchillo que aferraba con fuerza reflejó la luz proveniente de una única farola de pie. Una sucesión de gotas corrían por la hoja como venas de hielo.

—Dawson, hagamos esto fácil. —El comisario habló ahora en un tono más bajo—. Acabemos con esto rápidamente…, Zorro.

La expresión de Mike era ahora la de un niño que ha descubierto que *efectivamente* se ha orinado durante la noche.

Con el rabillo del ojo, Harrison advirtió que Rippman trasladaba a Andrea hacia el coche patrulla. Se sintió tranquilo sabiendo que la joven estaba fuera del alcance de Mike.

—Sabemos lo que has hecho, Dawson. Matt Gerritsen nos ha hablado de su encuentro contigo… Suelta el cuchillo. Simplemente… déjalo caer.

Por primera vez, los ojos de Mike mostraron cierta comprensión. Bajó el cuchillo, aunque no lo soltó.

—Harrison, no sé de qué me habla. ¡Algo terrible ha ocurrido!

—Ya lo creo. Lo sé perfectamente.

—No, no lo sabe.

—Sé al menos a lo que te has dedicado durante estos años…

— Por Dios santo, ¿a qué se refiere? ¡Alquilo maquinarias!

—No, Mike; tu padre alquilaba maquinarias. No tú.

—¡No es cierto!

Mike alzó el cuchillo nuevamente; esta vez la hoja destelló a la altura de su rostro. Avanzó un paso.

—¡Quieto, Dawson!

—Harrison, por favor, no tenemos mucho tiempo. Benjamin está aquí… en alguna parte.

—¿Quién?

—Ben Green no ha muerto. Sé que suena descabellado…, pero él ha estado escondido todo este tiempo… al igual que Robert cuando era niño.

—¿Cómo es posible que no recuerde haberme marchado de casa? —preguntó Robert.

—Acabo de ver a Robert —vociferó Mike—. ¡Robert ha muerto!

—¿La sangre que llevas en la ropa es suya?

—¡NO LO SÉ! Utilice su radio, hable con Allison Gordon, ella le explicará…

—¿Quién es Allison Gordon? —preguntó el comisario.

Harrison debía reconocer que una figura femenina en la comisaría ayudaría a mantener las cosas en orden.

Mike retrocedió el paso que acababa de dar. ¿Cómo era posible que Harrison no supiera quién era Allison?

Allison volvió a gritar. Sin embargo, Harrison no pareció advertir la presencia de la mujer, ni escuchar sus gritos histéricos. Pasó a su lado

como si no existiera y se dirigió directamente a Mike en busca de una explicación.

Los recuerdos de Allison se sucedían unos a otros.

La conversación entre ellos se sincronizó como el mecanismo de un reloj, como había ocurrido en The Oysterhouse.

Mike permaneció junto al teléfono, observándolo con incredulidad. ¿Había sido real aquella conversación con Allison Gordon?

—Dawson, unos pescadores han encontrado el cuerpo de Ben en Union Lake…

Mike se mantuvo en silencio por unos segundos. Durante ese tiempo la lluvia, que se había transformado en un martilleo constante, fue el único referente del paso del tiempo.

—Imposible —sentenció Mike al fin. Pero su voz denotaba que no estaba convencido de lo que decía.

—Mis hombres lo acaban de verificar… Tú estuviste con Ben esa noche, Dawson; tú lo llevaste al lago, ¿verdad?

—No.

—Claro que sí…, tú fuiste la última persona que estuvo con Ben. Tú lo llevaste al lago y lo mataste. ¿Y qué me dices de la noche que asesinaron a Rosalía? Tú estabas allí también.

Esta vez Mike no respondió.

—Hemos hablado con la policía de Manchester. Sabemos lo que ha ocurrido en casa de la familia Arlen.

Mike alzó el cuchillo. Gritó con todas sus fuerzas: un grito desarticulado de negación, impotencia y furia. Se sacudió como si una descarga eléctrica atravesara su cuerpo. Harrison observó la expresión perdida que se apoderó del rostro del hombre, como si de pronto no supiera dónde estaba.

La imagen de Mike debatiéndose bajo la lluvia y profiriendo gritos ahogados resultaba escalofriante. Harrison agradeció que el anciano hubiese apartado a Andrea y que ésta no se viese forzada a presenciar aquello, o a escuchar lo que él acababa de decir.

En ese momento, la sirena de un segundo coche patrulla se hizo audible y poco tiempo después dos vehículos se presentaron en el lugar. Harrison había estado esperando desesperadamente el apoyo de sus hombres sin haber sido demasiado consciente de ello. Se sintió aliviado cuando George Bennigans y Dean Timbert se acercaron a él empapados y con sus rostros desencajados.

Las piernas de Mike cedieron y cayó de rodillas en medio de un charco de agua. Seguía empuñando el cuchillo, pero su rostro evidenciaba que se encontraba francamente perdido.

Tanto Bennigans como Timbert alzaron sus armas reglamentarias.

Mike dejó que sus rodillas se enterraran en el lodo mientras su cabeza caía hacia atrás. Su mundo adquirió súbitamente una brillantez sorprendente. El cielo gris, iluminado intermitentemente por relámpagos que estallaban en la distancia, se desplegaba ante sus ojos con el aspecto del celofán, enmarcado en bamboleantes árboles negros e invadido de diminutos haces de luz lanzándose en caída libre. Alguien dijo algo, pero era la voz más lejana que Mike había oído en su vida.

Aferró el cuchillo con ambas manos y lentamente lo llevó en dirección a su pecho. Evocó los incidentes de los últimos días, todos ellos de una claridad asombrosa. Ben no había muerto, insistía una parte de su mente. ¿Acaso no había hablado con Michael Brunell al respecto?

Cuando Michael se volvió, su rostro palideció de un modo atroz.

—Me recuerdas de Union Lake, ¿verdad? —preguntó Mike.

Esta vez el niño asintió.

—Na-nadie sabe que… que estuve allí esa noche. Nadie…, se lo aseguro. No se lo he di-dicho a nadie. Nadie.

—Usted no lo sabe, ¿verdad? —dijo el niño.

—¿No sé qué, Michael?

—No lo sabe…

Una válvula comenzó a abrirse lentamente en su interior. Una válvula similar a la que había al final de la tubería en la planta abandonada en Union Lake… Sólo que la de Union Lake estaría averiada, y él lo sabía, ¿no es cierto? ¡Claro que sí! ¿Por qué de otro modo habría decidido introducir a

Ben allí? Había creído que aquello sería inteligente. De ese modo tardarían más tiempo en encontrar el cuerpo.

Las imágenes lo golpearon con fuerza.

El cuchillo. ¿Por qué llevaba un cuchillo, para empezar? Se sentía cansado…, quizás tenderse un rato en la cama le ayudaría a ordenar sus pensamientos. Hundiría su cabeza en la almohada y permitiría que el sueño se apoderara de él.

¿Cuánto tiempo hacía que no dormía?

Punzadas de dolor lo acuchillaron por dentro. ¿Había sido realmente capaz de hacerle daño a Robert? Él era su amigo…

Robert escrutó el jardín, recorriendo la cerca primero y las siluetas de los árboles a la derecha después. Detrás de uno de ellos creyó advertir el contorno irregular de una forma humana, alguien de pie procurando ocultarse.

Benjamin siguió con atención lo que ocurría en la casa. Esa noche debía cerciorarse de que todos estuvieran dormidos para cumplir con lo que tenía en mente.

Mike se vio a sí mismo desplazándose encorvado por la casa de los Green; una figura furtiva confiada de que nada ocurriría.

—Robert me dio las llaves de la casa el verano pasado para dar de comer a los peces de Danna. Quiso que las conservara en caso de una emergencia.

Mike vio su vida como una de esas láminas que ilustran algunos cuentos infantiles. Esas que, según cómo la luz incide sobre ellas, muestran dos imágenes secuenciales que dan la idea de movimiento. Sólo que en el caso de Mike las dos versiones tenían poco que ver entre sí. Paradójicamente, ambas imágenes le resultaban familiares; sin embargo, el intercalarlas una con otra con rapidez le resultó algo nuevo. En la primera de ellas veía a Allison, besándolo en la puerta de su casa, diciéndole que lo amaba…

Mike habría faltado a la verdad si no hubiese aceptado que se sintió asustado en el instante en que escuchó las risas de aquellos niños, burlándose y señalando como lo harían con un vagabundo que habla

consigo mismo en voz alta. Cuando los niños advirtieron la expresión severa con que Mike los observaba, simplemente se marcharon.

Y sin embargo, cuando la imagen cambiaba…

Le voló el culo, Matt…, no hace falta entrar en mayores detalles… El Zorro no es peligroso: es un verdadero HIJO DE PUTA, con todas las letras y en mayúsculas.

Mike alzó la vista. Sujetaba el cuchillo con fuerza, con ambas manos, presionando la punta contra su pecho. Sus ojos se humedecieron…

Benjamin bajó la vista justo a tiempo para ver que una lágrima solitaria caía sobre la hoja del cuchillo.

Mike gritó otra vez, y armándose de voluntad se lanzó hacia delante, dejándose caer sobre el cuchillo.

Bennigans y Timbert apenas fueron conscientes del modo en que Mike se desmoronó. Harrison, en cambio, afinó la puntería valiéndose de un instante y disparó su arma una única vez. La bala alcanzó a Mike en el hombro derecho haciéndolo retroceder. El cuchillo cayó sobre el lodo al tiempo que el cuerpo de Mike hacía lo propio hacia un lado. El grito de Mike se hizo más agudo y desgarrador, esta vez presa del dolor físico causado por el impacto de bala.

Harrison bajó su arma. En toda su carrera no había experimentado una sensación como la que lo embargó en ese momento. Los acontecimientos de ese día habían sido lo suficientemente abrumadores como para que le fuera imposible pensar con claridad. Mientras Mike se debatía en el lodo aullando de dolor, el comisario daba la orden a sus hombres para que se ocuparan de él y lo esposaran debidamente. Apenas lo advirtió cuando Rippman se le acercó. Necesitó de unos minutos para darse cuenta de que el anciano procuraba decirle algo.

—Ha mencionado a Benjamin —dijo Rippman—. Pobre hombre…

—¿A qué se refiere? ¿Usted lo conoció?

—Desde luego —afirmó Rippman—. Hacía mucho tiempo que yo andaba por aquí ocupándome del mantenimiento de buena parte de las propiedades cuando el hermano de Mike, Benjamin, murió ahogado en el lago.

Ahogado en el lago…

Harrison observó a Rippman con incredulidad.

—Un episodio lamentable, el de Benjamin —siguió diciendo el viejo—. El padre de Mike vino a pasar el día con Benjamin a Maggie Mae. Sólo ellos dos. Se dirigieron a *la explanada* a pescar. El chico tenía una especie de retraso…, seguramente se precipitó al lago en algún descuido del padre. Todos lo lamentamos…

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Déjeme ver… Debió de ser el año 1962. Mike era apenas un crío en aquel entonces. Después del incidente perdió el interés por este lugar.

Harrison se sintió incapaz de procesar la información que

Rippman le acababa de proporcionar. ¿Acaso tenía algún sentido hacerlo?

Rippman continuó hablando, y sin saberlo sacó a relucir la última pieza del rompecabezas que ni él ni el comisario de Carnival Falls tenían manera de armar:

—Mike odió este lugar desde la muerte de su hermano —dijo Rippman con expresión solemne—. Nunca la aceptó. Era… como si supiera algo; no tengo otro modo de explicarlo. Mike cambió mucho desde entonces. Tenía comportamientos extraños para un niño, ¿sabe usted? Esta casa, por ejemplo, tiene un desván, y Mike pasaba horas enteras encerrado allí…, a veces días.

OceanofPDF.com

Epílogo

Cuatro años después

La estancia era cálida y amplia. En el centro había una alfombra color cereza con un sofá y dos sillones de una plaza. Andrea había rechazado la invitación a ocupar cualquiera de éstos. Había preferido una silla de respaldo alto ubicada frente a un escritorio de roble. Desde el muro que tenía delante, una serie de diplomas y fotografías en blanco y negro la entretuvieron por unos segundos. A su derecha había tres archivadores y, junto a éstos, una pizarra en blanco.

Sarah McMeal, directora del Lavender Memorial Hospital, la observaba desde el otro lado del escritorio.

—Andrea, es un placer que hayas venido a verme —dijo esbozando una sonrisa.

—Ha resultado ser una mujer insistente.

—Lo sé. Te pido disculpas por ello.

—Está bien.

Sarah se puso en pie. Rodeó el escritorio y se apoyó en una de las esquinas. Sin dejar de sonreír, estudió a Andrea, quien le devolvió la mirada desde un rostro bronceado y enmarcado en una cabellera oscura y corta.

—¿Has venido desde lejos?

—No vivo en Carnival Falls desde hace tiempo, si a eso se refiere.

Andrea bajó la vista. No había sido sencillo tomar la decisión de visitar a la doctora McMeal.

—Andrea, de ninguna manera quise hacerte una pregunta indirecta —se defendió Sarah McMeal.

—Lo siento, supongo que la situación me coloca a la defensiva.

—No te disculpes por ello.

—De cualquier modo, no he venido desde lejos. Vivo aquí, en Boston. ¿Es gracioso, no?

A Sarah el hecho le resultó peculiar, pero prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

—Andrea, llevo apenas cinco años al frente de este hospital, aunque hace más de treinta que trabajo en él. Empecé como asistente de enfermería. He visto muchas cosas: treinta años es bastante tiempo, créeme.

—No lo dudo.

—Confieso que el único modo de permanecer tanto tiempo en un sitio como éste, o al menos el único que a mí me ha servido, es no involucrarse emocionalmente con las cosas que aquí ocurren. Ha funcionado casi siempre, y no creas que es algo de lo que me enorgullezca precisamente.

La mujer hizo una pausa y clavó la vista en la puerta de entrada. Entrecerró los ojos y sus gafas de lectura hicieron que se vieran aún más pequeños de lo que eran.

—Sin embargo…, de vez en cuando, una recuerda que son personas las que están aquí dentro. Y entonces puede no ser tan sencillo mantenerse al margen… ¿Te estoy aburriendo, querida?

—No es eso, doctora McMeal.

—Llámame Sarah, por favor.

—Está bien. Sarah, me gustaría que fuera directa conmigo en la medida de lo posible. He aprendido a convivir con las cosas que me han sucedido y el modo de hacerlo ha sido enfrentándome a ellas. Diga lo que tiene que decirme.

—Lo entiendo. Seré franca contigo. No te he pedido que vinieras a verme sólo para darte mi visión profesional de las cosas. Lo he hecho también por motivos personales.

—¿A qué se refiere?

—El caso de Mike Dawson ha sido un ejemplo de esos en los que una se involucra más de lo que debería.

Andrea escuchó las palabras de Sarah sin poder comprenderlas por completo. Había dejado de hacerlo después de escuchar el nombre de Dawson.

—¿Ocurre algo? Te has puesto pálida.

Andrea se puso en pie. La silla en la que estaba sentada estuvo a punto de caer.

—Lo siento. ¿Podría beber un poco de agua?

Sarah se acercó a una mesita y sirvió un vaso de agua fresca. Se lo acercó a Andrea.

—Gracias —dijo ella mientras bebía el agua sin hacer pausas. Se sintió molesta por su reacción, pero había previsto que algo así podía sucederle en algún momento. Había sido necesario un ejército de psicólogos para superar la muerte de sus padres, pero las situaciones actuales eran especiales. Desde lo ocurrido, nunca había vuelto a estar tan cerca de…

Lentamente, volvió a ocupar la silla.

Valiéndose del dedo índice, Sarah deslizó sus gafas por el puente de la nariz. Cambiando el tono de voz por uno profesional, dijo:

—Desde el punto de vista médico, pocas veces me he topado con casos de la complejidad del de Mike. El diagnóstico que figura en su ficha personal es el de una *esquizofrenia disociativa:* un tipo poco común de esquizofrenia que muchos, yo entre ellos, ni siquiera consideramos tal.

Andrea asintió.

—En la esquizofrenia disociativa, se presentan los síntomas clásicos, como alucinaciones, delirios, etcétera, pero todos ellos se manifiestan en diversas personalidades que el sujeto desarrolla.

—Me lo han mencionado antes. Un desorden de personalidades.

—No exactamente. Las personalidades múltiples son decididamente más comunes. En estos casos, el enfermo *alterna* entre las distintas personalidades y cuando se encuentra actuando según alguna de ellas, desconoce a las restantes. En la esquizofrenia disociativa, todas ellas

conviven *al mismo tiempo* dentro del sujeto. Es un trastorno que se presenta en personas de alto coeficiente intelectual. Si quisiéramos exponerlo de una manera simple, podría decirse que es como si distintas personas fueran dirigidas por el mismo cerebro. Puede resultar difícil de comprender…

—¿Realmente cree que es tan complejo, doctora McMeal? Recuerdo muy bien la mirada de Dawson, y en lo que a mí respecta, no había mucho margen allí para *racionalidad*.

—Sé a lo que te refieres. No pretendo que eso cambie con lo que voy a decirte. La explicación médica del comportamiento de Mike no cambiará lo que hizo.

—¿Puedo pedirle algo, doctora McMeal?

—Desde luego.

—Deje de llamarlo Mike.

Sarah bajó la vista. Las notas en las que fingió concentrarse no lograron ocultar su vergüenza.

—Durante los años en que he tratado a Dawson —dijo Sarah—, buena parte del tiempo he estado con la persona que conociste durante toda tu vida. Otras, no te mentiré, no ha sido así.

Sarah McMeal se puso en pie.

—Dawson ha llevado a cabo una doble vida durante mucho tiempo —siguió diciendo Sarah—. Aunque cueste creerlo, cada una de esas personalidades ha desconocido a la otra. Es el punto fundamental de todo el asunto: la disociación.

»No lo sé a ciencia cierta, pero estoy convencida de que el asesinato de Ben ocasionó que estas dos personalidades que habían logrado convivir en armonía perdieran el control. Se generaron más personalidades, no sé exactamente cuántas, pero aventuraría que al menos cuatro.

—¿Cuatro?

—Puede que más. Con cierta medicación hemos podido inducir a Dawson a navegar por cada una de estas personalidades, e incluso hemos podido interactuar con cada una de ellas. No ha sido sencillo diferenciarlas.

»El asesinar a Ben en Union Lake fue probablemente la consecuencia de la culpa que Dawson cargaba por la muerte de su propio hermano en

Depth Lake. La coincidencia de nombres es asombrosa, aunque imagino que Dawson debió de habérselo sugerido a tus padres. Un detalle así es capaz de ayudar a que una situación estable se dispare.

—Supongo que es la razón por la que está aquí y no en la cárcel. Déjeme decirle que es algo que me ha traumatizado todo este tiempo.

—Lo que diré no te devolverá a tu familia, pero ayudará a arrojar algo de luz sobre algunas cosas. Y una de ellas es que Dawson hizo todo lo posible por impedir lo que ocurrió.

Andrea observó a la doctora como si sus palabras fueran la cosa más descabellada del mundo.

Sarah tomó un rotulador de su escritorio. Dio media vuelta, se acercó a la pizarra y dibujó un círculo.

—La parte responsable de lo que ocurrió aquel día traía consigo la frustración de una vida con desamores, la muerte de un hermano y probablemente el reproche de sus padres por ello. No me cabe duda de que tras permanecer contenida un tiempo, fue la responsable de los lamentables sucesos.

Sarah dibujó otros dos círculos más pequeños y los vinculó mediante líneas.

—Por lo menos ha habido otras dos personalidades peculiares —siguió diciendo la doctora McMeal—. Un niño y una mujer. Son las que menos han aflorado durante estos cuatro años, pero estoy convencida de que son el reflejo de la niñez de Dawson, en el caso del niño, y la proyección de una vida familiar que no pudo tener, en el de la mujer.

—¿A qué se refiere exactamente?

—Un esquizofrénico genera mundos que no existen. Cuando esto viene de la mano de una disociación de personalidades, cada mundo constituye un perfil diferente. Cada personalidad se construye en función de deseos, frustraciones o, en definitiva, experiencias vividas por el sujeto. Fue reconfortante hallar este patrón en Dawson.

—Antes dijo que había un incidente en particular al que quería referirse.

—En realidad es la razón por la que me he puesto en contacto contigo. El episodio tuvo lugar la semana pasada.

—¿Qué sucedió?

—Dawson intentó quitarse la vida. —Sarah hizo una pausa—. Un grupo de enfermeros lo estaba observando por el sistema de circuito cerrado y logró impedirlo. No sabemos cómo, pero Dawson tenía consigo un cuchillo. Estamos efectuando una investigación interna para saber cómo pudo haber conseguido un arma de este tipo.

La doctora dibujó un tercer círculo pequeño y lo vinculó al más grande con otra línea recta.

—Pude llegar a su habitación de alta seguridad justo a tiempo para observar el modo en que lo desarmaban, e inmediatamente advertí que a quienquiera que los enfermeros procuraban contener, no era a Mike Dawson. Andrea, sé que has visto aquellos ojos… y sabes a qué me refiero.

Andrea bajó la vista y asintió.

—Mientras forcejeaba, Dawson dijo algo que llamó mi atención. Era como si se hablara a sí mismo, o se reprochara algo. Dijo: «Tú tienes la culpa. Tú la salvaste…». Y luego mencionó un nombre: Charles Rippman. Supuse que Dawson se refería a ti en primera instancia, pero no tenía idea de por qué mencionaba a Rippman.

—¿Ha hablado con él?

—Sí. Me he tomado la libertad de ponerme en contacto con él. Está muy enfermo…, pero aceptó recibirme. Rippman está lúcido; me ha dicho que lo has visitado varias veces.

—Charles y su esposa han sido muy buenos conmigo.

—Le relaté lo que había visto y que Dawson había mencionado su nombre.

Sarah se quitó las gafas y las depositó sobre su escritorio. Se dejó caer pesadamente en su sillón. Fijó los ojos en los de Andrea, pero esta vez no sonreía.

—Le dije a Charles Rippman que hablaría contigo de esto y me ha pedido que lo comprendieras.

—¿Comprender qué cosa?

—No fue casual que él regresara a Maggie Mae aquella noche. Una hora antes, una llamada de Dawson lo alertó del peligro que corrías.

Dawson le pidió que se dirigiera a la trampilla del sótano de la casa. En ese momento, Rippman no entendió por qué se lo pedía, pero lo hizo.

—No veo por qué Charles me ocultaría una cosa así.

—Dawson se lo pidió expresamente.

La conversación entre Andrea y Sarah McMeal se prolongó durante media hora. Convinieron en volver a verse, pero ambas sabían que tal cosa no ocurriría. Sarah había dicho lo que le correspondía y Andrea lo había escuchado. Asunto concluido.

Cuando Andrea abandonó el Lavender Memorial Hospital llevando consigo la revelación de la llamada de alerta por parte de Dawson a Rippman, no se sintió diferente. Albergaba el deseo de redimir a Mike, de entenderlo, pero tales sentimientos constituían el fondo lodoso de un océano insondable. En sueños recordaba al Mike que había conocido durante su niñez, y en ellos una corriente fría agitaba el fondo oceánico de sus pensamientos…, pero el día se encargaba indefectiblemente de que aquello sedimentara con lenta pesadez.

Al alcanzar la puerta de entrada, rayos oblicuos de un sol radiante golpearon su rostro. Se detuvo para colocarse sus gafas de sol, cuando el brazo de un hombre rodeó su cuello y ella sonrió. Él le preguntó cómo había ido todo y ella respondió con un gesto, arrugando la nariz y sonriendo. El pequeño que hasta ese momento había estado sentado en el regazo de su padre alzó los bracitos reclamando a su madre. Frotaron sus narices y el niño rió, mientras se las arreglaba para agarrar un mechón de cabello de Andrea y tirar de él.

OceanofPDF.com



Federico Axat nació en la ciudad de La Plata, Buenos Aires, el 19 de junio de 1975. Poco después de graduarse como ingeniero civil, inicia su desarrollo profesional en Centroamérica en proyectos de telecomunicaciones, donde reside durante casi seis años. Atraído por la escritura desde temprano, es durante este periodo de exilio cuando inicia la redacción de su primera novela, Benjamin, la cual conlleva casi cuatro años de trabajo hasta finalmente ver la luz.

Poco después de graduarse como ingeniero civil, inicia su desarrollo profesional en Centroamérica en proyectos de telecomunicaciones.

OceanofPDF.com